

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS
FOLKLORICOS
DE CHILE

Tomo III

Santiago de Chile

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS FOLKLORICOS

DE CHILE

Tomo III

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FOLKLORICAS "RAMON A. LAVAL"

Santiago de Chile, 1963

600
2
-6
82

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS
FOLKLORICOS
DE CHILE

Tomo III

A mi muy querido amigo
Guillermo Felicitas,
Y. Pino Saavedra

1 9 6 3

INTRODUCCION

Con este tercer volumen llegamos al final de un viaje a través de los cuentos folklóricos de Chile. Empezamos en el primero con los cuentos mágicos o maravillosos (ATH 300-621) y continuamos en el segundo con cuentos de este mismo carácter (ATH 314 A, 516, 650-715), cuentos religiosos (ATH 756-804) y cuentos novelescos o románticos (ATH 850-950). El tercer volumen debía contener sólo cuentos humorísticos (ATH 1000-1940), cuentos encadenados (ATH 2010, 2023, 2031) y cuentos de animales (ATH 4-275), pero el descubrimiento de nuevas e interesantes versiones nos indujo a agregar un apéndice, pues a medida que preparábamos la edición de los primeros volúmenes nuestra colección seguía aumentando, de tal suerte que dentro de poco podremos disponer de unos quinientos cuentos.

Las doscientas setenta versiones que damos a conocer comprueban la extraordinaria vitalidad y riqueza de las tradiciones populares heredadas de España y pueden, al mismo tiempo, indicar qué tipo de narraciones goza de preferencia en la imaginación y en el gusto de nuestro pueblo. Los cuentos mágicos, religiosos y románticos alcanzan un 69,25 por ciento, los humorísticos un 23,33 por ciento, los de animales un 5,92 por ciento y los encadenados un 1,48 por ciento.

Recientes exploraciones nos han dado la posibilidad de hacer nuevos experimentos acerca de la variabilidad narrativa de acuerdo con la diferencia de edad de los informantes o con la del ambiente en que éstos actúan, como queda anotado en los comentarios de los cuentos 187-188 y 230-231.

En los volúmenes anteriores presentamos sendas listas de narradores con un total de cuarenta. En éste aparecen otros cinco más: Doña Amelia Quiroz viuda de Alarcón, nacida el 14 de abril de 1889 en aldea marítima de Curanipe, Maule; don Virginio Alarcón, hijo de la anterior, maestro constructor, nacido el 25 de diciembre de 1925 en la provincia de Maule; Lorenzo Villegas, nieto de doña Amelia, nacido en 1953 en la misma provincia; don Juan de la Cruz Cáceres, nacido en Cauquenes, Maule, hace más de ochenta años, actualmente leñador y dueño de una recua de burros en Los Vilos, Coquimbo; don José de la Cruz Rojas, pequeño propietario, nacido en 1883 en Paihuano, Coquimbo, y muerto en 1949; don Manuel Urrea, sargento de Ejército en retiro, nacido en 1891 en Villa Prat, Curicó.

LA VIEJITA DEL PEJERREY

Estos eran dos viejitos que nu habían tenío familia nunca. Un día le dijo la viejita:

—Vamos, viejo, andar a l' orilla de la bahía.

El viejo se jue detrás completamente enojao. En esto que van llegando a l' orilla e la bahía ve la viejita que viene un marullo di agua y eh un pejerrey que viene, sale hasta juera y viene a quear en lo seco en la playa. La viejita se le tiró encima y lu aplastó.

—Viejo, ven a ayuarme a sojetar el pejerrey.

El viejo le contestó:

—¡Qué me importa a mí!

La viejita sacó el pejerrey juera de la playa y le dijo al viejo:

—Viejo flojo, no te voy a conviar ni un peacito de pejerrey.

El viejo le dijo:

—¡Pa lo que me gusta el pescao!

Y se jueron a su casa y lo hizo nueve peazo, le dio tres presah a una perra, tres presah a una yegua y tres presas se comió ella. Días vienen, días van, la viejita tuvo treh hijo. El viejo le dijo:

—Eso te pasa por comer tanto pescao.

Jue a dale una güelta a la perra; tenía tres perros barcino. Cortó ponde la yegua; tenía tres potrilloh alazane. Se jue el viejo pa la casa, llegó lleno de risa y le dijo a la vieja:

—Lo que pasó a ti también le pasó a la perra y por lo consiguiente también a la yegua y, si *biese* comió yo, mi arraño pariendo.

La viejita muy contenta con suh hijoh hombre, al que nació primero le puso Juan, y al segundo le puso Pedro y al tercero Manuelito, y se jue onde un Santo Cristo a contale la noveá. El Santo Cristo le contestó:

—Agüelita, no se le de na; le voy a regalar tres varillita, a una le pone Juan, y a la otra Pedro y a esta más chiquita le pone Manuelito y las planta en el patio de su casa. Cuando suh hijos salgan a correr tierra, si alguna varillita se seca quere decir su hijo es muerto.

Se jue la viejita dándole las gracias con la esperencia que li había dao. Llegó y las plantó en el patio de su casa. Llamó a los treh hijos pa dale a conocer que caa varillita tenía los nombres de elloh y si algún día se moría uno la varillita se secaba.

—Entonce si eh así —dijo Juan—, mañana mismo salgo a correr tierra. Necesito que me den mi herencia.

La viejita le dio un perro y el potrillo más bonito.

—Ahora me va arreglar *roquin* y me va echar las bendiciones para salir a correr tierras para que naiden no me cuente el cuento del tío.

Montó a su caallo con su perro a la tira, llegó a un arroyo que estaba saliendo un agua y dijo: “Aquí voy almorzar”. En esto, cuando estaba almorzando, llegó una perra blanca y él dijo: “¡Qué perra tan bonita! ¡De rico tiene que ser!”. Montó a su caallito y la siguió di atrás, llegó al palacio di un rey que se estaba pasiendo en un balcón.

—Güenas tardes, mi Carrera Majestá.

—Güenas tardes —le dijo el rey—. ¿Qui andái haciendo por aquí, gusanillo de la tierra?

—Yo ando en busca de trabajo, mi güen rey.

El rey le contestó:

—Tengo mil ovejas, nu hallo quién me las cuide, pago al año un almú de plata, con una condición que el que se enoja ante del año se le saca la tira del medio.

Juan le contestó:

—Está muy bien, mi güen rey.

—Mañana te voy a entregar el ganao.

Le dio *roquin* para tres día, le dio la perra que lu acompañe.

—Cuando venga a comer esta perra, venfh a comer tú.

—¿Y si la perra no viene a comer? —Juan le preuntó.

—Tú no puees venir a comer —le dijo el rey.

Le entregó el rebaño de ganao, siguió rodiándolo Juan para unas pampas muy grandes con su perro a la tira y la perra más detrás. Llegó a la mitá de la pampa, desensilló su caallo, y se puso almorzar sin conviale na a la perra y dijo: “La perra no puee aguantar tres días sin comer”. Después que estuvo tres días, la perra no jue a comer. Al otro día se jue muy enojao del hambre que se moría, llegó allá onde el rey.

—Güenas tardes, mi Carrera Majestá; vengo del hambre que caigo muerto.

—Tú no tenís derecho a comer, porque la perra nu ha venío.

—¿Si la perra no viene a comer en un año, yo tampoco no comería?

El rey le preuntó:

—¿Así que te enojate, Juan?

—No me enojé, pero me dio rabia.

—Yo tengo un remedio muy güeno para eso, Juan —Y lo llevó a la bodega—. El trato es trato; tú te enojate ante del año y perdite la tira del medio.

Enmediatamente el rey se la sacó, y lo colgó y lo dejó colgao. La tira se la colocó en una pipa di agua de la muerte que tenía. Terminó como a las once de la noche.

La viejita se levantaba muy temprano a mirar las varillitah y divisó qui una estaba seca, la viejita cayó de espalda a grito que se mataba. En esto se levanta el viejo.

—¿Qué te pasa, güena vieja?

—Juan es perdío —le dijo.

—¿Cómo lo sabís tú? —le dijo el viejo enojao.

—¿No vis, pues —le dice la vieja—, qui una varilla está seca?

—¡Esas son las esperencias —dijo el viejo— que tienen estas viejal

En esto se levantó Pegro y más detrás Manuel, se pusieron tooh a llorar. Sobre el llanto dice Pegro:

—Yo salgo en busca de mi hermano; tengo que encontralo vivo u muerto, y necesito mi herencia.

La viejita le uscó el perro más bonito y el otro potrillo que queaba también muy bonito.

—Ahora me va arreglar *roquin* y me va echar las bendiciones para salir a correr tierras para que naiden no me cuente el cuento del tío.

Montó a su caallo con su perro a la tira, llegó a un arroyo y halló demostraciones qui había almorzaó su hermano. Nuevamente llegó la perra, Pegro la queó mirando. “Esta perra parece que mi ha comió mi hermano, ¿cómo está tan gorda?”. Había tratao di apaliaia y dijo: “Mejor no lo voy hacer, porque onde llegue esta perra pueo encontrar trabajo”, y montó a su caallito. A Pegro le pasó el mismo caso.

Y cuando la viejita se levantó nuevamente, pegó la mirá, y divisó otra varillita seca y arrancó para dentro.

—Manuel, tu hermano está perdío.

Se levanta Manuel.

—¿Por qué, mamita?

—Se secó otra varillita.

—Yo voy a salir enmediatamente y usté me va dar mi herencia que me corresponde.

Manuel le tocó el potrillo más chico y el perrito máh apestao, que era lo único eso que le queaba de herencia a su madre, le dijo:

—Mamá, máteme una gallinita, y mi hace un poquito di harina tostá para llevar de *roquin* y me echa las bendicione.

Y montó a su caallo y le dijo a su magre:

—Ante del año vivirán las varillitah, ¡y hasta la güelta, mamá!

Hizo viaje por el mismo camino, llegando al arroyito onde habían almorzaó su hermano. En esto llega la perra onde estaba él almor-

zando, y él hace un zorro di harina y le tira a su perrito. Va la perra y se lo quita: “¡Esta perra gran puta que le quitó el zorrillo a mi perro!”. Se levanta muy enojao, y le planta un palo a la perra, y la perra arrancó, y él la sigue di atráh, y como a las cinco de la tarde llegó al palacio di un rey que se estaba pasiendo en su balcón y le dijo:

—Güenas tardes, mi güen rey.

—Güenas tardeh, hijo. ¿Qué andái haciendo tú por aquí?

—Ando en busca de trabajo.

—Mira, yo tengo un trabajo —le dijo el rey—, tengo mil ovejah y nu hallo quién me las cuide, pago al año un almú de plata, con una condición que el que se enoje ante del año se le saca la tira del medio.

Manuel le contestó:

—Yo no me enojo nunca, mi güen rey.

—Mucho más mejor —le dijo el rey—, y mañana vamoh hacer el contrato.

Le dio mantención para nueve días y le dijo:

—Te voy a dar esta perra para que ti acompañe y cuando venga ella a comer, venís tú, y si no, no tenís derecho a comía.

Manuel le dijo:

—¿Y si la perra no viene a comer nunca? Yo no pueo vivir sin comer.

El rey le dijo:

—Tú sabrís, puh.

Manuel siguió arriando el ganao y dijo: “¿Cómo esta perra va aguantar nueve días del hambre?”. Llegó al centro de la pampa y se puso almorzar junto con su perro sin conviale na a la perra. Después que terminó di almorzar, desensilló su caallito, lo dejó junto con el rebaño y principió a cuidar lah ovejas di a pie para no maltratar su caallito. Días vienen, días van, se le terminaron los nueve días de mantención. Una tarde se levantó di onde estaba sentao y cortó para el monte a cortar una vara. Llegó sobre la perra y la agarró a varazo.

—¿Vah a ir a comer a la güena u a la mala? Hoy eh el día que te saco las contumeliah a varazo.

La perra se le puso loba, es que ya no la podía alcanzar. Dijo una tarde: “¡Pucha que tengo hambre! Y voy ponde el rey, capaz que llegue enojao; preferible me mato un cordero y me como un güen asao”. Y esto mucho le gustó, se comía cuatro diario. Y un día bajó a un pueblo chichero, conversó con un comerciante si acaso compraba oveja. El comerciante le dijo:

—Traiga las qui usted quiera.

Se jue onde tenía lah ovejah, y enyugó un par de cahneros, se hizo una rastra ‘e ramah, y echó unah ovejah encima, y las llevó onde el

comerciante a cambialas por un saco de sal y unos kilos di ají, y se vino a intalar a comerse cuatro ovejas diario a media con su perro y a la perra no le conviaban ni un güeso siquiera. Días vienen, días van, éste llevaba más de la mitá del ganao comío, tanto vendía como comía. Una tarde cortó ponde el rey. "Voy a visitar a mi patrón". Cuando llegó al palacio, el rey si andaba pasiando en su balcón.

—Güenas tardes, mi rey.

—Güenas tardes, Manuel, hombre. ¿Qué es de tu vía, hombre?

—Por ahí la estoy pasando.

—¡Qué estás gordo, Manuel, hombre! —le dijo el rey.

—¡No voy a estar gordo —le dijo Manuel—, comiendo rebanás de viento!

—¿Qué es de la vía de la perra, hombre, Manuel?

—Allá está gorda y cachetona; ésa se mantiene con el aire.

—Güena, Manuel. Ya desiaba qui hubieras venío, Manuel, porque ya viene el tiempo de l' esquila. ¿Cómo va la crianza, Manuel, hombre?

—¡Pucha! —le dijo Manuel—; si usted me entregó mil, pa l' esquila van haber dos mil, porque hasta los cahneroh están pariendo.

—Mira, Manuel, hombre, cuando falte un par de días pa l' esquila, te voy a tocar las campanas para que vengah y prepareh el ganao, porque yo voy a llevar mucha gente y encluío con otro reinato para que me vaiga ayuar con toa su gente.

Manuel dijo: "Voy a tener qui apurarme a comerme el resto que me quea", y apartó un corderito a unos matorrale. El cordero, como se crió solo, estaba completamente lobo. De los cueros levantó a modo di un chalé, se hizo dos durmitorioh, uno onde durmía él y otro para alojao. Un día sintió repicar la campana. "¡Pucha —dijo—, me quean toavía algo como dieh ovejah!". Y apretó ponde el rey, llegó onde estaba él.

—Güenas tardes, ño rey.

—Güenas tardes, Manuel —le dijo el rey—. Hai repicao las campanah, hombre, porque mañana querimoh ir con toa la gente a esquilar y puees tener el ganao un poco máh acá.

—Muy bien, patrón. Ya me quero ir, porque me está dando un poco hambre.

El rey le dijo:

—Mañana sin falta estamoh allá.

Manuel dio güelta su caallito y se jue para su aposento. Llegó allá, mató doh ovejas, se comió una y media y el resto a su perrito, y se jue al pueblecito a vender seih ovejah, y dos par' el desayuno; en la mañana se las comió. En esto sintió una sonajera de carreta. "Por ai

viene le rey”, dijo, y se botó a dormir la siesta. El rey mandó veinte mozoh aelante pa que vaigan ayuar a rodiar el ganao. Llegaron onde estaba Manuel.

—Güenos díah, amigo.

—Güenos días —les dijo Manuel.

—Venimoh ayuar a rodiar el ganao.

—Vamos no máh.

Y jueron a tofta carrera. No podían encontrar el cordero en el matorral. Uno de los mozos preuntó:

—¿Aónde estarán las dos mil oveja?

De repente baló el cordero. Manuel dijo:

—Por ai anda.

Y se jueron al balfo y lu encontraron; no lo podían tomar, porque el cordero estaba completamente lobo. Por último lo tomó Manuel, y lu atravesó en el cogote ‘e su caallo, y llegó onde estaba el rey con toa su gente y le dijo a Manuel:

—¿El ganao, Manuel?

—Aquí lo traigo, patrón.

—¿Nu eh un cordero, Manuel?

—¡Pero si éste eh el ganao, patrón!

—¿Qu’ hiciste del ganao, Manuel?

—Me lo comí, patrón.

—No te creo, Manuel.

—Si acaso no cree, vamoh a ver un chalé que tengo de puros cuero.

Se jue Manuel aelante y los dos reinatos detrás. Manuel le dijo al rey:

—¿Qué le parece mi chalé? Esta parte di aquí es mi durmitorio y aquí tengo una pieza para alojao.

El rey movió la cabeza.

—Mal hecho, Manuel, hombre.

—¿Así que por eso no más se enoja? —le dijo Manuel.

—Yo no me enojo, Manuel, hombre; yo me río de la que me hicite.

Vamos pa la casa, Manuel, hombre.

El rey ordenó a la gente que llevaran los cueros siquiera. Cuando llegaron al palacio, la reinata si andaba pasiando en el balcón.

—¿Ya hicieron la esquila ya? —le preguntó al rey.

El rey le contestó:

—¡Si Manuel se comió el ganao, hija, y en las carretas vienen los cuero!

Entonce mandó a Manuel:

—Anda allá onde lah empliáh, hombre, que te den que comer. Des-

pués que comas, me vah a ir a botar ese palo que está allí ladio para acá, llevah un hacha y li abris la boca del lao di abajo para que no caiga para acá.

Manuel llegó onde estaba el palo y lo queó mirando, botó l' hacha, y se puso en cuatro patah y li abrió la boca. El rey con la reinata mirando a qué hora caía el palo y le dijo el rey:

—Vamoh a ver qué le pasa a Manuelito que toavía no puee caer el palo.

Y se jueron para allá. Encontraron a Manuel que estaba en cuatro patas con la boca abierta mirando el palo.

—¿Qué estáh haciendo aquí tú, Manuel?

—¿No me dijo que li abriera la boca al palo, mi güen rey?

—Tú no tenís gracia —le dijo el rey— ni para voltiar un palo, hombre. Vámoslos para la casa, hombre.

Llegaron al palacio.

—Mañana te voy a dar un trabajo, Manuel.

La suegra se golvió la yegua más brava qui había en la ciudá. En la tarde llamó a Manuel:

—Vah a ir mañana a dale agua a una yegua que va amanecer dentro 'el corral, a dale agua a la laúna y me la llevas con mucho cuidado.

La yegua *ía* a dar una *chinga* y lo *ía* a tirar al medio de la laúna. Manuel hizo una pasá por debajo del balcón. La princesa nueva le dijo:

—Manuelito, ¿quén pudiera decirte lo que mi corazón siente? ¡Traición a la corte! Toma esta varillita que te va salvar de toas tus apretura; con un guascazo que dis con ella se cambiarán loh animales más bravos del mundo.

Al otro día en la mañana el rey mandó a Manuelito y le dijo:

—Sácate una montura, la inglesa de la patrona, y ensillás la yegua.

La yegua si andaba pasiendo en el corral. Cuando divisó a Manuelito, Manuelito dijo: “¡Qué brava debe ser la yegual”. Saca un estribo de la montura y lo lleva en la mano. Cuando dentra en la tranca, la yegua se le jue encima, le levanta la estriba y la planta un estribazo al medio de lah orejas que se jue de culo. Di allá se paró con máh empeño. Manuelito si acuerda de su varillita, le pega un varillazo en el medio de la caeza. ¡Mansita queó la yegua brava! El rey *taba* mirando por una ventana.

—Manuelito, ¿qué estáh haciendo con esa yegua? Trátamela con cuidao, hombre.

—La yegua, rebrava, patrón.

Mentra la ensilló y montó a la yegua, le dijo al rey:

—Me faltan lah espuela.

El rey le dijo:

—Llévala con una varillita.

Y éste pasa a la cocina, le pide dos clavoh a una empliá que sean de cuatro pulgá y siguió a dale agua a la yegua. Pasa un *macal*, y corta unah horquetitas, le pone los clavoh atráh y se lah amarra bien en los pies, principia a clavar la yegua, llegó allá a la laúna, tomó agua lo más tranquila, no si acordó di haber *chinguiao*, y la güelve pal palacio. Cuando la divisa que va, el rey levantando humo:

—¿Qué hah hecho con esa yegua, Manuelito? Lárgamela enmediatamente.

—La yegua no quería tomar agua, mi güen rey, porque la clavé un poquito.

Las costillas le coloriabán de sangre. Al rato que la largó al mismo tiempo se desapareció. Llegó la pobre vieja que ya se moría con las clavás que li había dao él. Podía dormir de espalda y boca abajo, que las costillas las tenía hecho charqui. En esto llegaron dos cuñaos del rey y le dijeron:

—Nosotros *los* vamoh a golver dos güeyes más bravos que too el mundo y *los* mandah a enyugar para que vaiga a la laúna a trete una carretá de pluma de cuanto pajarito habita.

En la tarde ordenó el rey a Manuelito:

—Vah a enyugar una yunta de güeyes mañana y los trata con cuidado, vah a ir a la laúna a treme una carretá de pluma.

En la mañana Manuelito pasó a trer un yugo para enyugar los güeye. Los güeyes, cuando vieron a Manuelito parece que se lo iban a comer. Manuelito dentró con su yugo en la mano aentro del corral y se va un güey encima. Manuelito levanta el yugo y le planta un yugazo en el cacho; el güey cayó de culo y en esto se le viene encima el otro. Saca su varillita del bolsillo y le planta un varillazo a caa uno. ¡Manisitos quearon! El rey le pegó un grito:

—¡Mucho cuidado con los güeyes, Manuelito!

—¡Qué bravos son los güeyes, patrón! Si no me defiendo, mi habrían hecho chicharrón.

Manuelito enyugó los güeyeh y amarró una carreta, preuntando ónde habría una garrocha. El rey le gritó:

—Llévalos con una guasca con mucho cuidado.

Manuelito se jue para la laúna, y pasó al *macal* a cortar una garrocha, y le puso un clavo en la punta de cuatro pulgáh y se jue clavando el del lao derecho por entre medio de las pierna. Llegó a la laúna, los

golvió y los tesó. Principió a cargar su carreta con plumas. Después que la tenía cargá, le regó un poco di agua encima pa que las plumas no se desparramaran. Se jue picaniando el otro por entre medio de las pierna. La sangre les corría y él les daba unos varazoh a lo largo el espinazo. Cuando iba llegando cerca el palacio, devisó el rey una humaera y dijo el rey: "Este me trae los güeyeh igual que la yegua". Llegó Manuelito y tesó los güeye.

—Ahí *tan* sus plumas, patrón.

El rey *solevao* porque vio los güeyes toos picaniao.

—Lárgame los güeyeh enmediatamente.

Apenas los largó, los güeyes se desaparecieron. Subieron los cuñaos para arriba del palacio, *tralacaitos* porque llevaban el *jundillo* hecho peazo. Llegaron a una cama, se botaron boca abajo. Lueo preuntó la vieja:

—¿En qué forma llegaron ustee?

Uno le contestó:

—Con los jundilloh hecho peazo.

—Menos mal que las mías jueron las costilla.

Los cuñaoh hicieron llamar al rey para que los curara di alguna manera. El rey los curó con un poco 'e sal con agua. Los cuñaos se cerraron a salto con el dolor que tenían. La princesa lo llamó:

—Este muchacho le va tener que sacar la tira del medio.

—Ya me tiritia ya —dijo el rey.

El rey le dijo a la reina:

—Tengo ya una pensá de ir a la pesebrera descorvale el caallo, entonces éste, viendo su caallo así, se va enojar.

En la mañana gritó a Manuelito:

—Manuelito, ven para acá, mira tu caallo, hombre. ¿Por qué va así?

Manuelito le dijo:

—Que se quiere sentar y no quiere.

En la tarde golvieron nuevamente igual. Manuelito jue a su caallo y encontró que estaba descorvao. "Esto lu ha hecho naa más que el rey". Sacó un cuchillito del bolsillo y les cortó la jeta a los caallos del rey. Y en la mañana se los saca, echa su caallo aelante, los del rey atrás, se va, le dice al rey:

—Aguaita para allá, patrón, cómo se van riendo sus caallos del mío.

El rey se rió, dijo:

—¿No parece circo esto?

En la tarde nuevamente golvieron sus caallos riéndose.

—¿Qué le parece, patrón, que sus caallos si han reío too el día del mío aonde lo ven que se sienta y no se puee sentar y éstos si han fo en

risa, leh ha queao la jeta encogía?

Después que estaban encerraos jue el rey a velos, dijo:

—Manuelito le cortó la jeta a mis caallo.

Y jue muy enojao.

—Manuel, ¿qui hah hecho que le cortate la jeta a mis caallo?

—Eso nu es na pa lo que le pasó al mío. ¿Así que por eso no más se enoja?

—Yo no me enoja, Manuel, hombre; yo me río de too lo que tú hah hecho conmigo.

—¡Cuánto mi alegre, pus, patrón!

Se jue ponde la reinata.

—Parece que Manuel, hija, me va a sacar la tira del medio no más; pero quea otro trabajo completamente difícil. Lo voy a mandar al galpón que me vaiga dejar toos loh alimales di un porte; si alguno me deja más largo, le voy a decir: “La caeza te la corto”.

La reina le dijo:

—Eso no lo va hacer tan igual, así que cuenta seguro con la caeza de Manuel.

El rey llamó a Manuelito:

—Manuelito, vah a ir al galpón y me vah a ir a dejar toos loh alimales di un porte; si alguno me dejás más largo, la caeza te la voy a cortar.

Manuelito dijo:

—Está muy bien no más, patrón.

Y éste queó pensando cómo lo podía hacelo y dijo: “Esta es la cosa más sencilla”. Cortó ponde un mestro mueblista. Le pidió un serrucho, le pidió una escuadra, y un *anivel* y una lienza larga y se jue para el galpón. Este se paró en la puerta y principió a mirar. “¡Pucha qui hay toros grandes —dijo— y un tehnerito harto rechico!”. Se trajo el toro y lo paró; se uscó el tehnero más chico, lo paró al pie del toro grande; pasaba el toro mucho más largo que el tehnero; lo cortó al laíto atrás de las paletah y aelante de la caera y lo dejó di un porte que estaba un poco máh alto, y le hizo un corte al frente ‘el espinazo del tehnero. Le puso escuadra atráh y aelante; estaban del mismo largo. Le puso nivel arriba; estaban di un porte y por eso cortó toos los demáh. Toítos quearon di un porte; los principió a dejar tooh en una hilera, le corrió lienza arriba por el espinazo; taban tooh a nivel. Dijo Manuelito: “¡Qué güeno me queó mi trabajo! Tengo segura mi caeza”. Si asentó al frente del galpón. En esto llega el rey con l’ espá en la mano.

—¿Cómo está el trabajo, Manuelito?

—Está listo, patrón.

El rey se paró en la puerta del galpón.

—Manuelito, ven para acá. ¿Dónde me tenís loh alimales grande?

—Aquí los tengo regüeltos con los tehnero. Si gusta, póngale nivel.

Están toos di un porte, nu hay ninguno máh alto ni más largo tampoco.

El rey se *solevó* completamente enojao. Manuelito le preunta:

—¿Por eso no más se enoja, mi güen rey?

El rey le contestó:

—Me río de lo que tú haces conmigo, Manuelito.

—Más vale así, pus, patrón.

—Vamos pa la casa, Manuelito, hombre, y pasa desayunate.

Mientras tanto el rey jue a conversar con la reinata.

—¡Estoy frito, mujer! Parece que voy a perder la tira del medio, porque Manuelito los terminó toítos loh alimale y ya no *los* va queando na.

—Déjame lo a mí —le dijo la reina—. Yo le voy a mandar hacer, que mañana le dé que comer a toas lah aveh al frente de la puerta, que cuando tú te levanteh y ti asomeh en la puerta no se mueva ningún ave y si acaso alguna se mueve la caeza se la vah a cortar.

Bajó la reina y llamó a Manuelito:

—Mira, Manuelito, mañana le vah a dar que comer a toítas lah aveh al lao juera e la puerta y cuando el patrón si asome en la puerta con un paragua en la mano y él lo destienda que no se mueva ningún ave. Si alguna se mueve, la caeza se te va cortar.

—Muy bien, mi güena patrona; mañana en la mañanita le tendré listo su trabajo.

Manuelito en la noche se jue al gallinero, mató toas las gallinas, toos los patos, toos los gansos, toos los pavoh y unas pocas gallineta; principió acarriarlas pa la puerta; después que las tenía toas jue a uscar al granero seis sacos de trigo y se lo desparramó. A toas les principió a echar un poco de trigo por el *guargüero* para entro, las dejó toas clavaitas de la *pichana*. Al otro día cuando se levantó el rey con unas chancletas viejah y un paragua en la mano, y se paró en la puerta, y abrió el paragua para que se movieran las gallinah y no se movió ninguna.

—Manuel, ¿qué le pasa a las gallina? ¿Por qué ninguna se mueve?

—¿Habrán comió mucho trigo, mi güen rey?

Manuelito jue y tantió una.

—Está atorá, mi güen rey; parece que comió mucho trigo.

Principió a tantiar las demáh; estaban toítah iguales con el *guar-güero* lleno de trigo:

—¡Las gallinas *tan* muertas, patrón! ¡Muertas cómo se iban a mover!

—¡Por Dios, Manuelito, matarme toas las gallina!

—Por golosah eso les pasó. ¿Así que por eso se enoja, mi güen rey?

—Yo no me enoja, Manuelito, hombre; de too lo que tú mi hah hecho, yo me río.

—¡Cuánto mi alegre, pus, patrón!

—Anda desayunate, Manuelito.

El rey se jue ponde la reinata.

—Fíjate, puh, hija, que ninguna gallina se movió.

—¿Que tú no lah asustarías, puh, hombre?

—¡Cómo no lah iba asustar, puh, hombre, cuando le planté unas peláh al paragua, lu abría y lo cerraba y las gallinah estaban toas muertas, puh, hija, onde Manuelito les dio demasiado trigo! ¿Y ahora qué vamoh hacer con este muchacho?

—Déjame lo a mí no más —le dijo la reinata vieja—, yo mañana le voy a dar otro trabajito, le voy a dar que me limpie l' hortaliza, y que no me deje ningún pastito dentro de l' hortaliza, y si deja alguno la caeza se la vamoh a cortar y con ese trabajo se va terminar Manuelito.

La reina llamó a Manuelito:

—Mira, Manuelito, mañana me vah hacer un trabajo, me vah a limpiar l' hortaliza, y no le vah a dejar ni un pastito y mucho cuidado con las verdura.

Manuelito le consiguió lah herramientah: un rastrillo, un azaón, una pala, un ceazo grande y un ceazo de los más finos que tuviera. La reina le entregó toas lah herramientah, y se puso a trabajar. Este principió por un' esquina de l' hortaliza, arrancando pastoh y verdurah y pasándolas por el ceazo fino. A puras penas pasaba el polvito de la tierra y too lo demás lo *la* botando para juera. Máh o meno a la hora de las doce llevaba la mitá de l' hortaliza, dejando apena el puro polvo de la tierra. La princesa le dijo al rey:

—Vamoh a ver el trabajo cómo está queando.

Dentraron a l' hortaliza.

—Para, Manuelito, para. ¿Qué estáh haciendo ahí?

—Estoy sacando mi trato, pus, patrona. ¿Cómo irá queando?

La reina le gritó:

—Tierra no como yo. ¿Las verdurah ónde las dejate?

—Too el pasto lu hei botao para juera.

—¿Así que tú no conocís las verdura?

—Yo nunca había dentrao aentro di una hortaliza, veía que too era pasto, por eso lo boté para juera.

El rey le pegó un grito:

—Sálete para juera.

Manuelito le contestó:

—¡Pucha que se enojó! Dígame la pura verdá si acaso está enojao.

El rey le contestó:

—Me río de lo que tú hai hecho connigo.

—Mi alegre, patrón.

—Manuel, vamos pa la casa y pasa almorzar.

El rey le dijo a la reina:

—¡Que me late la tira del medio! Parece que éste me la va sacar.

—Menos mal que toavía van queando lah alverjas di oro; mándaselah a cosechar y si acaso te pierde alguna dile que la caeza se la vah a cortar.

El rey llamó a Manuelito:

—Mira, Manuelito, anda cosechar lah alverjas con mucho cuidao, que no me vaigah a perder ninguna de lah alverjas, porque son di oro.

Manuelito le contestó:

—Yo soy regüeno pa cosechar alverja; emprésteme una echona para arrancalah y emprésteme una horqueta para arrumala.

Su jue Manuelito hacer su trabajo completamente apurao. Llegó y principió arrancar lah alverja. Después que las tenía toah arrancá, principió hacer las gavillas, lah ensartaba con una horqueta, las tiraba arriba di unos robles porque estaban un poco húmedah y arriba calentaba máh el sol. En esto si acordó el rey de ir a ver el trabajo que estaba haciendo Manuelito. Manuelito estaba botao, completamente cansao onde había hecho juerza tirando para arriba lah alverja. Llegó el rey onde estaba Manuelito.

—Manuelito, ¿terminaste tu trabajo?

—Toavía no, señor; estoy secando lah alverjas, las tengo allá arriba 'e las matita.

El rey miró para toas parte.

—¿Dónde tenís lah alverjas, Manuelito?

—Mire pa arriba, puh, ñor. ¿No las ve que las tengo arriba?

—¿Para qué las subite, hombre?

—Porque arriba calienta máh el sol, puh.

El rey hizo bajar una gavilla a Manuelito. Cuando cayó para abajo, queaba la pura paja. El rey se *solevó*, le dijo a Manuelito:

—Me dejateh en la calle, me terminaste el ganao, hicite una irrisión, me espuelate mí suegra, me picaniate mis cuñaos, me fregate los caallos, me terminaste loh alimale, me matate toas lah aves, me terminaste l' hortaliza y ahora me entregas la pura paja 'e lah alverja.

—¿Así que por eso no más se enoja, mi güen rey?

—Me enoja, puh, hombre. Vamos pa la casa —le dijo a Manuelito.

El rey se jue detrás completamente enojao. Llegaron a leer el contrato onde decía clarito que el que se enoje ante 'el año se le sacaba la tira del medio. El rey le dijo:

—Es la pura verdada, palabra de rey no debe de faltar y sácamela no máh.

En esto llegó la princesa nueva.

—¿Qué le pasa, papá?

—Perdí la tira del medio.

Principió Manuelito a sacale la tira al rey. La princesa nueva le dijo:

—Manuelito, échala aquí.

La colocó en la pipa que tenía del agua de la muerte, principió a colgar el rey. Cuando lo tenía colgao, devisó qui habían dos más. Bajó uno pa conocelo; salió que era Juan. Di ai bajó el otro; salió que era Pedro.

—Fíjense —dijo Manuelito—, tanto trabajar, vine a encontrar mis doh hermanos colgao.

La princesa le sacó las dos tiras del medio que estaban queando en una pipa. Se las puso di aonde se lah había sacao, le regaron un poco di agua de la vida. Enmediatamente se pararon. A las once de la noche Manuelito se desocupó. La vieja en la mañana, cuando se levantaba, la primera mirá que pegaba era para las varillah y las devisó que estaban las tres tendía. ¿Qué hizo, pus, Manuelito? Hizo revivir suh hermano. Mandó a Juan a uscar a sus padreh y loh hizo llegar al centro del palacio, diciéndole a su madre:

—Hoy eh el día que yo me caso.

Los padres lloraban de la misma alegría que tenían onde Manuelito se iba casar con la princesa de la ciudadana. Mandó uscar Manuelito un cura y un sotacura y al mismo tiempo dos sacristane. El cura los casó. Manuelito se puso la corona del rey, la princesa se puso la corona de la reina vieja y quearon mandando los dos como reinato, toos reuníos dentro del palacio. Y el rey queó colgao por ser porfiao.

L A P E R R A N E G R A

Estos eran unos viejitos que tenían tre hijos. Uno se llamaba Juan, otro se llamaba Francisco, el otro se llamaba Manuelito. Un día le dijo el mayor:

—Póngame la bendición, papá, para salir a rondar tierra por ser hombre y por saber.

Un día le puso la bendición al mayor y salió a andar, le preparó luego unos pocos vivre y salió en su marcha Juan.

A lo mucho que había andao este Juan llegó a un río y se puso a comer harinita en l'agua. Le dijeron los pescaítos:

—¿Por qué no me dai que comer? Hacen siete años que no como.

—¿Por qué no trabajan pa que coman? Yo no les puedo dar, para mí es poco.

Luego de allí preparó su carga, y salió a andar y no les dio lo que los pescaítos le pedían. Luego llegó a una selva a loh otroh imperio. Luego le salió el león y el tigre, luego se le presentó la zorrilla a pedirle que comer. ¿Qué hacían? Hacían siete años que ellos no comían. Y a él no le importaba na que no comieran. Comiendo él, taba too güeno. Le dijeron loh animale:

—¡Que te hai de ver más pobre por no haber dao que comer!

Luego llegó a un palacio de una gata negra a pedir alojamiento.

—Un pedío le voy a hacer —le dijo la gatita al joven—; pásame ese plato pa dale que comer a usted mismo.

Le dijo Juan por qué no se paraba ella y le servía; él no estaba para servirla a ella.

Al otro día amaneció Dioh, ensilló su caballo y le preduntó a la gatita que aónde habría trabajo. Le dijo la gatita que le preduntara al plato, que él le iba a dar la contesta. Luego salió a uscar trabajo y se jue. Llegó al palacio de un rey pidiendo trabajo. El rey le dijo:

—Mucho trabajo tengo, pago doh almú de plata que me vaya a rozar toa la selva, y mañana —le dijo— se va a uscar la perra negra y, ¡cuidao!; mientras no se venga la perra a comer, usted no se puede venir.

Al otro día se jue a la selva con su hacha y la perra negra cuidándolo. Llegó la hora de la tarde y se vino.

Y habían hecho un juramento: el que se enojaba primero le cortaba la cabeza.

En la tarde, cuando llega, le predunta el rey:

—¿Cómo te ha ío, Juan?

Le contesta Juan:

—A mí me ha ío mal.

Le predunta el rey:

—¿Por qué?

—Porque too el día me ha tenío sin comer.

Le predunta el rey:

—¿Y se enojó usté?

—¡Cómo no me hei de enojar, cuando me tiene too el día sin comer!

—¿Si acuerda del juramento que tuvimoh hecho, que el que se enoja primero le cortaba la cabeza?

Mandó al negro a buscar a Juan. Lo llevaron al banco y le cortaron la cabeza.

Estoh hermanos tenían un arbolito. Cuando estaba en apretura [uno de ellos], se ponía marchito.

Se fijó un día Francisco en el arbolito que estaba marchito, le dijo al papá:

—Póngame la bendición para salir a andar, a buscar mi hermano.

Y prepararon unos pocos vivres también. Y de allí le puso la bendición y salió a andar.

Le pasó el mismo percance que le pasó al hermano mayor. Para abreviar el cuento: también no dio na que comer a los pescaíto.

—¡Cómo te hai de ver! —le dijeron los pescaíto.

Llegó a la selva aonde había llegao su hermano mayor. Se puso a comer. Se presenta el lión, el tigre y la zorra:

—Hacen siete años que no comimo.

—¿Qué me importa a mí? Que hagan ocho. ¿Por qué no trabajan como yo trabajo?

—¡Cómo te hai de ver en la pobreza más grande! —le dijeron.

Llegó al palacio de la gatita, pidió alojamiento, le dio alojamiento la gatita.

—Un pedío le voy a hacer: pásame ese plato pa dale que comer a usté mesmo.

—¿Por qué no te parái vos?, que no soy sirviente tuyo.

Al otro día preparó su caballo y salió a andar. Este no preduntó na ónde había trabajo. Luego llegó al palacio di un reinato pidiendo trabajo. Le dijo el rey que tenía mucho trabajo, le rozara toa la selva. Le predunta Pancho:

—¿Cuánto paga?

—Pago treh almú de plata.

Al otro le entregó l' hacha. Ante de salir al trabajo hicieron un juramento: el que se enojaba primero le cortaba la cabeza. Al otro día tempranito salió la perra negra y él con su hachita al hombro. Llegó a la selva, se puso a trabajar too el día. En la tarde se vino la perra negra al palacio y él di atrás.

—¿Cómo te ha ío, Pancho?

—Me ha ío mal —le dijo.

—¿Por qué? —le dijo el rey.

—Mí ha tenío too el día sin comer.

—¿Si acuerda del juramento qu' hicimo: el que se enojaba primero le cortaba la cabeza?

Luego lo mandó al negro a uscar a Pancho. Luego lo trajeron al banco y le cortaron la cabeza.

Vamo a Manuelito. Se fijó un día que ese arbolito si había marchito. Le dijo al papá:

—Póngame la bendición para salir a andar en busca de mih hermano y me prepara dos cargas de vivre, una carga de harina y una carga de carne cocía.

Al otro día ya estuvieron toos los vivres junto. Y le puso la bendición y salió a andar. A lo mucho que había andao llegó al río aonde habían llegao suh hermano y se puso a comer harina. Y le hablan los pescaíto:

—Manuelito, hacen siete años que no comimo.

—¡Pobrecitos! —les dijo—. Yo, que vengo saliendo recién, ya traía hambre.

Sacó un saco de harina y se lo esparramó too en l' agua pa que comieran los pescaíto. Preparó su carga y salió a andar. A lo mucho que había andao le hablaron los pescaíto:

—¡Manuelito! ¡Manuelito!

Volvió él, dijo: “Con hambre han quedao”.

—Aquí me tienen, pescaíto.

—Es para darle una virtud —le dijeron los pescaíto.

Le dieron una varillita de virtud, too lo que le pidiera a la varillita se le pondría.

Entonce salió a andar. Y se hizo tarde y llegó a la selva onde habían llegao loh hermano. Merendando estaba él, se le presenta el lión, el tigre y la zorrilla y le dicen:

—Hacen siete años que no comimo.

Sacó su carga, y sacó la mitá del animal que llevaba cocío, y le repartió a caa uno un piazo de carne y les preguntó si acaso querían más. Le dijeron que sí. Entonce ya comieron.

Al otro día preparó su caballo, su carga. Ya estaba para irse, le dice el león al tigre:

—Compañero, ta güeno que le demo una virtú.

Vino el león y se sacó una oreja de virtú, a Manuelito que lo que le pidiera a l' orejita se le ponía. Vino el tigre, se cortó la cola, que lo que le pidiera se le ponía. Vino la zorrilla, le dio un maletín, que lo que le pidiera al maletín se le ponía y cuando se viera en apuro que se acordara de ellos, que ellos lo favorecerían.

Salió a andar. Llegó al palacio 'e la gata a pedir alojamiento. La gatita le dice:

—Alojamiento, con mucho gusto.

Le dijo:

—Mire, joven, un pedío le voy a hacer.

—Lo que quera, gatita.

—Páseme ese plato pa dale que comer a usted.

—¡Cómo no, mi güena gatita! Cien platos si quere, se los paso.

Luego mandó los criaos 'e la gatita a dale que comer a loh animale.

Al otro día le dice la gatita:

—Pasao mañana se va a buscar trabajo, porque le toy haciendo unos pocos vivre.

Le dice entonce la gatita, cuando ya le tenía los vivre hecho:

—Yo no soy gata que estoy aquí, soy una princesa que me tienen encantá en cuenta 'e gata.

Y de ahí le comenzó a icir ella que la mairastra la tiene encantá.

Le dijo que:

—A medía que va haciendo su trabajo usted, m' iré desencantando yo. No le reciba ninguna cosa 'e comía, porque lo van a precurar de matalo.

Así lo hizo. Toos los consejos que le daba la gatita, toos los hizo él. Al día siguiente se fue al palacio aonde habían llegao loh hermano pidiendo trabajo. El rey le dijo que tenía mucho trabajo, que tenía trabajo en la selva pa trozar.

—Vamos a hacer un juramento: el que se enoja primero le corta la cabeza. Y le predunta Manuelito que cuánto lo que pagaba.

—Pago cinco decálitro de plata —le dijo.

Al otro día bien temprano le entregó l' hacha. Y salió la perra negra con él. Llegó a la selva, se puso a tomar desayuno. En seguida se acostó a dormir. La perra lo comenzó morder y a rajuñalo para que él se levantara a trabajar. Ese día no pegó ni un hachazo. En la tarde llegó la perra al palacio y en seguida llegó él. Le predunta el rey:

—¿Cómo le ha ío, Manuelito?

—A mí me ha ío bien.

- ¿Y por qué vino a almorzar?
 —Yo aguanto un año sin comer.
 —¿Se enoja usted, porque no le mandé almuerzo?
 —No me enoja na.
 —Ríase tres veces.

Tres veces se rió Manuelito.

- ¡Caramba! —le dijo el rey—. ¡Perdíó estoy!

Al otro día le dice a la perra que salga más temprano, al primer canto 'e las diuca. A esa hora salió. Se puso a tomar desayuno. Y se acostó a dormir. Vino la perra y lo comenzó a morder y a arrastrar pa que trabajara.

- Éjate 'e patilla, perra negra; no me estís molestando.

La perra no entendía. Grande jue su paciencia. Agarró l' hacha y le plantó un hachazo a la perra y la mató. En la tarde llegó al palacio Manuelito, le predunta el rey:

- ¿La perra negra?

- Aelante se vino.

Le dijo el rey:

- Aquí nu ha llegao.

—Le voy a icir la última verdá, mi rey: yo estaba descansando, la señorita vino, me comenzó a morder, me sacó impaciencia, agarré l' hacha, le planté un hachazo y la maté.

- ¡Ay, por Dioh, hombre! ¡Me mataste mi suegra!

- ¿Y se enoja usted? —le dijo al rey.

- No, puh, hombre; no me enoja, hombre.

- Ríase tres veces.

Sin gana se rió el rey. Ya el rey se jue a merendar. Le dijo la mamá al rey:

- Tenemo que dale veneno pa matalo.

Y él taba oyendo.

Al otro día lo mandó a cuidar los trabajaores que estaban cavando una viña.

- Dijo mi rey que arrancaran toa la viña.

Cuando llegó el rey onde estaban los trabajaores, quedaban tres matita 'e viña.

- ¡Ay, hombre! —le dijo—. ¡Me mataste mi suegra y ahora me arrancaste la viña!

- ¿Y se enoja usted?

- No, poh hombre.

- Sonríase cinco veces.

Sin gana se rió el rey. Dijo el rey:

—Mal puesto estoy, ya me lleva dos ganá.

Le dijo en la noche la mamá al rey:

—A mi nieto lo vamo a volver loro en una jaula di oro arriba en un palo enjabonao. Desnúo tiene qu' ir a bajarlo, que llegando arriba el loro le picará loh ojo y queará ciego.

Toah estas cosa estaba oyendo Manuelito.

Al otro día lo mandó el rey a bajar el loro adivino. Luego de allí le picó una mano, sacó un puñal, y le cortó la cabeza al loro, y agarró la jaula, y la tiró al suelo con el loro y se lo llevó al rey:

—Aquí tiene, tiene el loro que mandó a buscar.

—¡Ay, hombre! —le dijo—. ¡Me mataste mi suegra, me arrancaste la viña y me mataste mi hijo!

—¿Y se enoja usted? —le dijo él.

—No me enoja na, hombre.

—Ríase siete veces.

Sin gana se rió. Entonce él se jue para su pieza que le tenía el rey. Le ice la señora, la reina:

—Yo mañana me voy a volver una vaca 'e cachos di oro y me van a echar a un potrero. En seguía lo mandan en un caballo muy flaco pa matalo yo; en otra forma no poímo matalo.

Al otro día lo mandó el rey al corral que ensillara un caballo de los más flaco. Había un potro muy bonito. Dijo Manuelito: “Yo no agarro este caballo flaco”. Agarró el potro, sacó una montura y cuatro clao de cinco pulgá y le clavó la montura con clao. Y subió en él y jue a buscar la vaca cachos di oro. Luego allí se le taimó la vaca, no quiso andar pa ailante ni pa atrás. Se apió, sacó el puñal, le cortó la cabeza cachos di oro, se la trajo al rey. Y le dijo el rey:

—¡Ay, hombre, lo que juiste a hacer! ¡Me clavaste a mi suegro y mataste a mi mujer!

Y le dijo:

—¿Se enoja usted?

—No me enoja na.

—Ríase veinte vece —le dijo.

Sin gana se rió el rey.

Quiaron bastante enojao con el rey. Dice la mamá del rey, la reina vieja:

—Convíalo a merendar.

Lo convían a merendar. El jue, pero no le recibió ninguna cosa 'e comer, porque él comía a los siete año. Le dice la mamá al hijo, al rey:

—Esta noche vamo a dormir con él, vamo a mandar a tres negro a calentar treh horno. Cuando esté durmiendo, le ponemo la durmiera.

Toah estas cosa estaba escuchando Manuel. Le aceptó él d' ir a dormir con ellos. Muy temprano se jue a acostar. Lijerito s' hizo el dormío. Se jue el rey a acostar, se jue la reina también, se acostó en la misma cama. Luego se quearon dormío el rey con la vieja. Vino Manuelito, le puso la durmiera a los doh y se quearon dormío. Puso la vieja a la orilla 'e la cama, el rey al medio y él al rincón. Y le avisan los negros que ya loh hornoh están caliente. Manuelito estaba oyendo y le pegó con el coo al rey que ya es tiempo. Vino el rey, le plantó el repujón a la vieja y la plantó a loh hornos con juego. Se volvió pal rincón el rey, le dio un abrazo y un beso, creendo que era la viejecita.

Al otro día se halló durmiendo con Manuelito y le predunta:

—¡Ah, hombre, lo que juiste a hacer! ¡Me mataste mi suegro, me arrancaste la viña, me mataste mi mujer, me mataste mi madre!

—¿Y se enojó usté?

—Me enojo.

—¿Le da rabia a usté?

—¡Cómo no me va a dar rabia!

—¿Se acuerda 'el juramento?

—Sí —le dice el rey.

—Entonce perderá su cabeza.

—¡No, hombre! —le dijo—. ¿Qué vah a hacer conmigo?

—¿No? ¡Palabra de honor! ¡Tiene que morir! ¿Aónde me tiene mih hermano?

—¿Qué hermano?

—Mih hermano. ¡Y les cortó la cabeza! Si le da vía a mih hermano no lo mato na.

Se jue pa la pieza, y ahí estaban loh hermanos muertos y les dio vía el rey. Y le predunta a loh hermano:

—¿Qué podimo hacer con el rey?

Le contestan loh hermanos que tiene que pagar con lo mesmo. Y lo mataron. Ahora les dijo:

—Uno va a quear de aministrador del palacio, y el otro de contaor y yo me irá a ver a mi mamá.

En eso estaba en el palacio y se presentó la gatita con carroza di oro y con un regimiento para pagale loh honore. Y de ahí el palacio se desencantó. Si lindo era el palacio de él, más lindo eh el de la gatita. Le dice la gatita que en primer lugar tiene que casarse con ella.

—Después de casao vaya a rescatar a sus papá.

Se casó. Y se estarán celebrando.

PONCHO ROTO

Poncho Roto era un hombre muy flojo. Un día salió a uscar trabajo, llegó a un fundo que tenía el diaulo. Le ijo el diaulo:

—¿Vení a uscar trabajo?

—Sí, señor.

—Más vale así, pueh, hombre. Díceme hombre —le ijo—; no me digáis señor —le ijo el diaulo—. Yo tengo trabajo aquí, pueh, hombre, con una condición —le ijo—, que el que se enoje aquí hay que sacarle una tira del espinazo. Si tú te enojái, yo te la saco a vo; si yo me enojo, me la sacái a mí.

—Muy bien, pues —le ijo.

El diaulo la llevaba segura de sacársela a él. Vino el diaulo, lu echó a cortar leña al cerro y le entregó toos los diaulos nuevo güelto mula. En el cerro cargaba sus carga 'e leña. Los machos se le golvían diaulos que eran, le botaban las carga, le esparramaban la leña pa hacerlo rabiar. Vino Poncho Roto, si acomodó una chueca de palo de *trevo* y agarraba a chuecazos a los macho en la caeza. Llegaba Poncho Roto a la casa del diaulo con los macho por el suelo, la caeza hecho tira, unos tuerto. Tanto jue que le trabajó una semana, en la semana ya no le ejó un animal parao. Un día le ijo el diaulo:

—Poncho Roto, está güeno; te voy a dar el arreglo; mi has muerto toos loh animale y un día me vah a matar a mí.

Se enojó el diaulo.

—¿No ve, pues? —le ijo—, ya se enojó. Venga pa acá.

Y le sacó la tira del espinazo al diaulo. Le pagó a Poncho Roto, le dio un almú 'e plata el diaulo.

Se jue Poncho Roto con su plata, con su dinero en su poncho. Se jue a un hotel, llegó al hotel, habló con el dueño ahí pa que le diese cama pa tres día. Poncho Roto, como iba pobre, toos lo miraban en na. Los mozo le servían ahí; solamente un mozo que le servía a él lo gratificaba. Oyó decir que en Francia había un prince, el dueño de Francia, que el que lo contrapesara su peso en oro, en plata, le regalaba toa Francia. Se jue Poncho Roto a Francia con su ataíto de plata en su ponchito a igualale al prince de Francia en peso. Llegó Poncho Roto allá. Ningún prince de ningún paí li habían ganao en dinero al prince de Francia. Y se pesa Poncho Roto, pesa su ponchito con el prince de Francia en peso. Se la ganó Poncho Roto en

mil millones de peso al prince. Habiéndosela ganao, viene el prince de Francia, le entrega toa Francia a Poncho Roto. Se recibe Poncho Roto de Francia y se degüelva a su paí onde estaba. Se llegó al hotel aonde había estao, le pagó al caallero, le ice Poncho Roto:

—Yo me voy a recibir de Francia, porque Francia es mía.

—Muy bien, amigo —le ijo.

Llegó Poncho Roto, se retira del hotel. Llega a oído di un rey que este dicho Poncho Roto es el dueño de Francia, li hace un convite el rey a Poncho Roto. Este dicho rey tenía treh hija. Al velo que tenía tanto dinero Poncho Roto, le uscó el convenio que se casara con una hija. Poncho Roto se la *acertó*, como rey que era se la acertó. Habiéndose casao con la hija del rey, Poncho Roto se degolvio a Francia. El rey, coicioso, le ijo que por qué no lo llevaba a los palacio. Este rey, como era avariento y era rey, llegó al paí de Francia, le cortó la caeza a Poncho Roto y si apoderó de Francia. Así que Poncho Roto trabajó en su vía pa que si hiciera millonario el rey avariento.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

163

P E D R O A N I M A L E S

Un día Pedro Animales, encontrándose sin dinero, se empleó de mozo en un fundo. El propietario lo mandó a cuidar unos chanchos. Pedro los llevó no lejos de las casas de su patrón y en el camino ideó la manera de hacer un buen negocio con los chanchos. Les cortó las colas y las enterró en un pantano, de modo que parecía que los chanchos estaban empantanados. Luego fue a vender los chanchos y, hecho el negocio, regresó al pantano. Como Pedro demorara en volver con los chanchos a las casas, el propietario salió en su busca y no vio ningún chanco.

—¿Dónde están los chanchos, Pedro?

—Ahí, pues, patrón; se metieron al barro y están hundiéndose. ¡La colita no más se les ve!

—¿No te dije que no los trajeras cerca del pantano?

—Así no más fue, pues, patrón.

Y empezó el amo a tirar de las colas y con ellas se quedaba en las manos.

—Hombre, anda a buscar una pala, un chuzo y una barreta para sacar los chanchos y no te demores en traer las tres herramientas.

Se fue Pedro a la casa, donde estaban la esposa y las dos hijas del dueño, y les dijo que el patrón les mandaba decir que las tres se entregaran a él. Las mujeres no le creyeron. Entonces Pedro, para convencerlas, le hizo tres señas al patrón y le gritó:

—¿Las tres?

—¡Las tres! —contestó el caballero.

Así fue como Pedro hizo un buen negocio y se burló de las tres mujeres. En seguida huyó de la casa.

Mamiña, Tarapacá, VII-1958.

Reproducción de un relato de LUIS SAAVEDRA.

164

P E D R O U R D E M A L

Pedro Urdemal entra a trabajar en un fundo. Cuenta a su patrón que en el pantano hay unos chanchos de oro que están hundiéndose. Van los dos al pantano y sólo consiguen sacar las colas, que Pedro había arrancado a los chanchos y puesto ahí. El patrón insiste en sacar los chanchos y ordena a Pedro que vaya a casa a buscar una palas.

Llega Pedro a la casa y se encuentra con la esposa y las dos hijas del dueño del fundo. Les dice que el patrón ordena que se entreguen a él, y, como no pueden creer semejante cosa, hace tres señas al caballero y éste asiente, creyendo que Pedro se refiere a las tres palas que había. La madre convence a las niñas de que hay que obedecer por conveniencia. En seguida Pedro huye. El patrón vuelve a casa y descubre el engaño.

Los Vilos, Coquimbo, II-1959.

Resumen de un relato de JUAN DE LA CRUZ CÁCERES.

165

E L T O N T O J U A N

Eran treh hermano; uno era tonto, el tonto Juan. Salieron loh otroh hermano a trabajar, queó el tonto en la casa y le dijeron al tonto que le lavara la cabeza a la señora, que toos los días se la lavara. El tonto calentó el tarro di agua caliente y le echó a la veterana el tarro hirviendo en la cabeza y la arropó bien arropá a la veterana. Entonce llegaron loh otroh y le dijeron:

—¿Qué jue? ¿Le lavaste la cabeza a la mamá?

—Sí se la lavé. ¡Vieran que saltó y me costó pa echarla a la cama!
Entonce es que jueron loh otroh, y la jueron a ver y salieron con el pelo colgando de la señora.

—¡Tonto de los diabloh! —es que le dijeron—. ¡Si quemaste a la mamita! Nos vamoh a repartir de toas las cosa, así como quemaste a la mamita, y vamoh a salir andar.

Entonce el tonto pidió la puerta y salieron andar. Iban muy lejo y al tonto le decían:

—¡Mira el tonto con la puerta al hombro!

Llegaron a una casa donde había una señora hechicera, y le preguntaron caso que faltaba mucho para llegar donde estaban unos bandío y la veterana dijo que les faltaba un poquito.

—Lo que lleguen donde están los bandío, se suben arriba di unos maitenes grandes qui hay por ahí. No vayan hablar ninguna cosa, tienen que estar calláito.

Entonce llegaron donde están los maiteneh y loh otros se subieron. Entonce es que dijo el tonto que él no dejaba su puerta. Se subió arriba de los maitenes con su puerta. Entonce llegaron los bandío donde estaban elloh y no los vieron na, y se ganaron a hacer fuego y sacaron su plata para contarla. ¡Tenían su bulla más grande contando la plata! Entonce es que empezó el tonto que ya si hacía pichí.

—¡Ya mi hago pichí! —es que decía.

Entonce es que decían loh otros niño:

—¡Estate callao, tonto de los diablo!

—¡Es que mi hago pichí! —es que decía el tonto.

Y se hizo pichí el tonto. Entonce es que dijeron los bandío:

—¡Por Dioh! ¡Está lloviendo con el cielo limpio!

Entonce es que dijo el tonto:

—¡Ya me cago!

—Ya; ¡cágate, tonto de los diablo! —es que le dijeron loh otro.

Y se baja los pantalones el tonto.

—¡Por Dioh! ¡Está lloviendo *firigüe* con el cielo limpio!

Tanto jue que si asustaron loh otro. Entonce el tonto empezó:

—¡Ya me le suelta la puerta!

Y se le manda la puerta abajo al tonto y arrancan los bandío, que se estaba quéindose el cielo a pedazo. Le dejaron toa la plata. Se bajaron loh hermanoh, y recogieron la plata, y retaron al tonto pa que dejara la puerta pa poder arrancar y se jueron. Cuando llegaron los bandío, encontraron la puerta en el suelo y no encontraron ninguna cosa, loh asaos que tenían, ninguna cosa. Entonce es que dijeron:

—Este ha sido más di alguien que estaba en los maitene.

Y se desaparecieron di ahí. Y los niños con su plata se jueron andar y llegaron donde estaba un rey. Y el rey puso a uno a limpiar las pesebrera y unas cuantas cosas, y al tonto lo pusieron a limpiar un jardín y arrancó toas las flores lindas que tenía el rey. Entonce es que tenía una hija el rey y lo aguaitaba por la ventana al tonto.

—¡Ay qué tonto más lesó! —es que decía la hija—. ¡Que vaya arrancar toas las floreh a mi papá!

Un día le dio atención a la señorita, cuando ya no había flores, y le pidió que le llevara flores de las más bonitas y si no le iba cortar la cabeza. Llega el tonto y le pasa flores de las más lindas un día en la mañana. Y lo pilló el rey que le estaba pasando flore y lo mataron, porque no estaba permitío que le pasaran flore a la señorita. Ei no más le llegó al tonto.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

LUZMIRA GALLARDO.

166

PEDRO URDIMALE Y LUCIFER

Pedro haciendo sociedad con Lucifer; en primer lugar hicieron apuestah a peliar los dos.

—¿Y aónde vamoh a peliar?

—Vamoh a peliar en el monte.

—¿Y cómo?

—A paloh.

Pedro aprovechó de buscarse un palito chico y Lucifer una vara larga, porque él creía que de lejo le iba a pegar los golpe. Y se fueron al monte el día desinao. Ya preparaos para la pelea, le dijo Pedro:

—Pega tú primero.

Y Lucifer:

—No; pega tú primero.

Y así estaban. Y Pedro le cerró de palo, aprovechando mientras levantaba el palo largo se le enredaba en el monte. Y así lo pudo vencer. Se dio por vencío Lucifer.

—Me ganaste, hombre; no peliemos más.

Saliendo de ahí, hicieron otra apuesta.

—Ti apuesto a correr —le dijo.

—Muy bien —le dijo Pedro.

Entonce ya quedaron pal día siguiente pa correr la carrera. Pedro,

mientras se llegaba el plazo, tramó de pillarla. Se buscó una menuencia de cordero. Arreglándola bien debajo de su ropa, salieron a la cancha como dos buenos corredores. Como cien metros habían corrido, iba quedando atrás Pedro.

—¡Ah! —dijo Pedro, sacó un cuchillito—; lo que me pesa es la guata.

Y sacando el cuchillo pasó un tajo del pecho a las piernas. Se le cayó el mondongo a Pedro y quedó mucho más liviano pa correr. Y Lucifer por novedoso perdió la carrera, porque visto que Pedro se había botao la guata:

—¡Caramba, hombre! ¡Mi has ganado dos veces, pero tres veces no me vah a ganar!

—Ta bien —le dijo Pedro.

Así que hicieron otra apuesta para disparar una piedra al mar. Hicieron su apuesta. Y Pedro, valiéndose de la oportunidad con Lucifer, salió Pedro en la noche al campo, encontró una perdih y la llevó a su casa con el mayor cuidado. Al día siguiente iba a ser la apuesta.

—¿Y cómo va a ser? —le dijo Pedro a Lucifer.

—Cada uno lleva su piedra de su casa.

Al otro día llegó la hora en que iban a disparar sus piedras a ver quién ganaba la apuesta. Llegaron a una altura muy elevada.

Lucifer dijo:

—Aquí va a ser.

Y trazó una raya.

—¡Ya! —le dijo Pedro—. Dispara tú primero.

—No —dijo Lucifer.

—Yo te pedí primero; a ti te toca de disparar primero.

—Ta muy bien —le dijo Lucifer.

Tomó la piedra con una honda y la disparó al mar. Y se quearon con el mayor cuidado a ver aónde iba a ser el sonío onde iba a caer la piedra. Cayó la piedra al mar; sintieron ellos.

—¡Ya! —le dijo Lucifer a Pedro—. A ti te toca ahora.

—Yo tengo un modo muy curioso —le dijo Pedro— pa disparar; doy tres vueltas.

Dió tres vueltas Pedro y disparó la perdih. La perdih, viéndose libre, dijo: ¡Bi, bi, bil

—Así se dispara —dijo Pedro—, que llega a zumbar la piedra.

Y se pusieron con cuidado a ver onde caía la piedra al mar. No cayó nunca.

—Ya me ganaste. Me ganaste tres veces: la pelea, la carrera y la apuesta de disparar piedra al mar.

Entonce le dijo Lucifer:

—Ahora vamoh a sembrar.

—¿Qué vamoh a sembrar primero? —le dijo Pedro.

—Vamoh a sembrar trigo.

Sembraron trigo. Llegó el tiempo de la cosecha. Se dijeron los dos socio:

—¡A cosechar!

Le dijo Lucifer:

—Cosecha tú.

—Ta bien.

Pedro se puso a cosechar. Cosechó too el trigo. En seguía le avisó a su socio que coseche él. Como Lucifer había visto que el trigo caera a la tierra, di ahí iba a cosechar. Cosechó Pedro y los dos. La cosecha de Pedro produció y la de Lucifer no hubo na.

—¿Cómo eh esto? —decía Lucifer—. En toítas me las ganate. Ahora vamoh a sembrar papa.

Hicieron la siembra de papa. A su tiempo le dijo cuando estaban buenas pa cosechala:

—Cosecha tú, socio; ahora te toca a ti.

Dijo Lucifer:

—Ahora voy a cosechar yo; de trigo me ganate.

Y se puso a cosechar la semilla de las papa, lo que producía arriba. Bueno, cuando ya terminó su cosecha, Lucifer le dijo a Pedro:

—Ahora te toca a ti.

Pedro comenzó a cosechar papa. Y así quearon en muy buen acuerdo los dos.

—Y tú vah a quear rico y yo me voy a trabajar con otro —le dijo Lucifer a Pedro.

Y haciendo toos sus compromiso, se separaron los dos socio. Y Pedro queó rico y Lucifer enriqueciendo a otro.

Y si acabó el chasco.

Un zapatero hizo un contrato con el diablo de adivinar el animal que tenía cada uno. Entonce le dice el diablo:

—¿Qué animal es este que traigo yo?

—Ese es cabra —le dice el zapatero.

—Me adivinaste, pueh, hombre. A ver, tráeme el tuyo —le dijo el diablo.

Entonce él sacó el animal. El diablo s' iba por detráh y por delante, lo alorosaba y por toas partes resollaba.

—Muy juerte resuella por detrás —le decía—. ¿Entonce no me *irís* qué animal eh éste?

—Es mi mujer.

Y la destapa.

—Y *tuve* al decir que era tu mujer.

El zapatero hizo una capa de toa pluma de pájaro, de chincol, de diuca, de gallina para que se la pusiera su mujer.

Olmué, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

168

EL PAJARO DESCONOCIDO

Este era un hombre muy pobre. Se llamaba Juan Bautista y la señora se llamaba María Inéh. Este hombre era tan pobre, infeliz, dijo:

—Yo, si el diablo me diera plata, me haría un pauto con él, m' iría de edá de ochenta año —él tenía veinte año.

Unos días van y unos días vienen, se le presenta un caballero, taba trabajando él.

—¿Qué lo que prometiste? —le ijo.

—Lo que yo prometí —le ijo— que yo hablaría con el diablo que me diera las riqueza.

—¿Qué dieras vos?

—Mi persona.

—Yo soy el diablo —le ijo.

En el momento se sacó su libro el diablo.

—Y hacemoh el contrato.

Hicieron el contrato que él se iba a ir con él hasta enterar loh ochenta año. Hicieron el contrato. En la noche llegó con tres cargas de plata. Este hombre enriqueció. Mandó hacer un chalé al igual al patrón. Jué hombre muy rico, ya jue con tanta riqueza, con tanto jundo, cuando ya iba enterando, que iba a ser viejo con tanta riqueza. Esto jue pasando, mientras máh año, más rico, y jue acercando su plazo y él con tanta pena. Entonce le priuntó la señora:

—¿Por qué tenís tanta pena, hijo? Anteriore que tábamos tan sumamente pobre que no teníamos pal día, no teníamos qué ponerlo, tábamos desnúo y vos no tenías pena, no sentías na, y ahora, ¿por qué ahora no comeh y lo pasas con tanto sentimiento?

—¿Qué sacaré con decirte y vos no vah a arreglar na?

Como a veces las mujeres son tan porfiá, le principió a porfiarle.

—Que no, hijo; dime no máh.

Y él no le quería icir. Ya pasó un mes, ya pasó otro meh, y ella preguntándole al marío por qué era esa tristeza que tenía. Entonces le ijo:

—Mira; ¿cómo me vah a salvar vos, cuando yo hice pauto con el diablo y por eso que tamos con tanta riqueza y va a faltarme no más que quince día pa que venga a buscarme el diablo?

Le ijo la señora:

—¿Eso no máh eh, hijo? Eso no es ninguna cosa. Mira —le ijo—, manda a buscar cazaore que lleven cuanto pájaro haiga en el mundo.

Güeno, ¿cómo se podrá salvar ese caballero que no lo lleve el diablo?

Jueron, vinieron a matar ave.

—Ya mañana va a venir a buscarme a las doce.

Así que comió bien ella.

—Mira, hijo —le ijo—, me vah a poner pluma.

Y se desnudó toa y se untó toa de miel. Principió a desplumar lah ave el caballero. Sacó una plumita di un ave, se la ponía con doh empliao. Desplumando lah ave, sacaba otra pluma, se la ponía, de toítah lah ave. Entonce ya no halló ónde ponerle pluma.

—Ahora —le ijo—, cuando venga tu amigo, le vah a icir: “Aquí tengo un ave. Si no adivina qué pájaro tengo aquí, plazo di un minuto, si no conoce el pájaro, no me lleva a mí; pero si lo conoce, me lleva con pájaro y too.

Entonce le ijo [el diablo]:

—¿Aónde está el pájaro?

Salió el pájaro andando.

Jue y dijo:

—¿Qué pájaro hay en el mundo que yo no lo conozco?

Y sacó el pájaro. El diablo principió a aguaitarlo qué pájaro sería con cuatro patah y la cola redonda, porque iba reculando. No lo púo conocer. Cuando ya se enteró el plazo, le ijo el diablo:

—Toma tu escritura. Esto será consejo de mujere.

Y salió el diablo, y le tiró la escritura, y le dio una patá ajuera y rebentó.

Y el caballero queó con toas sus riqueza.

EL ANIMAL DESCONOCIDO

Un aldeano muy pobre hizo pacto con el diablo, hizo que le emprestara dinero para un determinado plazo.

En seguía se le cumplía a él el plazo, y se puso muy triste y se sentó al lao ajuera de su casa. En eso llega su señora esposa y le pregunta:

—¿Por qué estái tan triste?

El le responde:

—Porque ya se me cumple el plazo que el diablo me viene a llevar.

—No te le dé na —le dijo la señora—. Cuando venga el diablo, tú le vai a pedir el último pedío, que él te traiga un animal, que si tú lo adivinas, que no te lleve, y tú le trañ un animal, que si no lo adivina, no te lleva.

En eso llega el diablo:

—Bueno, amigo, llegó el momento que te vengo a llevar.

Entonce le dice el campesino al diablo que le presente un animal; si él no lo conoce, se lo lleva, si no, no, puh. Entonce el diablo le acepta el pedío.

En eso la señora, como tenía muchos animales, aves, corderos, le dice que vaya al paso onde va a pasar el diablo, una quebrá.

—Y vai a ver qué animal trae sin que te vea él.

Entonce jue el dicho señor, el campesino, y venía el diablo con el animal y como la cabra no quería pasar, le dice el diablo a la cabra:

—¡Pasa, cabra!

¿No ve que la cabra no pasa por el agua?

Entonce oye el esposo de la señora y le dice que trae una cabra.

—Ahora tú tienes que presentar otro animal.

Y se desnúa la señora como la madre la echó al mundo y se reuelca en la artesa con sangre, las plumas de las aves se le pegan en el cuerpo. En eso llega el diablo y le dice:

—Aquí vengo que me adivine lo que traigo.

En eso se queda pensando el esposo de la señora un cuarto de hora. Entonce le dice el campesino al diablo lo que trae:

—Lo que trae usted es una cabra.

—En ésta me ganaste.

—Ahora le toca a usted —le dice el campesino al diablo—. ¿Qué animal es éste?

Y principia el diablo a esaminar el animal. Lo primero que hace, le levanta la cola y la señora le escupe la cara. En seguía se va por delante y le dice:

—¡Qué animal raro con un ojo en la frente y la boca abajo!

Entonce, el diablo al acercarse por adelante, le tira un peo, y más abajo:

—¡Qué hediondo tiene el resuello!

Y va otra vez atrás, y le pone la mano abajo, y le toca los senos y le dice:

—¡Qué largas tiene las ubres! ¡Ay, hombre, que no sé que animal es! Me doy por vencío. No te llevo porque me la ganaste.

Mamiña, Tarapacá, VII-1958.

LUIS SAAVEDRA.

170

EL GIGANTE CON UN OJO

Este era un gigante que vivía en una isla en el centro del mar. Nuestro gigante cuanto buque se *sufragaba* ai enmediatamente a la isla. Los que alcanzaban a salvar salvaban en esa isla. De luego que salvaban ai, el gigante los llevaba pa su casa, y les daba una copita de refresco y éstos se cegaban con la copa de refresco. Así que él loh iba engordando. A lo que ya estaban gordos, se loh iba comiendo. ¡Ya tanto que se comía él!

Se *sufragó* un buque y llegaron treh a la isla. También el gigante los pilló y se los llevó. Los tres jóvenes, lo que ya llegaron, vieron los demás que andaban a tentone y dijeron:

—Estos *tan* ciego.

De luego que llegaron, el gigante les dio una copa de refresco a caa uno y éstos no se la tomaron, la dejaron caer pa la ropa no máh. Al otro día estos jóvenes se hicieron ciego, y andaban puramente a tentone y se fijaban en el gigante que toos los día andaba tantiendo cuál taba más gordo. Al que encontraba más gordo, ése lo mataba y se lo comía, y los jóvenes oservando too eso.

Así que un día se comió uno. Después que se lo comió, se tomó medio barril de vino y se quedó dormío a l' orilla 'el juego. Entonce los jóvene agarraron el asaor y lo calentaron. A lo que el asaor estuvo bien caldiao, se lo pringaron en el ojo. Plantó un bramío muy estraño el gigante. Doh hermanos que tenía, cuando oyeron el bramío tan es-

traño, se vinieron a toa carrera onde él. Los tres jóvenes se arrancaron, y se metieron a una chalupa y se pusieron a remar. Cuando llegaron los gigante a ver el hermano, lo hallaron con el ojo quemao. De luego que hallaron al hermano quemao, apretaron a correr a orilla 'e playa y acertaron a mirar qu' iban los tres jóvenes navegando en el centro del mar. Principiaron a tirarles piedras para hundirle el bote. A tanto dispararle piedra, le acertaron un piedrazo al bote, l' hundieron. Dos se augaron y uno siguió nadando sobre los remos. Nadó dos días y una noche. Llegó a orilla de costa; ai se salvó.

Este hombre, ai onde se salvó estaba el oro amontonao, pero él sin poder subir pa arriba, porque era un risco muy elevado. Estando el joven ai, de repente cayó un peazo 'e carne ai onde estaba él. Se dejó quer un *aila* enmediatamente, se lo arrebató y se lo llevó pa arriba. Al otro día temprano volvió a quer otro peazo 'e carne. Entonce el joven jue y lo tomó. Así que el *aila* se devolvió y el joven tomó el peazo 'e carne. Se lo comió ai medio suasao. Al otro día botaron una bestia entera abajo y se dejó quer el *aila* a levantala pa arriba. Entonce el joven jue enmediatamente a pararse al pie de la *re* y no dejó que la tome el *aila*. Entonce el joven principió a llenar esa carne de oro, a pinchar las pierna y taconiándolas de oro. Del oro que le taconió, la taconió hasta el esqueleto. De luego que la taconió, él tenía varias sogah hecha, principió a cosela. La cosió bien y se amarró con otras dos soga, con una a la cintura, con la otra de los sobaco. Estando bien amarrao, amarró lah otras sogas bien en el esqueleto que estaba abajo. De allá se dejó quer el *aila*, la tomó y la subió pa arriba. Y él subió amarrao en la carne esa. En habiendo llegao arriba, salieron los pichones del *aila* a comer carne. El joven no los dejaba comer, afanao sacando el oro de la carne. En eso llegó el dueño que cuidaba esa *aila* a quitale el oro al joven. El joven se le opuso de que no. Entonce el dueño del *aila* se jue a justicia a demandalo. Y el joven quedó sacando oro que había metió en la carne.

Entonce vino la notificación, notificaron al joven. El joven compareció al *jujao*. Llegando al *jujao*, pasó pa entro y el juez le ijo que por qué le quitaba el oro a ese otro hombre. El joven le contestó que él no le quitaba el oro, porque el oro que él tenía lo había subió él por sus purah astucia.

—Así que el oro es mío, Usía, no es de aquí, el caballero.

Entonce le dice el jue al que lo demandó:

—¿Cómo dices que es tuyo el oro y el oro lo tuvo éste por sus astucia a la altura arriba?

Entonce le dijo el jue al que puso la demanda que se retire y al otro le dijo que vaiga y lleve su oro.

Así que el joven, viéndose que tenía plata, trató de irse pa su tierra, porque esas tierra onde se salvó eran tierra estraña. Entonce este joven se fue a orilla de mar, tomó un vapor y se fue pa su tierra. En habiendo llegao a su tierra, llegó onde su familia. La familia muy contenta que llegó el joven, que ellos pensaban que el joven había muerto, que en el buque que se sufragó él se había augao. Entonce el joven le contestó a su familia que él se había salvao y llegó a una isla onde asistía un gigante y ese gigante cuanta persona ai la engordaba y se la comía, los dejaba ciego.

—Lohotros que llegamos ai no quisimos tomar la copa de refresco que los dio y loh hicimos ciego. Así que el gigante toos los día tiantaba al que estaba más gordo, ése se comía. Entonce un día se quedó dormío y lohotros caldiamo el asaor; él taba en un profundo sueño cuando le pringamos el asaor en el ojo y plantó un bramío muy estraño. Y lohotros arrancamos, tomamos una embarcación y los juimos al centro del mar. Cuando llegaron loh hermano, los viejo, y loh agarraron a piedrazo. A tanto de peñasquialo, acertaron una piedra a la chalupa y la echaron a pique. Mis dos compañeros murieron, ai se augaron y yo felizmente me salvé de a caballo en un remo. Navegué dos días y una noche y llegué a costa en una *pader* muy elevá que el oro taba amontonao ai. Ai hice mis riqueza yo, y con mis purah astucia me subió un aila a la cumbre del risco, y ai me salvé.

Y hasta aquí llega el cuento.

Ignao, Valdivia, 1952.

FRANCISCO CORONADO.

171

PACTO CON EL DIABLO

Una vieja hizo un pauto con el diablo de varias monea. Cuando ya vino a trela, le dice la veterana que para llevarla que tenía que asarle un peo. Y él le dice que se lo asa. Vino la vieja y se tiró un peo, y él no lo púo pillar.

Y le entregó la céula.

Olmué, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

PACTO CON EL DIABLO

Este era un alministraor de hacienda que hizo pauto con el diablo para hacer potreros. Ya que se vio apesarao y triste cuando ya se iba a terminar el plazo, le dice la mujer:

—¿Por qué está tan triste, hijo?

Le dice:

—Le contara y no le quisiera contar, y yo que hice pauto con el diablo de hacer potrero.

Entonce le dice:

—Hácete enfermo; yo le daré trabajo.

Cuando llegaron los trabajaore, le dice:

—¿Y mi patrón?

—Ta enfermo, pero dejó los trabajo ordenao.

—¿Qué trabajo?

—Que lavaran estos tres cuero y los dejaran blanco, y este arnero para llenar esa tina de agua que está allá y este calabazo ajicero pa pillar celaje en la cordillera.

Llegaron tan aburrío entregándole la céula a su patrón, porque el trabajo que dejó era muy difícil de hacerlo.

Olmúé, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TURCO.

PACTO CON EL DIABLO

Un gringo hizo un contrato con el diablo de un millón de peso. En la libreta pusieron que lo viniera a trer mañana.

Al otro día venía el diablo a trela y le decía que viera la libreta.

—¿Y qué dice la libreta?

—Que vengái mañana.

Tuvo tres días viniendo y siempre con la mima respuesta:

—Que vengái mañana.

—En fin, quéate con el dinero —le dice— y tu céula ahí está.

Olmúé, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TURCO.

PEDRO URDIMALE, EL ZORRITO Y EL HUEVO
DE YEGUA

Era un caballero muy vivaceta Pedro Urdimale. Dijo: "¡Que me encuentre sin dinero!, cuando a mí mi hace falta el dinero". Dijo: "Voy a tener no máh". Al poquito rato se jue andando onde había una chacra por l' orillita. Y había un' hilera de zapallo y había un zapallo bien bonito color huevo, en forma di un huevo. Quedó mirándolo Pedro y dijo: "¡Bah! Aquí está la mía, aquí onde está". Lu agarró con harto cuidao onde estaba la mata 'e zapallo y se plantó al hombro el zapallo. Pedro Urdimale dijo: "Aquí voy a tener dinero con esto".

Luego había un extranjero, o sea un gringo, a caballo. Ha poco había llegao de l' Eropa. No conocía las plantas, las cosechaba, pero no las comprendía bien. Le dijo:

—¿Y qué tiene usted aquí?

—Es un huevo 'e yegua, patrón.

—¿Cómo huevo 'e yegua?

—Huevo 'e yegua. ¡Mire que va a tener un potrillito muy correor este huevo!

—Véndeme el huevo 'e yegua.

—¿Pero, patrón, qué lo voy a vender —le dijo—, cuando está pa tener potrillito, cuando va a salir un correor caballo? No lo puedo vender.

—Véndemelo en lo que pidas.

—Bueno, le voy a decir, caballero, patrón, no puedo decir otra forma, tengo que tratarlo a usted así. Mire; si me da cinco mil peso por mi huevo, lo vendo.

—¡Cómo no! Te doy cinco mil peso.

Bueno, al gringo:

—Váyase con harto cuidao, no haya cosa que el huevo se vaya a refalar y vaya a perder el potrillo.

—No, tengo cuidao yo, mucho.

Le dio los cinco mil peso a Pedro Urdimale. Y le echó el zapallo por encima, por delante, al gringo. Iba equilibrándose, que ya se le refalaba y no se le refalaba na.

Al otro lao habían unas personas cortando madera. Y como estaba cercano:

—¡Qué pareció a mi zapallo —dijo uno de los mismoh agricultore—
aquel que lleva el caballero di a caballo!

Era medio bonito el zapallo, bonito era el zapallo. ¡No planta el
trompezón el caballo y se le refala el zapallo! Y cayó entre unas ma-
titas de monte qui habían, no se le rompió na, y se le va abajo co-
rriendo el zapallo. Había una mata de litre arrastrada y onde plantó
el choque así en el litre se partió el zapallo. ¡No resulta qui había
un zorro durmiendo debajo ai de la mata 'e litre! ¡No va a cortar
el zorro onde si asustó! Corrió por el mismo lao detrás del gringo.

—¡Aquí va potrillito! ¡Ataja potrillito! ¡Oh! ¡Qué correor el po-
trillito!

Era el zorro. ¡Qué lo iba a alcanzar! El gringo casi se mató a la siga
del potrillito. Y toavía estará persiguiéndolo, señor Pino.

Este eh el cuento de Pedro Urdimale, del zorrillo y el huevo 'e yegua.

LA MUJER DEL ZAPATERO

Este era un matrimonio. El era zapatero y muy celoso. Cuando él tra-
bajaba, tenía que estar su mujer al lado.

Había un cura que pretendía a la mujer y se avenían muy bien
los dos.

Quedaron de ponerse de acuerdo para juntarse. Y el cura le mandó
a un muchachito, le dijo:

—Te voy a dar dos centavos y le vas a decir a la mujer del zapatero
que se junte conmigo, pero lo más disimuladamente que puedas.

El muchachito le dijo:

—Déjemelo a mí, padrecito; yo lo voy a arreglar.

Entonces el curita le dijo:

—Dile que a las tres de la tarde me voy a encontrar con ella, pero
que no se entere el marido.

Partió el muchachito. Encontró que estaba la mujer sentada a la
mesa de su marido, no hallaba cómo decirle que el curita le había man-
dado citar. Llegó allá. Hizo bailar un trompo, lo hiló y lo tiró encima
de la mesa del zapatero. Mientras el trompo bailaba y el zapatero lo
observaba cómo bailaba, el muchachito le dijo:

—Dice mi padrecito, larilalá,
que vaya en seguidita, larilalá.

La mujer, que se había dado cuenta del encargo, le contesta:

—Dile, a tu padrecito, larilalá,
que voy en seguidita, larilalá

El marido estaba ahí pegando una zuela, martillando, y le dice:

—Muévete, grande puta, larilalá,
que te saco la entrecresta, larilalá.

Santiago, 26-I-1963. Grabación en magnetófono.

MARINA MORA.

176

LA MUJER PORFIADA

Un tiempo se encontraba una señora muy porfiada qui al marido too ella le porfiaba que las cosas de ella tenía qui hacer. Y un día too porfiaba, no hallaba qui hacer. Ella no quería saber, quería ser porfiada no más, ¡qué!, too porfiaba. Un día viene [el marido], y tenía un tambor de banda, y viene:

—Oiga, hija; vamo a ver a la comadre al otro lao del río, vamo.

—No voy na.

¡Pero sí era porfiál!

—¡Pero hace ya tiempo que no vamo!

—Yo no voy na; yo voy.

Y ella montó a caballo.

—Vaya en este caballo manso, hija —le dice entonce como marido que era—, no vaya en el potrón.

—No, en el potrón voy.

—Pero no vaya con el tambor.

—Con el tambor voy.

En el centro del río onde iba pasando, ya llegando onde se encuentra l' agua, le dijo él:

—No vaya a tocar el tambor, poh, hija, porque el caballo se va a asustar, el potrón.

—Lo toco y lo toco no más —dijo la vieja.

Y le planta el golpe: ¡Pum, pum, pum! Y viene el manco, y se asusta y la bota al agua, onde se volcó con el caballo y el tambor, y

cortó pa abajo la vieja. ¿La vio usted, señora Marina? ¡Mire cómo va corriendo! Por eso no conviene ser muy porfiao.

Bueno, después la buscaron a la señora. Entonce contestó el dueño 'e casa, dijo:

—Mi señora es muy porfiá. ¿Pa qué la buscan en la corriente? Búsqwenla en los cerro arriba, por la corriente pa arriba, porque too lo que le decía a ella me porfiaba, y así que es muy porfiada mi mujer y no puedo encontrala, hay que buscala pa arriba, arriba la encontraremos.

En los días de los pollos, nunca; ei por porfiá se ahogó no máh.

Pomaire, Santiago, 25-II-1962. Grabación en cinta magnética.

ABRAHAM VÉLEZ.

177

EL ANCIANO QUE A LOS CINCUENTA AÑOS
IBA AL COLEGIO

Estos eran dos viejitos que vivían en una choza. Entonce un día en la mañana se fue a trabajar el viejito y se encontró un cuchillito. Se devolvió para la casa.

—Oye, viejita, ¡mira lo que encontré! Te lo traigo de regalo para que tengas de recuerdo, porque me voy a ir.

Se iba el viejito pa las minas a trabajar muy lejo. Al otro día siguiente lo mandó otra vez ella a ver si se encontraba otra cosa. Se encontró una mulita. Entonce ella, en vista que se encontró esas dos cosas, lo echó al colegio.

Un día él estaba sacando agua. Pasaron dos bandidos.

—¡Oye, hombre! ¿Hai visto alguna mula pasar por aquí?

—Sí, de cuando yo iba al colegio.

Meniaron la cabeza los bandidos.

—No seas tonto, hombre.

—Hace poquitos días que yo iba al colegio.

No le creyeron los bandidos. Siguieron su camino. La viejita de contenta se fue al pueblo a vivir. Y el viejito a toda la gente le contaba que él iba al colegio y sabía leer y escribir. Nadie le creía de tan anciano que era. ¿Cómo iba a ir al colegio a los cincuenta años?

San Francisco de Mostazal, O'Higgins, 1951.

OLIVIA MIRANDA.

47

E L B R I L L A N T E

Estah eran treh hermana. La mayor era casá con un carpintero, la otra era casá con un albañil y la menor era casá con un triste labraor. Y vivían las treh en la mesma calle vecina y toos los día salían a comprar juntah al mercao. Y un día domingo divisó la *puchusca* un brillante muy lindo.

—¡Miren, hermana, el brillante tan lindo, tan lindo que hay ahí!

Pero como la mayor era más forzúa que toas, se queó con el brillante y no quiso darle na a ella. Llegaron a la casa y le contaron a los marío.

—¿Y quién se lo halló? —dijo el labraor.

—Yo —le ijo la señora.

Y como ése era más pobre, le ijo a su mujer que la juera a demandar. Les llegó la notificación y se presentaron al juzgao, pero la mayor no llevó el brillante. Entonce la *puchusca* le ijo al juez:

—Yo me hallé un brillante y ella, como era más forzúa, me lo quitó y no los quere dar na a losotroh doh.

Entonce el jueh ordenó que juera a traer el brillante. El juez le ijo que la que hiciera lesa a su marío con menos perjuicio, ésa iba a ser la dueña del brillante, plazo de quince día.

Se llegó el plazo de quince día, entonces la mayor hizo un convite muy grande. Compró puros licore fino, champaña, vermouh, pues de toos los licore fino. Entonce, cuando ya el convite vino, ella se sentó al lao de su marío. Cuando ya estaban casi tooh emborrachao, agarró a su marío y dice:

—¡Ay, por Diosito, que se me murió mi marío!

El hombre decía:

—¡Cómo me voy a morir cuando estoy vivo! Pero ésta debe ser la muerte repentina que llaman —decía el hombre.

La gente se jué encima de él y, como estaba curao, creían que estaba muerto. Entonce hicieron un lao la mesa, y compraron mortaja y le pusieron y lo precnciparon a velar. Gastó como tres mil peso. Después lo llevaron al cementerio, hicieron la sepoltura muy honda y dejaron caer muy juerte el cajón.

—¡Ay, hermanito! ¡No me golpeen tanto! ¡Sáquenme de aquí que ya me ahogo!

Y lo destaparon y lo llevaron pa la casa. Otro convite, de gusto

que había resucitao el marío, pero ése ya no jue tan grande. Gastó dos mil pesos no máh.

Entonce la del medio tenía la casa muy mala y le decía al marío toos los día que le arreglara la casa, pero el marío era muy dejao. Un día llegó el marío, eran muchoh año casao y no habían tenío familia.

—¡Ay, ay, ay, por Diosito! —decía la mujer.

—¿Qué es lo que te pasa? —le ijo el marío.

—¿Qué no sabís, sinvergüenza, que quero parir?

—¿Cómo vah a parir? ¡No pariste cuando joven y vah a parir después de vieja!

—Tienes que irme a buscar la matrona.

Y la matrona estaba más de diez leguas de distancia. Ya eran la sei de la tarde y el pobre hombre tuvo que alquilar un caballo, que le costó cincuenta peso, y se jue en busca 'e la matrona. En eso ella buscó a otro albañil en ese mesmo día y se puso a arreglar la casa. El hombre llegó a medianoche aonde la matrona. Y la matrona no quiso venir a lah anca. Tuvo el hombre que alquilar otro caballo. En eso la señora pintó la casa blanca, bien blanca. Había dentrao un nieblazo muy grande, entonce pasaba por la mesma casa y no la cono- cía, para arriba y abajo. Entonce la matrona le ijo:

—¿Aónde es su casa?

—Por aquí no más, señora.

Golvió a golver para arriba otra veh. Entonce la matrona le ijo:

—Usté anda trastocao con la niebla. Vaiga a dejame a mi casa.

Tuvo que ir a dejala a su casa otra veh. Al otro día llegó a la casa. Taba la mujer barriendo la pieza, cantando.

—¿Qué estái haciendo? ¿No querías parir? —le ijo.

—¡Si nunca ei tao preñá! —le ijo la mujer.

—¿Y cómo m' hiciste buscar la matrona entonce, que he gastao como quinientos peso y casi me ha apaliao la matrona?

—Tantas veces que había dicho que me arreglarai la casa y no me habíai arreglao, yo me valí de este pretesto pa que salierai y yo me busqué un albañil y me pidió barato, me pidió trescientos peso no más.

La del labraor, como ella era tan pobre, cuando el marío llegó en la mañana a desayunarse, estaba la mujer hilando unoh hilo.

—¿Qué estái haciendo, hija? —le ijo el marío.

—Aquí estoy hilando estoh hilo —le ijo—, mi hijito, pa hacete un traje fino pa que vaya el domingo a comprar al mercao.

Pero el hombre no vía na de hilo. Tiraba las manos para tocar el hilo y no atocaba na.

—¡Cómo será de curiosa mi mujer! —decía el hombre.

En la tarde, cuando golvió, ya estaba planchando la tela para cortar, el traje, porque ya era día jueves. El hombre vía las planchas no más y na 'e tela, y la mujer planchar y planchar.

—¡Cómo será de curiosa mi mujer!

Después, cuando golvió, taba cortando el traje.

—No se vaya toavía, hijo.

Y comenzó a hilvanar el paletó. Le amoldaba el paletó en el cuerpo, y después los pantalone. La camisa se la hizo el día sábado. El hombre no vía la hora de llegar el domingo pa ponese el traje que le había hecho su mujer. Entonce la señora se jue al mercao, compró unos zapatos bayo negro que le costaron dos peso y un par de calcetine negro que le costaron veinte centavo. El día domingo lo hizo levantar bien temprano. Entonce le sacó la ropa de la caja. Le puso la camisa y no tenía na de camisa. Le abrochaba el cuello, las manga.

—Está bien arreglá la camisa.

Después los pantalone, el chaleco, y después el paletó, y se lo abrochó bien por toas parte.

—¡Cómo será de curiosa mi mujer que no me veo el traje!

¡Qué se iba a ver, si estaba pelao!

Después le puso los calcetine y los zapato. ¡Qué parecería el hombre pelao con calcetine negro y zapatos bayo! Entonce le dió un canasto.

—Y se va ir a comprar al mercao. Too el mundo se va a reír de usted, pero no le haga juicio, porque no pueden ver un pobre bien vestío y menoh usted que es tan repobre y ahora con ese traje tan fino.

Y así se jue el pobre hombre pelao. Cuando los niños lo divisaron, se pusieron a reírse de él, punzándolo con caña, con palo. Le hicieron muchah heriah en el cuerpo.

—Pero eso no es na —decía él—; mi traje eh el que siento, tan fino. ¡Bien me decía mi mujer que too el mundo se iba a reír de mí!

Llegó al mercao, toos se reían de él, a más que tenían una enorme maravilla, las mujeres se tapaban la cara, las alforjas las tenía muy negraza.

—¡Bien me decía mi mujer que too el mundo se iba a reír de mí! Llegó a la casa y le contó a la mujer.

—Lo que más siento, hija, es mi traje, que me han hecho tira.

—No se le dé na, hijo. Como yo soy tan curiosa, lo voy a zurcir y lo voy a dejar igual.

Entonce le sacó la ropa y la guardó en la caja y le puso su ropa vieja.

Se cumplieron los quince día y se jueron aonde el juez. Le tocó a la mayor.

—Yo hice un convite muy grande —le ijo—; cuando ya taban tooh emborrachao, me senté al lao de mi marío y dije: “¡Ay, que se me murió mi marío!”. “¡Cómo he de estar muerto, cuando me parece que yo estoy vivo! Pero ésta debe ser la muerte repentina que llaman”. Lo velamo toa la noche y al otro día, cuando lo jueron a enterrar, hicieron la sepultura muy honda y lo echaron costa abajo. Entonce él pegó un grito: “¿Qué están haciendo conmigo? Sáquenme de aquí”. “¿Que estái vivo, hombre?”. “Si nunca me he muerto —le ijo él—; pero como mi mujer ijo que yo estaba muerto, ijo que ésa era la muerte repentina que llamaban”. Entonce hice otro convite de gusto que había resucitao. Entre los dos convite gasté como cinco mil peso.

La del medio le ijo al juez:

—Yo me hice embarazá. Era muchoh años casá y no había tenío nunca familia. Y yo era casá con un albañil y tenía mi casa en muy mal estao, y toos los día le decía que me arreglara la casa y él no me hacía caso. Un día me hice embarazá y, cuando llegó a las sei de la tarde, prencipié a gritar: “¡Ay, por Diosito!”. “¿Qué es lo que tenís?”, me ijo mi marío. “¿Qué no sabís que estoy embarazá y quero parir?” “¿Cómo vai a parir? ¡No pariste cuando joven y vai a parir ahora que estái vieja!”. “Tenís qu’ ir a buscarme la matrona”. Y la matrona vivía a más de diez legua de distancia. Entonce mi marío alquiló un caballo que le costó cincuenta peso. En cuanto se jue, yo busqué un albañil y me puse a arreglar la casa. Mi marío llegó como a las doce de la noche aonde la matrona. La matrona no quiso venir a lah anca y tuvo que alquilar otro caballo. Dentró un nieblinazo muy grande. En la noche llegaron y, como yo había hecho pintar la casa blanca, mi marío andaba pa arriba y pa abajo y no podía hallar la casa. Entonce la matrona se enojó. “Usté anda trastocao. Vaya a dejame a mi casa”. Y se jueron. Al otro día, cuando golvió mi marío, yo estaba barriendo la pieza, cantando, y entonce mi marío me divisó por la ventana. “¿Y que no estabai pariendo?”, me ijo. “¡Si nunca ei estao preñal!”. “¿Y cómo me hiciste buscar la matrona?”. “Y como tantas veces te había dicho que me arreglarai la casa, por eso yo me valí de este pretesto, pero me pidió barato, me pidió trescientos pesos no más”. Pero con el viaje de la matrona vino a gastar como quinientos pesos no máh.

Ahora viene la puchusca:

—Yo, como era tan pobre, me puse a hilar unoh hilo, y no tenía na de hilo y hacía más que loh aparato que estaba hilando. Cuando

llegó mi marío, me halló hilando y me ijo: “¿Qué tai hilando, hija?” “Toy hilando estoh hilito para hacete un traje fino pa que vaya a comprar al mercao el domingo”. “¿Cómo será de curiosa mi mujer”, decía mi marío, “que yo no veo el hilo?” De balde tiraba arañone a ver si cortaba una hebra. El día jueve, cuando vino a almorzar, yo ya estaba planchando la tela. Mi marío veía las plancha, pero meno la tela. A la tarde, cuando llegó, yo ya estaba cortando la tela para ha-cele el traje. Entonce inmediateamente le hilvané el paletó y se lo en-tallé, después los pantalone, y no tenía na. En la noche le cosí el terno. Mi marío no vía la hora que llegara el domingo pa ponese el traje fino. Lo guardé en la caja. Después me juí al mercao, compré unos za-patos bayo que me costaron dos peso y un par de calcetine negro que me costaron un veinte. El día domingo lo hice levantarse muy tem-prano y que se juera a bañar. Entonce le puse la camisa y se la abro-chaba, y no tenía na, después los pantalone, el chaleco y el paletó, y se lo abroché bien abrochao. En seguía le hice ponerse los zapato y le di un canasto, y lo mandé bien pelao y le ije que too el mundo se iba a reír de él, pero que no leh hiciera juicio, porque no podían ver un po-bre bien vestío y meno a él, que no le habían visto nunca un traje tan fino, siendo que era tan pobre. Pero toavía no salió de la casa, al verlo pelao los niños lo empezaron a punzar con caña y palo y le hi-cieron unas cuantah hería. “Bien me decía mi mujer que too el mundo se iba a reír de mí”. Y llegó al mercao y la gente se reía de él, las mu-geres se tapaban la cara al verlo sólo con calcetine negro y zapato bayo. Cuando llegó a su casa: “Bien me lo decía usted, puh, hija, que too el mundo se iba a reír de mí. Pero lo que más siento, hija, que mi terno me han hecho tira los niño”. “No es na esto, hijo; yo soy muy cu-riosa, y lo voy a zurcir y voy a dejar nuevo”. Entonce se llegó la hora de los quince día del plazo. Entonce el juez les dijo:

—¿Quién jue la que se encontró el brillante?

—Yo señor —dijo la puchusca.

—Es suyo el brillante. Na se lo quita.

EL NEGRO COLCHON DE PLUMA

Un matrimonio tenía un negro pal servicio. El negro estaba antojao de dormir en el colchón de la señora y todos los días decía:

—¿Cuándo dolmirá el *nego* en *camita banca*?

Un día le dijo la señora:

—Lo que se vaya el patrón te voy a dar en el gusto.

Cierto día salió el patrón y la señora le dijo al negro:

—Negro, aprovecha, anda acostate en mi colchón.

El negro al verse en sábanas tan blancas decía:

“Sábana *banca*,
cochón de *puma*,
¡ah, qué *nego*
con tanta *fotuna!*”

En eso que el negro dormía, tañaron la puerta. La señora le dijo:
—Negro, viene el patrón, anda a escondete, métete aentro del ropero. Pero desgraciadamente el patrón le dijo a la señora:

—Me he güelto porque hace mucho frío y vengo a llevar el poncho.

Abriendo el ropero, encontró al negro metío y lo sacó a bastonazo pa juera. Despué de algunos días volvió a salir el caballero y como el negro seguía majaeriano a la señora pa dormir en su colchón, y cuando ya estaba acostao en él volvía a repetir:

“Sábana *banca*,
cochón de *puma*,
¡ah, qué *nego*
con tanta *fotuna!*”

y se daba güeltas en la cama. Pero el patrón volvió a llegar y la señora le dijo:

—Negro, viene el patrón y te va a pegar. ¿Onde te meto? Abre ese baúl que está arrinconao y métete aentro.

El negro creía estar muy seguro, pero el patrón llegando le dijo a la señora:

—Hija, he resuelto vender ese baúl.

Y agarrándolo pa llevárselo, se dio cuenta que el negro estaba aentro, cuando gritaba:

—Patrón, patrón, no me venda, sáqueme de aentro.

El patrón hizo humiar a palos al negro y lo sentenció que si lo volvía a encontrar en la cama 'e la señora lo mataría vivo. Pero el negro, como eran tantos sus deseos de dormir en un güen colchón, todas las vece que el patrón salía, le rogaba a su patrona que lo dejara dormir en su cama.

"Sábana banca,
cochón de puma,
¡ah, qué nego
con tanta fortuna!"

decía el negro, cuando se encontraba por última vez dumiendo con la señora. Llegó de repente el avisao patrón y la señora corrió diciendo:

—Negro, negro, ahora te matarán, anda a escondete en el gallinero, allá no te pillarán.

Como el negro era tan mala suerte, el patrón le dijo a la señora: —He resuelto vender toas las gallinas.

En eso se va pal gallinero y encuentra al negro acurrucao en un palo al lao 'e la gallina de cogote pelao. Agarra el patrón la barreta y me lo encaja con toa su juerza y me lu hace gallo pelao.

Monte Patria, Coquimbo, 1949. Recogido por don Marino Pizarro.

FRANCISCO HERRERA.

180

EL TONTO

Este era un chiquillo medio tontón, pero era muy dije, como no hay tonto que tenga su gracia.

Ya cuando tenía diecinueve año, le tocó el servicio militar. Cuando un cierto día, como él no salía, no pedía permiso, al comandante le causaba cuidao este niño. Un cierto día le dijo el comandante:

—Mira, hombre, hoy día tú tienes franco. ¿Por qué no saleh al pueblo?

El le dijo:

—No quiero salir, mi comandante.

Le dijo:

—¿Te falta plata, hombre? Anda al pueblo no máh y te voy a dar diez peso para que te vayas por ahí para que te vayah a ver con alguna mujer.

Entonce él recibió los diez peso. Salió a la calle. "¿Qué voy a ir?", dijo. En dulce se los compró y principió andar solo por ahí. Cuando iba pasando por cerca de una plazuela comiendo dulce, va una señorita a llamarlo, que "dice la patrona que vaya". El fue. En vista de esto, la patrona se había enamorado de él, por eso lo había mandao llamar. Y queó muy bien este niño, porque le hizo cariño al niño y quedó enamorado.

Cuando volvió a su cuartel, el comandante le preguntó:

—¿Cómo te fue?

—Muy bien, mi comandante.

—¿Era simpática la mujer que te tocó, joven?

—No muy joven, como cuarenta años.

—¿Bailaste mucho?

—No, mi comandante. Cuando iba pasando por una plazuela, una señorita me fue a buscar, que me mandaba llamar su patrona. Me hizo bastante cariño y me arreglé con ella.

—Hombre, ¿en qué parte más o meno?

—En tal parte —y le dio toda clase de detalle.

—¡Bah! —dijo el comandante—. Mañana vah a ir a salir otra vez; te voy a dar otros diez pesos.

Se fue éste a la misma parte. Volvió a pasar, ya sabía el camino. Y el comandante se fue detrás de él. Llega el comandante a su casa. Y lo metió la mujer, lo escondió dentro de un ropero. El comandante lo miró por toas parte y no lo encontró. Volvió al cuartel el comandante y el soldadillo también.

—¿Y cómo te fue?

—Tése callao, mi comandante. Cuando estaba con la mujer, llegó su marío, me escondió en un ropero y él no me encontró.

Al otro día fue de nuevamente y lo hizo de la misma manera. La mujer lo echó dentro de un cajón y el comandante no lo pudo encontrar. Después dijo el comandante:

—Esto es una tontera, no me muevo de aquí.

Y la mujer le dijo:

—¿Qué te pasa, hijo? Mejor será que vayah a dejar esta encomienda a las niñas para el sur, ya la tengo en este cajón.

Embarcan el cajón y ella le pone: “Gocen de lo que su madre ha gozao”.

Entonce las niñas destaparon el cajón y sale el milico. Le hicieron mucho cariño y se entendió con ella. Entonce el milico tuvo que ir a reconocer su cuartel. Se le habían pasao cinco días. Llega el milico al cuartel y le dice el comandante:

—Ahora te voy a castigar porque se han pasao cinco días.

Y le cuenta el milico too lo que había pasao. Entonce dijo el comandante:

—¡Era mi mujer al fin! Yo mismo lo había embarcao.

EL HOMBRE QUE SACO SU MUJER
DE SU CUERPO

Había un caballero muy estudiao. Este caballero ícía que él no se iba a casar hasta que no saque una mujer de su cuerpo. Tanto que jue, estudió, estudió, halló que de su cuerpo iba a sacar una mujer. Tenía un amigo muy de secreto, le ijo:

—Mira, amigo, vamoh hacer un trabajo.

Así que éste lo que hizo, mandó hacer un cajón y muy seguro y una cama que naide hubiera dormío en ella. Entonce pusieron la cama dentro de ese cajón y le ijo a su amigo:

—Entierren el cajón en la tierra.

Entonce el caballero hizo tres carta. En el mes que se iba a ir dejó una carta y le ijo:

—Entre tres meses voy a golver.

Y ai hizo otra y le ijo:

—Entre tres meses más voy a golver.

Di ai escribió otra que en otros tres meses más iba a llegar sin falta. Ya enteraron los tres meses. Entonce le ijo:

—Hermano, vamoh a este cajón, llévate una güena cuchilla bien afilá y bien asentá.

Llevó la cuchilla.

—Me vah a matar, que no se pierda una chispa de sangre, y ahora me vah espresar presa por presa y me vah a dejar bien arreglaíto.

Lo hizo así, lo espresó, presa por presa *ía* arreglándolo. Entonce le ijo:

—Toma esta rosa pa cuando me levanteh.

Y lo tapó bien tapao. El queó mandando toos los fundos. Y le ícían loh otroh amigo:

—¿Y tu compañero?

—Se jue de viaje y no va a golver antes de tres mese.

Enteraron los tres mese y le ícían en el juzgao:

—¿Y tu compañero que no llega?

—Mandó icir que en tal fecha va a venir, porque me escribió una carta, y aquí está la carta que me mandó mi compañero.

Así que pasó la carta al juzgao.

—En tres meses más va a llegar mi compañero —ijo.

Ya enteraron los seis mese.

—¿Y no va a llegar tu compañero?

—No —ijo—, porque me mandó una carta que en tres meses más va a llegar.

Ya iban enterando los nueve mese.

—¿Y tu compañero no llega?

—Ya va a llegar.

Cuando se enteraron los nueve mese, entonce enseñó la otra carta.

—Viene en camino mi compañero.

Entonce jue a ver su compañero, lo jue a estapar y lo halló con mujer. Entonce le pone la rosa, y le regó el agua y se levantó vivo con una mujer. Dijo él:

—Ahora sí que me voy a casar, que saqué mi mujer de mi cuerpo.

Este caballero manijaba la señora dentro de un reló. Un día iba el caballero de a caballo con mucha calor, y había un solo manzano en esa pampa muy espejá. Entonce ijo:

—En el árbol voy a sombriar.

Cuando llegó, era manzano, ya el caballero rendío, descansó, saca su causeo que llevaba y a su señora del reló y se pone a servir con su señora. Arría del árbol había otro hombre, y ése trabajaba la magia. Se quea dormío el caballero y olví de guardar la señora en el reló. Cuando ya estaba durmiendo el caballero, se baja el que estaba arría y principió a empalicar a la señora del que estaba durmiendo. Ella también le entregó el corazón al que estaba arría también. Y entonce ella tenía otro reló. Entonce lo que hace, abre el reló de ella y echa al joven que estaba arría. Cuando recordó el caballero, ya lo tenía guardao ella al otro. Entonce tomó su reló y guardó a la mujer. Se jue el caballero con su señora guardá.

Cuando llega a la casa de un rey, y el rey también era mágico. Entonce jue hora de almuerzo, le ijo a la mujer, a la reina:

—Arregla la mesa.

Entonce va la reina, va a poner tres plato.

—No —le ijo—, otros tres máh.

—¿Y pa qué —le ijo ella—, cuando sólo somos treh?

—¡Ya te digo que somos sei! Mira —le ijo—, este plato es pal caballero, y éste pa su señora, esti otro pal compañero de la señora, esti otro plato es pa mí, éste tuyo y esti pal compañero tuyo.

Le ijo:

—Saque su señora, caballero.

—No la tengo.

—Sí, ai la tiene —le ijo.

Así que abrió su reló y la sacó. Le ijo:

—Saque su compañero, señora.

Así que la señora sacó su reló, lo abrió y saltó su compañero.

—Ahora, señora —le ijo a la reina—, vaiga a trerse su compañero usté.

Entonce jue la reina a estapar una cáscara de nueh y saltó el compañero.

—Ahora vamoh a servirnos tooh en la mesa.

Toos se sirvieron en la mesa. Y después de eso, de que se sirvieron, se levantó la mesa, agarró la espá el caballero, le cortó la cabeza al compañero de la mujer y la mujer también. Así que el caballero que sacó la mujer de su cuerpo no la púo matar, porque era su cuerpo. Al otro sí que lo mató. Entonce el rey:

—Güeno —le ijo—, *lo* vamoh a esterrar, amigo aonde naide sepa de nosotros. Esta fortuna que tenemos se la vamoh a dar a los pobres máh infelice que haigan.

Y la mujer queó esterrá por ai. Y por eso hay tanta criatura esparramá onde los deja su mayore.

Hasta ai no máh alcanzó el cuento del hombre que sacó su mujer de su cuerpo.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ZORAILA CORONA.

182

EL TONTO QUE ESTAFO AL REY

Estoh eran dos viejito y un día llegó el tonto arrancharse con los viejito.

—Güenos días, agüelito.

—Güenos días, mi güen joven.

—He llegao por aquí acompañalo.

La viejita le dijo:

—Es tan chica la casa 'e nosotros que no tenemos pa dale alojamiento a otro.

—Yo me voy arreglar por aquí por la cocina —dijo el tonto.

Se uscó una tabla ancha y la tiró a l' orilla 'el juego. Este ahí dormía, y se lo pasaba too el día ahí en su tabla y se levantaba a robale lo poco y na que intiligenciaban los viejitos para comer. La viejita le dijo un día:

—Sería güeno que salierah a uscar trabajo, niño.

El tonto le dijo:

—Yo soy hermano, agüelita, no pueo trabajar.

—Espérate; mañana —le dijo la viejita— voy a ir onde el Santo Cristo a preuntale qué trabajo podís seguir.

Se jue onde el Santo Cristo.

—Mire, Santo Cristo; vengo onde usté que me diga una verdá. Tengo un tonto en la casa; ¿qué trabajo puee seguir?

Santo Cristo le dijo:

—Traígame una cazuelita y dos tortillitas de rescoldo y después qui usté me traiga eso le voy a decir el contenío.

La viejita mató la única gallinita que queaba y hizo dos tortillitah y se las llevó al Santo Cristo. Y el tonto se jue detrás de la viejita a una vista, tantiando que la viejita no lo viera. La viejita le dijo:

—Santo Cristo, aquí le traigo su pedío.

Santo Cristo le dijo:

—Déjeme ahí encima di una mesita y en seguía viene usté para acá.

Mentra, el tonto jue, se comió la cazuela y las dos tortilla. Santo Cristo le dijo a la viejita:

—Espéreme, mentra que yo voy a comeme la cazuelita y las tortilla.

Y el tonto ya se lah había comío ya.

—¿Quere que le diga la verdá, agüelita? —le dijo el Santo Cristo—. Su tonto va ser el ladrón más fino que va haber aquí.

Se jue la viejita con su ollita en la mano, jue a encontrar al tonto botao en la tabla.

—¿Cómo le jue, agüelita?

—Mal, pus, tonto. Dice que tú vah a ser un ladrón de los más fino.

—Sí eh así —dijo el tonto—, voy a ir onde mi tío que me enseñe a robar.

Llegó allá onde el tío.

—Güenas tardes, tío.

—Güenas tardes, sobrino. ¿Qué viento ti ha echao por aquí, hombre?

—Vengo onde usté que me enseñe a robar.

—¿Quén va salir a robar contigo —le dijo el tío—, cuando tú ereh un tonto?

—Vamoh esta noche —le dijo— a robale charqui al rey.

Lo mandó el tío a uscar dos mulah y lah aparejaron. Le dijo:

—Oiga, tío, yo las voy a llevar di aquí pa allá, qui usté las trae di allá pa acá.

Llegaron éstoh a la bodega, el tonto llegó y desclavó dos tablah y dentró aentro 'e la bodega.

—Oiga, tío —le dijo—, hay que llevar las tiras de charqui más grande.

—¡Qué güen ladrón va a ser éste! —dijo el tío.

Y principiaron a cargar las mula. Cuando ya las tenían cargás, se lah amarró al pegual del tío. El tío le dijo:

—Para robar hay qui andar callao, hombre.

—Tire no más, tío —le dijo él.

Y el tonto se encuentra una vara y le planta un varazo a una mula sobre del charqui seco.

—¡Ay, ay, ay! —dijo—. ¡Yo no soy na el que las lleva!

—Cállate, tonto desgraciao —le dijo el tío.

Nuevamente le plantó otro varazo el tonto.

—¡Ay, ay, ay! —golvió a decir—. ¿Qué culpa tendré yo, cuando mi tío [es el] que va tirando?

El tío saca un cuchillo de la cintura, corta el lazo y sale arrancando. El tonto arrea las mulas pa la casa onde loh agüelito y llega amaneciendo.

—Agüelita, levántese, que le traigo dos cargas de charqui.

Quando la viejita se levantó, él tenía su ruma 'e charqui amontoná en la cocina. La viejita si asustó.

—¿Dónde lu encontraste esto?

—Esto se llama “come y calla”.

En esto llegó el rey siguiendo la güella y encuentra el tonto que está comiendo charqui.

—¿Por qué me juite a robar el charqui, hombre?

—Porque no tenía na que comer.

—Esta noche me vah a ir a robar mi caallo ensillao, que lo van a estar cuidando treh, uno di a caallo, y el otro sujetándolo de la rienda y el otro con una ametrallaora en la mano. Si tú no me lo vah a robar, la caeza te la voy a cortar.

—No me venga con travesuras —le dijo al rey—, cosas que yo no puea hacer. En fin —le dijo—, en la noche voy a ir.

El rey pasó avisale a sus mozo.

—¡Mucho cuidao con el tonto, que esta noche les va venir a robar el caallo!

—No pierda cuidao, patrón, que esta noche tendrá su muerte el tonto.

El tonto quedó pensando cómo lo podía hacer. Se jue a un pueblo cerca, y mandó hacer un traje de papel negro y una camisa blanca y un tonguito como el qui usaba el mismo rey y un bastón a la mano, cinco botellas de licores de los más juertes qui habían en ese pueblo y se jue a robar el caallo. Conversando estaban los mozo:

—¿A qué hora llegará el tonto, no?

Y ven un bulto que va al frente de ello.

—¡Prepárate, qui ahí viene el tontol!

Cuando ya si acercó, dijo uno:

—Nu es na el tonto, tiene pará de rey.

Llega el tonto y le dice:

—Güenas nocheh, amigo.

Se sacaron el sombrero.

—Güenas noches, señor.

—¿Qué están haciendo aquí usteeh?

—Estamos cuidando este caallo, qui un tonto lo va venir a robar.

—¿Ustees tendrán algún trago siquiera?

—No tenemos na, señor.

—Yo voy pasando pa onde mi hermano, un rey que vive aquí al lao. Ante de irme, leh invito un trago.

Y éstos se lo sirvieron. ¡Qué güeno lu encontraron!

—¡Di ónde sacáramoh otra botellita máh!

El tonto les pasó dos máh. Estos ya se jueron *puntiando* y se pusieron a alegar. El tonto les dice:

—Sírvanse otro trago mejor.

El que estaba di a caallo cayó abajo 'el suelo, el que estaba sujetándole la rienda también cayó igual y el que estaba con la ametrallaora se jue de punta y cayó. Y el tonto pela el bastón y se lo pone entre medio 'e las piernah al que estaba di a caallo, y subió al caallo del rey y se jue para su casa. En la mañana de madrugá llega el rey onde los mozoh a preuntarle por el caallo y uno le contestó:

—Di a caallo en él *toy*, patrón.

—Estás di a caallo encima di un palo, pos, tonto jetón.

Se levantan muy asustaos, preuntándose unos con otros si caso alguno había visto al tonto cuando arrancó. El rey loh agarró a palo qui a la larga los dejó y cortó ponde el tonto, llegó y le tocó la puerta. El tonto contestó:

—¿Quién eh? Estoy durmiendo, no me venga a molestar, ya lueo voy a salir.

El rey dijo: "Hasta regalón se está poniendo este tonto". Se levantó el tonto.

—¿Qué le pasa, mi güen rey?

—¿Para qué me juite a robar el caallo, hombre?

—¿Usté no dijo, pus, señor?

—Tuyo tu caallo —le dijo el rey—; lo que sí que tenís qui haceme otro trabajo más pesao de ime a robar el servicio, cuando yo esté almorzando a la hora de las doce con toa mi familia.

El tonto le dijo al rey:

—No me venga con travesuras completamente pesáh.

El rey le contestó.

—Si tú no me lo vah a robar, la caeza te la voy a cortar.

Y se jue el rey pa su palacio y el tonto queó pensando cómo lo podría hacer. Se pone un saco al hombro, vacío, y corta a usar leña, divisa la zorra que va pasando con una gallina en el hocico y él le carga di atrás. La zorra dentró, se metió aentro di un palo güeco. Va el tonto con el saco abierto, y se lo mete en el güeco del palo, y principia a golpiar el palo y nota que el saco se está moviendo. Va él, y le cierra la boca al saco, y nota que la zorra está dentro con varios zorritos nuevoh y arranca pal palacio con su saco lleno de zorro. Y mira por una ventana, y ve que el rey está almorzando y le larga el saco 'e zorroh a la dentrá de la puerta. El rey le dijo a la señora:

—¡Mire el zorrito, hijita, que está mirando allá en la puerta!

Se levantan toos de la mesa, principian a cargale a los zorrito. Mientras tanto el tonto dentró, y toma el mantel de las cuatro esquinah y sale arrancando con too el servicio, y el caldo le corría por l' espalda para abajo. Cuando llegan los reis a sentase, encuentran el comeor pelao.

—¡Por Dios, hija, el tonto *los* levantó el servicio, mientras que nosotros andábamoh agarrando los zorrito!

Se jue di atrás del tonto, lo jue a encontrar a l' orilla del juego almorzando las ricas presas qui había llevao regüeltas con too el servicio que si había robao. El rey le dijo:

—¿Para qué me juite a robar el servicio?

—¿Usté no me dijo, pues, mi güen rey? Yo nu iba a perder mi caeza por no ir a robar el servicio.

—No importa —le dijo el rey—, tuyo es tu servicio, pero esta noche vah a tener que ir a robarme las sábanas di abajo de la cama aonde yo esté durmiendo con mi señora.

—Eso sí que yo no la hago —respondió el tonto—, porque son cosas muy peligrosa.

—Tú sabrís —le dijo el rey—; si quieres perder tu caeza, no la hagas no máh.

—En fin —le dijo el tonto— a la noche voy a ir.

Por ahí oyó decir el tonto que estaban velando un muerto. Se mandó hacer un traje blanco con doh alitah a l' espalda. Llegó onde estaban velando el muerto, preuntó:

—¿Quién eh el doliente?

—Yo soy —le dijo una viejita pobre.

—Me lo va emprestar esta noche para llevámelo par' el cielo, porque yo soy angelito y ando recogiendo toos los muerto.

La viejita se lu entregó, y el tonto se lo plantó al hombro y siguió pegando pa la ventana del dormitorio del rey. Lo hincó al laíto abajo de la ventana. El rey sintió, estaba con una carabina en la mano y le dijo a la señora:

—¡El tonto, hijita, lo sentí llegar! Prepárate, porque le vamoh a disparar los doh a un tiempo.

El tonto principió a levantar el muerto di a poquito. De repente el rey le divisó la cara que estaba mirando por la ventana para dentro, le dijo a la señora:

—¿Será hora de disparale?

Ella le dijo:

—No ti apures tanto; cuando le veamoh el pecho, le vamoh a mandar el chancacazo.

De repente le dispararon. El tonto botó el muerto y salió arrancando. El rey le dijo a la señora:

—Obligao a levantarme para ir a sepultar este tonto desgraciao.

Se puso unas chancletas que tenía, las dejó al lao aentro de la puerta, y jue a recoger el muerto y se largó a sepultalo. En esto llegó el tonto, se puso las chancletas, se dentró para el dormitorio, le dijo a la señora:

—Arrímate pal rincón.

Y a la sábana le pegó su güen estirón, en el momento la sacó y le dijo a la señora:

—Ahora que queé desocupao debíamos di hacer un poquito.

La señora muy contenta le convió un poquito y él le dijo:

—Voy a ir nuevamente a ver la sepultura, no vaiga ser que este tonto vaiga salir.

Se pone la sábana debajo del sobaco, y se pone las chancletah y las deja ai mismo onde estaban. Máh al rato llega el rey completamente cansao, se pone sus chancletah, y dentró pal dormitorio, y si acuesta con la señora y le dice:

—¿Qué te parece, hija, qui háigamos muerto este tonto? Toas las cosas que *los* había robao llegarán a nuestro poder —y de contento—; arrímate pal rincón y hagamoh un poquito.

—¿Ahora que matate el tonto te lo vah a pasar naa más qui haciendo a caa rato un poquito?

—¡Si yo nu he hecho na contigo! En enante no más tuvite haciéndolo conmigo.

—¿No sería el tonto, mi hijita?

Echan mano a la sábana, ya no la tenfan.

—¡El tonto jue! —dijo el rey—. ¡Hasta ónde llegará la desgracia mía que este tonto desgraciao mi haiga ocupao mi señora y si li hago otro convenio capacito que mi ocupe hata mí mismo! Preferible dejalo con toas las cosas que este tonto *los* robó, porque yo estoy pasando un tremendo peligro que éste me puea ocupar a mí. Mejor lo dejamos, señora nuestra; si no, este tonto te va seguir ocupando, y dejemos que se pierda too mejor.

Vivanco, Valdivia, 1952.

CALIXTO CARRASCO.

183

EL REY AMARGO

El buscaba empliao y poco le duraban, porque él decía que le robaban. El tenía un loro que loh acusaba y los mandaba a cambiar sin dinero. Tonce por el camino el empliao, triste, se encuentra con otro amigo y le dice:

—¿Por qué vai tan triste, hombre?

—Porque perdí mi empleo por lairón, porque el loro me acusaba.

—Mira, hombre, ¿llevás plata tú?

—Sí llevo.

—Me vai a dar dinero para comprar un pollo.

Se dirigió aonde el rey Amargo y halló empleo de cocinero. Ordenó el rey que l' hiciera una cazuela, y vino y peló el pollo vivo.

—Este pícaro —decía el loro—, si lo acuso, me pela vivo.

—Esto pasa por *arbiloso* y cuentisto.

Decía el loro:

—Lo acuso, me pela vivo.

Entonce llegó un fraile a casa del rey Amargo, y se saca el sombrero, y ía pelao. Entonce le dice el loro:

—Por pícaro no te han pelao.

Le decía el rey:

—Cállate la boca, hombre.

Le decía el loro:

—Por pícaro no te han pelao.

El había robao mucho ya al rey Amargo. Cuando ya se jue el fraile ahí del rey Amargo, le preunta por qué lo trataba tan mal. Le icía que por pícaro lo han pelao.

—Hombre —le dice—, cuando trajiste este empliao a la casa, peló

un pollo vivo y por pícaro y veleidoso le han cortao las plumas vivo y por eso no le decía na, mi rey.

Tonce habiendo oío las palabras del empliao, se mandó conducir ar tiro.

Juanito se llamaba el empliao. Cuando el rey lo tomó a cuenta a él, ya se había fo él.

Olmué, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

EL COMPADRE RICO CON EL COMPADRE POBRE

El compadre pobre le da un ahijado a un rico. Tiene otro hijo; se lo vuelve a dar al mismo. Y como todos los día iba a molestar al rico que no tenían adónde vivir, le cede un pedazo de su hijuela donde no podía trabajar; era un puro piedregal. Le dijo el rico:

—¿No halla caso de hacer una casita aquí? Esta tierra se la doy para siempre a mih ahijado.

El pobre empezó a trabajar, a amontonar piedra para hacer una hortaliza. Mucha envidia le causa al compadre, cuando vio que cosechó muchas cebolla y le dice:

—¿Vamoh en media en la siembra o no?

—Compadre, usted le ha dado esto a suh ahijado y nada de medias. Le regalaré unas cinco cebollas para que le lleve a la comadre, pero no en medias.

Habiendo llegado las cebollas a la casa, la comadre tomó máh envidia y le dijo:

—Demándalo como inquilino.

Habiendo sido demandado el compadre pobre, él, afligido, le dijo a su mujer:

—Arréglame unas cebollitas, porque es tan lejos donde tengo el comparendo con mi compadre, que quizá no llegue hoy día.

Habiendo andado todo el día, llegó a casa de un millonario, donde fue a pedir hospedaje. Le dieron alojamiento, pero no lo ayudaron ni con un pan. En vista de que habían comido todos, él pidió una ollita para cocer una cebolla. Las empleada, al ver las cebollas tan lindas que no habían visto en su vida, le jueron a decir a la patrona que nunca habían visto unas cebollas como las que andaba traendo el alojado.

—Díganle que me venda una.

—No; son para comer en mi viaje. —Veía que la gente es tan pirata que no convidan nada—. He salido con mala suerte de mi casa, nadie me ayuda con un pan. Soy un hombre lleno de familia. Y no le vendo y tampoco le regalo, porque a mí nadie me regala nada.

La señora, que sentía que estaba embarazada, después de la doce de la noche se sintió muy mal, que era sólo un aborto que se producía por el deseo de comer las cebollas del pasajero. El, antes que viniera la luz del día, salió pegando para el *jujado* donde estaba citado.

A las doce del día se encuentra en un camino cerca de un pantano, donde le gritan:

—¡Ataja, ataja ese caballo!

El dijo:

—¡Chah!

El caballo vuelve y se empantana, donde el que viene siguiendo el caballo le echa la culpa a él que se lo había empantanado y le dice:

—Ayuda a sacar, así como lo empantanate.

El pobre iba afligido y no halla de dónde pescarlo y lo pesca de la cola; y empieza a hacer juerza con él y queda con la cola en la mano. El otro le dice:

—Te voy a ir a demandar, porque le sacate la cola a un caballo de carrera.

Discutiendo estaban con el dueño del caballo, cuando llega el dueño de la señora que había abortado. Le dice:

—Aquí te alcancé; te voy a meter preso, porque hiciste abortar mi mujer por no haberle dado una cebolla que trañas.

—Yo también por mi caballo de carrera que le sacate la cola.

El pobre sigue caminando.

—Ya van tres demanda. Mejor me quito la vida solo para que mis hijos no tengan ninguna esperanza de mí.

Pensando cómo quitarse la vida, llega a un alto risco y dice:

—Aquí me echo abajo que nadie va a saber de mí, pero a ojos cerrado.

Corre de lejos y pega el salto y se tira. Por casualidad va a caer donde un pobre viejo que estaba cosechando papah, a pie junto sobre los pulmone, donde él no se hizo ninguna cosa. El hijo, que estaba al pie del veterano, le dice:

—Hoy mismo te voy a demandar.

El dijo para sí: “Aunque me sequen en la cárcel, me voy a presentar donde el rey”.

Di ahí era de donde le quedaba el trecho más corto para ir donde

el rey. Todas las demandas a la vez. Llega primero el compadre, por segunda el de la mujer, tercero el del caballo, el cuarto el viejito que estaba cosechando papa. Lo llama y le dice el rey:

—¿Usted tiene una hijuela donde siembra cebolla, y cosecha y no le da nada al dueño?

—No, su señoría, no le doy nada porque eso se lo donó a su ahijado. Es así —le dice—, no le he dado. Yo he limpiado, he sacado la piedra, que a mi compadre no le servía para nada esa tierra, y sacado agua de donde nunca él había tenido esperanza.

Entonces el rey le dice:

—Viene a engañar —al rico—. Dite a tus ahijado el pedazo de tierra, vas a pagar el doble de lo que vale esta tierra por lo que ha trabajado este hombre. Están listos. Váyanse para juera.

Ya quedó condenado el rico a pagar el doble. Quedan discutiendo ajuera y le dice:

—Compadre, yo le doy media cuadra por lado y no reclame más, y no le pago el doble.

—Sí, pero tenemos que hablar con el rey.

Piden nueva audiencia y dentran, y dice el pobre:

—Mi compadre ofrece esto para que yo no reclame más ni él tampoco.

—¡Para juera! —dice el rey—. ¿A quién le toca?

—A mí —dice el dueño de la mujer.

—¿Qué dice usted?

—Pasó, señor, a mi casa un individuo que venía demandado, donde se le dio hospedaje, y traía unas lindas cebollas y mi mujer se antojó de comerse una y a este tipo no se le pudo conseguir.

—¿Qué pasó con eso? —le dice el rey.

—Mi mujer abortó, perdió un niño que era lo más contento que yo estaba.

—Me lo cita al tipo.

—No, mi rey; aquí está.

—Que dentre.

Dentra y resulta el mismo.

—¡Hombre, tenís otra demanda!

—Sí, mi rey. Yo venía demandado y pasé a alojar a la casa de este señor y como soy tan pobre sólo traía cebollas para mantención. Yo no hice nada de comer, creí que el señor me iba a mandar algo o las empleadas me iban a convidar. En vista que nada me convidaron, pedí una ollita. Por misericordia me prestaron donde cocí una cebollita para comer. Alguien le diría a la señora, pero no le quise dar ni

vender donde habían sido tan mezquinos.

El rey pregunta:

—¿Así jue? —al caballero.

El caballero contesta:

—Sí.

—¿Pero qué pide usted ahora?

—Que me pague todos los gastos que he tenido con la enfermedad de mi mujer.

—¿Con qué irá a pagar yo? —le dice el pobre al rey—. Sentencee usted; yo soy muy pobre.

El rey dijo:

—No hay más que tú entregas tu mujer y te la entregue embarazada de la misma edá de que ha perdido su guagua. ¿Qué te parece?

—Muy bien —dice el pobre.

El rico dice:

—Yo no permitiría, preferiría morirme y no entregar mi mujer.

El rey le dice:

—¡Ya está ordenado! ¡Retirarse de aquí!

Entonce dice:

—¿A quién le toca?

Y viene el del caballo.

—¿Qué dice usted?

—Que venía un tipo malo en el camino, cuando yo seguía un caballo de carrera que tengo, y le pedí por favor que me ayudara a tomarlo, y este tipo me lo empantanó. Porque le dije que me ayudara, le sacó la cola.

—Bueno, cítalo para que venga.

—¡No, señor; sí está aquí!

—Que dentre. Nuevamente sos tú.

—Mi mala suerte.

—¿Cómo hiciste esto?

—El señor me dijo que le atajara el caballo, lo asusté y se fue al pantano. Después él me amenazó y me dijo que lo ayudara a sacar y si no que me iba a castigar. Yo, de afligido —mi rey—, no hallé de dónde tomarlo, lo tomé de la cola y se le salió.

—¿Qué pedís tú por la cola del caballo?

—Que me la pague, mi rey.

—¿Con qué pagaría yo, mi rey, cuando no tengo ni qué comer?

—Entonce tú te vah a llevar el caballo y cuando le salga la cola lo vah a entregar.

—Bueno, mi rey, lo entregaré cuando el caballo tenga cola.

—No puede ser, mi rey, —dice el dueño del caballo.

—Está dicho, ¡y todos para juera! Se hace lo dicho. ¿A quién le toca ahora?

—¡Aquí! —dice un muchacho todo lloroso.

—¿Qué le pasa a usted? —le dice el rey.

—¡Qué me va a pasar, señor, que un hombre malo se dejó caer sobre mi padre a pie junto y lo mató!

—¿Cómo, hombre? ¿A pie junto?

—De un salto. Mi padre estaba cosechando papas, se dejó caer y lo mató.

Una orden iba a dar para citarlo.

—¡No, mi rey; sí está aquí!

—¡Que dentre! ¡Hola, nuevamente tú! ¿Hasta cuándo te vah a cabriar? ¿Por qué mataste este hombre?

—¡Cómo lo iba a matar de intencional! De aburrido de mi vida, quise quitarme la vida de tantas demandas que tenía como que usted lah ha visto. Me dejé caer a ojos cerrados de un risco muy alto sin saber que este pobre viejito se encontraba ahí.

—¿Y tú qué te hiciste?

—No me dio ni tos, mi rey.

—¿Y tú pides? —dice el rey al muchacho.

—Que me pague mi padre.

—¿Con qué puedo yo pagar, mi rey, cuando no tengo ni qué comer?

—Lo único que voy a ordenar aquí, y todas las cosas tienen que hacerse, es de que tú vah a poner este hombre donde mismo estaba tu padre y te vah a dejar caer; tú no vah a morir y lo vah a matar a él.

El muchacho dijo:

—No, mi rey, no me animo hacer eso.

El rey:

—Lo que yo ordeno tiene que hacerse y si no tú vendráh a reclamar a mí. ¡Para juera!

Ajuera están todos pidiendo, esperando para arreglar con él. Al dueño de la mujer le dijo:

—Hoy me alista su mujer para llevármela y entregársela embarazada.

Y el otro dice:

—Te pago lo que tú quieras, pero menoh entregarte mi mujer.

—Le he dicho que la tenga lista y nada máh.

Al del caballo:

—Me entrega el caballo.

—Te entrego una yegua parida, pero no un caballo de carrera.

El otro aceptó. Al muchacho lo obligó que se deje caer del risco y él se iba a poner onde estaba su padre. El otro le ofreció pagarle la mitá de las papa para no dejarse caer. Lo obligó que se las vaya a dejar a su casa. Se jue a pasar a buscar la mujer. Llega a las puertas y dice:

—Sólo paso a buscar la señora para llevármela.

La señora, al verlo, se muere de gritar, llorando para no irse con ese viejo. Le dice al marido:

—Págale lo que él quiera, pero no me voy.

El caballero le dice:

—¿Cuánto me pides para no llevarte mi mujer ni tampoco darle cuenta al rey?

—Le pediría una yunta de bueyes y una vaca parida.

El marido dice:

—No, mucho, no me gustaría pagarte tanto, preferiría que me llevaras la mujer.

La señora, que estaba oyendo, llorando a gritos le decía que tenía que pagarle lo que el hombre pidiera.

Recibió su yunta de bueyes y su vaca parida e inmediatamente se jue a hacerse de las más cuadras que tenía que darle su compadre.

LA PERDIZ DE ORO

Pedro Animales ve venir a un caballero a caballo y le entran deseos de apoderarse del caballo. Se hizo la necesidad en el suelo y la tapó con la manta.

Aparece el caballero, que era un cura:

—¿Qué estás haciendo ahí, buen amigo?

—Estoy cuidando una perdiz de oro.

Y como los curas son tan interesados, se desmontó y le propuso a Pedro que fuera a la iglesia a buscar una jaula para tomar la perdiz. Pedro aceptó y el cura se puso en lugar cuidando la perdiz.

Como Pedro no regresara, se impacientó el cura y no quería perder la perdiz. Poco a poco fue alargando la mano por debajo de la manta, y da el agarrón y agarró la mierda. Saca la mano y se la sa-

cude. Y se da un golpe en una piedra y dice:

—¡Pedro tiene que ser éstel

Mamiña, Tarapacá, VII-1958.

LUIS SAAVEDRA.

186

PEDRO URDEMALES

Este era un caballero que se llamaba Pedro. Tonce un día no hallaba cómo ganar plata, de qué manera. Salió por un camino a andar. Mucho qui anduvo le dio deseo di hacer su necesidá, y la hizo y la tapó con su sombrero. Vienen dos caballeros di a caballo:

—Güenos díah, hombre.

—Güenos día.

—¿Y qué estáh haciendo aquí?

—Tengo una perdiz di oro y no la pueo sacar porque estoy solo.

—¿Sí, hombre?

—Sí. ¿Por qué no me presta caballo pa buscar gente?

—Ya, hombre; sube en mi caballo.

Y se desmontó. Y partió.

Ya no llegaba nunca, entonce dijo el rico: “Y ésta voy a sacarla yo”. Jue metiendo la mano con cuidaíto, y pierde la mano y la sacó pa atráh, en una piedra la echó pa juera (la narradora ríe).

Se llevó el caballo. Lo qu’ hizo Pedro Urdemales que en poco qui anduvo pasó a una parte y vendió el caballo, se compró ropa y le quedó plata.

¡Y no va a ver una mata de espino! Aujerió cincos, chauchas, peso, y le jue poniendo en caa espina. ¡Cargaíto el árbol y él se botó de espaldita a cuidar su árbol! Vienen dos caballeros:

—¿No es Peiro Urdemale éste que está aquí?

—El es, pu.

—Güenos díah, hombre.

—Güenos día.

—¿Y qué estáh haciendo?

—Aquí estoy cuidando este árbol hasta que madure este fruto pa cosechalo.

—¡Bah! —le dijo—. ¿Sí?

—Sí.

—¿Y no lo vendíh?

—¡Ocurrencia que lo voy a vender! No lo vendo nunca.

—Véndemelo no más; te doy trescientos pesos.

—¿Por trescientos pesos voy a vender mi árbol que tengo pa cosechar toos los año? No.

—No, hombre; véndemelo no máh.

—Al fin, tanta cargosiá —le dijo—, ya.

Recibió los trescientos peso y se jue.

Quearon loh otros de espaldita cuidando el árbol. Esto no rindía más, no más qui ahí estaba, no florecía ni na y la plata ahí no más.

—Cosechémoló, esto tiene que ser engaño —le dijo uno al otro.

Ya cosecharon y salieron.

—Pero lo vamo a pillar a éste y vamo a tener que matalo. ¡Cómo va a quear vivo!

Así que salieron máh ailante.

Entonce Pedro Urdemales se compró una ollita de barro, y hizo un hoyo en la tierra, y le puso una latita, y la tapó encima y hizo fuego, la puso ahí. Vienen los caballeros caminando otra veh. “Allá vienen aquellos diablos”, dijo. “¿Qué me irán a decír?” Y con una guasca:

—¡Hirve, ollita hirviora,

que voy a comerte ahora!

¡Hirve, ollita hirviora!

¡Y déle y déle! Ya llegaron:

—Güenos díah, hombre.

—Güenos día.

—¿Y qué estáh haciendo?

—Aquí estoy haciendo este caldo, porque tengo hambre, pa comer.

—¿Y cómo vah a hacer caldo ai, hombre, siendo que no tenís juego?

—¡Hirve, ollita hirviora!

¡Y déle! Ya estapó la olla, la revolvió. La papa ya ‘staba güena, la sacó y se puso a comer.

—Véndeme l’ olla, hombre.

—Ya vienen otra vez con la misma jodienda que les venda l’ olla y después andan detrás de mí. No la vendo na.

—Véndela no máh, hombre, véndela; trescientos pesos por l’ olla.

—Si no quiero. ¡Anda! ¡Tanta cargosiá! Pero no mi anden jodiendo otra veh; ustede mi andan jodiendo mucho.

—No, hombre.

Le vendió la olla. Ya se jueron a la casa, llegaron allá, la pusieron en el patio, con agua, con papa, ¡y déle azote con la olla!

—¡Hirve, ollita hirviora,
que voy a comerte ahora!

No hirvió nunca.

—Yo la llevo a ver acaso allá resulta.

Ya la llevó pa l' otra casa. Igual, no hirvió nunca.

—Ahora lo vamo a matar, lo vamo a pillar hasta que lo matemo.

Entonce él con la plata que li habían dao había llegao a su casa, se compró un cordero. Habiéndose compraó el cordero, ¿no ve que la sangre esprime una agüita después que se enfría?, en una tripa del cordero echaron esa sangre. El se acomodó un pito de cecuta. Entonce van a venir éstos. Cuando ya van llegando, los ve que vienen:

—¡Allí vienen ya, hombre! [—le dice a su mujer—]. Yo te voy a poner la tripa aquí en el cuello, y te voy a pasar el cuchillo por el cogote, y va a saltar la sangre y vos te vai a quear como que te morís, pu.

Ya llegaron allí:

—Güenos díah, hombre.

—Güenos día.

—¡Aquí ti habíamos di haber pillao!

Ya lo comenzaron a retar, que era un engaño que li había hecho, que esto, que l' otro.

—Y vos, mujer, tenís la culpa que yo ande lesiando por ahí!

Y toma y le pasa el cuchillo por el cogote, y salta la sangre. Cayó muerta la mujer, ya se murió. Agarró el pito:

—¡Pirulí! ¡Pirulí! ¡Pirulí! ¡Pirulí! ¡Pirulí!

Tonce movió una patita.

—¡Pirulí! ¡Pirulí! ¡Pirulí!

Movió una manito.

—¡Pirulí! ¡Pirulí!

Ya vivió, ya se sentó.

—¡Ay, Señor! ¿Qué lo que mi ha pasao?

Viene él:

—¿No ven? Por causa di ustede había matao mi mujer y así andan ustedes, repetías veceh haciendo cosas connigo.

—Véndeme el pito, hombre.

—No se los vendo.

—Véndemelo no más; te doy trescientos peso.

—¡Otra veh! ¡Anda Dios qui hasta cuándo me joden! Y después andan jodiéndome.

—Si no, hombre.

—Ya, güeno —les dijo.

Les vendió el pito. Ya se jueron contentazos como qu' iban a llegar bien enojaoh allá. Llegó uno, el primero, guapiando pu allí con la señora, rabiando:

—¡Vos nu hacís lo que yo te digo!

¡Tum! Le pasó por el cuello una cuchilla bien güena. Se murió, pu. Ya jue, en l' orejita:

—¡Pirulí! ¡Pirulí! ¡Pirulí!

Na de pirulí, se murió completamente.

—Yo la voy a llevar pa la casa mía a ver si allá resulta algo.

La misma cosa:

—¡Pirulí ¡Pirulí! ¡Pirulí! —otra veh.

Y no sanó nunca la señora, tuvieron qu' irla a enterrar.

—Ahora sí que lo vamo a matar a éste, tenimo que matalo no máh onde lo pillemo.

Ya él salió arrando de la casa que no lo hallaran. Elloh habían andao buscándolo por acá. ¡No van a dar con él!

—Mira; aquí ahora ya no vah a ser más.

—¿Sí? —les dijo—. Güeno, ustedes sabrán.

Había un volaero tremendo, y abajo corría un río, habían unas vega, había un piño de ganao grandioso.

—Aquí —le dijeron— te vamo a matar.

Lo agarraron, lo manieron de pies y mano y dejaron el arbolito porque tocó que era la hora de doce y tenían qu' ir a almorzar, ai lo dejaron.

—Después de doce lo venimo a echar.

Y se jueron porque era hora de almorzar. ¡No pasa un pobre viejo!

—¿Qué estáh haciendo aquí, Pedro, hombre?

—¿Qué estarfh haciendo aquí, Pedro, hombre? —dice el mismo Pedro—. Porque no soy capaz de comerme una batea de empaná y casarme con la hija del rey, por eso me tienen amarrao aquí pa echarme abajo, y soy casao.

—Yo soy soltero y yo me caso.

—Desátame a mí, pue, entonce.

Lo desató. Lo amarró al pobre viejo y lo puso ahí. Cuando ya llegaron ellos pa tirarlo al agua:

—No, ñior —le dijo—, no me tire na abajo, no me tire, yo me caso con l' hija 'el rey y yo me caso no más. ¡Mire que no me voy a casar!

—¡Ah! ¡Te vah a casar con l' hija 'el rey!

Y lo tira abajo. Y Pedro Urdemales taba abajo en las caletas

metío. El pobre viejo se jue al fonduco. Y sale Pedro di abajo con una varilla larga:

—¡Juy! ¡Ah, ganao!
Si máh abajito me hubieran echao,
más corderito y ovejita había sacao.

—¡Mira onde va el diablo otra vez! ¡Tanto ganao lleva! Vení, hombre.

—Ya vienen otra vez con la misma jodienda.

—¿Y hay ganao abajo en la laguna?

—¡Bah! ¡Claro qui hay, pu! Saqué, pu. Y si mi hubieran echao más juerte, máh había sacao.

—Los vah a amarrar a nosotros dos, los doh arriamo harto.

¡La envidia, pu! Entonce ya vino, y los manió y los dejó maniao ahí. Ya como era hora de doce jue otra veh a almorzar Pedro Urde-males. Volvió y loh halló.

—No, iñor, no me eche abajo y yo me caso con l' hija 'el rey, no me eche.

—¡Ah! ¿Te veníh a casar con l' hija 'el rey? —le dijo él.

—¡Tulún! ¡Abajo los dos pa siempre! ¡Ya 'stá!

Si acabó el cuento otra veh.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en cinta magnética.

AMELIA QUIROZ.

187

PEDRO URDIMALE

Contar y contar para saber
y oír para aprender.
Esta es que era una perra muerta
que me quería morder
y yo, como estaba vivo,
me sabía defender.

Ahora voy a contar di un tontito, que desiaba el rey un hombre que juera tontito que le juera a cuidarle unas cositas de mucha importancia. Era una viña, cada parrita tenía varios racimos. Entonce dice Pedro Urdimale: "Aquí está la mía, me voy a presentarme donde el rey". Luego viene Pedro, se presenta donde el rey y le dijo:

—Güenas tardes, patrón.

—Güenas tarde, hijito.

—¿Necesitaba usted un trabajaor?

—Sí, hijito, pa que me vaya a cuidar unas cositas de mucha importancia que yo tengo.

—Güeno; iremo a ver.

Jue el rey con el tontito a ver el arbolito que tenía tantas cositas de importancia. Pero él miró, el tontito, y vio que era una viña cargá con uva. Comu él se había puesto así tontito, le dijo así:

—¿Y estas *cohitas* que están tan *boñicha*, patroncito?

—Estas son lah importancias mía. Aquí va a cuidar usted, hijito; yo le traigo pancito, yo le traigo pa que coma cositas bien güena.

—Güeno, patroncito.

Lo trataba así bien inocentito el cuidaor qu' iba a cuidar la viña. Durante el tiempo que estaba faltaba poco pa que vendimiaran.

Luego había un estero que pasaba sobre la viña, había muchos sauce alto, tupío onde se había emboscao, había por ahí un sauce grande de ganchito.

Y hizo este Pedro una tinaja de grea muy bien hecha, grande. Vino él y comenzó a juntar cosita, majá de vaca, para cocer esta loza que le quedara firme. Al haberla tenío ya cociíta, la subió arriba de la mata de sauce onde se encontraban varios ganchitos, que le quedó muy bien sentadita arriba. Luego él se sentaba a hacer sus cosas que necesitaba arriba. Era un escusaíto que tenía, la tinajita (el narrador ríe). El comía uva, de lo mejor de la uva que se encontraba el tontito. Una vez de haberla tenío llena, un día sábado, ya se habían cumplío varios que estaba ahí, se jue así a onde el rey y le dijo:

—Mire, patroncito, me he encontrado una hallajo tan bonito entre los arbolitos boñicho que se encuentran pa entro onde va el arroyo corriendo.

Dice el rey:

—¿Qué eh?

—Una cosa que se llama tinaja llena de oro y ta llenecita de oro.

El rey atendió estas bendecidas palabras que el tontito le había dicho, y jue a la viña. ¿Y qué era lo primero que jue encontrándose a l' orilla del estero? La tinaja qui había arriba, coloradita onde la había cocío bien, llenecita de todo lo que comía el tontito.

Y se llamaba "No Me Acuerdo".

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el rey.

—"No Me Acuerdo", patroncito.

Entonce viene, le dijo:

—Ahora quero ir a ver a mi mamita, porque está pobrecita, pa llevarle algo pa que compre pancito y tome maticito.

—Güeno, hijito, le voy a dar esta cosita pa que le lleve a su mamita. Le dio dinero.

—Muchas gracia, pues, patroncito.

Y se jue él entonces andando con dinero, Pedro siguió andando no más. ¡Qué tal mamita! No sé si estaría en el cimiterio onde él andaba. No decía su casa, decía onde la mamita el tontito.

Buscó el rey muchas amistadas, compadres, reyes, que *tenida* y puso debajo de un espacio qui había ahí onde estaba la tinaja una alfombra muy bonita y varia gente, sillone, too alreor. El rey se gana debajo de la tinaja con un punzón pa punzar arriba aonde estaba la tinaja, le pega la impujada, ¡y no cae la mierda pa abajo y cagó toíto al rey y a la gente qui había! Salió engañaio el rey, medio ahogao en la porquería, sacudiéndose allí. Unos se embadurnaron con otros, cuando se destapó la tinaja. Llegaba a hervir como un fudre cuando está refregándose la uva.

¿No ve los repiquetes del hombre inocente que jue a cuidar la viña?

Pomaire, Santiago, 17-I-1962. Grabación en magnetófono.

ABRAHAM VÉLEZ.

188

PEDRO URDIMALE

Vamo a empezar por otro de Pedro Urdimale. Había un rey que tenía una viña, buscaba un cuidaor que juera inocente, que no conociera.

Dijo Pedro: “Aquí está la mía”. Cuando llegó:

—Oiga, mi rey; por aquí ando buscando trabajo.

—Hay, hijito, si hay trabajo, mucho. Lo voy a llevar este tontito pa la viña que me vaya a cuidar la uva —dijo el rey para sí.

Taba la uva maurita, de febrero, lo mejor, tremendos racimos, grandes, bonito ahí había.

Cuando llega el Pedro, miraba las parrita:

—¿Y estoh animalitos boñicho?

—Esto va a cuidar usted, hijito, aquí; un gran tiempo va a estar usted cuidando.

—Güeno, pos, caballero.

Quedó Pedro cuidando. Cuando se jue no máh el rey aonde su palacio, se puso a comer uva hasta cuando una parrita la dejó chiquita. “Ta güena la uva”, dijo. Y sabía como las personas de Pomaire

que saben hacer loza, agarró harta grea y comenzó a hacer un morongo, hizo una tinaja bonita, bien hechita. Sabía hacer loza el Pedro Urdimale.

Había un estero y habían muchos sauce, entre medio sauce llorón. La puso onde habían unos copito muy bonito, ahí puso la tinaja. Ahí venía Pedro, obraba de lo que comía, que el rey no notara que comía uva. Bueno, tanto jue que la llenó bien llenita. Bien coloráita la tinaja, bien cociíta, que no se pasaba na, ni una cosa de lo qui obraba Pedro.

Un día llegó onde el rey:

—Oiga, patroncito querido; en el río me he encontrao una tinaja di oro onde hay un arbolito boñicho, que es sauce. ¿Vamo a vela, rey?

—Vamos —le dijo.

Cuando se jueron colando entre medio de las matas de sauce, había a l' orilla 'el estero que pasaba cercano una tremenda mata grande de sauce y arriba estaba la tinaja. Había un despacio bien güeno. Dijo:

—Aquí está tu oro. ¡Qué güeno está esto! ¡Eh oro!

—Ya me voy a ir, pues, taitita, mi rey —le dijo—; déme algo pa llevarle a mi mamita pa que coma pancito.

Bueno, le pagó, poh, el rey.

—Toy rico —dijo entonce.

Buscó el rey a otras persona intimillonaria que jueran. ¡Y bien aljombrao ahí! Tonce, ¿cómo se podía?

—Mire —le dijo—; con su espá le planta el empellón pa arriba, salta el oro al tiro (ríe el narrador).

Cuando va el rey entonce con su maubliá, y se saca la coronita, y se para este caballero y planta el punzonazo pa arriba a la tinaja, cuando le estila el oro toa la cara. Roció toíto el oro ahí, las semillitas qui habían saltaron hasta por el pelo de las damas. ¿Cómo serían?

Y ésa jue, cuando estuvo cuidando Pedro Urdimale la viña del rey. Usté sabrá cómo le jue, too lo que recibió ahí.

En Valparaíso pasé a dejar encargada donde una señora una caja con una laucha adentro. La niña de la casa por curiosidad abrió la caja y la laucha huyó. Cuando reclamé la caja y la encuentro sin la laucha,

le dije a la señora que con eso había perdido la virtud con que me ganaba la vida y que en recompensa me llevaba la niña. La señora me dio harta plata por la laucha que había perdido y para que no me llevara a la niña.

Regresando de Valparaíso encontré en el camino a unos arrieros y les conté que había ganado mucha plata vendiendo ratones en el puerto. Los arrieros se entusiasmaron, pillaron muchos ratones gordos y los llevaron a Valparaíso a vender. Gritaban por las calles:

—¡Ratones gordos! ¡Ratones gordos!

Creyendo que se trataba de una burla, les dieron una gran paliza.

Después encontré una cabras y ovejas y salí arreando con ellas. Pero más adelante me alcanzaron los arrieros y me preguntaron dónde las había encontrado. Les contesté que las había sacado del río y que en el fondo quedaban muchas más. Los arrieros creyeron, porque se divisaban unas piedras que parecían ovejas y cabras y se lanzaron al agua. Como el río venía correntoso, todos los arrieros se ahogaron. Y yo seguí tranquilamente con mi ganado hasta aquí.

Pomaire, Santiago, xi-1957.

FIDEL MALDONADO.

190

PIEDRAS POR ORO

Un caballero muy pobre quería casarse con la hija del rey. Jue a una sastrería y se alquiló un terno de ropa. Después contrató a un arriero que tenía diez burros y le dijo que llenara los sacos con piedras.

—Yo me voy a ir al palacio y te voy a esperar allá. Entonce tú vai a decir: “Patrón, ¿ónde le voy a dejar el oro que le traigo?”. Yo voy a estar con el rey y la princesa en una ventana cuando tú llegueh. Entonce una vez cuando te diga onde vai a poner el oro, entonce yo le voy a decir al rey que me empreste el patio onde entrar las cargas de oro. Entonce entrái por el portalón de atrás y dejái las cargas de oro.

En seguía se casa el dicho señor con la princesa. Después de varios días quean solos. Entonce llega el sastre y le dice que le devuelva el terno y llega el arriero que le pague el viaje de piedras que le acarrió. En seguía el rey los despide de la casa junto con su hija, va onde están las cargas de oro y se encuentra que son piedras.

Mamiña, Tarapacá, vii-1958.

LUIS SAAVEDRA.

Pegro un día andaba en el pueblo, pasó a un negocio a comprar un paquete 'e cigarro. Pasó un papel de cien peso y no pidió su güelto. Pasó a otro negocio a comprar otra cosa. Pasó cien peso también y tampoco pidió su güelto. Se jue a otro negocio, pasó a comprar otra cosa. Pasó otro papel di a cien; tampoco no pidió su güelto. Salió más pal centro del pueblo. Pasó y se encontró con siete bandido. Se saludó Pegro con los siete bandido. Lo saludaron muy atento. Pegro loh envitó a tomar una copa 'e vino. Al primer negocio que pasó Pegro, pasó a pedir una botella 'e vino y les convidó a los siete bandido. Pegro agarró su sombrero y lo principió a dar güelta; tres vece movió el sombrero Pegro. Se determinó la botella 'e vino. Pidió su güelto Pegro y se lo dieron. Entonce Pegro loh envitó a otra parte. Enmediatamente le ocedieron y jueron a otro negocio. Y pidió otra botella 'e vino Pegro. En cuanto se la pusieron, Pegro si agarró el sombrero, le dio una güelta. Entonce Pegro le sirvió una copa 'e vino a caa uno, y a la otra copa que se tomó él le dio una güelta al sombrero. En la última copa que le sirvió a sus compañero, se sirvió Pegro, le dio otra güelta al sombrero y pidió su güelto. Enmediatamente se lo dieron. El jefe 'e los bandido le puso mucho visto güeno. Los volvió a envitar a otra parte. Llegaron a otro negocio. Otra botella 'e vino pidió Pegro. En cuanto la pusieron, Pegro le dio una güelta al sombrero. El jefe 'e los bandido mucho visto güeno le puso a Pegro. Entonce Pegro le sirvió a suh amigo. En cuanto él se sirvió, le dio otra vuelta al sombrero. Y en la otra copa que les sirvió ante de servirse Pegro le dio otra güelta a su sombrero. Se sirvió Pegro y pidió su güelto. Y el jefe 'e los saltiadore le puso mucho visto güeno. Así que en cuanto le dieron su güelto, se despidió Pegro para irse. Entonce el jefe le dijo:

—Véndeme tu sombrero, Pegro.

—Mi sombrero no se los puedo vender, porque adonde entro a tomar a mí me dan mi güelto sin que yo pague ningún veinte.

El jefe le cargosió que le venda el sombrero.

—Te voy a dar cinco mil peso.

—Y ustée, si yo les vendo mi sombrero y no li atinan a las güelta, como ha de ser, dirán que loh engañé.

—No —le dice el jefe 'e los bandido—, si yo me he fijao muy bien, Pegro, en la güelta que tú le dite a tu sombrero.

—Muy bien —les dijo Pegro—, se los vendo por los cinco mil peso; pero si despuéh andan perdío, dirán que loh engañé.

Le güelva a contestar el jefe 'e los bandido que "eso yo no lo haré, porque yo me hey fijao bien".

Le contó los cinco mil peso a Pegro. Pegro se sacó el sombrero, se loh entregó y se jue pa su casa.

Ellos se quedaron en el pueblo. Ya el jefe se puso el sombrero. Pidió una botella 'e vino y le dio una güelta al sombrero. Le sirvió una copa a sus compañero y ante de servir él le dio una güelta a su sombrero. A lo que él se sirvió, le dio otra güelta a su sombrero y pidió su güelto. Le contestó el dueño 'el negocio que qué güelto le iba a dar siendo que él no le había pagao. Volvió otra veh el jefe 'e los bandido a darle güelta al sombrero pa un lao y otro. ¡Qué güelto le iban a dar, si él nu había pagao!

Mientras eso, Pegro llegó a su casa y llenó una morcilla 'e sangre y le dio a la mujer.

—Luego van a pasar los bandido aquí y yo te voy a poner esta morcilla en el cogote a vo.

Se la puso bien al cogote y se buscó una varilla. En eso afane estaba, llegaron los bandido.

—Mira, Pegro, me engañate. Yo por no dejar te dije.

—¿Qué jue lo que dije yo? Ahora le echaron a perder la virtù al sombrero. Me llevan preso, pero, en fin, pa que mi mujer no quee paeciendo...

La tomó del pelo, la echó pa atrás y le pasó el tajo. Saltó lejo el chorro 'e sangre. La mujer de Pegro cayó de espalda a tierra. Entonce le dijo el jefe 'e los bandido:

—¿Qué jue lo qu' hicite, Pegro, por Dios que matate tu mujer?

—Si es así, la hago vivir.

—¿Y cómo la vah hacer vivir, Pegro?

Se tomó la varilla Pegro, le plantó un varillazo a la muerta. Moviό un deo al primer varillazo. Al otro varillazo levantó el brazo la muerta. Al otro varillazo se paró de salto. Le contesta el jefe 'e los bandido:

—Mira, Pegro, véndeme la varilla.

—No —le dijo Pegro—, no la pueo vender, porque cuando muere mi mujer, yo la hago vivir.

—No, Pegro; véndeme la varilla. Te voy a dar diez mil peso.

Pegro, a la voz de diez mil peso, le dijo:

—Está muy bien. Pero ustée, si no saben dar el varillazo bien, ¿me vendrán a molestar a mí?

—No —le dicen—, no volvemos máh a molestarlo, porque me hey fi-
jao bien cómo pegó los varillazo usté.

Entonce le contaron sus diez mil peso y Pegro leh entregó la varilla.
Se despidieron y se jueron.

Llegó el jefe 'e los bandido a su casa. Estaba la señora sentá en
el corredor.

—Mira, hija —le dijo—, vengo muy contento, que compré una va-
rilla que hago vivir a los muerto.

—¿Sí? —le dijo la señora—; hace la preba vo.

Saca la cuchilla el jefe 'e los bandido y le pasa por el guargüero
a la señora; la mató. De espalda cayó la señora. Tomó su varilla el
bandío y la principiò a varillar. L' hizo peazo la varilla y nunca la
púo hacer vivir.

Entonce al otro día tempranito llegaron onde Pegro.

—¿No ve —le dijo Pegro— cómo también lu hicieron mal?

—La hice peazo y no la púe hacer vivir. Ahora te llevamos preso.
Se llevaron preso a Pegro. Se lo llevaron a l' orilla di un río, lu echa-
ron aentro di un saco, y amarraron el saco bien amarrao y lo dejaron
arriba di un risco a l' orilla di un camino público.

—Quédate aquí, luego vamoh a volver.

¡Cómo el pobre Pegro s' iba a arrancar, cuando lo dejaron aentro
di un saco! En eso va pasando uno con un piño 'e chancho y conoció
que era Pegro el que estaba aentro 'el saco.

—¿Por qué te tienen aquí, Pegro?

—A mí me tienen aquí porque no me quero casar con la hija del
rey.

—Mira —le dijo el herrero que lleva el piño 'e chancho—, yo me
casaré con la hija del rey, échame a mí.

—Muy bien —le dijo Pegro.

—¡Y andavete vos con los chanchol!

Lu echó aentro 'el saco al hombre y lu amarró bien amarrao tal
como lo tenían a él. Pegro se jue enmediatamente con su piño 'e chan-
cho.

En la tarde volvieron los siete bandido. Se demontaron do. Uno
tomó el saco di una punta y el otro di una punta.

—No —le dijo—; yo me caso con la hija del rey.

—¡Ah! —le dijeron—; anda, cásate con la hija del rey.

Y le plantan el envión. Lu enviaron abajo 'el risco al pobre, que
sí haría mil peazo.

Al otro día se van los bandido a andar, encontraron a Pegro Ur-
dimale con un piño 'e chancho.

—Güenos día —le dijeron.
—Güenos día —le dijo Pegro—. *Renieo* contra ustées que me echaron tan a l' orillita. Si ustées me hubiesen tirao al medio 'el río, yo hubiese sacao un piño 'e chancho regrandazo, y como caí tan a l' orilla, saco no más que este piñito 'e chancho. Mientra máh aentro, más tupíos tan los chancho.

Ya pensó el jefe 'e los bandido:

—Mételoh aentro 'el saco y échalos lo máh aentro que puedah para sacar más chancho.

El jefe mandó buscar a matabalho siete saco. Llegó el mozo con los siete saco. Pegro los principiú a echar aentro los saco y amarra bien amarrao los saco. A lo que ya *tuvieron* aentro los saco, le dijeron que too lo que pueda Pegro aentro los tire. Principió Pegro a botaloh uno por uno. Botó los siete bandido Pegro. Al último le dijo:

—Van a sacar toos los chancho ustée.

Así que murieron los siete bandido ahí.

Pegro siguió andando con su piño 'e chancho; y sus siete caballo también se los llevó Pegro. Llegó a su casa con un tremendo piño 'e chancho y siete caballo ensillao.

—¿No vih, hija? Esto me regalaron los siete bandido —le dijo—. Pensaban ellos de matarme a mí, yo los maté a too. Ahora yo voy a vivir tranquilo sin ningún peligro. Ahora voy a quear con toas las riqueza 'e los siete bandido.

Así que Pegro queó con las riqueza 'e los siete bandido. Y hasta ai llegó.

Ignao, Valdivia, 1952.

FRANCISCO CORONADO.

PEIRO ULIMAN

Peiro tenía su virtú en la casa. El tenía su burrita y cuando quería hacer lesa a la gente, le ponía plata por el pototo a la burrita. Y eso van pasando unos caballeros comprándole la burrita. Entonce le dice:

—Mí burrita no la vendo ni por oro ni por plata.

Entonce le dice él:

—Mí burrita, yo pegándole un guascazo, me da plata toos los día.

—A ver, hace la preba.

Y barrió bien el patio. Entonce le pega el guascazo y le da la chorrera de plata.

—Hombre —le dice—, véndeme la burrita.

—Y si me dan lo que yo pío.

—¿Entonce cuánto pedís por tu burrita?

—Yo pío dos mil peso.

—¿Y qué le dai tú pa que te dé plata?

—Alfalfa de la tiernequita.

Entonce se la llevan la burrita. Llegando los caballeroh a la casa, le dieron de comer a la burrita. Estaba tan fatigá la burrita que conviaron un gran personal y la llevaron al salón, y le pegan el guascazo y caga toitito al personal que hay ahí.

—¿No sabís que Peiro *loh* engañó? Lo vamoh a llevar al mar con burrita y too.

Entonce cuando lo llevan amarrao pa echalo al mar, pasaron los caballeroh a una pensión. La burrita queó comiendo con Peiro amarrao encima. Y en eso viene un ovejero con un ganao de oveja. Entonce le dice el ovejero:

—¿Por qué estái amarrao, Peiro?

—Porque no me caso con l' hija el rey. ¿Y querís casarte tú? —le dijo al ovejero.

Cuando le dijo:

—Yo me caso; amárrame vo.

Cuando Peiro agarró el ganao de oveja y se jue por otra calle. Entonce salieron los caballeroh arriando la burrita. Entonce cuando llegaron al mar, lo tiraron al mar con burra y too y ellos se dirigieron a su casa. En la tarde cuando pasa Peiro por la casa arriando su ganao, entonce:

—¿Qué no es Peiro ése con el ganao?

—Y me tiraron tan ajuera —les dijo— que me le jue un carnero con los cachos de oro.

—Mira, hombre; ta güeno que *los* vaigái a tirar a nosotroh a ver si lo pillamo.

Entonce los llevó al mar y tiró uno primero al mar.

—¿Y qué lo que dice mi compañero? —le dice.

—Que lo tire ligerito, que ya se va el carnero y no lo puee pillar.

Y *loh* echó al mar a los *doh* y *loh* ahogó. Entonce Peiro güelve a la casa de los dos caballero. Entonce le dice Peiro a la dueña de casa que con él es dueña de casa mientras güelven los caballero.

Terminó.

PEDRO URDIMALES

Había una vez este nombrao de Pedro. Era un hombre muy ocurrente en la vida, no se encontraba otra persona como él. Un día se encontró sin dinero, dijo: "¡Qué me encuentro ahora sin dinero!" Trabajó en un fundo con animales como un gañán. En la semana corrida, como se dice, le pagó el caballero, el dueño del fundo, le pagó a ese hombre qui había trabajao.

Entonce viene Pedro, toda esa platita qui había recibido la cambió en cincos, cinquito. Había una calle y había una matita de espino. Cuando viene, dijo: "¡Aquí está la mata mía!". Venía un caballero hacendado, rico, y él viene y pone sus cinquito puesto en la matita de espino. Al haberlas colocado todas, tomó un palito chico, le daba un golpecito al arbolito, caían cinquitos. Cuando entonce viene el caballero y le toma la atención qué era lo que estaba haciendo Pedro.

—¡Hola, amigo! —le dice—. Güenos días.

—Güenos días, patrón.

—¿Qué está haciendo aquí usted?

—Recogiendo dinero; yo soy un hombre pobre y quiero recoger dinero en este arbolito.

—¡Mire —le dice el caballero— qué curioso de coger usted dinero en los arbolitos!

—Sí —le dijo—, este arbolito está viejito de darme plata, porque es la virtud que yo tengo. Cuando yo me encuentro sin dinero pa comprarme cositas qui a mí me faltan, vengo yo y hago de venir onde está mi arbolito de virtud, y así al arbolito onde lo muevo me da platita y así puedo juntar. Es sencillito, pero sirve —le dijo con *maulidá* este Pedro Urdimale.

Entonce viene el caballero:

—Véndeme tu espino —le dice— pa yo tener dinero.

—¡Ah, señor! Yo no puedo, porque lo único que tengo pa mantenerme yo y mi mamita, porque es pobrecita y yo también, y así que vengo, cuando necesito cobrecitos, vengo a buscarlo aquí.

—¡Qué! ¡Véndeme el espino, amigo! ¿Y cómo se llama usted?

—No mi acuerdo. —No se acordaba cómo se llamaba—. No mi acuerdo.

—¿Así que no si acuerda?

—No mi acuerdo.

—Bueno, véndeme, hombre.

—Pero si me da lo que vale —le dijo entonces, botándose bien a pobrecito y bien a tontito—, si me da usted cinco mil pesos, le vendo l' espinito —y en esos años cinco mil peso era un dinero grande, subío.

—Te los doy, pues, tontito, No mi acuerdo.

Le dio el dinero y le dio el bastoncito en cien pesos. El caballero se fue a su casa y le dijo:

—Vengo contento, hija —a la señora—, porque hai compraó un espino de virtú.

Se sonrió la señora y le dice:

—Mira, hijo, tas engañaó.

—¿Cómo estoy engañaó, cuando con un bastoncito saca dinero que es éste?

—Ese ha sío el tal Pedro Urdimales que te ha hecho lesó, pueh, hijo —le dice la señora.

El rey no comprendió que la señora la verdá le decía. Viene, al otro día hace pertigar cuatro carretas, cada una con dos yuntas de bueye, a buscar el dinero en la mata de virtú que el día ante había compraó.

—¡A ver! —le dice el caballero a un trabajador que tenía, que era muy dispierto.

—Mire, patrón, ¡a que este espino da plata! Lo que juera primero me lo da a mí.

—Güeno, pueh, hijo —le contesta el caballero.

Entonces viene el joven que estaba trabajando, el dispierto hombre este, el carretero que llevaba, le pegó un golpe firmecito con el palito, cayeron los cinquitos que quedaban en la matita de espino.

—Esto sirve para cigarrillos para mí.

Y le comenzaron a darle palito al espino, tanto fue que lo castigaron el espinito que lo pelaron, suh hojitas, su cogollito, too.

—¡A ver! Abajo está la plata —dijo el caballero.

Vinieron con un chuzo que por ahí tenían y una pala, hicieron un hoyito, sacaron la raíz del espino.

Este fue el cuentecito que le contó Pedro Urdimale al caballero millonario.

PEDRO ALIMALES

Un día estaba durmiendo a la orilla de una calle, pasa un rey y le pregunta:

—¿Qué está haciendo aquí, amigo?

—Aquí estoy esperando la riqueza.

—Botao no la vah a encontrar —le dijo el rey.

—Pero yo soy comerciante y mañana me voy a comprar una partía de chanchos gordo.

Este estaba pensando la picardía cómo podía hacerla. Se jue aonde un carnicero a comprar cincuenta colas de chanco. Y se vino por la misma calle y encontró un chanco y lu arrió. Había un paso malo que naiden podía pasar. Este llegó y principió a enterrar las colas y al lao enterró el chanco vivo.

—Ahora sí —dijo—, voy a ir onde el rey a pedile una pala y una picota para sacar mis chanco.

Llegó en la mañanita allá, le dijo:

—Güenos día, mi güen rey.

El rey le dijo:

—Güenos día, niño.

—Vengo a hacele una molestia. Mi ha tocao la mala suerte con mi arria 'e chanco. La traía por la calle y me vine a meter a un ciénego, que mis chanchos se sepultaron. Necesito que me empreste una pala y una picota, a ver si puedo sacar unos poco.

El rey le dijo:

—¿No te convendría de venderloh ahí mismo?

—Depende de lo que me paguen —dijo.

El rey le dijo:

—Vamoh a ver.

Y se jueron a verlo. Pedro Alimales principió a sacar el que estaba vivo. Mientras que Pedro lo cavaba, el rey lo tiraba de la cola. Por último sacaron el chanco. El rey le dijo:

—¿Cuántos chanchos son?

—Son cincuenta y uno —le dijo.

—Bonitos son tus chanchos, hombre —le dijo.

—Cuando éste que era más chico estaba un poco más arriba; loh otro, como son más gordo, se me jueron máh abajo.

—Mira, Pedro —le dijo el rey—, ¿toah estas colas que se ven aquí son chanchos?

—Chanchos, mi güen rey —le dijo.

—Voy a contarlo —le dijo— cuántos salen.

El rey principió a contar las cola. Salieron cincuenta chanchos.

—¿Cuánto pidieras tú? —le dijo.

—Me costaron treinta mil peso. Si usted me da veinte mil, yo se los vendo.

—Llevemoh éste pa la casa —dijo el rey—, para pagate los demáh.

—Y éste se lo voy a regalar —le dijo Pedro— para qui algún día de mí si acuerde.

Le pagó los chanchos el rey.

Pedro se jue a un pueblo. Y se compró un tehno negro, y un cuello de losa y un tongo de los mismos que usaba el rey. Entonce dijo:

—¡Menos mall! Me pité un rey.

El rey se jue con treinta hombre a sacar sus chanchos, cuatro carreta para llevarlo. Dijo:

—En jabón saco mi plata demasio.

Entre elloh había un rotito palero. Llega y se mete en medio del ciénego. Llega y pesca un chanchos 'e la cola y queda con la cola en la mano. El rey le dijo:

—De esa manera no vah a poder sacar un chanchos, hombre; le vah a arrancar la cola a tooh y no vamoh a saber ónde van a quedar. Pero preferible es principiar a cavalo.

Principiaron a cavalo y chanchos nu apareció ninguno, naa más que las puras cola. El rey se solevó; dijo:

—¿Dónde encontrara a Pedro Alimales para hacelo jabón?

En esto viene llegando Pedro Alimales, vestío de lo máh elegante.

—Güenas tarde, mi güen rey.

—Güenas tarde, señor —le dijo.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Estaba sacando unos chanchos.

—¿A quién se los compró?

—A Pedro Alimale.

—¿Y pa qué se metió con ése, cuando ése eh el pillo más grande? Yu anço detrás de él, a ver si me lu encuentro, porque a mí m' hizo otra cosa parecía a esta misma.

Pasó riéndose Pedro Alimale. Y dijo el rey:

—¡Cómo anda engañando a la gente!

Pedro Alimale llegó a una casita onde había una viejita tocando una guitarra.

—Señora, ¿no vende la guitarra?

—Sí la vendo —le dijo la viejita.

—¿Cuánto pide?

—Solamente cincuenta peso.

—Mire, señora, hagamo una cosa. Yo me enterezco la plata. Háigase muerta usted por una noche y un día. Yo voy a llegar en la noche con la guitarrita y la voy a principiar a tocar y usted se va a levantar. La gente va a decir: “Encreíble que este caballero haga vivir la gente con esa guitarra qui anda triendo”.

Toa la ciudá lo supieron. Y llegan las voce al rey.

—¿Dónde si habrá ido este caballero para comprarle la guitarra?

Sale un mozo a buscalo. Pedro Alimales va llegando al palacio del rey con su guitarra al hombro. Sale el rey y le preunta:

—¿Qui anda haciendo aquí usted, amigo?

—Ando buscando muertos para hacer vivir; nu hay muerto que se queda con esta guitarrita.

—Yo se la compro —le dijo el rey.

—Veinte mil peso no más le cuesta.

El rey se la compró.

—Hasta luego, mi güen rey.

El rey preuntó si acaso había algún muerto por ahí. Muchos le contestaron que muerto nu había ninguno.

—Lo que voy hacer ahora voy a matar a mi suegra para hacela vivir con esta guitarrita.

Saca el revólver de la cintura y le dispara a la suegra, y la mató entantániamente. Salieron lah hija llorando, por lo consiguiente la señora. El rey que se fa de espalda riéndose.

—No lloren, hombre; esta noche la voy hacer vivir.

Mucha gente creía que la fa hacer vivir, porque conocieron la guitarra, que era la misma qui hacía vivir los muerto.

El rey se sentó y principió a tocale la guitarra. La gente decía:

—¿A qui hora se irá a parar?

El rey si amaneció tocando la guitarra y la suegra no pudo vivir. El rey dijo:

—Este mismo jue el que me vendió los chanco. Hai perdío mi dinero y al mismo tiempo mi suegra.

Agarró la guitarra y le dio un golpe en un palo. Quedó con las puras clavijas colocaah en la mano.

—Y esto me va a pasar para nu hacer nunca máh un negocio.

Mientras tanto, Pedro Alimales si había compraó un macho. Le dio medio fardo di alfalfa revuelto con quinientos pesos juerte y qui-

nientas chaucha. Y lo jue amarrar al frente del palacio del rey, vestío de pobre. Pasa el rey y lo ve.

—¿Qué está haciendo ahí, amigo?

—Hai descubrió una mina en este macho. Taba apartando los pesos qui había botao el macho.

Y el rey quedó mirando.

—Véndame el macho, amigo.

—¡Cómo le voy a vender mi mina! ¡Quién sabe cuántos mileh habrán!

El rey le dijo:

—Confórmate con cien mil peso.

—¿No será muy poco, mi güen rey? Como yo soy un hombre pobre, no tengo herramientas como hacelo para apartar tanto dinero.

El rey tomó el macho de la rienda y lo llevó para su palacio.

—Vamoh a ver —dijo el rey— si este macho sigue botando plata.

—Para que coste —le dijo— apretémolo un poquito.

El rey se jue a buscar un pegual. Y en la primera apretaa el macho botó cien peso en sencillo. Pedro le dijo:

—No lu aprete más, porque no va a tener dónde guardar el dinero.

El rey le dijo:

—Ahora sí que creo.

Metió la mano al bolsillo y le dio cien mil peso. Y Pedro le dijo:

—Va a quedar millonario. ¡Y hasta luego, mi güen rey!

El rey buscó dos mozos especial para que li aparten el dinero y hizo un cajón grande.

—¡A ver cuántos cajone va a dar!

Y al mismo tiempo se contrató un contador para que vigile los mozos que estaban apartando el dinero.

Después de tres día el macho ya no botaba na. Jueron donde el rey; le dijeron:

—Ta mermando la mina, mi güen rey.

El rey le dijo:

—¿Por qué, hombre? Dos días que botó pesoh y hoy día ta botando chaucha. Anda a la pieza 'e montura y tráete un pegual para dale una apretá y van a ver ustee el montón de pesos que va a caer.

Principiaron a apretar el macho. Solamente botó una chaucha. El rey dijo:

—Preferible aubriilo para terminar con la mina.

Cuando aubrieron el macho, solamente le quedaba como medio kilo di alfalfa. El rey dijo:

—¡Pedro Alimales tenía que haber sido!

Y salió en busca de él. Lu encuentra que está durmiendo.

—¿Cómo se llama usted? —le dijo.

—Yo me llamo Pedro 'e las Picardía.

—Tú mismo no máh eres que me estás dejando en la calle.

Se lo llevó a l' orilla di un risco, donde pasaba un río muy profundo. Lo principió a maniar y li amarró una piedra al cogote y lo tiró risco abajo. Hasta aquí se le terminaron los restoh a Pedro 'e la Picardía.

Pedro, con el golpe del agua, quedó completamente desatao, y pasó para el otro lao y encontró un rebaño de ganao.

—Voy a ir donde el rey —dijo— a vendele este ganao.

Y se jue arriándolo. Sale el rey atajalo.

—Güenas tarde, Pedro 'e la Picardía. Hombre, ¿quí andah vendiendo?

—Ovejas, mi rey.

—¿No te boté al agua, hombre? —le dijo.

—Sí, mi güen rey. Si mi hubiese puesto una piedra más grande, mi habría ido máh al fondo y habría sacao máh oveja. Como andaban éstah encima, saqué tan poca.

—Mira, Pedro 'e la Picardía, hombre, ¿por qué no me vah a botar a mí?

—También taría di acuerdo —dijo— que se botara con dos mozo, entonce saca más ganao.

—¿Verdá, Pedro? —le dijo el rey.

Enmediatamente llamó dos mozo y se jueron donde botó a Pedro.

—Mira, Pedro —le dijo—; póneme la piedra más pesá a mí y a los mozo un poco más liviana, entonce yo saco las de máh abajo y los mozos sacan las de máh arriba.

Pedro le dijo:

—No las saquen toas, dejen la semilla para más tarde yo sacar unas pocas máh.

Entonce le dijo el rey.

—Apúrate, porque ya va siendo tarde, échame primero a mí y después echas los mozo.

—Preferible los tres junto.

Llega y loh amontona Pedro y los botó risco abajo. No salió el rey ni los mozo, ni siquiera ninguna oveja.

Se jue Pedro para al palacio del rey. Y sale la reina a encontralo, creendo que era el rey. Pedro le contestó:

—Esde hoy para aelante mando yo.

La reina se sohprendió.

—¿Y el patrón dónde está?

—Anda buscando oveja y me dijo a mí si acaso l' ía bien, nu ía a volver máh y que mi haga cargo del palacio con too lo que tiene dentro de su ciudá.

Pedro dijo un día:

—No vale le pena de quedarme con esta ciudá tan pobre; preferible sigo mi profesión, que pronto seré millonario.

Se llevó un gallo, y se llevó una echona y se llevó un gato. Y se jue a la ciudá di otro reinato, donde uscaban el día en carreta, cosechaban el trigo a balazo, mataban los ratone a puros tablazo.

Llega Pedro Alimale una tarde onde el rey.

—Güenas tarde, mi güen rey. Ando en busca de trabajo.

—Necesito gente para salir a uscar el día.

En la noche Pedro Alimale amarrando su carreta: "Yo solo lo voy a ir a uscar, voy al amanecer con mi gallo en la carreta".

—Aquí el día, mi güen rey.

—Justamente has llegao —le dijo el rey.

—Ahora no va a tener el trabajo salilo a uscar en carreta, porque este alimalito, cuando principia a cantar, el día di a poco va a venir llegando.

Lo dejaron arriba di un pero. El rey dijo:

—Yo no lo creo.

A las tres de la mañana principió a cantar el gallo. Y dijo el rey:

—Ya viene llegando el día.

A las seis de la mañana se presentó el día en el palacio.

—Mira, Pedro, hombre; véndeme tu gallito, hombre.

—Este vale muy caro, mi güen rey.

—Lo que tú me pidas te doy, hombre.

Pedro le dijo:

—Vale cien mil pesos no máh, mi güen rey.

—Los vale, porque es caro, hombre.

Y le pagó los cien mil peso.

—Ahora vamoh a ir a la cosecha.

Le pasó una escopeta. Cincuenta hombreh armao principiaron a disparar, principió a caer el trigo. Pedro le dijo:

—Pare, mi güen rey, que yo ando triendo un alimalito, éste va cortando y emparvando.

El rey le dijo:

—Vamoh a dejalo al medio del trigo.

Pedro dejó l' echona clavá. Y se juearon para al palacio.

Mientras que el rey dormía la siesta, Pedro se jue onde estaba l'

echona y principió a cortar. Cortó máh o meno como tres tarea de trigo. Y se jue para al palacio y se puso a dormir sentao en un tronco. Se levanta el rey, le dijo:

—Vamoh a ver el alimalito.

Llegaron onde estaba l' echona.

—¡Qui alimalito más curioso, tanto trigo qui ha cortao!

—Lo vamoh a dejar que descanse —dijo Pedro— pa que corte en la noche.

El rey le preuntó:

—¿Y éste con qué se mantiene?

—Este, le gusta comer los rícoh asao y unos güenos tragoh 'e vino.

El rey mandó matar una vaca y mandó a uscar una pipa 'e vino. Y se la jueron a dejar donde l' ichona estaba clavá. Más tarde jue Pedro, se robó la vaca y la pipa 'e vino. Y en la noche principió a cortar trigo. Case lo terminó. El rey le dijo:

—Contra más que comer tiene, con máh empeño trabaja. Tengo una peste de ratones que no me dejan dormir de noche.

—Yo ando triendo un alimalito que los mata y loh arruma.

Lo largaron en la noche. El gato principió a matar case toos los ratone y hizo una tremenda ruina. El rey, cuando se levantó mirando por toas parte, encontró una ruina de ratone.

—¡Qué precioso el alimalito! —dijo—. Mire, mi querido amigo, véndame los doh alimalito.

—¡Cómo no, mi güen rey! —le dijo—. En ese caso —le dijo Pedro— le vendo los tres. Sería mejor.

—Justamente —dijo el rey— estaba dejando atráh el que me busca el día. ¿Cuánto sería el total?

—Trescientos mil peso —le dijo Pedro—. Lo único que le voy a decir, ése que cosecha trigo tiene que tratalo muy bien; di un rato para otro se le puede ir.

Entonce el rey metió la mano al bolsillo y le dio el dinero a Pedro. Y se jueron donde estaba l' echona clavá.

—Mira, echonita —le dijo—; yo me voy a ir de esta ciudá; pórtate muy bien con el güen rey. Si algún día se porta mal, tú sabrás qué lo que vah hacer. ¡Hasta otro día, mi güen rey!

—¡Caramba —dijo Pedro Alimalé—, ya estoy millonario!

Se jue a botar al otro lao di un cerco.

El rey tomó l' echona y la jue a dejar en un resto de trigo que quedaba.

—Mañana se terminará la cosecha, porque esta noche la echonita termina de cortar.

Pedro Alimale en la noche se jue a uscar el gallo, al mismo tiempo su gato y pasó a trer su echona. Principió a cortar por toítas parte y pal lao que la sacó dejó un caminito.

El rey estaba muy contento con loh alimalito qui había compraó. Esperando a qué hora llegaba el día, el gallo ya no cantaba. Dijo:

—¡Fálta que si haiga enojaó! No quiere uscar el día.

Hizo levantar nuevamente su gente y lo salió a uscar en carreta. Luego llegaron loh hombre con el día en carreta. Principió a uscar el gallo, no lo pudo encontrar; por lo consiguiente el gato, también se desapareció. Se jue donde estaba l' echona y encontró trigo cortao por toítas parte. Dijo:

—Por aquí anda cortando.

Cuando encuentra el caminito y la siguió. Había saltao el cerco. No la pudieron encontrar.

—Alguna cosa les pareció mal, por eso los tres se jueron. Yo hai perdío case too mi dinero.

Siempre quedó en las misma, anoticiándose por las ciudadas si acaso habían visto pasar treh alimalito desconocío. Una viejita le dijo:

—Hoy en la mañana pasó Pedro Alimale y los llevaba arriando.

—Pedro Alimale jue el que me fregó —dijo el rey.

Pedro Alimale s' iba riendo case muerto de la risa que case había dejao al rey puramente con su camisa. Pedro Alimale dijo:

—No trabajo más, porque de repente me van a pillar y di un solo tiro me van a cancelar.

Quedó viviendo honradamente con los treh alimalito.

—Ahora me voy a cambiar nombre.

Se puso Pedro Honrao.

Y ahí mismo quedó sentao.

Vivanco, Valdivia, 1952.

CALIXTO CARRASCO.

EL RICO AVARIENTO CON EL POBRE FATAL

Estoh eran dos reyh, uno era rico y el otro era pobre. Un día jue el rey pobre a pidile un consejo al hermano rico:

—¿Cómo tú t' hiciste rico?

Y el hermano le contestó:

—Nu hay cosa mejor: madrugar, y lo que encuentreh en el camino es para ti.

—¿Y si acaso —le dijo el pobre— me lo quieren quitar?

—No te lo pueden quitar —le dijo el rico—, porque eso lu hah encontrao botao en el camino.

Entonce el hermano pobre jue y le robó cuatro vacah al hermano rico, y al otro día pasó a avisale al hermano que si había encontrao cuatro vacas gordah en el camino y el hermano le dijo:

—Esas son tuyas, pueh, hombre; lléalah a tu potrero, y asegúralas bien y mañana te levantas más temprano.

Entonce éste en la noche jue y le robó un toro de los más lindo que tenía y lu echó al camino. Al otro día se levantó más temprano y arrió el toro. Dijo: “Voy a pasar a dar cuenta a mi hermano”. Pasó, le tocó el timbre. El hermano, como estaba rico, no se levantaba temprano. En tanto tocale, éste se levantó y le dijo:

—¿Cómo hah amaneció, hombre?

—Bien —le dijo—; ffjate, hoy, hombre —le dijo—, me levanté temprano y me encontré un toro.

Entonce le dijo el hermano:

—Con eso ya tenís la crianza, pueh, hombre; ya no te conviene levantate tan temprano.

Tonce le dijo él:

—Con dos madrugás más que eche yo, puedo ser medio rico.

Entonce éste en la noche golvió nuevamente a sacar diez vacas máh al potrero ‘el hermano y lah echó al camino. Entonce al otro día nuevamente madrugó, y arrió las vacah y no pasó na a dale cuenta al hermano, porque dijo: “Este puede rocharme”.

Entonce el hermano rico se jue un día a las doce a ver su hacienda, contó suh alimale, le faltaban quince. “¡Bah, este caramba me está robando a mí! Voy a ir a dar una güelta a esos potrero”. Lo primero que encuentra allá suh alimale y dijo: “Si los llevo para mi casa, éste me va a meter boche, y me va demandar que yo hai venío a rompele los cerco y en visto de esto se los voy a dejar, porque yo mismo me tuve la culpa de dale estos consejo”. Y se jue para su casa. Este vivía con su madre.

—Ffjese, mamá —le dijo—, que mi hermano me está robando a mí; voy a retirar mih alimale de este potrero, y le voy a dejar la vaca más gorda qui hay aquí y voy a ir onde él.

Se jue una güena mañana onde él, llegó y le tocó la puerta. Entonce éste pensó: “Mi hermano eh el que viene”. Se levantó y le dijo:

—Güenos díah, hermano. ¿Cómo lu estás pasando, hombre?

—Muy bien —le dijo él.

—Tú parece que estás rico. ¿Cómo no madrugah ahora?

—Sí —le dijo él—, mañana voy hacer otra madrugá.

Entonce le dijo el hermano rico:

—¿Cuántoh alimale ti hah encontrao ya?

—Solamente llevo quince.

—Con eso estás máh o menos bien —le dijo el hermano rico— y está güeno que no madrugues más, porque mih alimales se me van a terminar a mí, y con eso —le dijo— no te digo máh y hasta lueo.

Se jue éste para la casa y sacó la vaca al callejón. Al otro día se levantó el hermano pobre nuevamente, y encontró la vaca gorda y se la llevó para su casa. Llegó allá, y la mató y hizo charqui. Al otro día se levantó el hermano, el rico, y nu encontró su vaca.

—Fijese, mamá —le dijo—, que mi hermano me vino a traeme la vaca gorda.

La viejita le contestó muy enojá:

—Yo eso no lo creo; tendría que velo comer cahne de la vaca gorda esa.

—Pero eso es lo más fácil, mamá —le dijo él—; yo voy mañana onde él y le voy a ir a contar que me van a venir asaltar y a ver si acaso él puede guardarme un cajón de plata. Entonce yo la voy a echar aentro 'el cajón a usté pa qui usté se imponga de este muchacho. Este, después que ya se come su asao en la noche, ¡ése cómo no le va decir a su mujer: qué güena está la cahne de la vaca de mi hermano!'. Entonce ahí usté se va convencer que él me está robando.

Entonce el hermano rico hizo un cajón grande y colocó la madre dentro 'el cajón, le colocó una tetera y un mate pa que la viejita tomara mate aentro. Y se jue aonde el hermano pobre, llegó allá y le dijo:

—Mira, te vengo a pedir un favor —le dijo—. Me van asaltar y quero que tú me guardeh un cajón de plata.

—¡Cómo no! —le dijo él—. Tráelo no máh y yo lo voy a guardar aquí.

—Lo que sí —le dijo el hermano rico—, lo dejah en la cocina pa que nu haiga rocha.

Vino el hermano rico, y vino a uscar el cajón y lo llevó en una carreta, llegó onde el hermano allá.

—Aquí, hombre, el dinero, y lo vamoh a poner pu aquí por la cocina y después di unos tres días lo voy a venir a uscar y te voy a dar tu propina.

Y se jue el hermano rico. Ya en la noche éste se puso hacer un asao y le dijo a la mujer:

—¿Supiera éste, no, que nosotros le estamos comiendo su vaca,

crees tú qui andaría encargando cajones de plata?

Y la viejita escuchando aentro 'el cajón, tonce le dijo la viejita di aentro:

—Tú eres que te estái comiendo la vaca.

—¡Bah! —dijo la mujer—. Parece qui hay gente aentro 'el cajón. ¿Por qué no lo destapamo?

Abrieron el cajón; taba la viejita sentá en el cajón aentro tomando mate.

—¡Bah! —dijo el hermano pobre—. ¿Mi mamá que no está aquí? ¿Qué está haciendo usted, mamá, aquí?

—Yo venía a loh asao, pueh, hijo.

—Espérese, lueíto le vamoh a conviar.

Entonce éste a la juerza le echó un peazo de cahne en la boca a la viejita y más di atráh un peazo de pan. Al otro día amaneció la viejita muerta con la bombilla cerca de la boca, que se la quería chupar y no la podía chupar en loh apuros que se encontraba ella. Al día siguiente dijo el hermano rico: "Algo habrá ofo mi mamá ya; voy a uscala". Se vino con su carreta, llegó acá onde el hermano pobre.

—Vengo a uscar mi cajón —le dijo—, porque los pillo ya no vienen.

Lu echaron a la carreta. Había andao máh o meno un kilómetro de la casa, paró la carreta y le dijo:

—Mamá, ¿oyó algo anoche?

La viejita no le contestó.

—Seguramente —dijo él— va durmiendo; llegando a la casa me dirá too.

Llegó a la casa, y destapó el cajón para que salga su mamá del cajón y la ve que está sentaíta.

—Párese, mamá —le dijo.

La viejita na. Jue y la sacudió él. "¡Bah! —dijo—, ¡y con qué deseo estaba de tomar mate!". Cuando le vio la boca, la viejita estaba atorá. "Y si alcanzan a meterle la bombilla aentro 'e la boca, nu habría muerto atorá mi mamá. Voy a ir onde éste —dijo— avisale que mi mamá es muerta". Se jue aonde el hermano pobre.

—Fíjate, hombre —le dijo—, que mi mamá se murió; tiene qui haber sólo —le dijo— una muerte repentina y te vengo a uscar para que tú la sepulteh.

—¿Tú crees —le dijo el hermano pobre— que con poca cosa lo voy hacer yo?

—Yo ti ayudaré en too el velorio. ¿Con cuánto te puede alcanzar?

—Con diez mil pesos —le dijo él—, porque en visto que es la madre di uno hay qui hacele güenos funerale para que los vecinos no tengan qui hablar, y mañana la voy a sepultar.

Entonce al otro día la jue a sepultar él solo, hizo un hoyo bien bajito y la tapó y jue onde el hermano rico.

—Fíjate, hombre —le dijo—; si la velo la otra noche, no mi había alcanzao el dinero, porque se juntó tantísima gente.

—Muy bien —le dijo el hermano rico—; mañana me voy a levantar bien tempranito —le dijo—, le voy a ir a prender un paquete 'e vela.

Entonce el hermano pobre en la noche la sacó, y se la plantó al hombro y se la jue a dejar pará en la puerta del hermano rico con un palo en la mano. Entonce en la mañana se levantó éste para ir a prender el paquete 'e vela a su mamá, jue y abrió la puerta, y la viejita se jue de punta, y jue a dar un garrotazo en toa la frente, y él arranca asustao y le dice a su señora:

—Fíjate, hija, que mi mamá estaba en la puerta; yo qui abro la puerta y ella que mi aforra un palo.

—¡Pero si esa muerte la debes tú! Por eso tu mamá te persigue, y anda y dile a tu hermano que si haga nuevamente de ella otra vez y la sepulte bien abajo y vas tú también.

Se jue onde el hermano pobre.

—Mira, hombre —le dijo—; pasa un caso con mi mamá. Hoy en la mañana apenas me levanté me estaba esperando en la puerta con un garrote en la mano y me dio un garrotazo en toa la frente. Tengo toa la frente hería, hombre —le dijo.

—Algo le deberís tú —le dijo él— y por eso te persigue. La voy ir a uscar yo y la vamoh a sepultar bien abajo para que no salga. Lo que sí que esto te va costar plata, sí; te voy a pedir por ser a ti diez mil pesos máh.

—Déjate de lesera, hombre —le dijo—; y sigues con esa carrera, tú me vah a dejar pobre a mí.

—¿Qué? —le dijo—. Para eso tú tenís plata.

Y la sepultaron bien abajo.

—Di aquí —le dijo el hermano rico creo que no va salir ya.

Y se jue para su casa conforme. En la noche el hermano pobre se la güelva a sacar otra vez y la lleva a un potrerillo onde manejaba un potro, la sube di a caallo en el potro y la amarra por debajo 'e la guata con un palo más grueso que el que li había puesto cuando la paró en la puerta. "Estos garrotazos le van a concentrar más que el que le dio cuando estaba en la puerta".

Al otro día el hermano rico se levantó a recorrer el fundo, y cuando venía de güelta: "Voy a pasar a ver mi potro", dijo. Y cuando el potro lo divisó se jue a toa carrera, y tocó la mala suerte qui andaba

en una yegua, y el potro de caa subía que subía al anca de la yegua palo que li aforraba y él se cerró a grito:

—¡Mamá, por Dios! ¿Qué yo li hai hecho que después de muerta toavía me viene a garrotiar?

Y arranca pa la casa too machucao de lah espalda y le dice a su señora:

—Fíjate, hija, que mi amá anda di a caallo en el potro solevada con un palo en la mano. ¡Lah espalda vieras cómo me las dejó! Me dio como doce palo.

—¿No vis —le dijo ella— cómo esa muerte la debís tú? Por eso te persigue tu madre. Ahora —le dijo— ¿cuánto te va pedir esti otro por sepultala? —Y así le dijo: —Tú vah a quedar pobre, hombre, y ahora plata tú no tenís, vah a tener que vender el resto di alimale que te quedan, porque éste te va pedir siquiera veinte mil peso, creo yo, y vah a tener qu' ir avisale a él para que la venga a bajar del potro, porque si vas tú —le dijo— te va golver apaliar de nuevo otra veh.

Se jue onde el hermano pobre.

—Fíjate, hombre, que mi amá anda di a caallo en el potro —le dijo.

—¿Tú nu estarís metío en la muerte? ¿Cómo mi amá te persigue tanto a ti y cómo conmigo —le dijo— ninguna cosa? Ahora —le dijo— te voy a cobrar treinta mil peso, porque siquiera —le dijo— hay que sepultala a media siquiera abajo y ese hoyo no lo voy hacer en dos día.

Se jue a uscar la madre aonde andaba di a caallo en el potro, llegó, y la desmontó y no l' hizo ninguna cosa.

—¿No vis, pueh, hombre —le dijo él—, qui a mí no mi hace na mi amá?

Y la llevó para la casa, y principió hacer el hoyo con dieh hombre, y jue a uscar al hermano rico para que venga ver el hoyo y le pague al mismo tiempo. Ya éste había vendío suh alimalito, loh últimos que le quedaban para hacer el dinero, y le quedaron veinte ovejitah y el hermano pobre pensaba cómo embrollárselas también. Después que la sepultaron le dijo:

—Si acaso sale otra vez, yo no la sepulto porque tú ya no vah a tener plata para pagarme.

Y la sepultaron. A la otra noche nuevamente la golvió a sacar éste, y la jue a dejar pará a l' orilla 'el pozo con su palo en la mano, y jue a sacar lah ovejas del corral, y lah echó dentro 'el pozo para que dijera el hermano rico que la madre lah había echao dentro 'el pozo y estaba atajando con el palo en la mano por si acaso saliera alguna para juera 'el pozo. En la mañana se levantó temprano la señora a uscar

agua al pozo, cuando divisa una vieja que está pará en el pozo con un palo en la mano.

—¿Pues —dijo la señora— sí esta anciana me quere apaliar a mí ahora?

Botó el balde y arrancó mirando pa atrás, creendo qui a la entrá 'e la puerta la viejita l' iba alcanzar a dale un palo. Llegó y le dijo a su marío:

—¿No sabís, tú, hombre, que tu madre quere apaliarme a mí ahora?

—¿Que la divisate tú, pues? —le dijo él—. Sí en el pozo está armá con su palo en la mano y pueeh agracer qui alcancé arrancar; mi balde lo dejé —le dijo— too desparramao en el camino.

No puee suceder esto —le dijo él.

Se levanta muy enojao y le preunta:

—¡Por Dios, mamá! ¿Qué le pasa, que hasta l' agua le viene a prohibir a mi mujer? —*haulándole* de lejito—. Ya no me quea dinero para sepultala, lo único que me quean son un par di ovejah y si gusta usté las voy a sacar del corral para qui usté las cuente y para qui usté no me persiga máh.

Se jue a uscar el ganao, no encontró ninguna oveja y encontró los rastros que iban para el pozo.

—Mamá —le dijo—, usté me tiene lah oveja ahí, ¿por qué no se retira a diez metros para yo ver si están lah oveja ahí? Ta güeno que se cabree ya, pues, con los garrotazos que ya mi ha dao. Si no se quere retirar, bote su palo siquiera.

La viejita, como estaba muerta, no le contestaba ni media palabra. Este se jue por detrás creendo que estaba viva, jue y le tomó la mano onde tenía el palo. La viejita estaba tiesa. Miró para abajo el pozo; estaban lah oveja aullando. “Encreíble qui un muerto”, dijo él, “deje pobre a un vivo. Yo le voy a decir a mi hermano que mejor me sepulte junto con mi amá para hacer yo daño despuéh a él, dejalo pobre y yo quear rico con too mi capital que mi ha estafao”. Se jue aonde el hermano pobre y le dijo:

—Fíjate, hombre, que mi madre está pará en el pozo, me sacó lah ovejas del corral y me lah echó al pozo. Yo estoy pensando ahora de sepultarme junto con ella.

—¿Pero tú cómo te vah a sepultar —le dijo el otro— vivo? Voy hacer el hoyo más grande, porque tú podís salir al tiro, hombre, y te voy a poner debajo y amá encima con su palo en la mano para que no te deje salir.

—Está muy bien no más —le dijo él—; ahora tú te encuentras rico, pero más tarde serís más pobre que yo mismo, y sepúltame lo más

pronto que tú puedas, porque nu hallo lah horas de recoger miñ interese.

—Yo también creo que es la única manera que puedas ser rico otra veh.

Y principió hacer el hoyo y cuando estuvo el hoyo hecho le preuntó:

—¿Golverñ a dar consejoh otra vez tal como el que me disteh a mí? ¿Dónde querís quedar? ¿Querís quear debajo 'e mi amá o arriba?

—Preferible —le dijo él— queo arriba, porque mi amá, si queo abajo, me va principiar a dar palo como de nuevo y queando arriba estoy más fácil para arrancar.

Y jueron echando al hoyo a la viejita con su palo en la mano, y máh arriba se sentó él, y así le dijo el hermano pobre:

—Que lo pasís muy bien; ahora tu madre no te va perseguir, porque te va tener cerquita para apaliarte el día que tú li hagah alguna maldá.

Y se tiró abajó 'el hoyo, y el hermano pobre principió a tapar el hoyo y él pegaba unos grito:

—En la tarde me verñ arriba, porque mi amá va principiar apaliarme para que yo salga.

En esto el hermano pobre tapó bien el hoyo y le puso una juerza de paloh encima. “¡No vaiga a ser cosa”, dijo, “que éste vaiga salir a robarme, ahora que yo estoy rico! Ahora me voy a mi casa a sentarme con la pierna arriba a contar mi fortuna sin que naiden me moleste y quee rico para siempre con los consejos de mi pobre hermano que vive debajo de la tierra”.

Y hasta la fecha siguió siendo un millonario y toavía estará contando sus millone.

EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

Este eran dos compadre, un compadre pobre y un compadre rico. El compadre rico era muy avariento: too lo que le veía al compadre pobre se lo quitaba y se lo llevaba pa la casa de él. El compadre una vez nu hallaba qui hacerse, se li ocurrió de pillar una lauchita dentro di una caja y la jue a vender por una manera muy vedá, que no se podía abrir la caja pa que naide se impusiera de ella. Le dieron un

almú de plata al compadre pobre por la cajita. En la tarde llegó con un saquito con plata el compadre pobre, mandó a la casa del compadre rico que le prestaran un almú pa medir un trigo. El compadre rico le prestó el almú, en seguía se vino aguaitarlo qué es lo que estaba midiendo, lu encuentra midiendo plata, le ijo:

—Compadre, ¿di ónde sacó tanta plata ustedé?

—Oiga, compadre; ¿no sabe el traajo muy güeno qui hay? Los ratone lu están pagando a muy güen precio en el pueblo.

—¿De veras, compadre? ¡Cómo no mi había *icho* pa pillar yo también!

—¡De veras, compadre! Yo llevé uno no máh.

—Yo voy a pillar harto pa traer más plata —le ijo.

Se jue el compadre rico a pillar ratone, pilló como cincuenta ratone y se jue a venderlo al pueblo. Allá andaba gritando:

—¿Quién compra ratone?

Ligerito lo pillaron los paco. ¡Andar vendiendo ratone pa ensuciar el pueblo! Y lo llevaron preso al compadre rico. Tuvo que pagar una punta de peso pa que lo largaran. Se jue el compadre rico.

—¡No ve, pues, compadre! Me tomaron preso, tuve que pagar una punta de peso.

—¿Y cómo gritó ustedé?

—¿Quién compra ratone?

—¿Pa qué gritó así, compadre? Ustedé no sabe vender. ¿Sabe, compadre? Lo que están pagando muy rebién son las mujeres muerta, compadre.

—¿Sí, compadre?

—Sí; yo voy a matar la mía y voy a ir a venderla.

—Mátela, a ver cuánto le van a dar a ustedé —le ijo el compadre rico. Entonce en la noche no más le ijo a la señora:

—Te voy hacer que te voy a matate, y en seguía voy a ir a dejate al pueblo no máh y le voy a icir que ti hai vendío. Tengo que ejar pobre a mi compadre por avariento.

Se jue el compadre pobre con la señora pal pueblo. Por allá la ejó en una casa. Entonce se golvió el compadre pobre, mandó a pedirle el almú al compadre para medir plata. Tenía la madre viva el compadre rico. “¿Qué es lo qui hace mi compadre? Se lleva pidiendo almú toos los día”.

—Oiga, madre —le ijo el compadre rico—; ustedé va ir aguaitar al compadre pobre a ver qué es lo qui hace que toos los días se lleva pidiendo almú para medir plata.

Entonce vino, arregló en una caja grande de ropa que tenía a la

madre, le echó queso, charqui y la mandó aguaitar a la casa del compadre pobre para llevarla al pueblo al otro día.

—Güeno; éjela aquí no máh.

“Ahora mi madre va saber too lo que pasa allá”, ijo el compadre rico, contentazo. Entonce como a media noche se levantó el compadre pobre, y jue a trajinar la caja y encontró la vieja; jue, le apretó el guargüero, en seguía le taconió bien la boca con pan, charqui, y queso. Queó con la boca abierta la vieja para que creyeran que si había ahogao di ansiosa. La ejó en la caja. Al otro día llegó el compadre rico a uscar la caja.

—Compadre, vengo a uscar la cajita pa llevarla.

—Ahí está, pues, compadre; llévela.

Iba contento el compadre rico, nu hallaba lah hora de llegar a la casa para preguntarle lo qui había visto. Llegó el compadre rico y abrió la caja.

—Dígame, mamá, ¿qué es lo que vio? ¡Bah! Se queó dormía mi mamá.

La sacaron de la caja, ¡y estaba muerta la vieja! “Por ansiosa si ahogó mi madre onde se puso a echarse tanto queso y pan a la boca”. Y ahora jue a uscar al compadre pobre para enterrar la madre que se li había ahogao, para un traajito muy reoculto. Le cobró muy recaro el compadre pobre. “Ahora me las va pagar por avariento”, ijo. Agarró la vieja, y se la llevó y la ejó escondía en un monte. En la noche agarró la vieja el compadre pobre, y se jue onde el compadre rico y se la ejó pará en la ventana. “Ahora está pagándomelas toa”, ijo. Al otro día se levanta el compadre rico y abre la ventana. Cuando ve la madre que está pará en la ventana, salió corriendo onde el compadre pobre.

—¡Compadre!

—¿Qué quere, compadre?

—Qui ha llegao mi madre y está pará en la ventana; quizá qué quedrá; debe estar agraviá connigo. Yo le pago, compadre, pa que me la vaya enterrar otra ve.

—Se la voy a enterrar muy hondo y le voy a echar piedra encima.

—Yo le pago rebién, compadre.

¡Sáquele punta de peso no máh! Agarró el compadre pobre la vieja y la jue a ejar a unos potreros muy enmontañao qui había aonde tenía una potrona, una caallá. El compadre le ijo:

—¿La enterró, compadre?

—Sí, compadre, la enterré y le puse hartas piedra encima.

—¡Sí! Que no salga más mi madre, debe haber queao agraviá con-

migo. Ahora que queó la casa en silencio, hacen días que no salgo a dar güelta a los potrero, así que me ensilla la yegua colorá pa ir a dar güelta a los potrero.

—Muy bien.

—Bien di alba voy a venir.

Dijo el compadre pobre: “Aquí voy a tener la di ocho. Ante qui aclare voy a pillar el potro colorao y con la mesma ropa voy amarrar la vieja en el potro”. Amarró la vieja en el potro, y en seguía agarró un palo y lu amarró en las mano ‘e la vieja. Así es qui andaba la vieja di a caallo con un palo en las mano. Al otro día le ensilla al compadre rico y se va tempranito a dar güelta los potrero al campo. Llega al potrero, y abre la puerta a la entrá de la montaña y empieza a bajar las vara. Empezó a relichar la yegua, la oye el potro, y se viene onde está el compadre sacando la vara, y ve el compadre rico a la vieja en el potro con un palo en la mano y se va pa las casa apretando y gritando que la vieja lo iba apaliarlo. Se va onde el compadre pobre avisale.

—Fíjese que mi madre anda agraviá, tenía deseo di andar a caallo y ahora anda a caallo con un palo pa pegarme.

—¡De veras, pues, compadre! Por eso está agraviá: tenía deseo de montar a caallo. Ahora tiene que ejarla pa que se le quite el agravio.

Ahora anduvo la vieja dos día con un palo. El compadre rico no si atrevía a salir, le tenía mieo a la vieja que no juese apaliarlo. Hasta que cumplió la vieja dos día di a caallo jue el compadre pobre a enterrarla. “Ahora sí que la voy a enterrar”, dijo; “ya le saqué una punta de peso a mi compadre”. La vieja no golvió porque la enterró.

El compadre pobre queó rico con la mesma plata que el compadre rico li había pagao. El compadre rico, por avariento, empezó a empobrecer y verse pobre hasta que murió.

Por eso es malo ser avariento.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

Esta era una niña muy santurrona. Iba a misa toos los día ‘e Dioh. En ese convento asistían cuatro padrecito, tres jóvene y uno bien vejancón ya, los tres jóvene interesao a la niña.

Así que meses van, meses vienen, la vinieron a ver a la niña. Los

citó la niña noche por medio. Una noche jue uno. En cuanto llegó, la niña lu entró a una pieza, en seguía lo mató. A l' otra noche jue el otro. También la niña lo mató. A l' otra noche jue el otro. También la niña lo mató.

En teniendo los tres frailes muerto, la niña salió apesará, que cómo los podía mandar a matar lejo. Taba un día pará en la puerta 'e su casa una mañana. Va Pegro Urdimale. Viendo Pegro esta niña tan simpática, se dirigió onde ella.

—Güenos día, señorita.

Y la principió a empalicar. La señorita le dijo:

—Está muy bien, pero si mi aceuta lo que yo le voy a decir.

—¡Cómo no, señorita! —le dijo Pegro—. Lo qui a mi pecho dentro no sale nunca.

—Mire —le dijo—, venga ahora a l' oración.

A l' oración volvió Pegro. La niña le tiene un fraile en una pieza.

—Mire —le dijo la niña—; si usted me va a botar este fraile onde naide lo vea, yo me casó con usted.

—¡Cómo no, señorita! —le dijo—. Déme un saco usted.

Le dio un saco la niña enmediatamente. Agarró Pegro su fraile, lo plantó dentro 'el saco, y lo tomó al hombro y cortó para al río. Onde estaba el risco máh alto, ai si allegó Pegro y lo botó. Tuvo un rato Pegro oservando si subía el fraile. No subió. Entonce dijo Pegro:

—¡La niña es mía!

Mientras llegaba Pegro a la casa, la niña le tiene el otro fraile ahí mesmo. Llegó Pegro y tocó la puerta. Salió la niña.

—¿Qui hubo? ¿Lo botó?

—Sí —le dijo—, señorita; onde estaba máh alto el risco lo boté.

—Mire, venga a ver.

Jue Pegro a ver.

—¿Y este padre hijo 'e la grande puta cómo salió? ¿Tiene otro saco?

—Sí tengo.

—Emprésteme otro saco.

Agarró su fraile y se lo plantó al hombro. Llegó al risco, le echó tres piedra al saco, y lu amarró bien amarrao y lu echó abajo. Quedó Pegro oservando a ver si podía subir el fraile. Visto que no subió, se jue Pegro. Llegó a la casa y tocó la puerta. Salió la niña enmediatamente.

—¿Y lo botó? —le dijo la niña.

—Sí —le dijo.

—¡Mire, venga a verlo, mire ónde está!

Dentro Pegro y va a ver.

—¿Y este fraile cómo salió, siendo que lu eché al río con tres piedra dentro 'el saco? ¿Tiene algún hacha, señorita?

—Sí tengo.

—Empréstemela. Ya no lo voy a echar máh al río.

Tomó su hacha Pegro, agarró su hacha y se lo plantó al hombro. Llegó a un roce muy lindo. Principió Pegro a trozar madera, agarró su fraile y lo botó. Y le principia a echar madera encima. Estando con harta madera encima el pobre fraile, li allegó fuego. Cuando principió a arder el fuegón, le echó más madera al fuego. Mientra más madera, mucho máh ardía. Y di ai Pegro tomó su hacha y principió a andar en contorno por el fuegón si en caso salía el fraile, para agarrarlo a mochazo. Ya el fuegón se jue terminando. A Pegro lo jue venciendo el sueño. Tanto jue el sueño, se tendió Pegro y se queó dormío. Lo pilló el sueño a Pegro que no recordó.

En eso el padrecito que estaba en el convento ensilló y salió a buscar una vaca. Se derigió a ese roce a buscar su vaca. A lo que llegó al roce, devisó el fuego el padrecito. Llegó el padrecito, si allegó al fuegón, pilló a Pegro durmiendo de espalda. Le principia a hablar el padrecito a Pegro:

—Pegro, ico, ¿no mi has visto mi vaca?

Pegro, como estaba en un profundo sueño, no li oía. Tanto que li hablaba el padrecito a Pegro, recordó con su hacha al lao. Recordó Pegro asustao, y lo miró y lo conoció que era el fraile. Se para Pegro a grande priesa y tomó su hacha. Le carga al padre.

—¡Padre, hijo di una grande puta! ¡Te jui a quemar y te salite!

Y carga al fraile, en parte que ya lu alcanzaba, en parte que nu lu alcanzaba. Así que se salvó el pobre fraile a uñas de caballo. No más que hizo llegar a su convento, se encerró. Pegro se devolvió a su mesmo fuegón y dijo:

—¿Cómo voy a engañar esta niña, cuando el fraile va a tener que llegar onde ella? Mejor de que me voy a ir pa mi casa. Nunca más voy a volver onde la niña. Yo l' hacha me la llevo, con l' hacha me pago mi trabajo.

Así que Pegro se jue con l' hacha y con l' hacha se pagó su trabajo. Y ai se determinó.

LOS TRES FRAILES

Había una vez tres frailes que estaban enamorados de una señora. Tanto la molestaban que le contó a su marido lo que sucedía. Los esposos se pusieron de acuerdo para librarse de los frailes. El marido le dijo a su mujer que los invitara una noche, a uno a las diez, al otro a las once y al tercero a las doce, y que él se quedaría observando desde una esquina de la calle. Abrieron para consumir la obra un hoyo debajo de la cama y lo llenaron con agua.

La mujer hizo la invitación. Los frailes fueron llegando sucesivamente, la mujer los hizo desnudarse y, cuando el marido se acercaba, los escondía debajo de la cama, caían al hoyo y se ahogaban.

Marido y mujer amontonaron los cadáveres en un rincón del dormitorio. Pasó luego Pedro por la calle, lo llamaron y le ofrecieron buena paga para que fuera a enterrar un cura. Pedro aceptó y lo fue a enterrar no lejos de la casa. Cuando regresó a casa, se encontró con un cadáver y, creyendo a los esposos que ése era el cadáver del mismo cura, lo llevó a enterrar un poco más lejos. Sucedió lo mismo. Al tercer cura lo llevó mucho más lejos, pero esta vez lo enterró a flor de tierra, echó leña encima y le prendió fuego. Al amanecer Pedro vio venir un cura montado en un burro y, cuando se acercó a calentarse a la orilla del fuego, lo mató a palos.

En recompensa recibió Pedro una bolsa con plata.

Mamiña, Tarapacá, VII-1958.

Resumen de un relato de LUIS SAAVEDRA.

PEIRO ULIMAN

Andaba haciendo lesa a la gente. El se pilla too lo que había. Entonce en la ciudá él pilla una laucha blanca, ei vino y la enjauló en una jaula de oro, y pasó a una casa de una niña muy güena moza que no la hacía lesa naide y Peiro no hallaba cómo hacerla lesa. Entonce viene y le manda guardar la laucha con la jaula. La niña por novedosa jue abrir la jaula y la laucha se le jue. Al otro día él viene a buscar su laucha.

—¿Y ahora no sabís, Peiro —le dice— que el animalito que me mandó guardar me le jue?

—Me lo paga —le dijo Peiro.

—Mira —le dijo ella—; si tú me guardái un secreto, yo me caso contigo. Mañana —le dijo— venís para acá. Mira, Peiro —le dijo—; ven pa acá, dentro a la pieza y hay un fraile tirao, muerto. Si acaso me lo entierrah y naide sabe, yo me caso contigo.

Al otro día lo agarró al fraile a enterralo. Cuando lo enterró, trajo las noticia.

—¿Lo enterraste bien enterrao, Peiro?

El le dice que sí.

—Vení para acá, Peiro. ¿Cómo ijiste que lo habíai enterrao bien enterrao y está aquí?

—Entonce éste lo voy a enterrar con la cabeza pa abajo.

Cuando ya volvió de onde lo enterró, se dirigió a la casa de la niña.

—¿Cómo te jue, Peiro?

—Muy bien; ahí lo enterré.

Entonce le dijo:

—Ven para acá, Peiro; entremos pa la pieza.

Taba onde mismo taba el otro fraile.

—¡Caramba! —dijo—; éste voy a quemalo.

Haciéndole el juego estaba, y echándolo al juego y estaba echándole más leña a juego, cuando mira pa un lao y va un fraile a caballo en una mula:

—¡Hijuna grandísima, te salite!

Y lo sigue de atráh y si no arranca el cura tan juerte tamién que lo planta al juego. Y se dirigió a la casa de la niña, diciéndole que el fraile se le había mandao a cambiar en una mula.

—Perdite tu casamiento, pues, Peiro, perdite la jaula de oro y la laucha tamién.

Y terminó el cuento y lo hizo lesa la mujer.

Pedro Urdimal, cuando andaba por el mundo engañando gente, se encontró con una viuda que se li había muerto el marío. Entonce

la viuda tenía muchas ganas de saber del marío, desiaba mucho quién iba pal cielo, pa mandale cosas, ropa, fiembres que comer pa la otra vía.

Entonce supo Pedro Urdimal, pasó un día por la casa de ella a gritos:

—¿Qué quiere escribir pal cielo?

Entonce oyó la viuda. La señora mandó los niño a ver quién eh el qu' iba a gritos pa mandale cosas al papá de los niño. Mandó a los niño a ver quién eh el que lleva por ei el correo pal cielo. Entonce le ijo:

—¿Usted va pal cielo?

—Sí, señora. ¿Quiere mandar algo usted?

—Sí —le ijo—, quero mandale algo a mi marío.

Entonce vino la señora, pilló unos pavo, ropa, una bolsa de cosas pa mandale a su marío.

—Mañana le traigo la contesta —le ijo.

Contenta quedó la señora qu' iba a saber algo de su marío.

Se jue Pedro en la tarde.

Llegó un hijo que tenía la señora.

—¡Ay, hijo! En la tarde llegó un caallero qu' iba pal cielo. Le mandé muchas cosa a su papá yo.

—Parece que la hicieron lesa a usted, mamá.

—No, hijo —le ijo.

Se quedó la señora esperando.

Salió Pedro a andar contentazo por allá. Vendió la ropa. Con la plata vino, se compró una yegua. Se jue di a caallo. Pasó a una verdurera, se compró un zapallo. El zapallo estaba güeco, donde había una laúcha aentro comiéndose las pepa. Se jue con su zapallo dentro del saco por delante. Por allá por el camino se topó con un señor español.

—¿Qué lleva ahí, amigo? —le ijo.

—¡Ah, señor! Aquí lleo el güeco de mi yegua.

—¿Qué se da bonito el güeco de su yegua!

—Sí, señor; es muy lindo; va a tener un potrillito muy lindo.

Le ijo:

—¿No quería venderlo, hombre?

—¿Cómo no, señor! Se lo vendo.

—¿Quiere mil peso por él?

—¿Cómo no! —le ijo—. Pase pa acá no máh. Tiene que llevarlo con mucho cuidao —le ijo.

Se jue Pedro Urdimal contento con los mil peso. Y el caallero español iba con mucho cuidao con el güeco pa nu hacerlo tira, porque

lo va a conservar mucho. ¡El potrillito muy lindo que iba a tener! En tanto acomodado que iba, se le cayó el güeo, se le partió y salió la laúcha corriendo.

—¡Atájeme el potrillito, hombre, que se me va!

¡Cuándo iban a atajar la laúcha que iba arrancando! Se le metió la laúcha al monte. Perdió el potrillito.

Pedro por allá, li había dao hambre. Compró unas longaniza.

—Oiga, señor, ¿no me puede dar un papelito como si hacen éstas?

Le dio un papel. Se jue Pedro Urdimal. Máh allá ijo:

—Máh allá me las voy a servir.

Le bajaron gana, se bajó los pantalone, dejó a un laíto las longaniza.

—No te las lleví, que no sabí cómo se comen. Yo te tengo el pape-lito aquí. El perro no le hizo juicio. Llegó, se las llevó, se las comió no más.

Se jue Pedro. Por el camino se encontró un granito de maí. Llegó Pedro, agarró el granito de maí, se lu echó a las cartera, se jue con él.

Llegó a una casa alojar. Le dieron alojamiento. Le ijo a la señora que le guardara el grano de maí. Llegó la señora, lo dejó por ahí no más. Llegó una polla, vino, le comió el granito de maí. Pedro al otro día le ijo que le entregara el granito de maí.

—¡Se lo comió la polla!

—La polla me lleo.

Tuvieron que darle la polla.

Máh allá pasó a una casa que le dieran alojamiento otra ve, que le guardaran la pollita. Al otro día la pollita se jue a escarvar donde estaba una vaca comiendo paja. La vaca le dio una patá. Mató la vaca a la polla. Al otro día:

—Vengo a uscar mi polla.

—La vaca la mató.

—Entonce me lleo la vaca.

Le dieron la vaca. Cortó con su vaca arriando. Por allá pasó. Pidió alojamiento, que le guardaran la vaca.

Entonce en la noche había una niña en la casa. Se le puso comerle la lengua a la vaca. Mataron la vaca. Se comieron la lengua. Al otro día pidió la vaca.

—Me lleo la niña, pues —le ijo.

Se jue con la niña dentro di un saco. Por allá pasó a una casa di una señora veterana. Mandó guardar el saquito muy oculto. Vino la señora, desató el saco y encuentra la niña dentro.

—¿Y usted qué está haciendo aquí, hijita?

Le contó el suceso ella.

—Váyase pa su casa no máh, hijita —le ijo.

Vino la señora, tenía una perra, se la echó dentro del saco. Li amarró el saco. Entonce le ijo él:

—Señora, vengo a uscar el saquito que le mandé guardar.

—¡Cómo no! Ahí está.

Vino Pedro, se echó el saquito al hombro. Se jue Pedro. Por el camino se le enoja la perra, comenzó a gruñirle gr, r, r.

—Mi hijita, no vaya enojá —le ijo—. Máh allá le voy a dar pan con queso.

—Gr, r, r —decía la perra.

Máh allá entonce, al llegar a un despacho, compró harto pan con queso y salió a caminar. Entonce viene Pedro, abrió el saco y jue a darle pan con queso a la niña. Sale la perra y lo mordió, y arrancó la perra. Ahí quedó Pedro.

Entonce es que ijo Pedro:

—¿Y ahora qué voy a hacé pa sacarme el clao? Ya me hicieron lesa. Se jue Pedro.

—Tengo que sacarme el clao por ahí no más —dijo.

Pasa por un convento donde habían tres cura.

Habían tres biata qui habían muerto a los tres cura las biata. Querían casarse con elloh. Entonce lo llaman a Pedro:

—Oye, Pedro, vení —le ijeron—. Te pagamos bien pagao, con tal que noh hagah un trabajo bien oculto. ¿Por qué no vah a enterrar este cura que matamo a escondía? Nu hallamos qui hacelos con él.

—¡Cómo no! —le ijo.

Entonce jue en la noche Pedro, hizo un hoyo bien hondo y enterró al cura muy hondazo que no saliera.

Al otro día llegó tempranito Pedro donde estaban las biata que le pagaran.

—¿Qui hubo, Pedro? ¿Lu enterraste?

—Sí. Hice un hoyo muy reondo; lu enterré.

Entonce le ijeron:

—¡Mira, Pedro, cómo está aquí!

Estaba el cura paraíto detrás de la puerta.

—¿Qué no te enterré, que estái aquí? Soi' muy reporfiao vo. ¡A ver acaso ahora te vai a salir!

Se lo llevó. Le colgó hartas piedras del cogote, bien amarrá. Lo tiró al río.

Entonce se jue Pedro que le pagaran.

—¡Ahora sí que no sale más!

Le puso hartas piedra. Estuvo harto aguaitándolo.

—No salió nunca —les dijo.

Entonce le ijeron:

—¿No si habrá venío, Pedro?

—¡Qué se va a venir!

Vamoh a verlo.

Estaba el otro detracito de la puerta.

—¡No ves cómo se vino!

—¿Y te golviste a venir? ¡A ver si vai a venir ahora!

Se jue al cerro. Estuvo too un día juntando leña en el cerro, hastas carretá 'e leña. Y se jue en la noche. Hizo el juego a l' orilla di un camino. Estaba el juego prendío, agarró el cura y lu echó al juego y prencipió a echarle leña. Le echó leña toa la noche ahí que se quemara el cura.

Al otro día estaba aclarando, ¡y juntar leña no más pa que se quemara el cura! Taba la ceniza no más. Cuando vuelve con un atao 'e leña, toca que venía un cura di un convento en un macho a una confisión, encontró el juego, se puso a calentarse en el juego ahí. Entonce llega Pedro, le ijo:

—¡Te golviste a salir, ahora a caallo aquí! Y pesca al cura y principia a tirarlo al juego. Y el cura, too quemao, pesca su caallo y arranca pa su convento. Se devolió. Y Pedro a la siga de él, palo y palo con el cura. Y llegó al mesmo convento. Allá salió el sacristán. Agarraron a paloh a Pedro, lu apaliaron y tuvo qu' irse. Se jue Pedro too apaliao.

—¡Qué voy a ir a cobrar ahora, cuando el cura me le jue!

Entonce jue cuando se cabrió Pedro. Lu hicieron leso las biata.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

201

PEDRO URDEMALES

Esa era una vieja que tenía una hija y la vieja guardaba una bolsa con charqui machucado en los diagonales del cuarto. La guardaba pa el mes de mayo pa comésela y la niña le preguntaba:

—¿Pa quién eh esa bolsita con charqui, mamita?

—Esa bolsita con charqui es pa ño Mayo —le ijo la vieja.

Entonce llegó a oío de Pedro Urdemale y la niña etaba toavía *matecito*. Entonce ijo Pedro Urdemale: "Yo tengo que mamame la

niña no máh. Y un día que la vieja salió a comprar, esperó que se perdiera en la güelta de una esquina, y golpió la puerta y salió la niña.

—¿Cómo le va, señorita? —le ijo Pedro—. ¿Y su mamita?

—Recién acaba de salir, señor, al mercao.

—Y yo que venía tan apurao a buscarla, señorita —le ijo.

—Pase para entro, joven, espérela un momentito.

La esperó un momento.

—Yo ando muy apurao, señorita; me voy a ir. ¡Adiós, pues, señorita! Cuando llegue su mamita, le ice que venía tan apurao a buscarla y no la encontré. ¡Adiós, señorita!

—¡Ay, joven! ¿Y cómo se llama usted?

—Yo me llamo ño Mayo.

—Entonce pa usted es la bolsita con charqui que tiene mi mamita en el techo del cuarto, entonce yo se la entrego, señor; mi mamita me ha dicho que es pa ño Mayo.

—Si me hace el servicio —vío que estaba tan alta la bolsa—, ¿no tiene una escalera?

—Sí —le ijo—, no tengo, pero hay un cordel.

Entonce viene ño Mayo y tiró el cordel arriba, y se sacó los pantalone y queó bien pelao. Entonce le colgaba una cosa, entonce la niña le ijo:

—¿Qué eh eso que le cuelga, ño Mayo?

—Eso eh una virtù que yo tengo —le ijo ño Mayo.

—¿Y por qué no me da un poquito a mí?

—¡Cómo no, pues, señorita! —le ijo ño Mayo—. Venga pa acá, pa la cama y sáquese los calzone.

Y al fin le dio la virtù.

—¡Ayayaicito, ño Mayo! —le icía la niña.

—Téngale sosegaita, pues, señorita, para que tenga toa la virtù.

Y la niña se desmayó y ño Mayo partió con la bolsa con charqui. Cuando llegó la vieja, halló a la niña sentá en la cama llorando.

—¿Qué lo que te pasa, niña?

—¿Qué no ve qui aquí vino ño Mayo a llevar la bolsa con charqui?

—¿Y cómo la sacó? —le ijo la vieja.

—Tiró ese cordel pa arriba, toavía el cordel ahí, y se sacó los pantalone, y le colgaba una cosa, y yo le ije qué era ésa, y dijo que era una virtù que tenía, y me dio ¡y mire cómo me ha dejao, mamita! —le ijo la niña llorando.

—Este ha sío Pedro Urdemale —ijo la vieja.

Y se jue a buscarlo. En una esquina estaba Pedro Urdemale echán-

dose viento.

—¡Ay, señor! —le ijo—. ¿Me ha visto pasar a un hombre con una bolsita con charqui?

—Recién pasa, señora, por aquí.

Entonce Pedro Urdemale se jue a l' otra esquina, y se bajó los pantalone y se puso poto arriba.

—¿Qué está haciendo aquí, señor? —le ijo la vieja.

—Arriba estoy agarrando viento con el culo, señora, pa alcanzar un mañoso que me robó doscientos peso.

—¡Qué güeno sería agarrar viento con el culo pa alcanzar un mañoso que me robó una bolsita con charqui!

—Póngase elantito de mí, señora, y bájese los calzone.

Y al ver aquella maravilla, Pedro Urdemale lijerito no más se armó. Entonce empezó Pedro Urdemale:

—¡Ya güelo, ya güelo!

—Y yo ni gana 'e volar tengo, señor —le ijo la vieja.

—¡Cómo va a volar usted, pues, señora, cuando usted tiene dos portillo! Por uno se le entra el viento y por el otro se le sale. ¿Quere que le tape uno, señora?

—Güeno, pues, señor, si me hace el servicio —le ijo la vieja.

—Le voy a tapar el más bocón, señora.

Y al tiro se esocupó Pedro Urdemale.

—¡Yo, yo volé!

Y la vieja siguió haciendo ademane para volar y la hallaron los niño y policía.

—¿Qué estáh haciendo, vieja escandalosa?

—Agarrando viento con el culo pa alcanzar un mañoso que me robó doscientos peso.

La agarraron a palo que casi la mataron.

Este era un rey que tenía una hija que no la dejaba salir nunca, la manijaba bajo siete llave. Andaban un día dos príncipes conversando en la plaza que cómo podrían conversar con la princesita. Entonce

Pedro oyó la conversación y les dijo:

—¿Toa esa es la dificultá que ustées tienen?

—Sí, Pedro —le dijeron.

—Yo voy esta mesma noche y duermo con ella.

Hicieron la apuesta, de quinientos peso jue la apuesta que hicieron. Pegro enmediatamente se jue a una cordillera, tomó cien zorra y se jue a una herrería, mandó hacer cien cencerro, le puso cencerro a toíta. Dicho rey tenía un avenal muy lindo. Pegro a la oracioncita llegó onde el rey, le pasó a echar las cien zorrah al avenal. Llegó onde el rey, le tocó el timbre. Salió el rey.

—¿Qué necesita, Pegro? —le dijo.

—Le paso a icir que hay un piño 'e yeguah en su avenal.

—Anda, sácala, Pegro.

—No puedo ir porque voy muy apurao; mi mamá está muy grave.

El rey que entra pa entro y Pegro que se mete pa debajo 'e la casa. El rey le dijo a la hija:

—No le abras la puerta a naide, mientras no te digan: "Orégano".

Entonce el rey montó en su caballo y jue a sacar la yegua a su avenal. Sale Pegro y le toca la puerta a la niña:

—¡Orégano! —le dijo.

Le abrió la puerta la niña. Dentró Pegro para dentro. Entonce le dijo la niña:

—Usté no es mi papá.

—No, señorita; paso onde usté pa que me haga el servicio que me cuesa una camisa.

—Este trabajo no lo sé, porque mi papá no quere que aprenda ningún trabajo.

—Me almiro que no sepa usté este trabajo, siendo tan fácil.

—¿Y usté sabe coser?

—Sí sé —le dijo él.

—Enséñeme, entonce, ya que usté sabe coser.

Se cerraron a coser, échale a coser, échale a coser. Ya Pegro se aburrió 'e tanto coser y le dijo:

—Se acabó el hilo.

Entonce ella estiró la mano y le tentó los doh ovillos d' hilo enterito toavía.

—Me almiro que los doh ovilloh estén enterito y no me quere enseñar a coser máh.

Entonce le dijo Pegro:

—Veremos modo si puede dar máh hebra a la aguja.

Prencipiaron a coser de nuevo. El rey se aburría tanto de tocar la

puerta. No podía decir: "Orégano". Al cabo se acordó, se fue onde una comadre el rey.

—Comadre, ¿qué eh eso que se le echa a l' olla refregaíto?

—¿Será cilantro, compadre? ¿Será mastuerzo?

—No, comadre.

—¿Será orégano?

—Eso es, comadre.

Se fue pa su casa diciendo: "Orégano, orégano". A la llegó 'e su casa trompezó su caballo, renegó el rey y se olvidó de decir "orégano", y di ai mesmo se volvió pa onde la comadre.

—Comadre, ¿qué eh eso que se echa a l' olla refregaíto?

—Orégano, compadre.

Volvió a trompezar el caballo el rey, se volvió a olvidar. Di ai mesmo volvió pa onde la comadre.

—Comadre, ¿qué eh eso que se echa a l' olla refregaíto?

—Orégano, compadre.

Se fue otra vez el rey diciendo: "Orégano, orégano". Ya el día claro llegó a su casa, tocó a la puerta:

—¡Orégano!

Salió la niña inmediatamente.

—Ahora sí, papá, ahora sé coser. Pegro me enseñó a coser por aquí.

—¡Cúbret', hija por Dioh!

Así se determinó el cuento. Así que Pegro tuvo que esperar el tiempo que tenga su nene la princesita. Llegó a oído de los príncipe. Entonces se vieron obligao a pagarle la apuesta a Pegro. Le pagaron su apuesta a Pegro.

Y se terminó el cuento.

Ignao, Valdivia, 1951.

FRANCISCO CORONADO.

COMINILLO

Una vez habían dos jóvenes mirando sobre un pueblo lindo onde se encontraban en un' esquinita.

Había un anciano que tenía una simpática niña muy donosita. Este caballero, el dueño de casa, no dejaba que entrara nadien aquí. Una cerca bien cerrá tenía el veterano.

—Mire, compañero —le dijo el uno al otro—; yo que esta noche

tengo que dormir con la Julana.

—¿Cómo, cuando el hombre es tan serio, el dueño 'e casa?

—Duermo con ella y duermo con ella.

Hicieron una apuesta bien grande.

—¡Ya 'stá! ¡Aquí vamo a ver!

Vino, se cambió ropa el caballero jovencito, muy simpático, se puso un sombrerito, una chupallita, y unos zapatitos toos chueco y unos pantaloncito de mala muerte, con un saquito al hombre, de estos saquitos viejos, rotito. Y llegó allá onde estaba el dueño 'e casa, el delicaio, a la simpática niña llamada Margarita.

Entonce cuando viene, le dice:

—Hombre, ¿pa ónde va usté?

—Taitita, vengo por aquí que me dé alojamiento; mi casa está muy lejaza pa allá.

—Es tontito —dijo él—; hija, es tontito.

—Güenas tardes, taitita.

—Güenas tarde, hijito. Pase pa acá. Margarita —le dijo entonce—, ¿le quedó algo de la comiita?

—Sí, taitita, sí quea.

Le dio al tontito. El comía y le pegaba la mirá a la niña muy simpática el tontito. Ya tuvo un gran rato. En la tarde viene, y había muerto un chancho el dueño 'e casa:

—¿Y esta coha tan boñicha que tiene aquí, taitita?

—Este es Dioh, hijito.

—¡Dioh! ¡Ay! ¡Qué bonito está ahí! ¡Dios pelaíto está!

—¿Y cómo se llama usté, mi hijito?

—Yo me llamo Cominillo, taitita.

Tenía un rebaño de oveja el dueño 'e casa y había un trigo que estaba granando.

—Aquí va a hacer su camita, hijito —le dice—, Cominillo, aquí en la cocinita.

Le llevó unos saquitos, unos cueritos pa que se abrigara.

Cuando viene este caballero, el tontito éste, abrió la puerta 'el corral y li abrió un portillito pa entro del trigo. Cuando ya estaban las oveja la balería no más, como cincuenta oveja. Cuando viene, planta el grito:

—¡Taitita, taitita! ¡Las cabezona iguana tan en lo mejor de lo verde! ¡Las cabezona iguana se jueron a lo verde, taitita!

No decía na oveja, le decía iguana.

—¡Las oveja, hijita! —le dijo entonce.

Cuando viene el caballero:

—Ven, mi hijito, Cominillo; haga la camita aentro 'e la puerta aquí. Mientras no lo nombre por su nombre, no li abra la puerta a naiden.

—¡Lo que quiso el gallo, pues, mi amigo! Ligerito:

—Oiga; haré las vece de su taitita ahora yo.

—Venga no más —le dijo la niña.

Ai comenzaron.

Y el dueño 'e casa se mojó hast' el gollete bien mojado. En esto donde estaban las ovejas que las tenía en el corral, se li olvida el nombre cómo li había dicho.

—Oiga —le dijo—, rastrillo.

¿L' iba a contestar el otro?

Había una comadre que li había dao un remedio mucho tiempo atrás, que vivía juera del pueblo, tenía qui andar como dos kilómetros pa llegar onde estaba ella. El viejito en calzoncillo, y a cabeza pelá y en camisita, corriendo este dicho caballero aonde la comadre.

—¡Tac, tac! (El narrador da dos golpes sobre la mesa).

—¿Quién es?

—Yo, comadre. ¿Se recuerda cuando me dio el remedio tal tiempo?

—¿Y qui anda haciendo, cuando son como la una de la mañana, compadre? —le dijo la veterana.

—¿Qué remedio me dio ha tiempo que se llama color de rastrillo? Recorrió la memoria la señora.

—Compadre —le dijo—, es cominillo.

—Eso mismo, comadre. Hasta mañana, comadrita.

Cuando se lah envela el torito:

—¡Cominillo, cominillo, cominillo, cominillo cominillo, cominillo! —el medio trote—, ¡cominillo, cominillo!

Cuando al frente están los caballeros que li habían hecho la apuesta al otro joven, y se planta el golpe, una trampa li habían puesto, y se li olvida.

—Voy a volverme pa atráh onde esta comadre otra vez; güeno, se me olvidó.

Tuvo que volverse pa atrás. Llegó allá onde la comadre otra vez.

—¿Qué le dolió, compadre? ¡Pero, compadre, toa la noche en busca 'e remedio! Diga: "cominillo".

—Sí. ¡Cominillo, cominillo!

Y así qui anduvo despacio. Llegó allá. Cuando siente el rufo, se lanzó pa acá onde estaba él y se ganó en la ropita de él.

—Mira, Cominillo; ábreme la puerta.

—¡Ay, taitita! ¡Qué li haya hecho! nohotro lo estábamo esperando,

que no li había abierto porque no me decía mi nombre. Güeno, ahora me voy, pues, taitita. M' iré con Dios, pues, taitita.

—Güeno, váyase con Dios.

Vino, agarró el gallo el chanco al hombro y cortó.

—Oiga, hijita —le decía—; vamo a comer harto sopaipilla, va a sacar tocino y harta riñoná, y vamo a comer sopaipilla fritita.

—¡Pero, taitita! —le dijo la niña.

Cuando se levanta la niña primero, trasnochao si había quedao dormío, cuando no vio na el chanco:

—Oiga —le dijo—; el chanco no está na aquí.

—¿Cómo no va a estar?

—No.

—¡Este tonto hij' una gran punta mi ha llevao el chanco!

—¿Pero para qué le dijo que se juera con Dios? ¿No le dijo que era Dioh este chanco? Se jue con chanco y too.

—¡Benhaiga! ¡Nunca más voy a ser tan delicaoyol! —dijo.

Partió el cristiano lo más tranquilo. Era el compañero él de la chiquilla en la noche.

El joven ganó la apuesta. Y se comieron el chanco.

Es el cuento de Cominillo.

Había un caballero que tenía dos hijas y tenía un fundo lejo de onde vivía. Un día dijo:

—Voy a ir a mi fundo, pero no tengo a quién dejar. Mañana voy a la ciudadá a buscar un mozo.

Le preparó la señora las prevenciones con pan y queso. Al otro día tenía que salir tempranito, y ensilló una yegua y se fue. Ante de llegar a la ciudadá encontró a uno y le dijo:

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, patrón. ¿Para dónde va usted, patrón?

—Voy a la ciudadá a buscarme un mozo.

—¿Y no me pudiera recibir a mí?

—¡Cómo no! ¿Cóme te llamas?

—Yo me llamo Pedro —le dijo.

—Ya, sube a caballo.

Lo llevó al anca. De mucho que habían andao al caballero le dio hambre. Se desmontaron y bajaron las prevenciones. Allí el caballero sacó pan y queso; se comenzaron a servir. En eso que están comiendo, a la yegua se le antojó de miar. Una vez que terminó de miar la yegua, el caballero le preguntó al mozo que llevaba:

—¿Qué es eso, hijo? —cuando la yegua estaba con la cola levantada.

—¡Ay, patroncito! —le dijo—. Eso es concha.

—Ándate a cambiar.

Se jue pa su casa el caballero. El quería pillar una persona inocente que no supiera ninguna cosa. Al otro día, cuando la señora le tenía todo listo para salir a encontrar un mozo, lo mismo le preparó.

Entonce Pedro jue, y se raspó un poco más y se cambió de colores. Al otro día se golvió a presentar al caballero. Entonce le comenzó a hacer preguntas el caballero:

—¿Cómo te llamas?

—Angelito me llamo yo.

—¿No te quierh ir conmigo?

—¡Cómo no, patroncito!

Luego se subió al anca. Llegaron al mismo lugar del día anterior a comer de lo que llevaban. Comiendo estaban, se le antojó de miar a la yegua. Terminada la miada, le preuntó el patrón al mozo:

—¿Qué cosa es eso, Angelito?

—¡Ay, patroncito! ¡Cuco, patrón!

Ai mismo ataron sus prevenciones y se jueron.

Llegó el caballero con Angelito a su casa. Le entregaron las llaves.

Al otro día salió el caballero con su señora a recorrer los otros fundos. Y Angelito quedó con las dos niñas. Ya hacían diez días que el caballero andaba en sus fundos. Un día Angelito se paró en la puerta mostrando el angelito, despertó la curiosidad de las niñas y, después de aprovecharse de ellas, abandonó la casa.

Un rico necesitaba un ovejero y, como Pedro Urdemales estaba sin pega, vino Pedro Urdemales se empleó de ovejero. Y en la casa onde estaba el futre había una tontita. Y él cuidando su rebaño, precisamen-

te mandaba a la tontita a dejarle desayuno, l' almuerzo, la oncé, y él sentao en una piedra. Y esto fue tanto que Pedro Urdemale, como necesitaba de hembra, echó mano al marrueco, sacó su niño y lo echó pa fuera. Llegó la tontita y le dijo:

—¿Qué lo que tenfí ahí, Pedro?

—Eh un muñeco —le dijo.

—¿Me lo regalái a mí?

—¡Cómo no! —le dijo Pedro a la tontita.

Y se lo regaló. Fue tanto lo que le gustó el muñeco que todos los días le iba a dejar el almuerzo. Ya un día Pedro taba cabriao de regalárselo todos los días, le dijo:

—Toma, aquí tenís tu muñeco.

Viene, y se lo pasa y guardó el negocio. Entonce ella comenzó a buscarlo. —¿Adónde está mi muñeco? ¿Adónde está mi muñeco?

No podía encontrarlo. Se le perdió el muñeco, quedó llorando. ¡No iban pasando dos carretas costinas con carbón! Entonce paran los bueye y entonce a uno le dio deseo de orinar, se abrió el marrueco, se sacó su negocio y se puso a mirar. Entonce viene la tontita, como estaba cerca de los carretero, y lo queda mirando. ¡No conoce el muñeco! Entonce viene, y va y le dice:

—Esto es lo que yo andaba buscando y no lo podía encontrar.

—¿Y qué se le perdió, señorita?

—¡Mi muñeco! ¡Mi muñeco!

Entonce él viene, se da media vuelta:

—¿Adónde está el muñeco?

—Aquí está mi muñeco.

Viene la cabra, y pesca el muñeco y sale con el carretero a la rastro. ¡Sí era el muñeco de ellal! Lo encontró.

Y aquí se terminó.

Había un padre que tenía tres hijas muy bonitas y escondidas para que nadie las viera, hacía apuesta que a sus hijas nadie las iba a tocar jamás.

Llega un día una mujer para tener familia, disfrazada que iba a tener familia. Golpea grandemente una casona en la cual vivía el señor con sus tres hijas. Y al rato le salen a abrir. Una voz compungida pide alojamiento, que se siente mal. La hija mayor va pedirle permiso al padre para entrar a una pobre mujer que va a tener familia, que está sola y necesita ayuda para mejorarse. El padre, todo meticuloso, va, ve que es una mujer que está gorda y le da autorización para que la deje entrar, y le dice:

—Bueno, esta noche puede dormir contigo para que tú la atiendas en los primeros auxilios.

Y va hija mayor y le da alojamiento en la cama de ella. Le dice:

—Mire; en mi pieza tengo una cama, vamos a dormir juntas. Cuando se sienta mal, me avisa para yo empezar a socorrerla, a ayudarla en su trance.

Se acuesta la señora al lado de la niña. Cuando a la medianoche descubre la hija del dueño de casa que no es mujer la que va en estado interesante, sino que es un hombre que va disfrazado de mujer, la cual abusa de ella. Entonce ella, pidiendo auxilio, dice:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! Ayúdeme! ¡Es hombre!

El papá, que era gran aficionado a la guitarra, que vivía tocando la guitarra, siente esto, entonce le contesta en la guitarra:

—¡Que San Juan le ponga el nombre!

Ya pasó la medianoche y dijo el padre:

—Ya la pobre mujer tuvo su hombre.

Cuando siente la voz de su hija segunda, que le dice:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! ¡Sí con las dos!

Y el padre, que seguía empecinado tocando la guitarra, le contesta:

—¡Que Juan de Dios le ponga el nombre! ¡Que Juan de Dios le ponga el nombre!

Seguía tocando la guitarra el padre. Ya al amanecer siente la voz de su tercera hija, que dice:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! ¡Sí ha sido con las tres!

—¡Ah! ¡Qué Fray Andrés le ponga el nombre! ¡Que Fray Andrés ponga el nombre!

Fue así cómo Pedro Urdemales se burló de tres hijas que tenía un señor muy bien guardadas.

PEDRO Y EL CURA

Había una vez, en un pueblo que había, un cura. Necesita un sacristán, pero que no se llamara Pedro. Pedro les pagó a todos los mozos pa que le dijeran que se llamaban Pedro. Entonces el cura lo tomó a él, porque no se llamaba así.

El cura le fue mostrando la casa. Lo entró al dormitorio y le preguntó:

—¿Cómo se llama esto?

—Catre, señor curita.

—No, hombre; esto se llama caramiscle y yo me llamo Pontemiscle.

¿Y esto que eh?

—Estos son zapato.

—No, pueh, hombre; estos son carabinate.

Pasaron después a la cocina. Le preguntó el cura:

—¿Cómo se llama esto?

—Agua.

—No; esto se llama clarencia. ¿Y esto?

—Esto es juego.

—Tampoco sabíh, hombre; esto es violencia.

Entonces pasó un gato y el cura le dijo que era un ave que casa rate. Se lo llevó a la bodega y le mostró los filitre, los filitroque y el bitoque, en vez de decirle arrollao, salchicha y paja.

Pedro le comenzó a hacer ponche. Le fue gustando y se curó el cura y se quedó dormío. Mientras dormía, él se fue a la bodega, pasó el gato, lo pescó, y le amarró un atao de chalah en la cola y le pegó juego. Entonces el gato disparó y se metió al pajero, y se formó un incendio. Entonces él se fue, y volvió, dijo:

Señor don Pontemiscle,
póngase sus carabitate
arriba de su caramiscle,
que el ave que caza rate
se ha vestido de violencia
y si no corre con clarencia
se quemarán los bitoque
y yo me llevo los filitre
y también los filitroque.

Una señora tenía un chanco y éste lo mató para mayo. Entonce llega un caballero haciéndose el inocente a la casa, le dijo al viejito dueño 'e casa:

—¿Qué es lo que tiene ahí colgao? ¿Cómo se llaman?

—Esas son chorrnillas —las longanizas.

—¿Y estas otras?

—Chorroquetas —los costillares.

—¿Y esta otra? —la caeza.

—Señor Mío Jesucristo.

—¿Me da alojamiento?

—Sí le puedo dar alojamiento, pero cama no hay, usté aloja aquí en la cocina.

—Güeno, yo alojo aquí a l' orilla 'el juego.

Entonce el tonto vino, en la mañana al venir el día bajó las longanizas, bajó los costillares, ¡je, je, je!, y ya no podía bajar máh.

—¡Adiós, pueh, ñior! —le icía—. Ya me voy.

Chorrnillas, chorroquetas,

toa aentro 'e mi costal.

Señor Mío Jesucristo

no lo llevo porque no lo puedo bajar

—Oye, hijo —le dijo la señora—, el tonto se va a llevar el chanco que tenemos para mayo.

—¿Qué? Del frío habla —le dijo entonce él—. ¿Qué va a hacer? ¿Qué lo va a llevar?

—¡Adiós, pues! —le icía.

Chorrnillas, chorroquetas,

toa aentro 'e mi costal.

Señor Mío Jesucristo

no lo llevo porque no lo puedo bajar

—Déjalo ai —le dijo.

Se mandó con su saco al hombro, partió, ¡je, je, je!, con too.

Al otro día se levanta él entonce, vamos mirando. Na había chanco na, puramente Señor Mío Jesucristo, era la cabeza. Porque estaba máh alta no la pudo bajar, no la llevó y se jue.

—¿No vis —le dijo [la vieja]—, como yo te dije, que el chanco se lo había llevao too el tonto? Too se lo llevó, no te levantaste.

—¡Pobre tonto! —le dijo—. ¡Qué se lo lleve! Era para mayo, qui haiga Ño Mayo.

Y se acabó el cuento.

LOS PIPÍOLILLOS

Dos pipiolilloh iban de Santiago pal Puerto. Por ahí se encontraron en el camino con un soldaíllo y le dijeron pa ónde ía. El les dijo qu' ía pal Puerto a buscar trabajo.

—Anda con nosotros —le dijeron—, te pagamoh el tiempo.

Por el camino pasaron a una casa a comprar pan y les regalaron una tortilla. Entonce le preuntaron a la dueña de la tortilla que cuánt costaba. Entonce le dijeron que no costaba na. Siguieron el camino, y máh acá pasaron a compra güevo y también se lo regalaron. Y en una cuesta se alojaron y le dijo:

—Vamoh hacer un juego para asar el güevo.

Uno le dijo:

—Sentate en las brasas del juego.

El otro le dijo:

—Rompiate el güevo.

Y el otro le dijo:

—Salate y escuerpiate.

—¿Y por qué te comite el güevo? —le dijo.

—Porque yo hablé máh en latín.

Al otro día salieron al camino. Llegaron a otra cuesta y hicieron a puesta de sol juego. En la noche dijeron:

—El que sueñe el sueño más bonito ése se come la tortilla.

Al otro día, cuando espertaron, le dijeron:

—¿Qué soñaste?

—Yo soñé comiendo lós lindos manjare.

—¿Y tú qué soñaste?

—Lo mimo, hombre, que vos soñaste.

—Entonce de ver que soñaron sueños tan bonitos, yo me comí la

tortilla —les dijo el gallo—, como ícái que en la maleta llevaban puros papele y no llevábai dinero. Y hasta aquí no más loh acompaño, porque ustees no llevan plata.

Olmúé, Valparaíso, 1954.

CLDOMIRO TURRO.

210

JUAN AROTE

Este era un obrero; él se llamaba Juan, y muy pobres sus mayores. Y él con ayuda de los vecino aprendió a conocer letrah y al mismo tiempo se dedicaba en las noche al estudio de la leyenda, en el día sus trabajo.

Se llegó el tiempo de que ya no jue oficial, sino que jue un maestro y ya puso un letrero en la puerta de su casa: "Zapatería moderna de la moda santiaguina". Ya comenzó a trabajar. Llegó un día un caballero a mandarle hacer un par de zapato. Luego él lo atendió, tomándole las medida.

—Y me lo va a tener pa la fecha que yo le diga.

—Muy bien, señor.

Pero llegó al extremo de que dijo que le dejara de pie. El caballero dejó cincuenta moneda. Luego el caballero salió y se jue. Va pasando un campesino, miró el letrero, y vido y dijo: "Voy a mandar a hacer un par de zapato". Luego entró pa entro, el maestro lo atendió.

—Tal como el letrero dice: "Una zapatería de la última moda santiaguina".

El zapatero dijo:

—Muy bien, patroncito.

Tomándole las medida, le dijo:

—Güeno, yo se los tengo; venga tal día; pero déjeme algo de pie.

Metiendo la mano al bolsillo, el campesino sacó treinta moneda y se las pasó. Dijo entonces el maestro zapatero: "Hasta aquí la obra va bien; pero cuero no tengo ni suela. ¿Con qué le voy a hacer los zapato a estos señore?". En eso llegó una señora a mandale a hacer un par de zapatilla que las necesito urgente. Total que era costumbre del maestro zapatero de pedir el anticipo. Le dijo:

—Usté me va a tener las zapatilla para el día sábado, porque las necesito para el casamiento de mi hija.

—Ta bien, señora.

Y como la señora necesita urgente, cuando él le pidió la plata, le

dejó cien peso. Vivía el zapatero en su hogar con sus treh hermanitoh hombre y una mujer.

Entonce minutos después llega un minero a mandale a hacer un par de zapato. Tomando sus medidas correspondiente:

—Está listo, mi amiguito —le dijo el maestro—. ¿Y tiene algo pal traguito?

El minero sacó cinco monedas de oro y se las dejó. Despidiéndose el minero:

—Sin falta venga —le dijo [el zapatero].

Despuéh otro caballero.

Estaban los niño, como ya tenía plata había mandao a comprar unos charquis, y estaban los hermanos del zapatero comiendo charqui a l' orilla del fuego. Como los charquih eran duro, pescaban una piedra y lo comenzaron a golpiar en el morillo.

—¿No ve, señor —decía el zapatero—, cómo trabajan mih operario?

Y así pudo completar un gran número de dinero y lah obras nunca lah hizo. Se llegó el día de que iban a retirar sus trabajo. A ninguno le tenía ninguna cosa hecha. Entonce sale en el quinto, salió la niña y le dijo:

—Mi hermano es muerto y no tengo plata ni pa comprar una vela.

Así de que le dejaron limosna para que vele su hermano. Tarde, bien tarde, llegó el minero a buscar los zapato.

—¡Qué zapato ni zapato! —le dijo la hermana—. Mi hermano se murió y lo estoy velando.

—¿Y de qué enfermedá? —dijo el minero.

—Murió de repente.

—Alguna peste furiosa le dio. Yo me voy a encargar de irlo a dejar al cementerio.

A esa hora el muerto oyendo.

—¡Estos jodío! —dijo—. ¿Cómo me escapo?

Llegó la noche, el minero lo jue a sacar de su casa. Llegando la noche, el minero lo sacó en una carretela, lo llevó al cementerio y ahí lo arrojó a un sótano, y se jue el minero.

—¡Graciah a Dios que he hecho una obra! —dijo.

Estando el zapatero en el sótano sobre de loh otros muerto, llegaron doce bandío a refugiarse en el sótano, porque loh estaban persiguiendo. Estando en el sótano los bandío, dijo uno de elloh:

—Contemos la plata pa repatilo.

Y así pudieron contar el dinero que habían saltiao en el pueblo. Hicieron once montoncitoh igual y el del capitán más grande. Entonce quedaba una parte que no se podían repartir; uno tocaba máh, otro

tocaba meno. Dio orden el capitán de los bandío que se prepararan con sus puñaleh "a ver quén de usteeh, el que sepulte el puñal máh en el muerto más fresco, ése se llevaba el dinero". Buscando, encontraron al zapatero Juan, que en ése iban a clavar su puñal. Valiéndose de la ocasión, el maestro Juan para salvarse de lah once lanzas que le iban a clavar, dijo así:

—¡Vengan toos mis difuntos!

Entonce él mismo contestó:

—¡Sí aquí estamos toos junto!

Se sorprendieron los bandío y salieron arrancando. Dejaron too el dinero. Por mucho rato dijo el capitán:

—¿Quén de usteeh es más valiente que vaiga a ver eso?

Entonce uno de los vasallo se dirigió al sótano y llegó a oír una voz que decía en el seno del sótano:

—¡Ah! ¡Chica, chica tocaremo!

Eso oyó el vasallo del capitán y dijo:

—Centenares de personah hay en el sótano. Cómo será de que decían: "¡Ah! ¡Chica, chica tocaremo!".

Y se jueron y dejaron too el dinero. Y así pudo salvarse el zapatero Juan. Salió del sótano y se jue a campos solitario. Llegando por los campos donde nadie lo conocían, muy contento, alegre, cerca de la ciudá, se puso a hacer un fuego y poniendo un tarrito al fuego para servirse unos mate. De ahí destendió too para poderse servir. Puso su azúcar, su pan y se comenzó a servir mate. Sirviéndose mate estaba, comenzaron a acudir moscah en l' azúcar. Destendiendo la mano y dando palmazo, mató siete mosca y aturdió catorce. Quedó mirando las mosca y dijo: "Esto ta güeno. Ante me llamaba Juan no máh, ahora me voy a llamar Juan Arote, que mata siete y aturde catorce de un golpe". Y saliendo del lugar aonde había tomao su desayuno, dirigiéndose a la ciudá, llegando al pueblo, se arrendó una pieza, pero que sea a la calle: Haciendo too esto, pudo obtener too lo que él desiaba; tuvo su pieza de arriendo y puso un letrero; el letrero decía: "Mata siete y aturde catorce de un golpe". Y abajo decía: "Juan Arote".

Y en esa ciudá había un rey y como rey él no debía dejar de que los ciudadanos sean perdío. En el desierto, cerca de la ciudá, había una serpiente que nadien la podía vencer. Mandaban ejércitoh y tooh eran muerto. Golvía solamente uno para que dé el aviso al rey. El rey ya luego supo por loh habitantes del pueblo que le pasaban el parte que había un letrero que decía: "Mata siete y aturde catorce de un golpe. Juan Arote". Enmediatamente mandó un jefe patrullero el rey que

le fueran a buscar a este señor Arote. Llegó el jefe patrullero, habló con Juan Arote:

—A buscalo venimo.

—¿A mí? —le dijo Juan Arote—. Que venga el rey, si me necesita.

Se jue la patrulla a dale cuenta a su rey. Golviendo a repetir la orden el rey, mandó medio ejército. Llegando al hogar de Juan Arote, llegó el jefe principal hablándole con juria.

—No se pongan conmigo —le dijo Juan Arote—, toos van a ser muerto.

Y al ver eso too el ejército se marchitó. Se golvió el jefe patrullero a dale cuenta a su rey. Entonce dijo el rey:

—Voy a ir.

Y salió con su ejército armao de pieh y mano. Llegando onde Juan Arote, saludó el rey con cortesía, le dice a Juan Arote con un enorme vozarrón que al rey se le estremecieron las carne:

—Señor Arote, a buscalo vengo para que se vaiga a mi reino.

Y una veh obedeciendo Juan Arote y haciendo sus compromiso:

—Está muy bien, mi señor rey.

—Le pasará mi caballo, señor Arote.

—No —le dijo—; tengo güenos pieh.

Y se jue al lao 'el rey. Llegando al palacio del rey, lo vistieron un general, dándole lah órdenes y comunicándole el campo donde iba a ser la batalla.

—Está muy bien —dijo Juan Arote al rey.

Al día siguiente le prepararon un caballo de los mejores que tenían para la guerra y una espá. Entonce él dijo que no, que él tenía, y entre su corazón decía “¿Para qué quero esto? Estoy jodio”. Llegándose la hora, salió al mando de un ejército, Juan Arote a la cabeza. Y se jueron al campo de batalla. Decía Arote: “¿Qué haré?”, entre sí. Llegaron a un crucero donde se separaban tres camino. Entonce urdió, sacó la espá, hizo una raya así que cruzó los camino.

—El que me dé un paso adelante dos mil peazo lo hago.

Cumpliendo lah órdenes de él, quedaron tooh ahí. Y él pensaba en su mente por cuál camino podía irse, por el del medio, de la izquierda, de la derecha, para huir del enemigo. Y se jue por el camino del medio. Mucho que había andao, salió a unas pampas despejá y mirando hacia los lao onde le podía atacar el enemigo, cuando de repente le asoma la serpiente. “Estoy jodio”, dijo. Y el caballo no lo podía contener, porque el caballo estaba acostumbrado a la guerra. Había un árbol viejo, quiso él hacerle el lance a la sierpe y como de virtú la serpiente jue y se estrelló en el árbol viejo y cayó en peazo, y uno de

tocaba meno. Dio orden el capitán de los bandío que se prepararan con sus puñaleh "a ver quén de ustees, el que sepulte el puñal máh en el muerto más fresco, ése se llevaba el dinero". Buscando, encontraron al zapatero Juan, que en ése iban a clavar su puñal. Valiéndose de la ocasión, el maestro Juan para salvarse de lah once lanzas que le iban a clavar, dijo así:

—¡Vengan toos mis difuntos!

Entonce él mismo contestó:

—¡Sí aquí estamos toos junto!

Se sorprendieron los bandío y salieron arrancando. Dejaron too el dinero. Por mucho rato dijo el capitán:

—¿Quén de ustees es más valiente que vaiga a ver eso?

Entonce uno de los vasallo se dirigió al sótano y llegó a oír una voz que decía en el seno del sótano:

—¡Ah! ¡Chica, chica tocaremo!

Eso oyó el vasallo del capitán y dijo:

—Centenares de personah hay en el sótano. Cómo será de que decían: "¡Ah! ¡Chica, chica tocaremo!"

Y se jueron y dejaron too el dinero. Y así pudo salvarse el zapatero Juan. Salió del sótano y se jue a campos solitario. Llegando por los campos donde nadie lo conocían, muy contento, alegre, cerca de la ciudá, se puso a hacer un fuego y poniendo un tarrito al fuego para servirse unos mate. De ahí destendió too para poderse servir. Puso su azúcar, su pan y se comenzó a servir mate. Sirviéndose mate estaba, comenzaron a acudir moscah en l' azúcar. Destendiendo la mano y dando palmazo, mató siete mosca y aturdió catorce. Quedó mirando las mosca y dijo: "Esto ta güeno. Ante me llamaba Juan no máh, ahora me voy a llamar Juan Arote, que mata siete y aturde catorce de un golpe". Y saliendo del lugar aonde había tomao su desayuno, dirigiéndose a la ciudá, llegando al pueblo, se arrendó una pieza, però que sea a la calle: Haciendo too esto, pudo obtener too lo que él desiaba; tuvo su pieza de arriendo y puso un letrero; el letrero decía: "Mata siete y aturde catorce de un golpe". Y abajo decía: "Juan Arote".

Y en esa ciudá había un rey y como rey él no debía dejar de que los ciudadanos sean perdío. En el desierto, cerca de la ciudá, había una serpiente que nadien la podía vencer. Mandaban ejército y tooh eran muerto. Golví solamente uno para que dé el aviso al rey. El rey ya luego supo por loh habitantes del pueblo que le pasaban el parte que había un letrero que decía: "Mata siete y aturde catorce de un golpe. Juan Arote". Enmediatamente mandó un jefe patrullero el rey que

le jueran a buscar a este señor Arote. Llegó el jefe patrullero, habló con Juan Arote:

—A buscalo venimo.

—¿A mí? —le dijo Juan Arote—. Que venga el rey, si me necesita.

Se jue la patrulla a dale cuenta a su rey. Golviendo a repetir la orden el rey, mandó medio ejército. Llegando al hogar de Juan Arote, llegó el jefe principal hablándole con juria.

—No se pongan conmigo —le dijo Juan Arote—, toos van a ser muerto.

Y al ver eso too el ejército se marchitó. Se golvió el jefe patrullero a dale cuenta a su rey. Entonce dijo el rey:

—Voy a ir.

Y salió con su ejército armao de pieh y mano. Llegando onde Juan Arote, saludó el rey con cortesía, le dice a Juan Arote con un enorme vozarrón que al rey se le estremecieron las carne:

—Señor Arote, a buscalo vengo para que se vaiga a mi reino.

Y una veh obedeciendo Juan Arote y haciendo sus compromiso:

—Está muy bien, mi señor rey.

—Le pasaré mi caballo, señor Arote.

—No —le dijo—; tengo güenos pieh.

Y se jue al lao 'el rey. Llegando al palacio del rey, lo vistieron un general, dándole lah órdenes y comunicándole el campo donde iba a ser la batalla.

—Está muy bien —dijo Juan Arote al rey.

Al día siguiente le prepararon un caballo de los mejores que tenían para la guerra y una espá. Entonce él dijo que no, que él tenía, y entre su corazón decía “¿Para qué quero esto? Estoy jodío”. Llegándose la hora, salió al mando de un ejército, Juan Arote a la cabeza. Y se jueron al campo de batalla. Decía Arote: “¿Qué haré?”, entre sí. Llegaron a un crucero donde se separaban tres camino. Entonce urdió, sacó la espá, hizo una raya así que cruzó los camino.

—El que me dé un paso adelante dos mil peazo lo hago.

Cumpliendo lah órdenes de él, quedaron tooh ahí. Y él pensaba en su mente por cuál camino podía irse, por el del medio, de la izquierda, de la derecha, para huir del enemigo. Y se jue por el camino del medio. Mucho que había andao, salió a unas pampas despejá y mirando hacia los lao onde le podía atacar el enemigo, cuando de repente le asoma la serpiente. “Estoy jodío”, dijo. Y el caballo no lo podía contener, porque el caballo estaba acostumbrado a la guerra. Había un árbol viejo, quiso él hacerle el lance a la sierpe y como de virtú la serpiente jue y se estrelló en el árbol viejo y cayó en peazo, y uno de

los peazos le cayó a la serpiente y la mató. Para llevar demostracioneh al rey, con la espá le sacó los siete puñales de lengua. Y así jue su salvación. Y degolvió el ejército. Se jueron a presentarse a su rey. Viendo too el ejército completo el rey, dijo:

—¿Cómo eh esto?

Y el general a la cabeza, Juan Arote.

—¿Para eso ocupa tanta gente, mi señor rey? —le dijo—. Ese eh un gusanillo de la tierra.

Y así se cortó el perjuicio en la ciudá. Ya el señor Juan Arote celebró matrimonio con una hija del rey, ya se matrimonió, y le designaron un palacio. Y ahí está viviendo hasta la fecha. Decía en revelaciones Juan Arote:

—¿Qué harán los pobres que le quedé debiendo?

La señora le preguntaba:

—¿Qué dice, Juanito?

Y él le cambiaba y le decía que “cuándo tendrá guerra mi patrón”.

Y ahí está viviendo, si no se ha muerto todavía.

Y se determinó el chasco de Juan Arote.

Pedro iba un día por el camino, pasó a encontrar un poroto, y lo recogió y lo pasó encargar onde una señora. La señora lo tomó y lo dejó sobre la mesa. Di ai pegó el güelo una gallina y se lo comió. Al otro día pasó Pedro tempranito a uscar su poroto. La señora le contestó que la gallina se lo había comió. Entonce él le contestó que su poroto era de virtù y la gallina se la llevaba.

—¡Cómo me vah a llevar la gallina por un poroto! ¡Aquí teníh una balayá 'e poroto pa que escojas tú un poroto.

Pedro le contestó de que no, que se llevaba la gallina no más, porque su poroto era de virtù. Pedro tomó la gallina y se jue. La señora queó mirando no más. Pedro se jue con su gallina. Llegó onde otra señora, también pasó encargar su gallina y la señora se la recibió. Entonce Pedro se jue. La gallina voló y entró al chiquero 'el chanco y el chanco se la comió. Entonce dijo la señora:

—Hartas gallina tengo pa que Pedro escoja una gallina y se la lleve mañana.

Al otro día tempranito llegó Pedro a trer su encargo. La señora le dijo:

—Tu encargo el chanchó se lo comió, pero aquí tieneh hartas pa que descojas.

Pedro le contestó de que no, que su gallina era de virtud y en el chanchó había quedao. Ya Pedro luego cortó pal chiquero y enlazó el chanchó. La señora le reclamaba que cómo iba a llevar el chanchó por una gallina. Pedro no entendió, lo sacó no máh y se lo llevó.

Llegó a la casa de un caballero con su chanchó y se lo pasó encarar. El caballero le dijo:

—Échalo al corral y lárvalo.

Largó su chanchó Pedro y se jue. Di allá se paró una vaca, le plantó una corná al chanchó y lo mató. Entonce el caballero, por que no se pierda el chanchó, lo mandó limpiar y se lo comió. Al otro día tempranito llegó Pedro a uscar su chanchó. El caballero le contestó que el chanchó lo había muerto la vaca y él pa no perderlo lo mandó limpiar y se lo comió.

—Aquí tengo hartos chanchos pa que descojas.

Pegro le dijo de que no, que su chanchó era de virtud y en la vaca había quedao la virtud. Luego Pegro entró pal corral, enlazó la vaca y se la llevó. El caballero queó mirando no máh.

Ya Pegro se jue muy tarde con su vaca y llegó onde otro caballero, pasó encarar su vaca. Este caballero tenía una hija muy engréida. Salió la niña y miró por el miraor para el corral, vio la vaca tan linda, se le entojó comer un asao. Enmediatamente llamó al padre:

—Papá, se me ha antojao comer un asao de esa vaca parda.

—¡Hija, por Dios! —le dijo—, la vaca es de Pegro, pero como yo te quero tanto, hija, hartas vacas tengo pa devolverle a Pegro.

Enmediatamente la mandó matar y le mandó hacer un asao a la hija. De luego estando el asao hecho, lo cortaron y le mandaron a la niña para arriba. La niña muy contenta se sirvió. Después de que se sirvió, el padre también se sirvió con toos sus mozoh y guardaron toa la carne. Al otro día tempranito llegó Pegro a uscar su encargo. Entonce el caballero le contestó:

—Tu vaca la he mandao a matar, a mi hija se le antojó comer un asao, pero aquí tengo mi corral lleno di animale, descoge tú la que quieras.

Pegro contestó de que no, que su vaca era de virtud y en la niña queó la virtud.

—Yo la niña me la llevo.

—¡Cómo te vah a llevar mi hija por una vaca!

—Es que mi vaca era de virtù y en la niña ha quedao.

Cortó Pegro inmediatamente pa la casa 'el caballero y subió para arriba onde estaba la niña, la tomó de la mano y la bajó y se la llevó. El caballero queó mirando y loh hermanos por igual.

Dicho Pegro llegó a una quebrá con su niña y se bajó para abajo, llegó a su hurón, lo abrió y dentro con su niña aentro el hurón. Dentrando con su niña dentro 'el hurón, se pusieron a cenar. Después que cenaron, se acostaron. En cuanto se acostaron, se quearon dormío. Al otro día tempranito salió en busca de vicio. En la tarde llegó carga a su hurón. Los jóvenes se le pusieron en aguaita. Al otro día tempranito volvió a salir Pegro. Entonce los jóvenes al otro día se jueron a la quebrá con un perro negro que tenían, se dejaron quer a la quebrá. Llegaron al hurón y lo abrieron. Encontraron su hermana aentro el hurón. Enmediatamente la sacaron y le echaron el perro aentro 'el hurón y se la llevaron. En la tarde llegó Pegro y abrió su hurón. Di allá salió el perro y pasó por encima de él. Pegro del susto cayó. De luego que se pasó el susto a Pegro, se subió arriba 'e la quebrá. Allá principió a sacar su cuenta:

—De poroto se pasó a gallina, de gallina se pasó a chanco, de chanco se pasó a vaca, de vaca se pasó a niña, la niña se pasó al diablo.

Di allá se botó Pegro abajo y s' hizo mil peazo.

Di allá loh hermanos quearon viviendo contentos con su hermana. Y hasta aquí llegó el cuento y se terminó.

P E D R O U R D I M A L E

Pedro Urdimale un día andaba urdiendo su sabiduría. Andando por el camino, se encontró un grano di alverja de unas señoras mujeres que hacían ropa. Estaban trabajando en su taller y llegó Pedro.

—Señora, le paso a peír un favor.

—¿De qué será, Pedrito?

—Paso a encargar un grano di alverja; para semilla nu habiendo clase di alverja en este lugar.

Esa lo recibió y lo dejó sobre la mesa. Y Pedro se jue.
Dentró una gallina y se comió el grano di alverja.

El jue a andar por ahí no más. Volvió. Toco la puerta.

—Paso a buscar mi encarguito.

—¡Ay! —le dijo la señora—. Dentró una gallina y se comió l' alverja.

—¿Y cuál es la gallina?

Y ella le indicó la gallina. Pedro tomó la gallina y se la llevó. Llevando su gallina, dijo él solo:

—Me está resultando; di alverja una gallina.

Poco máh allá pasó a una casa, encargó la gallina.

—Paso, señora, a encargarle la gallina y voy muy apurao, voy a volver luego.

La señora le recibió la gallina y la soltó en el patio. Y como la señora estaba engordando un chanco, la gallina dentró al chiquero 'el chanco, el chanco se comió la gallina. En eso salió la señora, que ya le iban queando las patita.

En eso que está, tras que llega Pedro otra vez.

—Paso a traer mi encargo, señora.

—¡Ay, Pedrito, que el chanco se comió la gallina!

—¿Y cuál eh el chanco? —dijo él.

—Ai lo tengo en el chiquero.

—Sin alegar ninguna cosa, el chanco es mío, me lo llevo.

Dentró y abrió el chiquero, sacó el chanco y se lo llevó.

Anduvo con su chanco, enfrentó la casa di un hacendado, donde estaban marcando animale. Se dirigió al señor:

—Mire, señor; paso a *pile* un favor.

—¿Qué favor será, hombre?

—Le paso a encargar un chanco.

—Bueno —le dijo el caballero—; déjalo ahí en el corral.

Largaron su chanco en el corral. El salió. Para mayor desgracia, una vaquilla cornea el chanco y lo mata. El jutre dijo:

—No importa que haiga muerto el chanco; lo comimo.

Y se comieron el chanco.

Luego volvió Pedro, cuando calculó que ya si había trasformao el chanco. Y el jutre le dijo:

—Hombre, pasó que una vaquilla le clavó el asta y lo mató y ahora lu estamos comiendo.

—¿Y cuál es la vaquilla? Esa vaquilla es mía.

—Ya, llévatela, pueh, hombre.

Dentró al corral, le puso cordelito a su vaquilla. Salió pegando y se jue. Llegó al palacio di un rey con su vaquilla.

—Paso a encargar esta vaquilla, señor rey. Voy muy apurao, luego vuelvo.

Anduvo por ahí no máh. Y la vaquilla quedó en su bramadero.

Entonce sí andaba pasiendo la princesa en el balcón y se le dio de comer un asao de la vaquilla de Pedro. El rey le obedeció y mató la vaquilla. Comiéndose el asao estaba la princesa, cuando llegó Pedro en busca de su vaquilla.

—¡Vaya, hombre! —le dijo—. Mi hija le dio deseo de comerse un asao de la vaquilla.

—¿Y cuál es la señorita? Me la llevo.

Diciendo eso, sacó una bolsa, se la terció a la espalda y salió pegando con la princesa. Y se jue. Llegó a la casa di una veterana y pasó a encargar la bolsa. Pedro le dijo:

—Mucho cuidao, porque lleo unas cosas muy delicá.

Y salió él.

Anduvo mucho rato la veterana.

—¿Qué llevará este hombre aquí?

Entonce la señora abrió la bolsa, y salió la princesa. Entonce ella dijo:

—Yo tengo una perra, la echamoh a la bolsa y tú te vah.

Haciendo toa la operación la viejita, dejó libre a la princesa y aprisionó la perra. En eso llegó Pedro a buscar su bolsa.

—Paso a buscar mi encarguito, señora.

—Ahí está.

La anciana le entregó la bolsa. Tomó su bolsa el hombre y se jue.

Mucho que había andao por el campo, quiso *ausar* de la princesa. Jue, desató la bolsa, salió la perra. Y en eso vienen siete bandido persiguiendo a Pedro. No tuvo más Pedro que meterse a la bolsa y diciendo:

—¡Yo no me caso con l' hija 'el rey, yo no me caso con l' hija 'el rey!

Llegaron los bandido y le preguntaron que por qué lo tenían ai. Y les dijo porque no quería casarse con l' hija 'el rey. Y un bandido dijo:

—Méteme a la bolsa; yo me caso con l' hija 'el rey.

Diciendo eso, lo *atrincó* lo más que se podía. Y llegan dos bandido.

—¿Qué estáh haciendo ai?

—Yo me caso con l' hija 'el rey.

—¿Con que tú te casas con l' hija 'el rey?

Luego lo pescaron al hombro, lo llevaron a unos desierto y lu echaron risco abajo, diciendo Pedro así:

—¡Maldita sea mi mala suerte! Voy a contar mi historia: di una alverja una gallina, di una gallina un chanco, y di un chanco una vaquilla, y di una vaquilla una princesa y di una princesa una perra. Y hasta que si acaba la historia de Pedro.

Ignao, Valdivia, 1952.

JUAN DE DIOS DÍAZ.

213

N O S O T R O S M I S M O S

Empezaremos por los tres jóvenes que se encontraban en busca de saber un poco de política. Pueh ellos salieron de su casa siempre como hermanos que se encontraban en el campo. No sabían de política ni pueblo. Llegaron a un pueblo bonito, bueno y una plaza. Iban dos caballeros pasando sobre la plaza, andando como amigos y conversaban ellos:

—Por un almú 'e sal nosotros mimo.

Dijo uno:

—Ya tengo una política, una palabra muy bien espuesta.

Poco más adelante onde había otro conversando:

—Los tres juimo.

En eso se encontraban los jovencitos campesino y dice uno de los caballeros qu' iba conversando, le dice al otro:

—Por supuesto.

Estos dichos campesino oyeron esta política: "Por un almú 'e sal nosotros mimo", "los tres juimo" y "por supuesto".

Luego se vinieron hacia el campo y encontraron un muerto, un cadáver. Tonce quearon mirándolo ahí. Pronto llegó la policía.

—¿Por qué lo mataron?

—Por un almú 'e sal nosotros mimo.

—¿Y quién lo mató?

—Los tres juimo.

—Ustees van a ir preso —leh ijo el policía.

—Por supuesto —el otro le contestó.

Los llevó a la comisaría.

No eran más palabras que tenían que decir, era la conversación de política: "Por un almú 'e sal nosotros mimo", "los tres juimo" y "por supuesto". Y el juez los tuvo gran tiempo cautivo. Dijo un día:

—Vayan a buscar esos campesinos qu' hay por ahí preso, que vengán.

Tonce cuando fueron al juzgado, tonce tenían esas palabrah ellos: "Por un almú 'e sal nosotros mimo", "los tres juimo", "por supuesto", y nada más. El juez los miró y los queó mirando:

—¡Estos pobre inocente que tengo yo preso! Póngaloh en libertá.

Les dieron libertá a los pobrecitos campesino, no sabían la política. En un caso de muerte el policía loh había llevao preso, él pensaba que podían haber sío por la misma muerte que decían elloh y era la política qui habían oído entre los caballero conversando en la plaza.

Esta es la primer istancia que dice Abraham Vélez.

214

N O S O T R O S F U I M O S

Estos eran tres amigos guasos, de las montañas, que venían por primera vez a Santiago, mandado cada cual por su respectivo patrón del fundo. Cuando venían en el tren, uno de ellos les dice a los otros:

—Tenemos que estudiar para que allá en la capital nos entiendan nuestro modo de hablar.

Y para mejor se fueron a los coches elegantes, al comedor. Tomaron una mesa. Y les tocó frente a ellos dos caballeros muy distinguidos conversando de un proyecto que ellos tenían y durante la conversación dicen:

—Nosotros fuimos.

Y uno de los campesinos le dice a otro:

—Muy bonita palabra; anótala, que no se te olvide: "Nosotros fuimos".

Más adelante, paseándose por los carros del tren, oyeron una conversación que les llamó mucho la atención, en la cual decían:

—Porque quisimos.

Y dice uno de ellos:

—Una palabra muy interesante, es la primera vez que la oímos; grábala, y que no se te olvide para que cuando lleguemos a Santiago la usemos.

Pasan después varios trayectos. Vuelven otra vez a recorrer los carros del tren, oyen una conversación de personas que para ellos son muy distinguidas. Dice una:

—¡Es como debe ser, hombre! ¡Como debe ser!

Dicen los jóvenes:

—¡Qué interesante esta palabra! No debemos de perderla: “Como debe ser”.

Llegan a Santiago a la Estación Central. Se encuentran solos, no hallan adónde dirigirse, empiezan a buscar dónde comer algo, se van a un restaurante.

Se arma un gran boche en el restaurante, le pegan a una persona, la matan. Llega la policía, todos arrancan, quedan estos tres jóvenes solos. Y preguntan.

—¿Quién fue?

—Nosotros fuimos.

—¿Y por qué?

—Porque quisimos.

—Bueno, van todos presos y a la cárcel.

—¡Como debe ser! —dijeron ellos.

Y fue así cómo estos tres guasitos que venían de provincia buscando palabras bien elevadas llegaron a la cárcel.

Santiago, 26-1-1963. Grabación en magnetófono.

MARINA MORA.

215

PALABRAS MAL ENTENDIDAS

Un leñador tenía dos hachas, una grande y ancha y otra chica y angosta.

Un día fue a cortar leña al bosque cerca de la casa y sólo llevó la hacha chica, pero, como ésta no le sirvió, comenzó a gritar a su mujer, que estaba en la casa:

—¡Oye, Juana...! ¡Tráeme la hacha anchaaa...!

La mujer entendió que su marido quería la chancha y se la llevó. El hombre, al ver que su mujer le llevaba la chancha en vez de la hacha ancha que él pidió y creyendo que se burlaba, comenzó a pegarle. La mujer gritaba hartó. En ese momento pasaba más o menos lejos un compadre y éste, al sentir que su comadre gritaba porque el compadre la castigaba, a su vez gritó:

—¿Por qué le pega a la comadre, compadre...?

—¡Le estoy pegando por l' hacha, compadre...!

—¡¡Ah...! ¡Si es por lacha, péguete no más, compadre!

Chichamali, Chillán, 1956. Recogido por don Bernardo Valenzuela.

HUMBERTO URIBE.

CHASCO

Est' era una vieja muy misera, así que iba toos los domingoh a misa y cuando llegaba le icía al curita:

—Güenos días, mi señor cura.

—Tico —le icía él en vez de saludarla.

Entonce ella le vino a contar al marío.

—Mira, hijo —le ijo—, cuando yo voy a saludar al señor curita le igo: “Güenos días, señor curita” y entonce él me ice: “Tico”.

Entonce él le ijo:

—Mira, otra vez cuando saludeh al señor cura y él te iga: “Tico”, tú le ices: “Taco”.

Entonce cuando jue el otro domingo:

—Güenos días, señor curita.

—Tico.

—Taco —le ijo ella.

Entonce le ijo él:

—¿A qué hora?

—A la noche.

Contentazo él.

Entonce ella tenía unos terneros muy reflaco, hacían dos días que no mamaban. Entonce a la noche tocó él a la puerta, ella le abrió la puerta y lo llevó pal dormitorio. Le ijo ella:

—Desnúese bien desnuaoy esconde la ropa, porque no vaiga a llegar mi marío.

Entonce llegó el marío, golpió.

—¡Mi marío! —es que ijo ella.

Y ella le escondió la ropa.

—¡Mi marío! —es que ijo ella.

Y le jue abrir la puerta. El se escondió debajo 'el catre en pelota.

Entonce lo buscó el marío, y lo sacó en pelotita, y le saca los ternero, y se le pegan de la teta los terneros, casi lo matan los ternero, y se manda el cura bien castigao.

Al domingo siguiente volvió ella.

—Güenos días, señor curita —es que le ijo ella.

—No quero tico ni taco,
como el perro de tu marío
que engorda terneros flaco.

EL CURA QUE SE ADUEÑABA DE LAS SEÑORAS
CASADAS

Este era un cura que se anamoró di una señora casá y la hacía ir toas las mañanah a l' iglesia a confesarse para él tener tiempo de conversar con ella. Un día le dijo su esposo:

—¡Por Dios, María, que estás católica!

—¡Si el curita es tan güeno, pue, hijito!

—Mucho cuidao, María, con los cura; quen dijo cura dijo el diabló.

Un día la señora le contó a su esposo:

—Fíjate que el cura está tan enamoraó de mí.

—¿Qué es lo que te decía yo? ¿Y ahora qué tú vah hacer?

—Nu hallo qué pensar —dijo ella.

—Cítalo para el domingo. Oye, que venga a las doce de la noche, que yo no voy a estar, y lo vah a desnuar ante que dentre a tu dormitorio y yo voy a llegar de repente a tocale la puerta. Le dices: “Curita, parece que mi marío está tocando la puerta”, y lo tomás del brazo, y lo dejah al laito atrás de la puerta y le dices: “Lueo le voy a tirar su ropa por la ventana”, ti haceh hervir una tetera di agua caliente y se la dejah quer encima.

Asimismo lu hizo la señora. El cura ya estaba entumío tanto esperar su ropa. De repente le dice la señora:

—Curita, reciba su ropa.

Y le dejó caer la tetera di agua caliente hirviendo. Arranca el cura por la calle a grito que se mataba: “¡Mi asaltaron, mi asaltaron!”. Se va meter aentro di una hortaliza y se enconde debajo di unas matas con la caeza encondía. Más tarde pasaron unos ladronch a robarse unas cebollah y uno le dice al otro:

—Sacúele la tierra.

El otro principió a tentar, da con el culo del cura y principió a machucar las cebolla. El cura quería arrancar, aguantó toos los golpes que el ladrón le daba en el culo sacudiendo las cebollah y los ladrones salieron arrancando con dos sacos de cebolla. El cura dijo: “Voy a arrancar, no vaiga ser cosa que éstos vaigan a golver y mi pobre culo sufra nuevamente los golpe”. Arrancó pa l' orilla di un convento, se va meter dentro di un cajón qui había tenío miel. Más tarde pasan los ladronch a robarse un cajón de miel y un ladrón le dijo al otro:

—Siempre hay que es coger el más pesao, porque éstos tienen mucho miel.

De repente dice un ladrón:

—Aquí hay uno qui appena me lo pueo.

Y tocó el cajón onde estaba el cura aentro y uno de los ladrones se lo planta al hombro.

—¡Pucha la lesera que pesa, hombre!

—Yo te voy ir ayuar di atráh.

Y el cura se pone a orinar del mismo susto que llevaba.

—Oye —le dice el ladrón—, me va corriendo la miel pol cogote.

Va el otro y la preba.

—¡Qué miel más salobre!

El otro le dijo:

—Ha de ser miel añeja, compañero; preferible botalo.

—Espérate —le dijo—; lo voy a pasar a botar allí en una laúna di agua.

Llegaron, y lo botaron y salieron arrancando. El pobre cura a duras penas salió gatiando y dijo: “Eso me pasa por ser enamorado”. Sigue andando por la calle y lo ve una señorita, lo conoció que era un curita y ella le dijo:

—¡Truco!

Y él le dijo:

—¡Traca!

Salió el dueño de la casa, lu amarró en una estaca. Habían unos terneros guachos, le chupaban el aparatito lo mismo que teta ‘e vaca. Como pudo el pobre cura se desató y arrancó a comprarse un *overol*, porque andaba desnudo. “Me gustó la de los ternero; a la noche nuevamente voy a golver a pasar”. Golvió a salir la señorita. Ella le dijo:

—¡Truco!

Y el cura le dijo:

—¡Traca! Y acaso quieres tener terneros gordos, comprate un par de vacas, que con mi teta mía nunca engordarán tus ternero.

Y se jue arrancando el cura. Llegó a una iglesia de campo que no tenía cura. Toa la ciudá se contentaron mucho porque había llegao un curita. Habían dos viejitos cerca de l’ iglesia y el cura llegó onde los viejitos pidiéndole la pensión. La viejita le dijo:

—Está muy bien, señor curita.

La viejita tenía doh hija, una se llamaba Negra y la otra Blanquita; por lo consiguiente también tenía una yegua negra y una blanquita. Un día le dijo el cura:

—¿Por qué no manda a la Blanquita a la misa toas las mañana?

—¡Cómo no, señor curita! Se la pueo mandar, siendo qui usté me la trate bien.

El cura si acordó de sus tiempos ante: “Con la Blanquita las tengo toa. Yo que ésta no me irá quemar con agua caliente. Yo, como soy cura, siempre soy valiente”. Se jue onde los viejito y le dijo:

—Agüelita, mándeme la Blanquita esta noche para confesarla.

—¡Cómo no! Se la pueo mandar.

El cura mandó dos sacristaneh a uscar a la Blanquita y le dijo:

—Me la trayen con mucho respéto.

Se jueron los sacristaneh a uscar la Blanquita. La agüelita le dijo:

—Ahí en el corral está.

Los sacristanes pidieron un lazo y llevaron la Blanquita laciá. Cuando llegaron a l' iglesia, recién había llegao un obispo a visitalo. El cura andaba completamente enojao. Llegan los sacristaneh y le tocan la puerta. El dijo: “La Blanquita viene”. Llega y preunta:

—Sacristán, ¿vino la Blanquita?

—Aquí ajuera está.

—Súbala para arriba a mi dormitorio.

Y se jue ponde el obispo para que el obispo no lah aparara. Los sacristanes principiaron a subir la yegua por l' escala, la yegua no podía subir y un sacristán se jue onde el cura. Llegó el cura a la puerta.

—Señor curita, la Blanquita no quere subir.

—Díganle que suba no máh y que si acueste en mi cama, que lueo voy a ir yo acostarme con ella y llévenle una jaba de cerveza para que mentra se sirva.

Los sacristanes se tomaron la jaba de cerveza, y éstos se curaron, principiaron a subir la yegua a la maleta, y la tiraron de la jeta, por último la subieron, la llevaron al dormitorio del cura. La quisieron acostar, la yegua se solevó arriba onde le prendieron vela. Un sacristán arrancó muy enojao ponde el cura y le tocó la puerta.

—Señor curita, la Blanquita no se quere acostar, porque cuando le prendimos la vela se solevó con nosotros, loh agarró a patáh y loh echó puerta ajuera.

El cura le contestó:

—Acuéstenla no máh; no importa que si acueste con sus zapatillas puesta.

El sacristán se jue y pasó a trer un palo. Cuando llegó al dormitorio, le dijo a la Blanquita:

—Te vai acostar a la güena o te vai acostar a la mala.

Levanta el palo el sacristán, le da en el medio 'e lah oreja. La yegua cayó de espalda. Mentra que se paraba, la tomaron los sacristaneh y la

acostaron en la cama del cura. Le pusieron la caecera por las patah y la dejaron muy bien acostá. Los sacristanes se jueron onde el cura y le tocaron la puerta. Vino el cura y les preuntó, los sacristanes le dijeron:

—Está acostá, señor curita. No vaiga ser cosa que le vaiga prender vela cuando dentre al dormitorio, porque ella se soleva.

—Los voy a gratificar con una jaba de cerveza.

¡Qué curita más contento porque ya se iba ir acostar! Llevó una botella di aguardiente para envitale a la Blanquita. Llega y entra al dormitorio y le dice:

—Güenas noches, Blanquita.

La yegua estaba durmiendo. Prencipió el cura tentala, le va tentando la cola.

—¡Por Dios, Blanquita, que ti ha creció el pelo!

En esto recuerda la yegua, le planta una patá en el pecho, el cura le dijo:

—Quitate las zapatillas, Blanquita, porque me pegate con el taco, case me quebrate el pecho.

Y el cura se le tiró encima y la yegua lu agarra a patáh. El cura sale arrancando, la yegua di atrás le va cargando. Por la mitá 'e l' escala iba el pobre cura, cuando la yegua se manda escala abajo, y pasa trer al cura, y le aplasta la caeza y el cura se levanta completamente enojao. "Y eso me pasa por ser inamorao". Se jue ponde la agüelita, le dijo a la agüelita:

—¿Qué es lo qui ha hecho usté conmigo?

La agüelita le contestó:

—L' hice su pedío y le mandé la Blanquita.

El cura le dijo:

—Usté comprendió mal. Por mandarme la Blanquita qui anda con dos pies, me mandó la otra Blanca qui anda con cuatro pata. Fíjese en el estao que me dejó y hasta el pecho me lo quebró.

La viejita le contestó:

—La culpa no la tengo yo. Los sacristanes llegaron aquí a pedime la Blanquita. Como yo no tuve confianza en ellos, le mandé mi yegüita.

El cura se despidió muy enojao de la agüelita, se jue para su iglesia a sacarse la sotana. "No golveré nunca máh a ser cura enamorado, prefiero ser un roto palero, que no me pasarán estos casos que mi han pasao, porque siendo roto palero con el tiempo será aliñao".

Al otro día principió a trabajar con suh amigoh, y ahí queó trabajando de roto palero, y toavía estará ahí.

EL ARZOBISPO

A un arzobispo lo invitan a un banquete. El banquete era en un pueblo chiquito. Y el cura quiso atenderlo bien, llevó dos chiquillah, una pa que lo atendiera en la mesa y la otra en el dormitorio.

El arzobispo se fijó en ella, pero no dijo na. Después vino la otra a preguntarle qué se le ofrece. Le dijo que na. Después se queó rezando, se queó despierto pensando en las dos cabras. Llama al chiquillo y le pide que le mande el tomo primero de la Biblia. Le manda decir que el tomo primero no se lo puede prestar, porque lo está leyendo. Le pide que le mande el tomo segundo. Y le dice el chiquillo que no se lo puede prestar, porque no lo ha abierto.

San Francisco de Mostazal, O'Higgins, 1951.

AMBROSIO FUENTES.

LOS CHOVOS

Vamos a ver, empiezo con estos jóvenes, con estos dueños de casa que se llaman los chovos. Resulta que éstos eran unas personas de campo, campesinos que no conocían pueblo, muy parejos pa hablar, hablaban aquello que le ocurría a la caeza. En la casa de la señora habían muchah higueras de la chovita. Tenían un hijo llamao Francisco y le decían Pancho, ahijao di un curita vecino di un pueblecito chico. Y así pasaban, como eran tan chovos. Cuando vino este niño al mundo, no jue naiden padrino porque no sabían añader ninguna conversación güena. Un día le dice la veterana:

—Oye, Pancho; anda y buscái un canasto y le llevái breva a tu pairino.

—¡Qué voy a llevar las breva a mi pairino! —dijo Pancho.

Se subió a la higuera y sacó bastantes brevas mauritas, llena un canasto grande. Le dice la anciana, la madre de Pancho:

—Anda en la yegua vieja mía, porque, si te vai en la nueva —tenía esta veterana dos yeguas—, te pega un porrazo y te saca la mierda.

El niño obedeció, y tomó la yegua vieja de la mama y se jue aonde el padrino. Había, en el tráfico onde él iba, que pasar un estero y

este estero había crecío porque había venío una lluvia grande, ta el estero grandecito. Subió en la yegua, como era mansa. Y había el tráfico por el centro del río, no había otra parte [por] onde irse, más que por ahí, hasta llegar al pueblecito chico y presentarse a l' iglesia onde estaba el señor curita, onde el pairino de Pancho. Llegando él, se fijaba en la yegua que en parte casi nadaba, miraba hacia atrás que levantaba la colita para arriba con el mismo clincito l' agua onde iba, onde estaba el estero hondo. Él casi se mojaba la cintura, el dicho Pancho. Güeno, cuando llegó a l' iglesia onde estaba el señor cura le dice:

—Güenos días, pairino.

Le pega la mirá el señor cura y le dice:

—Güenos día, ahijaíto. ¿Por aquí viene a verme?

—Sí; me mandó mi madre por aquí a ejarle unas brevas, pero sí, pairino, que las brevas vienen algo hecho mierda —se le habían reventao.

—No importa, ahijaíto —le contesta el señor cura—, da lo mismo, que están mauritas.

Se habían reventao algunas, pero venían limpiécita, y le dijo este tontito Pancho qu' iban así reventá.

—Mire, ahijaíto, ¿estaba hondo el estero?

—Sí, pairino, bastante bien hondazo, que en parte [a] la yegua vieja 'e mi madre le dio a medio choro y en parte a choro entero. No quiso que viniera en la yegua nueva, porque m' iba a pegar un porrazo y m' iba a sacar la mierda.

—Hijito —le dice—, ahijaíto mío, no importa; y muchas gracias a mi comadre. Yo le voy a dar unas medallita a usté pa que se las coloque aquí —y el mismo cura le dio dos medallita, una de San Benito y otra de San Miguel y le puso un iscapulario de la Virgen del Carmen— para que lo acompañen, ahijaíto, y dígale a mi comadre que muchas gracias.

Se jue el Panchito pa la casa. Llegando el Panchito allá, le dice a la mama:

—Oiga, mama; mi pairino me puso unos fierro en el cogote —las medalla— y un trapo mujo tamién —el escapulario— me puso en el cogote.

—¿Y qué le dijiste a mi compadre?

—Que usté le había mandao unas brevas, pero llegaron hecho mierda allá, pus, mama.

—¿Pero así le juiste a decir a mi compadre, al curita, esas cosas tan pesadas?

—Tamién me preguntó si el río estaba hondo. Yo le dije que sí,

que estaba harto hondo, que en parte le daba a medio choro y en parte al choro entero.

—¿Y así le juiste a decir a mi compadre?

—¿Qué otra cosa le iba a decir yo? También me preguntó: “¿Y esta yegüita tan mansita?”. Yo le dije qui había venío en la yegua vieja ‘e mi madre, porque si había venío en la nueva, me había pegao un porrazo y me había sacao la mierda no más.

—¡Buena cosa, chiquillo —le dijo al tiro—, lo que juiste a decir a mi compadre! Anda viejo a componer la pampirolá de este burro leso de mi hijo aonde mi compadre.

Allá llegó el anciano a componer la pampirolá. Llega acá:

—Güenos días, compadre.

—Güenos días, compairito. ¿Me viene a ver?

—Aquí vengo, pus, compadre, a componer la pampirolá del burro de mi hijo.

—Pero, ¡qué, compadre! Son inocentes. ¡Qué vamo a hacer con esos! Son inocentes.

—¡La laya de inohente! Ayer lo vi cagando con caa bola tapá.

—Tenía diecisiete año el Pancho.

Se volvió el anciano a casa onde la chovita y le dice:

—Mira; ¿qué le dijiste?

—A componer la pampirolá del burro de mi hijo y él dijo que era inohente.

—¿Y esto le juiste a decir a mi compadre? Yo voy a ir a componer la pampirolá.

Entonce vino la veterana y se jue a componer la pampirolá del marío, del chovo. Cuando llega allá:

—Güenas tardes, compadre.

—Güenas tardes, comairita —le dice el señor cura—. ¿Por aquí viene a verme?

—Sí, vine a componer la pampirolá de estos tontos de mi marío y de mi hijo.

—No, no saben.

—¡Sí! ¡No van a saber!

—Mire; yo la voy a ensaminar a usted, que así estas cosas no se dicen, se dicen las cositas mejore.

Entonce el señor sacerdote vino, le dio una intrucción que no juera de modo de conversar así tan en esa forma, onde la señora conoció lo malo qui había andao, y compuso la pampirolá.

Y hasta aquí se terminó este casito de los chovitos tan malos para hablar.

EL CAJONCITO CON MEDALLAS

Había una veh un viejo que tenía tres niña y muy bonita y era receloso, no las dejaba ir a misa ni por los diablo. Y habían unas misio- ne y las niñas querían ir a la misión toos los día.

El viejo iba a trer un atao de leña en un burrito que tenía. Ese día iba a ser la bendición. Lo mandan a buscar leña pa planchar. Ta arrancando un tronquito y se le jue la barreta y descubrió en vez del tronco un cajoncito chico, y el viejo, curioso por saber qué tenía, le sacó una tablita, y vio unas cosas como medalla y dijo: "¡Qué güeno está para mih hijal!". Entonce iba pasando por la casa parro- quial que hay en Paihuano. Le ice el cura:

—Oiga, agüelito; ¿qué es como lo veo con un ataíto 'e leña y lleva ese cajoncito?

—Sí, señor, me hallé este cajoncito con medalla.

—Sí —le ijo el cura, interesao—; tuya tienen que ser. Y ahora que están faltando las medalla, ¿por qué no me vende el cajoncito? Yo le pueo dar dos riale por el cajoncito.

—Güeno, pue, señor cura, con tal que me dé cuatro medalla, una para mí y una para caa una, que tengo treh hija.

Le dio los dos riale y se jue el viejo. Y le icen entonce:

—¿Por qué no traje leña?

—No les traje porque me hallé un cajoncito con medalla.

—¿Y no *los* traje una para nosotra?

—Sí, hijita, una pa caa una; aquí están.

Entonce las niñas vieron que eran moneas di oro y tramaron de quitarle el cajoncito al cura. Lo conviaron a una fiesta y le pidieron que les mostrara el cajoncito. El cura jue a la fiesta y estaba conten- tazo en la noche tomando trago y bailando con las niña. Entonce le preguntó a la mayor:

—¿Cómo se llama usted, mi hijita?

—“Ganas de cagar tengo”.

—¿Cómo se va llamar así tan feo?

—Así me pusieron.

—¿Y cómo se llama usted? —le preguntó a la otra.

—“Ya me cago”.

—No puee ser que se llame así.

—Sí, señor cura.

—¿Y cómo se llama usted? —le preguntó a la menor.

—“Ya me cagué”.

Güeno, el cura tuvo que creer no máh. Y siguió la fiesta. Cuando estuvo curao el cura, lo echaron acostarse. Después que había dormío, despertó el cura y se acordó de las niña. Entonce llamó:

—“¡Ganas de cagar tengo!”.

Las niñas le contestaron:

—Levántese, pue.

Como no apareció, llamó a la otra:

—“¡Ya me cago!”.

Entonce las niñas le ijeron:

—Salga pa juera luego, no se vaiga a ensuciar.

Entonce el cura se acordó de la otra y la llamó:

—“¡Ya me cagué!”

—¡Cura cochino! —le ijeron las tre.

Y lo agarraron a palo, le quitaron el cajoncito y lo echaron pa juera 'e la casa.

Paihuano, Coquimbo, 1948.

JOSÉ DE LA CRUZ ROJAS.

LOS EMBUSTEROS CHILENOS

Habían dos amigos una vez de buen porte, jóvene y taban sumergido en el vicio del licor. Estos jóvenes sabían muy bien, eran personas de estudio los doh amigo. Un güen día le dijo uno al otro:

—¡Buena cosa lo que somos, compañero! ¡Sólo tenimo güen estudio y en la miseria que lo encontramos por causa del licor! Así lo pienso yo.

En un tarro sucio que había tenían un concho de licor que ya no se podía tomar. Uno de ellos pensó una cosa:

—Mire, compañero; pa que tengamo dinero y dejemo este vicio del licor vamo a hacer una cosa. Vaya a ver al rey vecino aquí y le va a decir una mentira grande; durante de una hora le voy a ir a confirmarle la mentira. El rey este muy piadoso, tenimo con él ropa y tenimo alimento, pero con la condición que vamo a dejar este vicio del licor.

—Bien —le contesta el otro compañero—. Por causa del vicio del licor no tenimo ni siquiera ni *créito* —y era así.

Entonce este caballero viene y se jue a decirle mentira al rey vecino. El rey era muy generoso, muy amistoso y muy güeno que le con-

taran las personas chistecitos, se deleitaba mucho y lo acompañaba en dinero y en ropa, y alimenta a esas personas que l' iban a decir esas cosas. Se presenta uno de ellos, llamado Julio, y tomó el timbre y anunció audiencia del rey. Salió una guardia y le preguntó qué necesitaba.

—A su Majestá necesito.

Viene, le dice el rey que dentre. Pegó la mirá al rey:

—Güenos días, Majestá.

—Güenos días, joven.

—Vengo en usté que mi haga un servicio grande, porque estoy escaso en el estómago y de vistuario.

—¡Cómo no, hijo! —le dice—. Mire, hijita —le dice [a una de la servidumbre]—, ¿le quedó por ahí desayuno? —Eran las diez y media del día.

—Sí me queda, Majestá.

—Prepárale un desayuno güeno aquí a este joven.

Pronto vino la servidumbre, le sirvió lo mejor qui había. Al haberse alimentao este joven:

—Dígame —le dice el rey— un casito, que me gustan mucho, un chascarrito, adivinancita; ustee son personas que recorren por ahí, no como yo, estoy en palacio aquí y no salgo; ustees qui andan andando ven muchas cositas.

—¡Pero, rey y Majestá, son cosas casi nunca vistas que yo le voy a decir! Me va a perdonar, que, cuando venía pasando por aquí, se estaba incendiando el río.

¡Cómo el rey iba a creele que el agua se estaba incendiando!

—Joven —le dice entonce—, me vienes a mentir que estaba incendiándose el río.

—Güeno, Majestá; incendiándose estaba.

—¡A ver! Venga uno de la guardia.

Lo dejó aentro di un calabozo.

—Mira —le dice—; aquí vah a estar hasta segunda orden aentro, embustero, no conozco esta mentira.

El joven, como ya se había alimentao su estómago, hambre no tenía, pero pensaba en su compañero qu' iba a confirmarle la mentira. Al pronto más rato, como a la hora, se presenta el otro compañero de él tocando el timbre que diera audiencia el rey, como que venía con mucha necesidá y hambrecita, ¡pobrecito!

—Buenas tardes, Majestá, mi rey.

—Buenas tardes, mi gran joven —le contesta [el rey] y bien preparao

en l' habla el pobrecito hombre, sabía él su vocabulario para hablar con el rey—. ¡A ver! ¿Le quedó *once*?

—Sí, Majestá, me quedó.

—Sírvale a este caballero.

Se sirvió lo mejor qui había, lo que tenía la servidumbre, al joven qu' iba presentándose en la tarde. Luego de pronto le dice el rey, después que le sirvió:

—Miren, hijitoh; ustees qui andan andando por ahí deben traer una cosita güena; a mí me gustan mucho los chascarritos, las adevi-nancita u algo así.

—¡Cómo no, Majestá! Sé unas poquitita.

—¿Y es verdá —le pregunta—, quiero qui usté me diga, y es verdá que el río está incendiando aquí un poco en la ciudá?

—Tal vez, pues, Majestá; no dudo —le dijo el otro caballero qu' iba, el compañero del mentiroso, el qu' iba confirmando la mentira—; yo vi muchas carreta, un escombros qui había, tal vez sería di agua, y por ahí en un lao, en un rayo di una carreta me encontré dos peje-rreres *chamoscao*, que estaban cargando pescas asao.

Ahí le confirmó la mentira en seguía el embustero al rey, porque en la laúna di agua no habían pece, habían pescas no más. Taban con una carreta cargando pescas asao y por ahí se habían enreaos los pejerreicos asaone, más *chamoscao*.

—Y para que le *coste*, mi rey, aquí los tiene.

Llevaba dos pejerreyes este joven y en un diario los *chamoscó*, como que estaban *chamoscao*, y loh envolvió y los llevó al rey pa confirmar la mentira del primer embustero.

—Muy bien, hijo, muy bien; y yo al preso no le creía y esto es cierto, la verdá de dos pejerreyes *chamoscao*.

Según habían señales qui había sío río, ¿cómo estaban cargando pescas asao en las carretas? Ya creyó la mentira, la confirmación de lo qui había dicho el otro. Cuando después sacan al que estaba cautivo:

—Mire —le dice—; ¿lo conoce a éste usté?

—Sí —le dice—; pero conmigo no anda —y era el mismo compañero. Lo vistió, le dio ropa, le dio dinero.

—Ándate de compañero —y eran compañeros, tenían que juntarse los doh.

—Entonce ahora —le dice el uno al otro—, vámolos a ir a España.

Se largaron a España, onde el rey de España. Ya iban con ropita, con dinero. Se jueron allá al puerto, se desembarcaron.

—Y esta mentira le voy a decir al rey de España —le decía el uno al otro.

—Y yo la voy a confirmar.

—¡Ya 'stá!

Ya le dijo lo que le iba a decir. Llegando estaba onde el rey de España, llegaron ahí, que en un barco se había llegao de Chile y había llegao ahí onde el rey de España. El rey lo recibió. Como era chileno, y era Alfonso XIII el rey de España, así hablando con él el otro joven. Entonces, cuando llega y le dice el rey:

—Dígame usted, joven, ¿qué cosa hay pa Chile?

—Lo más bien, mi rey. A España no había venío yo; es muy rico España —le dijo—, pero muy rico.

Preparao el joven y iba con la ropita mala, no iba na con la güena, la ropita güena la guardaba y iba con la ropita mala pa que no se notara mucho. Güeno, cuando viene ahí y le dijo:

—Pasando aquí en España, vi una muralla muy grande, muy bonita, caserón grande, qui había un adobe de queso y otro de barro.

—Sí es rico España —dijo el rey—, sí es rico España.

—Sentí hartu ruido de personas de la muralla y una tropa de yeguas que tenían en una era, como en el sur se cosecha el trigo en la era, taban trillando la cuajá, mi rey, pa hacer los quesos. ¡Cómo no ha de ser rico España! —le dice el joven, el embustero.

—¿Cómo van a trillar la cuajá pa hacer los quesos con yegua? —le dice el español, se le subió a las nube—. ¡A ver! Venga pa acá usted. ¡Viene a mentirme el indio!

Y lo larga a segunda orden encerrao otra vez. Güeno, al poco rato llega el otro qu' iba confirmando la mentira del compañero de él. Eran negociantes los doh, uno decía la mentira y el otro la iba confirmando. En seguía de esto, cuando viene y le dice:

—Vengo, Majestá, pa que mi haga un servicio, vengo pobre, vengo con hambre —dijo el chileno— y quiero que me dé que comer.

—Güeno —le dice el español, el rey—, mucho le sirvo —y le sirve.

—En Chile somos muy pobres —le dice él—. ¿Ve cómo vengo? —de puro roto chileno—. ¿No ve que eh así la cosa?

—Aquí usted tiene, España es muy rico, completamente rico, rico poderoso —le dijo el español.

—Vine pasando por ahí, había una muralla con un adobe de queso y otro de barro; más adelante en un rodao de la muralla estaban los jóvene españoles lavando unos escubillones, llegaban a relumbrar en un bronce, estaban lavando una redondela así de grande, muy lavaíto taba aquello y había parte en qui habían muchos quesos recién hecho;

compré un trocito y al tiempo de partirlo ¡no me salió una patita de potrillo nuevo que tal vez *taría* en la guata de la yegua!

Y le presenta la patita de potrillo, se encontró una patita de potrillo quién sabe di una yegua por ahí qui había botao la criita, taba la patita chiquitita, recién hecha no máh. Ahí le confirmó la mentira al tiro.

—¡Caramba! ¡Yo diciendo —dice el español, el rey— que era mentiroso el chileno y está es la cuajá y de la yegua ha cafo el potrillito! ¡A ver! Vengan pa acá unas personas que me vengan a sacar este cautivo. —Sacaron al chileno—. ¿Lo conoce?

—Sí, lo conozco yo que es chileno.

—Ahora —le dice el español— van a andar juntos, van a tener dos pesetas grandes cada uno que valen sus cinco mil pesos chilenos para que vayan tranquilos los dos juntos.

—Vámoslos di aquí, compañero, porque aquí el rey ha de saber. Ahora los vamo a ir pa Francia aonde el emperador de Francia a decirle una mentira bien bonita.

—¡Ya 'stá!

Entonce después se jueron a Francia. Aonde el emperador de Francia llegó el mismo embusterito, llegó mintiéndole ahí que después de haber salfo del puerto se había retirao a una casa de teja fuera de la ciudá onde había una señora lavando ropa y había una niña como de veinticinco año de edá que tenía una guagüita en los brazos, pidiéndole él un poco de agua porque llevaba sé. Entonce viene el joven este, se acercó hacia onde ella y la ve que tenía una guagüita y tenía nueve brazo. ¡Ai tiene la mentirita que tenía nueve brazo! El emperador no le creyó, entonce le dijo:

—¿Cómo va a tener una señora un niño, un fenómeno, de nueve brazo?

—Así es, Majestá, mi emperador.

—¡Aentro! ¡Cautivo pa segunda orden! Si hay persona, que venga a ver, a confirmar esto.

Atracito llegó el compañero a confirmar la mentira esta. Cuando luego llega, se presenta y le dice:

—Mire, mi güen emperador; vengo que mi haga un servicio, porque vengo de Chile, y vengo muy escaso al estómago y vengo que me *ausilee* en lo que pueda.

—¡Cómo no! —le dice el emperador—. Con mucho gusto, chileno. ¿Y qué es de la gente chilena?

—Tamos muy pobre y necesito.

—Bueno. ¡A ver! —le dice a la servidumbre que se encontraba—. Sirve alimento.

Luego vino la servidumbre y le sirvió muy bien muy güen alimento, lo alimentó. De haber hecho esto:

—Dígame usted qué es lo que anuncian; me gustan mucho los chascarrito y me gustan las adivinancitas, que me dicen para yo entretenerme un rato.

—¡Pero, mi güen emperador, ya quea poco mundo! —le dice el confirmador de la mentira.

—¿Y por qué me dice así?

—Sí, pue.

—¿Por qué me dice eso? —queó pensando entonce el emperador.

—¿Sabe por qué? Yo, pasando entonce por ahí por una casa de teja, grande, pedí un vaso de agua y llevaba sé. Y entonce había una señora joven y una señora de edá y una lavando unos tendales de ropa muy grande y veo en el centro de toda la ropa estendía que tenían, veo un trapito tan chiquitito [en] que se daban güelta tantas cositas y voy a ver, y había una camisita di una guagua que tenía nueve brazo.

—¡Ay! —dice el emperador—. ¡Esa eh la guagua que vio el cautivo que tenía los nueve brazo, ésa es la camisita de la guagua!

Y este joven mandó hacer a una señora modista, una niña qui había, qui hiciera una camisa de nueve mangas. La llevaba limpiecita la camisita, el trapito usaíto como que estaba lavaíto. Y se lo mandó hacer el otro pa confirmar la mentira de la criatura qui había visto el otro de los nueve brazo. Entonce vino, mandó hacer esta camisita de nueve mangas como la edá qui había dicho el otro compañero para que entonce anduviera bien en la confirmación de la mentira.

—Y aquí la tiene, mi güen emperador —ahí la camisita de nueve mangas de la criatura de nueve brazo en la casita de teja, grande; le confirmó la mentira en seguía.

—¡A ver! Uno Grande de la Corte venga pa acá; sáquenme este cautivo. ¿Los dos son chilenos?

—Sí, pero yo no andaba con él.

—Ahora van a andar de compañeros. Les voy a dar cinco mil dineros a cada uno para que anden junto.

Entonce, cuando vienen después de esto, se sentaron a conversar en una plaza en la misma ciudad.

—Oiga —le dijo—; como harto embustero y hemo andao bien, llevamos bastante dinero y ropa, llevamoh una maleta de ropa limpiecita. Ahora los dos digamo una mentira más grande, a ver cuál dice la mentira más grande.

—¡Ya 'stá! Los dos como embustero.

—Oiga, compañero; ¿usté conoce las pampas del norte?

—Sí, toas, las de Norteamérica, l' África, las conozco, todo lo sé, compañero.

—Mire; en el centro del África salió una mata de repollo tan grande que están todas las escuadras de los hombre y Chile, como es tan chiquitito, tenía l' escuadra chilena alreor di una hoja de repollo, a la sombrita taba l' escuadra chilena, toa la nación chilena. Ya ve: en l' África hay unas güenas pampas.

Güeno, en seguía de esto, le dijo el otro:

—Mire, compañero; *tan* haciendo un fondo tan grande que [a] las veinticuatro horas los remachaores conocen un remache al otro lao onde se pasa el perno. Ya ve, un remache al remachar a las veinticuatro horas se oía el estampío. ¡Cómo serían las planchas de gruesas, no!

Y entonce le contesta el qu' hizo la mentira primero:

—Para cocer la mata de repollo, qui usté vio con toas lah escuadra aentro, pa hacer un lindo puchero. ¡Ai tiene! Y en el fondo una linda cazuela con toas lah escuadra aentro, con repollito quean harto güena.

¡En l' África iba a haber repollo! Y así que estamoh aentro 'el fondo toos fritos ya con loh embusteros. ¿Qué le parece, señor Pino? Estos son loh embusteros que se juntaron, embusteros chileno.

Pomaire, Santiago, 17-1-1962. Grabación en cinta magnética.

ABRAHAM VÉLEZ.

LOS MENTIROSOS

Los mentirosos se llamaban Peiro y Juan. Le dice Peiro a Juan:

—Vamoh andar a pasiar por la ciudá para ver si pescamoh algo.

Entonce pasan por un reinato y los llama el mozo del patrón a dichos caballeros que van pasando por el camino.

—Me van a contar too lo que han visto en el mundo —les dice el rey.

—¡Cómo no, mi rey!

Y había un queso en la mesa. Le dice Juan a Peiro:

—Mira; ese queso es chico y en mi tierra los trillan con yegua.

—Verdá —le dice el otro— que mi agüelo compró un queso y salió un potrillo en el medio 'el queso.

Entonce el caballero le dijo:

—Traiga pa acá el dinero.

Y les dio a los mentiroso.

Pasan por otro reinato y el grande de la corte dice que los llame el rey, y los mandó llamar para que le cuenten las noveá que pasan en nuestro pueblo.

—Yo vi nacer una guagua con siete brazo —le dice el mentiroso.

Vino Juan y le dijo que había visto en una lavandería una camisa con siete manga y debe haber sólo para esa guagua. Entonce viene el rey, le dice:

—Tráigame el dinero que hay en la cómoda.

Entonce les da el dinero. Se despidieron del rey y siguieron andando con mucho peso, el dinero que llevaban. Y pasan por una casa que hay un soldaílo y lo llaman que le ayuden a cargar el dinero, pagándole bien. Entonce le dice Juan:

—Mira, hombre —llegaron a una cuesta cerca de la casa de elloh—; haguemos leso al soldaílo; el que eche la mentira más grande se lleva el dinero.

—Mi paire —le dijo— plantó una mata 'e col hasta que tocó el cielo.

—Mi maire era hilandera [de] hilo; hiló hasta que topó el cielo. Entonce le dice el soldaílo:

—Mira: yo jui que agarré el sol con la mano.

—¿Y por ónde te subiste?

—Por la mata 'e col que plantó tu paire.

—¿Y por ónde te agarraste?

—Por el hilo que hiló tu maire.

Y jue dueño del dinero.

LAS DOCE PALABRAS REDOBLADAS

Una vez se encontraba un hombre dueño de casa muy pobrecito; decía que no le alcanzaban sus juerza. Lloraban los niñitos, desiaban pancito para comer. Entonce viene, dice el dueño de casa a su querida esposa:

—Hijita, voy en busca di alimento pa mis hijo y pa usté y pa mí.

Tomó una bolsita y salió al camino. Pronto más adelante se encuentra con un pasajero que venía por el mismo camino por donde iba.

—Güenos día, amigo.

—Güenos día, amigo.

—¿Pa ónde vai?

—Voy en busca di alimento pa mis hijo y esposa y yo, porque soy pobre y no tengo sostén pa mis hijo.

Le contesta el pasajero:

—Regresa a tu casa, encontraréi pan en el canasto de tu señora, cuando hacía pan ella, encontraréi el canasto con varios paños que abrigaban ese pan; es el alimento para ti, tu señora y tus hijo, y dinero tendrís de abundancia como lo tuviste.

Regresó el hombre sin llevar nada. Al ver el saco vacido, dijo la señora:

—Hijito, ¿no trañ alimento?

—Busca tu canasto y lo verís lleno de pan que está pa nosotros.

Llena de regocijo se jue la dueña de casa hacia el canasto onde hacía pancito ella, encontró su bendecido canasto lleno de pan.

—¡Ay, hijo! ¡Ya llegó alimento pa mis hijo y pa nosotros!

—Vaya siempre al cuartito onde manijaba alimento.

Entonce encuentra su azucarero lleno de azuquita, llegaba a la despensa y la encontraba llena de cositas como antes la manijaba.

—Mire, amigo —le dijo el que dio ese alimento—; le voy a dar veinte días de permiso, que usted, cuando venga a verlo, me tenga las doce palabras redoblá.

Pero tales palabras no se conocían. Las monjitas, los sacerdotes no las conocían en el mundo. Entonce el caballero después de los dieciocho días se recordó de esto, preguntaba a sus hijos sobre el estudio que ellos tenían si acaso ellos conocían las doce palabras redoblá. Le decía la hijita que era monja:

—Papá, no las conozco.

Preguntaba al sacerdote. Igualito:

—No las conozco.

El abogado, que era uno de ellos:

—Papá, no lo sabemos.

Tanto jue que este caballero, llegan los diecinueve años, cayó a la cama. Entonce llegó un ancianito a la casa a las dos de la tarde, preguntó gritando al portero que este caballero tenía:

—¿Está enfermo el dueño de casa? ¿Qué siente?

Ella no sabía de qué estaba hablando.

—Déme permiso —le dice el anciano— para ir a verlo.

Entonce la señora lo consulta con el enfermo. Entonce el caballero dice:

—¡Que entre!

Dentró, llegó el ancianito:

—Gran dueño de casa, ¿qué siente en su enfermedad?

Entonce dice el dueño de casa:

—¿Qué saco con decirle, ancianito, el secreto que yo tengo?

—Nosotros los antigüitos sabemos muchas cositas.

—Yo tuve un amigo una vez que me pidió las doce palabras redoblá, pero no se conocen en el mundo.

Entonce viene, le dice:

—Nosotros los antiguos sabimoh eso; yo le voy a contestar estas tales palabra.

Una posá güena tuvo el anciano en el momento para él onde iba a contestar las doce palabras redoblá. Quiso la señora di hacele una linda cama de pluma al ancianito.

—Güena señora, no me dé tan güena cama.

Vino el ancianito al lao aentro de la puerta de la casa principal. Vino el diablo a l' oración, como a las siete y media de la tarde, dentra a preguntar al que iba a saber las doce palabras redoblá, al dueño de casa, entonce le preguntó:

—Hombre, dícame la una.

Contesta:

—Amigo, no la sé, pero siempre te la diré. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

El preguntón pregunta por segunda veh:

—Hombre, dícame las dos.

—Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las tres.

—Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las cuatro.

—Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las cinco.

—Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi

con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las seis.

—Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las siete.

—Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las ocho.

—Ocho son loh ocho coros. Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las nueve.

—Nueve son los nueve meses. Ocho son loh ocho coros. Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame las diez.

—Diez son los diez mandamientos. Nueve son los nueve meses. Ocho son loh ocho coros. Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

—Hombre, dícame lah once.

—Once son las once mil vírgenes. Diez son los diez mandamientos. Nueve son los nueve meseh. Ocho son los ocho coros. Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.

- Hombre, dícame las doce.
- Doce son los doce apóstoleh. Once son las once mil vírgenes. Diez son los diez mandamientos. Nueve son los nueve meseh. Ocho son loh ocho coros. Siete son los siete sacramentos. Seis son las seis candelas. Cinco son las cinco llagas. Cuatro son los cuatro evangelistas. Tres son las tres Marías. Dos son las tablas por donde pasó Monséi con sus doce apóstoles para Jerusalén. Una no es ninguna. La Virgen parió en Belén, pero siempre quedó pura.
- Hombre, dícame las trece.
- El que dice las doce no puede decir las trece.
- Y li hace la cruz pa que reviente ése. Y se reventó.

Pomaire, Santiago, 4-xi-1962.

ABRAHAM VÉLEZ.

LA HORMIGUITA Y EL RATON PEREZ

Esta era una hormiguita que se quería casar. Salió un día a uscar con quién casarse; por ei encontró el zorro.

—¿Pa ónde vai, hormiguita?

—A uscar con quién casarme. Si acaso cantái bonito, *los* casamo. La asustó el zorro.

—Yo no me caso con vos, porque no cantái.

—Máh allá encontró un perro.

—¿Pa ónde vai, hormiguita?

—A uscar con quién casarme. Si acaso cantái bonito, *los* casamo.

Pegó un ladrío el perro, si asustó la hormiguita y siguió caminando Máh allá encontró el burro, que le ijo:

—¿Pa ónde vai, hormiguita?

—A uscar con quién casarme.

—Casémolo los do.

—Caso cantái bonito, *los* casamo.

Pegó un rebuzno el burro, la asustó.

—¡Qué tontol! Mi asustaste; no me caso con vo.

Máh allá encontró un ratón.

—¿Pa ónde vai, hormiguita?

—A uscar con quién casarme.

Es que le ijo el ratón:

—Casémolo los do.

Es que comenzó el ratón: "Chí, chí".

—¡Ay, qué bonito! Casémolo los do. ¿Cómo te llamái?

Es que se llamaba Ratón Pere. Se casaron los do y jueron a usar los pairino, las mairina, pa comerse una cazuela que tenían. Lo que ejó al Ratón Pere dueño 'e casa, es que le ijo:

—No se vaya meter al fondo con comía.

Se jue a meter, se refaló y se cayó. Cuando llegó la hormiguita: “¿Dónde estái, Pere?”. Y Pere no llegaba. Se jueron a servir y salió cocío el ratón. Es que la hormiguita lloraba por el ratón. El Ratón Pere se cayó a la olla y la hormiguita lo siente y lo llora.

Los Andes (Valle de San Francisco), 1950.

ASCENSIÓN GALLARDO.

225

L A T E N C A

Había una noche, que cayó en tiempo del invierno en el mes de abril, una helá muy grande. Había una tenquita que salió ella así a sacar alimentos para ella, pero tanto era la helá que le quebró la patita.

—¡Mire, helá —le dijo la tenca—, que me haiga quebrao la patita a mí!

Le ice l' helá:

—Más malo es el sol, que me reíte a mí.

Ahí se jue la tenca onde el sol.

—Mira, sol —le dice—, ¿por qué eres tan malo, cuando el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

—Más malo —le dice— es el nublao, que me tapa a mí.

Pronto la tenca se jue onde estaba el nublao y le dijo:

—Nublao, ¿por qué sos tan malo, cuando tapái el sol, el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

—Más malo —le contesta el nublao—, más malo es el viento que me corre a mí.

Ahí se jue la tenca entonce onde estaba el viento.

—Viento, ¿por qué sos tan malo, cuando corríh el nublao, el nublao tapa el sol, el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Le dice entonce el viento:

—Más mala es la tapia, que me tapa a mí.

Entonce se jue onde estaba la tapia.

—Tapia, ¿por qué eres tan mala, cuando la tapia ataja el viento, y el viento corre el nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonces le dice la tapia:

—Más malo es el ratón, que me rompe a mí.

Allá se jue onde estaba el ratón.

—Ratón, ¿por qué eres tan malo, que rompís la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

—Mira —le dice entonces el ratón—; ¿no sabís que el gato me caza a mí?

Allá se jue la tenca onde estaba el gato.

—Gato, ¿por qué sos tan malo, que cazái el ratón, cuando el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

—Más malo —le dice el gato— eh el perro que me corre a mí.

Allá se jue aonde el perro la tenca.

—Mira, perro; ¿por qué sos tan malo, cuando corrís al gato, y el gato caza el ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonces le dice el perro:

—Más malo es el palo, que me apalea a mí.

Allá se jue onde el palo.

—Mira, palo; ¿por qué apaliái al perro, cuando el perro corre al gato, y el gato corre al ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá, y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonces le dice el palo:

—Más malo es el fuego, que me quema a mí.

Allá se jue onde el fuego.

—Fuego, ¿por qué sos tan malo, que quemái al palo, y el palo apalea el perro, y el perro corre al gato, y el gato corre al ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonces le dice el fuego:

Más malo es l' agua, que me apaga a mí.

Entonces:

—Agua, ¿por qué sos tan mala, que apagái el fuego, y el fuego quema el palo, y el palo apalea el perro, y el perro corre al gato, y el gato corre al ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el vien-

to, y el viento corre el nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonce l' agua le contestó:

—El buey es malo, que me bebe a mí.

Allá se jue onde el buey.

—Mira, buey; ¿por qué tomái al agua, cuando l' agua apaga el fuego, y el fuego quema el palo, y el palo apalea el perro, y el perro corre al gato, y el gato corre al ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

Entonce el buey le contestó:

—Más malo es el cuchillo, que me mata a mí.

Entonce se jue aonde el cuchillo.

—Cuchillo, ¿por qué sos tan malo, cuando el cuchillo mata al buey, y el buey se bebe l' agua, y l' agua apaga el fuego, y el fuego quema el palo, y el palo apalea el perro, y el perro corre el gato, y el gato corre al ratón, y el ratón rompe la tapia, y la tapia ataja al viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte l' helá y l' helá me quiebra la patita a mí?

—Más malo es el herrero —le dice el cuchillo—, que mi hace y me deshace a mí.

Se jue onde el herrero. Entonce le dice:

—Mire, herrero; ¿por qué sos tan malo, qui hacís y deshacís el cuchillo?

Pega la mirá el herrero:

—¡Y este pájaro anuncianero qué viene a molestarte a mí! —le dice.

Y le planta un golpe y mató la tenca.

Pomaire, Santiago, 17-1-1962. Grabación en cinta magnética.

ABRAHAM VÉLEZ.

LA DIUQUITA

Est' era una diuquita solita, siempre, buscando comiíta que comer. Un día en la mañana salió y una helá grande, onde andaba por allí saltando, le quebró la patita. "¡Güena cosa, que esta helá haiga sío tan mala que me quebró la patita! Voy onde ella".

—Helá, ¿por qué sos tan mala, que me quebraste la patita y yo andaba buscando comiíta?

—¡Ah! —le dijo—. Más malo es el sol, que me reíte a mí. ¡Ese es malo!

Ya se jue onde el sol a saltito, a saltito, llegó onde el sol.

—Sol, ¿por qué sos tan malo, que reití la helá y la helá me quebró la patita a mí?

—¡Bah! —le dijo—. Más malo eh el nublao, que me tapa a mí.

Ya se jue onde el nublao.

—Nublao, ¿por qué sos tan malo, que tapái al sol, el sol reíte la helá y la helá me quebró la patita a mí?

Entonce le dijo el nublao:

—Yo no soy malo; malo eh el viento, que me corre a mí.

Ya se jue onde el viento.

—Viento, ¿por qué sos tan malo, que corríh al nublao, el nublao tapa el sol, el sol reíte la helá y la helá me quebró la patita a mí?

Entonce le dijo el viento:

—Yo no soy malo; más mala es la rama, que me ataja a mí.

—Rama, ¿por qué sos tan mala, que atajáh el viento, el viento corre el nublao, el nublao tapa el sol, el sol reíte la helá y la helá me quebró la patita a mí?

—Más malo eh el cuchillo, que me corta a mí.

Entonce ya jue onde el cuchillo.

—Cuchillo, ¿por qué sos tan malo, que cortás la rama, y la rama ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte la helá y la helá me quebró la patita a mí?

—¡Bah! —le dijo—. Más malo eh el herrero que me hace a mí.

Ya jue onde el herrero.

—Herrero, ¿por qué sos tan malo, que hacíh el cuchillo, y el cuchillo corta la rama, y la rama ataja el viento, y el viento corre al nublao, y el nublao tapa el sol, y el sol reíte la helá y la helá me quebró la patita a mí?

—¡Vení, diuca, aquí con tus bolinas! —le dijo.

Y le planta un palo a la diuquita en vez de haberle puesto la patita, la acabó.

Este era un mono que andaba con la montura al hombro, cuando se encuentra con la comaire zorra.

—¿Por qué va con la montura al hombro, compaire?

—Porque me le murió el caballo, comaire.

—Mire, compaire; ¿por qué no me ensilla a mí? Yo tengo muy güena rienda.

Y la ensilló y la arrancó por una loma abajo.

—¿Qué le parece, compaire, que tengo güena rienda yo?

Y no hallaba cómo voltiarlo al compaire pa comele la montura.

Y se pararon en una cuesta y divisa la zorra un ganao 'e cabra.

—Me parece que no son cabra, sí parece que son perro, comaire.

—Vamos no más, compaire —le dice.

Y era un hombre que andaba pillando zorro.

—¡Mira, hombre, onde va la zorra con el mono a caballo!

Entonce le dice:

—Échale los perros, que van cerquita.

—¿No ve, comaire, que eran perro?

—Afírmese, compaire, y arranquemo.

Cuando de affligio que ya lo alcanzaban los perro, saca el lazo, y le pone el lazo a un tronco, y le llega la estirá del lazo, y cae la zorra de espaldita, y él se jue al monte.

—¡Qué se joda mi comaire! —dijo él.

Y pillaron la zorra.

LA ZORRITA Y EL LEÓN

Era una señora viuda que tenía su hacienda. Y el león se la estaba comiendo toa y no hallaba quién le matara el león, no más que lloraba, si amargaba. Llega una zorrita empleándose a la casa y se empleó ella. Esta zorrita comenzó a cuidale la hacienda. Ya se enojó tanto el líon que la zorrita rodiaba las vacas pa la casa, no podía cazar él.

Y había otra zorra, era comadre con el león. Entonce le dijo:

—Lo que podimoh hacer es matala; usté se va a hacer muerto y yo le voy a decir que venga al velorio.

Bueno, la zorra andaba por allí llorando.

—¿Por qué llora?

—¡Que no se murió mi compaire lioncito! ¿Y ahora que él trabajaba por día y comía, ahora qué a comer?

—¿Y ta velándose?

—Sí, ta velándose. ¿Y puede ir al velorio a la tarde?

—Sí —le dijo—, voy a hacer mis cosas temprano y voy.

Ya hizo sus cosas temprano la zorrita, y pidió un paquete 'e vela a la señora y jue al velorio. Taba en una cueva 'e piedra el lión. Ya salió la zorra, la comadre, allí a recibila:

—Pase pa entro.

—Más ratito —le dijo—; déjeme refrescarme, porque traigo calor.

Ya hace rato estaba escureciéndose.

—Pero los velorio en que yo he andao siempre me he fijao que los muertos se peen y este muerto no se pee na.

Ya jue:

—Compairito —a l' oreja—, dése güelta pal otro lao y se tira un peíto.

Ya se dio güelta el lión pal otro lao.

—¡Pum! —dijo muy juerte el peo.

—Muerto que se pee no lo velo yo —dijo la zorrita.

Y parte, ¡hijitos de mi alma!, a toíta carrera. Se para el lión entonce a carcarle a la zorrita, a pescarla, se da un golpe en la piedra y cae pa atrás. ¡Ya 'stá! Se arrancó la zorrita y se jue pa su casa. Ya llegó allá.

—¿Cómo vamo a hacelo —dijo— pa matala pa poer comer estas vacas?

—Ya se jueron al agua, va toos los días —le dijo la zorra al lión— y ai la podemos pillar.

—Güeno, usté la va a catiar.

Ya se jue al agua y la catiaban. Y ella jugaba con un palito en una cuevecita, y entonce el lión se metió aentro 'e la cueva y la zorra metía el palito.

—¡Ah! —le dijo—. ¡El lioncito por agarrarme mi manito agarró un palo!

Y parte la zorrita a toíta carrera pa la casa tamién. ¡Ya 'stá! No la podía pillar.

Entonce dijo ella:

—No me va a dejar vivir este lión. Oiga, señora; me va a dar una sarta di ají —le dijo.

—¡Ay! Sabe usté, pues, zorrita, onde está pa machacala.

Vino, agarró una sarta di ají, lo machacó, buscó una calabaza y lo echó aentro, hizo un ajiaco bien güeno.

Al otro día tempranito se jue al agua, se subió arriba di un roble, taba gacho pa l' agua, onde si agarraba l' agua, pa la laúna qui había.

Se subió arriba con su ají, pu. Entonce el líon catiándola, ¡y no va a mirar pa l' agua y la ve en l' agual!

—¡Ah! ¡Aquí ti había di haber pillao!

Y pega el salto al agua. Salió sacudiéndose la caeza, no la llevó na. La golvió a ver, golvió tres veces. Se ríe la zorríta.

—¡Ah! ¡Arriba estabas! —le dijo—. Yo creía que estabah aquí abajo.

Y se sube pa arriba.

—Súbase bien —le dijo—, agárrese juerte, y abra bien harto loh ojo y cierre bien el potó (la narradora ríe).

El líon comenzó a subir pa arriba, loh ojos bien grande y el potó bien cerraó, y se sube pa arriba. Entonce ella:

—Abra harto loh ojo, porque yo por un laíto yo me le voy a bajar.

El con loh ojazos bien abierto, ¡y le larga la calabaza di ají en loh ojo! Se larga el líon abajo pa refregarse, se jue de espalda, y cayó encima di una piedra y se reventó los seso. Si acabó el líon.

Ya se jue pa la casa, jue a buscar una cuchilla y le sacó el cuero al líon. Y se jue onde la señora:

—Aquí —le dijo— vengo a dejale este animal, que no le va a hacer más perjuicio.

Le entregó. Le dio las gracia.

—Y que yo me voy, yo soy un ángel del cielo qui hai venío a librale su hacienda que no se la acabe toa el líon.

—¡Ay, mi zorríta linda! ¡Qué se va a ir!

Vamos llorando a sujetala. ¡Cómo no!

Se volvió una paloma y se jue pal cielo.

Si acabó el cuento,
se jue pa la tierra aentro,
salió por un zapatito roto
pa que la Silvia cuente otro.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en magnetófono.

AMELIA QUIROZ.

EL SAPO, LA ZORRA, EL LEON Y EL VENADO

Un día estaba un sapo en un rastro di un güey qui había queao un poco di agua y pasa una zorra con una gallina en el hocico.

—¿Para ónde vai, zorra cochina?

—¡Bah! —dijo la zorra—; me estaban aguaitando.

Dio una mirá para atráh y divisó el sapo.

—¿Qué estás haciendo aí, sapo tiñoso?

El sapo le contestó:

—Mucho cuidao conmigo, porque soy el sapo más correor.

La zorra le dijo:

—¡Qué vah a correr tú!

—Si acaso quieres —le dijo el sapo—, el domingo te corro; busca tu personal.

La zorra uscó el león como de jueh, el venao como de *gritón* y el chingue de *veor*. Quearon a juntarse a las dos de la tarde en la cancha. La zorra principiú a pasiarce y el sapo toavía no podía llegar. La zorra dijo: “A los doscientos metros lo voy a ir mirando para atráh”. En esto llegó el sapo, se cuadró en la raya onde l’ iban a pegar el grito. El sapo le dijo:

—Me voy a poner un poquito máh atrás, porque yo de tres saltos voy a estar al otro lao del lazo.

El venao les dijo:

—A las tres van a partir.

El venao contó “uno y dos” y a las tres partieron. La zorra apretó muy rápida y el sapo se pegó de la cola. La zorra a los doscientos metros se paró a mirar pa atrás. “Ya no tengo apuro”. Se jue sin ningún cuidao. Se paró a la llegó del lazo y pegó el salto el sapo y le dijo:

—Te gané, zorra cochina.

En esto principiú el alegato, uscaron el juez de carrera para que diera su fallo. Llegó el león.

—El sapo ti ha ganao —le dijo.

La zorra le dijo que no. Llega el venao y dice:

—No te quea na qui alegar.

El león le dijo al venao:

—Cállate, insolente; tú ereh un *gritón* y no debes de meterte.

El venao contestó:

—Yo correspondo dentro ‘e la carrera. ¡Viva mi güen sapo tiñoso!

El león le dijo:

—¡No te vaiga dar una palmá!

El venao le contestó:

—Si tengo la culpa yo, me retiro en el momento.

El león lo sentenció:

—Donde te encuentre, te comeré.

La zorra le dijo al león:

—Oiga, tío; hágase el muerto, yo se lo voy hacer llegar aquí.

La zorra siguió llorando:

—¡Mi tío líon es muerto!
Y el venao salió a los llanto.
—¿Qué te pasa, tía?
—Mi tío líon murió.
El venao le preguntó:
—¿De qui habrá muerto?
—Muerte repentina debe ser.
—Lueito voy a ir al velorio, voy a llevar unas vela.
Le pasó a uscar tres coligües secoh y llegó onde estaba su tío muerto.

—¡Pobre mi tío líon que se encuentra muerto! —siempre de lejito—, ¡ay! —dijo el venao—, ¡qué muerte más parecía a la del finao de mi padre! Mi padre después de muerto estiró una pata.

Y se tiró un peo.

—Muerto que se pee a mí no me la pega —dijo el venao.

Y arrancó lo más juerte que él púo. La zorra le dijo al líon:

—Mal hecho lo qui usted hizo. ¿Aónde había visto qui un muerto se peera?

El líon le dijo:

—Déjalo no máh; aonde me lu encuentre me lo voy a comer con zapatoh y too.

Y salió en busca de él. Se jue a un roce onde se estaban quemando unas ruma. Dijo: “Por aquí tiene que pasar”, y se quea dormío. En esto llega el venao, dijo: “Aquí está mi tío”, y se usca una caña, se la pone en la narih. El líon pegó un *tohnudo*, dice: “¡Mosquita puta que no me dejas dormir!”. El venao mide la caña. “Hasta aquí se la voy a perder”. Le entierra la caña hasta la mitá en la narih. El líon recuerda muy asustao y principia a sacársela con las dos mano. “Esta paja —dijo— me la ha colocao el venao. ¿Dónde más s' irá mi sobrino que no lu hai de encontrar?”.

Un día lo divisó la zorra que estaba sentao en un peñasco a la subía di una cuesta y le preunta:

—¿Qué estáh haciendo aquí?

—Toy esperando una yegua gorda que me traen pa comémela. ¿No sabe ónde está mi tío líon para regalársela yo a él?

En esto llegó el líon.

—¿Qué estáh haciendo aquí, sobrino? Hoy va ser el día que te voy a comer.

— *Té* callao, tío líon. Lueo me traen una yegua gorda, se la quero regalar a usted. Póngase en la punta de la cuesta, yo se la voy a echar a correr.

El lión, creendo que era verdá, se jue a poner en una angostura esperando a qué hora bajaba la yegua. El venao se consiguió el chingue para que li ayude a dar güelta el peñasco; lu enfrentaron a la cuesta.

—¡Allá va la yegua, tío!

El lión estaba preparao, cuando siente la sonajera. “Aquí viene llegando la yegua”, dijo y le sale de frente. Llega el peñasco y le da el golpe en la caeza y dijo el lión: “¡Qué yegua que patea tan juerte!”. Queó con toas las muelas flojah a gritos que se mataba. Llega el venao y le preunta:

—¿Qué le pasa, tío?

—La yegua me patió, pues, sobrino.

—¿No puee abrir loh ojos? —le dijo.

El lión abrió loh ojuh un poquito.

—La yegua está allá abajito —le dijo.

El lión distinguió que era un tremendo peñasco. “¡Ave María!”, dijo. “Mi sobrino di otra me va matar; voy a precurar de comémelo onde me lu encuentre”.

El venao habitaba arriba di una altura. Un día preuntó el lión a la zorra:

—¿Nu has visto mi sobrino?

—En tal parte está —le dijo—; ta refacilito pa que se lo vaiga a comer.

Se jue el lión en busca de él. Lo jue a encontrar una noche de luna mirando que estaba para abajo.

—Aquí va ser el día que te voy a comer.

—*Tee* callao, tío lión, qui aquí abajo en el río hay un tremendo queso. Yo estoy listo para tirarme porque dicen que el queso es muy güeno.

—Oye, sobrino —le dijo el lión—; mejor me tiro yo, empújame tú di atrás pa ir máh al fondo. Cuando yo saque el queso, lo comimoh a media.

En esto estaban, cuando el venao lu empujó. Le llegaron a zumbar lah orejah al lión con la velociá que llevaba. Queso no sacó ninguno, porque la luna era la qui alumbraba. “¡Güena cosa que soy lesó”, dijo el lión, “que too le creo a mi sobrino! Con too lo que mi ha pasao ya no le creo ni una cosa máh”.

Al otro día estaba el venao arriba di un nogal comiendo nuece. Va su tío lión pasando y le pega un silbio:

—Oiga, tío lión; pase a comer nuece.

El *lión* lo *queó* mirando.

—Tírame una para acá.

El *lión* la *recogió* y le *dio* un *apretón* con la *mano*. El *venao* le *dijo*:

—Así no se *parten*, *pus*, *tío*.

El *lión* le *preuntó*:

—¿Cómo se *parten*, *pus*, *sobrino*?

—Búsquese una *pedra* grande y otra más *chica*, ponga sus *bolitah* encima de la *pedra* grande, y ponga la *nuez* máh encima y con la otra *pedra* *afórrele* un *peñascazo* que va a *quear* blanquiando la *comía* de la *nueh*.

Y el *lión* toma la *pedra* con la *mano* y *afórrale* *peñascazo* a la *nuez*. La *nuez* saltó *lejo*, se le *reventaron* las *bolitah* al *lión*.

—¡Coma, *pus*, *tío*, *coma*!

El *lión* *queó* medio *aturdíó* con el *dolor* de sus *bolita*. “¡Qué *mu-chacho* más *pícaro*!”, *dijo* el *lión*. “¡Hacerme *comer* mis *bolitas* creendo que era la *nueh*! Ahora sí que más no le *creo*, aonde me *lu* *encuentre* *tendré* que *comémelo*”.

Entonce el *venao* *dijo*: “Aquí me *encuentro* mal, voy a *recorrer* otrah *aldeas* vecina”. Se *jue* par’ una *aldea* que era *dueño* un *rey*, y *encontró* la *pasá* en un *río* qui *había* un *cuycuy*, y cuando *estuvo* al otro *lao* se *encontró* con un *colmenal* que *tenía* el *rey*, y éste *principió* a *comerse* la *miel* y *pasaba* pa l’ otro *lao* ‘el *cuycuy*. Un *día* *dijo* el *rey*: “Mañana voy a *cosechar* la *miel*”. Y *jueron* con un *mozo* a *ver* los *cajone*, *encontraron* los *cajones* que no *tenían* *miel*. “¡Bah!”, *dijo*. “Me *están* *robando* la *miel*”. Y se *jueron* al *cuycuy* y *encontraron* un *rastro* *taco* alto, y *dijo*: “Esta *eh* una *mujer* que me *está* *robando* la *miel*”. Se *jue* para el *palacio* y le *contó* a su *señora*:

—Hija —le *dijo*—, una *mujer* *lo* *está* *robando* la *miel*, porque le *encontramoh* el *rastro* y es *taco* alto.

Entonce le *dijo* la *señora*:

—Mira —le *dijo*—; *hácete* un *mono* de *yeso* y lo *vah* a *dejar* parao al otro *lao* del *cuycuy* con una *mano* *levantá*.

En la *noche* *venía* el *venao* *nuevamente* a *robar* más *miel*, cuando se *encuentra* con el *mono*.

—Güenas *noches*, mi *amigo*. *Hágase* un *laíto* —le *dijo*—, que yo voy a *pasar*.

El *mono* no le *chilló* ninguna *cosa*. *Levanta* la *mano* el *venao*, y le *planta* un *palmazo* y *quea* *pegao*.

—Oiga, *amigo* —le *dijo*—; *lárgueme*, si no le voy a *dar* otro *palmazo*.

Levantó la otra *mano* y *pegó* en la otra *quijá*; también *queó* *pegao*.

—Lárgueme —le dijo—, si no le voy a dar dos patás —le dijo.

El venao se recogió y le dio dos patáh y queó pegao.

—Lárgueme, amigo —le dijo—, porque le voy a dar una caezá.

Y le plantó la caezá y queó pegao. “Ahora sí”, dijo el venao, “me encuentro frito; me pillara mi tío líón, éste me comería con mono y too”. Cuando de repente siente un tropel, dice: “Mi tío líón viene ai”. Se le ocurre pegar un grito: “¡Ay, que me quieren matar porque no me como una vaca gordal!”. El líón dijo: “Por ai está mi sobrino”. Nuevamente golvió a gritar el venao: “¡Que me quieren matar porque no me como una vaca gordal!”. En esto llegó el tío líón.

—¿Qué te pasa, sobrino?

—Me quieren matar —le dijo— porque no me como una vaca gorda.

—Hácete un lao —le dijo—, yo me voy a poner aquí.

—¡Sí éste no me quiere largar! —le dijo.

Entonce el líón lo pesca de las verija y lo tira para atrás, se despega el venao.

—¿Y ahora qui hago yo?

—Péguele dos palmazos —le dijo—, uno en caa quijá.

El líón queó pegao.

—Ahora déle dos patás —le dijo.

También queó pegao.

—Déle una caezá —le dijo.

Queó pegao.

—Ahora grite usted que se la va comer, lueo le van a traer la vaca aquí.

Entonce gritó el líón:

—¡Yo me como la vaca gordal!

A los gritos llegó el rey con un mozo.

—¿Tú eras que te estabas robando la miel?

—No —le dijo—, sí yo estoy esperando una vaca.

—Vamos pa allá pa la casa, allá te la voy a dar.

Lo llevaron en peso con el mozo. Cuando llegaron allá, mandó a calentar el horno que esté bien colorao. El líón dijo: “¿A qué hora me traerán la vaca gorda?, porque me está dando hambre”. En esto llegó el rey.

—Ya es hora que te vah a comer la vaca —le dijo.

Lo llevaron y lu echaron aentro del horno, y el líón se cerró a saltoh, y en los saltos que daba se escapó por la puerta arrancando falda abajo, de roillitas corría, llegó arrastrándose a un *gualve* con toas las patas quemáh.

En esto llegó la zorra que lu andaba uscando.

—¿Qué le pasa, tío?

—Estoy sin esperanza de la muerte. ¡Fíjate las picardías qui hace mi sobrino venao! ¿Podieras tú —le dijo— pasarme para l' otro lao del *cuycuy*?

—Pero usted sin bastón no puee andar.

Lueo la zorra se uscó un peazo de coligüe para bastón pa su tío y lo dejó del otro lao del *cuycuy*.

—Menos mal, aquí estoy salvo —dijo el líon—. ¿No mi has visto mi sobrino por ahí?

—Sí —le dijo la zorra—, muerto de risa estaba enenante ahí a media falda, y anda con bastón —le dijo— y baja a tomar agua a un pozo a la hora de las doce. Ahí está muy fácil para qui usted se lo pesque. Usté se mete aentro 'el pozo y cuando él vaiga a tomar agua usté se lo pesca.

El líon se metió aentro 'el pozo, esperando que venga el venao a tomar agua. De repente llegó el venao a tomar agua aentro 'el pozo. El líon le tira el agarrón.

—¡Ay, mi tío líon! —le dijo—. Por agarrarme di una pata mi agarró el bastón.

Entonce el líon le larga la pata, queó con el bastón agarrao y sale para juera. Llega la zorra y le dice:

—¡Pucha qui usted es bien leso, tío; después que lo tenía seguro de la pata quearse con el bastón agarrao!

—¡Pero sí él me dijo: ay, mi tío líon, por agarrarme la pata mi agarró el bastón!

El líon le dijo:

—Espérate no más, por aquí mismo lo voy a esperar.

Un día lo divisa el venao que estaba cerquita su tío líon, y arranca pa un palo que tenía unos boqueh y principió amarrase y en esto llega el líon.

—Aquí va ser hoy el día que te voy a comer.

—El venao le dijo:

—Oiga, tío; viene un torbellino muy grande y los que nu están amarrao se los lleva toíto.

—El líon le dijo:

—¿Por qué no mi amarrah a mí, sobrino? Te voy a perdonar de toas las que tú mi has hecho.

—Si eh así —dijo el venao.

Se principió a desatase y principió amarrar su tío líon bien amarrao hasta con la cola al hombro y le dijo:

—Lueíto va llegar el torbellino.

Y se jue el venao onde una viejita a pidile un asaor caliente. Cuando estuvo colorao, apretó pa onde el tío lión.

—Tío, agárrese juerte, qui ai viene el torbellino.

Y le entierra el asaor por atráh en el potó, y el lión con los corcovos que daba se desató y arrancó, y al saltar una quebrá aonde hizo juerza el asaor saltó para atráh, y alcanzó a llegar a duras penah a un palo y ai se murió.

Una tarde lu encontró la zorra. “Pues mi tío está durmiendo, mejor no lo voy a recordar na, a las doce golveré”. Llegó la zorra nuevamente onde su tío.

—¡Recuerde, tío lión!

¡El lión qui ía recordar cuando ya estaba tieso! Salió la zorra llorando a too pescuezo: “¡Mi tío lión se murió!”, a llantos salió la zorra. El venao:

—¿Qué pasa? —le preuntó—. Seguramente —dice el venao— que el torbellino que pasó, ése jue que lo mató. Espéreme aquí, voy a ir a uscar el torbellino.

Jue a uscar el asaor.

—Este eh el torbellino —le dijo a la zorra—; se lo voy a ir a degolver a mi agüelita, que me lu había emprestao.

Jue y se lu entregó.

—Hasta lueo, agüelita. Muchas gracias por su asaor; éste jue el que mató a mi tío lión.

Se jueron con la zorra a ver su tío lión.

—¿No si habrá hecho muerto otra vez como cuando se tiró el peo? Llegaron onde estaba muerto.

—Ahora sí que yo creo que mi tío lión es muerto, porque las moscas se lu están comiendo. Yo me hei contentao mucho qui haiga muerto, porque ahora naiden me va molestar a mí, ahora yo viviré lo más felih en esta ciudá, y sepúltalo tú, que yo no ti ayudo en na.

Queó sepultándolo la zorra y el venao queó viviendo lo más felih en esa ciudá.

Vivanco, Valdivia, 1952.

CALIXTO CARRASCO.

CACHIPORRITA SOY

Est' era una liona y un zorro. Entonce el zorro se enamoró de la liona y decía:

—Yo la liona me la aprovecho —y aquí y allá.

Entonce ya la liona supo y lo pillá al zorrito.

—¡Ah! ¡Vos soh el qui andás cachiporriando de mí! Te voy a comer. Y apreta a toa carrera cargándole. Entonce se arranca el zorro, pasa por un portillito y la liona va a pasar, ¡se atajó, pu! Se vuelve el zorrillo, y agarra una varilla y se sube a caballo en ella.

—¡Cachiporrita soy! —le decía—. Toma. ¡Cachiporrita soy! ¡Cachiporrita soy!

¡Y déle cachiporrita! (la narradora ríe).

Estaba cachiporriando. Entonce ya se aburrió de cachiporriala, ya la dejó ahí y él se jue. Y la liona queó ensartá.

Salió cierto lo que le decía. Aprovechó de la liona.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en magnetófono.

AMELIA QUIROZ.

231

CACHIPORRITA SOY

Este era un líon y una liona. Y un zorro andaba cachiporriándose. Un día lo pilló la liona y le dijo que andaba cachiporriándose, que andaba enamorado. Entonce le cargó, le tiró un salto pa pescarlo pa matarlo. Y se le arrancó.

Y tenía una cueva bien hondo pa abajo y salía pal otro lao. Y se metió y salió al otro lao. Y la liona se metió, quedó atracá en el medio. Entonce el zorro buscó una varilla y le dijo:

—¡Cachiporrita soy!

—¡Y déle varillazo!

—¡Cachiporrita soy!

—¡Y déle varillazo!

—¡Cachiporrita soy!

—¡Y déle varillazo!

Y el zorro se jue y la liona quedó atracá.

Era too el cuento.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en magnetófono.

LORENZO VILLEGAS.

232

EL ZORRO Y EL PERRO

Había una vez un zorrillo con mucha hambre y no tenía cómo cazar. “Voy a entrar de sacerdote para decir misa; sobre la misa me puedo tener presa para alimentarme”, dice el zorrillo. Luego una prédica dijo qu’ iba a hacer un santo domingo.

Entonce jue una gallina muy aseñorá, muy bien vestiíta, güena plumita, con una polluela, muy bonita la polluela. Había una pava con una pavita. Las pavitas son humilde, agachaíta. Esas jueeron a misa que el zorro hizo. Jue el burro y el perro a la misa. Bueno, cuando viene, dijo en su predicación entonce el zorro si alguna quería confesarse, serían muy bendecías las palabras de él. Jue la gallina.

—Yo no me ha confesao nunca —dijo—, voy a este sacerdote que me confese.

Llegó la gallina y la pollita.

—Venga, hijita —muy aseñoraíta la polluelita, muy bonita, y ella muy bien vestiíta, va como son las gallinitas bien presentaítas—. ¿Qué busca usted?

—Vengo a confesarme, señor.

—¿Qué tiempo que no se confiesa? —le dijo el zorro.

—No me he confesao nunca.

—Pero —le dijo—, ¿cómo puede ser esto de no confesarse? ¿Y qué edá tiene usted?

—Tengo un año.

—¿Y en un año no se ha confesao?

—¿Y qué edá tiene la señorita?

—Tiene —le dijo— tres mese —una polloncita ya de tres meses.

—Bueno, venga pa acá.

Llegó a confesarse. Cuando llegó, y la pescó de la cabecita y la dentró para entro no máh a la sacristía.

Ai llegó la pollita a confesarse. Cuando llegó la pollita:

—¿Qué dice usted?

—A confesarme vengo.

—Usted es nuevecita, no se ha confesao nunca; en fin, venga pa acá.

Ya haciendo oracione está su mamá allá entro. La confesó, llegó no más, le pescó el golletito y le cortó la cabeza pa entro. Ya tiene la gallina y la polluela.

Bueno, después viene la pavita con su manto así haciéndose humilita como pavita.

—¿Qué busca usted?

—Vengo a confesarme —le dijo la pava.

—¿Qué tiempo que no se ha confesao usted?

—No me he confesao nunca.

—¡Qué gente que no se confiesa! ¿Qué años tiene usted?

—Tengo dos año.

—¿Anda en dos años?

Taba vieja ya la pavita (el narrador ríe). Viene y entonce la con-

fesó. Hizo la misma operación, la tomó del cuello, de la cabecita, la mató, la echó pa entro. Ya dijo: "Tenimo cazuela para comer".

Ei se presenta taita burro a confesarse, con sus pasos lentos llegó allí.

—¿Qué buscái?

—Vengo a confesarme.

—¡Pero qué te vai a confesar vos, tan feo, lah orejas tan larga! Ándate. ¿Quién te va a confesar a ti?

Bueno, y llega el perro. Ai ta lo delicao. Afligió, cuando llegó el perro.

—¿Qué busca, señor? —le dijo el zorro.

—Sí, pues, vengo a confesarme.

—¿Pero qué pecao va a tener usté, cuando es tan bonito, suh ojitos tan bonitos, su colita tan bonita, su nariz tan bonita? —el perro bien presentao, gordito.

—Vengo a confesarme.

—¿Qué pecao va a tener usté? —le icía el zorro.

—Soy pecaor; acúseme, padre, que me comí un ternero di año —le dijo el perro.

—Esos no son pecaos, son pecaos veniale, éstos no son pecaos. ¿Qué pecaos son éstos? ¡Tan bonito!

No hallaba cómo engañar al perro. Cuando di un repente le dice:

—Acúseme, padre, que me comí un cordero.

—¿Cordero? Esos son pecaos veniales, no son pecaos. ¿Qué pecaos van a ser éstos?

—Acúseme, padre, que me comí un zorro.

—¡Ahá!

Ahí le pareció malísimo. Zorro s' hizo.

—Hínquese aquí, acá.

Y el perro lo miraba atracao a la puerta que no se le juera pa ni un lao, pue, y di un repente, como zorro, como es zorrillo bien liviano, saltó por un lao y sale por la puerta pa juera 'e la iglesia; entonce:

—¡La absolución, padre! ¡La absolución, padre!

Siguió corriendo el zorro. El zorro por ahí se desmayó, por ahí se jue. Vino el perrito, se jue a la casa, a l' iglesia, comió primeramente la gallinita, despuéh al otro día se comió la polluela, al otro día la pavita vieja.

Por eso todavida el perro eh el fiel compañero.

Y se terminó el cuento del zorrillo con el perrito.

EL ZORRO

Bueno, señor Pino, vamos a contar otro cuentecito de otro zorrillo, vamos andando, vamos dándole empiezo a este zorrillo.

Y empezó un día con hambre el zorro, nu hallaba qué comer, porque las presa estaban muy ausente, [había] muchos galgos que no podía él hacer presa. Un día en una casa [en] qui había abundancia de fruta va andando el zorrillo, buscando por allí si encontraba un pajarito u algo que comer. Pueh, había un gato qui había hecho presa en un ratón grande y se lo había comió. Como siempre los gatitos toman la carnecita y dejan la piel a un laíto, había dejao la piel a un laíto el gato. Entonce cuando divisó al zorro, viene y planta el salto arriba di una mata de cirgüelo. El zorro viene y se le va al costaíto y le dice:

—¿Por qué usted, cuando me divisa a mí, usted dispara?

—Para que no me cace usted, pues compadre zorro, porque usted es muy traicionero.

—No —le dice—, yo con mi compadre no soy así. —Pero quería siempre este bárbaro zorro comerse al gato—. ¿Y cómo se libra tanto de mí?

—Mire; no sabe usted, compadrito; yo con esta ojetita me defiendo de los galgo —y escondió la uñita el gato, quedó sin nada—, con esto me defiendo de los galgo. Vamos —le dice entonce— a ver; si usted no me hace traición, le hago unas ojetitas como las que yo tengo.

Bueno, el zorro le obedeció y le dice:

—Háceme, compadre gato.

Vino este gato habiloso, l' hizo unah ojetitas bien hechitas de la piel del ratón que se había causiao. Entonce viene, ya las tenía hechitas:

—*Tése* una semana por ahí con los rayo 'el sol —le dijo— hasta la tardecita y usted escoja los galgos más grande a ver si acaso lo van a cazar.

Bueno, ya contento el zorro, secando lah ojetita, cuando tanto la pielcita se le secó demasiao que queó refalosita.

Un *dida* el zorro va a l' orilla onde un amenistraor que tenía seis perros zorrero, amarraos los tenía el caballero y ahí los tenía pal invierno pa los ganao y too. Entonce viene el zorro ya a l' hora del almuerzo, como a lah once y media, a las doce, a travesiar con lah

avecitas, muchah aves que tenía, y sale una de las señoritas del mismo caballero y ve el zorro que está jugando con lah ave, le dice:

—¡Papá, venga! ¡Mire lo qui hay con las gallina!

Ve que era el zorro que estaba jugando con las gallina a ver si acaso podía empalicala para comerla. ¡Medio jueguito saltando por ahí! Había una mata 'e sauce y en el sauce había un gancho grande al que podía saltar.

—¡Qué! Con estah ojótitas que el gatito me hizo, con éstas me salvo de los galgo.

¡Naranjas ni peras, porque estaban refalosas! Dispara entonce el zorro a toa carrera, le larga los seis perro el caballero, el dueño 'e casa onde se encontraba el amenistraor. ¡Qué! Cuando él saltó arriba, se cayó abajo. Al otro salto lo pescaron los galgo.

—¡Mira la maldición! —le decía el zorro al gato—. Te quearís mirando.

Entonce, queríos caballero, el zorro que se le presente, no se le mueve el gato en ninguna forma, quea parao ahí, quea parao ahí.

Así le pasó al gatito con la maldición que el zorro le echó.

Y se terminó el cuentecito del zorro.

EL TÍO LEÓN

Era un caallero que tenía un mozo, tenía una ternera gorda. Un día mandó el caallero al mozo que le juera a darle paja. Jue con un saco con paja el mozo a echarle a la ternera al potrero, ¡cuando le sale de los monte, le sale la comadre zorra y lu asusta con la cola tan larga! “Espérate no más”, dijo; “mañana té voy armar una trampa yo aquí pa que no me vengái asustar”. Entonce jue y li armó la trampa en unas tripitas que llevó, li armó una trampa. Llega un ñeque, y se come las tripita y se queó cazao en la trampa. ¡Cuando iba el tío lión olfatiando por ahí y encuentra al ñeque cazao en la trampa! Le ice el lión:

—¿Qué está haciendo aquí, sobrino ñeque? ¡Me lo voy a comer!

—No, tío lión, no me coma. ¿Está tonto usted que me va comer?

—¿Qué está haciendo usted aquí?

—Aquí estoy porque no me como una ternera gorda —le ijo.

—¡Vaya, sobrino ñeque! Yo me la como —le ijo.

—Güeno, tío lión, sáqueme di aquí pa que se quee aquí usté pa que se coma la ternera gorda; yo no me la quero comer —le ijo.

Viene el lión, con lah uña abrió la trampa, y sacó al ñeque y se gana él en la trampa y se jue el ñeque. Llega el mozo a dar güelta y se encuentra al lión en la trampa.

—¡Yo me como la ternera gorda! ¡Yo me como la ternera gorda! —estaba el lión.

—¿Te vai a comer la ternera gorda? —le ijo.

Y se sale pa la casa a uscar los perro, y güelve con los perro el mozo y le planta la perrá al tío lión. El tío lión llegaba a rugir hasta que se salió de la trampa y arrancó. Los perro lo siguieron y no lo pudieron pillar.

Se jue el tío lión rabiando con el sobrino ñeque que lu había hecho lesa, ijo el tío lión: “Donde lo pille me lo voy a comer, ¡va a ver no máh!” Andaba el tío lión rabiando, con hambre. Estaba el sobrino ñeque arriba di un peral.

—¡Tío lión!

—¡Ah, sobrino! ¡Aquí está! ¡Aquí me lo voy a comer!

—¿Está tonto usté que me va comer? Suba pa arriba a comer perita —le ijo.

Empezó a tirarle perita, agarraba las perita el lión y se las comía. Lo ejó entretenío comiendo perita al lión, se voló el sobrino ñeque y se jue.

Se jue el lión enrabiao con el sobrino ñeque. “Donde lo pille me lo tengo que comer no máh”. Andaba con hambre el tío lión, nu había podío cazar na. Al otro día estaba el sobrino ñeque arriba di un nogal. Lo que lo vio no máh el ñeque:

—¡Tío lión!

—¡Ahora me lo voy a comer!

—¿Ta tonto? Vaya a comer nuececita.

—No quero nuece, me lo voy a comer no más.

—¿Ta tonto? Le voy hacer un convite; vamoh a comer unos cabrito —le ijo.

—¡Ah, qué güeno eso! —le ijo.

Entonce lo convía a comerse unos cabrito.

—En aquella puntilla vamoh a comer unos cabrito temprano, qui andan ahí.

Llega el tío lión al otro día aonde están las cabra.

—Aquí me las voy a comer las monjita esta.

—No, tío lión, no las coma.

—No; me las como no máh estas monjita.

Llegan las cabra.

—Vamoh hacer un coro primero, tío líon, y después *los* come en aquella puntilla, en aquella caleta, y usted *loh* hace el coro.

Y principian a rodiar al tío líon a la puntilla, y empezó hacer coro el líon y hacer coro las cabra contestándole: “¡Alalé, alalé!” Estaban rezando las cabras pa que después se las comiera. “Gritan las cabra”, ijo el dueño, “tienen atrincá a las cabra”. Y salió con sus perro, le dan la corretiá al tío líon y se llevó las cabras pa la casa. Ahí queó el tío líon corretiado y con hambre. “Métete no más, tío líon, métete no máh hacer coro otra ve; come coro ahora”, ecía.

Por allá había una yegua paría.

—¡Ah, biatita! A vos voy a comete.

—No, tío líon, no me coma.

—Te voy a comer la cría entonces.

—No me coma la cría, que mi ha costao tanto pa criala.

Entonces se hizo bien coja la yegua, empezó el líon a rodiala pa comele la cría.

—Oiga, tío líon; sáqueme esta espina que me clavé, después me come la cría.

—¡Pero me la dai!

—Sí te la doy.

Se va el tío líon, li agarra la mano a la yegua y empezó con lah uña a sacarle la espina a la yegua. Y comenzó a cargarse la yegua y le manda las patá, tiró lejo al líon y lo ejó aturdió. Enfiló la yegua y se manda cerro abajo con la cría, no le vieron ni la luh. Ahí queó el tío líon: “¿Quién te manda sacar espinita?”, ecía. “¡Come espinita ahora!”. Salió el tío líon too aturdió y con hambre.

Encuentra unos cordero muy regordo.

—Estos biatito me los voy a comer, tienen que estar gordito estos biatito.

—No, tío líon, no *los* coma —ijeron los carnero.

—No; me los como no máh.

Empezó a rodiarloh y los carnero apiñarse no máh hasta que llegaron a un barrancón muy alto qui había.

—No, tío líon, no *los* coma, déjelos rezar unos padrenuestro primero, usted se va ganar aquí y *loh*otro vamo a pegar una carrera, y el que salga máh atrás ése se va comer primero y usted *loh* espera en el borde de este barrancón.

Se ganó el tío líon, muy sentao estaba en el barrancón, y se ganaron los cordero muy alto cerro arriba, se jueron por una loma cerro arriba y di allá se iban a venir onde estaba el tío líon en el borde del barran-

cón esperando los codero. Estaba muy sentao ahí esperando a los cordero.

—¡Ya, tío líón! —le ijeron.

Y se mandan los cordero parejito, iban tooh unío, y le plantan la topá toos juntito, y lo mandan barrancón abajo y se dieron al hilo los cordero. Ahí queó el tío líón en la quebrá, le costó pa subir. Al rato salió el tío líón de la quebrá. “¿No vis, tío líón? ¡Come padre-nuestro ahora!” Ahí queó el tío líón con hambre, no pudo comer nunca hasta que se murió el tío líón too golpiao.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

235

EL BURRO ROCILLO

Este que eran unos pilcaores que tenían un burro rocillo que tenía treh año, y era cojúo. ¡Lo hacían trabajar tanto! Le echaban los yoles llenos de piedra y le daban muy mal de comer, porque los pilcaore eran muy borracho.

—Es tontera que yo esté sufriendo aquí —ijo el burro—. Siendo joven, pueo hallar un trabajo mejor por allá.

Y cuando los pilcaore se jueron, le sacaron los yole y lo dejaron con el aparejo. Entonce el burro jue y se metió al río, y anduvo cinco cuadras por el río para entro y salió por onde habían más piedras para que los pilcaore no le hallaran la huella. Entonce el burro lo buscaron loh hombre y hallaron que la huella llegaba al río, pasaron pal otro lao y no le hallaron huella una.

El burro anduvo tres día río aentro y llegó a una vega muy grande que había mucho pasto. Y esa estancia era de un líón. Y como el año había sío malo, hacían cuatro mese que el burro estaba ai ya. Y en el medio de la vega había un maitén muy grande. Entonce el burro se comenzó a rascar en el maitén. Se comenzó a rascar y se sacó el aparejo y queó doblaíto en el pie del maitén. Como el burro tenía tantas mataúra, el burro ya estaba brilocito de gordo. De repente asoma el líón y ve al burro que estaba en la estancia.

—¿Quién eh este caballero de la capa rocilla que se ha venío a meter a mi estancia? —Se enojó tanto—. ¿Con qué derecho se ha venío a meter, amigo, a mi estancia? —le ijo el líón.

—Esta estancia es mía —le ijo el burro.

—Hacen veinte año que yo compré esta estancia —le ijo el líon.

—No —le ijo—, esta estancia era de mi bisagüelo —le ijo el burro— y mi bisagüelo se lo ejó a mi papá y, como yo era el único hijo y ya hacían cuarenta año que andaba en el estranjero y mi padre murió, me queó la herencia a mí, entonce mih amigo me escribieron que un caballero se había hecho dueño de la estancia. Inmediatamente yo me vine.

—Pero la estancia es mía —le ijo el líon—, me la entrega no máh.

—¿Y usted tiene algún título? —le ijo el burro.

—No tengo ninguno —le ijo el líon.

—¿Y con qué me justifica que la estancia es suya entonce?

—¿Y usted tiene alguno? —le ijo el líon.

—Claro que tengo —le ijo el burro—. Pase para acá para mi escritorio.

Y entonce con el hocico, ai taban las mataúra patentitas del burro.

—¿No ve? Aquí están lah escritura. ¡Cómo será de viejo el libro que las tapas son de cuero y cómo ya están hecho tira!

—Mire, amigo; hagamo un convenio —le ijo el líon.

—¿De qué será? —le ijo el burro.

—Si usted sube conmigo a la *tota* hasta la punta del cerro sin descansar, eh el dueño usted de la estancia.

—Sí —le ijo el burro—, pero de allá tiene que traeme usted.

—¡Cómo no, pus! —le ijo el líon.

Entonce el líon montó a la *tota* del burro. Vino el burro, se jue por la parte más pendiente que había. Como el burro estaba tan gordo, el líon no se podía sujetar arriba del burro y por agarrarse le hizo unos cuantos tajo en el espinazo y el cogote.

—Ahora le toca a usted llevarme a mí —le ijo el burro.

Entonce el líon se vino por la parte más pendiente cuesta abajo. El burro no se podía sujetar en el líon también. Entonce el burro, de tanto refregón, se le paró al burro y se lo metió en el pote.

—¡Ay, ay, ay, pueh, amigo! No me meta el deo en el pote.

—Yo, como no tengo uña, pueh, amigo, me agarro con mi cuña —le ijo el burro.

Y cuando llegaron al escritorio, le sacó las tripah enredá en la callampa y al momento el líon se murió. Y el burro queó dueño de la estancia.

Y se terminó el cuento.

EL BURRO

Este era un burro que era muy güeno pa la carga. Y cuando llegó a viejo, le daban de palo y lo mandaban a la calle. Entonce salió andar a buscar amigo. Primero se encontró un cordero amarrao que estaba pa un santo pa matalo.

—Hombre —le dice—, ¿por qué estái amarrao tú?

—Porque me van a matar pa un santo.

—¿Querís? Vámolo los dos —le ice.

Máh allá se encuentran con un chancho.

—¿Por qué estái amarrao tú? —le ice.

—Porque estoy en celebración pa un santo.

—¿Queríh irte conmigo? —le ice.

Se juntaron los tre. Máh allá se encuentran con un gallo que estaba muy triste en la calle. Dijo el gallo:

—Me van a matar pa unos conviao.

—¿Queríh irte conmigo? —le ice.

Entonce se jueron los cuatro. Máh allá con un gato echándole los perro.

—¿Queríh irte conmigo? —le ice.

Máh allá se encuentran con un perro.

—¿Qué estái haciendo aquí?

—Toy triste porque me van ahorcar.

—Ándate conmigo —le ice.

Se juntó el burro, y el cordero, y el chancho, y el gallo, y el gato y el perro.

—Vamoh andar el mundo, compañero —les dice el burro.

Llegaron escureciéndose a una montaña. Entonce le ice el burro:

—Aquí vamoh hacer alojamiento.

Tonce el burro al gato:

—Vos, que soi tan útil, anda ver si encontrái algo pa comer.

Luego encontró un palacio en la montaña y halló comistrajo pa toa la familia. Y se dirigieron al palacio. Luego hicieron la cena y se aprovecharon del palacio. El palacio era de quince bandío. Luego llegó el mozo para hacer comía para los bandío. Dice él:

—Hacen quince día que dejé juego en la cocina y toavía quea juego.

Y eran loh ojos del gato que relumbraban. Se agachó a soplar el juego, cuando le planta las garrah el gato en la cara, y sale asustado

para juera onde suh amigoh y les dice que hay un atrevío en la cocina. Entonce el gato le ice:

—Amigo, argo hay en el palacio que se encontraron loh enemigo.

Entonce el cordero le da una topá al cocinero y lo cimbra al rincón, y en el rincón taba el burro y le planta una patá. Allá se ende rezó onde estaba el chanco y lo agarró a hocienzo y lo sacó pa juera. Entonce dijo el gallo:

—¿Aónde va que no lo veo?

—Estos son unos grandes bandío que hay aquí —dijo el cocinero. Entonce le dijo:

—Ya perdimoh el palacio, porque hay dueños muy útileh aquí y tal vez pueen ser comisionao.

—Tamoh en la mala y perdimoh el hogar.

Y terminó.

Olmúé, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

EL BUEN GALLO

Esta jue una señora, no tenía máh en la casa qui un gallo y una gallina. En lo noche le llegó visita, mató la gallinita, le queó el gallito. El marío le ijo:

—Vamoh a matar la gallina, porque el gallo loh hace falta para que los despierte cuando aclara.

Dijo el gallo: “Yo me voy a ir, porque de no me van a matar a mí también”. Salió el gallo, se jue. Por el camino encontró un gato, ijo que lo iban a matar, porque no cazaba y estaba flaco.

—¿Pa ónde vai, güen gallo?

—Me voy porque me van a matar —dijo el gallo.

—A mí también.

—Vamos junto.

Se jugaron junto. Máh allá toparon un burro.

—¿Pa ónde vai, güen gallo?

—Los vamo porque los van a matar.

—A mí también —dijo el burro—, porque no sirvo pa la carga.

—Vámoslos junto.

Se jugaron junto, salieron los treh. Máh allá encontraron un carnero.

—¿Pa ónde vai, güen gallo?

—Los vamos porque los van a matar.

—A mí también, porque estoy viejo.

—Vámoslos junto.

Se juntaron los cuatro y se juearon. Máh allá encontraron un güey.

—¿Pa ónde vai, güen gallo?

—Vamo a recorrer el mundo, porque los van a matar.

—A mí también me van a matar, porque no sirvo pa la carreta.

—¿Vámoslos junto?

—Vámoslos junto.

Se juearon los cinco. Máh allá encontraron un pato en una laguna.

—¿Pa ónde vai, güen gallo?

—Vamo a recorrer el mundo, porque los van a matar.

—A mí también me van a matar.

—¿Vámoslos junto?

—Vámoslos junto.

Se juearon los sei. Llegaron a un alojamiento. Tanto qui habían andao, onde había un sauce ijo el gallo:

—Aquí en este sauce vamo alojar, vamo hacer juego.

Hicieron juego y se ganaron. A lo que jue hora ijo el gallo:

—Voy acostarme.

Se subió arriba del sauce. Dijo el gato:

—Yo me gano a la orilla de los tizone, no me muevo del juego.

Dijo el pato:

—Yo me voy pal agua, pa la acequia.

El güey, el burro y el carnero ijeron:

—Lohotro vamo a comer pasto.

Juearon a comer pasto. Máh aelante había otro juego. Eran unos lione que estaban jugando al monte, eran los tahure qui habían ante. Se les termina la vela a los lione, ijeron los lione:

—¿Quién eh el máh hombre que vaya a uscar vela a aquella casa?

—Yo —ijo uno.

Llega al juego y agarra un tizón, viene y le quema las barba al gato. Llegó el gato y lo pescó de loh ojo con las garra; si apea el gallo, pega un canto y se monta a caallo en él y lu agarra a espuelazo; y llega el güey y lu agarra en lah asta y lo ejaba quer; y llega el burro y le mandaba las patá; y el carnero se retiraba y le mandaba las topá, y el pato no podía llegar y gritaba:

—¡No lo larguen, no lo larguen, no lo larguen!

A aletazo no podía llegar. Y cuando se lo largó el gato, apreta el lión arrancando, no llevó na el juego y llega allá onde loh otros lione.

—¿Qui hubo 'el juego, hombre?

—Que no pude traer juego. Hay unoh hombres muy reguapo. Uno debe haber sío pescaor, porque en cuanto llegué me pescó con loh anzuelo de loh ojo. El otro sería amansaor, porque montó a caallo en mí y mi agarró a espuelazo. Y el otro sería encerraor, porque andaba con horqueta y me levantaba con la horqueta y me ejaba quer —le ijo—. Otro salió muy regüeno pa las bofetá, me las pegaba muy rejuerte las bofetá. Otro había muy regüeno pa los caezazo, me plantaba unos caezazo muy rejuerte —le ijo—. El otro sería muy reguapo, porque gritaba: “¡No lo larguen, no lo larguen, no lo larguen!” Ese nu alcanzó a llegar; si llega ése me mata —le ijo.

Dijeron los lione:

—Ahora vamoh a ir too allá con la mesa a jugar allá.

El gato estaba onde mesmo, el gallo arriba del sauce. Dijo el carnero:

—Yo me voy a subir al sauce también.

Se subió, ahí quearon. Llegaron los lione con la mesa allá al juego, cuando estaban repartiéndose las plata. El gallo tenía gana que se comieran los lione al carnero que estaba arriba del sauce.

—Oye —le ijo el carnero—; ¡ya me meo!

—Güelveté de espalda y te míai las lana —le ijo el gallo.

Se güelvé de espalda el carnero y se manda de gancho en gancho pa abajo, cayó encima de la mesa. Arrancaron los lione y ejaron ahí toa la plata arriba de la mesa. Se juntaron toos, se repartieron de las platah y se golvieron toos con la plata pa sus casa onde los viejo pa que no los mataran, les llevaron a loh amo plata pa que no los mataran.

EL PATO, EL GATO Y EL CORDERO

Est' era una viejita que tenía un pato, un gato y un cordero. Ella era locera. Un día hizo harta loza y les dijo:

—Ustedes van a quedar aquí cuidando y yo voy a buscar la leña pa cocer esta loza.

—Güeno, mamita —le dijeron.

Eran niños, pero los tenía tranformao. Ya quedaron allí.

—¿Por qué no jugamo, hermanito? Juguemmo.

—¿Y cómo vamo a jugar?

—¡Bah! Jugando.

Ya comenzaron a saltar por encima de la loza, se cayeron encima, hicieron peazo la loza.

—¿Y qué vamo a hacer ahora?

—Los vamos, porque mi mamita los va a matar. ¿Cómo no los va a matar? Los va a acabar.

Salieron pegando el gato, el pato y el cordero. El cordero comía pasto por el camino y el pato también. El gato no comía na, no hallaba qué comer.

—¡Ay, hermanito! —le dijo entonces—. Ya me muero del hambre.

—¿Y qué te voy a dar? Cómeme un' oreja.

Le dio un' oreja el cordero. Se comió l' oreja. Salió máh ailante caminando.

—¡Hambre otra vez!

Ya llevaba tanta hambre.

—¿Qué te voy a dar? Cómeme l' otra oreja.

Le comió l' otra oreja, le comió las doh orejas. Ya máh ailante:

—¡Hambre!

—¿Qué te voy a dar, hombre, cuando ya no tengo orejas? —le dijo—. Cómeme la cola.

Le comió la cola. Máh ailante, ¡no encuentra una cabeza di un león! El gato comió hasta que más no pudo y salió con su cabeza a la rastra.

Llegan a una casa sola qui habitaban puros leone ahí no máh, un juego güeno, la gente si había arrancao. Entonces él viene, y echa la cabeza al juego el gato y se la come. Quearon mirando.

—¿Aónde vamo a dormir esta noche? —dijo el cordero—. ¿Y éstos no los van a comer?

Había escala. Se subieron pa arriba. Entonces tarde de la noche le dieron deseos de miar al cordero.

—¡Ya me meo!

—Pónete de espaldita y te empapáh en tus lanitas —le dijo.

—¿Cómo va a ser?

Y se da güelta pa ponerse de espalda y se manda abajo del soberao onde estaba. Entonces el pato comenzó a arrastrar las paleta encima de las tabla:

—¡Asegúrate! ¡Déjame a mí los demáh! ¡Asegúrate uno no más! ¡Déjame los demáh a mí!

Y si arrancaron los lione a toa carrera y ai quearon elloh.

Al otro día se levantaron, el pato pastando y el cordero tamién, y el gato al sol se puso a afeitarse.

—¿Quién va a aguaitar? —dijo uno de los lione.

—Yo voy —dijo la zorra —a ver qué es lo que pasa en la casa.

El gato estaba al sol afeitándose pa un lao, l' otro lao, y el pato pastando y el cordero decía:

—¡Qué güeno que está! ¡Qué güeno! —onde cortaba el pasto.

Entonce se jue la zorra a toa carrera.

—¿Quién había?

—Ai taba uno afeitándose y decía: “Por este lao y l' otro lao el líon que yo me como” y el otro le decía: “¡Qué güeno que está! ¡Qué güeno que está!”.

—¡Máh arrancamo, hijito!

Salieron. Ya entonce ellos quearon de dueños de casa ahí, y ai tarán viviendo.

Y si acabó el cuento.

239

EL A R R I E R O

Había una vez un arriero qui andaba con cuatro mulitas buscando su vida en trabajo, porque era una persona que le gustaba di andar así buscando su gremio para pasar su vida como él quería tenerla y era un hombre pobre y no tenía mejor como pasar. En un camino encontró una culebra aplastada con piedras pesadas sobre el cuerpo de ella. Paró su mulita que llevaba. “Voy a oservar esta culebra que se está aplastando y se va a reventarse con esta piedra pesada”. Pues vino el arriero, con sus juerzas que él tenía, joven, levantó un trozo de piedra de doscientos kilos, lu hizo así a un lado. Todavida no se había hecho un lado la piedra, se desarrancó la culebra aonde está aplastada con la piedra y se le colgó en el cogote engüelta en varias güeltas como ahorcándolo y le dijo:

—¡Un bien con mal se paga! Tú me levantaste di aonde estaba. ¿Cómo sabías si yo quería mi muerte? —Pero por oservar la culebra yo pensaba di hacerlo bien, lo estoy haciendo mal—. Mira; onde te digan “Bien con bien, mal con mal”, ahí te suelto, no serís tú mi presa —le dice la culebra al arriero.

Entonce viene, y se colgó y salió. Dejó su caballito abandonado y su mulita y siguió andando el arriero. Cuando al poco más adelante sobre su camino onde iba encontró un güeicito viejo, todo picaniado, todo mortificado, entonce le dijo:

—¿Cómo eh esto? —le dice el arriero—. ¿Cómo es la cosa?

—Un bien con un mal se paga.

—No.

—Un bien con un mal se paga, porque yo jui un güey muy güeno pa la carreta, pa todo, hacía mi servicio, y ahora mi amo me tiene abandonado para qui hagan presa los pájaros de mí u los perritos. Yo no sé, porque jui un güey güeno, pero yo no puedo, yo soy viejo, ahora un bien con un mal se paga.

Vino la culebra, lu apretó más sobre la garganta. Y siguió andando este dicho arriero. Al poco más adelante se encontró con un caballo qui había sido un caballo de lo mejor de lo güeno; también estaba todo clavado por las costillas, enfermo de los lomo, y no podía ya, porque su juventud se le había pasao, había quedao un caballito que no servía; el dueño ya lo había abandonado, porque ya no servía ese rotito. Le preguntó el arriero:

—Mire; dígame, mi güen caballo, si acaso un bien con un mal se paga.

—Así es. Yo era un caballo muy güeno pa los corrales, muy güeno pa la cancha, pa topiar muy güen caballo, muy güeno pa asistir mucho, y después, porque me encuentra ya viejo, me bota a la calle pa qui hagan presa los perritos, los brutitos, de mí.

Entonce el arriero siguió andando y la culebra li apretaba más la garganta para ahocarlo, entonce dijo:

—Mira; te falta una, ya van dos, te falta una pa ahorcarte —le dijo la culebra— y te como.

Bueno, este arriero iba urgido, porque pensaba en su muerte, de ver que la culebra lu estaba ahorcándolo de la garganta. Despuéh encontró un perrito en la calle; flaquito estaba el perrito.

—Mire, mi güen perro —le dijo el arriero—; ¿un bien con un mal se paga?

—Sí —le dijo el perro—; yo era un perro muy güeno que cuidaba mucho su sitio y, ahora que me encuentro viejo, mi amo me botó a la calle pa que un auto, una carreta, me aplaste y me mate, siendo un perro tan güeno que jui yo.

Más lu apretó la culebra. En seguía más adelante se encontraba con una zorrita, muy paraíta, sentaíta la zorra, tonce le dice la zorrita:

—¿Por qué, culebra traicionera, llevái ese caballero apretao sobre su garganta que no lo poí ni hazelo respirar ni cosa alguna, cuando loh arrieros tienen ellos su poquitito de comida pa nosotros, son hombres qui andan buscando su vida y así que *dei* yo también [te pido que] le hagái la libertad.

—Dile, zorrita —le dijo el arriero—, ¿cómo puede ser? Esta culebra estaba aplastada en una *piera* pesada, vine yo, la levanté para que saliera di aonde estaba, porque s' iba a reventar, y ella dice: “No importa”, que quería matarse con esa piedra.

—No, pues —le dice la zorra—; bien con bien y mal con mal.

Entonce le dice a la culebra:

—Sáltate de la garganta de este arriero. Mira; sabís que soi' la serpiente más dura qui hay; asustaste toa la gente y aquí tenhí este arriero de su garganta. Suéltate di ahí, que bien con bien y mal con mal.

Oyendo estas palabras, la culebra se soltó al tiro, y se escondió en los árbole.

—¿Sabe? —le dijo la zorra al arriero—. Me va a dar una gallinita.

“En la casa hay avecitas, ¿por qué no le doy a esta zorrita una gallinita?”. Viene, jue a buscar su mulita el arriero para seguir su trabajo. En seguía viene, dijo: “¡Qué a esta zorra le voy a dar gallina! Se me ceba a las gallina y no me deja ni una”. Ahí le pagó con mal al tiro di haberle sacao di aonde estaba la culebra.

Siguió andando él con su mulita. Y en la casa había un burrito viejo que ya no le servía y había sólo un burrito pa la carga de lo güeno, un burrito muy servicial. Bueno, entonce: “Este burro está muy viejo, lo voy a retiralo y después me compro otro mejor, que este burro no me sirve”. El burro queó oservando.

Bueno, siguió al monte al otro día a uscar leñita, lleva toas sus mulitas por allá y el burrito. “Ultima carga que le voy a dar a este burro”, dijo, “le voy a dar una carga pesá cosa que se mate por el camino, entonce sirve pa los perro”. En seguía de esto, cuando viene después, se va el arriero a cortar al monte para hacer su carga de leña, viene la zorra también de picaíta porque no le había dao la gallinita, le robó toos los látigo al arriero y lo dejó sin ni uno. El burrito taba por ahí mirando, era viejito, pero sabía que la zorra loh había llevao. Cuando después, para hacer los tercios, para hacer la carga el arriero este de leñita, para echarla a los lomo a las mulitas, no encontró látigo ninguno. Se los había llevao la zorra too. Y el burrito con su paciencia se jue andando, andando, se fijó onde había dejao en el hoyito onde se había metío la zorrita con los latiguitos del arriero. Entonce le dice el burrito viejo:

—Mire, mi güeno amo; si usted me da un almú de cebada, le digo onde están los látigos. La zorra que lo salvó de la culebra a usted, ésa le robó los lazos.

Dijo:

—Yo le dije que l' iba a dar una polluela y no se la di, me robó los lazos. ¡Bien con un mal se paga!

Ya se dio cuenta de lo que había pasao. En seguía vino y le dio el almú de cebá al burrito. Di haberlo comío el burrito aquello, se levantó.

—Y me voy —le dice— onde está.

Bueno, este burrito llegó a la cueva onde se encontraba la zorra, onde había escondío toos los látigos del arriero. Entonce vino y se queó botado haciéndose el muerto, que estaba muy muerto. Entonce tenía en la cueva un cachorrito, zorrillo chico, pero era correor ya. Bueno, y sale pa juera el zorrillo a echar una desaguaíta por ahí, para la patita por aquí, cuando ve el burro muerto y le echó una miada en la boca al burro y el burro abría el hocico [como] que estaba muerto, y dentra el zorrillo corriendo pa dentro.

—¡Mamita, mamita, hay carne allá juera, hay carne allá juera! ¡El burro del arriero está muertol! ¡Hay carne, mamital!

El zorro no se llama zorro, se llama García, entonce le dice la zorra aentro:

—Mira, García; asómate si acaso es verdá lo que el hijo dice qui hay carne.

Vino el zorro, se asomó al lao ajuera de su puerta onde estaba su casa de él, ve que estaba el burro abiertas las patas, estirás, muerto.

—Si es verdá, hija, qui hay carne.

—Por eso el hijo estaba diciendo qui había carne. Bueno, los lazos del arriero los ponimo a las cuatro patita, y lo arriamo, lo amarramo bien de la cintura, de las veriija, bien ataíto.

Bueno, haberse ya atao el zorro de toos esos látigos que tenía para atar el burro pa entro, comienza a abrir otra patita el burro y el niñito, como too niñito se fija, le dice:

—¡Mire, taitita, l' otra zapatita que tiene el burro! Amárresela.

Lo amarran de l' otra patita bien atao a la cintura. ¡Ya 'stá! En lo primero que lo van arrastrando pa la puerta de la cuevita, viene el burro y dice:

—¡Aijí, aijí, aijí!

Y se las raspa con los zorros, con García, y la zorra y el zorrillo nuevo a toíta carrera pa la casa aonde el arriero, y en los tronco y en las pieras quearon hechos peazo la zorra, y el zorro y el hijo, y llegó con toos látigo el burrito viejo onde el arriero.

Y terminó este cuentecito del arriero.

Este era un león que había oído decir que el hombre era la fiera más brava del mundo.

—¿Cómo puede ser la fiera más brava del mundo cuando soy yo la fiera más brava?

Entonces se fue a buscarlo y por ahí en el camino se encontró con una zorra.

—¿Para dónde va haciendo viaje?

—Voy en busca del hombre para pelear con él, porque he sabido que es la fiera más brava del mundo.

—No haga tal, tío león, porque el hombre lo va a matar.

—Yo voy no más —dijo él.

Y se fue. Por el camino encontró un güey que venía casi hecho tira. Entonces le dijo:

—¿Cómo le va, amigo?

—Muy bien, amigo —le dijo el güey.

—¿Usted eh el hombre?

—No, señor. ¿Qué quiere con el hombre?

—Voy a buscarlo para pelear con él.

—No haga tal, amigo, porque el hombre es muy bravo.

—Mire que yo soy bien macizo.

—Mire que si no me arranco me mata, mire cómo me ha hecho.

—Yo voy no más —le dijo—. ¿Y a dónde vive?

—A los fines de esta quebrá —le dijo.

Y se fue. Por ahí encontró un burro, que apenas podía andar.

—¿Cómo le va, amigo? ¿Usted eh el hombre?

—No, amigo. ¿Qué quiere con el hombre?

—Voy a pelear con él.

—No se meta con él.

—Mire que yo soy bien macizo.

El burro venía con las muelas meno y las verijah ensangrentá.

—¿A dónde vive?

En el cuartito onde se ve ese humito.

Y el hombre siempre manijaba una carabina, porque le habían dicho que el león pasaba por ahí. Llegó y golpeó la puerta y el hombre salió. El hombre, cuando vio al león, se le engrifaron las mecha.

—¿Usted eh el hombre?

—Sí, señor.

—Vengo a buscarlo para peliar con usted.

—Sí, pero yo no puedo peliar a sangre fría. Retírese de distancia de cincuenta metro y de allá me larga usted una hablá y yo le largo otra y hasta que noh enojemo, entonce noh agarramo a puñete.

El lión se retiró y después de allá le ijo:

—Lárgueme una hablá usted.

—No —le ijo el hombre—; lárgueme usted primero una hablá a mí.

—¿Eh usted el que me viene a buscar para peliar?

—No —le ijo el lión—, lárgueme usted no máh.

Vino el hombre, dentro para dentro, y sacó una carabina y le largó una hablá. Despaldita el lión en el suelo.

—¡Ay, ay, ay, amigo! ¡Güena cosa de hablá pesá que tiene usted! No peleo máh. Bien me habían dicho que no hiciera tal de meterme con usted. Con una hablá que me ha pegao casi me ha muerto. Así me pega una bofetá, me mata al tiro.

Y el lión subió un cerro muy alto y llegó aonde una vieja que tenía una majá 'e cabra.

—¿Cómo le va, señora?

—Muy bien, tío lión —le ijo la vieja—. ¿Qué es lo que trae?

—¡Qué, señora, que me he puesto a peliar con el hombre, y de balde me decían que no viniera a peliar, que el hombre era muy bravo, y a mí me parecía que yo era la fiera más brava del mundo, y me ha pegao una hablá y mire cómo me ha dejao; ¡la tremenda hería que me ha hecho!

—Mire, señor —le ijo, paró la pata la vieja—; mire, de edá de quince año me ha pegao una hablá el hombre, ¡el medio boquerón que me ha hecho! Caa día se me pone máh hedionda. ¡Mire la pila 'e pelusas blancas que me está saliendo por aquí por los bordo!

—¿Y cuántoh año tiene usted, señora?

—Tengo noventa año.

Ya el lión era viejo.

—¿Qué esperanza tengo de sanar yo, señora? —le ijo el lión—. Me voy a morime.

Y como el año había sólo tan malo, andaba una zorra que ya se moría de hambre.

—¿Cómo le va, doña Juana?

—¿Qué le pasa, tío lión?

—Que me puse a peliar con el hombre, y me ha pegao una hablá aquí y mire cómo me ha hecho.

—Mire, tío lión, ¡con quién se jue a meter usted! A ver pa tomale el pulso. Usted tiene mucha fiebre, tiene que buscar una presa que

pese cinco onza. Si come de más, se muere, y si come de meno, también.

Y se jue el lión. Por el camino encontró una perdiz, la halló muy grande. Máh allá encontró un chingolito, lo encontró muy chico. Y la zorra andaba atrás del lión, esperando que se muriera, para ella satisfacer su hambre. Anduvo mucho el lión hasta que por fin en una vega encontró una burra paría.

—Aquí está —dijo el lión— al juste y al justito. Pesa treh onza la burra y doh el burriquito.

Mató la burra y el burro y se puso a comer. En eso llega la zorra.

—¿Qué está haciendo, tío lión?

—Aquí encontré la presa, pus, comadre. Pesa treh onza la burra y doh el burriquito.

—Esa no son ni onzas cuyana —le ijo la zorra—. Yo tengo que ayudarle a comer.

Y se puso a comer junto con el lión. Comieron de más que les dio colerina y se murieron los dos.

Y se terminó.

Paihuano, Coquimbo, 1950.

FRANCISCO ANTONIO ROJAS.

241

EL MONO DE BREA

Este era un veterano que tenía un' higuera. Y toos loh año le producía igual, y la gente del pueblo toos los día le iban a comprar y él no vendía. Entonce precuraron de robale. Toas las noche iba éste y se ponía con una escopeta. No pudiéndole robar, doh hombres dijeron:

—Vamoh a hazelos muertos como que somoh ánima, y así le podimos robar.

Entonce dos muchachos tramaron de ile a robar al viejo Feli. Entonce le dijo uno al otro:

—¿Cómo le vamoh ir a robar, cuando él cuida l' higuera?

—El trámite está así: *los* vamo hacer ánima.

Llegó la noche y se reunieron estos doh y se jueron hacia l' higuera. Y de lejo devisaron que Feli estaba sentao con l' escopeta en las mano. Entonce le dijo uno al otro:

—Mira, la cosa está así pa poder comer higo.

Entonce dijo uno:

—*Lohotro*, cuando éramos vivo, *los* gustaba mucho loh higo.

Contestó el otro:

—Ahora que somos muerto andamo en busca 'e Feli tuerto.

—¿A mí me buscan? —es que dijo.

Diciendo eso, se jue sin conocimiento, dejando l' escopeta botá al pie de l' higuera. Así pudieron dentrar a robar higo, y llenaron sus bolsa y comieron hasta que no pudieron máh.

Al otro día, cuando amaneció, jue a ver su escopeta. Como eran muerto, no hicieron caso de arma. Entonce él se jue onde una vecina que eso le había pasao, que cómo podía favorecer l' higuera que no le roben. Le dijo la vecina:

—Mire, vecino; como yo soy locera, yo le voy a hacer un mono.

Y diciendo eso, se puso en trabajo a la parte onde podía tener su peligro de robar loh higo. Y le pusieron al mono un canasto cuasi lleno de higo.

Entonce en la noche llegaron los ladrone y se van a encontrar con un hombre.

—Güenas noche, amigo. ¿Y qué está haciendo aquí?

Nada el mono.

—Este está enojao —dijeron.

—Convideme un higo, amiguito.

Nada.

—¿Y por qué no hablas vo?

Menos que hablar el mono. Y entonce le dijo uno al otro:

—Yo le atraco una palmá y le quito loh higo, y no hay otra.

—Pero él es solito y nosotros dos. Le quitamos loh higo no máh.

Levantando la mano, y dándole un palmazo, quedó pegá. Entonce le rogaba:

—Suéltame.

Le atracó una cabezá, también quedó pegá. Lo hallaba guatón; le dio una roillá, quedó pegao con la roilla encongia.

—¡Pero ayúdame, hombre! ¡Me está ganando!

—¡Dale no más!

Llegó el extremo que quedó pegao de toas parte. Lo dentró a defender su compañero, haciendo las mismah operacione. Dejando el brazo derecho en libertá, así que así pudo hacer el trabajo para huir. Total que se jueron con el mono a la rastra. Llegando frente a una casa, pidieron socorro, que el duende lo está comiendo.

—¡Auxilio, auxilio! —icían.

Salieron los vecino. Era un mono que tenía aprisionao a loh hombre.

—Tal duende no sucede —dijo uno.

—Somoh hijo de mi tío Feli —dijo.

Y dándole aviso al tío Feli. Luego a castigar los ladrones. Y así les pudo dar libertad; les puso una pomada y lo hizo que el mono los suelte, después de haberles dado un buen número de garrotazo.

—¿Me pagaste tu hijo?

Un higo, un garrotazo. Así que él perdió la cuenta y se pagó el doble y les dejó la libertad. Y con la nota mala para siempre, porque los marcó con la pomada.

Ignao, Valdivia, 1952.

JUAN DE DIOS DÍAZ.

242

EL MONO

Este era un mono laironazo que toos los días robaba y en un sandial tenía comía toas las sandilla. Entonce hizo un mono de grea el dueño del sandial. Entonce el mono vivo y el mono de grea se ponen a jugar a las chapa y lo gana el mono de grea. Entonce le dice que le entriegue la plata, que él pega muy juerte los puñete. Entonce él quedó pegao. Entonce le dice, cuando llega, el dueño del sandial:

—¡Tú erai, laironazo!

Y lo lleva a un poste y lo amarra. Y ahí cuando va pasando el líon y le dice:

—Compaire, ¿por qué está amarrao?

—Porque no me como una vaquillona y no me caso con la hija del rey.

Entonce le dijo el líon:

—Yo me caso con la hija del rey y me como la vaquillona.

Cuando volvió el dueño del sandial con la barreta caliente:

—¡Enante erai mono y ahora soi' líon!

Le encaja la barreta por el potó y lo larga al camino.

Entonce se encuentra con su compaire arriba de un nogal comiendo nuece. Entonce le tira un casco de nuez para abajo.

—¡Comiendo cosas tan rica, compaire!

—¿Por qué no sube para arriba? —le dice.

—¿Y cómo me subo para arriba, cuando estoy enfermo?

—Tome este lazo, compaire, y póngaselo en las verija y yo lo subo para arriba.

Cuando iba para arriba, en la mitá del árbol lo deja amarrao arriba. Entonce él se baja y deja su compaire arriba.

Y él sigue su camino, y se encuentra con unos carreteroh y les roba un queso. Entonce lo alcanza el lión de atráh. Entonce:

—Mire, compaire, las cosas tan ricas que usté no lah ha comío nunca.

Y le tira un peazo 'e queso. Entonce le dice:

—Si hubiera sabío que usté venía pa acá, yo hubiera sacao too el queso.

—¿Y se podrá sacar, compaire, la otra mitá?

—Tírese a la laguna con ese lazo al cogote y alcanzará el peazo 'e queso (que era la mitá 'e la luna).

Y se creyó y se ahogó.

Entonce el mono siguió el camino. El mono astuto entró de cuidaor a un mineral. Con la noche lo visita una zorra.

—Compaire —le dice—, ¡qué güeno está para comerse una gallina y una canasta de güevo!

Entonce el mono, como era astuto, le dijo:

—Vaiga, comaire, a *trela*.

Luego el lión le dice:

—¡Qué güeno está para comerse una vaquillona!

Ahí se dirigió a *trela*. Entonce llega el jote:

—Compaire, ¡qué güeno está para comerse un cuero de vino y un cordero asao!

Luego llegó la zorra con too lo que había ofreció, y ahí le agarró la cola, y la pasó por el juego y la tiró falda abajo. Luego llega el jote con too lo que había ofreció. Tamién lo plantó a l' olla; casi lo coció vivo. Luego llega el lión con su re a la rastra. Tamién le pegó un combazo en la nuca y lo mandó falda abajo. Ahí se dirigieron los tres, que estaban junto, lamentándose y qué lo que pueden hacer con él. Entonce la zorra al *velo*, y estaba afilando un cuchillo él, y le lleva el aviso, dice que ni por ésta y no est' otra lo dispensa y que coma a gusto mi compaire, que nosotros *los* retiramos por no velo máh.

EL CASTRO DE SAN ANTONI DE LOS RIOS

Katoh está un viejo y uno nuevo de guerra muy curados, me habia que lo pudiese. En el momento en que me iba a ir me dio un beso.

APENDICE

Salí un día a andar con un perro. En primer lugar me iba a la iglesia y le pedía el agua. Le dije al sacerdote que si podía me lo hiciera, quería decirle.

- ¿Cuánto pagó?
- Un decímetro de agua y un día.
- ¿Con los curules?
- Con los curules.

Le dije al sacerdote que quería que a él le pusiera un perro, me podía hacer un perro en un momento. Me dijo que si se lo podía de este curato. Dijo el sacerdote:

- ¿Por la iglesia, si me pongo para el curato?

Y le dije a poner a la iglesia a decirme. Le dije al sacerdote que me lo podía hacer en un momento.

- ¿Cuánto pagó el sacerdote? ¿Cuánto pagó el curato?

Entonces le dije a la iglesia que quería que me pusiera un perro. Se lo podía hacer en un momento. A la iglesia le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

-Entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Dijo, entonces le dije.

Entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Le pedí que me pusiera un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Dijo, entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

Y le dije a poner a la iglesia a decirme. Le dije al sacerdote que me lo podía hacer en un momento.

- ¿Cuánto pagó el sacerdote? ¿Cuánto pagó el curato?

Entonces le dije a la iglesia que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

- Dijo, entonces le dije que quería un perro. Se lo podía hacer en un momento. Quería decirle.

Estos eran un viejito y una viejita de juerza muy campeón. No había quién los ganara. Y los hijos de este señor tenían ciento sesenta de juerza.

Salió un día a andar este joven Pedro. En primero llegó onde un haciendao y le pidió trabajo. Le dijo el caballero que él tenía toa su hacienda, quería destroncarla.

—¿Cuánto paga?

—Un decálitro de plata al día.

—¿Con toa comida?

—Con toa comida.

Le dice el hombre de juerza que a él le gustaba comer harto, de posible tenía que matale un animal con cuero, que él se lo come de una sentada. Dijo el haciendao:

—¡Por la chita! ¿Y será güeno para el trabajo?

Y lo jue a poner a la hacienda a destroncar. Le destroncó ciento cincuenta cuadrah en el día.

—¡Caramba! —dijo el hombre—. ¡Güeno pal trabajo!

Cuando bajó a la hora del almuerzo, le tenían un animal hecho cazuela. Se lo comió de una sentá. A la tarde le hicieron otro fondo. Se lo comió también. Tuvo siete días trabajando.

—Patrón —le dijo—, quero arreglo para ir a mi casa a dejale socorro a mis padre.

—Bien, hombre —le dijo.

Llegó a la casa de sus padre. Se entusiasmaron los hermanos de ver que llegó con tanta plata.

—Hermano —le dicen como respetándolo, era el mayor—, los otros lo querimo ir con usted.

Le pidieron que les ponga la bendición su papá.

—No, hermanos, que por mí no hay cuidao.

Y les pusieron la bendición a los menores. Le dejó tres almú de plata a su padre. Salieron a andar los tres hermanos a la hacienda.

—Aquí le traigo mi hermano.

—Muy bien; serán preferioh ustee en el trabajo, ustee hacen trabajo de dos mil hombre.

Si el mayor era de juerza, los otros iban juera. Le destroncaron

toa la hacienda. Muy contento el haciendao, le dijo al mayor:

—¿Quere mi hija a descoger?

—Por mí no hay cuidao; tengo que tomale parecer a mi hermano.

Y le dijeron loh hermano que estaba bien, que él tenía su edá; que era dueño. Se casó.

—¿Y uste? —les dijo el haciendao—. Tengo doh hijas más.

—Nosotros no los casamo, porque tenimo que salir a andar. Nosotros querimo arreglo; usted queará casao.

Llegaron a la selva, a una montaña aonde ni el gallo cantaba al extremo que se perdieron. Se llenaron de vellos, siete año. El del medio se enamoró de una osa. Embarazó la osa, tuvo un niño, mitá animal, mitá cristiano, muy de juerza, más que el padre. El menor le dice:

—Tonto, hermano, ¿por qué te metite con un animal?

—Así será mi planeta.

—Al fin, quéate en tu montaña, en la selva, que yo te dejaré solo.

Llegó a otra selva Manuelito di un palacio de la peña de piedra y de allí luego taba alojao asando un lión. En lo mejor que estaba asándolo, le sale una perra garza.

—Hombre —le dice—, toma un plato.

Se lo comió. Le volvió a icir otra veh:

—Hombre, toma otro plato.

Y se lo comió. Le volvió a icir otra veh:

—Hombre, toma este fondo 'e comía.

Se lo comió también. Le volvió a icir otra veh:

—Hombre, cómete este asao.

Se lo comió tamién. Le volvió a icir otra veh:

—Hombre, ¿qué te voy a dar, ya que no tengo que date?

—Te comeré a ti.

—A mí no me comeris.

Levanta un cerro y se lo eja caer encima. Ai queó la perra garza y le queó como un pique aonde se dejó caer la perra. Tenía mil quinientos metros de hondura. Se jue hacia las montaña, comenzó a matar animales vacuno y comenzó a hacer lazo. Ante de bajarse al pique se le presienta un viejito:

—¿Para ónde va, Manuelito?

—A sacar la perra garza.

—Esa perra garza eh una princesa encantá en el palacio de la roca. Yo le voy a dar una virtud, pero no la vaya a olvidar. Este anillo te lo pondríh en tu mano. Cuando bajís, si te veh en apuro, pega un golpecito aonde está la roca que te ponga un estao arriba. Cuando lle-

guñ al palacio, agarra tres naranjas di oro y precurás de salir. Esas son las virtù de la perra garza. Y sale para juera, pídele a tu anillo. No se te vaya a olvidar como lo hagái. No vah a icir: "Mil estao pa abajo", porque no saldrís nunca. Tienes que icir: "Mil estao pa arriba". Y te volveríh un tonto, llegaríh al palacio del rey, el padre de la perra garza.

Luego se dirigió al palacio. Cuando llegó al palacio, le dio trabajo pa limpiar loh arbolito como tonto. El rey le daba que comer dentro las pesebreras de los caallo. A las doce de la noche salía a remoler un caallo negro, remolía toos loh arbolito bonito. Guardó ese secreto la princesa. Un día jue a conversar con él, a sonsacale que era tonto de nación.

—No soy tonto de nación, jue una enfermedá que tuve, de la enfermedá quedé tonto.

Vino la princesa, lo puso en apretura que el tonto de loh arbolito si animaba a ir a buscar a su hermana que estaba encantá de perra garza. Lo llamó un día el rey, preduntándole acaso si era cierto que si animaba a ir a buscar a una hija que tenía encantá de perra garza en el palacio de la roca.

—Siéndose que usté me lo diga, Sacarrial Majestá, iré a buscarla.

Salió un día llorando por el camino. Le sale el viejito.

—¿Por qué llora, Manuelito?

—¡No hai de llorar! ¡En lah apreturas que me pone el rey!

—No 'mporta, hijo. No te olvidís de la virtù que yo te di, es de posible yo voy a estar arriba. Arranca las dos naranjas di oro, yo me las recibiré.

Lah arrancó y el viejito se lo ayuó a sacar. En eso estaba, al último naranjo se desencantó la princesa de perra garza. Sacó las dos naranja y en seguía lo sacó a él. Cuando ya la sacó a ella y se amarra los lazos de la cintura, de la mitá del pique se cortaron los lazo. Queó la princesa arriba con las naranjas di oro y el viejito clamando a toos loh ángel del cielo. Doh horah y media se olvidó Manuelito en la profundía de ese pique. Cuando volvió en sí, de lugar d' icir: "¡Mil estaos pa arriba!", dijo: "¡Mil estaos pa abajo!". ¡Cuando se encuentra en el palacio de los pimeo!

Del palacio del rey, a las doce de la noche, un relumbre de rayos de luh en el palacio 'e la peña, mandó el rey un negro:

—Anda a ver.

Se jue el negro a ver, encontró la princesa con dos naranjas di oro. Se jue al palacio 'el rey a asustar como un lión. Le dice el rey:

—¿Por qué veníh a asustar?

—No le quisiera contar, mi rey, y yo desencanté el palacio.

—Siendo que eh así, ¡palabra de rey!, te casarís con la princesa.

Mandó una carroza el rey y unos pocos criaos. Los criaos trajeron las naranja y la carroza, trajeron a la princesa. Del momento que subió a la carroza, múa la princesa. La llevaron al palacio múa. El rey le icía al negro:

—Hácela hablar y, si no la hacíh hablar, la caeza te corto.

No la hizo hablar nunca, perdió la caeza el negro. Repartió cartele el rey para toos los palacio: El que hacía hablar la princesa, ése sería el novio, se casaría con la princesa y, si no, la caeza perdía. Murieron muchos prínce, porque ninguno la hizo hablar.

Vamo a Manuelito en la profundía que está. En los palacios de los pimeos está Manuelito un día muy triste, andaba una aguilita:

—¿Querís salir, Manuelito?

—Con mucho gusto.

—Pero tenís que llevarme hartos cordero.

—Pero usted no me va a poer, porque es tan chica.

—Hasta que me canse, te largaré para abajo. Llévame doscientos corderos pa comeme.

En una cuadra le icía l' águila:

—¡Hambre!

Le daba cinco corderos al tiro y se los comía. Andaba otro poco y le icía:

—¡Hambre!

Le daba siete cordero. Se le terminaron los ciento cincuenta cordero, y toavía no podía salir arriba y él a caallo en l' águila. Cuando le ice:

—¡Hambre!

—Se me terminaron, aguilita.

—Te largo pa abajo. Sácate una pulpa de un brazo.

Se la sacó y se la dio. Se la comió l' águila.

—¡Hambre! —le dijo otra vez.

Se sacó la otra y se la dio. Le volvió a icir:

—¡Hambre!

Se sacó la pantorrilla de una pierna y se la dio. También se la comió. Le volvió a icir:

—¡Hambre! —otra vez.

Se sacó un cachete del culo y se lo dio. Le volvió a icir:

—¡Hambre!

Se sacó el otro cachete y se lo dio. Salió arriba, se paró en un piazo de tierra santa.

—Párate, Manuelito.

—¡Si no me puedo parar!

—Párate no más.

Como púo se paró, y lo puso boca abajo, le puso toas sus carne que le había sacao.

—Ahora —le dijo l' águila— te hei sacao, yo no soy águila, yo vengo mandá, me mandó el Señor a sacate de tuh apuro, y aquí te voy a dejar y te vai en cuenta de tonto de loh arbolito. Cuando tú te casís, la primer guagua que tengái me la dai de ahijá para ser yo la madrina, el perdió que te hago.

Llegó el tonto de loh arbolito al palacio. Mucha concurrencia en el pueblo a ver si podían hacer hablar la princesa. Le dijo la princesa que lo único que podía adivinar eso era el tonto de loh arbolito.

—Vení a hacerme hablar la princesa.

—Acaso me sirve el primer plato que le van a servir a usté, la hago hablar.

Le sirvieron el plato que le iban a servir. El se lo sirvió. En segúa lo llevaron al salón aonde estaba la princesa mía. Tan presto lo vio, habló:

—Este jue el que me salvó, no ha sío el negro, que me mató, éste eh el prince del ángel de Dìoh.

En de luego dijo el rey:

—¡Palabra de honor! La princesa se casará con él.

Luego trajo cura, obispo, sotacura, y los casaron. Treina días se celebraron. Y hasta yo toqué también en la celebración.

J U V E N A L Y F A T I M A

En un campo muy extensivo había un dueño de hacienda, rebaños que cuidaba, ovejas. Para esto había un hijo de este matrimonio, se llamaba Juvenal y tenía la especialidá él, era cazaor, donde ponía el ojo ponía la flecha y cuidaba sus rebaños del padre.

Di a poco comenzó a ver que tenía mermas en el rebaño, faltaban corderillos, por ejemplo uno de los chicos. Cuando un día divisa que se deja caer un cóndor y se pesca un corderillo, se va con él colgando, se va a parar allá arriba de una roca y se lo pone a comérselo. Entonce él lo persigue y se va. De lejito le apuntó y le larga con la fle-

cha, le pasó un ala, la flecha quedó atravesá en l' ala y vuela el pájaro así medio volando di a poco, di a poco, y la sangre va estilando y él lo sigue, lo sigue, lo sigue, lo siguió toda la tarde. En la noche pudo dormir un poco por ahí. Al otro día, cuando ya amaneció el día, sigue la pista, sigue la pista, anduvo, anduvo, anduvo, cruzó un monte, cruzó otro, por fin llegó a unah estensas llanuras desconocías que no sabía para ónde iba, sinó que seguía las pistas de sangre este niño no más, él con su traje de cazaor y con sus flechas últimas que le quedaban. Tanto había andao, como a media tarde divisa ya muy lejo un castillo que brillaba por todas partes y las pistas de sangre seguían, seguían, seguían. Tanto anduvo que llegó al mismo castillo, y el castillo era rodeado por una reja alta, de fierro todo, completamente de fierro, se detuvo y seguía las pistas de sangre hasta allá mismo donde estaba el castillo. Dijo él: "¿Qué puede ser esto?". Cuando de repente ve que qui asoma una princesa de por allá y se va a una piscina, se desviste y se pone a bañarse. Pero era tan bonita que brillaba como el sol. El se pasaba la mano por la vista y decía: "¿Qué lo que estoy viendo? . Eh un espejo o es algún sol que se refleja acá en las aguas". Por fin se dio cuenta que era una niña, una joven. Cuando de repente la joven mira para allá y lo ve a Juvenal que está mirándola a ella, se apura un poco y se viste, ¿no?, y se va a la reja y le habla:

—¿Y usted qué hace aquí, cuando aquí no entra nadie? Si llega a esta parte tiene que morir, porque mi padre eh un gigante y este gigante se llama el Gigante Rambal. Aquí está habitado todo por gigantes y en esta comarca él es el rey de los gigantes.

Le dice él:

—Yo vengo tras de una pista de sangre de muy lejo y llega hasta acá.

Dice ella:

—Ese es mi padre y tiene unos bálsamos [con] que se cura y ya está repuesto de una hería que traía. ¿Es posible que usted haya llegao por aquí?

—Sí, soy cazaor y tengo muy buena vista y no le tengo miedo a nadie.

—Muy bien —le dijo ella—; mira, yo voy a hacer lo siguiente por poderte salvar: voy a ir a hablar con mi papá, que está en su aposento, a fin de no te haga daño alguno.

—Muy bien.

—Espérate ahí no más —porque el mocetón era muy simpático y joven, pues, ¿no?

Tonce jue ella allá lo más ligero y habla allá con el gigante, le dice:

—Mira, papá; ha llegao hasta acá un joven llamao Juvenal, que es el cazaor, el cuidaor de unos rebañoah acá muy lejo.

—¿Es posible? —dijo el gigante—. ¿Es posible que haya llegao hasta acá?

—Sí —le dijo ella.

—Dile que pase hasta acá.

—Pero, ¿me promete de no hacele daño alguno?

—Sí, hija —le dijo.

Ya va la niña poco menos que corriendo donde está él y le dice:

—Date vuelta por acá, allá por ese lao están las puertah y yo te voy a esperar allá.

—Muy bien.

Fue, llegó allá y entonces conversó con él:

—Me ha prometió mi papá de no hacete daño alguno, así que no tengas cuidao; pasa para acá y vamoh a hablar con él.

Llegó allá, taba el gigante medio repuesto y habló con él y le dijo:

—¿Qué lo que haces por aquí, Juvenal?

—Vengo a la siga de una pista de sangre que dejó un cóndor que volaba, que yo le atravesé un ala en tierras muy lejos de aquí, donde cuidaba un rebaño.

—¿Así que usted es Juvenal?

—Sí —le dijo—, yo soy Juvenal.

—¡Ahl! ¿Con que usted es muy valiente?

—Sí, gigante —le dijo él.

—Mira —le dijo—; aquí vas a vivir algún tiempo, ¿no?, pero no saldrís nunca más de aquí. ¿Me prometes que no saldrís más?

—Sí —le dijo—, no salgo más.

—Mira, Fatima; arréglale un aposento a este joven para que viva acá y nada le faltará, ¿no?

Vivió algún tiempo y siguió conversando la amistá con Fatima. Ella le pareció bien a él y él le pareció bien a ella. Estuvieron algún tiempo y ella le dijo:

—¿Nos casamos, Juvenal?

—Muy bien —le dijo él—. ¿Nos costará mucho?

—No, todo está en mí y en mi padre.

Tonce un día se acerca Fatima al gigante y le dice:

—Mire, papá; yo me quiero casar con Juvenal para vivir eternamente en este castillo, para que nos sirva de compañía uno más.

—Muy bien, pueh, hija —le dijo el gigante—; siempre que tú lo

desees así, yo no tengo ningún inconveniente. ¿Para cuándo celebraremos las boda?

—En quince días más —le dijo ella.

—Muy bien.

Pa una fecha determiná lo hicieron. Tonce el mismo día que se iban a casar llamó a Juvenal el gigante, le dijo:

—Aquí, mira, tú ves una pista muy bonita, muy grande. Yo te voy a traer aquí sesenta mujeres de la misma vistiura de Fatima, el mismo color, y toas visten iguales, toas te sonríen, toas te miran; tú tienes que sacala de la fila di aonde van a estar, van a hacer una fila así, dan la vuelta, tú vas a pasar por el frente. Cuando llegueh onde Fatima, tenís que sacala, la sacái del brazo, entonce será bendecío tu matrimonio con Fatima. En caso contrario te mato, porque sería un traidor de no sacala di aonde está.

Dijo él:

—Muy bien —tenía que decir así no más.

Va él y se pone di acuerdo con Fatima.

—Fíjese que su padre me ha dicho tal y tal cosa. ¿Cómo lo va a hacer?

—Yo me voy a colocar un clavel aquí en el pelo que apenas se vea, porque toas vestimoh igual, somos del mismo color.

—Muy bien, di acuerdo.

Se llegó el día, tonce llegó la hora y el gigante toca las mano:

—¡A la fila!

Entonce se entran, hacen el círculo así, y se rodean y dejan una entrá. Le dijo [el gigante]:

—¡Ta listo, Juvenal!

Tonce Juvenal iba *encachao* él, con su *tenía*, con su flecha y con su arco, pasa por el medio, por un lao de la fila, daba vuelta por allá y se le escapa, salió a l' otra punta. “¿Cómo?”, pensó entre sí, ¿no?. Volvió nuevamente despacito, mirando, mirando, mirando pa atrás, la trasluce entonce y la toma del brazo y la saca de la fila. Entonce el gigante está parao en el otro extremo, dice:

—No se ha equivocado Juvenal.

Entonce ya estaba listo, ésa era la prueba más rigurosa que tenía Juvenal. [El gigante] hace llamar a uno de los gigantes que hacía de sacerdote, y le pone las bendicione y el casamiento se hace. Estuvieron los gigantes remoliendo muchos días. Ahí había de todo. Y el jefe era Juvenal, ya tomó el mando de todo el castillo. Después de Juvenal mandaba el gigante Rambal. Entonce se terminó la fiesta y ellos siguieron viviendo allá mucho tiempo.

Hacían cinco años que vivían ahí, entonces un día estaba por allá en los jardines Juvenal medio apenao, pensaba entre sí: “Yo quiero saber de mi padre, de mi madre, quiero ver mi hermanos, quiero ver mis rebaños, quisiera toas esas cosa; aquí estoy aburrío”, cuando de repente aparece Fatima donde él:

—¿Qué lo que haces por acá, Juvenal?

—Tengo pena, Fatima, deseo irme, deseo irme a mis tierra.

Entonces le dice Fatima:

—Yo también, Juvenal, también estoy aburría con estos gigante; aquí todos son gigante y nadie se ve, otra gente.

Le dijo Juvenal:

—Mira; yo voy a arreglar la custión, y un día yo te voy a avisar y los vamo.

—Muy bien —le dijo Fatima a Juvenal—. ¡Ya ‘stá!

Entonces comenzó a trabajar, a pensar cómo lo podía hacer. Tenía ella unos polvitos en forma de *solimán*, que éstos al lanzarlo al espacio se cerraba una niebla muy tupía, que era impenetrable, que nadie pasaba por ahí. Y estudió de acuerdo con un talismán que tenía ella un paquete de alfileres que al lanzarlo al aire se volvían unoh espinales, montañas, quiscos, que nadie podía pasar por ahí. Y estudió un puño de sal que al lanzarlo se formaba un lago, un brazo de mar, estenso. Le dijo él:

—Aquí está la cosa. Esta noche preparamos el viaje y nos vamos en la mañana muy temprano.

—Muy bien —le dijo ella—. ¡Ya ‘stá!

Y de acuerdo con esas cositas que tenía ella, arregló una maleta y su talismán. El talismán era una cosa que lo que le pedía eso le daba, una virtud. Bueno, entonces en la noche por ahí toos se acuestan a dormir y él se fue a su pieza con Fatima. Más o meno a las tres de la mañana despiertan:

—¡Yal! ¿Los vamo?

—¡Los vamo!

Partieron y se jueron. Mucho anduvieron de esa hora.

Y el gigante... un caballo que tenía, de lo mejor que tenía, era un chanco, era tan correor que era más ligero que el viento. Cuando en la mañana se levantan todos y el gigante los echa de meno, dice:

—¡No está Juvenal! ¡No está Fatima! ¡Estos se jueron!

Ensilla su caballo, el chanco, y sale pegando, siguió la pista y los sigue. Muy cerca de ella, cuando mira Fatima y ve y dice:

—¡Allá viene mi padre!

—¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo escapamos de él? —le dijo Juvenal.

—Muy fácil.

Ya toma ella un puñao de solimán y lo larga al espacio. Se forma una niebla tan tupía y con llovizna que era imposible pasar. Ya ellos se alejaron, anduvieron mucho. Ya pasó la niebla y el gigante los sigue di atrás nuevamente, ya los había visto por seguro. Cuando ya los lleva cerca otra veh y dice la niña, Fatima:

—¡Allá viene mi padre!

Toma entonces el puñao di alfileres y lo larga al espacio como quien siembra trigo. Se forma entonces una montaña de espinos, los quiscos (¿usté los conoce?) alargaos, con muchas espinas. Entonces viene el gigante, no hallaba cómo pasar, quebraba algunas espinas, les pegaba un puñete, se clavaba, por fin abrió camino y pasó. Ya habían andao mucho nuevamente, cuando dice Fatima:

—¡Viene mi padre otra vez! ¿Qué hacer ahora?

Entonces se acuerda y toma el puñao de sal y lo larga. Se presenta una chalupa y salen pegando y se forma un brazo de mar, de que el oleaje estaba inmenso, no se podía pasar, pero él iba en su bote. Entonces llega el gigante y ruge:

—¡Se han ido estos traidores! ¿Cómo paso aquí?

Fue imposible, estaba muy hondo. Toma entonces una piedra, algo más maciza que ese cajón, tremendo peñasco, así en las manos y se lo larga. Va a caer éste como a veinte metros donde ellos iban y con la fuerza de la que hizo la ola el pedrazo más ligero lo lanzó al bote mismo a fin de que saliera al otro lado. Salieron ellos y el gigante se volvió de ahí. Se bajaron al otro lado y siguieron su camino.

Ya a mucho que habían andao reconoce Juvenal los campos por donde él pastoriaba sus rebaño y dice:

—Allá muy lejo, aquélla es la casa de nuestros padres.

Más acá había una aldea, por ahí había una tienda. Entonces va Fatima y le pide al talismán un *breque* [break] —en aquellos tiempos se usaban mucho los breques—, unos tres caballos alazanes, dos que hacían en la vara y uno que hacía de puntero, un jinete muy bien montao, un cochero para que manejara. Y ellos se fueron a la tienda y se vistieron de la *tenía* mejor, más elegante que podía haber, y suben al breque y se van. Cuando van cerca de la casa de los padres [que] tenía una entrá así como siempre tienen los ricos, llaman callecita, muy bien arreglá, y conocen y dicen:

—Viene un breque que llega a brillar, de lo más lindo, unos caballos alazanes y un cochero que no hay nada que hacer.

Todos estaban mirando:

—¿Qué pasará? ¿Quién vendrá? ¿Será algún príncipe?

Nadie sabía. Cuando llegan a la vuelta, el breque da media vuelta así como de perfil a la aposentaúra donde vivían los padres. Se deja caer entonces Juvenal y desciende Fatima detrás de él, se toman del brazo y se van en dirección a la casa. Allí estaban los doh ancianos, todavía estaban vivos, cuando llega Juvenal donde ellos, se hinca y les dice:

—Mi señora, mis queríos padres; vengo casao.

Los viejos casi se desmayaron, pus, ¿no?, y le dicen:

—Muy bien.

Se casaron ahí y llamaron mucha gente, llamaron sacerdote y se hizo el casamiento otra vez. El casamiento duró muchos día, pero así al fin y al cabo no fue quedando nada, quedó una pequeña mesa así como estamos nosotros ahora aquí qui hay un pedazo de pan encima y todo el casamiento se acabó.

EL CABALLITO DE SIETE COLORES

Est' era una viejita que tenía treh hijo. El mayor se llamaba Juan, el del medio, Isafas, y el menor, Manuelito.

Un día le dijo Juan a la mamá:

—Póngame la bendición para salir a andar.

La mamá le puso la bendición y salió a andar. A lo mucho que había andao llegó a un palacio. Le pidió trabajo al rey. El rey le dijo:

—El trabajo que tengo, que me cuide el manzanal. Si se pierde una manzana, la caeza perderá.

Entonces se jue al manzanal a cuidarlo. En la primera noche no vino el caballito de siete colore. El rey pagaba cinco almúo de plata al que le agarrara el caballito de siete colore. Vino una noche, se quedó dormío Juan, le comió el manzanal.

Al otro día muy temprano se presenta el rey, halló todo el manzanal comido.

—¿Qué lo que pasa? ¿Cómo se te comieron las manzana?

—Yo no sé, mi rey.

—¡Palabra de honor! Perderá la caeza.

Luego allí mandó un negro a uscar a Juan, y lo llevó al banco y le cortó la caeza.

Tenían un arbolito que se marchitaba, cuando estaban en apuro. Llegó Isafa y le dijo:

—Mamá, póngame la bendición para salir en busca de mi hermano —porque el arbolito estaba triste.

A lo mucho que había andao llegó al palacio. Le pidió trabajo al rey.

—El trabajo que tengo, que me cuide el manzanal. Pago seis almúo de plata, con tal que me agarre el caballito de siete colore y me lo traiga.

Luego al otro día lo jue a dejar al manzanal. A la noche primera que llegó no le pasó na. A la segunda noche se queó dormido. Vino el caballito de siete colore, le comió too el manzanal.

Se presenta el rey muy temprano:

—¿Qué lo que pasa?

—Me queé dormío.

—¡Palabra de honor! —dijo el rey—. Habrá que cortale la caeza.

Luego llamó al negro, y lo jue a uscar, y lo llevó al banco y le cortó la caeza.

Le dijo la mamá:

—¿Se fijó, Manuelito?

—Mamá, el arbolito está marchito, doloroso está que lo diga, porque la voy a dejar sola.

La mamá con su llanto le puso la bendición. Y salió a andar. A lo mucho que había andao llegó al mismo palacio aonde estaban loh hermano. Le pide trabajo al rey.

—El trabajo que hay, que cuide el manzanal.

Allí luego lo jue a ejar al manzanal. A la primera noche nada le pasó. Luego jue a verlo el rey, muy lindo lo encontró el manzanal. Le dice el rey:

—Pide lo que querái.

Le pidió una cama y alfilere, y pidió una carterola de vino y le pidió un lazo de ayaidún. El rey se los dio.

Vino la noche, no le comió el manzanal, no lo pudo pillar, se le jue. A siguiente noche no vino na. A l' otra noche vino y lació el caballito de siete colores, le dijo:

—Te voy a matar.

—No me matís —le dice.

Le habla el caballito de siete colore:

—Lléame al palacio del rey. Cuando él me vaya a poner la mano, tú me sacái el lazo de mi cogote.

Se lo llevó al rey. Lo vido con un gran gusto de que v^o aquella hermosura. Llama a la princesa:

—Hija mía, ven a ver esta hermosura. Mira, Manuel, el caballo se alborotó de que v^o la princesa.

La princesa procuró de ponele la mano en el anca, no pudo. Entonce el rey jue a ponele la mano al anca, pegó un salto, muy temeroso, se le largó y se le jue. Le dice el rey:

—¿Qué vamo a hacer ahora?

Le contesta Manuelito:

—Culpa mía no es. Ya le traje el caballito de siete colore.

Obligao el rey di hacerse el amable.

—Sigue cuidando tu manzanal.

Le pidió una cama con alfileres, y le pidió otra carterola de vino y otro lazo de ayaidún. Y se jue al manzanal Manuelito. Le volvió a dar el rey todo lo que le había pedido otra vez.

Llegó la princesa a las doce de la noche al manzanal a conversar con Manuelito.

—Mira, Manuel —le dice—; agárrame el caballito de siete colore, dícele si le pueo poner la mano en la frente.

Le dice Manuelito:

—No se va a poder.

Y le predunta la princesa:

—¿Y por qué?

—Porque no es permitío, de laciárcele sí.

—¿Y cómo tú le pasái la mano?

—Es que yo tengo el poder.

—¿Qué soi' tú de él?

—Soy el amo.

—Te pago —le dijo— un reló di oro de virtú.

—No —le dice él.

—¿Y por qué?

—Estoy perdío.

—Déjame ponele la mano, que yo me casaré con vo.

—No —le dijo—; prefiero la muerte ante de casarme; mañana te daré la contesta.

Se jue la princesa. Esa noche no vino na el caballo de siete colore. Al otro día muy temprano se presentó el rey a ver el manzanal. Taba más lindo que la hermosa de la hermosura del mundo.

—¡Muy bien, hijo, que me creo que ganaremo la victoria! —le dijo el rey.

Le golvió a pedir otro chuico de vino, y le dice el rey, le predunta que pa qué tanto vino.

—Para pasar too este yelo que está en la noche.

—¿No te curái?

—No, tomo siete año y no me curo.

Luego se jue el rey, le dio lo que le pidió.

A la otra noche vino el caballo de siete colore, le habla el caballo de siete colore:

—Toy manso como lah oveja. Póneme el lazo con la mano, tú soi' mi amo; llévame al palacio del rey, déjame que me atoque con su mano la princesa y me volvíh a largar.

Así lo hizo como le indicaba el caballito de siete colore. Lo llevó al palacio, salió la princesa y le puso la mano.

—¡Hermosura, sería para mí!

Vino el rey a ponele la mano, el caballo se alborotó, n' hubo caso que le pusiera la mano. En esto está, se le arrancó el caballo y se le jue. Manuelito se jue a su manzanal.

A la siguiente noche se jue la princesa a conversar con él.

—Muy bien lo hizo, mi hijito. Toas las vece hágalo así. ¿Y tú me dices que teníh una virtú?

—No —le dice.

—¿Y por qué no me querís decir?

—Son secretos mío.

Luego se retiró la princesa ante que el papá la pillara. Ante de retirarse le dice a Manuelito:

—Guárdate este secreto, y que te guardaré tu secreto y te favoreceré en too momento.

—Ahora sí —le dijo.

—Agarra el caallito otra vez para ponele la mano, pero meno mi papá. Ya te quea una noche, hace too lo posible de agarrar el caallo y amarralo yo en mi pieza. Cuando venga mi papá, el caallo cortará el lazo. Ya no es culpa mía y es culpa de mi papá.

A la última noche vino el caallito de siete colore.

—No me enlace, toy más manso que el güey.

Y le puso el lazo y lo amarró en el manzanal.

Al otro día se presenta el rey, que era una alegría que tuvo el rey, de gusto ataque tuvo.

—Lléale el caallo al palacio —dice el rey.

Se lo llevó al palacio, y pasó dereutamente a la pieza de la princesa y se lo entrega.

—Aquí ta, señorita.

—Tú no te vai más pal manzanal, tú me vai a cuidar las flore ahora. Se vino del manzanal y se recibió del jardín de flore.

A los poquitos días jue el rey a la pieza de la hija a manosiar el caallito de siete colore. En eso estaba, el caallo se alborotó, le cortó la sogá, el caallo se le jue. Ya no es culpa de Manuelito.

—Hija —le dice—, ¿qué vamoh hacer ahora? El caallo se lo va a ir a comer las manzana.

—No 'mporta, papá; ojalá se las comiera toa.

Luego allá volvió a llamar el rey a Manuelito al salón onde estaba. Ya la princesa había conversao a Manuelito. Jue al llamao del rey.

—Te hei mandao llamar que te vai al manzanal.

No le aceptó él, prefería su arreglo para *irse*. El rey no le aceptó.

—Cuide las flore —le dice—; toos los días lléale una maceta de flore a la princesa.

Así lo hizo. Muy tempranito taba en el jardín.

Un día se le puso al rey de formar una guerra con toos los reyeñ indio. Luego preparó las tropa y jueron al campo di honore a peliar las guerra.

A las doce de la noche se le presenta el caallito a Manuelito:

—Anda a la guerra, y pídemé a mí una montura chapiada en oro, pídemé a mí una espada que llegue a cortar un pelo en el aire y correré más que el viento.

Así lo hizo. Le pidió a su caallito de siete colore toah esas cosa. Se las dio el caallito de siete colore. Le dio un traje de prince. Y se jue a la guerra. Cuando llegó él, el lucero brillaba más que brillan loh ojo de Dios. Tres güeltas dio en la batalla, ninguno queó parao. Volvió su caallo más ligero que el viento, llegó al jardín y se jue su caallito otra veh. El queó en su jardín.

Una noche lo llama la princesa a su pieza.

—No tengái temore, de que no te pasará na.

Así lo hizo. Se volvió a ir a su jardín. Luego llega el rey con toos sus regimiento, le ice a la reina:

—Ganamo la guerra. Se presentó un prince di oriente.

En eso queó.

Dijo un día el rey:

—Voy a formar otra guerra.

Preparó sus tropas otra vez. Se jue al campo de batalla.

A la siguiente noche se le presenta a Manuelito el caallito de siete colore:

—Pídemé tú lo que querái.

Dijo Manuelito:

—Que se me ponga una montura di oro y un traje de prince con diferentes colores para que no me conozcan, y usted que se ponga un caallo negro, y una espá que corte un pelo en el aire, y que corra más que la nube elevá.

Así lo hizo y subió en él. Y llegó al campo di honore. El rey, cuando lo vio:

—Prepárense ustee. ¿Cuál de los soldao es más liberal?

Le ijo uno:

—Yo.

—Mire —le ijo—; yo le voy a dar esta naranja di oro con este puñalito clavao en la naranja. Se van a poner en el Crucero 'e la Verdá.

Allá se jue a poner el soldao y esperándolo cuando golviera el prince. Dio cinco güelta en el campo di honore en la guerra batiendo su espá. Ninguno queó parao. Y di allí dio la regüelta a su caallo y corría más que la *núe*. Pasa por el Crucero 'e la Verdá y le tira la naranja y se la pega en una pierna. Se vino herío y se vino pa su palacio. Y le dijo el caallito:

—Yo me voy otrah. Ándaté a acostarte, que la princesa te lave.

Y le dice la princesa:

—¿Te guardái mi secreto?

—Ahora sí.

Le dice la princesa que lo considera un amor querido y valiente.

Luego llegó el rey a su palacio con toas sus tropas, le dice a la reina:

—Ganamo la guerra, pero toy en una dúa —le dice— de un prince tan lindo y hermoso que ha ío a peliar en la guerra, él solo ganó la guerra. Voy a repartir cartele que voy a tener un gran banquete di honor pa revisar cuál de esos prince está herío.

Luego se le presentaron en el día de la fiesta muchos prince. Con sus propias manos les revisaba una pierna. A ninguno le encontró. Cuando ya la fiesta sigue pegando, dijo la cocinera:

—¿Y el jardinero por qué no traen?

—¿Qué te importa a ti, intrusa?

Dijo la cocinera:

—Bien hecho; por intrusa me pasa esto.

El rey queó malicioso en esta palabra que dijo la cocinera, le dijo el rey:

—Traígame el jardinero pa revisarle las pierna. Ante avísale tú —le dijo a la princesa— qui haga el favor de venir.

Jue la princesa y le dijo a Manuelito:

—Vaya, mi hijito; lo necesita mi papá.

Como púo se levantó.

—Apuntáleme usted.

La princesa lo llevó apuntalándolo. Un güen momento se embromó para llegar aonde estaba el rey. Llegó onde él. Le predunta el rey cuántos días que está enfermo.

—Hacen dos día.

—Hija, tráigame un mejoral.

Se tomó el mejoral. Le dice Manuelito:

—A su llamao estoy.

—Pase para acá. Apuntálalo, hija.

Y lo llevó al pabellón y le revisó las piernas. Lo primero que le encontró la naranja di oro con el puñalito en la pierna.

—Usted me ijo que ganó la victoria de esta guerra. ¡Palabra di hombre! Enmediatamente se casará con mi hija.

—Bien —le dice—, siendo qui usted lo diga. Espérese de mejorar de mi pierna.

—Peiremo doctor —le dijo el rey.

—No, no. Lo que quero yo: con sus manos santas que tiene la princesa ella me saque esta naranja di oro y me la pongan en mih espaldas para creer que yo gané la guerra, para que se impongan toos los reye.

En reposo está, veinte días que ya está en reposo.

—Dígale a su papá que se prepare, que yo me voy a casar pronto. Pero yo quero ante de casarme mi haga resucitar a mih hermanos que los mató en el manzanal.

Se jue la pricesa a decirle al papá lo que había dicho Manuelito, que le diera suh hermano. Luego jue, loh hizo resucitar el rey y se los trajo. Muy contentos loh hermanos con él.

—¿De cuándo por aquí?

—Hace varios meses que estoy aquí luchando para poder hacelo vivir a usted.

—Bien, hermano.

—Y ahora me voy a casar. Ustees también percuren de casarse, que yo un pedío le voy a hacer al rey.

Le ijo:

—Mi hijita, dígame que venga al rey a mi pieza.

Le hizo el pedío. Vino el rey.

—¿Qué lo que quere, mi hijito?

—Pa dale loh agradecimientos que trajo mih hermano. Otro pedío le voy a hacer. Usted tiene dos princesas más, que se las dé pa que se casen con ellos.

—¡Cómo no, hijo! Too su pedío que usted haga, too conseguirá conmigo.

—Ahora le voy a decir el día que me voy a casar. Los vamo a casar los treh hermano, pero yo voy a ser el que voy a llevar la corona.

Así lo hizo. Repartió cartele el rey que iba a tener una gran fiesta, iban a tomar matrimonio con suh hija. Llegó a voz de los reinatos que iba a haber una gran fiesta con matrimonio.

Luego el rey se preparó en to. Llegó el día que les dijo:

—Las princesas mayores luego se preparan para casarse con loh hermanos de Manuelito.

En eso estaba para ya casarse:

—Hija —le dice Manuel a la princesa—, vámolo a las doce de la noche al manzanal.

Allí se jueron. Se presentó el caallito de siete colore y le dijo el caallito:

—¿Te vai a casar?

—Sí.

—Güeno, hijo; pídemme.

Le pidió una carroza di oro, toos los caallos con chispas di oro, y a la princesa un traje de novia con toas lah estrellas del mundo. Y llegaron a las diez de la noche onde su papá. A las diez vío una polvaera el rey:

—¿Qué será eso? ¿O serán las lagañas que tengo en loh ojo?

Sacaba suh antiojo de larga vista y miraba.

—A ninguno conozco.

Llegaron al palacio. Luego el rey se paró a recibir a aquel prince tan lindo, luego le predunta:

—¿De qué palacio viene usted?

—Del palacio de las flore.

Luego la pasó para aentro y le dice el rey:

—¿Ha recibío el cartel que yo le pasé?

—No.

Le predunta la princesa:

—¿Me conoce?

—No.

—Yo soy su hija.

—No lo creo.

—Hijo, muéstrale la pierna.

Y le mostró la pierna y le encontró la hería aonde tenía clavá la naranja di oro. Luego el rey se pegó una palmá en la cara al extremo que había llegao que no conocía a su hija y meno a Manuelito, siendo

que ese día había estao conversando con él. En eso queó. Le predunta el rey:

—Así que se van a celebrar las bodas celestial de los treh hermano.

Le predunta Manuelito:

—¿A qué hora los casaremo?

—Después di almuerzo.

En el momento el rey se sacó la corona y se la puso a Manuelito. Vino la reina, se sacó la corona y se la puso a su hija.

—Ellos serán los reyes del palacio y loh otro dejaremo de ser rey —dijo el papá.

Almorzaron luego. Luego se presentan loh obispo y los casaron. Y siguieron celebrando las bodas celestial un meh. Y tuavía estará la fiesta.

Los Vilos, Coquimbo, 5-iv-1958.

JUAN DE LA CRUZ CÁCERES.

P E D R O U R D I M A L E

Dicho Pegro Urdimale salió a correr tierra. A tanto andar se encontró una virtud. Andando Pegro Urdimale con su virtud, encontró la enfermedad. Se encuentra Pegro muy enfermo, si acordó de su virtud.

—Mira, virtud —le dijo— te pido que me mejores.

La virtud enmediatamente lo mejoró.

Siguió andando Pegro Urdimale, se perdió andando en una montaña. Pegro Urdimale a tanto andar, perdió en la montaña, si acordó de su virtud. Ya Pegro le dijo:

—Mira, sácame a mis tierra, que me encuentro perdido.

Enmediatamente la virtud lo sacó. En saliendo Pegro Urdimale a sus tierra, las conoció. Muy contento quedó. Siguió andando. Se volvió a *enmarar* y se volvió a perder. Llegó Pegro a unas cordillera muy elevá. Ya Pegro muerto di hambre alcanzó avistar un animal. Como Pegro tenía tanta astucia, agarró el animal y lo mató. Enmediatamente Pegro Urdimale hizo un juego. Luego descueró su animal, sacó un peazo 'e carne y lo puso al juego y se coció. De luego tando cocío. se lo comió. De luego Pegro tando en esos *trasmuro*, perdió, pero se encontró con mantención. Pegro, a lo que ya si acabó su animal, si acordó de su virtud. Luego li habló a su virtud que lo saque a sus tierra. De luego que Pegro salió a sus tierra, conoció. Muy contento quedó Pedro en sus tierra.

Pegro principi6 a girar pa la gloria. Lleg6 a las puertas que cuidaba San Pegro y le principi6 a clamar que li abra la puerta un poquitito pa ver. San Pegro se la jue abriendo.

—Otro poquitito, tocayo. ¡Qu6 bonito est6 aentro! Otro poquitito, tocayo ¡Qu6 bonito est6 aentro!

Así que en tantos poquititos jue entrando Pegro hasta loh hombro. Más le clamaba Pegro qui abriera otro poquitito, que estaba tan rebonito aentro. Estando Pegro hasta el pecho aentro, le dijo:

—Otro poquitito, tocayo. ¡Qu6 bonito est6 aentro!

Entonce Pegro le peg6 la topá juerte a la puerta, dentró hasta la cintura. San Pegro le plant6 el puertazo, lo cort6, Qued6 el puro cuerpo aentro. Entonce le dijo Pegro:

—Eso no importa, que mi peazo 'e cuerpo haiga quedao ajuera, porque tiene toos los pecao.

Entonce pasó Nuestro Señor y le dijo:

—¿Y por qué tu otro peazo 'e cuerpo qued6 ajuera?

—Porque ése tiene toos los pescao.

Entonce Nuestro Señor si agarr6 y tom6 la punta del pie de Pegro, y jue, lo top6 contra el cuerpo que estaba aentro y se peg6. Entonce Pegro se salv6 y qued6 viviendo dentro 'e la gloria para sécola sin fin.

Hasta aquí llegó el chasco y se determin6.

P E D R O Y L A M O N J A

Iba un día una monja pa la gloria. Lleg6 y toc6 la puerta. Jue San Pegro y la abri6. A lo que San Pegro la conoci6, le cerr6 la puerta.

—¡Los di a pie aquí no dentran!

Di allá jue Pegro; también toc6 la puerta. San Pegro se la abri6, y, a lo que lo conoci6, se la cerr6.

—¡Los di a pie aquí no dentran! Los que vienen de caballería de la guerra, ésos dentran.

Se devolvi6 Pegro para atráh y alcanz6 a la monja.

—Mire, mi güena monja —le dijo—; ¿a usted no li abrieron la puerta?

—No.

—¿Y qué le dijeron?

—Que a los di a pie no lo almitían.

—A mí por igual —le dijo Pegro—; pero me dijeron que mi almi-

tían, si yo llegaba di a caballo, que sea soldao 'e la guerra. ¿Y por qué no volvimos los do y yo dentro di a caballo en usté?

Lu halló muy a bien la monja. Y se devolvieron. Llegó a la puerta y tocó Pegro.

—¡Soldao di a caballo que vengo de la guerra!

Li abrieron la puerta a Pegro. Di a caballo en su monja entró. Y aquí se determinó el cuento de Pegro y la monja.

Ignao, Valdivia, 1951.

FRANCISCO CORONADO.

L A R A N I T A

Ahora los vamo a ir por casito que se llama "La ranita".

Este era un rey que tenía treh hijo: uno, Pedro; el otro, Juan y el otro, Diego. El era tan cicatero que no quería tener ningún empleao. A uno lo tenía de capatáh, a otro lo tenía de llavero, otro di administrador, total que tenían qui hacer con chanchos, con too.

—¡Hermanos —les dijo un día uno de ellos—, tanto que trabajamo y este padre que no busque otro hombre que trabaje por nosotros! Le vamo a pedir un favor que loh haga, que los dé la libertá pa salir a trabajar ajuera, pa no estar más con él [de] chanchero, vaquero, llavero, en fin de too. ¿Por qué? ¿Por qué no paga, teniendo tanta plata este rico, este rey?

—¿Los treh hermanos?

—Los tres.

—¡Ya 'stá!

Ya llegaron, encerraron sus animale y se jueron al comedor. En el comedor estaba el mayor.

—Papá —le dijo—, queremos pedirle un favor, una mercé de que nos dé.

—¿De qué será, hijo?

—Que los dé permiso pa salir andar el mundo, por ver, por saber qué es la vida del campesino.

—¿Sí, hombre? ¿Qué necesidá tienen, siendo que tienen de too aquí?

—Pero queremos andar.

—¿Los tres?

—Los tres.

—Se van; durante un año ustedes tienen que volver y traeme un decálitro de plata, cada uno un decálitro.

—Bien, si los va a ir; si no, no.

Salió el mayor, como ser hoy día, ailante, se jue ailante, le echaron la bendición y partió en su caballo. Mucho qui había andao, un día llevaba andao, como a las doce del día va llegando a una parte onde hay una casita, ruquita no güena, siente una voh, un canto tan lindo di una niña. “¡Ay!”, dijo. “Si esa niña es bonita, yo me voy a casar con ella”. Por la voz que tenía tan linda, ¡sí los pajaritoh, onde ella cantaba, brillaban arriba de la ruquita!

—Buenos días, taitita.

—Buenos días, señor.

—Yo paso por aquí porque siento una voz tan linda, que canta una señorita. Es soltera, yo me casaría con ella.

—¿Sí? —le dijo—. Pero mi hija no es pa casá, es naa más que pa su casa.

—¡A ver! ¿No la podemos ver?

—Salga, hija —le dijo.

Era una ranita, taba aentro di una tinajita con su poquito di agua.

—Salga, hija, pa que la vea el caballero aquí.

Salió.

—¿Y ésta es? —le dijo.

—Ésta es.

—¡Con ésta no me caso yo!

Le plantó un puntapié y la tiró lejo. Ya se jue a su agüita y se quedó ahí. Se jue el señor príncipo.

Al otro día salió el otro, el del medio, Diego, por el mismo camino. Igual: a las mismas horas que pasó el otro, a las doce, ta cantando ella, los pajaritoh arriba revoletiendo, que cantaba tan lindo. “Mi hai de casar con esta niña. ¡Qué canta lindo! ¡Y el toque tan lindo!”. Ya llegó.

—Güenos días, taita.

—Güenos días, señor.

—¿Es niña soltera la que toca aquí, la que canta? Yo me casaría con ella. ¿Eh hija suya?

—Sí, es hija mía, pero mi hija no es pa casá, no puede casarse.

—Hágala salir.

—Salga, hija.

Si fea había salío el día ante, más fea salió, ¡uf!, encrespá, enrabiá.

—¿Y ésta eh?

—Ésta es.

Más juerte el puntapié que le dio.

—¡Con esta mugre m' iba a casar!

Se jue.

—¿No ve, papá? Me está sacando que me machaquen a mí. ¿Cree usted que no me duele?

Al otro día salió el menor, el Juanito, por el mismo camino. A las mismas horas llega a la ruca otra veh. Ai taba cantando de lo más precioso del mundo. “Con esta niña me caso y me caso”, dijo él. “¡Y esta voz! Si es niña soltera, tengo que casarme”. Así jue. Ya llegó.

—Güenos días, taitita.

—Güenos días, señor. ¿No vendrá a lo mismo?

—Oiga, taitita; ¿la niña que toca aquí, que canta, es soltera?

—Sí —le dijo.

—Yo quiero verla pa casarme con ella.

—No, mi hija no se casa, no es pa casá, señor.

—No, yo me caso por su linda voz que tiene, por su toque tan bonito, tan precioso.

—Le digo de que no.

—¡Palabra de rey —le dijo y se pega el golpe en la mano— que yo me caso con ella no más, sea como se sea, sea fea, siendo que sea soltera!

—¡Cómo no, sí es soltera! Salga, hija.

Salió la ranita fruncidita, tan bonita.

—¿Ésta eh?

—Ésta es.

Ya, a buscar el cura, a buscar obispo. Hicieron el casamiento en la misma casa. Se celebraron los novio y de too.

Ya el joven se apenaba del ver que su señora era la ranita.

—¡Bah! ¿Tenís pena? —le decía ella—. Acuéstate a tu cama, yo te cantaré.

Se acostaba él a la cama y ella le comenzaba a cantar. Cantando, se queaba dormió. Al otro día por igual. Ya se enteró el año. Ya pasaron loh hermano y le pegan la mirá:

—¡Apuesto que este tonto si ha casao con la rana! ¡Este mugriento!

—¡Vamoh, hermano, hoy eh el día!

—¡Vamoh, hermano, hoy eh el día!

Ya jue él.

—Vayan ustede ailante, di atracito loh alcanzo yo —les dijo él— como puedo.

Entonce ya se jue onde la ranita, le dijo:

—Oiga; hoy día se entera el año que queamos de volver onde mi papá, ¿y cómo iré?

—Va, pu. ¿Por qué no va? Tiene su caballo, tiene su montura, lo ensilla y va.

—Y quedé de llevale a mi padre un decálitro de plata, ¿y di aónde la voy a sacar, si no hai trabajao?

—No falta —le dijo—; ahí en la esquina busque una bolsa, ahí en la esquina hay carbón y lo echa a la bolsa.

—Güeno.

—Llévelo no más, pero usted no lo va a desatar. Y acá en la otra esquina hay una rumba di astilla, lleve una astillita que no sea muy grande y le echa también a la bolsa.

Jue, busca una bolsa por allí entrelagrimiando, apenao, agarró la bolsa y agarró el decálitro y lo midió, echó el carbón, máh el decálitro; agarró la astilla, y la echó aentro y la amarró bien amarrá.

—Esa la lleva —le dijo— a su padre. Y su misma ropa.

Porque su ropa la había hecho sacar ella y le daba ropa limpia, y la de él, colgó, guardá; la misma ropa de él desde la camisa pa arriba, too, too, con lo qui había salío de su casa.

Loh otros llegaban allá, van con su decálitro de plata, porque donde se jueron ellos, donde llegaron, uno era llavero y l' otro aministraor, así que la plata desponible, ganaban harta plata, llevaban sus decálitros listos. Bueno, ellos llegaron hartoo contento ailante saluando a la madre. Máh atrás llegó Juanito con más pena, más triste salió.

—¡Mi hijo tan mal puesto! —dijo la reina—, pero n' importa.

Ya loh otros vamos vaciando el decálitro de plata y el rey recibiendo ahí. Entonce ya jue él a vaciar su carbón (la narradora ríe), ya va a vaciar el saquito de carbón que llevaba, le echó. ¡Chilín la plata en el decálitro! Sacó la astillita, la puso así pa un lao y lo vació. Se sobró del decálitro.

—Aquí tiene, papá, y aquí tiene pa que se adore en ella —un' astillita di oro linda.

—¡Caramba, mi hijo! ¡Este sí qui ha trabajao más qui ustedes, pus, qui ustedes son mayores! ¡Ve! ¡La lindura que me trae! Ustedes na.

Bueno, ya quedaron. Tenía que irse al otro día. En la noche jue a la fiesta y de too allí. Al otro día le dijo:

—Papá, nosotros venimo el domingo, pero queremos casarlo.

—¡Vengan, poh! Entonce se casan, pero siempre vienen. Yo les doy permiso. ¿Los tres?

—Los tres.

Pero Juanito está casao.

Ya se jueron. Se hicieron los casamientos los otro. Y él casao. El día domingo ya vinieron. La fiesta bien buena acá, pero no con las señora.

—¡Ay, mamá! Mi señora sabe bordar.

—Mi señora sabe tejer de lo lindo. ¡Viera usted!

—Cada uno de los tres van a llevar un mantel pa que mi hagan para el comedor, un paño relindo, bordao.

Le cortó un paño a cada uno. “¡Sea por Dios!”, dijo él. ¿Qué iba a hacer? “¿Mi ranita qué lo va a hacer?”. Se lo envolvió en su paquete y lo llevó.

Ya los otros pasaron ailante, él di atrás, no se juntaba con ellos, siempre atrás, les daba la delantera a loh hermanos. Loh otros lo insultaban pa atrás, lo retaban:

—¡Tonto! ¡Marío de la sapa! ¡Anda Dios! ¡Qué sinvergüenza! ¡Cochino! ¡Mugriento!

Él callao no más camina y camina en su caballo. Ya llegaban allá onde las señora:

—Qui aquí les mandó mi mamá que li arreglaran este mantel pal comedor, pa la mesa.

Y él llevó su paquetito, se jue a su tinita:

—Oiga, hija; aquí mandó mi mamá pa que le bordara este mantel, un lienzo muy güeno.

—Tráelo pa acá.

Agarró el lienzo, lo rajó y lo botó.

—¡Ai tenís tu paño bordao!

Más lloraba él.

—Anda a acostarte a tu cama y yo te cantaré. ¡Mire! ¡Llorando! ¡Acuéstate a tu cama!

Ya se jue a acostar llorando.

Se llegó el día domingo. Ya pasaron loh otros:

—¡Vamoh, hombre! ¡Vamoh, hombre! ¡Ya eh hora!

—Anden ailantito, di atracito loh alcanzo yo.

Bueno, ya se jueron ellos, van con el paño listo.

—Ya voy a ir —le dijo otra vez—, mi hijita, ponde mi mamá. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué va a hacer, poh? Pero así, tome —le pasó una cajita con llave—. Esta cajita usted no la va abrir por el camino, ésta se la entrega a su mamá allá.

Güeno, ya se jue. Loh otro ailante hecho una pascua y haciendo irrisión de él. Entonce ya llegaron allá, le entregaron el paño los doh hermanos grandes. Ya llegó él máh atrás.

—Güenos días, mamacita. Güenos días, papá.

—Güenos días, hijo.

Dijo:

—No se ha casao na, por eso anda más de menos que loh otro, estoh otros se han casao muy bien.

—Güeno, aquí le traigo esta cajita.

Viene, y la abre y destiende una lindura que no había pasao mano por ella, una cosa, ¡un paño tan lindo!

—Estos paños pa lah empliás —dijo entonce la reina— y éste para mí, lindo.

Se quearon asombraos loh otros. Ya estuvieron ese día. Al otro día se jueron.

—¡Ahora no le toca de que tienen en la casa una perrita de esas chica y había sacao tres perrito!

—¡Ay, mamá! Mi señora sabe enseñar muy bien los perros —las dos—. ¿Los vamo a llevar uno cada uno para que loh enseñen?

—Ya, pu.

Juanito, l' otro:

—¿Qué va a hacer mi pobre mujer?

Agarró su perrito engüeltito en su paquetito.

Loh otroh ailante:

—¡Mugriento! ¡Cochino! ¿Qui hace tu tonta? ¿Qui hace tu rana? ¿Qui hace tu sapa? ¡Anda Dios!

Él, callaíto, pegar y pegar, con su perrito.

Ya llegaron loh otro onde las señoras, le entregaron los perros que tenían que enseñarlos bien y llevárselo al otro domingo bien enseñao.

Ya llegó él:

—Oiga, mi hijita; mi mamá le mandó un perrito pa que lo enseñara, que mih hermanos dijeron que sus señoras de ellos sabían enseñar muy bien los perrito a sentarse, a andar, a pararse.

—¿Sí? —le dijo—. Tráelo pa acá.

Le pasó el perro. Le dio contra la tina.

—Ai tenís tu perro.

Más lloraba él.

—¡Güena cosal ¿Qué voy a hacer?

—Anda a acostarte a tu cama, yo te cantaré. Come y te vah a acostar.

Ya comió, y lo echó a la cama y se puso ella en el bordo de la cama, ¡vamos cantándole! Se quedó dormío.

Se llegó el término del día domingo otra vez. Taban loh hermanos con el perrito, cada uno hecho una pascua riéndose, haciendo irrisión de él.

—¡Vamoh, hermano! ¡Vamoh, hombre! ¡Vamos, tonto! —aquí y allá.

—Anden ustée ailante no máh, hermanitos, di atrás loh alcanzaré yo, no hai ensillao todavía.

Jue a buscar su caballito, lo ensilló, lo limpió.

—Ya voy a ir onde mi mamá, pus; ya mih hermanos pasaron.

—Bueno, váyase no más, pu, Juanito. ¿Por qué no se va?

—En fin, ¿qué le voy a llevar?

—¡A ver! —le dijo—. Tome —le pasó una cajita mononita con llave—, ¡Pero no la abra! ¡Usté no tiene permiso di abrirla por el camino!

—Güeno. ¿Qué tengo que ver yo lo que va?

Loh otros llegaron allá:

—¿Cómo está, mamá? ¿Cómo está, papá? Y aquí están los perritos bien enseñao.

—¡Siéntense! ¡Anden! ¡Párense! ¡Lárguense!

Largaban los perritos. Total que bien enseñao.

Ya llegó él, entregó la cajita. Viene la reina y la abre, ¡cuando sale un perrito andando en dos patita y una palomita a un lao y otro!

—¡Qué lindo! ¡Qué precioso! ¡Esto sí que es bonito! Más bien enseñao —le dijo— que los de los mayore el de mi hijo Juanito. ¡Este sí que es perrito lindo!

Andaba en dos patitas, saltaba y bailaba y la palomita a un lao y otro del perrito, saltándole, saltaba pal hombro de la reina y se ganaba en la mesa.

—Estos pa lah empliás —dijo otra vez—, los perroh, y éste para mí.

Ya guardó su perrito lindo. ¿Ve? Se quearon loh otros suspensos del ver que el suyo lo anduvo haciendo mejor.

—Ahora ya —dijo entonce el rey— le conozco y la reina sus trabajo a mis nueras, quiero conocela a las treh.

—¡Ahora sí! —dijeron ellos—. Va a venir este tonto con su sapa, es sapa su mujer.

—El domingo yo loh espero aquí.

Entonce se jueron loh otro a arreglar sus señorah allá.

Llegó él:

—Oiga, hija.

—¿Qué, Juanito?

—Vamos a tener qu' ir el domingo los doh: ¿y cómo vamo a ir con usté?

—¿Cómo vamo a ir? ¡Vamos no más, pu! ¿Por qué no vamo?

Esto jue el día domingo. El día sábado le dijo la niña al padre:

—Me va ir a buscar la mejor yunta de bueyes qui hay en el potrero y me va a limpiar bien esta tina.

—Güeno, hija —le dijo.

Vino el caballero, jue a buscar los bueye, y limpió bien la tina, y si arregló una carreta y l' echaron a la tina entre los doh, el Juanito y el viejito.

—Usté, papá —le dijo—, busque una picana, una varilla larga.
Ya enyugaron los güeyes, buscó una varilla larga.

El domingo en la mañana se desayunaron, ya l' echaron a la carreta y l' echaron a la carreta una cajita chiconcita. El viejito arriando y ella sentá atrás con el Juanito llorando, la rana. ¡Y no se quea dormió el Juanito y el viejito! Cuando despertó, va el viejito echao atrás sujetando una manconna de caballos que llevaba un coche relindo franjiao en oro, una cosa de la más linda, la niña una princesa que no había en ningún reinato como ella de más bonita, con una guitarra y su caja.

Y loh otros, cuando pasaron ya, el domingo:

—¡Vamo, hermano! ¡Mira el tonto con su rana!

Y loh otros con sus niña en anca, ni tampoco las llevaban en caballo aparte, con su niña en anca cada uno, cantando y ¡qué viva!, ¡qué viva!, feliz. Llegaron ellos primero allá.

Entonce cuando ya despertaron elloh así en su coche, echaíto atrás el viejito. Así de que loh hermano estaban esperando pa ir toos, la mamá, el papá, a ver cómo iba a llegar el Juanito con su sapita. Cuando ven un coche el primer coche que vieron, no los conocían.

—¡Ay! ¿Quién eh este caballero que viene aquí?

—¡Juanito, mi hijo es! —dijo la señora.

Ya salió la reina, la entraron en anda pa entro de contento y a Juanito lo mismo. Ya los sentaron ahí muy bien servío, y lah otras toas corretiá, y ella con sus trajes más lindos. ¡Cómo no sería, siendo que era encantá! ¡Cómo no estaría de linda la sapita!

—De toas —dijo entonce el rey— de mis nueras, de las tres, la más bonita la de mi hijo menor, mejor de toas. ¡Qué linda! ¡Dios la bendiga! ¡Qué linda! ¡Qué bueno!

La niña le regaló una maceta de flore al rey y una a la señora, pero muy linda.

Los primeros que bailaron fueron los suegro, después que ya se sirvieron la comida. Y cuando estaban comiendo en la mesa, comenzó entonce ella a sacarle a él toos los güesitos qu' iban saliendo, se loh iba poniendo aquí (la narradora indica el seno) ella y él. ¡No ven lah otras juiciosa! Hicieron lo mismo. Bueno, los primeros bailes fueron [de] los suegro. En seguía dijo entonce el rey:

—¿Saben toas cantar?

—Mi señora sabe.

—Mi señora sabe.

—La mía también sabe —dijo él.

Siempre él andaba máh atracito.

—La del mayor va primeramente a tocar —le dijo— pa que baile mi nuera la menor.

Ya jue, se puso a tocar la mayor. Salió la niña a bailar con su esposo. Caa güelta que daba, perlah y diamantes que botaba, floreh, una cosa maravillosa, toas las güelta.

—¡Ah! ¡Qué lindo! —dijo el rey—. ¡Y ésta sí que es bonita! ¡Aquí sí qui hay bonito!

Ya vamo bailando. Se terminó.

—¡Esto sí que es lindo! Ahora va a cantar —le dijo— la del medio y salga a bailar el mayor de los hijo, el primero.

Ya se puso a tocar la otra, muy bien tocaba, muy bonito también. Y salen a bailar. Caa güelta que daban, caa bosta de caballo que botaban, los güesos que se habían puesto.

—¡Oh! ¡Jesú! ¡Jesú! —dijo el rey—. Saquen, vengan los mozos, raspen aquí y barran.

¡Máh avergonzás, Señor de mi alma!

Ya barrieron.

—¿Ahora qué vamo a hacer?

—Que cante la menor pa que baile la del medio.

Por lo consiguiente, otra vez, puh, oiga. Dígame que irse toah a poner. ¿Cómo sabían lo que podía inificar aquello?

—Ya, ahora sí. ¡Cómo —dijo entonces el rey— tan bonito y tan fragante qui había quedao! Ahora va a cantar la primera que cantó, otra vez la mayor, y salga a bailar mi Juanito.

Tuvieron que borrar, barrer too aquello, limpiarlo, lah alfombras, ¿qué sé yo? Ya salieron ellos otra vez. Caa güelta que daba, perlah y diamantes que botaba. Quedó otra vez fragante aquella maravilla.

—¡Qué lindura! ¡Y esto sí que es lindo! ¡Mi nuera tan bonita! ¡Ave María!

Loh otros quedaron:

—¿Por qué no me casaría yo con la rana?

—Yo me debía haber casao con la rana, si yo también la vi, pero no me casé. ¡Y este tonto que se haiga ío a casar! ¡Y tan bonita su mujer, tan bonita y tan curiosa!

Y el papá de la niña tuvo oservando. Ya sabía lo que tenía en su poder, sabía que era su hija, porque nació en cuenta 'e ranita, pero no sabía lo que se guardaba.

Bueno, ya se celebraron tres día aquí.

—Ahora —les dijo entonces el rey— yo voy a ir a dejar a Juanito a su casa; ustees se van adelante, porque yo quiero ime en su coche en qui andan elloh; ustees se van adelante, yo voy a dejar a Juanito.

Loh otros, avergonzaoh, ensillaron sus caballo, tomaron su señora al anca y partieron.

Ya vino el viejito, preparó su coche, subió su Juanito y la reina y la llevaron. Cuando llegaron allá, la ruca, que era fea, ni el mismo palacio del rey le igualaba. ¡Una joya más linda! Ya llegó.

—Esta es la casa de mi hijo. No me voy máh a lo mío, aquí.

Y con el toque, ¡qué s' iban a mover! ¡Vamos cantando y de too! El viejito largó los güeye y loh echó pal potrero.

Y la niña se desencantó pa siempre, quedó señorita. Y ai quedó viviendo con su marío y sus suegro y ai tará.

Y si acabó el cuento,
se jue por un zapatito roto,
salió por una mata 'e poroto
pa que Hugo cuente el otro.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en magnetófono.

AMELIA QUIROZ.

249

DELGADINA Y EL CULEBRON

Una vez en una aldea, en un campo, vivía una anciana y tenía una hija. Esta hija se llamaba Delgadina, una niñita muy bonita, de sus cinco año más o meno. Entonce creció, creció la niñita, ya estaba más o menos niña de quince año, cuando un día la mandó la madre que juea a un riachuelo, la mandó con un poquito de mote a lavallo, porque de eso vivían ellas, eran muy pobres, no tenían nada. Por ahí cositas que juntaban, con eso se mantenían. Cuando al regreso se encuentra una culebrita más o menos como de quince centímetros, muy bonita, amarillita la culebrita. La tomó en la mano y se la llevó para la casa. Cuando llega a la casa, le dice a la madre:

—¡Mire, mamita, la culebrita que me he encontrao!

—¡Niña, por Dios! Bótate ese pájaro.

—No —le dijo—, no la boto, la voy a criala, porque es muy bonita.

Entonce siguió criándola, todos los días la iba a ver, la colocó en una ollita, en una ollita que usaban en el campo, ollita de grea; todos los días la iba a ver, le llevaba miguitas de pan, por ahí le llevaba un poquito de leche, lo que recogía por ahí; las vecinas le convidaban ahí moscas, también de todo eso comía la culebrita.

Fue creciendo, fue creciendo la culebrita, vivió un año, vivió dos. Ya después la niña tenía más o meno catorce a quince año y cuando

creció, creció, creció, pasó un año, dos año, tres año, cuatro año, la niña tenía deciséi año más o meno. Cuando la culebrita ya creció tanto, no cabió en l' ollita, la echó a una olla más grande. Nuevamente en medio año ya tampoco cupo en la otra olla más grande, la echó a un tonel, un tonel destapao que tenía, donde echan vino, redondo, destapao, la echó adentro. Creció, creció tanto este pájaro que se transformó ya en un culebrón, era tremendo. Ella lo sacaba a jugar, le hacía una seña que le indicaba, s' iba solito, se metía y se guardaba. Cuando un día, ya ella tenía deciocho año más o meno, le dijo a ella un día que fue a darle comía:

—Mira; yo me voy a ir, porque ya no quepo aquí y tú no tienes cómo alimentarme y además los gastos, porque eran muy pobre ustedes, son muy pobres, no pueden vivir y estar alimentándome a mí, no pueden, no tienen medios. Yo me voy, Delgadina, te dejo en casa. Ven para acá.

Entonce a la niña le dio pena, cuando había criaio [el culebrón], como cuando crían un cerdo de chiquitito se acostumbran con él, se sintió apenada. Entonce le dice el pájaro:

—No te apures, Delgadina, yo te voy a dejar una fortuna. —Lloró el culebrón—. Pásame las manos por los ojos, bien por los ojos, pásame por los ojos varias veces los dedos, frótate las manos con mis lágrimas de aquí para abajo, con las lágrimas de tu culebra. La virtud que te dejo: tú... cuando te laves las manos, las sacudes, te van a discurrir monedas de oro, unas grandes y otras más chicas, depende cómo esté el valor del oro, de distintos valores; con eso tu vai a vivir y vai a ser otra.

Cuando hizo ella esto, se salió del tonel, y se despide y le dice:

—¡Adiós, Delgadina!

—¡Adiós! —le dice ella.

Y se va el culebrón, como un cocodrilo, así en esa forma se va, se va al mar. Y ella quedó allá toda confusa. Tenía por allá un pedacito, no tenía lavatorio, no tenía na, un pedacito de tapaera, ahí donde se lavaban ellas, va y mete las manos y las sacude, ¡cuando caen al suelo las monedas de oro, unas más grandes y otras más chicas, inmensamente harta plata, oro sellado! Entonce dijo:

—Aquí está lo güeno. Mamá —le dijo—, venga para acá; vaya al mercado a comprar tal y tales cosas pa que comamos primero, traiga queso, traiga chanco, traiga arrollado, traiga pan, traiga azúcar, de lo que a usted se le ocurra, para poder comer algo aquí.

Ya pasaron algunos día y esto lo iba guardando y nadie sabía, nadie sabía de custión. Entonce ella hizo construir una casita con

tanto oro, pero no sabían de dónde salía esa plata. Hicieron su casita más o meno arreglaíta y siguieron viviendo ahí. Cuando un poco retirao por ahí había un reinao y éste quizá por intermedio de quién oyó que había una viejuca por ahí que tenía una niña muy simpática que al lavarse se sacudía las manos, caían entonce, discurrían monedas de oro. Dijo el rey entonce:

—Yo me casaría con esa niña; si rico soy, más rico sería.

Había por ahí a los alreor una vieja bruja, que nunca faltan, ¿no?, y tenía una hija. Entonce el rey mandó a llamar a la vieja y le dijo:

—¿Tú sabes por ahí donde hay una niña que al lavarse las manos discurrén monedas de oro?

—Sí, señor.

—Mira; ¿por qué no la traís? Yo te pago bien pagao.

—¡Cómo no! —le dijo la vieja.

Y la vieja bruja era comadre con la otra viejita. Un día llega allá:

—Mire, comadre; vengo a buscarme a Delgadina, el rey la necesita, quiere hablar con ella.

La viejica quedó toa asustá.

—¿Cómo puede ser? ¡No puede ser!

Y la bruja sabía de este negocio, dijo la bruja: “Aquí está la mía”. Tenía una hija ella también, ¿no? ¿Qué lo que hizo esta bruja? Que se llevó a las dos niñas, llevó a la hija y se llevó a la otra para llevárselas al rey. Pero por el camino a la bruja se le ocurrió: “Yo no voy a llegar con esta niña allá”. Seguro que por ahí el mar pasaba cerca, viene y pesca a Delgadina y le saca los ojo y la tira al mar. Y ella se va con su hija pal reinao.

Llegó allá entonce y le dice al rey que ésa era la hija, la niña de la viejuca que vivía en el campo, que al lavarse las manos discurría monedas de oro. Medio feota, no le pareció na muy simpática al rey y dijo: “No me puede engañar, tiene que ser así”.

—Muy bien, pues, vieja —le dijo—. Llévala y mañana me la traes para efectuar el casamiento. ¡Ligerito, pues, no!

Se hizo el casamiento al otro día.

Mientras tanto que Delgaína bogaba por el mar y por allá andaban unos pescaores pescando y vieron qui había un ser humano sobre lah ola nadando, se allegan en los botes y pescan a Delgaína, y era una niña de lo más lindo, con su lindo traje que llevaba, creyeron ellos que era un ángel caído del cielo, pero toavía poco menos que san-grando. Estos pescaores vivían en unas rocas, yo me recuerdo unas rocas qui hay por ahí en Pelluhue, más allá, unas caletas, y por ahí vivían ellos, se la llevaron allá a Delgadina y le proporcionaron toda

clase de facilidades para que ella viviera, hasta ropa, comía, no le faltaba nada. Por ahí l' hicieron unos tratamientos en la vista, porque [a] ella recién le habían sacao loh ojo. Y vivió muchísimo tiempo. Entonce Delgaína era la idolatrada de los pescaores.

Volviendo atrás, entonce el rey, como le dijo a la vieja lo del casamiento, y se casó, ¡pues, no!, con la hija de la bruja. Bueno, se hizo el casamiento y el rey, recién casao, durmió con su novia. Tenía que ser así, pues, ¿no? Durmió con su novia. El casamiento estaba rebueno, los demáh al otro día amanecían tomando por ahí, total que el casamiento estuvo más o menos güeno, ¿no? ¿Pero qué pasó? Que al otro día él se preocupó cuando se juera a lavar. Entonce va ella a lavarse y va a secarse, porque antes de secarse era imposible que no cayera una gotita, ¿no? La está mirando, no cayó na. Al rey le anduvo pareciendo medio mal. Se lavó ella, se peinó y se jue allá a su pieza nuevamente, cuando la llama el rey:

—Mira —le dijo—; ¿por qué no se discurrió alguna moneíta de oro de las mano?

Entonce lo miró y le dijo:

—Porque he perdido la virtud que tenía por haber dormío con usté anoche, usté me hizo perder la virtú.

¡Muy lista! Se la tragó, pu. Siguió, siguió viviendo con ella ahí, pero ya no pudo remediarla na, no pudo remediar porque él había tenío la culpa, durmió con ella. Entonce ya, después de algún tiempo, cuando los pescaores salieron en la mañana al mar, cuando de repente llega un enorme pájaro donde estaba en la cueva Delgadina y le dice:

—Delgadina, ¿qué estáis haciendo aquí?

Cuando Delgadina conoce su voz inmediatamente, conoció la voz del pájaro:

—¿Me conocíh a mí?

—Sí te conozco.

—¿Quién soy yo? —le dijo él.

—Mi culebrita que crié.

—¿Entonce qué estáis haciendo ahí?

—¿Qué? La bruja me sacó los ojo y me tiró al agua. Los pescaores me encontraron y me tienen aquí.

Entonce el pájaro llora amargamente y le dice:

—Delgadina, pásame las manos por los ojo —le pasó bien—; pásame bastante; pásate ahora por la vista, pásate por aquí, por acá, así; métete los deo acá por las cuencas de los ojo; pásame nuevamente.

Ella, como lo conocía, le pasaba las manos, se frotaba bien y le pasaba bien.

—¡A ver! Abre los ojos ahora.

Delgadina abre los ojos. Si tenía unos ojos lindo antes, cuando recuperó la vista tenía unos ojos verde mar de lo más lindo que tenía.

—¿Veí ahora Delgadina?

—Sí veo.

—¿Me conocís?

—Sí te conozco; eres mi culebra. —Abrazó entonces a su tremendo culebrón Delgaína, lo abrazó—. ¿Estái contento?

—Estoy contento. ¿Dónde tenís tu ropa?

—Ahí está.

Toavía tenía su ropita, la mantenía por ahí.

—Vístete —le dijo— y vámolo.

—¿Y cómo los vamo a ir, cuando no sé dónde estoy, no sé nada?

—Vete conmigo, monta a caballo y péscate bien del cuello.

Entonces se montó a caballo en el culebrón y se largó a andar. Salió el culebrón nadando. Llegó por allá donde la bruja la había echado al mar.

—¡Ya! —le dijo—. Bájate.

Salió a la orilla y le dice entonces el culebrón:

—Mucho cuidao, Delgaína; vete a tu casa.

Se jue Delgaína.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Se jue el culebrón nuevamente al agua. Delgaína reconoció ligerito donde vivía y se jue. Cuando llega allá, está la pobre viejita llorando sentá, pensando en su hija qué lo que sería que había desapareció. Entonces Delgaína la encuentra, le contó lo que le había pasao, ¿no?, y [cómo] la bruja, cuando ella la llevó invitá y ella había accedió para que juera con ella, le había sacao los ojo y la había tirao al mar, y la culebrita que ella había criaio, o sea el culebrón, le había hecho recuperar la vista, que ella estaba en unas caleta onde unos pescaores. Le contó todo lo que había pasao.

—Bueno, niña, siéntate. Tomemos mate, hay queso, hay de todo.

Tomaron mate. Trascurrieron unos cuantos días.

Después, cuando nuevamente el rey oye decir que había llegao nuevamente por ahí una que, cuando se lavaba, se discurrían monedas de oro en las manos. Dijo él:

—¿Qué voy hacer aquí? Espérenme un poco. Voy hacer unas onces-comida, ¿no?, y voy hacer llamar aquí toda la gente de la comarca, hombres y mujeres, viejas y niñas para que vengan aquí.

Un comedor largo, hartasa gente, no había distinción, ricos, pobres,

necios, sirviéndose. Entonces, después que se habían servido todos, viene entonces la uva; cada uno en sus platitos en la güelta del comedor ahí comiendo; algunos se la comían asimismo no más como sabían servirse, sacaban el racimo, pescaban los granos y se los comían así. Pero los otros, que eran más inteligentes, tomaban la uva y se la comían, incluso ella misma, Delgaína, estaba más civilizada, se tomó la uva entonces, comió, comió, comió. A continuación viene el aguamanil, lo colocan ahí en la mesa, cada uno su platito. Entonces los otros metían las manos aentro. Entonces ella metió las manos en el platito, ella que las saca, cuando las saca, ¡tras que caen unas gotitas! Y el rey estaba ya con ojo avizor, ¿no?, mirando, cuando ve que a esa niña se le caen unas monedas de oro, entonces él dejó el puesto que él tenía allá y llegó donde estaba ella y le dice:

—¡Ah! ¿Por qué se le cayeron estas monedas de oro?

Le dijo ella, porque no podía negar, ¿no? Entonces tomó las monedas de oro, si eran de oro. ¡Oro sellao! ¡Monedas de oro! Entonces dice él:

—¡Esta es mi mujer! ¡A ver los Grandes de la Corte! —Habían Grandes de la Corte—. Péquenme a esa vieja y a mi mujer que tenía, manéenlas y vayan a calentar la hornilla —en ese tiempo funcionaban la hornilla.

Al tiro los Grandes de la Corte se pescaron a la vieja y a la niña de la bruja, la amarraron como cuando matan chanco, bien amarrá, y la hoguera de la hornilla ya está caldiá ya.

—Échenlah aentro.

Estas no alcanzaron a estar aentro, ya estaban convirtiéndose en ceniza.

Entonces la madre de la niña estaba ahí también y le pide el consentimiento el rey:

—Yo me caso con su hija.

—Muy bien, pues —le dice al rey la viejita—; yo estoy muy de acuerdo con esto.

La consulta a ella; también dijo que se casaba. Entonces el rey le dijo:

—Si yo soy rico, más rico seré.

Le dejó pasar unos dos o tres días, y la llamó entonces al reino y se casaron. El casamiento... estuvieron las gente remoliendo como ocho días. Las vacas, los corderos, el vino, había de toda clase de licore ahí. Toavía queda un poquito, un traguito de vino medio malón arriba de la mesa por acá, ¿no?

Y se terminó el cuento.

RAMONCITA

Un par, matrimonio, tenía tres niñas. Una se llamaba Rosita, la mayor; la segunda, Juanita, y la tercera, Ramoncita. El viejito era leñatero, vendía leña en la ciudad y era muy pobrecito.

Un día, pasando por un pantano, le habló un sapito y le respondió el abuelito. El sapito le pidió una niña para casarse. Entonces el abuelito le dijo que estaba bien, que les iba a decir a las niñas. El sapito le regaló una cantidad de monedas.

Llegó el abuelito a la casa, llamó a las niñas de una por una y le dijo quién se quería casar con el sapito. Entonces la Rosita y la Juanita le dijeron que no. Entonces le pregunta a Ramoncita, por ser la más chica. Entonces contesta Ramoncita, le dice:

—Bueno, papá; usted está tan veterano y pobre, me caso con el sapito.

Entonces fue el abuelito y le dio la respuesta al sapito. Fue el día lunes y quedó de casarse el día jueves. Le dio otra cantidad de dinero y le dijo el sapito al abuelito que el día antes de casarse, en la noche, que le dijera a la Ramoncita que él la iba a hallar en la última pieza que le faltara de planchar.

Entonces, cuando ya le faltaba la última pieza, le habló el sapito y le dijo que lo llevara en el hombro izquierdo y lo dejara debajo de la cabecera envuelto en un pañuelo de bolsillo.

Al otro día salían el papá, Ramoncita y el sapito y fueron a casarse al civil y a la iglesia. Se casaron ya y lo trajo al sapito sobre el hombro izquierdo y lo dejó debajo de la cabecera. Y entonces el sapito le dijo que él a las doce de la noche iba a ser un hombre y, en caso que él tuviera algún percance, que él se iba y para que ella lo encontrara tenía que saltar al otro lado del mar.

Entonces estaban ya todos acostados. Se duermen los veteranos. Se levantan las dos niñas, Juanita y Rosita, a ver a Ramoncita que estaba durmiendo con el sapito, entonces la destapan y entran a decirle:

—¡Cochina tal por cual, durmiendo con sabandija!

Se fueron a acostar de nuevo las chiquillas. El sapito habla a Ramoncita y le dice:

—Yo me voy, porque me faltaba media hora para ser cristiano; sus hermanas me han venido a maltratar y ahora, para que usted me encuentre, tiene que saltar al otro lado del mar y aquí le dejo este pañuelito que tenía.

Recuerda Ramoncita llorando, despierta a su padre. Pregunta su padre:

—¿Qué le pasa, Ramoncita?

Contesta Ramoncita:

—¡Cómo no he de llorar, cuando mi sapito se me fue! Mis hermanas lo han venido a maltratar.

Luego salió Ramoncita, y se fue, y llegó a la orilla del mar y entonces saca el pañuelito y le dice:

—¡Pañuelito de la virtud que Dios te ha dado, que yo esté al otro lado del mar!

Ramoncita era una niña muy bonita y muy honesta. Llegó a una ciudad, arrendó una casa a dos señoras viejitas. Las viejitas que le arrendaron le buscaron una niñita para que la acompañara, la llamaban la Chinita. Se corrió por la ciudad, una niña llegó, muy buena moza. Ramoncita cantaba y tocaba muy bien la guitarra.

En la parroquia había tres curas. Una noche fue un cura, que lo convidara a dormir. Ramoncita mandó a Chinita y le preguntó al cura qué lo quería: agüita, tecito o cancioncita. Le dice el cura:

—Una cancioncita.

Entonces Ramoncita llama a Chinita a traer la guitarra. Chinita le dice que ella no va. Entonces le dice el cura:

—Yo voy, Ramoncita. ¿Dónde está la guitarra? —y va a buscarla.

Entonces le dice Ramoncita al pañuelito:

—¡Pañuelito de la virtud que Dios te ha dado, que este cura se amanezca tocando la guitarra!

Ramoncita de balde le decía al cura:

—Venga a dormir.

El cura le dice:

—No, Ramoncita; está regüena la guitarra.

Venía aclarando el día, le dice Ramoncita al pañuelito:

—¡Pañuelito de la virtud que Dios te ha dado, que el cura deje de tocar la guitarra y se vaya a su parroquia!

En la noche siguiente va el otro cura, que la convida a dormir. Le dice Ramoncita:

—Está bien.

Entonces le dice qué es lo que necesita: una cancioncita, un vasito de agua o una tacita de té. Entonces el cura le dice:

—Convídeme con un vasito de agua, que es muy buena y muy saludable, como remedio.

Ramoncita manda a Chinita a buscar y Chinita, con su mal modo ella no quiere ir. Le dice el cura:

—Yo, señorita, iré a traerlo —y se va el cura a buscar el agua.
Entonces sacó el pañuelo Ramoncita, de la virtud, y le dice:
—¡Pañuelito de la virtud, que este cura se amanezca tomando
agua!

Ramoncita le decía:

—Venga a acostarse.

El cura le decía:

—No, señorita; está muy buena la agüita.

Ramoncita le pide al pañuelito, aclarando el día:

—¡Que este cura se vaya a su parroquia!

A la tercera noche fue el otro cura, llega donde Ramoncita y le dice:

—Vengo a que me convide a dormir.

Ramoncita le dice:

—Está bien. ¿Qué le sirvo? ¿Una cancioncita, o un vasito de agua
o una tacita de té?

Entonces le dice el cura:

—Una tacita de té, señorita.

Ramoncita manda a Chinita otra vez:

—Manda a traer el té, Chinita.

Chinita, con su mala voluntad, no quiso ir. Entonces le dice el cura:

—Yo iré, señorita.

Se va a la cocina con la taza y se sirve el té.

Saca Ramoncita su pañuelo de virtud y le dice:

—¡Que este cura se amanezca tomando té!

—Señor cura —le dice—, venga a acostarse.

—No, señorita; está muy bueno el té; más ratito.

Ramoncita pide a su pañuelo de virtud:

—¡Que este cura se amanezca tomando té!

Ella le cobró a cada uno cien pesos.

Los curas enfermos demandaron a Ramoncita. Y ella va al juzgado con las dos viejitas y su Chinita. Llega el comparendo; están todos juntos. Ramoncita le dice:

—Señor juez, estos curas son unos tontos. Va a ver usted que ya va a pasar una tropa de mulas. Y tú, que soi' el más diablo —le dijo al primero— va a salir y se le va a pegar al poto de la mula.

Luego asoma una tropa cargada. Ramoncita saca el pañuelito y le pide:

—¡Pañuelito de virtud, que el cura se le vaya y se le pegue al poto de la mula!

Entonces el cura siguió tras la mula y se pegó al poto y el arriero lo azotó mucho. Sacó Ramoncita el pañuelito otra vez y le gritó:

—¡Que se deje este cura de la mula y arranque a su parroquia! ¿No ve, señor Juez, cómo son estos curas tontos? A vos te va a pasar igual —le dice al otro.

Luego sale otra tropa de mulas. El cura se sintió desesperado, cuando la sintió en el camino. Ramoncita sacó su pañuelo y le dijo:

—¡Que este cura se vaya y se le pegue al potto de la mula!

Entonces también el cura siguió a la mula y se le pegó al potto y el arriero le pegó mucho. Ramoncita sacó su pañuelito de virtud y le dijo:

—¡Que este cura se deje de esta mula y se arranque a su parroquia! Con el otro hizo lo mismo y entonces Ramoncita le dijo al Juez:

—¿No ve, señor Juez, cómo son tontos estos curas?

Illapel (Hacienda Illapel), 1955. Recogido por don Bernardo Valenzuela.

JESÚS VEGA.

251

LOS GUACHITOS

Est' era una viejita que crió dos guachitoh, hombre y mujer. Se les murió el papá, se les murió la mamá y quedó la viejita con ellos. La viejita hacía loza y de too, ¡y los niñitos no jueron y quebraron una loza!

—Ahora nos a a pegar. ¿Qué vamo a hacer? —dijeron—. Mi mamita los va a castigar no más. ¿Vámoslos?

—¡Vámoslos!

Salieron los doh. Andar y andar... El niñito era más chico, la niñita más grande, la Panchita. Le dio sé [al niñito]:

—¡Ay, hermanita! Llevo sé y hambre.

—¿Qué te voy a dar, cuando no trajimos ni plata? ¿Qué le vamo a dar?

¡No van a encontrar un pozo, un pocito no muy grande y un letrero!: “El que toma agua aquí se volverá culebrón”.

—No —le dijo entonce la niñita—, no tome agua ai.

—¡Ya me muero de sé! ¿Cómo va a ser eso? ¿De qué manera? ¡Ya no aguanto!

Máh ailante había otro pocito y su letrero: “El que tome agua aquí se volverá sapito”.

—¿Pa qué querís ser sapo? —le dijo entonce ella—. ¡No tomáh agua!

—¡Pero ya me muero de sé y hambre!

—¿Y qué te voy a dar, cuando comía no llevamos?

Máh ailante había otro pocito y su letrero: "El que tome agua aquí se volverá un corderito".

—¡Más que nunca me vuelva cordero! —dijo él.

—No tomás na —le dijo ella—, porque te vah a volver cordero.

—¡Más que nunca me vuelva cordero!

Se quedó atráh y tomó, ¡cuando lo alcanza el cordero saltando, hijito, y brinquiando, con la colita pa allá y pa acá, hecho cordero!

—¡Ay, hermanito! —le dijo entonces—. ¿Qué juiste a hacer? ¡Por l' amor de Dios! ¿Pa qué vah a servir?

—Déjeme no más —le dijo.

Güeno, ya siguieron. Andar y andar sin comer ni na. Entonce había un caminito así por un cerro pa arriba que decía: "Aquí hallarán agua y comía". Subieron arriba. Había un príncipo andando pu aquí, pu allá, y ellos mirando. Salió una niña:

—¿Qué dicían?

—Andamos con hambre y sé —le dijo la niña— y no hallamo ónde tomar agua.

Les dieron de comer y de too. Salió el príncipo y la vio tan bonita a la niña. Ya le priuntó cómo se llamaba, le dijo que se llamaba Panchita.

—¿Y anda con su corderito?

—Sí —le dijo ella— ando con mi corderito.

—Aquí va a bajar, porque máh ailante onde usted va andar pasará por muchah; aquí va a alojar.

—Bueno.

Al corderito le dieron alojamiento encima di unos saquitos de trigo y a ella le pasaron cama. Ella le dijo:

—Yo estoy acostumbrá a dormir con mi corderito.

—Que duerma ajuera el corderito.

Se quedó durmiendo ajuera el pobre cordero.

Ya el príncipo se enamoró de la niña, se casó con ella. Había una vieja que tenía una hija y tenía intención de que el príncipo se casara con la hija de ella. La miraba mal a la Panchita. Había un molino a orilla de playa de mar; estaba el agua saltando, chispiando, ¿qué sé yo?

—Mire, niña Panchita; ¿por qué no vamo a ver el molinito? ¡Tan bonito que está!

—¿Y aónde?

—Allí.

—Vamos, pue.

Al corderito la niña le dijo que nunca le pegaran ni le dieran na,

y ella de la comía que ella comía le daba a su corderito, porque lo había criado guachito de chiquitito y comía de la misma comía que ella comía. Así que de too lo que ella comía su corderito comía, él no comía pasto.

Ya jueron a ver el molino. Había un sacao así como un hoyo y aquí está la máquina dando vuelta, dando vuelta.

—Así se va a poner —le dijo la vieja— a mirar. ¿No ve? ¡Mire que está bonito!

Ya miró la vieja. Jue la niña, ¡brum!, la tiró aentro. ¡Ya stá! ¡Ai queó la Panchita aentro! Ya se perdió la Panchita, qui había fo y la ballena se la había tragao.

—Oiga —le dijo la vieja—; ¿por qué no mata ese cordero, qui hay que estarle dándole la comía toos los día, enfriándose y dándose de comer? Ya la dueña se acabó, hay que matar el cordero también.

—¡Ay! —le dijo entonce el príncipo—. La Panchita quería tanto su corderito, ¡qué lo vamo a matar!

—¡Mátelo no más!

Ya llamaron a un mozo que lo juera a laciár. Esto oyó el corderito y parte, ¡hijito 'e mi alma!, pa la playa, como sabía qui a la niña se la había tragao la ballena, y apreta pa la playa saltando por encima 'e las piedras, y el hombre con el lazo pa lacialo dándole vuelta.

—¡Hermana Panchita,
que me quieren matar!

—¡Y yo dentro 'e la ballena
sin poderte libertar! —le decía ella.

En esto oyó el qui andaba con el lazo, ya se quedó escuchando. Y salta otra veh y le güelve a decir:

—¡Hermana Panchita,
que me quieren matar!

—¡Yo dentro de la ballena
sin poderte libertar!

—¿Sí?

—Sí.

Ya se mandó entonce el rico con una escopeta y rodiando el corderito. Ya el corderito luego estaba apurao y le dice la misma otra veh:

—¡Hermana Panchita,
que me quieren matar!

—¡Y yo dentro 'e la ballena
sin poderte libertar!

Entonce ya puso cuidao el príncipo, y le fija bien la cabeza a la ballena, y le tira, y la mató. Y la jue sacando pa juera y le dijo al mozo qui andaba laciando el cordero que la abriera con mucho cuidao. La sacaron la ballena a la rastra pa juera, un animal demasiao grande, y la partieron. Salió la niña vivita. ¡Sí se la tragó íntegra, entera! ¡Ni la mascó ni na! Ya la sacaron. Ya le dijo que la vieja le había dicho que mirara ese molino tan lindo y la había empujao abajo y el pájaro ese se la había tragao.

—¿Güeno, ¿y cómo eh esto? ¿El cordero habla?

—¡Cómo no va hablar, siendo que eh hermano mío, cristiano igual a mí!

—¿Sí?

—Sí. Cuando pasamos por tal parte habían tres pozo, en uno onde dice: "Si te tomáh esta agua, te volverís culebrón", en otro: "Si tomáh agua de este pozo, te volverís sapo", y en otro: "Si tomáh agua de este pozo, te volveríh un cordero". Yo no me fijé, él tomó y me alcanza a saltitos, ¿qué sé yo?, hecho cordero, y hecho cordero está.

—¡Ah! —le dijo el príncipo—. Esos pozos son agua cegá que no se debía di haber tomao; las tomó. Vamos —le dijo.

Entonce se jue, la llevó pa la casa. Y llevaron un cuchillo, unas tenaza y de too y un borrador, borraron esas letras, jueron echándole agua y se jueron deshaciendo, y se jue levantando una persona de caa pozo. Y en seguía al cordero con la misma agua del pozo onde se volvió cordero lo refregaron bien refregao, y ráscale y ráscale, y se volvió gente otra veh igual como era. Y se vinieron pa su casa y vinieron a hacer una güena fiesta. Y agarraron la vieja y la quemaron viva dentro di una hoguera, y los polvitos que quearon loh echaron a volar al viento.

LOS CUATRO ENANITOS

Había una veh un leñaorcito que tenía familia pobre, suh hijito, así que tenía que buscar pancito pa alimentarlo y con la leñita tenía este caballero pal sostén de suh hijitos. Pobrecito era, pero tenía cuatro burritos. Paciencia tenía este pobre veteranito de buscar esa leñita

para poer ir al pueblo para comprar cositas para alimento de sus niño. Entonce cuando le ice:

—Mire, hijita —le ice a la señora—; toy aburrío de buscar leñita, ya los arbolitos los tengo machetiaíto y rabian los caballeros si acaso los molesto tanto.

—Pero na le icen a usted, pue, hijito —le ice entonce la señora—: somos pobres. ¿Qué vamo a hacer? La leñita servirá pa nosotros.

—Bueno, ¡ya 'stá! —dice entonce—. Por última vez voy a ir, hijita, y vamo a ser rico.

Y l' iba al tiro palpitando aquel amor que llevaba. Y llevó sus cuatro burritos quebrando palitos con l' hachita por ahí, cuando viene y salen cuatro enanito y dicen los días de la semana:

Lunes y martes, miércoles tres;
lunes y martes, miércoles tres,
lunes y martes, miércoles tres.

Y él sabía el verso entero:

Jueves y viernes, sábado sei —le ijo el leñador—;
jueves y viernes, sábado sei,
jueves y viernes, sábado sei.

—¡Qué bonita la cancioncita —ijeron loh enanitos— que el leñaorcito lo está diciendo! ¡Vamol

Y corrieron loh enanito, haciendo una comparación, como un negro así, loh enanitos.

—Güeno días, mi leñaorcito. ¿Cómo es la cancioncita tan linda que lo estaba cantando?

—Lo qui ustedes saben, pue, enanitos —le ice él—, ¿cómo eh el principio di usted?

Entonce le ice el qui hacía de jefe de loh enanito:

—Eh ésta:

Lunes y martes, miércoles tres;
lunes y martes, miércoles tres,
lunes y martes, miércoles tres.

Y no sabimos más, pu.

Entonce le ice el leñador:

Jueves y viernes, sábado sei;
jueves y viernes, sábado sei,
jueves y viernes, sábado sei.

¿No ve que tiene los días de la semana? Empieza así, pue, enanito:

Lunes y martes, miércoles tres,
jueves y viernes, sábado sei.

Los sei días de la semana. Dígala, pue, enanito.

Loh enanitos le dijeron:

Lunes y martes, miércoles tres,
jueves y viernes, sábado sei.

¡Hasta luego, leñaorcito!

Y se jueron loh enanitos corriendo. Entonce el jefe de loh enanitos leh ijo:

—¡Güena cosa! ¡Y el leñaorcito tan pobrecito que eh él que no le damo una mercé bien güena! Caa uno tenemos que darle una virtud que se tenga pa vivir tranquilo, no ande con sus burritos por ahí mortificándose. Bueno, le vamo a regalar una patita caa uno.

Ya cortaron.

—No corte más leña, leñaorcito —le ijeron los niñitos, loh enanitos—; le vamo a dar caa uno una virtud, esta patita. Le pide varias cositas, cositas güenas, grandeh, alimentos, vestuario, plata; tiene una sola virtud y la patita se le va.

Y le dieron toftos loh enanitos la explicación cómo lu hiciera el leñador. Entonce el leñador, después di haber oído estas palabras de los cuatro enanitos, se jue a casa de él, su ranchito pobre que tenía.

Ya tenía hambre la señora.

—¡Güena cosa —le dice— que no me trajo na, ni leñita tampocol

—No, hijita; vamo a tener alimento muchísimo.

—¡Yal! ¡Pancito, mamita!

—Na, hijito. —Y ella con hambre también.

Entonce viene el leñador, le dice a una de las patitas:

—¡Patita, por la virtud que Dios ti ha dao, pone dinero y hace que comer y graneros llenos de mantención, hartah aves, güevitos, comida para mí, pa mih hijo, hechita, güena!

Y se vio llena al tiro de cosas la señora. Ya tomaron desayunito, como era tardesito ya. Entonce viene el leñador, le dice a la otra:

—Póneme un vistuario de rey con harto dinero en mis palacios que sean de los mejor que sean, una teja de plata y otra de oro para yo sobre bendecirme con mi familia y toah estas personas vengán como empleos de mí los dueños di aquí, pero siempre quearán en lo propio.

Entonce le preguntó el hermano rico un dida al pobrecito leñador y le dice:

—¿Cómo usted ha tenido su suerte, hermano, y tan grande y tan rico que eh ahora, poeroso, y era pobrecito, un leñaorcito?

—Me jui al monte y taba cortando madera para cuidar a mih hijitos pobrecito y yo mismo, vienen cuatro enanito y me dieron una virtù, caa uno de ellos me dio una patita y estas patitas tenían una virtù y por eso rico me encuentro yo ahora.

—¡Ay! —dijo el rico—. Yo ahora me voy a poner de pobre, —por tener más; ¿no ve que la codicia, como se dice, la codicia rompe el saco?

En seguía se va el rico entonce, y se pone vistuario malo, y se va con cuatro burritoh aparejao a usar leña con una pita mala, y se viene en seguía y viene golpiando loh arbolitos. Salen los cuatro enanito y comienzan a decir:

Lunes y martes, miércoles tres,
jueves y viernes, sábado sei.

saltando, como leh había enseñao el leñaorcito.

Y domingo siete.

le salió él. ¡Ya salió con su domingo siete, ¿no?, tres veces!

—Vamos a ver —dijeron loh enanitos—, vamo aquí aonde estaba este leñaorcito.

—Güenos días, leñador.

—Güenos día.

—¿Y qué está haciendo usted aquí, caballero?

—Toy cortando leñita, que soy muy pobre yo. ¿Que no tiene usted, enanito, que me dé una virtù? —él les pidió, pue.

—¡Cómo no! ¡Sí tenemo! Démole al leñaorcito una cosita —y le dieron caa uno una patita—. Pídale a una de estas patitas, le da.

No le dijeron na que le pidieran cosas grandes, como al otro pobrecito. Bueno, al haber conseguido este caballero las cuatro patitas, se jue lo más contento pa la casa.

—¡Que le vaya bien! —le dijeron loh enanito y desaparecieron.

Entonce, cuando viene este caballero más contento con las cuatro patitas de virtù:

—Vamos a ser ricos más que mi hermano, otro palacio más bonito vamo a tener, hijita.

Estos dichos jóvenes tenían matrimoniao poco tiempo, sería un año, tenían un guaguaicito chiquito, como sei mese, un niño, un varoncito. Y la niña, como era novedosa, y toma una de las patita y le dice:

—¡Patita, por la virtud que Dios ti ha dao, pone barbíta a mi niñoito!
Le puso barba de más, pu. El niñoito lloraba de verse así con barba en la carita. Cuando ella iba a darle papita sobre su pecho, le clavaba, le cosquillaba, no le podía dar y el niño lloraba, lloraba, lloraba no más di hambre, porque no le podía dar. Cuando venía casi llegando el caballero, el esposo de ella, en busca de loh animale, eran cerca de las doce del día, para la hora di almuerzo, pa poner loh animales, cuando dice:

—¡Patita, por la virtud que Dios ti ha dao, sácale la barbíta a mi niñoito!

Se le concedió, se le desaparecieron las patitas, quearon dos patitas no más. Cuando llega el caballero a pedirle a las patah hartoh animale y harto dinero y echa de menos dos patita (aquí sale algo colorao, con permiso, patrón) y la impaciencia del rico de ver qué había hecho la chiquilla:

—¡Mire lo que vino a hacer, cuando yo iba a ser más rico que él!
—Entonce le dice—: ¡Patita, encájate en el culo de mi mujer!

¡No se le metió en el culo de la mujer la pata! ¡Por Dios, qué sería ella, confundía, y se veía afligía! Cuando se vio que caía al suelo la señora jovencita, pue:

—¡Se me va a morir! ¡Por la virtud que Dios ti ha dao, sácale la pata del culo a mi mujer!

Y desapareció la patita.

Y esto sucede conociendo la envidia. Al rico too lo que tenía le parecía poco y éste [otro] era pobrecito, inocente.

Y ahí tiene el cuentecito de los cuatro enanito.

JUAN PILOTO

Este era un veterano que tenía un hijo llamado Juan. Este niño era muy juguetón, muy malísimo. El padre lo azotaba, y lo guiaba y le decía:

—Mire, hijo; no sea así.

Pero era por no dejar. Tanto lo tomaban preso, lo ponían a la cárcel, de la cárcel se les fugaba no más. Güeno, tanto lo aporrió el padre que un día le dijo:

—Mira; te voy a embarcar a la marina; entonce ahí verís los casti-

gos que tú tienes, sabrís cómo es la cosa. Mira; aonde mi compaire, aonde tu pairino, allá te voy a ir a embarcar.

—¡Ja, ja! —dijo él—. Me voy con mi pairinito mejor, allá me voy a embarcar.

Ya, resultaba tiempo, dentro el barco al puerto. Al haber dentro el barco al puerto lo llevó al niño llamado Juan aonde el compadre, el capitán de la nave. Luego le dijo:

—Mire, compadre; aquí le traigo su ahijao. Este niño me tiene completamente aburrío, es muy incorregible, y así que usté, yo se lo traigo pa acá, le hago un arreglo, le arregle.

—Muy bien, compadre, y por veinte años lo voy a tener aquí.

—¡Ya 'stá!

—Bueno, déjemelo aquí —le dice el capitán, el compadre de él.

Ya Juan se quedó con él a vivir en la nave. Trabajaba como el mejor marinero. Seis meses que estaba con el pairino se *via* mejor que el mismo capitán trabajar en el barco, mejor que mejor. Durante el tiempo y la vida que estuvo ahí navegando con él y ya hacían quince años, ya era un jefe que mandaba y arreglaba y enseñaba marinero a capitán, a príncipes de reyes también le había enseñao este Juan Piloto. Güeno, este dicho joven pasó todo el tiempo de los veinte años, no le pidió al padrino ni un centavo. Ya pasaron dieciocho año. A los diecinueve le dijo:

—Padrino, es güeno entonce que tengamo un arreglo para seguir mejor.

—Ahijao —le contesta el capitán—, ¿me va a dejar solo?

—Sí, yo estoy hasta los veinte año y a los veinte año onde esté yo ahí tengo que saltar a tierra u embarcarme.

Pronto vino Juan Piloto, hizo una lancha muy bonita, esta lancha grande y güena de cincuenta tonelada. Güeno, y ahí embarcó toa mercadería durante seis meses que le faltaban hasta que llenaran la lancha de toa clase de legumbre, plata; de too llevaba, hasta vino mucho llevaba en la lancha. Cuando a las doce, al cumplirse los veinte años, le dijo:

—Mañana se cumplen, pairino, los veinte año. Aonde me den las doce del día, ahí entonce lo *espeiremo*, porque yo me voy, ahí se van a cumplir los veinte año.

El capitán de la nave se emtristecía, porque iba a quedar solo. ¡Hacer cuenta que ése andaba navegando más qui hubiera sío hijo! Lo quería mucho y toos lo respetaban porque era un marinero de mucha juerza, un jefe que tenían ahí en la nave. Ya cuando entonce le dice al otro día a las doce del día:

—¡Adiós, padrino! Hasta aquí va a ser mi compañía con usted.

Se dieron la mano y se tiró a la lancha a navegar Juan Piloto. Siguió navegando este dicho joven en alta mar, solo, día y noche navegando. Ya había navegao él seis día y seis noche, cuando un día divisa en la mañana un cerro muy alto y arriba de este cerro divisó una casa de teja muy grande, dijo: “¿Qué lo que divisó?”, con su telescopio. “Diviso aquella casa. Me voy a atracarme a la costa a ver, a escubrir qué es lo qui hay en ese cerro, en esa casa, qué lo que *inifica* ahí”. Entonce vino, llegó a costa y ancló su lancha. Haberla anclao, entonce vino un bote salvavía que tenía, vino, se embarcó a tierra. Llegando a tierra, amarró su botecito y siguió por la güelta pa arriba que se notaba al llegar al caserón grande de teja que él había visto en la altura. Eran lah once y media del día cuando subió arriba al cerrito, vío una casa grande, había una señora que estaba haciendo almuerzo en varias ollitas grande. Haberlo visto a Juan Piloto, la señora le dice:

—¿Qué viene hacer aquí usted, cuando aquí ni los pájaroh habitan? Ya tengo un hijo mío que tiene cuarenta bandío y, lo pillan aquí, lo matan.

—Yo soy, señora, de la carda, yo soy un pirata di a bordo. ¿Que no ve mi cuerpecito? —y tenía un tremendo cuerpo el Juan Piloto, muy grande, muy macizo, de mucha juerza.

Bueno, cuando después de esto, ya luego:

—Siéntese por ahí.

A las doce ya viene la banda y les dice el capitán de los bandío:

—¡A la carga!

Y se van onde él. Cuando dice:

—¿Qué van a hacer usted conmigo, cuando yo soy capitán de la banda? Yo soy uno de la carda, yo soy que soy un pirata di a bordo, tengo una lancha arreglá con toa clase de mercadería ahí llena, cargada, que tengo hasta vino harto.

Entonce éste le dice:

—Pase pa acá.

Y se lo pusieron de cabecera de mesa al almuerzo. Se desmontaron del caballo tooh ahí los cuarenta bandío estoh y se pusieron a almorzar. Durante el almuerzo divisaba él una niñita qu' iba con un platico di almuerzo por unas puertas pa entro, después salía con uno vacío. Durante el almuerzo se estaba fijando él, cuando le dice al capitán:

—Pero yo tengo en mi lancha mucho vino y muy güeno. Esta mañana le puse llave a un barril, uno de los más chico —era el barrilito

chiquito, pesaba la vasija ocho arroba, ése era el barrillito que le había puesto vino.

—¿Cuál de usted se atreve de ir —les dice el capitán— a buscar un trago de vino a la lancha? Si quieren, se van en el barrillito.

—¡Yo! —jueron dos—. ¡Yo! ¡Yo! Sabimos remar, poímos ir a la lancha.

Se jueron los doh. Al haber llegao estos niños, dieron güelta por toas parte y se abren una pipa qui había di ocho arrobas que no la movían na, porque estaba llena, no pudieron. Se tomaron un trago 'e vino y se jueron pa la casa a darle la razón al capitán.

—Güeno —le dice—, ¿no trajeron vino?

—¿Qué vino vamos a traer, cuando nu hay ninguna acuerterola chica?

—Lo qui había era una pipa que será como de nueve arroba.

—No; es di ocho arroba no más —le dice Juan Piloto—. ¡Pero que no puedan ese barrillito tan chico!

Viene y se jue en el bote, y pescó el barril debajo del brazo y un vaso que él tenía y otro chicón y se jue pa tierra a casa del capitán onde estaba almorzando. Llegó allá y se asustaron de ver aquel *mostro* que llevaba esa pipa debajo del brazo, mucho temor les dio a los bandíos. Tomaron el almuerzo. El se tomó de costumbre la copita de vino qui hacía dos litros, se sirvió la copita muy tranquilo al almuerzo, el doble de licor. Loh otros poco se tomaban, como lo hacía el estómago tomaban su trago. El capitán le dijo a Juan Piloto:

—Hay en una parte, en un reinao, mucho oro y tenemos gana de ir a buscar.

—Vamos, pues —le dice Juan Piloto—. Yo tengo un cordelito allá en mi lancha que tiene una arañita pa tomarse arriba.

—Porque hay una muralla y es muy doble —le dice el capitán.

—Por arriba lo tiramo —le dice entonce— el lacito gruesecito, lo tiramo arriba. Y yo mismo voy con ustees pa yo endicarles cómo si hace pa subir arriba.

—¡Ya 'stá!

Vamos mandando a los mismos dos propios qui habían mandao a buscar la cuarterola con vino. El lazo más delgao que encontraron no lo pudieron ni la araña que tenía o sea el arpeón; entre los dos no lo pudieron. Bueno, también se jueron aquellos dichos jóvenes pa onde el capitán, diciéndole que no lo podían porque era muy pesao.

—¡Güena cosa! —le contesta Juan Piloto otra vez—. ¿Esta es la gente que usted tiene que no puedan un lazo otros doh?

Y pesca el lacito este gallo, que como por lo menos serían quinientos kilo el lacito lo que pesaba y también el arpeo ese, el arpeón,

pesaba otros doscientos y así qui hacían unos varios kilitos, llegó y lo tomó en los brazo y cortó él jugando como que va jugando con una muñequita. Llegando arriba, le dice:

—Aquí está mi lacito. Si quiere, vamo aonde el rey a buscar oro.

Llevaron entonce los cuarenta caballo aparejao para traer harto oro. Llegando al palacio, le dice el capitán a Juan Piloto:

—Aquí está la muralla.

Había una muralla muy alta, gruesa, muy maciza, como de dos metros de gruesura. Entonce viene, tira su lazo arriba y se queda firme, lo afirmó así.

—¡Yal —le dice—. Súbase, capitán.

Se subió el capitán. Toos loh echó aelante y allá les dobló el lazo para que subieran, por l' otro lao se dejaran caer a la muralla aonde estaba el oro. El se subió arriba y loh esperó.

—Traíganme las talegas di oro.

Entonce los bandíos dentraron al granero del oro. Como siempre los marinero a tiempo de izar algo, gritan para subir una *linga* u sea un cabrestante para llegar aonde está, le ligaron entonce unas talegas de oro y se pone a recibilo y dice:

—¡Ohé!

—No grite, compañero —le dice el capitán—, porque somos pillao.

—Pero el marinero tiene que gritar —y pega otro envión, otro grito más fuerte:

—¡Ohey!

Cuando viene la policía del rey, oye esta voz y se viene a la carga aonde estaba el granero de oro, los pillaron aentro a tooh encerrao la policía del rey, tomándolos preso enmediatamente y muerto a los bandío. Entonce le dice el rey:

—¿Qué está haciendo usted, marinero, arriba de la muralla? ¿Robándome el oro?

—Si yo hubiera estao robándole, pues, mi rey, no habría gritao.

Y viene Juan Piloto, se deja caer con la talega de oro debajo de un brazo y se bajó por el mismo lao onde estaba el rey.

—Aquí me tiene, la salud de Juan Piloto, mi rey.

—¿Juan Piloto? —le contesta el rey.

—Juan Piloto.

—Yo conozco un Juan Piloto en el barco número veinticinco, que era un maestro que enseñó un hijo mío a capitán.

Entonce Juan Piloto se *sonreó* y le dice:

—Con él ta conversando, mi rey; yo era Juan Piloto.

Entonce vío, contento él, el rey quiso gratificarlo con la talega de oro que tenían robao los bandíos.

—No —le dice—; yo tengo oro en mi lancha suficiente y así que le doy los agradecimientos, mi rey, y aquí están estos bandío, venían a robarle su oro. Pues ahora yo soy el que enseñé al caballero, al príncipe, de capitán de las naves, por yo propio en la nave onde yo navegaba número veinticinco.

En seguía ya se despidió del rey y se jue a casa onde estaban los bandío. Llegando allá, le dice a la señora:

—Mire; manda mi capitán a mí que me pase las llave para desocupar ese cuarto de muertos para echar el oro —porque ahí, en ese cuarto de muertoh, ahí los mismos estos bandíos mataban y loh encerraban aentro de ése, los tiraban.

Al ver esto, entonce la señora no quiso pasarle las llaves.

—Mientras mi hijo no venga, las llaves no las puedo entregar a nadie.

—Entrégueme las llaves —le dice otra vez Juan Piloto—. ¡A ver, niñita! Venga usted. —Jue corriendo la niñita que tenían ahí—. Dígame qué era lo que era ese plato de almuerzo qui usted entraba pa dentro.

—¡Ay, caballero! —le dice la niñita—. Es' es una princesa que tienen encerrá ellos ahí, hacen varioh años que la tienen ahí, ta bajo siete llavecita en un suterránio con luz.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Juanita —el mismo nombre de él.

—Bueno —le dice entonce—, vaya y dígale a la veterana que las llaves me lah entregue pronto.

No quiso. En vista que no quiso entregarle las llave:

—¿Usted sabe, hijita, las llaves?

—Sí las conozco.

Viene Juan Piloto y le planta una puñada a la veterana por la cabeza. ¡No le corta la cabeza y salió volando la cabeza hacia al mar! La disparó lejos, quedó saltando el cuerpo de la anciana, la madre de los bandío. En esto presente va la niñita y le dice:

—Esta es la llave que tiene onde la señorita abajo en el suterránio.

Abrieron la puerta y se bajó pa abajo él. La señora si asustó, cuando lo devisa a él. Le dice:

—Yo soy el salvador suyo, porque yo a los bandíos lo hai muerto too y la veterana también, y así que véngase conmigo.

La princesa salió contentamente pa juea acompañada de la niñita y de Juan Piloto. Salió, no vio a nadien allí y contentamente se jue a casa de la niñita. Tonce taba el dueño 'e casa ahí y le dice [Juan Piloto]:

—Mire; ¿gusté el padre di aquí, la niñita? Yo soy un marinero. Usté va a quear de dueño, la niñita tiene la mitá de esas riquezas qui hay ahí; los bandío no existen más, porque toos se murieron ya y así entonce esa niñita quea con su pueblecita, su casita, arregla la suya, y se quea con too lo demáh, eso qui hay ahí es suyo, y hace hacer un cimiterio y entierra esos *cadaves* qui hay en ese cuarto. ¡Y adiós, señor!

Se despidieron y se jue Juan Piloto con Juanita a la lancha. Al haber subío a la lancha, le dice a la señorita:

—Aquí usté va a navegar, siéntese por ahí a descansar —tenía una cama Juan Piloto limpiecita—, ai tiene.

Siguió Juan Piloto nuevamente navegando día y noche sin comer, sin tomar agua, porque era muy sufrío pa l' hambre tamién. Ya a los muchos días, ya como ser ocho días que estaba navegando en el mar, le dice a ella:

—Mire, Juanita; ¿por qué no agarra el timón un ratito pa descansar y almorzar un poquito?

—Que yo no sé —le dijo ella.

—Así no es, venga pa acá.

Le tomó el timón y en seguía di haberle tomao el timón vino, le enseñó cómo hiciera la maquinaria, too, pa un lao y pa l' otro, que juera derecho. Esta dicha niña a dos manos tomaba el timón no máh y enderezaba la lancha. ¡Ya 'stá! Y él vino, y comió un sánguche no máh y se tiró a dormir. Ya había dormío como una hora, cuando ta soñando que la lancha se l' iba a ir a una roca y s' iba a hacer peazo, ¡por la vía! Y despierta asustao, y se va y toma el timón. Va la lancha como una flecha corriendo muy bien, güen viento, y había armao vela él pa su lancha y así qu' iba navegando lo más tranquila. Tonce le dice ella:

—Déjeme, porque yo voy bien navegando.

—Ya 'stá güeno. —Vio la hora él cuánto tenía, había sío una hora qui había dormío—. Ya 'stá güeno.

Queó descansando esta niña lo más tranquila.

—Le da sueño, duerma ahí en la cama; se va a dormir no más, que yo voy a trabajar.

Tanto era que se respetaban como verdaeroh hermanos qui hubieran sío carnale, así respetaba Juan Piloto a su señorita que llevaba en la lancha; la misma cosa ella. Un día en la mañana divisan un pueblo muy grande, veinte días que llevaba de nave andando en el mar, divisaron un pueblo muy bonito.

—Bueno —le dice Juanita—, ahí vamos a descansar, yo y usté también.

—Bueno, lo qui usté quiera, pues, Juanita.

Atracó su lancha a l' orilla, la ancló y la dejó ahí cargá con toa mercadería. Se subieron al botecito de salvavía que él tenía y se jue ron a tierra. Al haber llegao ahí, amarró su bote y se jue al pueblo. Viendo la casa como una esquina qui hacía una manzana completa qui había de una tienda muy bonita, viene y la compra él. El dueño de la casa le pidió el dinero. Se la compró en una sola libra, le pagó too lo qui hacía la manzana, lo compró too. Quedó la niña ahí vendiendo con nuevas empliadas, señoritas que buscó Juanita. El se jue así al pueblo y compró una bodega de licor y se puso a tomar con los gallo. A la salud de Juan Piloto un güen trago van sirviéndose ahí muy alegremente. Y un día en la tardecita, como a las tres de la tarde, va la policía con un *cadave* a la rastra. Dice Juan Piloto:

—¿Por qué llevan este *cadave* arrastrando?

—Porque debe mucho, para que la gente dé limosna pa poelo sepultar, porque quedó debiendo dinero este hombre en la vida de él, no pagó, y por eso se anda haciendo a la rastra para que se dé limosna para sepultarlo.

Tonce le dice Juan Piloto:

—No lo arratren más, yo voy, pago toa la deuda, li hago un güen entierro y así que llévenmelo pa allá no máh.

Y se jue Juan Piloto onde lo tenían, hizo hacer una gran junta de cristiano, y dio el dinero que él estaba debiendo y pagó todo, todo, sin quedar debiendo un centavo el *cadave*, y lo sepultó, [le hizo] un buen entierro. Se volvió él a tomar trago con los compañero. En eso que estaba Juan Piloto tomando entretenío con ellos, y la niña se recordaba de su nación, hizo una bandera muy bonita de la nación de ella y la puso arriba qui hacía hacia el mar la bandera.

El rey acá, el papá de la princesa, la tal Juanita qui habían robao los bandíos, mandaba barcos en busca de ella y no la habían podío encontrar. Tenía dicho el rey el que encontrara esta princesa la llevara pa allá, sería el capitán, siendo que era soltero, esposo de ella.

Güeno, también Juan Piloto había enseñao a un hijo de ese mismo rey, hermano de Juanita. Juan Piloto tenía esa suerte de caer en manos de reyes conocío. Vino este joven Juan Piloto y se quedó tomando con toos sus amigos, cuando un barco qu' iba navegando cerca divisa una bandera de la nación y esa nación no rigía esa bandera, dijo: "Fácilmente que Juanita esté ahí, ¿cómo esa bandera está flamiando ahí? Vamo a ver". Fondió el barco ahí, y se jue ron en una lancha salvavía y se jue ron a tierra al almacén u a la tienda qui había onde Juanita estaba. Ahí la conoció el capitán que era ella, porque siempre

el carácter de esta señorita no había cambiao. Luego, le preguntó si era Juanita tal hija de tal rey.

—Sí —le dijo—, yo soy.

Viene más contento el capitán di haberla encontrao. “Aquí está mi novia”, dijo entre sí. El capitán este era soltero.

—Que se va conmigo —le dice—, que la manda a buscar el papá, el rey.

—¡Cómo no! —le dice—. Voy, pero tengo que avisale a mi salvador —que era Juan Piloto.

Luego va pasando un hombrecito del pueblo con harta sé, al que le había dao hartos tragos Juan Piloto el día ante y así qui había amanecío con sé.

—Mire, hijo —le dice la niña Juanita—; tome cien pesos, vaya usted, va a ver en una bodega, por ai debe estar, un hombre más grande de los qui aquí hay vestío de marinero, le dice: ¿Dónde estará Juan Piloto? El le va a contestar al tiro. Dígale que venga inmediatamente, porque a mí me vienen a buscar de mi palacio, de mi rey, de mi padre.

Esta dicha niña le dijo esta razón al hombrecito y jue el hombrecito al pueblo preguntando por Juan Piloto.

—¡Yol! Yo estoy aquí.

Habla con él:

—Mire —le dice—; la señorita manda que vaya inmediatamente, que viene un barco del rey en busca de ella, y así que el capitán ta ahí. ¡Que vaya inmediatamente!

—¡Cómo no! Ya voy.

Entonce había un amigo de los bodeguero onde estaba tomando trago Juan Piloto y éste le dice:

—Usté, amigo, va a quedar de dueño de esta bodega hasta cuando yo vuelva.

—Y le dejó a uno de los gallos [con] que hizo amistá la bodega. El otro hombre vino, cerró la bodega pa vender vino no más, ¿qué?, no le dio ni un trago máh al joven muy güen cuidaor.

Ya entonce ya tenían que llevar la niña, dejar a Juan Piloto en tierra, embarcarse y dejarlo a él. Ya cuando llegaron allá, la tomaron en anda y se jueron al barco. Lo dejaron a Juan Piloto en tierra. Con eso se arregló con el hombrecito de los cien pesos que le había dao la Juanita que queara dueño de la tienda mientras tanto que él volvía. Ahí quedó con el hombrecito de los cien pesos que jue a buscarlo.

Ya iban navegando el capitán con la niña, con la tripulación que llevaba. Él tiró a nao, a brazo, luego a no llegar a la lancha. ¡Cómo

sería como un pece pa l' agua! Haber llegao, se subió por una espiga que siempre los barcos tiran hacia l' agua, se subió arriba a la cubierta este dicho Juan Piloto, llega la niña ahí, lo ve qu' iba sentao hacia el lao. El capitán de contento no se había fijao en Juan Piloto qu' iba ahí, ¡y lo había dejao en tierra! Cuando viene y le lee:

—Mire; ¿no te había dejao en tierra? ¡A ver! Vengan dos de guardia. —Llegaron dos personas que el capitán había mandao—. Tiren éste al agua.

Juan Piloto se dejó que lo tiraran al agua, no leh hizo ni una cosa a los jóvenes que lo tiraron al agua. Lo tomaron de los brazo y de los pie, hicieron una chigüita y lo tiraron hacia l' agua. Él siguió navegando a la siga 'el barco, pero tanto qui anduvo que se cansó. En el barco, en los tumbos di agua onde iba navegando así, no se púo pescar. Entonce ya iba cansao, se iba afligió navegando a la siga 'el barco, dijo:

—¡El amigo arrastrao había de estar aquí!

¡No se le vuelve un trozo grande, un pece, y lo lleva a tierra! ¡A caballito en el pescao! Llegando allá le dice:

—Mire, mi güen arrastrao; tñreme al palacio de la reina.

Lo llevó en un sueño. Llegando allá, se puso a tomar licor Juan Piloto, contento.

La princesa, cuando tiraron al agua a Juan Piloto, se le puso múa al capitán, no se acercaba a él, y él, que juera a acercarse, s' iba pa otro lao, múa, completamente múa. No comía, no hacía ni una cosa, múa, no hablaba, no más que múa. ¡Qué iba a hablar, estando múa! Juan Piloto allá tomando trago cerca del palacio de la Juanita, debe di haber estao harto curao él, cuando a los tres días embanderan, viene entrando el barco embanderao, muchos colores de bandera, y plantó tres cañonazo. Eran las señales que la princesa iba. Contento que viene la princesa el rey, la robá. Las gentes se jueron luego del pueblo hacia el muelle y viene el rey a recibila y l' hizo la pura venia la reina y nada más, múa siempre.

—¡Que viene muda la hija del rey, la qui habían robao!

Tonce dice Juan Piloto:

—Conmigo habla, conmigo habla esta princesita que viene muda.

Llenó un vaso de vino de tres cuarto y sigue, sigue al muelle. Vienen:

—No vaya, amigo, porque el rey lo castiga, marinero, qui usted está tomando trago, ¡y así que va a ir!

—No, que voy. ¿Qué le importa a ustedes?

Bueno, cortó con el vaso con licor. A la vista, de ver que estaba Juan Piloto, [Juanita] se sonrió.

—¡Con permiso, Majestá, mi rey! —Le dice a la señorita Juan Piloto:— Sírvase a la salud de Juan Piloto un trago de vino.

—¡Cómo no, Juan Piloto! Con mucho gusto me sirvo —le contesta la Juanita.

Entonces viene el rey, le contesta y le dice:

—Mire usted, Juana; ¿se sirvió?

—Sí, Majestá. Me tenían robada unos bandíos debajo de siete llave y este marinero se sacó allá aonde estaba cuidá con cuarenta bandío.

—¡Ay, hijal!

—Ese es mi salvador, no este capitán que me trajo.

Bueno, el capitán taba contento mirando ahí esto, oyendo estas palabras lo más contento porque había encontrao a la princesa.

—¿Así que no va a ser su esposo este capitán?

—No, pues, no él —le dice la Juanita.

—¡A ver! —le dice—. ¡A llamarlo que venga!

Cuando llegó la policía:

—Mucho cuidao —les dice ella— con hacer algún estrago con él; tráiganmelo güeno, porque les da caeza con caeza a los dos junto, y es muy hombre, con mucha juerza; traten a Juan Piloto con mucho aprecio, que el rey lo manda a buscar.

—Güeno —le dijeron ellos.

Cuando la policía llegó onde estaba Juan Piloto:

—¿Usted es Juan Piloto?

—Sí, yo soy.

—Dice el rey que vaya por un favor un momentito pa allá, que lo necesita.

—¡Cómo no! Dígale que ya voy.

—Vamos al tiro.

—Esperen un momentito. Váyanse adelante de mí.

Se fue la policía. Entonces va, y se retira un poquitito así y dice:

—¡Mi amigo arrastrao había de estar aquí!

Enmediatamente se le presentó el arrastráito, el finaíto que él había arrastrao cuando pagó dinero en esa ciudad, lo enterró a él; ése era el arrastráito.

—Váyase —le dice— a mi tienda y me trae de novio un traje bueno, bonito.

Toavía no dice esas palabras, cuando ya se presentó con él. Se vistió Juan Piloto y se presentó.

—Y usted va de mozo de mí.

—Muy bien.

Se viste entonces él, l'ánima ésta, arrastrao, igual como él vistió, y se presentó al palacio.

—Aquí estoy a su llamo, Majestá, mi rey.

—¡Pero si es a Juan Piloto que necesito! —dice el rey.

—¡Pero si soy yo!

Entonce la niña le dice:

—¡Sí eh él mismo, rey, papá!

—Güeno, dígame usté, Juan Piloto, cómo jue el *hallajo* de mi hija.

Le dice:

—Yo era un marinero que *tuve* veinte año en el barco número veinticinco, yo enseñé muchos jóvenes a capitán de navío.

—A mí —le dice a Juan Piloto— me enseñó un hijo de capitán, qui anda a la siga de mi hija buscándola también; pronto llegará aquí.

—¿Sí? —le dice—. ¿Julano? ¿Zutano?

—Sí, Julano.

Ya salió el cuñaíto de él; era capitán de navío el hijo del rey.

Enmediatamente lo casaron a Juan Piloto con la Juanita. Remolieron mucho en el matrimonio.

Y también se despidió el compañero qui había envitao, se jue l' animita onde estaba su depósito de ella. Y quedó tranquilo Juan Piloto con su Juanita. Al tiempo ya:

—Ahora —le dice— quero, suegro, que vamos a la ciudá onde estaba mi tienda que tenía a Juanita para que se conozca onde estaba su hija.

—Bien —le dice el rey—, y vamos arriba.

Ya había llegao el cuñao, el capitán éste y lo conoció que era él su jefe que lo había enseñao. Contento el capitán también con él.

Este dicho Juan Piloto se jue en el barco y llevó al capitán que lo había tirao al agua. Él se hacía que no se acordaba ni una cosa. Cuando ya iban cerca, más o meno onde lo había tirao él al agua:

—Mire, capitán —le dice—; ¿se recuerda cuando usté me tiró al agua? —Queó callao—. Conteste, capitán. Yo no voy a buscar los dos tripulantes qui usté buscó para tirarlo al agua; yo voy a tomarlo yo solo a usté. Tiene que llegar primero que mí a la ciudá onde me sacó a mi señora.

—Güena cosa, que perdone, mi rey —porque Juan Piloto era rey.

—No; yo no le dije na a usté.

Tomó di un brazo al capitán este, le dio un borneo así y lo tiró al agua di un brazo, lo tiró muy lejos. Cuando cayó al agua en seguía el capitán, ¡qué iba a llegar primero que él allá! Güeno, se terminó el traicionero.

Llegando a la ciudá esta, ahí vío cómo estaban las cosas. Ya el dueño de la tienda, el hombrecito de los cien pesos, tenía lo más decente, mejor que cuando estaba Juanita en la tienda. La lancha la había

descargao, toda la mercadería la tenía cogida en las bodega, el licor todo lo tenía ahí. El hombre qui había dejao en la bodega todo lo había hecho dinero. Lo repartió todo ahí, tomó balance con su bodeguero qui había dejao y siempre le dejó su parte mejor al dueño, le entregó y quedó de dueño. El otro de la tienda lo mismo. Ya recibió su dinero y se jue al palacio donde Juanita.

Navegaron tranquilo y llegaron al palacio. Y ahí estarán viviendo Juan Piloto con su gran consorte la reina Juanita, la robá de los ladrone.

Pomaire, Santiago, 14-1-1962. Grabación en cinta magnética.

ABRAHAM VÉLEZ.

254

MARIA CENICIENTA

Este era un caballero viejito, viudo; tenía una sola niñita. Los dos vivían ahí tranquilo. Un día, ¡no se le apaga el juego!

—¡Taitita! ¡Taitita! Se apagó el juego y fósoros no hay.

—Mi hijita —le dijo él entonces—, vaya a pidile a la vecina —había otra señora viuda cerca—, a la vecina que le dé una brasita 'e brasa, y la trae y lo enciende —el viejito acostao.

Ya jue la niñita, una helá grande había, llegó:

—¡No muerdan los perros, mamita! ¡No muerdan los perros!

Salió la señora.

—No muerden, mi hijita. ¡Ay! ¡Tanto frío qui hace! ¿Y qué anda haciendo?

—Se loh apagó el juego, mamita, y no tenemos fósoro y vengo qui haga el favor de darlo una brasita 'e juego.

—¡Cómo no, mi hijita! Siéntese, caliéntese; pero le voy a hacer unas sopitas de miel, después se va.

Ya le hizo una sopita y le dio a la niñita. El viejito como estaba esperando, ya llegó ella allá, comió, se jue, llegó:

—Taitita, aquí viene el juego.

—Prienda, mi hijita, ligerito.

Ya prendió el juego. Al otro día se levantó más temprano la niñita. Había juego, vino y lo apagó bien apagaó.

—Taitita, se apagó el juego otra veh y fósoro no tenimo.

—A pedile a la vecina otra vez.

Ya se jue tempranito a pedile. Ta la señora en pie.

—¡Ay, mi hijita! ¿Se le acabó el juego otra vez?
—Sí.
—Usted le echa la leña muy delgá, no dura.
—Sí, mamita.
—Pero siéntese, caliéntese, le voy a hacer unas sopitas de miel otra vez.

Le volvió a dar sopitas de miel.

Entonce ya le hizo su juego, le hizo el desayuno a su papá. Ya estuvo tres día en estoh afanes di apagar el juego y yendo a buscar. Le dijo la viejita un día:

—Dígale a su papacito que se case conmigo pa que no se ande molestando, mi hijita; a mí no se apaga nunca el juego, porque yo le pongo un palo grueso, dura, y usted no lo busca.

—No, pus, mamita.

—Dígale que se case conmigo.

Se jue. Llegó allá, hizo su juego, hizo el desayuno, le dio a su papá. En seguía le dijo:

—Taitita, ¿sabe que le voy a decir una cosa?

—¿De qué, mi hijita?

—Mi mamita me dice de que se case con ella pa que no me ande molestando toos los días buscando el juego. Es tan güena, usted no se imagina lo güena que es.

—¿Sí? —le dijo—. ¿Es muy güena?

—Güena; toos los días que voy me da sopitas de miel.

—¡Ah, hijita! Ahora te las dará en miel; después te las dará en hiel, sí yo me caso con ella.

—¡No!

Ya siguió diciéndole que se casara, ya le obedeció.

—¡Güena, niña, la porfía tuya! ¡Pero no te pese!

—¡No! ¡Si es muy güena!

Ya jue que ya se casó, y siguió güenaza, no hallaba ónde ponerla. Y tenía una hija ella también, se llamaba María y María se llamaba la niña. Pasando tiempo, ya se jue mala.

—Esta chiquilla —le dijo— lo pasa no más que de balde, comiendo nada más, no sabe ningún trabajo; la vamó a echar a cuidar el ganao, di ovejera, pal campo.

—¿Ya se cansaron con ella? —le dijo el viejito.

—No es mucho trabajo.

La echó a cuidar el ganao. Y saca una vaca, parió una ternerita, y se muere la vaca y quedó la ternerita chica. Ella comenzó a hacerle chaicancito, a sacarle leche a lah oveja y a darle a la ternerita. Crió su ternera. Salía con su ternera al ganao.

—Esta floja se lo lleva por ahí no más —dijo entonces la hija de la vieja— y no trabaja. ¿Por qué no le da trabajo, mamá?

—¿Qué le damos?

—Que hile.

—Güeno —le dijo.

Sacó un vellón de lana y le dijo:

—¡Mira, ve! Vah a llevar este vellón de lana vos, María, y me la vah a traer hilá y torcía y, si no me la traís, cuenta con tu cabeza.

Salió ella llorando con su huso y su vellón de lana, llorar y llorar, pal campo. Le habló la ternerita:

—Mira, María —le dijo—; vos componís la lana y yo la hilo; así el rollito me lo poní en la astita y yo lo hilo.

Buscaron un reparito de árbole y se metieron entremedio. Ella componiendo la lana y el rollito se lo ponía, la ternerita con las manitos lo torcía y le hacía la hebra pero linda, muy bien. Ya hilaron el vellón de lana. Llegaron en la tarde, con su lana hilá ella. Jue, se buscó un poco di afrecho y le dio con pajita allí, comió. ¡Si la ternera no comió en too el día, no pastó! ¡Qué iba a comer, siendo que estaba trabajando!

Al otro día otro vellón. Estos siguieron vellón por día. Entonces la hija era máh habiliosa que la madre, le dijo:

—Mamá, esta María no puede hacer tanto trabajo; ya ve que nosotros entre dos y no sacamo el vellón en el día y ella lo saca. Espérese, yo la voy a catiar.

Ya le dieron desayuno a la niña y la niña le dio en la mañana su güen desayuno a la ternerita y se jue. Y la otra se jue di atrás catiando, a una sombra, a una sombra andando. Se metieron al cunchito de árboles qui había y ella mirando, loriándola. Luego compuso un rollito, le puso y la ternerita con su astita hilando. Se jue pa casa.

—¡Mamá, no es na la María que hila tan lindo! Es la ternera.

—¿Y cómo?

—Ella compone la lana, y se la pone en la astita y con las manitos la tuerce, y ai se lo pasan, una componiendo la lana y l' otra hilándola.

—¿Y qué vamo a hacer con esta ternera?

—Me voy a hacer yo enferma y cuando llegue el viejo le vamo a decir que estoy enferma di antojo de comer carne de la ternera de la María pa que la mate.

Ya si acostó la niña. Y la vieja pu allí muy apurá, llegó el caballero viejo.

—¡Ay! —le dijo—. ¡Mi hija ta tan enferma, viejo!

—¿Qué tiene?

—Dice que tiene tanto antojo de comer carne asá de la ternera de la María.

—¡Ya le habían visto su ternerita a la pobre! ¡Ya se la quieren comer! ¡Y la van a matar!

—Pero más siento yo mi hija que la ternera; ternera puede haber otra.

L' hizo juicio el pobre viejo y mató la ternera. Entonce vino la vieja, buscó una bateíta, y sacaron las tripa y las jue cortando por varas medía. Si le faltaba un tanto, un jeme u algo, le pegaba que casi la mataba. No tenía que faltarle un pedacito de tripa, y pa ajuera a lavarla a un chorrito. Salió llorando ella que "si se me pierde un peacito de tripa o se me corta di alguna manera, mi mamita mi acaba, me rompe la cabeza a palo, ¿qué voy a hacer?". Y tanto sentía su ternera como lo que l' iban a pegar. Ya llegó al agua, se puso a lavar sus tripitas. Lavándolah estaba, ya le queaban lah últimas, ya que iba a terminar, ¡no viene un águila por arriba y le arrebatá un peazo 'e tripa y se manda! "¡Ay, Señor de mi alma!", dijo ella. "¿Qué voy a hacer ahora, Padre, Dios mío? ¿Qué hago? Me mata, me acaba mi mamita, pero en fin...". Vino, y agarró entonce la bateíta y la dio güelta, puso toas lah otras tripitas debajo, y le puso piedrah encima y salió. L' aguilita anda revolotiando por bajo, máh arriba y más bajo, y así la sigue para abajo a ver si podía quitale la tripa. Se jue. Había una casa grande y habían unoh árboles que llaman peumos, altoh; ai se paró l' águila. Y ella llorando, sale una señora:

—Güenos días, mamita.

—Güenos díah, hijita. ¿Qui anda haciendo? ¿Por qué llora?

—¡No hai de llorar, cuando mi mamita me manda a lavar unas tripitah al agua y que si pierdo una me rompe la cabeza, mi acaba a palo, y una aguilita me pesca una que viene contá y medía, y se paró aquí en estoh árboleh arriba!

—¡Vaya, mi hijita! —le dijo—. Toy tan apurá, que podría quitársela la tripita al águila, que voy a ir a misa; pero tengo aquí tres niña; usté va a quedar de dueña de casa, me las va a patiar, me va a apuñaliar los colchones bien apuñaliao y de too, y las niñas bien bofetía y el horno lleno de basuras.

—Güeno, señora.

Y se jue la señora pa misa. Agarró estas niñas, las peinó, las lavó, las limpió, les puso su ropa güena y las sentó en sus silla; agarró la cama, los colchones, los sacó al sol, los varilló bien, tendió las camas;

barrió too y el horno lo llenó de leña y le prendió juego. Cuando llegó la señora de misa, ta el horno calentito y las niñas bien afeitaitas, peinaítas.

—¡Qué güeno! Ya, mi hijita, ahora le voy a dar su tripita yo.

Vino, y la buscó, y alguien la había traído, y se la entregó.

—Ahora, mi hijita, le voy a dar esta varillita. Cuando esté en máh apuros se vea, diga: “Varillita, por la virtud que Dios ti ha dao, dame tal cosa”, pero usted no se la enseña a nadie. Y cuando vaya por el camino, por la mitá del camino qui usted va a ir, va a rebuznar el burro, usted mira pal suelo; cantó el gallo, usted mira pal cielo.

—Bueno, mamita.

—Y váyase ligerito.

Se jue ligerazo ella, lavó su tripita, la echó a la batea, se la puso a la cabeza y salió pegando. Por la mitá del camino onde iba pega un rebuzno el burro, se agachó ella. Máh ailante canta el gallo, mira pal cielo, le cae una estrella di oro a la niña. ¡Linda, muy linda la estrella! Pero ella no se da cuenta, no sabe de esto na qué es lo que le pasa, anda y anda.

La hija, como ya había comío carne, ya se había mejorao.

—¡Ay, mamá! ¡Ahí viene la María! ¡Viera la cosa que trae, que empañia la vista, en la frente! ¿Ve? —le dijo.

—¿Qué cosa va a ser? —Ya jue a mirarla—. María —le dijo—, ¿qué lo que traís? ¡Murienta! ¡Cochinal! ¡Miren cómo viene! A buscar un trapo por allá y póngale en la frente.

Le aforraron la frente, la cabeza con un trapo sucio.

—¡Miren qué cochinal!

—¡Ay, mamita! ¡Tan bonita la María que llegó! ¿Por qué no lo hace igual, mamita? Se enferma usted y que le dé ganas de comer de mi vaquilla y la mata el viejo.

—¡Yal!

Ya llegó el hombre, salía a trabajar, llegó en la tarde. Ella estaba hecho un dolor y lamentándose.

—¿Qué tenís, vieja?

—¿Qué tendré, pues, viejo? Que ya me voy a morir y tengo tantos deseos de comer un asao de la carne de la vaquilla de la María, de mi hija.

—¡Ya ‘stán con la misma costumbre otra vez! ¡Miren qué cosal! —No le puso dificultá—. ¡A buscar la vaquillal!

Ya la jueron a buscar, la mató, la descuero y le hicieron su asao. Ya la llamó a la hija pa allá, y en la misma bateita le cortó las tripitah igual y que si se perdía alguna la mataba, harto enojá.

—¡Yo te haré!

Ya salió con la batesta ella llorando: "Que mi mamita dice que, si pierdo una tripita, me mata, mi acaba. ¿Qué voy a hacer?". Se puso también a lavar las tripitas. Ya le quedaban pocas, viene la aguilita y le arrebató también las tripa. Ai vino, igual que hizo la otra, como ella le dijo como lo había hecho, vino, dio güelta la batea, las tripas debajo, las tapó con piedra y siguió llorando a la misma casa. Llegó allá, salió la señora a mirar.

—Güenos díah, amita.

—Güenos días, niña. ¿Qui andas buscando?

—¿Qué andaré buscando? Que mi mamita me mandó a lavar unas tripitas contá y que si pierdo una me mata, mi acaba, y una aguilita me la trajo y se paró ahí en loh árboleh alto. ¿Y cómo las saco?

—No te la puedo sacar toavía; yo voy a ir a misa y vos vah a quedar aquí de dueña 'e casa. Estas tres niñas qui hay aquí me las bofetías, me las patiás bien patiás —le dijo—, y esas camas me las apuñaliás bien y ese horno me lo llenás de basura.

—Güeno, señora.

Agarró las niñas, les comenzó a pegar de bofetes, las mechoniaba, ¿qué no hacía? Agarró los colchones, con una cuchilla loh apuñalió bien apuñaliao, no dejó basura ajuera que no juntó y le echó al horno, lo ataconió, ¡pura basura! Ella no le prendió juego. Llegó la señora:

—¿Hiciste lo que mandé?

—Sí, señora.

Mira [la señora] las niñas coloriendo en sangre onde les pegó de manera.

—Güeno —le dijo—, toma tu tripa. Ahora, cuando te vas, por la mitá del camino onde vah a ir, va a cantar el gallo, mirás pal suelo; rebuzna el burro, mirás pal cielo.

—Bueno, mamita —le dijo.

Se jue, lavó sus tripitas, lah echó también a la batea y salió escuchando con los sentíos puestos que cantara el gallo. Cantó, miró pal suelo. Máh ailante rebuznó el burro, miró pal cielo, le cayó un güen guanguán de burro. Siguió pegando ella, caminando. Cuando ya la vieja, como ya había comío asao, ya estaba sana, andaba andando y la mira:

—¡Ay, hija 'e mi alma! —le dice, cuando la ve—. ¿Qué es lo que trae? ¡Ahora sí que la sacaste bien!

—¿Qué, mamita?

—Mírate en el espejo.

Ya se miró una güena pelota, güen carajón de burro.

—A buscar un pañuelo de seda de los más lindo y a ponerle en la frente.

Y la otra con su trapo sucio no la dejaron salir más tampoco al ganao, sinó que a l' orilla del juego pu allí por el brasero, pu ai calentándose, de manera que ya no salía pa ninguna parte. El pobre viejo siempre con paciencia:

—¿No vis? —le decía—. ¿No te dije yo que primero eran las sopitah en miel y despuéh iban a ser en hiel? ¿Ves lo que te pasa con tu mamita?

—No importa, taitita.

Pero ella tenía su varillita. La vieja era misera, iba a misa los días domingos. Bien arreglá su hija de ella y su pañuelo lindo en la frente, iban a misa las dos. Le dijo entonce un día ella, se paró, se sacudió su cinchito a l' orilla 'el juego, dijo: "¿Por qué ellos no más van a misa y yo por qué no voy? También voy a ir". Jue y sacó su varillita de su cintura, le dijo:

—Varillita, por la virtù que Dios ti ha dao, que se me ponga un coche de lo más lindo aquí, y un caballo que llegue a temblar la tierra onde pise y un caballero cochero.

Ligerito se le puso y una ropa que ni la reina la tenía. Güeno, ya salió, jue a misa, llegó, dentró, su cochero quedó ajuera con su coche, y se jue a hincarse cerquita de la mamá y la hermana. Entonce comenzó:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿No es la María la que está ai?

—¡Calla, tonta, que la María va a ser! Esa está enterrá en la ceniza, en el juego.

—¡Si parece ella!

—No.

Apenas ya se terminó la misa, se hizo la santa cruz, y salió pegando de trotecito a su coche y partió. Llegó ailante allá, que terminara too le pidió a su varillita y ella quedara en su ser a l' orillita 'el juego a bracitos cruzao calentándose.

—¿No ves que está aquí tu tonta? Y vos dicías qui andaba allá. ¿Se parece a ella? ¿Y cómo va a ser ella? No.

Al otro domingo igual. Ya jueron tempranito otra vez.

—¡Mamá! ¡Si es la María!

—¡Si no es na, hombre! ¿Cómo va a ser?

Igual otra vez. Se terminó la misa y ella partió a su coche. ¡Y no se fija un príncipo en aquella niña tan linda y tan elegante!

—El domingo voy a venir —dijo el príncipo— bien temprano y voy a ver esta niña di aónde es, tan bonita y tan elegante, tan bonito su coche.

Al otro domingo vinieron tempranito a misa ellas. Pidió su coche más lindo que lo que era, franjiao en oro y harto bonito, y ella unas zapatillas de oro muy lindas y su ropa bien elegante. Ya se jue. [El príncipe] se buscó la costilla otra veh, ai se sentó, se hincó al lao de ella rezando. Ya dijo entonce el príncipo:

—¡Una guardia aquí y otra acá! —y él en el medio.

Quando sale la señorita y se va al coche bien ligerito, pega la mirá y ve uno acá y otro allá, dijo:

—¡Aló! ¡Está!

Y se va ligero. En vez de pescarla bien, le pescaron el puro pie, le sacó la zapatilla, y ella subió a su coche y se jue. Así que quedó con la zapatilla el príncipo.

—¡Güena cosa! ¿Cómo lo vamo a hacer pa poder dar con la niña?

Anduvo too el pueblo, nada, a ninguna le quedaba bien la zapatilla, a nadie.

—¿Qué vamo a hacer?

—No ha de ser del pueblo —dijo entonce uno de los Grandes de la Corte—, debe de ser campesina.

Bueno, salieron pal campo, un mozo y un caballo ensillao con sillón, antes no eran monturas ni sillas, sino sillones las monturas de mujer, y el príncipo con su zapatilla pa mostrarla. ¡No se va llegando a la misma casa de la viejita esa!

—¡Allí viene un caballero! ¿Qué andaré haciendo?

Ya llegó:

—Güenos días, señora.

—Güenos días.

Ya salió la niña bien arreglá, y la María Cenicienta, ésa estaba por allá por el rincón escondía.

—¡Ya! ¡Que viene un caballero! ¡Vai a ver, sinvergüenza! ¡En el estao que estás! Métete aentro 'el horno.

Ya la echaron aentro 'el horno.

Entonce:

—Señorita, vengo a ver quién puede ser la dueña de esta zapatilla; la que le quede güena, con ésa me caso.

[La hija de la vieja] tenía un pie con la María Cenicienta.

—Es mía —le dijo—, tráigala pa acá.

Se la puso, igual.

—Usté es la dueña de la zapatilla, usté va a ser mi señora.

Al sillón con ella, ya la echaron al caballo encima. Ahí estaba despidiéndose de la madre pa irse. ¡Y no hay una perrita! Comenzó la perrita:

—¡Ñau! ¡Ñau!
¡Guanguán de burro en el sillón!
¡Estrellita di oro en el rincón!
¡Ñau!

Puso cuidao el mozo:

—¡Oiga, mire, patrón!

—¡Ah perra! ¡Sale pa allá! —le decía la vieja.

—¿Qué es lo que dice la perrita? —dijo el príncipo—. ¿Qué puede ser?

—Es de mañosa, señor.

Si abajó el joven, el príncipo, y se jue esquina, esquina, buscando por los rincone, a ver, no hallaba na, se va a estapar el horno, ai estaba la señorita con un trapo sucio de manera y ella imposible.

—¡Ay, señorita! ¿Qui hace usted aquí? —le dijo.

—Aquí me tienen, aquí estoy.

—Bueno, yo ando en busca di una niña que se le cae la zapatilla en la misa el domingo y yo la tengo. A la que le quede güena, ésa es mi señora.

—Es mía la zapatilla —le dijo.

—¿Y cómo le quedó güena a la otra?

—Ha de ver, pues —le dijo—, porque tiene un pie. ¡Pero que le saque la compañera! ¿A ver dónde la saca?

—¡Oy! —la vieja—. ¿Y aónde sacabah eso voh? ¿Onde lo tenías? ¿Quién te lo había visto? ¿Cómo va a ser así?

—Yo tengo la compañera —le dijo.

Así que salió pa ajuerita un poco, buscó agua, se lavó y le pidió a su varillita que se le pusiera la ropa que se había andao en la misa, y su coche, y su cochero y la otra zapatilla, la compañera.

—¿No ve? Aquí está mi zapatilla, y aquí tengo la otra.

Ya se la puso, era de ella, pu, y su pañuelo bien lindo.

—Esta es mi señora.

Agarraron la María que estaba en el sillón, y le dieron su golpe al suelo, ¡y ya 'stál, y unas patás.

—Suba en el sillón.

—No —le dijo—, donde sube el guanguán no subo yo.

Ya la llevaron. El viejito, el papá de ella, se jue con el príncipo, y jugaron a hacer su matrimonio bien bonito con cura, y obispo y de too. Y se casaron y se celebraron.

Y si acabó el cuento,
se jue por la tierra aentro,
salió por una matita de poroto
pa que Benedicto cuente el otro.

255

F L O R I N D A

Este era un matrimonio. Tuvieron una niña y le pusieron Florinda. Así de que creció la niña, la pusieron a l' escuela. Ya tendría sus diez años, cuando murió la mamá. Quedó él viudo, solo, pero caballero rico que tenía mucho. Ya comenzó a farriar por ahí, pa acá, pa allá, buscando mujer pa casarse y no encontraba. Ya iba quedando pobre. "Tontera", dijo entonce; "¿por qué no me caso con mi hija mejor?". Ya entonce llegó a la casa y le dijo a la niña.

Cuando ya estaba guagua, le compró un crucifijo y se lo puso en la cuna. La niña miraba su crucifijo. Cuando dentro a la l' escuela, iba con su crucifijo a l' escuela. Así de que le pusieron la tonta del crucifijo. Ya le dio vergüenza a ella y dejó su crucifijo en la casa. Entonce, cuando ya el padre quiso tomar estao con ella, dijo:

—¡No, pues, padre! ¡No permita Dios ni la Reina Consagrada de que yo fuera a hacer eso!

—¿Qué voy a hacer? Ya hai perdío toa mi oportunidad que tengo, ¿y cómo va a ser que no me voy a ir a casar?

Ya subió a tomar y a farriarse por ai con lo que le quedaba, y llegó:

—¡Tiene que casarse no más conmigo!

Y él que le va echar los brazo a la niña y la niña que va al altar onde está el crucifijo, se perdió.

—¡Esta es bruja! ¡Esta es bruja! ¿Por qué se escondió? ¿Onde está?

Al otro día, ella tenía una comadre, le dijo:

—Mire, comadre; yo me voy a ir.

—¿Y por qué?

—Por esto. Córteme el pelo.

Le cortó el pelo la comadre. Y vino ella, buscó un caballo de los mismos del papá, lo ensilló, y se puso ropa de su papá, too; manta, too, y salió a andar el mundo. Ella no sabía pa ónde iba, pu. ¿Cómo iba a saber? No salía de su casa nunca.

Ya llegó el padre a la casa. La montura no estaba. Jue al potrero,

miró el caballo, tampoco estaba. Se jue, agarró otro caballo, lo ensilló y partió por el mismo camino onde va la niña, de galopito. La alcanzó:

—Buenos día, amigo —le dijo.

—Buenos días, señor.

—¿No mi ha visto por aquí una niña que va di a caballo bien montá?

—No —le dijo, y era ella misma—, no la he visto.

Pasó de galopito el viejo ailante. Si aburrió, se volvió, la volvió a topar.

—¿No mi ha visto —le dijo otra vez— por aquí una niña?

—No.

Y ella lo que lleva en los bolsillos son tres cobres, que ante habían cobre, ahora ya no los conocimo, tres cobre era la plata que llevaba y con hambre. Va pasando al frente di un palacio del rey y se jue allegando, allegándose y una de lah empliá lo ve:

—¿Y este joven qué queirá?

Si acercó pa allá.

—Buenos días, señorita —le dijo.

—Buenos días, joven.

—¿No tendría usted que mi hiciera el favor de venderme unos tres cobres de caldo?

—A ver, pues; vamo a hablar con el rey si hay u nu hay.

Ya jue, y le dijo:

—Dícele que pase.

Ya pasó.

Güenos días, señor rey, su Cara Majestá.

—Güenos días, joven. ¿Qué decía?

—Yo voy con hambre, necesito que me vendiera un poquito de caldito.

—¡Cómo no! Desmóntese.

Ya se desmontó. Le pusieron una mesita por allí. Y el rey lo miraba.

—¡Tan bonito el joven!

Tenía una princesa el rey. Ya entonces llamó a uno de los Grandes de la Corte:

—Mira, hombre —le dijo—; tira el caballo del joven para allá y pónelo en la pesebrera que coma, y sírvele aquí de lo mejor qui haiga a este joven —a lah empliá.

Ya pusieron su mesa allí, le sirvieron bien, y ya él jue sacando, como eran tres cobres qu' iba a comprar, sacando su platita pa pagala.

—No —le dijo el rey—. ¡Si no pague! Coma no más.
Ya quiso irse.

—No se va na —le dijo— ahora, se va mañana pa que converse aquí, lo pasó muy solo.

—Güeno.

Se quedó. Ya l' hicieron su camita por ahí, su pieza, alojó. Al otro día ya le dieron desayuno, tomó, y en seguía ya quiso irse.

—¡No se va na! Mañana se va, descansa usted y descansa el caballo.

—Bueno.

Ya se quedó otra vez. Entonce:

—Mire —le dijo—; usted no se va a ir más dí aquí, yo tengo una hija y usted se va a casar con ella.

—¿Qué se va a casar esa señorita conmigo, yo desconocío?

—No —le dijo—. ¡Palabra de rey no puee faltar! Lo que yo digo si hace y soy yo el que mando.

¡Esta sí que es! ¿Cómo, Señor de mi alma, una niña? Ya jue, s' hizo el casamiento, buscaron cura y se celebraron en la casa. Muy güeno el casamiento. Cuando ya se jueron a acostar:

—Mire —le dijo—; usted me va a guardar un secreto.

—¡Cómo no! —le dijo la niña—. ¿Por qué no?

—Yo soy una niña, una mujer igual a usted.

—¡Mejor, pul! —le dijo entonce la princesa—. Como dos palomas viviremo en el mundo.

—Muy bien, pero usted me guarda el secreto como que soy hombre.

Esta niña la sacaban para las fiestas, a mirar por allí. Cogió un revólver, cuchillos, ¿qué sé yo? Cosas de mujeres:

—Eso sirve pa usted, señorita.

Lo qui agarró en el güerto, cuando la llevaron al güerto, fue un clavel y un jazmín, éstas son las flores del hombre, y la niña no, agarraba rosas, venía a ser la señora, pero él no, como hombre.

El padrino de esa niña vivía lejo, que tenía que navegar por la mar.

—¡Oh, hija! —le dijo a la reina—. No le dijimo nunca a mi compadre que s' iba a casar su ahijá, ¡y tan bonito su marío que tiene, su esposo tan lindo! ¿Escribamole que venga a conocerlo?

—Ya.

Le jueron escribiendo. Ya llegó la carta allá onde el padrino, que si había casao su ahijá con un joven muy lindo, muy bonito. ¡Y no tiene el rey un adivino!

—Mira, hombre —le dijo—; ¿cierto que mi ahijá se casó?

—Sí —le dijo—, se casó, pero se casó con una mujer igual a ella, no eh hombre.

—¿Verdá, hombre?

—Verdá, señor.

—Vamo a hacerle una apuesta a mi compadre —le dijo a la reina— y vamo a ver si es cierto.

Ya cargaron su buque y partieron por la mar. No fondiaba ningún buque en esa orilla de playa, sinó los buques de esos reyes no más, del rey, del papá de la niña, y del compadre.

—¡Allá viene mi compadre! ¡Vamo a encontrarlo!

Salieron, los novio ailante los dos junto y los viejos di atráh, el rey conversando con su señora: ¡tan bonito su cuerpo y tan bonito su yerno! ¡Ave María! ¡Si era un encanto que tenía el rey! Ya llegaron, ya los recibieron. Se dieron las manos, se pusieron a conversar.

—¿Qué le parece mi yerno, compadre? ¿Qué le parece su ahijao?

—Muy lindo —le dijo—, muy lindo.

Ya se jueron queando atrás.

—¡Pero, compadre —le dijo—, su yerno es mujer, pu! Se casaron dos mujeres.

—¿Sí, compadre?

—¡Cómo no!

—No, eh hombre. ¿Cómo va a ser mujer? ¡Sí eh hombre!

—¡No le digo, compadre! Li apuesto mi fundo a puerta cerrá, mi casa con almacén, con lo qui hay, a quear con los brazos cruzao.

—¡Ya 'stá! —le dijo el rey.

Ya jueron apostando.

—Mañana —dijeron— vamo a ir a cazar torcazas pa hacer estofaíta.

—¡Ya!

—¡Ahora sí! —le dijo la señora—. Nunca hai agarrao escopeta en mi mano. ¿Cómo lo vamo a hacer?

—Yo le voy a decir: Dios sabrá. Si hemos nació pa morir, morimo.

Al otro día ya se desayunaron, cada cual agarró su bolsoncito, y su escopeta, y su prevención pa cazar, municiones, fulminante. Subió di a caballo ailante, pensativo, de galopito. “¿Qué vamo a hacer?”. Y loh otro, el rey di a pie conversando que era mujer y era mujer.

—¿Cómo? El cuerpo es de hombre, compadre. ¿Cómo va a ser mujer? ¡Sí no es mujer!

Güeno, ya se jue de galopito. ¡Y no le toca qui hay un árbol cargao, un roble, de torcaza! Y se pone di abajito y le larga el disparo. Caeron de nube abajo. Ya se comenzó él a recoger y eche al bolsón. Ya tenía su bolsón lleno. Ya llegaron ellos.

—Recojan las que quieran, pu —les dijo.

Las recogieron.

—¿No ve, compadre? Si es mujer, no iba a disparar, ¡no!

—¿Qué vamo a hacer? ¿Cómo? ¡Por el amor de Dios! ¡Sí es mujer y es mujer! Ya, otra prueba.

—¿Cómo lo vamo a hacer?

—Lo que vamo a hacer, la vamo a llevar a bañase.

—Güeno, pues, yerno; mañana los vamo a levantar temprano y vamo a ir en l' agua a bañalo.

—Güeno.

—Aquí... —dijo entonces ella en la noche conversando con su mujer—, ¡qué los vayan a llevar a bañalo! Aquí sí que...

Y iba el rey y le preguntaba a la niña:

—¿Eh hombre tu marío?

—Hombre como todos los hombre.

No le dijo nunca que era mujer.

Güeno, al otro día ya se desayunaron y partieron. Y tenían que bañase piluchito, sin na de ropa de baño. Ya partió él, entonces partió de galopito ailante. Llegó al lago. “¿Cómo me baño?”. Se sacó la ropa y se botó a bañase, se comenzó a refregar. Ya vienen cerca. Cuando vienen le dicen:

—¡Levántate, Florinda! ¡Levántate, que soh hombre como todos los hombre!

Viene el crucifíco volando por las agua:

—¡Levántate, que soh hombre como todos los hombres! —le dijo.

A las tres vece:

—¡Párate, que soh hombre como todos loh hombre!

Entonces viene y se para, se encuentra como hombre. Entonces, en vez de volverse pa un lao, cuando vienen ellos di a caballo llegando, aparándose allí, se puso de frente y se comenzó a refregar bien por toas partes pa que lo vieran bien, pu (la narradora ríe), que lo vieran bien que era hombre.

—¿No ve, compadre? Ai tiene usted. ¿Es mujer mi yerno?

Salió, se secó bien, se puso su ropa, subió di a caballo, lah echó di una hebrita para la casa, pal palacio del rey. Llegó allá. La señora está enferma, porque creía que los doh iban a morir, ella por negale que era mujer y él. Ya llegó, le dijo:

—Mire; tamos bien, soy hombre por la gracia de Dios como todos los hombre.

Ya le contó que el crucifíco que li había compraó su padre cuando chica lo había favoreció.

—Y ahora él me volvió hombre —le dijo—. Lo veo tan bien que viene volando entre las agua el crucifíco.

Ya, ¡Señor de mi alma!, el rey, el otro qu' hizo la apuesta tan entusiasmao qu' iba a ser too de él, ya se urgió, y si apenó y de too, y en vez de estar un día más, cargó su buque y lah echó a matar al adivino. Ya llegó allá. El adivino bien cariñoso a encontralo a su patrón.

—Hácete a un lao. ¿Dijite de que era mujer el marío de mi ahijá?

—Sí —le dijo.

—¿Era mujer?

—Mujer.

—Era hombre como todos los hombres.

—Porque el Señor lo volvió hombre, pero yo no podía adivinar eso, no podía adivinar que s' iba a volver hombre, pero era mujer, en esta forma era mujer.

—¡Nol! ¡Es que te voy a matar no más!

—Máteme, pero la cosa es cierta; era mujer como todas las mujeres, pero el Señor lo volvió hombre —le dijo— y eh hombre ahora.

Así que el rey acá, cuando se jue al otro rey pa su casa, le dijo:

—Yo le gané toa su fortuna, pero usté va a quedar como dueño ailantando lo que pueda. Yo no voy a desprestigiarlo pa juera, usté queda siempre en su casa como dueño, pero el hecho es que es mía por escritura.

Hasta ai si acabó el cuento,
se jue por la tierra aentro,
salió por una matita de poroto
pa que se cuente otro.

JUAN PELAO

Este era un pobre muy pobre que no tenía pa pasar el tiempo, si no que se encuentra en el campo un cañón de escopeta viejo, sin caja, no más que el puro cañón. Entonce él li arregló la caja, y li arregló los fuego y siguió cazando pajaritos pa poder comer. En tiempo de invierno que llovía no podía salir, porque estaba lloviendo, a cazar. “¿Qué voy a hacer hoy sin tener qué comer?” ¡No sale un ratoncito por loh arbolitos por ahí metiéndose! Ya comenzó a hacerle los punto él,

que ya le disparaba y no le disparaba. Ya iba cerquita siempre acercándose a él, entonces le dijo:

—¡No me matís, porque te voy a dar que comer y harto!

¡Pero sí tengo tanta hambre! ¡Cómo no hai de comer hoy! Más que sea un ratón, me lo comeré.

—No —le dijo—, no me matís, yo te voy a ir a buscar comía.

Salió el ratoncito por allí, ¡ya ve cómo es de buscavía!, y llegó con harina, con sal, con grasa, con too pa que comiera allí. Ya comenzaron a hacer de comer.

Un tiempo ya estaba ahí y él si arregló una ruca, en el campo, de cuero di animal, una casita de cuero, ahí vivía. Bueno, ya un día no tenía pa lavarse, ¡no jue y sale pal solcito, se sacó su ropita y comenzó a buscar hojitas di árbol!

—¿Y qué estáh haciendo, hombre, Juan Pelao? —le dijo—. ¡Ah! ¡Esa es plata que estás contando! ¡Mire qué plata tan bonita! Le voy a ir a pedir al rey un decálitro pa que me midás tu plata.

—¡Pero, hombre! ¿No vis que no hai podío lavar? Mi ha salío mure, por eso que estoy así.

—No; aguádate.

Jue onde el rey, taba cerca el palacio 'el rey.

—¡No muerdan los perros! ¡No muerdan los perros!

Salió la empliá:

—¿Y usted, ratoncito, de qué habla así?

—Sí, señorita.

—¿Y qué decía?

—Es que quiero hablar con el señor rey.

—Güeno.

Ya jue la empliá, le jue a decir:

—Anda un ratoncito que quiere hablar con usted.

—Dígale que pase —le dijo el rey.

Ya pasó.

—Güenos días, señor rey, su Cara Majestá.

—Güenos días, ratoncito. ¿Qué buscás?

—Que mandó mi amito que l' hiciera el favor de prestarle un decálitro pa medir unos cortos medios.

—¡Qué será rico este caballero —dijo entonces— que mide la plata en decálitro! ¡Cómo no!

Ya le pasó el decálitro. Ya se jue detracito con él a la rastra, a la rastra, como podía lo llevó y llegó allá. El Juan Pelao está sentao toavía ajuera al sol.

—¡Aquí tenís! —le dijo—. Mide tus cortos medios, mide tu plata.

—¿Hasta cuándo hacih idea de mí porque soy pobre?
—¡Bah! —le dijo—. ¿Y cómo estáh ai?

Había un encanto cerca, se jue el ratoncito por el encanto, jue y trajo cuatro escudos de oro. Le puso una en caa esquina. Y lo jue a devolver [el decálitro]. Ya llegó allá otra vez:

—¡No muerdan los perros!

Ya salió la empliá:

—¿Usté, ratoncito?

—Sí, aquí vengo, señor rey, su Cara Majestá, a devolverle su decálitro.

—Güeno, ratoncito.

—Y que muchas gracias dijo mi amito.

Le pegó la mirá al decálitro.

—¡Qué ricazo eh este caballero! ¡Este sí que es rico! ¡Oro es lo que midió!

Se jue, llegó allá. A los pocos días se le puso de que había dicho el rey que juera a hacer una visita a la casa. ¡Y cuándo le había dicho na el rey, sino que no máh él era el que disponía, el ratón!

—¿Pero cómo voy a ir, hombre?

—Lávate bien —le dijo.

Ya la echó al canal, al agua, que juera a lavarse, a refregarse, pero él, pobre, rotosito, ya se lavó.

—¡Vamoh ahora!

Ya partieron. Y había que pasar un estero y una varita delgá.

—Aquí no puedo pasar yo, pu —le dijo entonces—, me caigo.

—Yo paso ailante y vos pasás di atrás.

Pasó él ailante y se puso al otro lao. Cuando tantió que Juan Pelao iba por el medio de la vara, le dio güelta, ¡tulún!, al agua. Se mojó con cabeza, con too al tiro.

—¡Ahora sí que la sacastes bien! ¿Cómo vah a ir? Sácate tu ropa y la ponís que se seque.

Ya se jue otra vez, llegó aonde el rey:

—¡No muerdan los perros!

— No muerden, ratoncito. ¿Qué decía?

—Ha de ver, señor rey —le dijo—, de que venía mi amito a una visita con usté, ¡y no se va a caer al agua y se mojó toa su ropa, se embarró y de tool, y me manda que l' hiciera el favor de prestale ropita pa venir.

—¡Cómo no! ¡Ya!

Le prestó de la camiseta pa arriba, di un too, zapatos, calcentincitoh y bastón también. Ya llegó allá:

—¿Cómo estás, Juan Pelao? ¿Te secaste?

—¡Ay, qui hacíh idea!

—Toma, aquí hay ropa; pónete.

El no sabía vestirse, su ropa güena no sabía ponérsela. Ya se la comenzó a poner él y su corbata.

—Y así vah a agarrar el bastón, lo vah a llevar así, no vah a ir de picotón, si no un meneo y así en esta forma bastonándose, y pa saludarlo no vah a llegar los güenos días no más: “Güenos día, señor rey, su Cara Majestá. ¿Cómo está usted?”, dándole la mano y güena conversación. No vah a ir tontiendo.

Güeno, ya se jue el pobre apenao, pensando qui aónde se iba a meter y hacele juicio a él, al ratón. Llegó allá, taba el rey en fachita esperándolo, la visita qu' iba a llegar. Ya salió a encontrarlo, le dio la mano, lo abrazó, lo saludó y lo llevó. Vamo allí conversando y de too. Ya se sirvieron su almuerzo y de too. Ya en la noche le arreglaron cama pa qui alojara. El no sabía vestirse, tenía que llevale el desayuno a la cama el ratoncito.

—Mi amito es muy regalón, ta acostumbrao a desayunarse en la cama y a lavarse too.

Y él avergonzao, de vergüenza no se levantaba. Un día le dijo:

—¿Querís casate con la hija del rey? Te voy a casar con la menor.

—¿Qué lo que andáh haciendo, ratoncito? ¡Por l' amor de Dios! ¿Por qué no los vamo?

—¿Pa ónde?

—Pa la casa.

—No —le dijo entonces—, no vengáh a hacer lesera. Esta noche vah a ir a hablar con ella.

Entonces:

—¡Ya vamo a ir! No seas tonto.

—¿Cómo voy a subir yo pa allá? —a los balcone y por un' escala pa arriba.

—Yo te llevo a achita.

Ya lo llevó a achita. Cuando iba por la mitá de l' escala arriba, lo larga abajo.

—¡Ayayayay! —comenzó el ratoncito, gritando, y él callaíto aguantando su dolor y el ratón su lamentación grande.

—¿Qué tenís, ratoncito?

—¡Ay, señor rey! Qui andaba a ver si podía comer quesito arriba, ¡no me voy a caer!

—Busque no máh y coma no más. ¡No 'mportal! Busque por ai, lo qui hay coma.

Juan Pelao aparte que no podía subir pa arriba, le dijo [el ratón]:

—¡Mire! ¡Vel! ¿Por qué no andás bien? —y jue él que lo botó.

Al otro día temprano se levantó el rey, se levantó el ratoncito, y le llevó desayuno a su amito a la cama y lo lavó y de too. El rey se pasaba, el ratoncito también a la siga; volvía él pa atráh, él también volvía.

—¿Qué necesita, ratoncito? —le dijo.

—Me atrevo y no me animo a decirle una cosa que mi amito quiere.

—Dime no máh, hombre, ratoncito, lo que quieras. ¡Palabra de rey no puede faltar!

—Es —le dijo— que mi amito quiere que le dé una de sus hija y es la menor.

—Un ala del corazón me pide, pero no importa, se la doy pa casarse con él.

Ya se jue, llegó allá onde el amito:

—Oye; te vah a ir a casar con la hija del rey, ¿y pa ónde la vah a llevar? ¿Pa tu casa 'e cuero?

—¡Pero qui andáh haciendo, ratoncito! ¿Pa qué, si no me voy a casar?

—Te casás no más, si no el rey te va a matar; tenís que casarte.

Obligao a casarse, ya dijo que güeno.

—¿Y con esa ropa del rey te vah a casar? ¿Con eso te vah a ir casar? ¡Y rico! ¡Ave María!

En fin, ya se jue al encanto, le trajo del calcetín pa arriba, zapatos, ropa, de too, mejor que la misma que tenía el rey. Ya le comenzó a vestirlo bien, lo vistió.

—Ahora —le dijo— ya vah a ir al casamiento, yo me voy a ir ailante a hablarle al cura pa que te casís.

Buscaron pairinos, de too. Se jue ailante. Luego como un cuarto de cuadra apareció un coche.

—¿De quién eh este coche?

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

Máh ailantito otro coche. Cuando llegaron al coche:

—Suba, don Juan —le dijo el rey—, con la señorita.

—No, va bien. Suba usted, yo voy bien dí a caballo.

Más ailante otro coche.

—¿De quién eh este coche?

—De mi amito don Juan, de ese caballero también.

—Suba usted, don Juan, aquí.

—No; que suban los padrinos.

Ya subieron los padrinos. Máh ailante otro coche.

—¿De quién eh este coche?

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

—¡Qué rico mi yerno! —decía el rey y se pegaba su palmá—. ¡Y ésta sí que es maravilla!

Ai subieron los novios, en ese coche se jueron. Máh ailante estaba una iglesia elegante de linda. El mismo la había hecho, el ratoncito. Ai llegaron, entraron, se confesaron, se casaron los novios y se volvieron a su casa a su celebración.

El ratoncito le servía a los dos. Varios días que estaban ya.

—Oye —le dijo un día, lo llamó solito, sin la señora—; ¿y qué miras tenís? ¿Te vah a quedar pa siempre aquí con el rey? ¿No te vah a ir?

—¿Y pa ónde llevo esta señorita yo, hombre?

Pa tu casa 'e cuero, pu. ¿Pa ónde la vah a llevar? Pa allá la llevás.

—¡Güena cosa! ¡Él apenao, apurao, que no hallaba qué hacerse casao con una príncipa y tan pobre!

—Mira —le dijo—; mañana te vah a ir, pa tu casa 'e cuero te vas. Ya se jue tempranito onde el rey otra vez:

—Que mi amito, señor rey, quiere irse a su casa, que ya harto ha estao molestando, y se lleva su señora.

—¡Bien, pueh, hombre! ¿Cómo loh iremos? ¿A caballo?

—No, mi amito tiene cómo andar.

Luego se puso allí un coche, un cochero, máh ailantito otro coche, otro caballero, y así tres coches. Ya salieron pegando. Andar y andar, ya jueron viendo un rebaño, ganao.

—¿De quién eh este ganao, hombre?

Y el ovejero orilla 'e camino:

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

Máh ailante una piñá de vaca, una hacienda en grande.

—¿De quién son estas vacas?

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

—¡Qué rico mi yerno! ¡Esta sí que es bonitura!

Máh ailante una maná de bestias.

—¿De quién son tantas bestiah, hombre?

Y los capatáh a orilla del camino:

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

Toos le iban diciéndole así. Ya un piño de cabras.

—¿De quién son estas cabras?

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

Ya jueron dentrando a un callejón, a unas casas lindas, ya jueron viendo.

—¿De quién son estas casas?

—De mi amito don Juan, de ese caballero.

Cuando dentran a la elegancia más linda, un chalé que ni el rey lo tenía, muy lindo, ya lah empliás por allí:

—¡Ay, señorital! ¿Qué le voy a servir, amito? ¿Qué le sirvo aquí? ¿Qué le sirvo acá?

—Lo que usted quiera.

¿Qué otra cosa iba a decir? ¿Y iba a pedir sin saber el nombre de un plato o de otro? ¡Ay! El rey se palmiaba, s' iba pa atrás. ¡Qué caballero más rico! ¡Qué bonituras! Güeno, ya el rey dijo:

—Los Grandes de la Corte que venían conmigo se van a mi palacio a mandar como yo mandaba; yo me quedo aquí en el palacio de mi yerno.

No se jue la reina ni el rey, sinó mandó a los Grandes de la Corte pa su palacio a atender, a cuidar, y él se quedó ahí. Ya varios días que estaban ai, le dijo el ratoncito:

—Yo me voy a ir, tú vah a quedar aquí de dueño ahora.

Se jue, él quedó llorando.

—¿Cómo va a ser, hombre, que te vah a ir y me vah a dejar solo, ratoncito? ¡Tanto que mi habih acompañao! ¡Tanto que mi habih servío!

—No —le dijo—, hasta ahora no más te voy a acompañar. Cuando sea tiempo, puedo venirte a buscar.

Se jue. Dentro del año volvió él, y estaba lloviendo, y se bota a la gotera de la casa. Sale él pa ajuera a andar y se quea mirando. ¡No ve el ratoncito botao, mojafto, muerto! “¿No parece ser mi ratoncito éste?”, dijo. Lo agarra y lo levanta, lo limpia con su pañuelo, se lo echa a la cartera, y se jue aentro y lo puso encima.

—¡Ay! —le dijo la señora—. ¿Pa qué trae esa mugrería aquí encima? Bótela.

—No —le dijo—, no es mugrería.

Vino entonces, buscó un paño, lo calentó, y envolvió su ratoncito y se lo echó a la cartera. Ya como a las doce del día vivió, ¡si estaba haciéndose el muerto no máh!, y le habló:

—¡Ah! ¡Paciencia tuviste conmigo! Soy yo tu ratoncito —le dijo— el que te hai dao lo que se ve y [si] tú mi hubieras botao como la señora quiso, habías quedao en tu casa 'e cuero otra vz, pero al fin, ¡ya 'stál! Yo soy un ángel del cielo que el Señor mi ha mandao a darte esta virtud. Ahora yo me voy a ir y, cuando sea tiempo, te vengo a buscar o goza tu fortuna que tenih.

Y se jue.

Y si acabó el cuento,
se fue por la tierra aentro,
salió por una matita de poroto
pa que Lorenzo lo cuente l' otro.

Parral, Linares, 21-IV-1962. Grabación en cinta magnética. AMELIA QUIROZ.

257

LA PRINCESA MUDA

Entonce le dijo la veterana al rey que tenía que llevarle su hija. Y ahí se fue aonde estaba la princesa múa.

—¿A qué vienes tú? —le dijo la princesa.

—A llevate vengo.

—Pero me vai a llevar sin ninguna ropa de la cama.

¡Y tan bonita la colcha que había!

—Me la llevo con colcha y too.

Y ei lo pillaron. Amaneció preso al otro día, ordenao de matarlo. Entonce el rey le ve la corona al otro rey y le dijo:

—Soi' de mi sangre y no te pueo matar. Ahí ahora tenís que roba-me la pájara de siete colores. —le dijo al otro rey.

Viene el rey y se la lleva con jaula. Entonce le ordena el rey de matarlo al rey.

—Soi' de mi sangre y no te pueo matar. Tenís que robame el caballo de siete colore.

Entonce, cuando ya llegó onde estaba el caballo, le dijo el que cuidaba el caballo:

—No te lo llevís con jáquima.

Se lo llevó y trajo onde el rey, onde estaba la pájara. Entonce le dice:

—Me trajiste el caballo, ahora tenís que robame la princesa múa.

Cuando llegó onde estaba la princesa múa, le dijo:

—¿A qué venís tú?

—A llevate.

—Muy bien.

Y ahí se jueron los do. Y el rey se interesa en la pájara, en el caballo y en la princesa múa, y a él le echaba pa juea. Entonce le dice él:

—Mire; ¿por qué no me da permiso, mi rey, de subir en el caballo

277

con la niña en anca y la pájara en la mano, y ponga las guardias que juera.

Entonce ya se vio de a caballo con su pájara y la niña en anca, le pega el guascazo y quean las guardias hasta el cogote en la tierra.

Y llegó con su princesa múa, la pájara y el caballo de siete colore a casa de la maire de la princesa. Ahí se casó, hicieron las boda.

Y el otro día pasé por allá y estaban muy contento.

Se acabó el cuento.

Olmué, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

258

ALADINO

Est' era una viejita que tuvo un hijo. Esta viejita era muy pobre, con su trabajo de ella le dio la educación.

Este niñito salió de muy güen corazón con los pobreh. Un día se presentó un mago, lo llevó a la casa de su mamá. Tomó una confianza única. Un día de los días que estaba se robó el niño. Siete días perdtó, la mamá loca, desesperá de su hijo.

Se jueron a una selva. Había un palacio debajo de la tierra. Le dice al inocente el mago:

—Bájate y vái a descoger la lámpara maravillosa, te traís la máh hermosa.

Bajó abajo Aladino al palacio aonde estaba la lámpara maravillosa. Dijo él: "¡No me vaya a dejar abajo!". Se trajo una lámpara, una que no hacía ni aprecio de ella, se la echó al seno, agarró otra lámpara disfigurá con naranja di oro, vino, agarró la lámpara. "Aquí está la mía", dijo el mago, "cortaré el lazo y lo dejaré en el encanto". Así lo hizo. Cortó el lazo y lo ejó abajo.

Siete días estaba en el encanto con ansia de la muerte. Oyó una voz:

—Ve tu lámpara.

Sacó su lámpara del seno y la comenzó a limpiar. Luego salió un negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

—Que me saque de aquí.

—¡Cómo no, amito! —lo sacó.

Vino ajuera, comenzó a limpiar su lámpara, se le volvió a presentar el negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

278

—Que se me ponga los mejores manjares para servirme; hacen siete días que no como.

—¡Cómo no, amito!

Llegó allá, se sirvió de los manjares mejores que le puso el negrito. Tomó viaje para la casa de la mamá.

—Hijo mío, ¿qué lo que había hecho?

—El mago me llevó engaño a una cordillera y me echó aentro [de] un pique.

—¿Cómo salió?

—No supe cómo salí.

Luego la mamá preparándole un almuerzo con su pobreza [en] que estaba.

—No se le dé na, mamá, que más tarde seremos felí. Mándeme hacer una mesa bien bonita, me compra un paño que no haiga pecaço nunca.

Todo lo que le pedía, le cedía su mamita. Llegó la mesa, llegó el paño.

—Váyase para da cocina. Cuando yo la llame, güelva.

Comenzó a limpiar su lamparita, sale el negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

—Que me divida dos pilitas de plata y cucharas de plata, platos di oro.

—Bueno, amito.

Luego se le pusieron las pilitas de plata y las cucharas de plata, luego se le pusieron los platos di oro.

—¡Mamá!

—¡Hijo!

—Venga. —Vino la mamá—. Aquí tiene, mamá. Vaya a comprar toas sus cosas con esta monea.

Compró de un todo la viejita, en parte contenta y ahora de momento lloraba por su hijo.

—¡Felicidá! ¡Qué fortuna de Nuestro Señor!

Y le siguió dando todos los días. Un día volvió a limpiar su lámpara, se presentó el negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

—Que se me pongan diez cucharas di oro y me las va a ir a vender al palacio del rey.

El rey [exclama] a una admiración:

—¿Aónde se la ha robao, siendo que es un pobre?

Le contesta la princesa:

—No diga eso, papá; pueden tener alguna virtud.

Le compró las cucharas di oro, que le venían bien al palacio. Muy contenta se jue la mamá con su dinero que ganó en las cuchara. Aladino sabía todas las cosas que había hablado el rey. La mamá le llegó contando lo que le había dicho el rey.

—Yo lo sé, mamá, no me lo cuente.

Un dida comenzó a limpiar su lamparita otra vez, sale el negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

—Un palacio más lindo que el que tiene el rey, con sirviente y con criaio.

Llegó a la voz del rey de este palacio tan lindo.

—¡Hija! —le dijo a la señora— ¡Qué hermosura más linda! ¿Qué prince habrá llegao?

—¡De veras que el palacio es tan lindo!

Le ice la princesa:

—Papá, prepáreme la carroza pa ir a ver el palacio y a conocer el prince. ¡Cómo sabe si puedo casarme con él!

—Güeno.

Así lo hizo. Le preparó la carroza y llegó al palacio. En el palacio por dentro difiguraa con pollitos di oro. Aladino se escondió. La recibió la mamá y le predunta:

—¿El dueño de este palacio?

—Soy yo un hijo.

—¿Cómo se llama?

—Aladino.

—Con eso no quero más —dijo.

Prepara la carroza y se jue a su palacio. Llega onde el papá.

—¿Qué había?

—Taba la mamá del prince, pero no me dijo nada el nombre del prince —le guardó el secreto.

Salió Aladino a la pieza [en] que estaba escondió y va onde la mamá. El sabía que ya le había dicho su nombre y sabía que la princesa le había guardao el secreto.

—Pasado mañana le va a dejar una gallina con pollos di oro pagándole su secreto que me guardó.

Se jue un día la mamá al palacio del rey. La recibieron con mucho cariño, con mucho amor el rey y la princesa.

—Aquí le manda, señorita princesa, mi hijo esta gallinita di oro con pollitos di oro.

¡Más contental

—Eh un gran ángel del cielo —le dice la princesa, dándole las gracias—; que más le dé el Señor.

Luego la mamá se quiso retirar al palacio. Le dice la princesa:

—No se vaya hasta que lo acompañe al almuerzo.

—Muy bien.

Y se vino.

—¿Cómo le jue, mamá?

—Muy bien, mi hijito.

—No me diga más, todo lo sé. Pasao mañana me va a llevar la princesa para casarme con ella.

—¿Que no me retarán, hijo?

—No, mamá; pero mañana le voy a preparar la carroza para que vaya al palacio del rey.

Llegó allá la carroza. La recibieron [a la mamá] con mucho honor. Con vergüenza le pasó la carta. Le dijo el rey, cuando leó la carta, llamó a la princesa:

—¿Tenés relación con este prince?

—Sí, papá.

—Bien, tiene que esperar cinco días la respuesta, porque yo tengo que remediar toah estas cosas. Si lo merece, que se case con vos.

—Muy bien.

—Espere la respuesta.

Llegaron los cinco días, va el rey personalmente al palacio de Aladino a dale el sí, que se preparara para que se casara.

—Muy bien, señor.

Así lo hizo: repartió carteles para toos los palacio el rey qu' ía haber un casamiento muy de honore, que se casa el prince Aladino de mucho honore. Seis días le dio [de] plazo el rey. Luego comenzaron a llegar los prince y reye a esta fiesta muy de nombre. El día que se ía a casar comenzó a limpiar su lamparita, y le dice el negrito:

—¿Qué lo que quere, amito?

—Que se me ponga un carro de oro, los caballoh enganchaoh en él, y un traje mío de prince difiguraoh de ángel. ¡Ojalá el rey no me conozca! —Devolvió a pedir otra veh a su negrito—: Un traje de reina a mi mamá, que vamo a ir los doh a este casamiento.

Too se le puso. Cuando ya llegaron toos los prince y reye, llega Aladino más lindo y hermoso que los rayos del sol. Sale para ajuera el rey a recibir a este prince y esta reina y le dijo:

—¿Quién eh usté?

—¿No me conoce?

—No.

—Yo soy Aladino.

—Desculpe, señor. Mandaremos buscar los cura, obispo y sotaobispo. Ante de almuerzo se casará con tooh los ángel del cielo.

Llegaron loh obispo y los casó. Se celebró la fiesta. Con tranquilidad estará y en reposo celebrando las bodas. Ya se terminaron las bodas del casamiento.

Una noche en el palacio del príncipe se quedó dormida la princesa, comenzó Aladino a limpiar su lámpara maravillosa. Le salió el negro:

—¿Qué lo que quiere, amito?

—Que se me ponga un palacio al frente del palacio de mi suegro más lindo que la flor del mundo.

—¡Cómo no!

—Y que, cuando recuerde mi suegro y mire al frente, vea el palacio más lindo.

Se levanta el rey, y mira al oriente y ve aquella hermosura.

—¿Hija —le dice—, qué es esto?

—Viejo tonto, lagaña que se te atravesó. Vamo a ver.

Y fueron a ver. La halla durmiendo a la princesa, a la hija, en un catre de oro y al príncipe sentado a la orilla de la cama.

—¡Qué lindo, hijo! ¡Muy bien!

Quearon viviendo mucho tiempo. Un día agarró su escopeta y salió a cazar al bosque, y se le hizo tarde. Y pasó un viejito cambiando lámparas nuevas por viejas. Dijo la princesa: "Mi viejo tiene esta lámpara vieja, ¿por qué no la cambio?". Lo llama al viejito.

—¿Qué lo que cambia?

—Lámparas nuevas por vieja.

—Aquí tengo un lámpara vieja. ¿Pa qué quiero esta lámpara vieja?

El gran mago conoció la lámpara, la comenzó a fregar, salió el negro:

—¿Qué lo que dice, mi segundo amito?

—Era pa saber qué lo que tenía, para asegurar esta lámpara. Esta es la que quería yo tener en mi poder.

Al momento de la tarde volvió a limpiar la lámpara el mago, salió el negro:

—¿Qué lo que quiere, amito?

—Que me traslade el palacio con princesa y too al otro lado del mar.

Se lo trasladó inmediatamente. En ese momento la princesa [quedó] muda y sorda sin poderla hacer hablar. Cuando mira el rey, no ve el palacio.

—¿Qué lo que pasa?

Se fue al palacio la mamá de Aladino, pregunta por él.

—No ha venido.

—Yo me creo cazando ha de andar.

Cuando llega Aladino, no encuentra el palacio. El rey lo puso en apretura, cuarenta y cuatro horas le dio [de] plazo que tenía que traele su hija y si no la caeza perdía. Para él jueron llantoh, sufrimiento. Se iba onde la mamá a llorar.

—¿Qué hacía mi señora? ¿Que habrá pasao el mago y me la ha hecho trasladar? Me voy a ir a quitar la vida ante que el rey me corte la caeza.

—¿Qué lo que va a hacer, hijo?

—Nada, mamá. ¡Qué desgracia para mí! No sé lo que me pasa. Salió a andar, llegó a la orilla del mar. Le sale un viejito:

—¿Qué lo que le pasa, hijo?

—Loco, desesperao, señor, de ver mi desgracia que el rey me quiere cortar la caeza, me da [de] plazo cuarenta y cuatro horas, que tengo que traer la princesa.

No se le dé na, hijo; ta en el palacio del múo su señora. Tome esta varillita de virtud, y pídale que lo ponga al otro lao del mar y lo vista de pelegrino.

Así lo hizo. Le pidió a su varillita, salió un negrito:

—¿Qué lo que quiere, amito?

—Que me ponga al otro lao del mar, al palacio del múo.

Se trasladó al otro lado del mar. Ya llegó. Luego se disfrazó de pelegrino y hizo una pasá por el palacio del múo.

La princesa no se le quería entregar al mago. El mago le ofrecía siete palacios [para] que se casará con él. Ella no le hablaba ni el sí ni el no. Salió el mago, agarró su escopeta muy tranquilo a cazar muy lejo. Le dijo a la princesa que a la hora de almuerzo lo esperara, que él iba a llegar.

Cuando la sirvienta sale al barcón y ve a Aladino:

—¡Señora, qué pareció a Aladino!

—¿Aonde? —le dice ella.

—Salgamo al barcón.

[Aladino] se disfrazó de prince.

—¿Es usted Aladino?

El le hace con la caeza que sí. Para subir al castillo añidieron todas las sábanas de las camas y por ai se subió Aladino.

—¿Qué lo que hizo, hija?

—Perdóneme. ¿Por qué no me había dicho?

—Así sería mi planeta —le dice él— de sufrir. Doy gracia a Dios que estoy aquí. ¿Y aónde tiene la lámpara, esa feecita?

—La anda triendo.

—Muy bien. Cuando llegue, le dice que se va a casar con él. Prepara una copa de vino envenenada, otra copa de vino sin nada. Esa se sirve usted y la copa envenenada se la da al mago. Entonce a mí me esconde aentro di una caja que tenga más grande. Cuando usted con las anse de la muerte me destapa y saldré yo amarralo de pie y mano, dándole una copa de jabón pa que bote el veneno pa llevarlo vivo para el otro lado del mar.

Llegó el mago muy contento. Habló la princesa:

—Hai pensao de casarme con usted, mi hijito.

—Muy bien, mi hijita.

—De gusto sirvámolo una copa de vino.

—¡Cómo no, mi hijita!

Le pasa la copa la princesa al mago y agarró su copa ella.

—¡Salú!

—¡Salú!

Se la sirvió la copa de vino el mago sin tomarle gusto y ella tamién. A los diez minutos con fatiga de muerte y manotiaba que se iba a morir. Sale Aladino y lo amarró de pie y mano y le sacó su lámpara maravillosa que tenía el mago en su seno.

—Ahora sí toy felí; no lo descuidaremos más —le dice la princesa a Aladino—. Almorcemo, hijo.

—Espérese un poquito, mi hijita.

Principió a limpiar su lámpara otra veh Aladino, salió el negrito:

—¿Qué lo que quiere, mi primer amito?

—Que se me ponga una caja de fierro.

—¡Cómo no, mi amito!

Luego se le puso la caja, la caja de fierro, agarró el mago y lo echó a la caja y le echó llave.

—Ahora sí le acierto (acepto) el almuerzo.

Almorzó muy tranquilo.

—Prepárese hija, a las doce de la noche seremos traslaao al palacio de su papá y al palacio de su mamá. ¡Mi madre ha llorao más aguas del mar, mi suegro también y yo también!

Tan en reposo almorzando y esperando las doce de la noche. A las doce de la noche comenzó a limpiar su lámpara, salió el negrito:

—¿Qué lo que quiere, amito?

—Que me traslae el palacio al otro lao del mar onde está el palacio de mi suegro y el palacio de mi mamá.

—Güeno, amito.

Al otro día muy temprano se levanta el rey mirando al oriente. Si lindo era el palacio, más lindo era éste.

—Hija mía, ha llagao mi hija.

En de prisa se levanta la reina a ver a su hija y el rey en calzoncillo se presenta a ver a su hija, abrazándola y abrazando a Aladino. Luego se levanta Aladino con su señora y se va al palacio de su mamá. Manda a llamar al suegro con la reina, que allá le va a contar sus padecimientos de él. Se presenta onde la mamá Aladino. Loca y desesperada estaba la mamá por su hijo.

—No llore, mamá, ya llegó su hijo.

Luego llegó el rey. Igual cosa llorando de amargura. Le dice Aladino:

—No llore, suegro.

Le dice la reina:

—No llore más todos sus sufrimientos de la vida, ya no vamo a sufrir máh.

—Agarraré mi lámpara, en la corona del palacio será sepultada. Con esto que tenemos, tenemos para pasar desahogadamente.

Y quedaron viviendo en tranquilidad y la mamá por igual.

Los Vilos, Coquimbo, 4-iv-1959.

JUAN DE LA CRUZ CÁCERES.

LOS CINCO HERMANOS

Había, quería caballero, un dueño 'e casa que tenía cinco hijos; uno se llamaba Pedro, el otro Diego, el otro José, el otro Juan y el otro Manuel. Estos jóvenes eran tan hermanables que si encontraban un pancito se repartían entre los cinco, se servían muy hermanables. Tenían ellos doscientas cuerdas de talaje, animalitos, casitas güena, y así, pero eso no les servía a estos jóvenes, siempre querían tener un poquito más. Un día viene Pedro, como era el mayor, le habló al que seguía:

—Mire —le dice—; ¿quiere usted que vamos a una gira?

—¡Cómo no! —le contesta.

—¡A ver! ¿Usted, Diego?

—También.

—¡A ver! ¿Usted, José?

—¡Cómo no! También.

—¿Usted, Manuelito?

—¡Cómo no!

Manuelito era el menor, lo querían porque era hartito gallito y bien

esplicao, lo querían más. Tooh eran personas pero muy bien educadas, güena presencia tooh ellos, muy hermanables como le digo. Lo consultan al papá un día:

—Oiga, taitita —en esos años se trataba de taitita—; tenemos unos deseos de hacer una gira durante un año a ver si acaso traímo una virtú que usté le guste, taitita.

El caballero dice:

—Güeno, hijos, les voy a dar licencia.

Había una hermana llamada Anita que tenían ellos, bonita la hermanita, niña jovencita, de diciocho año.

—Mire —le dice entonce [el padre]; prepárele a su hermano algo que lleven para que coman en el camino en su gira que ellos van a hacer.

—¡Cómo no, taitita! —le dice ella.

Y les prepara [a] cada uno su bolsita di alimento. Al otro día les puso la bendición el caballero. Al fin del año tenían que presentarse a casa del papá bien vivoh, ¡y muertos no podían! Pero Dios loh ayuará, con la bendición de los padreh andan muy bien las criatura. Entonce di ahí partieron los cinco hermano. A lo mucho qui anduvieron, como a mediodía ya, llegaron a onde se repartían cinco caminos tal como los cinco deos de la mano. Entonce le dice Pedro:

—Usté se va por este lao; aquí vamo a servirlo algo, y aquí vamo a despedirlo y al año los presentamo aquí para llegar a casa de nuestros padres, bien que venimo con algo para nuestra hermana, que estará rogando por nosotros.

Cada uno de ellos se jueron a andar. Pedro llegó a una casa di un hombre que era muy güen ladrón de profesión, le dice:

—Güenas tardes, caballero.

—Güenas tardes.

—Por aquí vengo, quero trabajo.

—Yo necesito un compañero.

Bonito cuerpo le encontró a Pedro, no era na muy flaquito del too. Le enseñó a él.

—Yo soy ladrón y nu hay ninguno que me pille a mí, nu hay ninguno que me pille a mí.

¡Cómo sería él, perito de güen ladrón! Efectivamente hicieron un trabajo, ni supieron na. A los seis meses Pedro sabía triple mejor robar que el mismo maestro. Venía, le robaba las cosas di aquí onde está usté y, cuando iba a ver, no tenía na. ¡Cómo sería el caballero!

El dicho Diego llegó a una parte onde había un güen cazador, le dijo:

—Me falta un compañero pa salir a cazar avecita a los bosques.

Le preparó harina y salieron. A los cinco días ya estaba Diego mejor cazador que el mismo maestro. ¡Tenía una vista para cazar el Diego! Se la ganó, a los seis meses sabía triple. Ni miraba, cuando apuntaba el tiro, y hacía presa onde había, punto too güeno. ¡Rey de los cazaos, Diego!

Güeno, el dicho José llegó onde había un compositor. Llegaban personas, toos descompuestoh y quebrao, y ai venía él con su verdaero maestro que aprendió. A los seis meses ya era mejor maestro que el mismo maestro. Llegaba un quebrao, lo componía y lo dejaba tan igual como si no hubiera sfo nunca en la vía descompuesto ni quebrao. ¡Y esas manos sacó José!

Güeno, Juan llegó onde había uno que resucitaba los muertos. Llegaban los muertos, ya tenía tres meses de profesión Juancito, venía él, resucitaba primero que el mismo maestro. Se la ganó también, no tuvo más que enseñarle en resucitar los muertos.

Güeno, el menor llegó onde estaba un adivino. El adivino le enseñó. Sabía onde estaba el padre, onde esta la familia que le iba a venir, tan igual, mejor que el mismo maestro adivino; sabía onde estaban loh hermanos, qué profesión tenían, too lo sabía él por lo mismo que él lo sentía en su memoria, en su cráneo; aprendió muy bien. Al presentarse el año dijo: “Mi hermano Pedro ya va llegando al arbolito onde se abrían los cinco caminos”. Mire; ya sabía que loh hermanoh iban ahí. Dijo: “Pedro va llegando, Diego también, José también, Juan va cerquita. Yo también voy”.

Llegaron, se juntaron los cinco, cada uno con su maleta llena de dinero, llena de ropa, bien vestiítos. Bueno, cuando se presenta Manuelito:

—Hace media hora que estaban ustede aquí ya. ¿Qué profesión traen ustede, hermano? —Él sabía, como era un verdaero adivino—. Mire; usté es güen ladrón, hermano —le dijo a Pedro—; usté, Diego, es güen cazaor; usté, José, un güen compositor, y usté, Juan, resucita los muerto y yo soy adivino. Ahora, aquí en este árbol hay una perdiz; mátela, güen cazaor.

Le hace los punto entonce Diego, mató la perdiz.

—¡Ya, José! Compónela.

Vino José, pu, comenzó a componer l' ave haciéndola peazo, pero la empalmó. Entonce cuando viene componiendo la perdiz, viene el Pedro y le robó aquí, birló un ala. Entonce cuando ya la robó Pedro, el güen ladrón, l' ala, esta perdiz la dejó José bien empalmaíta, pero le faltaba un ala.

- ¿Cómo va a ser esta pájara —dijo— sin l' ala?
 Entonces le dice Manuel:
 —Entriéguela, puh, hermano. ¡Si la tiene su hermano Pedro!
 —Esta es verdá qui usté es profesional.
 El Manuel, el adivino, lo adivinaba too. Cuando ya estaba formá la perdicita, viene:
 —Mire, Juan; dispíertemela.
 Cuando viene, la despertó:
 —¡Pi-pi-pil! ¡Pi-pi-pil! —dijo la perdih y voló.
 Cada uno hizo su preba. Y se presentaron.
 —El papá está esperándolo a nosotros, ya 'stá la hermanita mirando que vamo a llegar.
 Cuando vienen, los ven que van llegando:
 —¡Ai vienen!
 Los recibieron a los cinco como debía ser, bien vestíos, su maletón grande cada uno así de ropa y dinero que llevaban.
 —Aquí estamo a su presencia, taitita.
 —¡A ver! Ahora quiero ver qué profesión traen ustedede.
 —Yo —Pedro— soy güen ladrón.
 —¡Pa juera! Ladrón no quiero.
 —El Señor murió entre los dos ladrone y el güen ladrón, ése es mi hermano —hablaron loh otro.
 —¿Y usté qué profesión trae?
 —Yo soy güen cazaor —le dijo Diego.
 —¿Y usté?
 —Yo soy compositor.
 —¡Ah! ¡Bien! Me quiebro una pierna, usté me la compone.
 —¿Y usté, hijo? —le dijo a Juan.
 —Yo soy el que resucito los muerto.
 —¿Y usté?
 —Yo soy adivino.
 —¿Adivino?
 —Sí; yo estaba adivinando las cosas que le estaba diciendo a mih hermano.
 —¿Cómo sabe?
 —Cada uno tiene su profesión, qui usté agradezca.
 Había un rey cerca, muy cercano; [supo] que entonces ya llegaban los hijos de tal caballero, muy adivinoh y muy hombres, ¿no ve que se corre la palabra en una parte y otra?, y tan ricos qui han llegao. Le habían robao una princesa hacía cinco año y no sabía ónde se encontraba. Dijo entonces:

- Este dice qui uno adivina.
Manuelito estaba adivinando, tonce les dijo:
- El rey *ta* pensando, hermanos; *los* va a salir viaje, hermanos.
- ¿Por qué?
- Porque el que tiene esta princesa eh el Largo 'e Brazo, que está en la corriente del mar al otro lao en la Isla de los Marfile; allá está ella y la cuida el Largo 'e Brazo, un tremendo gigante, y tenimo qu' ir a uscarla. —Ya adivinó Manuel—. A las diez va a venir el rey pa acá.
- ¿Pero cómo?
- ¿No ve, pue, papá? A las diez va a llegar a presentarse el rey aquí aonde nosotros.
- Aquí voy a creer acaso es cierto.
- Quando llegó el rey, faltaban dos minutos para las diez.
- Verdá no máh es.
- Güenos días, señor —le dijo al dueño 'e casa.
- Güenos días, rey.
- ¿Aquí los cinco hijos suyo? Mire; ¿cuál es el adivino?
- Yo, yo soy el adivino. ¿Usté eh el que viene a uscar a su hija?
- Sí —le dijo.
- Mire; en la Isla de los Marfile, allá está su hija; la cuida el Largo 'e Brazos.
- ¿Se atreven a ir a uscarla allá?
- ¡Cómo no! ¡Cómo no, pues, mi rey! Allá vamo a uscarla.
- Llegando con ella, entonce alguno di ustede será esposo de ella, el que trabaje más. —Pero tenían que trabajar los cinco hombre onde el gigante Largo 'e Brazo en la Isla de los Marfile, al otro lao del mar, había que navegar un rato—. Necesitarán tripulantes para eso.
- Nosotros los cinco vamos no más. ¡Sí sabemos trabajar!
- Y eran hombres que sabían navegar en un barco. En següa de esto, ¿qui hacen? Se largaron los gallo a la Isla de los Marfile. Un rumbo único llevaban ellos, ¡sí eran capacitaos! Entonce le dice [Manuel]:
- Mire, Pedro; usté me la va a robar, usté me la roba; en tal parte está; y usté, Diego, va a ir a la siguita de él por si acaso llega el Largo 'e Brazo y le planta un balazo al tiro.
- Ya 'stá, y él llegó no máh, entró pa entro el güen ladrón, la pescó, ni supo la chiquilla cómo la pescó, no más que cuando va entrando al bote con ella. En lo mejor qu' iban navegando, cuando viene, le dice [Manuel]:
- Apunte, Diego, porque el Largo 'e Brazos va a venir encima de nosotros. —Venía el Largo 'e Brazos persigüéndoloh a plantarle el

golpe pa que se hundiera el barco—. Mire; plántele un balazo al tiro, apúntele al Largo 'e Brazos.

Li apuntó Diego, l' hizo la puntería y le quebró un brazo al tiro. Y siguieron navegando. Al poco rato Manuelito por ahí se entretuvo, ¡no se le olvía algo! Cuando el Largo 'e Brazos deja caer el otro brazo al barco, lo quebró. De ver que el Largo 'e Brazos lo quebró, entonce viene el compositor, que era José, lo compuso en un rato, lo compuso, lo empalmó, lo dejó tal como si jamáh en la vía ese barco se había quebrao, güeno y güeno. Siguieron adelante. En ese momento la princesa se desmayó y murió. Tonce cuando murió la princesa, viene el que resucitaba los muertos, Juanito, la resucitó. Siguieron navegando. Ya venía otra vez el Largo 'e Brazos, vino el güen cazaor y mató al Largo 'e Brazo. Y en seguía llegaron al palacio con su verdaera princesa. Güeno, haber llegao ahí onde el rey, jue una salvación pa ella muy tremenda. Los cinco varone habían llegao con la princesa, cinco años que la habían robao, tonce dice [el rey]:

—¡Qué bonito! ¡Ha llegao mi hija!

Entonce le cuenta ella el pasaje, lo que le había pasao por el camino.

Güeno, ai querían los cinco casarse con ella. ¿Cómo? Decía el adivino:

—¡Es mía! ¡Es mía! Yo sabía ónde estaba.

Y el otro decía:

—¿Y mi barco? —decía José, el compositor.

—Si no es por mí que maté el Largo 'e Brazos, no habíamos llegao aquí —decía Diego, el güen cazaor.

—Si no es por mí, no la habían robao. ¿Di aónde la habían sacao ustees la mujer?

—¡Y yo que la resucité! —ya estaban los cinco.

—Cada uno di ustees —dijo entonce el rey— van a tirar una flecha para que ustees se den cuenta, cinco hombres casarse con una mujer no puen.

¡Ya 'stál! Vino entonce Pedro, la tiró cincuenta metros. Llegó Diego, la tiró cuadra y media. Llegó José dando un pasito, poquito, como veinte varas. Llegó entonce este Juanito qui había resucitao la muerta, la tiró otro pasito.

—¡A ver la mía! —dijo [Manuel]— ¡Esta es la mía! —La ganó Manuel—. ¡Es mía mi señora!

Se las ganó en dos cuadras, jue de Manuel.

—Yo tengo cinco hijas, cada una —dijo el rey— se va a casar con uno de ustedes.

¡Ya 'stá! Los matrimonió el mismo rey, bautizó y les dio las cinco bendicione a los cinco verdaeroh hombre. Y el rey jue Manuel de elloh y toos jueron unos verdaeros felices cristiano en la vía.

Y se terminó el cuento de los cinco hermano.

EL PESCADITO SAN MARTIN

Era una señora que tenía un hijo, era inocente, muy flojito, poco le gustaba trabajar. Así de que ella pasaba su tiempo con pescaíto, con custiones de mar. Así qui un día salió a un chorríto di agua poca, andaba un pescaíto pa allá, pa acá, y él que ya lo pescaba. Lo pescó.

—No —le dijo el pescaíto—, no me coma.

—Te como no más porque tengo hambre. ¿Qué he de comer?

—Lárgame, yo te voy a dar comía para siempre —le dijo.

—¿Y qué me vah a dar?

—¡Bah! Cuando máh hambre tengás, decís: “Pescaíto San Martín, póneseme mejor pasteles que come el rey”, y algo se te pone.

Güeno, se jue pa la casa, llegó allá sin na.

—¡Ay, hijito! —le dijo la madre—. ¿Qué vamo a comer ahora?

—Más ratito comeremo —le dijo él—, en otro momento.

Entonce ya vino:

—Pescaíto San Martín, póneseme un tortillón tamaño —le dijo— y un queso, azúcar harta y yerba pa tomar mate con mi madre.

Se puso. Ya siguió comiendo. Ya esto toos los días pasaba así. Ya un día no había leña.

—¿Qué vamo a hacer de leña, hijo? —Era flojo de manera—. ¿Qué vamo a hacer de leña?

—Iremo a buscar, pues, madre.

Jue, agarró un hacha y se jue a poner a cortar árbole a un monte. Corta y corta, l' hizo las sarta. Güeyes na, güeyes no se merecían. Ya las cortó, hizo su rastrá, una varilla larga pa arriar los güeyes, puso toas sus rama en fila y comenzó:

—¡Ah, güey! ¡Ah, güey!

Y menea la varilla. Y tenía que pasar frente del palacio del rey. Taba la princesá arriba en los balcone, y va él, las ramas caminando solas, caminando, caminando, porque San Martín tenía qui hacela

tirar toa esa leña. Se queó riendo [la princesa]. Se queó mirando pa arriba:

—¿Y qué te reís vos? ¿Por qué te estás riendo? Pescaíto San Martín, hácemela gorda.

¡Ya 'stá! Y se jue con su rastrá de leña. Ya llegó:

—Aquí tiene leña, madre —le dijo—, pa un tiempo.

—Güeno, hijito.

Esto jue qui a los nueve meses se desembarcó la guagua. El padre no era conocio, si esta niña no salía pa ninguna parte. Buscaban príncipes por los palacios de los reyes, nada, nada, y este niñito ya 'stá grandecito, chicos, pobres, de too. El padre no se conocía.

—No queda más —le dijo entonce uno de los Grandes de la Corte—, nada más que el inocente de la viejita pordiosera.

—¡Qué va a ser ése! —dijo el rey—. ¿Cómo va a ser así?

Pero en fin van a buscalo. Llegó él acomodándose y sale el niño corriendo:

—¡Mi papá! ¡Mi papá! ¡Ay, mi papá!

—¡Por Dios —dijo entonce el rey— que vaya a ser éste! ¿Qué vamo a hacer? Llénelo pa allá pal baño, jabonalo, raspalo.

Total qu' iba el arreglo bien. Ya lu arreglaron, ya hicieron el casamiento.

—Le vamo a hacer —dijo entonce ahora uno de los novios de los que ya se casaron, de la hija mayor— aparte su celebración, no con ellos, pero bien atendío. Y la niña lo más contenta con él. Ya entonce a hacele su pieza atracá a una pesebrera pa que vivieran. Ya li arreglaron su pieza, ahí quedaron. Y él toos los días pidía los mejores manjares pa comer con su señora y su niñito. Le decía la señora en la noche:

—¿Por qué no viene a acostarse?

—Acuéstese usté y su niñito no más —le decía—; yo durmiré aquí a l' orillita 'el juego.

El rey tenía que peliar una guerra todos los años.

—Ya mañana —dijo entonce el rey— vamo a ir a bajar la maná para que vamo a la guerra, que ya se los va acercando.

—Güeno, señor.

—Güeno, señor —l' otro yerno bien atento.

Entonce dijo ella, la niña menor:

—¿Y mi marío no lo llevan?

—¿Pa qué llevar tu tonto? ¿Aónde vah a ir con tu tonto? ¿Qué va a hacer?

—No —le dijo el rey—, también puede ir.

Bajaron toa la maná, ensillaron los mejores. ¡No quea un burro nada más! Los caballos toos se ocuparon con los Grandes de la Corte y gente que tenía. Y él mandó a hacer un decálitro di harina tostá.

En la mañana vino entonce, cuando le ensillaron el burro a él, vino, y agarró su mantita y:

—Écheme la harina aquí.

Ai se la echó la señora en una haldaíta su harina.

Ya salieron loh otros con el rey hecho una pascua, y él di ailante, a ailante lo echaron a él. Y hay un barro y se pegó el burro en el barro.

—¡Ah, burro! —le decía y le pegaba con su ponchaíta di harina.

—¡Miren —dijeron ellos— ónde está este tonto aquí! Echémole el caballo encima y lo acabamo. ¡Tontera! ¡Mire que lesera!

—No —les dijo el rey—, déjenlo, a la vuelta lo sacamo. No li hagan na.

Ya lo dejaron ai. Entonce él si abajó de su burro y le pidió:

—Pescaíto San Martín, que se me ponga un caballo que güele, y un' espá que rebane los viento, y una güena terná y un caballero que ni me conozcan.

Se le puso un tremendo caballo pa ir a matar a los rusos. Ya subió di a caballo y partió, ¡mi alma! Taban loh otros peliando ya, cuando llega él y mete y leh hace la corría con l' espá, tanto mataba el caballo como mataba él. Y si arranca a subirse en su burro otra vez, pu. Ai taba el burro vuelto atráh y pegao.

—Aquí está este tonto otra veh. ¿Hagámolo tira? ¿Por qué no lo hacimo peazo que si acabe este tonto?

—No —les dijo el rey—, saquémo con paciencia.

Ya levantaron el burro y lo sacaron. Y salieron, ellos van hecho una pascua:

—¡Que viva la guerra ganá por un caballero frastero! ¡Que viva la guerra ganá por un caballero frastero!

—¡Mi marfo! —dijo la niña.

—¡Qué va a ser tu tonto! ¡Mire que es tu marío! Cállate, no hablís.

Ya pasaron loh otros. Les tenían sus festejos güeno. ¡A comer, y a tomar y a regalarse! Y él por allá con su señora arrinconafío. Y ellos conversaban no más que del amigo frastero, desconocío.

Al otro día salieron otra vez. Golvió él a salir con su ponchaíta di harina otra veh ailante. Pegao en el barro lo encontraron.

—¡No ve que está aquí otra veh este tonto! ¿Por qué no lo matamo?

—No, déjelo —dijo entonce el rey—; a la vuelta lo sacaremo. Pasen no más.

Ya pasaron, ai quedó él. Ya le pidió otro caballo mejor al pescaíto San Martín, más bonito, mejor, y una terná que ni el rey la tenía, y un caballero y un' espá que llegaba a rebanar los viento. Y parte. Y cuando sienten que va el destruyendo del caballo onde pisaba aquel animal:

—¡Ai viene el amigo! ¿Qué vamo a hacer?

Ya llegó otra veh él, les dejó unos poquitos.

—Esos les deajo a usted.

Y parte otra vez. No lo alcanzaron nunca ni lo pudieron pescar. ¡Ah! Salieron ellos, peliaron, cortaron su guerra y vinieron otra vez:

—¡Que viva la guerra ganó por un amigo desconocío! ¡Y que viva!

Ai taba él pegao vuelto pa la casa como que ya iba pa la casa.

—¡Aquí está este tonto otra vez! ¡Matémolo mejor! ¡Aquí anda pa estorbo!

—No —le dijo el rey—, déjelo; toos queremos vivir.

Ya lo sacaron con paciencia. Ya se jueron abrazándose, ¿qué sé yo?, de contentoh y:

—¡Que viva la guerra ganó por un amigo desconocío!

—¡Mí marío!

—¡Ya 'stá otra vez! ¡Mire que tu tonto va a ser! ¡Seguramente que él va a ser!

Al otro día volvieron a ir, él en su burro otra vez con su manta con harina. Entonce ai lo hallaron pegao.

—¡Aquí está este tonto del diantre otra vez! ¿Qué lo que está haciendo? ¿Por qué no le echamo el caballo encima y lo mátamos no más?

—No, toos queremos vivir; déjelo ai, a la vuelta lo sacaremos con paciencia.

Ya sacó su manta, dejó su harina por ai, entonce ya llegó, le dijo:

—Pescaíto San Martín, que se me ponga un caballo aquí hasta los quilines [las crines] con oro, y mi chaleco franjiao con oro, y un caballero que no me conozcan y que se me quite la malura de cabeza.

Se jue. Si juerte pisaba el caballo ante, más juerte.

—¡Por ai viene el amigo!

—Ahora lo que vamo a hacer —les dijo el rey—, uno se pone aquí, l' otro acá y le van a tirar, pero a la pierna, no le van a tirar, pa conocelo, al cuerpo.

Ya llega él otra veh y mete al medio onde estaban peliando y se jue con su espá.

—Le deajo tres pa que se diviertan usted —les dijo.

—¡Agárrenlo! —dijo el rey.

—¡No! ¡Sí no mi arranco, señor! ¿Por qué me voy a arrancar?

Ya loh otros quearon los tres no más peliando con los treh hombre.

Entonce ya se vinieron, iban abrazando al amigo desconocío que no hallaban ónde ponelo, ¡Ave María!, de contentos con él, que lo llevaban pa su casa.

—¡Sí voy! —les dijo él—. ¡Sí no me quedo!

Llegaron allá, hallaron el burro en el barro pegao y la manta al laíto. Sacaron el burro y lo llevaron y él con su manta y su poco di harina que le quedaba. Ya llegaron allá:

—¡Que viva la guerra ganá!

Entonce les dijo ella:

—¡Mi marío!

—¡Qué va a ser tu tonto! —le dijeron otra vez.

—Si no es mi marío, no me toma en anca y da tres paseos por delante del palacio de mi papá.

Entonce, lo que ya iba tantiando como ser un cuarto de cuadra, le clava lah espuela al caballo, y el caballo llegaba a volar, y llega y la pesca y se la pone al anca, dio tres paseos por delante de él y la largó.

—¿No es mi marío? ¡Ai tienen! ¡Ai tienen el tontito!

Ya llegó el rey:

—¡Mi yerno!

Se sacaba la corona.

—No, está bien en su poder —le decía.

La reina por lo consiguiente a la hija.

—No.

¡Y el desprestigio qui habían hecho de tenerloh en las pesebrera toavía!

—Ya di ahora, di hoy ailante el que va a mandar aquí va a ser mi yerno y ustedes lo que les mande tienen qui hacelo; van a ser ustedes los mozo y mi yerno va a ser el rey; lo que él diga eso si hace.

Ya quedó ella máh aentro y lah otras máh ajuera y mandás, por la hija menor.

Y si acabó el cuento.

Era una viejita que tenía treh hija y un rey que tenía un ovejero. El ovejero too el tiempo echaba juera su ganao y él pasaba el ganao pal

sitio del viejito. Entonce un día le dijo la hija mayor del viejito:

—Mira, ve; dícele a tu amito rey que, si se casa conmigo, yo li hago una camisa que quepa en una cáscara di avellana.

Le dijo la del medio:

—Mira, ve; dícele a tu amito rey que, si se casa conmigo, yo li hago un terno de ropa que quepa en una cáscara de nuez.

Le dijo la menor:

—Mira, ve; dícele a tu amito rey que si se casa conmigo, yo le tengo treh infante, uno corona di oro, y uno corona de plata y uno adivino.

El ovejero no si animaba decirle al rey. Jue tanto toas las veces que le decían, ya un día le dijo:

—Mire, señor rey, que las niñas de tal viejito me dicen de que, si se casa usted con ellah, una li hace una camisa que quepa en una cáscara di avellana, la otra dice que li hace un terno de ropa que quepa en una cáscara de nuez, la otra dice que le tiene treh infante, uno adivino, otro corona di oro y otro corona de plata.

—Dile —le dijo entonce— al viejito que venga, pero tiene que venir vestío y desnudo, di a pie y di a caballo, con sombrero y en cabeza, por camino y no por camino y las niñas, doncellah y preñá y con antojo.

Ya jue entonce el ovejero, y llegó y le dijo:

—Oiga, taitita; manda decir el señor rey qui usted vaya a una visita a la casa de él; usted tiene que ir vestío y desnúo, di a pie y di a caballo, con zapato y descalzo, con sombrero y en cabeza, por camino y no por camino y con sus treh hijas preñá y doncella y con antojo (la narradora ríe).

—¿Y cómo va a ser eso? —dijo entonce el pobre viejo.

—¡Bah! —le dijo entonce una de las niñas—. ¿Cómo va a ser? Usted se pone un pedazo de camisa, una pierna de pantalón y al otro lao sin na, y a caballo en un palo, y la mitá del sombrero, con un pie con zapato y el otro sin na de zapato.

Y ellas preñá y doncella, hicieron un buen atao de ropa y se pusieron aquí (la narradora indica la barriga).

Ya subió el viejito di a caballo en un palo, por camino y no por camino tenía que ir, pu, en parte s' iba por el camino y en parte por ajuera, y llega remoliendo allá di a caballo, un peazo con ropa y l' otro peazo sin na, y las niñas bien gordas. Cuando llegaron allá, le dijo:

—Güenos días, señor rey, Su Cara Majestá; obedeciendo su llamao.

—¿Sí? —le dijo.

—¡Cómo no!

—Pasen pa acá, siéntense.

Se sentó el viejito, un peazo tapao, l' otro destapaíto, con sombrero y l' otro na, con un zapato. Y las niñah ahí. Ya llamó a la mayor:

—Mira, niña; ¿cierto qui has mandao decir con el ovejero que, si me caso contigo, mi hacíh una camisa que quepa en una cáscara di avellana?

—Sí, señor.

—¿Qué ti antojás voh?

—El antojo que tengo yo es de comer un güeno asao.

—Güeno —le dijo.

Ya se vino, ya llamó a la otra solita:

—¿Es cierto que dijistes tú de que, si yo me casaba contigo, mi hacíah un terno de ropa que cupiera en una cáscara de nuez?

—Sí —le dijo.

—¿Y qué se ti antoja?

—Lo qui a mí se mi antoja, de comer un güeno bisté, un festejeo güeno y nada más.

—Ya.

Ya le trajeron cosas güenas. Llamó a la menor:

—Mira; ¿cierto qui has dicho que, si yo me caso con vos, me vah a tener tres infante, uno corona di oro, y otro corona de plata y uno adivino? —Se quedó callá—. ¿No? Díceme que sí.

—Sí —le dijo— es cierto.

—Bueno, ¿y qué se ti antoja de comer?

—A mí se mi antoja de comer nieve tostá.

Mandó a lah empliá el rey a tostar nieve. Echaban un poco, se les volvía agua; echaban otro poco, se les volvía agua otra veh en lo caldiao.

—¡Mira, ve —le dijo— tu antojo lesa que tenis, niña!

—¡Más lesa puee ser, señor, usté que viene a decir que vengañ preñáh y doncella, y mi padre vestió y desnúo! ¡Esos sí que son antojos lesos y no de comer nieve tostá! Pueo comerla.

—Bueno, contigo me voy a casar.

Ya se hizo casamiento. Entonce este rey casándose con esta niña, lah otras se jueron.

Este rey quedó con su niña. Ya se sintió gorda. Tenía él un fundo lejo, que tenía él que navegar pa poder ir a ver, a pagar esos traba-jaore, esos empleoa y darles semilla pa la siembra y de too. Le dijo a la vieja qui había:

—Oiga; usted va a quedar a cargo de mi señora, me la va a cuidar mucho, usted no me la va a descuidar.

—¡Pero, señor, cómo no la voy a cuidar, siendo que es la señora dueña de casa!

Bueno, ya quedó ahí gorda ella, le toca el tiempo que llegan las guagua. Y entonces había una perra que también taba pa tener perrito. El día que se enfermó ella, le toca a la perra también. Nació un niño, nació un perro, lo trajeron ahí, el niño lo sacaron; nació otro niño, otro perro; nació l' otro niño, otro perro. Vino entonces la vieja, acomodó un cajón, echó los tres niños no lavaos ni ninguna cosa, loh echó al cajón bien clavao y loh echa por un canal. ¡Y nu hay un molino, y hay una compuerta y recoveco! Se jue el cajón boyando, nunca se jue abajo el cajón, así como si hubiera sío vapor navegando, y llega a la compuerta del molino. Se levantó el molinero temprano y se jue a echar l' agua pa moler, encuentra el cajón. “¿No será alguna suerte que el Señor mi ha mandao, alguna virtud?”, dijo, sacó el cajón cuidafo y lo llevó pa la casa. Entonces ya vino, jue, buscó un martillo, levantó los clavos, lo destapó... ¡Tres niños vivitos, vivito!

—¡Ay, mujer! —le dijo—. ¡Levántate! —¡Y aquellos niños preciosísimo y la corona linda!— ¡Levántate, mujer! ¡Mira! ¿No tienes ropa? —Por suerte ella estaba criando un niñito y manijaba siempre, tenía su ropita—. Tráeles ropita a estas criaturas, ven, lávaloh y límpialos.

Ya los limpió, se levantó la señora, les puso ropa, los lavó y tapó sus niños.

Ya los comenzaron a criar estos niños allí y entonces, como habían niños más grandes de ellos, [les decían los molineros] que fueran hermanitos toos. Na, los mandaban a la leña pa hacer pan, iban y recogían la leña los niñitoh, y loh otros se la quitaban.

—¡Guachos de la compuerta del molino! ¡Guachos mugrientos! ¡Guachoh aquí! ¡Guachoh allá! ¡Cochinos!

Ya llegaban ahí con un poquito de leña llorando:

—¡Que mi hermanito me pegó! ¡Que me dice que soy guacho hallao en la compuerta del molino, que aquí, allá!

Loh agarraba el papá y les pegaba a loh otro allí.

—¿Por qué les dicen así? ¿Que no saben que son hermanos? ¿Por qué los tratan mal?

¡Qué! Al otro día los volvían a mandar, igual.

De edá de siete año adivinó el adivino. Ya un día salieron a la leña pa hacer el pan. Recogiendo leña andaban:

—Trae pa acá, guacho, la leña, amontóname aquí.

—¿Y por qué los tratan así?

Entonce le dijo el qui adivinó:

—Mira, ven; es cierto, como *los* dicen que somos guachos, somos guachos, pero no es verdá, tenemos papá, tenemos mamá. La mamá. . . el rey lo que hizo, cuando llegó, que le dijo a la vieja hechicera que la empaeraran y le echaron los perro, empaerá que criara los tres perros la señora criando sus perros como hijos. Le largaban la comía abajo, los perros comían más que ella, así que la señora estaba hética. Entonce mi mamá está empaerá criando tres perros, los perroh están harto grandes. Nosotros somos los hijos de ella y del rey.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y cómo lo vamo a hacer?

Ya juntaron su poquito de leña. Y en seguida loh otros:

—Trae, guacho, pa acá; échala aquí, guacho mugriento de la compuerta del molino; échala aquí.

El otro, el adivino, amontonaba su leñita pal lao y leh icía a loh otros que se corrieran. Entonce ya llegaron allá.

—Papá —le dijo el adivino—, quiero de que me dé medio almú di harina pa hacer un pan a mi gusto.

—Ya; dale; anda a sacar un poco di harina.

Jue, y sacó, y la mojó, y se hizo su pan y lo coció.

—Mañana vamo a ir a ver este rey.

Así que al otro día ya salieron los treh.

—Ustedes van conmigo.

Jueron. ¡No anda el rey cazando! Y van los niñitos con su ataíto de pan.

—Buenos días, niñitos —les dijo él, los saludó.

—Buenos días, señor rey —le dijeron, el adivino sabía que era el padre.

—¿Y para dónde van?

—Vamo a andar por aquí no máh.

—Acompáñenme, hombres —le dijo—, a cazar y a la hora di almuerzo vamo a la casa y almorzamos juntos —le gustaron tanto los niñitoh al rey.

—Bueno, señor rey.

Ya anduvieron, cazó el rey y se jueron. A la hora de doce al almuerzo, cuando viene la vieja y los mira:

—¿No serán loh hijos del rey? —dijo.

Y la niña estaba encerrá, y la vieja tenía una negra y se trataba con el rey.

—Oye, mira —le dijo—; vienen tres niños. No serán loh hijos del rey?

—¡Mamá, cómo van a ser! ¡Onde usted los tiró van a estar vivos! Esos si acabaron.

Ya el niño como travieso, chico, saltando, jugando pa allá se jue. Y tenía un adobe por donde le tiraban la comía a la señora pa entro, adobe corrío, va él, saca el adobe y le tira, los tres, cuatro panes. Los perros los pescaron al tiro, pu. Ya quedó ella con un pan. Ya viene la vieja, como maliciosa que era, y les trae sus platos preparao.

—Miren —les dijo el adivino—; si yo como, ustedes comen; si no, no.

Así jue. Ya llegaron los platos pal señor rey y pa los niño. Se quedó el adivino a bracito cruzao. No comía uno ni comía l' otro.

—Esta comía tiene que estar mala —dijo el rey—, ¿por qué los niños no comen?

—¡No, señor —le dijo la vieja—, es comía limpia!

—No.

Entonce sacaron esos plato y el rey del plato de él les dio a los niños. Les dijo entonce:

—Mañana vamo a ir a misa; vienen tempranito ustedes pa que vamo a misa.

—Güeno —le dijo el adivino, ése era el qui hablaba, loh otros callao.

Al otro día se vinieron bien temprano. Los papá que loh habían criado no se daban cuenta de esto. Di allá se perdieron los niños. Vinieron bien temprano y el rey vino, les compró ropa de la güena y jue a misa con sus tres niños. Los demás reyes los miraban.

—¿Y este rey di aónde sacó estos niños? ¿Tres niños?

Pero no saben que son sus hijo. Entonce:

—Miren —les dijo el adivino—; cuando el rey se hinque, me hincó, se hincan ustedede; el rey se para, ustedes se paran.

Total que too lo qui hacía el rey tenían qui hacerlo ellos. Ya se jue el rey con los tres niño a misa, llegaron allá. S' hincaba el rey, s' hincaban los niño, uno a caa lao y el adivino atracito del cuerpo del rey.

—¿Y este rey estos niños di aónde los sacó? ¡Tan lindos! ¡Tan preciosos!

Ya salió la misa, se vinieron con su rey, llegaron acá. Taba otra vez la comía lista. Igual otra vez. ¿Cómo va a ser? El pan lo tomó el adivino, cada cual su pan.

—Pero ustedes no se lo van a comer, lo vamo a tirar a mi mamá.

Así que cada cual agarró su pan y lo guardó. La comía no comió ninguno.

—¿Y por qué estos niños no comen? La comía tiene que estar mala.

—¡No, señor —le decía la vieja—, la comía bien limpiecita y bien pura! ¿Cómo va a ser? ¡Si no! ¡No, no tiene que ser!

Güeno, entonces ya jugando los niños, usted sabe que los niños juegan, saltando se jugaron onde estaba la madre y largaron los tres pane abajo. Los perros los pelotieron.

—¡Ya, señor! ¿Cómo va a ser esto? ¿Hasta cuándo, señor, va a tener esta señora ahí? ¿Por qué no la saca y la ahorca? Y nosotros la botamos, que se muera mejor, que no esté ahí.

El adivino adivinaba.

—Mira, hombre; mañana van a sacar a mi mamá a la horca, le va a ceder el rey. Los vamos a ir bien temprano.

El papá que los había criado taba sospechoso en eso, porque se perdían los niños y no llegaban no más que en la tarde.

—Voy a catiar —dijo— pa ver pa ónde cortan, qué lo que leh está pasando.

Entonces al otro día en la mañana tomaron el desayuno los niños, y salió el adivino ailante y loh otros di atrás a toa carrera y a sacar la madre de la empaeraúra que la tenían, onde estaba empaera. Ya está la horca puesta y la señora ahí. Llega entonces el adivino y pierde la cabeza, llega el otro y perdió la cabeza también, los tres.

—¡Levanten, hombre! ¿Hasta qui hora —les dijo el rey— van a estar sufriendo di algo con ella?

—Señor rey —le dijo entonces uno—, no podimo hacer cuatro muerte en uno. Hay tres niños y la señora cuatro. ¿Iremo a matar tooh esos? No, no puedo.

—¿Cómo así, hombre?

Para el rey y va a ver:

—¡Miren, niñito! ¿Y por qué se vienen a meter ustede aquí?

—Oiga, papá —le dijo entonces el adivino—; usted mala justicia la qui hace; ésta es mi madre, usted es mi padre. ¿Sabe usted? Cuando usted se casó con mi mamá, ¿qué lo que le dijeron? El ovejero le vino a decir que mi tía la mayor li hacía una camisa que cupiera en una cáscara di avellana.

—Sí —le dijo.

—Mi tía la del medio, de que li hacía un terno de ropa que cupiera en una cáscara de nuez.

—Sí —le dijo.

—Mi mamá, que l' iba a parir treh infante, uno adivino, uno corona di oro, uno corona de plata.

—Sí —le dijo.

—Yo soy l' adivino; y estápeles la cabeza.

Loh otros niñito andaban con su gorrito en la cabeza, na le veían, pu. Le estapó a uno, corona de plata; le estapó al otro, corona di oro.

—Nosotros somos los hijos. Cuando nosotros llegamo, parió la perra, le echaron tres perrito a mi madre y a nosotros noh echaron a un cajón y noh echaron a correr por l' agua que llegaba a la compuerta del molino. Y el papá que los crió en la mañana loh halló, los llevó, la mamá los lavó, los puso ropita y de too, y él los crió, pero él no es el padre, es el rey el padre, usté, y usté está haciendo sufrir mi madre. Esta vieja es la culpable.

¡Oh! La vieja máh apurá, más... ¿qué sé yo?, si hacía cruce.

—¡Ay! ¿No ve? ¿Cómo puee haber sío esto?

—¡No! —le dijo—. Lu hiciste, güena vieja, y la pagas.

Ya vino el rey, llevó la señora, la lavó bien, la vistió, le puso su ropa. Y llamó la vieja. Y jueron a buscar cuatro potros, partieron a la nuera y a la vieja, y las quemaron en una hoguera y los polvitos que quearon loh echaron a volar al viento.

Y si acabó el cuento,
se jue por la tierra aentro,
salió por una matita de poroto
pa que Virginio cuente el otro.

BLANCA DE NIEVE

Este era un caballero, un rey, que se casó. Entonce ya hacía tiempo que estaban casao, taba la señora gorda. Y mataron un cordero y la sangre quedó en la noche al sereno, a l' helá. Cayó harta nieve. Al otro día se levantó la señora y miró:

—¡Ay! —dijo—. ¡Tan lindo! ¡Tan precioso! ¡Quién pudiera tener una guagua así!

Ya le llegó el tiempo que le llegó la guagua y nació una niña, y mirar la sangre con la nieve qui había caío, igual su cara. Entonce

le pusieron Blanca 'e Nieve a la niña. Así de que esta señorita jue creciendo.

El rey tenía qui hacer un viaje lejo. Tendría la niña ya su edá de ocho a nueve año. La señora de él había muerto. La dejó encargá.

Y había otra princesa que se peinaba, y tenía un espejo, y se miraba y le decía:

—Espejito pegao a la paer, ¿habrá otra más bonita que yo?

—¡Ah! Tú eras la más linda qui había en el reinato, pero como Blanca 'e Nieve no.

—¿Qué vamo a hacer —decía la reina— con esto, que sea más bonita otra?

¡Y no supo de que el rey era viudo! Se jue ella noticiándose dónde estaría el rey que tenía una niña que se llamaba Blanca 'e Nieve. Dio, llegó de paseo allí. La recibió el rey muy bien. Y siguió viniendo. Y luego le trató de casamiento ella misma al rey. Ya cedió, se casó. Pero toos los días miraba el espejo y le decía:

—Espejo pegao a la paer, ¿habrá otra más bonita que yo?

—Tú eras la más linda del reinato, pero como Blanca 'e Nieve no.

Y como el rey tenía qui hacer un trabajo lejo que tenía, ir a pagar a los trabajaore, hizo su viaje y le dijo:

—Me la va a cuidar mucho.

—Usté sabe lo que yo la quiero su hija —le dijo.

[El rey se fue].

[La reina] tenía un negro.

—Mira, negro —le dijo—; te voy a pagar un decálitro de plata por que me la vah a matar y me traeh el corazón y los ojos.

—¡Pero, señorita —le dijo él—, no me animaría matar la cheñolita yo!

—No; llévala no más, tonto, onde no te vea nadie.

La niña tenía una perrita. La llevó [el negro] una mañana bien temprano a una montaña, a un cerro, y su perrita no la dejó. Ya llegó a un cerro grande.

—Señorita —le dijo—, ¡qué la vaya a matar yo! ¡Qué vaya a hacer esto!

—Si quiere dejarme con vía —le dijo—, mate mi perrita, y lleva el corazón de la perrita y los ojos.

—Güeno —le dijo—. Pero usté no sale nunca di aquí.

—Yo aquí viviré y no salgo.

—Ya —le dijo—, porque la reina me mata, pu.

Le sacó el corazón y los ojo, y loh envolvió en un papel y se loh echó a la cartera. Y llegó allá.

—¿Cómo te jue, hombre?
—Bien, pues, cheñola. ¿Por qué me iba a ir mal? Me jue bien y aquí traigo los ojo y el corazón.

Los vio.

—Pero parecen no ser.

—¡Pero, señora, qué quiere ver, unos ojos vivos con los muertos!

Pero ella toos los días se peinaba, toos los días le decía [el espejo] que ella era la más linda del reinato, pero como Blanca 'e Nieve no. Ya llegó el rey, le dijo:

—¡Murió tu hija, pul! —le dijo.

—¿Sí?

—Sí. Ya la enterramo.

—¿Qué vamo a hacer? ¡Ya se murió!

Queó por muerta. Entonce la niña queó ahí en la piedra. Ya hacían dos días, con hambre, ¡no se le aparece una osita llenita de leche, tralacaíta! Pasaba por delante de ella, pasaba, la refregaba. “¿Mas esta osita quedrá que le mame?”. Y se tendió, y le mamó, mamó hasta que ya se satifechó. Ya entonce en la noche la comenzó a trompiar y l' echó a una cueva de piedra qui había. Y ella dormía y en la puerta la osita.

Ya estuvo un tiempo, taba grande la niñita. Le dijo [la osita]:

—¡Bah, Blanca 'e Nieve! Ya no te voy a acompañar más.

—¿Por qué, mi osita?

—Porque hasta aquí no más me tiene el permito el Señor; yo soy un ángel del cielo que mi ha mandao el Señor a date el alimento y ahora ya me voy a ir, ya es tiempo.

—¿Y cómo voy a pasarlo yo?

—Mira —le dijo—; te vah a subir arriba di un roble gacho, te vah a subir arriba y mirás pa allá, hay una casa donde habitan siete saltiaore; ahí entonce vah en la mañana, ti hacís la comía, comís de too, hay de too, de lo que quieras comer y les dejah hecho ahí, y entonce te vieneh a alojar aquí. Son siete, los contás; saliendo los siete, te lah echás a la casa.

—Güeno, osita.

Ya le echó los brazo, ella quiso sujetala, se le voló. Ya quedó ella, pero ropa no tiene, está bien pobre. Ya se jue y se subió arriba. Los miró, iban los siete. Se bajó de su roble, se mandó, está la puerta abierta, llegó, sacó lo que ella quiso comer, y sentó su olla, y leh hizo güeno comía, les preparó su comedor, les dejó serviíto. Cuando llegaron en la tarde los saltiaore:

—¡Qué olor tan güeno que se encuentra! ¿Qué lo qui hay? ¡Qué

cosa tan rica, tan bien hechal ¡Cómo! —Jueron; serviíto allí—. ¡Bah!
¡Un ángel del cielo qui ha venío a hacer esto aquí! ¡Cómo esta cosal

Se comenzaron a servir.

Al otro día igual. Contaba los siete saltiaore y se dejaba caer a la casa.

—Mira —le dijo entonce el capitán de los saltiaores—, te vah a quedar voh aquí —a uno— a ver qué resultao que va a haber.

Se quedó uno. Ya ella subió arriba en la mañanita al roble, contaba: “Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, pero no van los siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, pero no van los siete. ¡Ah! ¡Tanta lesera! ¡Irán los sietel ¡Irán los sietel!”. Se bajó y dentró como de costumbre, ¡y hambre que tenía!, buscando por allí qué comer. Ya el brasero por allí lo dejaban prendío ellos y su tetera puesta. Vamos tomando desayuno, cuando se aparece uno de los caballeros:

—No si asuste usté —le dijo él—. ¿Es de esta vía o es de la otra?

—De esta vía, señor.

—¿Y cómo así?

Ya le contó ella que la habían mandao a botar, y la habían dejao viva y ahora una osita li había dao la noticia de que ella ahí podía comer.

—Güeno, usté no va a hacer ninguna cosa ahora; sírvase lo qui hay, busque lo que quiera, pero no hace na.

El hizo toas sus cosas allí. En la tarde, cuando ya llegaron, le dijo el capitán:

—¿Qué ha habío, hombre?

—Hay un ejemplo qui usté no se imagina.

—¿Sí, hombre?

—Yo creía que era cosa de la otra vía, pero dice que es de ésta.

—¿Sí?

—Una niña muy linda, pero muy pobre.

—¿Y no li has pasao ropa?

—No —le dijo—, hasta qui usté llegara.

—¡A pasarle ropa!

Ya le trajeron el jabón ahí, se lavó bien, se puso su güena ropa.

—Güeno, ahora —les dijo— yo voy a ser el padre de esta niña, ustedes van a ser hermanos; si ustedes le dicen una mala palabra, soy yo cuchillo di ustedes. ¡Con mucho respeto!

Toítos:

—¡Mi hermanita!

Y no dejaban que no hiciera nada.

Y la reina toos los días se peinaba y le preguntaba:

—Espejito pegao en la paer, ¿habrá otra más linda que yo?

—Tú eras la más linda del reinato, pero como Blanca 'e Nieve no.

—¿Y aónde puede estar? ¡Cómo! ¡Cuándo la mandé a matar! ¿Cómo puede ser esto?

Ya se comenzó a noticiar dónde había una señora que supiera andar de noche, que volaba, y le pagaba bien pagao. Dio con una.

—Le pago bien pagao por que me busque a tal Fulana.

La vieja, como trajinaba en la noche, dio con ella, con Blanca 'e Nieve. Ya le dio el nombre y too.

—¿Y hai dao con ella?

—Sí, señora.

—¿Cómo lo vamo a hacer?

—Pero onde está, está muy cuidá, casi no hay negocio posible, pero en fin.

Ya acomodaron un canasto con cuantas joyah habían, predeore, aritos, custiones, ¿qué sé yo?, anilloh, ¡anda Dios!, de un too, bonito. Ya llegó la niña arriba a los balcones, la tenían en alto. Viene entonce pasando la vieja con su canasto, mira pa arriba:

—¡Ay, señorita, tan pobre que soy! ¡Ando con este negocio! ¿Por qué no me compra?

—No tengo necesidá —le dijo ella, de too tengo.

—¡Pero tan lindo! Venga a ver.

Se bajó, estuvo viéndole.

—¡Soy tan pobre!

—No, no tengo necesidá de eso. Mire mis manos cómo tengo, mire mi cuello, too.

—¡Linda! ¡Ay, señorita!

Vino entonce ella; le echó un tanto de plata, le dio ropa pa que se tapara, su cubriera y se juera. Se jue. Llegó allá. Y el espejo toos los días le contestaba igual.

—¿Habrá otra más linda, espejito pegao en la paer, habrá otra más linda que yo?

—Tú eras la más linda, pero como Blanca 'e Nieve no.

—¡Güena cosa!

Ya llamó a la vieja que juera y la matara. Ya jue la vieja otra vez.

—¡Pero, señora, casi no hay cómo hacele negocio, porque está en una casa acomodá, tan bonita! ¿Qué le voy a llevar yo?

—¡Pero vaya! ¡Cómo no ha de poder!

Ya jue con su canasto otra vez la vieja y con tanta plata ¡qué se le iba a acabar tan luego! Ya llegó:

—Señorita, güenos días.

—Güenos días. ¿Qui anda haciendo?

—Con mi negocio.

—¿Pero ya se le terminó lo que le di?

—Pero usted sabe que cuando hay faltas hay que compralas. Venga. ¡Mire este diamante! ¡Mire estoh aritos! ¡Mire este prendedor!

—No —le dijo ella—, si yo tengo de más.

—¡Mire este anillo!

Y se lo pone de fuerza en el deo del corazón, queó dormía. La llevó pa la cama, y la acostó y la tapó bien tapá. Y ella llevó lo que pudo. ¡Qué no iba a sacar! Se jue.

Güeno, ya llegaron en la tarde los saltiaore, miraron la cama:

—Ta durmiendo mi hermanita.

—Anden despacito —les dijo entonce el capitán—, no pisen juerte, ¡y la van a dispartar!

Ya sacaban las monturas, las llevaban al pasito que apenas pisaban de manera en silencio, entonce alguno le ponía l' oreja a ver si resollaba. Ya tanta pasá por allá, vino, la tapó.

—¡Oiga! —le dijo—. ¡Está muerta mi hermanita!

—¡Calla tu boca! ¿Cómo va a estar muerta? ¡Sí está enferma! ¿Cómo se va a morir?

—¡Sí está muerta!

Ya la jueron a verla, se puso la llantera y, ¿qué sé yo?, en vez de comer no comían, llorando allí. ¡Ya 'stá! A hacerle una caja de plata por aentro y de oro por ajuera, ¡muy linda una caja con chapal! En vez de irla a enterrar, la jueron a botar a un fundo que tenía un rey, un príncipo solterón. Ai la dejaron debajo de un roble.

Entonce ese caballero iba casi toos los días, casi día por medio, a darle güelta al fundo, que ya dentró a las puertas del potrero, ya le vino un reslumbre, se quedó mirando y vio:

—Mira, hombre —le dijo—; vos te vas por aquí y yo me voy aquí y los juntamo en tal parte para andar más luego el fundo.

Y se jue derecho. Ai taba la caja con llave. Ya la agarró, la paró, la puso onde podía ponela en el cogote del caballo, y se manda pa la casa. Llegó a la casa, abrió su puerta y la trancó, y le pone a la caja y la abrió. El crefa que era plata la caja tan linda. Y se queda mirando:

—¡Ah! —le dijo—. ¡Vivita debías estar! ¡Mi señora jueras! Pero no, no estás viva, estás muerta, pero te voy a sacar toas las joya y ai te voy a botar onde estás.

Jue y le comenzó a sacar diamante, ¿qué sé yo?, ¡y no le va a sacar

el anillo! ¡Y se sienta al tiro la niña, hijito 'e mi alma, a partir, a arrancar al tiro, pu!

—¡No —le dijo—, no si arranque, no si arranque! ¡Sí está aquí!

Güeno, ya se comenzó ella a calmar del susto y mirar, desconoció la casa. ¡Cómo no iba a desconocer! Ya entonces:

—¿Qué es lo que pasa?

—Yo, señorita, la he encontrado en mi potrero, en mi fundo.

—¿Y cómo?

—Aonde la iban a botar ahí. ¿Usté de ónde es?

—Yo soy hija de tal rey y me llamo Blanca 'e Nieve. Mi mamá murió, y mi papá se casó con otra reina, y esa reina me mandó a matar, y me dejaron viva, mataron mi perra, y me dejó el negrito, y ahora estaba en casa de siete saltiaores, taba muy bien, y se me parece una vieja vendiéndome joya, y seguramente que la vieja me pondría algo, me quedé dormía, no sé.

—Güeno, así que su padre está aquí, yo lo conozco y vamo a ir en el momento allá.

Al tiro se subieron en su coche, partieron y llegaron allá. ¡Cuán infame la reina!

—¡Oy —dijo— ónde viene Blanca 'e Nieve! ¡Cortao mi cuello va a ser! ¿Ahora qué voy a hacer?

Ya se dentra pa entro. Ya vino el rey:

—¡Oh, mi hijal —dijo—. ¿Cómo? ¿Tanto tiempo muerta y viene llegando ahora?

—Nunca muerta, padre. Esto ya 'stá pasao y tal negrito mi ha dejao con vía con el favor de Dios.

—¿Y ónde estaba?

—Estuve mamando como tres año o más leche de una osita, y ya como me vío grande ella se jue y me dejó que juera a un roble, qui había siete saltiaore, y los contaba y ai iba yo a comer lo qui había pa alimentame.

En tal parte habían siete saltiaore, sabían los reye onde estaban.

—¡A buscar los siete saltiaore!

Los trajeron, ya llegaron allá. Le dijeron que sí, pu, que ésa había llegao sola a la casa y ellos ai la tenían y, como si había muerto, la habían fo a enterrar al potrero del caballero, al fundo.

—Ahora —le dijo el príncipo que la había encontrado— es mi señora; usté me la va a dar.

—¡Cómo no! Siendo que es suya, qui usté la ha hallao, se casa.

Ya se hizo un casamiento de manera de bonito. ¡Cómo no iba a ser aquella fiesta de linda!

—Y la reina —le dijo entonces el rey— será preciso por la mentira qui ha hecho tan grande de matala.

—No, papá —le dijo—; así como yo quedé con vía, que quede con vía ella también, y pagale bien al negrito, pero déjela, ella quiere gozar su hermosura.

Pero no puede más. ¿Cómo iba a ser más que Blanca 'e Nieve? ¡Nunca, pul

Y se terminó el cuento,
se jue por la tierra aentro.

Parral, Linares, 20-iv-1962. Grabación en cinta magnética.

AMELIA QUIROZ.

263

JUANITA

Est' era una niña que tuvo una guagua; era empleá ella. La madrina se la pidió, le dijo:

—Démela a mí. ¿Qué va a hacer usté con esta niñita, y usté empleá? Yo la crío.

Se la dio, pu, a la Virgen del Carmen. Se la llevó.

Esta niñita empezó a crecer, a crecer, pa que le cuidara arriba los niños, loh angelitos qui habían; ella era la niñera. Ya 'staba la niña grande, le dijo un día la Virgen del Carmen:

—Juanita, yo voy a salir, me voy a demorar y vah a quedar aquí en la casa cuidando estos niños que no se van a caer y se vaya a lastimar alguno.

—Güeno, Madre —le dijo.

Y aquí te voy a dejar las llaves. Toah estas piezas lah abre, pero esta puerta no me la vah a abrir.

—Güeno —le dijo.

Ya hacían tres días que estaba ella con sus llaves.

—¿Por qué mi Madre no quedrá qui abra esta puerta? ¿Qué tendrá aquí?

Jue y la abrió un poquito así, miró y vio tan lindo; la abrió otro poquito. ¡No iba a ser bonita la gloria! ¡Tenía que ser! Entonces la cerró, la cerró, pero la llave se manchó. Ya llegó la viejita, ya la saludó allí y le dijo:

—Mira —le dijo—, ¿y esta puerta la abriste?

—No, Madre —le dijo.

309

—¿No, Juanita?

—¡No! ¡Sí no la hai abiertol!

Le negó a pie que no y que no.

—¡Bah! —le dijo—. Te voy a esterrar di aquí lejos, que te murás, que te coman los pájaros, los perros.

No la largó, no dijo que era así. Jue la Virgen, y la llevó y la jue a encaramar arriba di mata de espino, ai la dejó. Entonce cerca había un palacio, había un príncipo qui andaba por allí y la halló una niña, ¡cómo sería de bonita, siendo que si había criaio tan sombría en la gloria!

—¡Ay, señorital! ¿Y qué está haciendo aquí? —le dijo.

—Aquí me dejó mi Madre y aquí estoy.

—¿Por qué no se va conmigo? Yo la llevo.

—Bueno, pue —le dijo.

Ya la bajó, la llevó al palacio. Ya se casó con ella. Y también tenía un fundo lejo, que tenía que ir a ver sus trabajaore. Y la señora estaba ya en tiempo de tener una guaga.

—Mamá, yo voy a ir al fundo —tenía que navegar el caballero pa llegar a su fundo— y me voy a demorar, pero me cuida mi señora como la flor más linda.

—¡Vaya! ¡Usté sabe cómo la aprecio! No vaya con desconfianza.

—Cuando se llegue el día, le busca la mejor matrona qui haiga en el pueblo pa que la mejore.

—Bueno —le dijo.

Ya quedó ahí. Así jue, ya se enfermó, ya jueron a buscar la matrona. Nació un niño hombre muy lindo. Ya se quedaron allí cuidando la matrona y ella. ¡No le da sueño! Vino la Virgen del Carmen y le roba el niño, se perdió, y la deja a ella de manera de sangre, bien ensangrentá. Ya despertó ella, la madre, que es de su niño, atentó pa un lao y pal otro:

—¿Y el niño? —les dijo.

—¿Qué no lo teníh af?

—No.

—¡Sinvergüenza! ¡Chanchal! ¡Perra! ¡Te lo comiste!

Ya llegó el hijo.

—Mira, hijo; tu mujer tuvo su niño, un hombre, muy lindo, pero se lo comió.

—¿Se lo comió, madre? ¿Cómo se lo iba a comer?

—¿Se lo comió, se perdió, no se pudo qué se hizo? Hay que matarla.

—No —le dijo él—. ¿Cómo va a tener corazón de matar mi señora? No.

—Güeno.

Pasa otra vez lo mismo al mismo tiempo que estaba la señora pa esperar otra guagua.

—Mire, mamá; yo voy a salir ahora; cuide de mi señora bien; en vez de buscarle una matrona, búsquele dos matrona y cuídela.

—Güeno.

Así jue, buscó dos matronas la reina y ella cuidándola ahí. De repente le dio sueño otra vez, pu, se queó dormía, perdió la guagua. Ya despertó ella buscando su guagua, como sabía que el primero si había perdfó.

—¿Y el niño, señora? —le dice a la suegra.

—¿No lo tenía ahí?

—¿Cómo no está aquí? ¿Qué se hizo?

—¡Ya te lo comiste! ¡Mira cómo estás! —La sangre por las frazás, por la cama, total que era pura sangre—. ¡Te lo comiste! ¡Esta hay que matala!

Ya ai la dejaron sola, ya matrona y na que cuidarla. Ya llegó otra vez el príncipo.

—¿No vih? Igual lo hizo tu mujer, se comió la cría otra vez.

—Pero, mamá, ¿cómo se la va a comer?

—¡Bah! ¿Y qué se van hacer? ¿Y cómo se salió tando ella?

—Algo puee ser.

—Hay que matala.

—Yo no tengo corazón.

Ya pasó otra veh, otro niño, al mismo tiempo que tenía que ir a ver sus trabajaore a su fundo.

—Mamá —le dijo—, tenga cuidao porque yo tengo que salir pa pagale a estos trabajaore y dale algo de ración. ¿Cómo voy a estar aquí? Cúidemela lo más que pueda a ver qué lo que pasa.

—Güeno.

Se jue. La misma cosa le pasó. Buscó tres matronas con el cuidao más grande. Allí la arreglaron la señora, la atendieron bien, y quedó ella en su cama con su guagua, y a ella una acá y otra allá cuidándola. Habían tres matronah y la suegra eran cuatro. Al venir el día le cargó el sueño. Vino la Virgen del Carmen otra veh y le robó l' otro niño, y en vez di haberla dejao como quedaba antes con poca sangre, mucha más sangre. Ya despertó ella otra veh, echó mano al niño, na.

—¡Señora, por l' amor de Dios! ¿Y el niño?

—¿Ya te lo comiste? ¡Ahora sí tenís que morir!

—¡Pero si yo no! ¿Cómo se le ocurre que me lo voy a comer? Yo me quedé dormía, y no sé lo qui ha pasao. ¿O me lo tienen escondió?

—No, te lo comiste. Ahora te voy a matar.
Ya se opuso el rey. Llegó el príncipo.
—¡Ay, hijo lo que pasa otra vez con tu perra! ¡Se comió la cría!
—Sí, mamá, se volvió a perder.
—Sí.
—¿Pero cómo se la va a comer ella?
—¿No? ¡Sí se la come! Mira —le dijo—; ahora esta mujer no tiene más vía, hay que matala y, si vos ti oponís, también morís, mueren los dos.

Ya si apenó tanto el príncipo allí de manera.
—¡A bajar siete carretás de leña y hacer un castillo!
Los Grandes de la Corte ahí hicieron el castillo pa arriba, llevaron la niña, la sentaron encima y aquí abajo le prendieron juego. Le ponían ramas, le ponían suh hojas secas, ¿qué sé yo?, y le soplaban, na, humo no más, llama na, humiaba. Y el rey:

—¿Qué hubo? ¿No han prendío el castillo? ¿Qué lo que pasa?
—¡Si no quiere prender, pues, señor rey! ¿Y por qué no le soplan?
Le soplaron otra veh haciéndolo prender. Entonce si aparece una señora, dos niño andando y uno en brazo, y entonce dice, la mira la Juanita:

—¡Mi Madre!
—¡Ah! ¿Soy tu Madre? ¿Abriste la puerta vedá que te dejé? —Se queó callá—. Te voy a priuntar tres vece y si no te deajo que te quem viva. ¿La abriste la puerta?

—Sí, Madre —le dijo.
—¿Y por qué me negaste?
—Porque decía que s' iba a enojar usté conmigo.
—¡Ah! ¿No vis too lo qui has tenío que sufrir y por too lo qui has pasao? ¡Bájate di ail

—¡Si no puedo bajarme!
—¡Bájate no más!
Y le puso las manos, cayó en las manos de ella del cópete arriba que estaba el cogollo. Ya se bajó.

—Güeno, ahora vamos pa la casa.
El rey se quedó suspenso.

—Estos son tus hijos. ¿Los conocí? Este eh el mayor, se llama Pedro; y éste eh el menor, se llama Juan, y est' otro se llama Diego, bautizaos por la mano mía. Güeno, vamos pa tu casa.

Ya se jueron pa la casa. El príncipo taba amargao. ¿Cómo estaría llorando por su señora? ¡Y cuando la ve! Lo saludó la Virgen del Carmen, contestó él.

—¿Conocí estos niños? —le dijo.

—No, señora.

—Estos son tus hijos, y tu madre y tu padre creían que se loh estaba comiendo. No, era castigo que le estaba dando. Yo la crié a ella, se llama Juana, yo la crié, y estos niños se loh estaba llevando yo por ver la mentira que me negaba tanto. Y ahora se van a juntar ustedes, se van, pero no en esta casa, aquí no se van a quedar, se van a otra parte, a otro domicilio y ligerito, en este momento, yo misma voy a pasarloh a dejar.

Así que se paró el príncipo, agarró uno de sus niño y ella otro, y salieron pegando, y la Virgen del Carmen con l'otro y los jue a dejar luego como un cuarto de cuadra de la casa.

—Mire pa atrás la casa de su suegra.

Miró.

—Ta quemándose.

—¿Ve? —le dijo—. Esa madre, ese padre se condenaron por lo que estaban levantando, se condenaron; ustedes se salvaron. Ahora cuando sea tiempo, yo los vengo a buscar.

Y si acabó el cuento,
se jue por una matita de poroto,
salió por un zapatito roto.

Parral, Linares, 20-iv-1962. Grabación en cinta magnética.

AMELIA QUIROZ.

Este era un hombre que quiso trabajar, tener plata. Entonce dijo: "¿Aónde voy a ir que gane plata y sea yo un capitalista? Voy a venderle el alma al diablo". Jue y se la vendió, y aprovecharon la plata bien en un término que es largo, que durara. Después se vio tan arrepentío di haberle vendió el alma al diablo. "¿Por qué no trabajé no máh?".

Y se emplea con él un hombre pobre qui andaba, pero muy comeor, muy güeno pa comer.

—Yo trabajo, señor —le dijo—, por catorce, como por catorce y [ten-go] juerza de catorce.

Ya hacían días que trabajaba con él.

—Toy tan apurao, tan apenao del que yo haiga hecho esto. El diablo me tiene mi céula. ¿Podíah írmela a buscar?

—¡Cómo no! Voy, usted me da siete coderos pa llevar. ¿Usted sabe lo que yo como?

—Sí —le dijo.

—Me da unas tenazas, un cuchillo grande.

—Güeno.

Le pasó unas tenazas grandes, le echó un cuchillo al bolsón. Agarró los cordero al hombro, andaba su poco, hacía su asao y se lo comía, y seguía pegando. Ya era tarde un día, va a llegar a una casa sola, taba la casa sola, no hay nadie, señas de juego por allí onde alojaba la gente. "Aquí voy a alojar". Jue a buscar leña, trajo una carretá, ¡sí [tenía] juerza de catorcel, harta leña, hizo un güen juego. Había unoh animalitoh echaos por allí, vino, agarró una res, la mató, y hizo un güen asao y se puso a comer. Cuando en la tarde siente:

—¡Caigo! ¡Caigo!

—¡Qué te lo llevás tanto: "Caigo y caigo"! ¡Cae, po!

Cayó una pierna.

—¡Caigo! —otra vez—. ¡Caigo!

—¡Cae! ¡No te digo!

Cayó l' otra pierna.

—¡Caigo! ¡Caigo!

Cayó una mano.

—¡Caigo!

—¡Cae too, pos, pedazo de esto! ¡Cae too! ¿Por qué no caíste? Te lo llevás caendo dí a poco.

—¡Y déle güelta a su asao! No lo miraba. Cayó too el bulto y se sienta un hombre.

—¿Too eso era lo que caías? —Ya sacó una rebaná—. Toma, come, tenís qui ayudame a comer.

—¡Sí no como!

—¡Es que tenís que comer no más! No venís que "no como".

—¡Sí no como!

—No, sí comís. ¡No habías de comer!

Quiso que no quiso el bulto aquel tomó su peacito 'e carne, haciéndose que comía algo.

—Bueno —le dijo—, le encuentro a usted que tiene valor.

—Sí —le dijo—, sí tengo. ¿Y qué es lo que te pasa?

—Ha de ver, aquí nosotros éramos tantoh y los juimos muriendo a poco; al último ya quedé yo y moría l' último y dejé un fondo de plata enterrao en l' esquina de tal pieza.

—¿Y por qué no lo sacáh?

—Y mientras de que yo no lo dé, yo no me puedo salvar.

—¿Y por qué no lo sacás?

—Porque yo no puedo hacerlo, tengo que dárselo a otro. Si usted sí anima, lo saca, es suyo, y usted es dueño de esta propiedad, queda pa usted porque no hay más heredero.

—Güeno, pero me vah a enseñar aónde está.

—Allí en tal parte hay chuzo, hay pala para que piquish y lo saquís. Anda a buscarlos, pues —le dijo.

—Yo no sé aónde está eso.

Allá tuvo qu' ir el muerto a buscar esa pala, ese chuzo. En l' esquina:

—Aquí too esto es.

—Pica —le dijo.

Ya tuvo que picale, le picaba y el Catorce la botaba pal lao. En seguía le dijo:

—Ya estoy cansao, no soy más capaz —le dijo el muerto.

—Trae pa acá la pala y la picota.

Comenzó ligerito a picar, a picar allí con el chuzo, y botó la tierra y la destapó.

—Levántala de ese lao.

—No soy capaz, pu.

—¡Pero es que la levantás! Tenís qui ayudar a levantar.

Ya tuvo el muerto qui hacer empeño 'e levantala. Y la sacaron.

—Eso es suyo —le dijo—. Toos los días en la mañana viene un cura a levantar, porque aquí han muerto muchos —le dijo el muerto—, a levantarloh y a llevarloh pal cementerio. Mañana va a venir; a ese cura usted le puede dar un tanto.

—Ya —le dijo—. Muchas gracias.

—Y esto es suyo.

—Güeno.

Ya se jue el muerto salvo y él quedó con su plata. Vamoh asando su asao de su res que tenía. En la mañana va el cura con el sacristán, el cura ailante leyendo y hablando: "Misirisnói, paterisnói".

—¡Vení aquí "paterisnói y misirisnói"! ¡Güeno con la lesera! ¡Vení pa acá!

Se queó el cura suspenso del ver:

—¿Y cómo ha librao?

—¡Bah! Como libran toos. ¿Cómo había de librar? Vení pa acá; toma y no vengás más a lesiar aquí.

Le echó lo que pudo llevar de plata el cura en su sotana y al mozo que venía con él, al sacristán, otro tanto de plata que le dio. Y vino, y cerró sus puertas, les puso llave, las dejó con llave, dejó too cerrao, y

se jue, porque too lo qui había en el fundo, animales, cuanto había, too era dueño él, no había nadie máh heredero. Ya se jue pal infierno. Andar, y andar y andar, entonce llega a una parte en qui hay una tupición grande de árbole, encontró una carreta, una yunta de güeyes y un hacha y hombre nada. “¿Y esto qué puede ser?”. Entonce viene él y dijo: “Es para abrir el camino, pa pasar; yo lo voy a abrir”. Agarró l’ hacha, comenzó a cortar ligerito, cargó su carreta y la dejó cargá. Entonce le habló uno:

—¡Ah! Me sacó de penas; taba muy apurao yo, no era capaz de cargar esta carreta en tantos minutos.

—¿Sí? —le dijo—. Ándate entonce salvo.

—¿Y pa ónde va usted?

—Yo voy pal infierno.

—Este eh el camino, y lo tiene tapao, por eso no se puede dar, y hay que dentrar.

Más ailante otro hombre, por igual, lo mismo, solo también, y l’ hacha y too. Y ya como sabía, agarró l’ hacha, ligerito hizo un roce y cargó la carreta.

—¡Yal! —le dijo—. ¡Gracis a Dios toy salvo! Si no la hubiera cargao en tantos minutos también que me lleva el diablo.

Ya siguió. Máh ailante ya llegó a la casa. Taba por ahí too cerrao, las puertas. Llegó él golpiando.

—¡Abranme la puerta! ¡Abranme la puerta!

Entonce sale un diablito, un niño chico:

—¿Qué decía?

—¿Y tu papá, el diablo viejo, ónde está?

—Está enfermo.

—¡Que está enfermo! ¡Y hácete un lao!

Y dentrando pa dentro, lo hizo a un lao; onde lo hizo a un lao así pa allá, cayó el diablito patah arriba, pataliando quedó. Máh ailante igual. Ya comenzaron a arrancar toos los demás diablito.

—¿Y aónde está tu padre, el diablo viejo, que no lo encuentro?

—Ta enfermo —le dicían.

Cuando acierta a mirar por los rincone, ¡no lo va a ver en una viga ensartao!

—¡Ah! —le dijo—. ¡Aquí estabas vos! ¡Vení para acá! ¿Me vah a entregar la ceula de mi patrón o cómo es?

—¿Qué ceula de patrón? Yo no tengo.

—¿Cómo no? De Fulano, y me la vah a entregar.

Y lo pesca de las narices con las tenaza y lo tira. El diantre se sujetaba de toas partes. Lo pesca de las pierna y sale con él a la rastra,

y déle con el machete, con el cuchillón que llevaba, déle machetazo. Ya entonces el diablo le dijo:

—Déjame; yo te daré la ceula de tu patrón. Estapa aquella caja; ahí está.

—Pero me la vah a entregar voh. ¡Y tenís que ir! ¿Y ónde están las llaves? —Las llaves no las podía encontrar tampoco—. No —le dijo—, tienes que traérmelas.

Y le sigue tostando. Ya comenzó a buscarlas. Bota una.

—Esa no es toavía la llave de esa caja.

La tenía escondía. Siguió, sacó l' otra llave.

—Ábrela ahora, yo no la voy a tomar.

Ya la abrió la caja y comenzó busca papeles, busca papeles, que tenía tantas ceula.

—¡Esta es!

—¡Esa es! Ya sabía yo.

La agarró, se la echó a la cartera.

Había un güerto no le diré de naranjos, recargaos loh árboles.

—No se vaya a tomar alguna naranjita de ésas, pues; ya que hizo lo que hizo conmigo, no te vah a tomar alguna naranja.

—Toas me las llevo, si pueo —le dijo.

Vino ai a una parte onde había, y comienza y saca naranja, y saca naranja y echa al saco. Llenó como diez sacos de naranja y se los puso al hombro. ¡Si era Catorce! ¡Juerza tenía de manera!

Anduvo un poco, vino, agarró una naranja y la partió, una paloma que voló. Siguió partiendo, partiendo. Libró muchah alma en las naranja. Esas no se podían comer. Partía una, se volaba; partía una, se volaba; toas s' iban volando. Desocupó los diez saco y los dejó ahí.

Y salió. Llegó a su casa solo otra veh, abrió su puerta, agarró otro animal, lo mató, se lo comió. Y entonces siguió viviendo ahí. Y entonces dijo:

—Ya 'stá güeno; me voy con mi patrón.

Llegó allá. El caballero lo pasaba llorando de ver qui había hecho la ignorancia di haberle dao l' alma al demonio.

—¿Qué voy a esperar yo? ¿De irme a los infierno, a las paila, a quemarme? ¿Por qué no trabajé como estaba trabajando?

Ya llegó [Catorce]:

—Güenos días, patrón.

—Güenos díah, hombre. ¿Llegastes bien?

—Bien, señor.

—¿Y cómo ti ha fo?

—Muy bonito, a mí mi ha fo muy bien. ¡En lo qui hai andao qué

mi ha fo bonito! ¡Bien! ¡Bien!

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y me trae el papelito?

—¡Cómo no! ¡Si a buscarlo jui! ¡Pero eso lo traigo! ¡Y aquí está! Y se lo entregó. ¡El rico más contento!

—Y ahora —le dijo—, esta propiedá suya vale poco. ¡Yo sí que tengo una propiedá linda, y harta hacienda, y de too y casas relindas! ¿Los vamos pa allá, patrón?

—¡Ya, pos! Ya que me sacaste, los vamo.

Ya le dijo a la señora:

—¡Los juimo!

Ya cargaron sus carretitas de too, y se jueron a vivir allá y acá dejaron su propiedá sola.

¿Ve? Lo salvó y lo llevó a güenas casa, y ai tarán viviendo.

Y si acabó el cuento.

Parral, Linares, 21-iv-1962. Grabación en cinta magnética.

AMELIA QUIROZ.

265

CHUIN

Un día llegó Chuín vestío di ángel al mundo a civilizar too el mundo entero. Aquí en el mundo taban solamente los judío y no podía civilizar los salvaje. Un día, aburrío, salió hacia las montaña aonde asistían los grandeh indio.

Me costó mucho tiempo poelo civilizar. Me convidó un dida [el indio] a las montaña.

—¡Tan chico que soi' voh, hombre, tan valiente!

—Sí, pus; valiente tengo que ser hombre del país chileno.

Bueno, salimo a la selva. Alojao tábamoh en aquella montaña temerosa aonde habitaban los lione. En lo mejor a las doce de la noche tábamos cuando se presientan tres lione. El indio sacó su flecha y le tiró un flechazo a uno, lo traspasó. Se viene l'otro onde mí, el lión qui abrió el hocico y yo que me metí aentro. Tenía un puñalito yo de virtud. Maté al lión. Dijo el indio:

—¡Murió mi compañero! —llorando allí, muy triste en aquellah amargura que estaba.

En eso estaba, cuando yo salgo di aentro de la guata del lión.

—¡Bah! —le dijo— ¿Aónde estaba?

—Aentro de la guata del lión.

—¡Caracho! Te considero muy valiente, hombre.

Bueno, salimo di allí. Comimo carne de lión, unos ricos asao.

En lo mejor que estábamos sirviéndolos, catorce bandíos llegaron, compañeros del indio.

—¿De la carda, amigo?

—De la carda, amigo.

—¿Y ese ratón guarén que está ahí sentao?

—No —le dijo el indio—, mi compañero muy valiente ese hombre más que too. Fíjate, puh, hombre. Llegaron tres lioneh aquí, y yo maté uno con mi flecha, y se viene l'otro a comérsele a carrera, abrió el hocico el lión y se le metió aentro de la guata, mató al lión aentro.

—¡Carajo, hombre! —le dijo— ¡Y tan chico! No ice el porte. ¡Qué taría güeno, hombre, di acompañaolo!

—¿Cómo te encontrái, Chuín?

—Como se pide, on Vito. ¡Ya 'stá! Pero eso sí que yo tengo que dormir en sus carteras tuyas del indio mayor, no di ustedede.

—No hay ninguna dificultá para que duermah en las carteras, pero sabemo que llevamo un hombre valiente.

Siguieron andar. Luego llegaron a una ciudá, dijeron los bandío:

—En este palacio va a hacer un salteo, puh, amigo Chuín.

—¿Y cómo poímos subir arriba? —dijo Chuín.

—Poniéndolo ala.

—¿Y quién los va a poner ala?

—Hacer unah alas postiza.

Tonce Chuín, como era un ángel, oyó una voz que le dice:

—Chuín, póneles lah alas postiza a los bandío en loh altos de los castillos. Cuando caigan abajo, que desaprezcan en el mapa.

—Muy bien.

Así lo hizo. Se volvió Chuín un ángel, subió arriba del palacio y los bandíos mirando. Luego les puso alas postiza. A medía qu' iban volando iban caendo en un soterranio. Para abreviar el cuento, los catorce bandíos murieron, meno el indio. Bajé abajo onde mi compañero. Me predunta el indio:

—¿Quién eh usted, señor? ¿Eh un señor usted?

—Pónete mordaza en la boca, en siguía me preduntái.

Se le puso mordaza al indio por hablaor, lo puso múo y sordo y que no oyera.

Siguimo andando en la selva otra veh. En lo mejor que estábamos alojao se presienta una serpiente de la selva superiora:

—¿Qué haciendo Chuín ahí?

—¡Bah! —dije yo—. ¿Qué me conocen a mí?

—Mucho —le dice la serpiente—. ¿Por qué no me dai tu indio mayor que traspasa los corazones con una flecha?

Ahí dijo Chuín:

—No se va poder ni con paletó ni con camisa.

—Entonce tú vai a peliar conmigo.

—¿Por qué?

—Porque tenís que peliar, pus, porque vos nu andai en cosas güenas.

—Peledo con vos, si me dai una princesa.

—¡Cómo no! Si me ganái la pelea, te doy la princesa, no sólo una princesa te doy.

Bien, pelié con la serpiente, la maté, le saqué las siete lengua y lah engolví en lah alas de vitoria de Dioh. Allí tomé un tronco con mi indio mayor, no se lo dejé tocar. Ai queó la serpiente.

A lo mucho qui habíamos caminao, encontramos un palacio en toda la selva aonde asistían muchoh ángel.

—¿Y qui haciendo aquí, Chuín? —le decían todos loh ángel—. Tú no debéh andar aquí, tú debéh estar en la corte celestial, onde el Señor te terminó.

—Ando civilizando too el mundo, ando civilizando las selva, ustees por ser ángel de esta tierra también están moro y yo los voy a bautizar.

—Bautízalos.

Los llevé a la laguna del encanto, agarré mi copa de virtud y los comencé a bautizar, a ponele su nombre. Se presentaban ángel y angelita, se paraban de madrina para que jueran bautizado esoh ángel. Los terminé de bautizar.

Salí andar, llegué a otro palacio. Este reinato muy moro me declaró la guerra de ver un pequeño que era yo. Ahí se formó la guerra. Le acepté la guerra yo. Cuatrocientos mil indio acorazao con las flechas, yo con mi flecha, mi indio. Gané la victoria de ese pueblo. Todos los reinatos, princes, princesas jueron los primeros que murieron. El pueblo se dio por venció, que no peliaban en contra de loh ángel. Se arrodillaron a mí, yo vestío de loh hábito di ángel, yo vestío de loh hábito del Señor, con mi mano bendita movía mi mano y los cristianaba y les comenzaba a hablar las palabras de Cristo cuando él murió. Así terminé de bautizalo y de cristianalo.

Me jui a otra ciudá. En esa ciudada toдох apestao, que se caían los peazo de carne a peazo, se moría moro, salvaje con cola, y comencé con mi mano bendita que se retiraran esas pestes, que los vientos y

las nubes negras se las llevarán. Toos se loh entregué al Señor, ahí toos los recibió. El Señor los destinó a la gloria de loh apestao.

Me jui. Llegué a la ciudá aonde habían puras virgen, no se almitía ni un hombre pecador, puras virgen santa.

—¡Ay, Chuín! —le dicen—. Tú no te vayah a mover más de mi ciudá.

Llegué a la casa santa y sobre la casa santa hice cuenta que llegué a la gloria. ¡Qué alegruras para mí con mi indio guerrero! Ya le puse suh alah encarná con la palabra de Nuestro Señor Jesucristo. Ya jue ángel.

Siguí andando de esa ciudá. No li aguanté quearme onde las virgen. Llegué a la ciudá de loh ángel. Ahí me dicen:

—Chuín, no te vai más, querimoh un hombre valiente en esta ciudá; guerra nos queren meter los grandes judíos, los grandes timorosos del mundo. ¿Por qué no quea aquí?

—Bueno, me voy a quear por un tiempo pa libralo a ustede del peligro que les pasa.

Se queó ahí un año con su indio. Ahí comían loh alimentos celestiale. El indio de la flecha, acostumbrao a comer la carne humana, ahí comía carne de león, carne de tigre, carne de serpiente. Y me dicen un día loh ángel:

—Pero ése no eh ángel de Dios, ése eh ángel de lo pecaor del mundo.

—Sí, no lo niego, pero, como un hombre valiente que jue, me ha acompañaio en bastantes guerras, vitorias qui hai ganao, he estao en los pueblos de esoh apestao y él nunca me ha desamparaio.

Oyó una voz en el adre. Me dice el Señor:

—Entréguemelo. Anda solo mejor; no te vaya a traicionar, porque me parece tá pensando otra idea, de metete guerra a ti, matate a ti; toma esta pastilla en el adre, dásela.

Le dio la pastilla al indio; murió. Se lo llevó el Señor, allá van a ir a la ciudá de loh indio, a la gloria de loh indio.

—Serís rey entre reyes —le dijo el Señor—. Déjame a Chuín solo, que sus ramah y sus flores van muy bien.

Llegó a un campo lindo y hermoso, que no había compasión con los padres, no había compasión con las madres. ¡Cómo serida que hasta a mí me querían comerme! Bornié mih alas, bornié mis manos:

—Mares se han de volver estos campos para toa la eterniá de la vida.

Así jue. Di ai ya dejé los mares. Me dice el Señor:

—Ven, Chuín; ta güeno, hai trabajao mucho.

Me volví una paloma y me jui a la gloria celestial aonde estaba

el Señor con la Santísima Virgen y él ya me dejó en su aposento. Una vez si había una ciudad, una vez si había un pueblo moro, me mandaba el Señor hacelo cristiano y a civilizalo. Amén.

Los Vilos, Coquimbo, 7-iv-1959. Grabación en magnetófono.

JUAN DE LA CRUZ CÁCERES.

266

EL TONTO

Est' era una señora que tenía un hijo bien tontón. Entonce la señora tenía tres chanco engordándolo. ¡Y no había un rey que tenía una niña que el que adivinara qué tenía su cuerpo ése se casaba con ella! Entonce el tonto le dijo un día:

—Mamá, ¿por qué no vamo a vender un chanco? Vamo a vender.

—No están na muy güenos pa la venta tuavía. ¿Cómo vamo a vender?

—¡Sí están güenos ya!

—Güeno, anda a vender uno entonce.

Lo llevó, se jue por el frente del palacio del rey. Había bien harta gente pa adivinar qué tenía en su cuerpo la princesa. Y sale una emplía y le dijo:

—Señorita, ahí va uno con un chanco gordo. ¿Por qué no lo compra pa su casamiento? ¡Cómo sabe si se casa luego!

—Llámalo.

Ya lo llamó:

—Vuelva con el chanco —le dijo; volvió—. ¿Pa vender el chanco?

—Pa vendelo.

—¿Y cuánto pide? —le dijo la señorita.

—A usted no le pediría na, con tal que me dé permiso que yo le vea hasta la rodillita, me levanta el vestío y le vea hasta la rodillita.

—¡Mire qué tonto muriento —dijo ella— que va a querer que me vea mi pierna!

—Señorita, le lavamo las manos bien, lo perfumamo —le dijo la emplía—. ¿Y qué se va a hacer? No se hace na.

—Ya.

Bueno, lo lavaron bien. Jue, le levantó el vestío, le vío hasta la roílla. Le entregó el chanco y se jue.

—¿Vendiste el chanco?

—Sí lo vendí; pero quedó fiao, mañana voy ir a buscar la plata y quiero llevar el otro.

—Güeno, ¿y por qué no te pagaron?

—Hasta que lleve el otro.

Al otro día el tonto se lavó, se peinó y llevó el otro chanco. Ya llegó al frente otra vez, sale la emplía con la misma:

—Señorita, otro chanco trae el hombre. ¿Por qué no se lo compra pa su casamiento?

—Anda y dícele que vuelva.

Ya lo llamó:

—Vuelva con el chanco.

Ya volvió contentazo él otra vez.

—¿Vende el chanco?

—Sí.

—¿Cuánto pide? —le dijo [la princesa].

—Pa usted, señorita, siendo que es pa usted, no le pido na, con tal que me dé permiso de vele hasta el musmito de la rodilla al lao di arriba.

—¡Cochino, muriento, voy a querer que me veas mi piernal!

—Le lavamos bien otra vez bien limpiecito y le perfumamo la mano.

—¡Ya 'stá!

Le levantó el vestío, le vío hasta el láito arriba.

Ya llegó a la casa.

—¿Vendiste el chanco?

—Sí lo vendí, pero tengo que llevar el otro, lo dejé fiao pa mañana.

—¡Ya 'stáh otra vez con la misma! Vah a llevar los treh y plata no se ve.

Bueno, al otro día se levantó el tonto otra vez, le puso cordel a su chanco y salió pegando. Al frente del palacio otra vez, tranquitos más cortos pa que lo vieran. Salió otra vez la niña, la cocinera.

—Otro chanco trae allí el tonto. ¿Por qué no lo compra?

—Vendrá con la misma.

—No importa.

—Dícele que vuelva entonce.

—Con tres chanchos tiene demasiao pa hacer un casamiento rico. Ya volvió.

—Aquí estoy, señorita. ¿Pa qué me quería?

—¿Vendih el chanco?

—Sí lo vendo.

—¿Cuánto pidíh?

—A usted no le pediría na, señorita, con tal que me deje levantarle el vestío que le vea hasta arriba el musmito.

—¡Muriento, cochino, qué voy a dejar que me veas mi muslito!

—Le lavamos muy bien, señorita, y le perfumamo las manos. ¿Qué se le va a pegar?

¡Ya 'stá! A buscar agua otra veh, un lavatorio, y a lavaló bien, ¡y échele perfume! Ya le levantó hasta arriba, ai le vío un lunar bien verde como un loro con pluma. ¡Ya 'stá! ¡Lo que quería no más! Ya se jue.

Este tono en vez de irse pa la casa andaba pu allí por redor. Y la princesa tenía interés en un príncipo muy lindo qui había y va a dejarle caer un papel a los pies al príncipo pa que entonce supiera lo que tenía en su cuerpo. El tonto se pasiaba pa allá, pa acá, también pu allí.

—Oye, tonto; vení. —Ya jue—. Toma la plata de tus chanchos y no andís metío aquí. Te vas.

Le pasó unos cuantos miles de peso, loh agarró y se jue a una compra y venta. Jue a comprar ropa, de too lo mejor, zapatos también, y se vino otra veh al redor allí.

—¡Allá viene el tonto! Este tonto va a decir lo que tengo.

Y allí se pasiaba. Ya ella no hallaba cómo largar el papel pa abajo. Cuando en esto viene [el rey], dice:

—¿Quién adivina las tres palabras? ¿Quién adivina primero qué es lo que guarda su cuerpo?

—Yo —el tonto le dijo—. Tiene un lunar como loro de verde en el muslo.

Cuando vino a largar el papel [la princesa], l' otro lo recibió.

—¿Y ese joven?

—También adivinó ese príncipo —le dijo la niña.

Ya los llevaron a los dos pa las pieza. Entonce en lo qui anduvo él por allá se compró tres polvos con forzativo y tres purgante. Entonce los pusieron en la mesa, vino él, sacó un papelillo, lo abrió, le echó a su plato.

—¿Quiere, compañero?

—Bueno sería.

Le pasó un purgante, le echó a su plato. Otro plato, otro polvo con forzativo pa él y otro purgante al compañero. Ya llevaba doh. Al otro plato, otro polvo al compañero, al príncipo.

—Bueno, los doh han adivinao —dijo el rey—. Esta noche van a tener que dormir los dos con la princesa, uno al rincón y el otro a l' orilla y la princesa al medio. Pal lao qui amanece vuelta la princesa, ése eh el marío.

Bueno, la princesa quería a too costo con el príncipo, no con el

tonto, pu. Entonce se jueron a acostar. Más tarde en la noche ya le comenzaron a crujir las tripas al príncipo, le dijo:

—¡Ay, compañero! ¡Ya no aguanto, no hallo qui hacer como estoy!

—¿Y qué le pasa?

—Tengo ganas di hacer. . .

—Ai ta la bacenica, pues —le dijo.

Ya hizo, se llenó la bacenica.

—Ya estoy con las mismas otra veh.

—En los zapatos, pues —le dijo.

Hizo en los zapatos. Ya más rato otra vez por lo consiguiente.

—En el sombrero —le dijo.

Ya hizo en el sombrero. Ya está amaneciendo. Estos no dormían na, uno en l' afán que tenía, el otro despierto diciéndole en qué lo hiciera. Ya sintieron que vienen los pasos del rey, a abrir la puerta. Entonce taban durmiendo ellos primero, vino él, agarró el sombrero con cuidado y lo puso aquí en medio de los dos, porque uno pa allá y l' otro pa allá estaba. Ya sienten los trancos del rey que vienen. Y pa 'star más juntos jue a pegarse la príncipa al príncipo y güele la nariz en el sombrero y se güelve pal otro lao onde está el tonto, pu. Y abrió la puerta [el rey] y la halló güelta pal otro lao.

—¡Oh! —dijo el rey—. ¡Qué olor malo qui hay aquí!

Y entonce l' otro bajándose y agarrando el sombrero, los zapatito y too:

—¡A ver, señor! Déjeme salir.

Y le pega con el sombrero en loh ojo.

—¡Oh! ¡Qué fuerte el flechazo, hombre! —le dijo.

Queó pasao. Y arrancó el príncipo y el rey queó limpiándose loh ojo (la narradora ríe).

Ya s' hizo el casamiento con el tonto. Y el otro se perdió de vista que no lo juera a matar el rey, pu. El quedó con la niña, se casó, s' hizo el casamiento, jue a buscar su madre, la trajo a su casa del rey y quedó feliz viviendo.

Y si acabó el cuento.

Una princesa que pidió una adivinanza que le llevaran, el que se la llevaba se casaba con ella. La princesa esta adivinanza ijo:

—Juerte, y brillante y tarantantán.

El que li adivinaba esa adivinanza a la princesa se casaba y el que no se la adivinaba le daba una zumba di azote. Dijo un cura: “Yo le voy adivinar la adivinanza a la princesa para casarme con ella: Juerte son mih hábito, brillantes son mih oracione y tarantantán las campana. La tengo en l’ olla, se la voy a adivinar”. Al otro día por la mañana ijo el cura en la plática, en misa, que iba a suprimir la misa, porque iba a ver una palomita del alto cielo. Al otro día se jue el cura onde estaba el rey, le ijo el cura:

—Yo le vengo adivinar la adivinanza a la princesa.

—Si no la adivina, tiene qui apretar juerte.

Pasa por el balcón onde está la princesa, le ijo:

—Juerte son mih hábito, brillantes son mih oracione y tarantantán las campana.

—Eso era, ¿no? Pase pa dentro —le ijo la princesa.

Casi lo pelaron a azote. Después supo un capitán de barco, ijo: “Yo le voy a adivinar la adivinanza a la princesa, tengo que casarme con ella”. “Juerte es mi barco, brillante es mi espá, tarantantán los tambore; ésta es la adivinanza”, ijo. Llegó el capitán de barco.

—¡Ay, hija! —le ijo el rey—; un capitán de barco muy lindo le trae la adivinanza, se va casar con usté.

—Güeno, que pase, pero si nu adivina se le da una fleta.

Pasa el capitán de barco por el balcón y dijo:

—Juerte es mi barco, brillante es mi espá, tarantantán los tambore.

—Nu es la adivinanza ésa.

Otra fleta. En esto sabe un soldaflo, ijo el soldaflo: “Yo voy adivinarle la adivinanza a la princesa; tengo que casarme con ella; si nu es, tengo que matarme arrancando”. Llegó el soldaflo onde estaba el rey.

—Yo le traigo la adivinanza.

—Pasa.

—Brillante es mi ropa, juerte soy yo, tarantantán mih alforja; si nu eh ésa la adivinanza, tengo que matarme corriendo.

Y dispara a too correr, salen atajarlo los carabinero. Esa era la adivinanza. Lu alcanzan los carabinero, lo llevan al palacio. Llegó un sastre tomándole las medía.

—Señor —le icía el soldaflo—, no me tome tanto las medía, hágame el ataú de cualquier laya.

Llegó el peluquero, lu echaba para atráh afeitándolo.

—Señor, hágame una pasaíta no más, de cualquier laya, no me martirice.

Pensaba que lu iba degollar; estaban afeitándolo.

Se casó el soldallo con la princesa. Esa era la adivinanza.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

268

QUIEN TIENE PLATA HACE LO QUE QUIERE

Este era un caballero que se compró una cuadra de suelo, y hizo una casa de cuadra en contorno y en caa esquila le puso: "Quien tiene plata hace lo que quiere". Ya tenía su casa hecha, ¡no sabe el rey! Dijo:

—¿Este caballero tan poderoso, porque tiene plata, hace lo que quiere?

Lo mandó buscar. Ya jue.

—Obedeciendo, aquí vengo, señor rey, Su Cara Majestá. ¿Qué se le ofrece?

—¿Qué usted tiene una casa, es cierto, que tiene una casa de cuadra en contorno y le puso en caa esquina: "Quiene plata hace lo que quiere"?

—¡Cómo no! —le dijo—. La tengo.

—¡Ah! ¿Usted hace lo que quiere con su plata?

—¡Cómo no, señor! Lu hago, porque en mi casa hago lo que quiero.

—¡Ah! —le dijo—. Yo tengo una niña debajo de siete llaves cuidada con siete guardia y tiene qui hagámela dentro de nueve meses con guagua, porque usted hace con su plata lo que quiere.

—¡Cómo no!

Se jue el caballero. Se lo pasaba apenao que cómo lu iba a hacer. ¡Y nu hay una viejita pobre que siempre andaba por acá ya pidiendo una cosita y otra y se junta con él!

—¿Por qué está tan apenao, amito?

—¡Vaya, güena viejita! ¡No voy a estar apenao! Cuando yo hice una casa de cuadra en contorno y en caa esquina le puse: "Quien tiene plata hace lo que quiere", ¡no llega a sentir del rey y me manda a buscar que voy a tener que hacerle gorda la princesa que tiene debajo siete llaves, con guagua dentro de nueve mesel ¿Y qué le voy a hacer? ¿Cómo voy a entrar?

—¡Bah! —le dijo—. ¡Pero usted tiene mucha plata!

—Sí tengo.

327

—¿Tiene oro?

—Sí tengo.

—Mande hacer una carretita, y se manda hacer un pavito de oro con llave por aentro, una chapita que no se vea que se abre, y lo pone en la carretita y yo lo tiro por la calle. Usted se dentra aentro, que quepa usted aentro.

Ya se jue aonde los maestros, mandó hacer las ruedas, la carretita, y se jue onde los joyero a mandar hacer el pavito. L' hicieron un pavito lindo de oro que cabía él sentao aentro. Ya lu echaron el pavito a la carreta, salió la viejita por la calle. Una visita con el pavito, cincuenta peso. Otra visita, otros cincuenta. Otra visita, otros cincuenta. Y pasa por enfrente del palacio del rey. Y sale una empliá:

—¡Señor rey, que va una cosa tan linda, que la señorita nunca lo ve, que lo pasa too el tiempo encerrá! ¿Por qué no lo llamamo? ¡Un pavito muy lindo que lo lleva una viejita!

—Llámalo.

Ya lo llamó.

—¿Cuánto pides por una visita con tu pavito? —le dijo.

—Por tantah hora, una o dos horas, son cincuenta peso.

—¿Y por una noche?

—Trescientos, y yo bien cuidá y bien servía.

—Ya.

Bueno, ya pasaron el pavito pa entro onde la niña. ¡Muy lindo el pavito! Cantaba el pavito bien bonito. Cuando ya más tarde de la noche ya va abriendo la cajita, y va saliendo y va conversando con la niña. Ya cedió too lo que él le dijo, durmió con ella en la noche. Al otro día se levantó tempranito, y se dentró aentro de su pavito y el desayuno que le llevaron a la niña le sirvió al pavito. Al otro día estuvo la niña que lo tuviera too el día otra veh. Otros trescientos peso y ella bien servía. Estuvo tres noches.

—No —le dijo la viejita—, ya no estoy más. ¿Cómo voy a estar tanto? Toy perdiendo trescientos pesos, lo que en un rato mi hago esa plata. ¡Ya 'stá güeno! ¡En tres noches ya 'stá güeno! ¡Cómo no ha conseguido!

—¡No me lleve el pavito tan lindo! Me divierto con él.

Ya salió ella pa ajuera a pescar el pavito, a no dejarlo salir. La viejita lo arrastró no más, lo llevó. Ya se jue otra vez pa la casa del caballero, del Pedro, con su pavito, ganando otra vez sus cortecitos di a cincuenta, di a cincuenta en una parte, cincuenta en otra. Llegó allá ella con harta plata. Y él guardó su pavito, quedó tranquilo. Y le dejó el nombre a la reina que era Quien tenía plata hacía lo que quería.

Bueno, ya se quedó ai. Cuando un día, cumplió [la princesa] los nueve meses, taba el rey echao atrás:

—¡Gua! —sintió—. ¡Gua! —otra vez.

—¡Bah! —dijo el rey—. ¿Qué contiene esto? ¿Qué es lo que pasa? Parece guagua.

Ya se jue onde la niña y llegó:

—¿Qué es lo que tienes, niña? ¿Qué eh eso?

—Esto es lo qui ha venío a dejar Quien tiene plata hace lo que quiere.

—¡Qué raro!

A mandar a buscar a Quien tiene plata hace lo que quiere. Así lo jueron a notificar que juera. No quería venir él, “porque a lo mejor el rey me va a matar, se cumplieron los nueve meses y no ha queao na”. A las tres veces vino:

—Obedeciendo, señor rey; buenos días, Su Cara Majestá.

—Buenos días, don Pedro. Quien tiene plata hace lo que quiere —le dijo—; usté con su plata ha hecho mucho.

—¿Sí? —le dijo.

—Sí, ahí hay una guagua que es suya. Yo mi hija no la he visto salir pa ninguna parte, es suya y usté se va a casar con ella.

—Bien, pu; si es mío, ya.

Buscaron cura, obispo y de too, se casaron, hicieron su casamiento y se jueron pa l' esquina Quien tiene plata hace lo que quiere. Y ahí estarán viviendo.

Y se acabó el cuento.

Había una vez, quería caballero, un rey con una reina apostando cosa. Le decía el rey que loh abogao defendían muchos pleito, o sea tinterillo. La reina le decía que el militar defendía una nación entera, un militar bien puesto, bien bueno, una nación completa.

—No —le decía él—, ¡si el abogao, hombre, defiende mucho el rey!

Ella se lo dijo que el militar era mejor que el mimo tinterillo.

Y había un militar muy curaíto que pasaba tomando en un bodegón. Hacían como cinco días que estaba tomando trago. Medio espirituaio ya el milico, en vez de ponerse la visera grande pa ailante la había dao güelta pa atrás.

El tinterillo, eran las doce y media del día, va con un escrito al ju-
jao sobre un pleito qui había. Vino la reina con el rey, una cajetilla
'e cigarro qui había le vació too el tabaco al rey y la largó. Había
poco viento, cayó a la deriva. El tinterillo viene cerca, pegó la mirá
y vio la cajetilla 'e cigarrillo al tiro.

—Este eh el que fuma el rey —dijo.

Jue, agarró la cajetilla 'e cigarro y la plantó al bolsillo.

—¡A ver! —le dice el rey—. Ven pa acá.

—¡Majestá! —volvió el tinterillo.

—Anda a buscarme una cosa; me vah a traer “ay” y “nu ay”, cin-
cuenta centavo de “ay” y cincuenta centavo de “no ay”. Y mañana a
las doce del día viene, se presenta su encargo.

—Bien, majestá.

No atendió el escrito del jujao. ¿No ve que el rey mandaba? Lle-
gaba a un negocio:

—¿Tiene “ay”?

Lo miraban.

—¿Tiene “no ay”?

—¿Qué está loco?

La gente, claro, debe haberse asustao.

—¿Y este tinterillo qué le pasó?

Lo conocían en el pueblo. Anduvo hasta como la una de la maña-
na buscando “ay” y “no ay”.

—Deja dormir, tonto —le dijeron entonce—, estái malo 'e la cabeza.

Al otro día empezó con la misma cosa. Tanto jue que no encontró.
Dejémolo buscando “ay” y “no ay”.

Iba pasando el milico, hace la misma preba el rey y le larga la
cajetilla 'e cigarro, con la reina arriba, onde estaba en el balcón con
su reina. Cuando le pone la mirá el militar, quedó mirando la caje-
tilla 'e cigarro, vino, se tomó la gorrita y comenzó a soplar. Cae con
el viento, nu había tabaco, taba vacía esa cajetilla 'e cigarro, y le
planta el puntapié el militar y la tiró al medio de la calle. Le dice
la reina:

—Oiga, militar; venga.

Se dio la media güelta y si arrió aonde estaba ella.

—Tome —le dice— usted, mi güen militar; me va a traer cincuenta
centavo di “ay” y cincuenta centavo de “nu ay”. Mañana a las doce
del día, cuando tenga en mi torre, en mi palacio, seis campaná ya,
usted se presenta con el encargo que le mando a buscar.

—Bueno, mi reina.

Se dio la media güelta y se jue al bodegón con un peso.

—Ai traigo pa tomar un güen trago, amigo.

Entonce en esos tiempos valía cinco centavo el litro de licor y con un peso tenía para darse sus traguito. Se puso a tomar el militar con unos amigo tanto que por ahí sobre el capote le echaron cuarenta centavo. Se quedó dormío. No buscó ni una cosa. ¡Qué iba a buscar! Cuando dijo el militar:

—Mañana voy a entregar el encargo.

Bueno, cuando al otro día:

—Oiga —le dice el dueño 'el bodegón—, oiga usted Julano; ¿le va a entregar entonce el encargo a la reina onde no ha ío a uscarlo? Ya son las once y media del día.

Se levantó entonce, tomó un trago de lo que quedaba de los licore; loh otros si habían ido, los socios de él. Limpiándose el rostro con su pañuelito, se jue a entregarle el encargo a la reina.

El otro pobrecito ya el rey li había recibío el peso en la primera campaná y el rey no li agradeció ni una cosa.

Vamo esperando la otra, la del militar. Llegó a las seis campaná, llegó tocando el timbre. Salió un guardia di ahí, le dijo:

—¿Qué buscás, militar?

—El encargo de la reina que lo traigo.

—¡A ver! —dice la reina—. Que lo mande.

—Tiene que venir ella a uscarlo; porque ella me encargó un encargo, tiene ella que recibirlo. ¡Mi reina!

—¿Trajo el encargo?

—Sí, mi reina, sí lo traigo.

Se paró el milico, se cuadró así, le dijo:

—Mi reina, meta la mano al bolsón.

—¡Ay! No hay.

—Sí, pues; cincuenta centavo m' importó, mi reina.

¡Si metió la mano al otro lao, po!

Ahí tenía too el encargo. Cuando mete la mano:

—¡Ay!

—Sí (el narrador ríe). Loh otros cincuenta centavo me queaban no más, mi reina. ¿No ve, rey? Se la gané —le dijo.

—Tome —le dijo— pa que se dé el gusto.

Le dio cien peso al militar y li agradeció el encargo que le llevó. Ai tiene, señor Pino, la mentira que sé yo.

MARGARITA

Este era un rey que tenía un príncipo y este príncipo tenía un güerto, que lo pasaba encantao en su güerto no más con un hortelano. Toos los santos díah el hortelano le sacaba la silla y lo llevaba al güerto allí, el hortelano regando y él mirando su güerto. Entonce un día él taba tranquilo, y viene un viento juerte, y pasa una cuerva por alto y le cae un retrato a los pies de él onde dice que debe de ser casao con una niña honrada y discreta, muy bonita la niña. “¿Dónde la voy a hallar?”, cuando nunca la había visto en toos los palacio onde él había andao. Se enfermó, ya se jue a acostar enfermo mirando su retrato y no hallaba cómo podía haber sío. Ya el hortelano le comenzó a dar cuidao que por qué su amito se había enfermao sin saber por qué, qué lo que le pasaba. Ya jue a hablar con él:

—Oiga —le dice—, amito; ¿qué lo que le pasa? ¿Por qué no sale pal güerto? Ai estoy yo solo, no sé qué hacer.

—Pero si querís, me lleváh ahora pa allá.

—Bueno.

Buscó una silla, una alfombra y la llevó pa que pisara. Y se sentó. Y se jue a sobale la cabeza, a tentar lo y a priuntarle qué era lo que tenía.

—¿Qué le duele? ¿Qué le pasa?

—¿Qué sacarí con decirte a voh, hombre, cuando no vah a remediar na?

—Porque yo siquiera en lo que yo veo no es custión que yo vaya a remediar algo.

—¿Ti acuerdas —le dice entonce— de ese día que estábamoh aquí, yo estaba tranquilo y tú estabas regando, que viene un viento fuerte?

—Sí —le dijo—, sí mi acuerdo.

—Ai venía una cuerva, y le larga un retrato que cayó a mis pies, y yo lo recojo y veo onde dice, aquí está, que debo ser casao con una niña honrada y discreta, pero esta niña no se conoce aquí. Yo mucho hai andao y visto muchas reinas y princesas, pero ninguna igual a ella.

—¿Sabe lo que vamo a hacer? —le dijo el hortelano—. Vamo a ir a misa toos los día. Viene gente de campo, viene del pueblo, viene de muchas parte; puede venir.

—¡Yal!

Al otro día se levantó bien temprano, se peinó, se lavó. Y se jue

ron a la misa, uno a caa lao de la puerta. Dentraba una, la miraban; dentrabá otra, la miraban; salían. Total que estuvieron yendo unos cuantos domingos, nada.

—Oiga —le dijo entonces el hortelano—; no debe de ser di aquí esta niña, es di otra parte. ¿Por qué no le pide un buque a su papá, y lo carga y se va a otra parte? Puede hallala.

—No me decís mal, hombre.

Ya le pidió un buque, lo cargaron y se jueron. Jueron a saltar a tierra muy lejo, a una isla por la mar alta. Ya saltaron a tierra. Se arrendó una esquina y puso su almacén, porque llevaron de toas custiones: tienda, cosas de paquetería. Un día daban a gratis que juea la gente, le regalaban su terno, vestíos pa las señoras mujere y así.

Un día dijo el caballero:

—No debe estar aquí. Voy a andar un poco por tierra y, si no la encuentro, me voy a mi casa otra veh.

Agarró, entonces se fumaba el tabaco de mazo, agarró un tabaco de mazo, se lo echó a la cartera, fósforo, hoja, y partió, en parte a tranco, en parte trotaba a orilla 'e mar. Ya a esto eran como las doce del día, no encontraba casa na, ninguna, andar y andar. Ya se quiso volver. Y hay un ciénego, en que hay totora, de entremedio salía un humito pa arriba. Se quedó mirando él:

—Debe de ser casa lo qui hay allí. Hasta ahí voy a alcanzar y me güelvo.

Así jue. Siguió caminando, llegó. Era una ranchita, una ruquita de palitos parao así con ramitah hecho. Salió un viejito.

—Güenos días, taitita —le dijo él.

—Güenos días, señor.

Y no había en qué sentarse, na, había un palito por allí.

—Señor, amito, somos pobres, tenimo estoh asientitos de palitos no más pa sentarno.

—¡No importa, taitita!

Se sentó y se puso su trabajo, hizo su cigarro y le pasó:

—¿Fuma usted, taitita?

—Sí, también, fumamo.

Y la viejita está pu allí arrinconáita, bien pobrecita que tiraba pa taparse por un lao, se destapaba por el otro, se le vía.

—¿También la señora juma?

—Sí, también juma. Y cuando no tenimo cómo despuntar el vicio, jumando hojitas de maqui, di arbolito, así pa poer despuntar el vicio, porque no tenimo cómo comprar, somos pobre. Pase.

Ya le pasó. En esto, él fijándose en la ruquita, como los palo estaban malos, ¡no va a ver una carita aentro! La miró, sacó el retrato. ¡La mismal

—Jume, taitita, otra veh otro cigarrito. —Vamos dándole otro cigarrito—. Pásele a la mamita. Mire, taitita; yo ando por aquí, ¿no tiene usted una niña, una señorita, pa casarme con ella?

—¡Señor! —le dijo—. ¿Quiere hacer idea de nosotros, una burla? ¡Qué vamo a tener nosotros una hija pa darle a usted! No tenemos na.

—¡No! —le dijo—. Si tiene, no me la niegue. Yo me caso con ella. ¡Palabra de rey no puede faltar! Es que yo me caso con ella.

A la voz de palabra de rey, el viejito, como los reye eran tan afamao antes:

—Sí, señor, tengo una, pero no es pa usted se case con ella.

—¿Por qué?

—Porque somos tan pobres, que poerla tener está de más de manera.

Lo que tenía, que era tan pobre, que la tenían así, como ser en esa mesa, en un cajón con nidos de diuca, con lanitas, con cabellitos tapá; no tenía ni lo que es la camisita, desnudita, pero muy bonito pelo, la madre la lavaba, la peinaba, la limpiaba, pero no había cómo cubrirla.

—Güeno, se la daré, pos; véala.

—Di aquí la veo. Mañana es la espera; mañana vuelvo yo a buscala.

—Güeno, pueh, amito.

Se jue de trotecito el caballero. Como tenía su almacén tanto hecho, escogió las mejores ropas de lo güeno, el calzaio por igual, pal viejito, pa la viejita y pa la niña, de lo lindo, perjumes, ¿qué sé yo? Acomodó un güen atao, y se lo puso y salió pegando.

Llegó allá onde ellos. Vino la viejita, sacó su hija, la lavó, la peinó bien y la vistió. ¡Qué señorita más elegante! Y el viejito y de too.

—Ahora nos vamo —le dijo— pa nuestra casa pa que nos vamo a casar.

—Güeno, poh, amito.

Ya salieron los viejito y su niña.

—Esto queda aquí —dijo el príncipo.

Si no había qué agarrar, ¿qué iba a llevar? Ya se jueron. Queó la ruca.

Llegaron allá. Les pasó una pieza a los viejitos. Servíós di un too allí, ellos no tenían que molestarse di hacer ninguna cosa, too servío, pa eso tenían lah empliás.

Se hizo el casamiento, se buscaron los padrinos, los cura y de too,

y se hizo una celebración bien güena, y se casaron. Ya quedaron casao allí viviendo.

¡Y no hay un caballero, que se llama Pedro, sentao en la plaza, muy sentao un día y el príncipo pu allí también conversando como frastero! Y les dijo el Pedro que él tenía su señora muy bonita, de güenas conversaciones, muy güena su mujer.

—¡Ah! —le dijo el príncipo—. ¡Pero como la mía no! Dificulto qui haiga como la mía.

—Le hago una apuesta. ¿Dice usted que es muy güena su señora?

—¡Cómo no! —le dijo.

—Le hago una apuesta a puertas cerrás de que yo dentro de quince días yo tengo que ver algo con ella.

—¿Sí?

—Sí, hay que conocer las mujeres güenas.

—Ya, a puertas cerráh.

Él tenía su casita y el príncipo tenía su almacén.

Ya vino él, cargó su buque, hizo su viaje a ir a ver su padre.

—¿Pa ónde va a ir? —le dijo entonces Margarita.

—Voy —le dijo— a ir a ver mi padre, porque hace tiempo que no lo veo, y a otro viaje va usted, ahora voy solo.

—Güeno —le dijo.

—Usted quea aquí en su casa y usted hace lo que pueda.

Se jue con sus marino y ella quedó ahí.

Al otro día ya vino el Pedro:

—Güenos días, señora.

Aquí y allá, conversaciones, ¿qué sé yo? Ella no le daba bola. Esto jue, ya le faltaba un día, mañana enteraba los quince, catorce hoy, na podía conversar con ella ninguna cosa, naa, na. “Voy a ir”, dijo entonces, “la voy a pescar a la juerza”. Ya jue, llegaba con largah y cortas. Ya como la señora le tenía tirria, cuando lo ve que viene, cierra la puerta.

—¡No, señoral! ¡Sí vengo a comprarle!

Y luego le va echándole el manotón, y viene ella, agarra la vara, y le comienza a tostar, y le rompe la cabeza, y lo botó ajuera y trancó su puerta.

—¡Güena cosa, que voy a ir a quedar tan pobre! ¿Por qué? Esa culpa la hei tenío yo. ¿Qué voy a hacer?

Se jue a la plaza y se puso con las manos en la cara, llorar y llorar y llorar. ¡No viene una güena viejal!

—¿Por qué llora, mi amito Pedro? ¿Por qué está llorando?

—¿Qué sacaría con decirte a vos, güena vieja, cuando no has de remediar na?

—¿Cómo sabe, amito, si las viejitas que somos podimos remediar algo?

—Si fueras así que puedes remediar algo, cien pesos te regalaría, güena vieja.

—Sí, pu.

—¿Y remediarías?

—Sí puedo.

—Es qui has de saber que ese príncipo qui hay frastero si ha casao y dice que su señora de él es muy güena. Yo le hice una apuesta que dentro de quince días tenía que ver mucho con ella. ¿Y qué? Mi apalió, me rompió la cabeza y ni una palabra con ella.

—¡Vaya! —le dijo—. Esa niña yo la conozco de que nació; yo jui la matrona, cuando nació la niña. ¿Y sabe lo que tiene en su cuerpo? Cuando nació, nació con un lunar colorao en el ombligo, en el lao izquierdo, del porte de un cinco, ahora debe de estar del porte de un dos, porque la niña a medía que va creciendo, iba creciendo el lunar colorao como sangre.

—¿Sí, güena vieja?

—Sí, mi amito Pedro, sí es cierto.

—Entonce cien peso.

Tomó la cartera y le pasó cien peso. Se jue contentazo.

Ya mañana se enterarán los quince día, él mirando pa la mar a ver qué hora viene el buque. Luego lo jue viendo, ya se jue.

—Güenas tardes.

—Güenas tarde, amigo. ¿Cómo le ha ío?

—Bien, ¿y a usté?

—¡Puh! ¡A mí me jue bienazo!

—¿Sí?

—Sí. Mire; usté, que es casao, no sabe qué tiene su señora en su cuerpo.

—¿Qué tiene?

—Tiene un lunar colorado en el ombligo, en el lao izquierdo, del porte de un dos, como una sangre; yo se lo he visto.

Y la señora lo jue a encontrar también, pero él poca bola le daba, poco la dejaba conversar con él. Ya llegó a la casa, ya le sirvió allí que comiera, comía de mal humor, y la miraba, se quedaba observando que cómo podía haber sío esto.

—¿Por qué, Pajarino Amor, me miras tan triste? No me mira como es de costumbre.

- Es que quiero pedirle un favor —le dijo—, Margarita.
- ¿De qué será?
- De que se saque toa su ropa que tiene su cuerpo, y quede en pura camisa y se la levante pa arriba, en calzoncillo y camisa no máh, y se la levante pa arriba y dé dos paseos delante de mí aquí.
- Es corto el pedío, pues, hijo —le dijo ella—; eso no es ninguna cosa.
- Güeno, se sacó su ropa, quedó en camisita, se levantó pa arriba.
- ¡Le vío!
- Eso no más lo que quería, hija; gracia.
- Era cierto, era verdá que tenía el lunar. Ya quedó tranquilo él allí, pensativo y pensando “lo que voy a hacer, que voy a cargar tres vapore y me voy enmediatamente”. Ya cargó sus vapore y le dijo:
- Nos vamo a acostar.
- No —le dijo—. ¿Usté se va a ir otra veh y me va a dejar aquí? Yo no me quedo aquí —pero no le dijo lo que pasaba—, yo no me quedo aquí, yo me voy.
- No, usté no se va, usté se queda, su casa es suya —le dijo él—, y yo no me la puedo llevar.
- Ella lloraba. Ya la jue a acostar, se jueron a acostar los dos, le puso el brazo. Ella se hizo la dormía. Cuando ya sintió que estaba durmiendo, le sacó el brazo con cuidaíto y la dejó.
- ¡Vamos, marino —le dijo—, y vamos remando ligero!
- Entonce ellos se jueron al mar. Y ella se va a la pieza, saca un ovillo de hilo, una aguja, un par de tijera, y se lah echó de carrerita, y se sube al vapor y se deja caer a la última caja de máh abajo. Ai se jue.
- ¡Bah! Agora estamos bien —dijo entonce el príncipo—. ¡Vamos remando, marino!
- Salieron pegando, andar, andar y andar. Ya tanto qui había andao en la noche, aclaró. Como a las doce del día ella ya va tan enferma que no le quedaba na en l' estómago, onde se marió, nunca acostumbrá a andar en el mar.
- ¡Ay, Pajarino Amor! —le dijo—. ¡Que me muerol!
- ¡Ay! —dijo entonce—. ¿No viene la mujer maldita? ¿Qué vamos a hacer? —a los marinos—. ¿La tiramoh al agua? ¿En las mareh alta? Divisaron ahí una isla de pájaros venenosos.
- ¿La tiramos al mar?
- No —le dijo entonce uno de los marinero—, no la tire al mar, ¡un pecao!, a la isla la dejamos.
- Fondiaron el vapor en la isla y la bajaron. Ella de manera sin dor-

mir en la noche y tan enferma como estaba, ya le dieron un poquito di agua, tomó y la tomó en la falda él, se queó dormía Margarita. Se sacó el abrigo, y se hizo cabecera y la dejó durmiendo. Subieron al vapor, vamos remando, remando, salieron pegando Ai quedó ella. Vino a recordar con el sol bajo.

—¡Ay, Señor! ¿Qué voy a hacer aquí? ¿Qué hago?

¡No hay una mata de castilla grande, gruesa! Se comenzó a subir por la mata pa arriba, se subió por la mata arriba. Ai quedó en la noche. ¿Qué iba a dormir esa pobre ai? Loh animales feroce, unos bramaban, otroh alcanzaban por la mitá y se largaban abajo de costalazo. Amaneció Dioh al otro día, no había ningún animal, se escondían too. Se bajó ella, lloraba, se sacó el abrigo que le había quedao del marío, se cortó un par de pantalone, y se hizo un paletó, y se cortó el pelo y se hizo un gorro. “¿Qué voy a hacer?”. Entonce también llega una cabrita llenita de leche pasándose por delante. “Esta cabrita quedrá que yo le mame”, dijo, “pa pasar l’ hambre”. ¿Qué iba a comer, si no tenía y más que no le había quedao na en l’ estómago? “Bebamo”. Esa noche la hizo dormir también así en una casuchita de piedra. Al otro día se levantó, le dio de mamar y le dijo:

—Mira; hoy viene un vapor y te vah a poner voh esta bandera. —Una bandera colorá, una bandera azul, una blanca, tres banderas le dio.— Te subíh arriba de la mata y las poníh. Entonce el vapor fondea aquí y ai te subí, pero tú nunca te acuestíh a dormir de espalda, sinó que too tiempo boca abajo, porque vah a ir con mucho sueño. Yo soy un ángel del cielo, qui hai venío a librate que te coman los pájaro y que no te muerah di hambre.

Se volvió una palomita y se jue al cielo.

Ella se sube arriba de la mata de castilla. Y viene el vapor, el vapor humea. Entonce pone la bandera colorá.

—¡Sangre! —dijo el capitán del vapor—. Fondiemo. ¿Qué es lo que pasa?

Ya jue fondiando, allegándose. Puso la azul.

—¡Un poco mejor!

Ya que iba más cerquita puso la blanca.

—¡Tamos bien! ¡Ya stamos bien!

Ya se acercaba y la ve. Ella se bajó de la mata. Y la ven allí en la isla a l’ orillita.

—¡Mire, joven! ¿De esta vía u de l’ otra?

—De ésta.

Ya tiraron un falucho al agua, la sacaron y la echaron al vapor. El capitán se quedaba mirándola.

—¡Tan bonita! Parece mujer —les decía a loh otro.

—¡Mujer va a ser y va estar ai en esa isla! Este eh hombre y tendrá que ser malo; por eso debían haberlo tirao a la isla pa que se lo comieran los pájaro.

Ya ella boca abajo dormía. ¡Y no les toca de que van a parar a la misma parte onde había parao Pajarino Amor! Ta de novio celebrándose la vida de soltero, celebrando la soltería, pa casarse. Saltaron a tierra ellos.

—¿Vamos —le dijo entonces— a la despedía de soltero?
—¡Qué vamo a ir! —le dijo él, él como hombre estaba—. Desconocíos, ¿qué los van a atender?

—¡Vamo no máh, amigo! ¡Qué! ¡Vamo!
—Vamo.

Ya se jue. Llegaron allá. Ta el novio con su novia. ¡Y tanto baile! ¿Qué sé yo? ¡Lo más bonito! Tonce tarde de la noche le dijo el mismo novio:

—Oiga, amigo; ¿no sabe usté alguna gracia, tocar la guitarra u algo?

—No —le dijo—, yo no, pero traímo un amigo, un compañero aqui que puee saber algo.

—Oiga, amigo; ¿sabe alguna gracia? ¿Sabe tocar?

—También me aplico un poquito, no sé mucho, pero sé.

Así que le pasan la guitarra, ya ella comenzó a afinala ahí y comienza a hacer los trinaíto.

—¡Ve! —dijo—. ¿No parece mi Margarita? ¡Pero qué va a ser! ¡Onde quedó, no!

Ya suelta la voz.

—¡Mi Margarita!

Ya se jue parando y jue allegándose onde ella. Y ella tocando, le pegaba las miráh ella, pero no decía. Entonces ya le dijo:

—Pero, mire, amigo; tengo una pasión, pero donde quedó parece que no.

—¿Cómo así? —le dijo ella.

—Yo, ha de saber usté, que yo me jui a casar con una niña honrada y discreta, pero donde la dejé...

—¡Ah! —le dijo—. “Onde la dejé...” ¿Y ahora se va a casar otra vez? Usté me dejó ai pa que me comieran loh animales, pero, ¡gracias a Dios!, no me comieron.

La cabrita le dijo lo qui había pasao, que volviera con su marío.

—Entonces lo que vamo a hacer, que los vamo, usté su casa es suya y suya la de Pedro, y vea usté lo que le está pasando ahora de que

lo tienen puesto mi papá y mi mamá en conocimiento del juzgado y a usted lo andan buscando. Así de que ya los vamo otra vez.

Se pegó la palma el rey en la frente, ya pidió disculpa ahí. En vez de celebrarse la vida de soltero, se celebró el casamiento. Ya lo conocieron los suegro. Entonce el capitán del vapor en que iban se pega la palma y para las patas.

—Sí yo sé que es mujer, no la saco nunca aquí, pu, pero como era hombre salió ahí.

Así de que al otro día cargaron su buque y se jueron. Llegaron a su casa otra vez, abrieron sus puertas y dentaron. Y los viejito andan onde el jefe que apareciera la señora y apareciera el rey, ¿cómo no sabía qué se había hecho?, de manera di apurao. Ya los viejitos lo vieron allí, ai le dijo:

—¿Y cómo quedaron otra vez qui aquí yo no hallaba qué hacer? Lah empliás tampoco sabían qué se había hecho mi hija. ¿Qué íbamoh a hacer?

Ya se jueron onde el jueh y lo jueron a demandar al tal Pedro. Ya jue él al comparendo, llegó tiritando ahí.

—Señor, yo nunca hei tenío na que ver con esta señora, nada, ni una palabra había atravesao con ella, pero una güena vieja [me dijo] que había sío matrona y que tenía un lunar, y yo no sé si lo tendrá u no.

—Güeno, ¿y cómo lo dijiste vos, siendo que no sabíah?

—Yo dije por si había sío así, por no perder mi fortuna, mi propiedad que tenía y dejar mi familia y too sin na.

—¡No! ¡A buscar la vieja!

Ya llegó la vieja tiritando.

—¡No, señor! ¡Si yo no hai dicho!

—¿Qué no dijiste qui habíai sío matrona, que tenía un lunar colorao en el lao izquierdo, del porte de un cinco y ahora lo tendría como un dos, qui habíai sío matrona cuando había llegao esa guagua?

—¡No!

—¿No? ¡Sí lo dijiste! ¡Ya 'stá! ¡A buscar cuatro potrol!

Y los pusieron espáito, echaron a correr al Pedro y la vieja, los partieron medio a medio. Calentaron una hoguera, los quemaron y los polvitos que quearon loh echaron a volar al viento.

Se acabó el cuento.

G L O S A R I O

aceptó, aceptó
 acertó, aceptó
 acuta, accepta
 acuarterona, cuarterona
 adre, aire
 aforra (me aforra un palo), me golpea con un palo
 agüenó (se agüenó), volvió a estar bueno de salud
 alforja, testículo
 aliñao < aniñado, animoso, guapo
 aila, águila
 aljombrado, alfombrado
 alministraor, administrador
 aluno, alumno
 amá (mi amá), mamá
 amistadas, amistades
 anivel, nivel
 añader, añadir
 aparara < parara (no las parara), no se diera cuenta
 arbiloso, ardidoso
 ar tiro, al tiro, en seguida
 argo, algo
 arrajo, rajo
 arría, arriba
 asaone asadones, medio asados
 atrincó, sujetó
 aubrieron, abrieron
 aubriilo, abrirlo
 augao, ahogado
 augaron, ahogaron
 aujerió, agujereó
 ausar, abusar
 ausilee, auxilie
 ayaidún, planta de cuyas varillas se hacen lazos
 balayá < balay, harnero para limpiar cereales
 balera, conjunto de balidos
 biese, hubiese
 bisté, bistec
 bolita, testículo
 boñicha, o, bonita, o
 boque, boqui, voqui, planta trepadora, *Echites chilensis*, voz araucana

botó (se botó a enfermo), se fingió enfermo
 bramera, conjunto de bramidos
 breque < break, carruaje de cuatro ruedas y numerosos asientos distribuidos en variada forma
 caallá, caballada
 cabió, cupo
 cabra, muchacha
 cabriar, cansar, hostigar
 cachiporriarse, jactarse
 cachiporrita, persona jactanciosa
 cargosiá < cargosidad, enfado
 cadave, cadáver
 cahne, carne
 castillo, rimero de leña
 causiado, causeado
 cecuta, cícuta
 ceula, cédula
 ciénego, ciénega
 cirgüelo, ciruelo
 ciudadá, ciudad
 clincito, dim, de clin, crin
 cohita, forma caricaturesca de cosita
 coicioso, codicioso
 concha, metáfora de vulva
 contumelia (sacar la contumelia), sacar la mugre, la mierda
 corgao < colgado (lo dejó corgao, lo dejó sin participar de algo
 cortecito, pequeño trabajo ocasional
 cortó (cortó para), se fue, se dirigió
 coste, conste
 créito, crédito
 cuesa, cosa, de coser
 cunchito < cuncho, conjunto de árboles espinudos, probablemente del araucano cunco
 custión, cuestión
 cuy-cuy, puente, voz araucana
 chaicancito < chaicán, mazamorra de harina tostada con o sin azúcar, voz araucana
 chala, sandalia de cuero crudo, voz de origen quechua

chamoscao, chamuscado
chancacazo, golpe
chanchero, cuidador de chanchos,
puercos
chichero, adj., que vende chicha
chinga, corcovo
chingal, relincho
chinguiao, part. pasado, corcovado
chigiüita, diminutivo de chigua, espe-
cie de cesto
chijetee, chorree
choro, metáfora del órgano sexual fe-
menino
chorrera, chorro
chova, o, sust., persona que habla en
términos obscenos, voz de origen
araucano
chovita, dim. de chova

desaguaíta < desaguadita, meadita
descándala, escándalo
descorvar, romper las corvas colocán-
dolas al revés
desinao, designado
destruendo, estruendo
dida, día
dúa, duda
durmiera, dormidera

encachao, adj., bien presentado
enclufó, incluido
encrefle, increfble
enmarar, enramar
entantiamente, instantáneamente
enterezco, interesó
escuerpiate, me lo eché al cuerpo, for-
mación latina macarrónica y humo-
rística

esparramá, desparramada
esparramó, desparramó
espeiremo, despediremos
espejá, despejada
espresar, despresar
estapa, destapa
estapar, destapar
estapó, destapó
esterrar, desterrar

festejeo, festejo
firigüe, meada, voz de origen araucano
fonduco, fondo

fortativo, reconstituyente
frastero, forastero
fuguía, fugada

gargo, galgo
garguito, galguito
grea, greda
gritón, el que da el grito de partida
en una carrera de caballos a la chi-
lena
gualve, terreno húmedo, voz araucana
guanguán, excremento
guargüero < garguero, cogote
güeco, hueco
güele, huele

haguemos, hagamos
hai, he
haía, había
háigase, hágase
hallajo, hallazgo
haulándole, hablándole
¡Hijuna! < ¡Hijo de una...!, inter-
jección vulgar
hirve, hierve
hirviora, hervidora

ía, iba
icho, dicho
ichona < echona, hoz
inifica, significa
inohente, inocente
insinsato, insensato
intalar, instalar
interezco, interesó
intiligiaban, ingeniaban
iscapulario, escapulario
ise, irse

jabalítico, cabalístico
jodienda, molestia
juimo, fuimos; la expresión "los jui-
mos" no tiene significado de preté-
rito, sino de imperativo en vez de
"vámonos".

jujao, juzgado
jumaor, fumador
jundillo < fundillo, calzón
jundo, fundo
juria, furia
jutre, futre

lacha, adj., enamorada
laina, o, ladina, o
loba, o, adj., arisca, o
locera, artesana que hace objetos de greda
loriándola, observándola
lueo, luego

lleaa, llevaba
lleo, llevo

macal, sitio poblado de maquis
magía, magia
mairastra, madrastra
mataúra, matadura
matecito (estar matecito), virgen
maubliá, astucia
mauliá, astucia
maurita, madurita
mejoral, sust., específico antipirético
mentra, mientras
morongo, montoncito de greda
mostro, monstruo
mujo, adj., musco
muriento, mugriento

nao, nado
núe, nube
ñeque, ¿cernícalo?

ocdieron, obedecieron
ocho (tener la di ocho), ganar, triunfar, como con la baraja de ocho
oído, oído
olvía, olvida
once (las once), té o café entre las cuatro y las cinco de la tarde
oservando, observando
overol, traje de género burdo y delgado que se viste sobre otro para protegerlo, del inglés Overall

paco, policía
pader, pared
paer, pared
palero, trabajador que usa la pala
pauto, pacto
pega, ocupación, trabajo
pero, sust., peral
pertigar, poner el pértigo a la carreta

peumo, una laurácea arbórea con frutos comestibles, Cryptocaria Peumus
pichí (hacer pichí), orinar
pidile, pedirle
pie (dejara de pie), dejara anticipo
piera, piedra
pilcaore < pilcadores, los que hacen pilcas
pile < pirlle < peírlle, pedirle
piluchito < pilucho, desnudo
piñá < piñada < piño, conjunto de animales
pipiolillo, hombre insignificante
pité (me pité), me burlé
planté unas peláh al paraguas, hice bailar el paraguas
ponchaíta < ponchada, cantidad que puede contener un poncho
prao, prado
puchusca, o, adj., hermana, o, menor, voz de origen quechua
puntiando, emborrachando

quedrá, querrá
quéidose, cayéndose
quer, caer

rajuña, rasguña
re, res
refalosa, resbalosa
reis, reyes
réite o reite, derrite
renico, reniego
rigía, regía
rindía, rendía
roce, roza
rocha (no haiga rocha), no haya sorpresa
roquín, provisión de víveres que llevan los que viajan, voz araucana

salilo, salirlo
sandill sandía
sánguche < sandwich, emparedado
satifechó, satisfizo
sojetar, sujetar
solevada, o, adj., sublevada
solevó (se solevó), se sublevó, se enfureció
solimán, sublimado, un afeitado

sonreó, sonrió
suasao, soasado
sufragaba, naufragaba
sufragó, naufragó
tan, están
taría, estaría
tee, estése
tehno, terno
tenía < tenida, traje
tiriento < tirillento < tirilla, hara-
poso
tohnudo, estornudo
tota (a la tota), a la espalda
toy, estoy
tralacaíta, o, adj., atracadita, o, arri-
mada, o
trayen, traen
trasmuro, extramuro
trela, traerla

trer, traer
trerte, traerte
trevo, planta de la familia de las Ram-
náceas. Discaria trinervis, del arau-
cano trevu
tubillito, tobillito
tuve, estuve
velo, verlo
véor < veedor, el que inspecciona una
carrera a la chilena
verdada, verdad
vivaceta, adj., listo, vivo, del apellido
Vivaceta
vivre, vivere
volaero, voladero
yelo, hielo
zainería, falsedad

A N O T A C I O N E S

LISTA DE OBRAS CONSULTADAS QUE NO SE CITAN EN LOS TOMOS ANTERIORES

- AARNE, ANTTI, *Die Tiere auf der Wanderschaft*, FFC Nr. 11, Hamina, 1913.
- AARNE, ANTTI, *Schwänke über schwerhörige Menschen*, FFC Nr. 20, Hamina, 1915.
- ACEVEDO HERNÁNDEZ, ANTONIO, *Pedro Urdemales*. Novela. Santiago de Chile, 1947. [Contiene 15 cuentos picarescos].
- ACEVEDO HERNÁNDEZ, ANTONIO, *Leyendas chilenas*, Santiago, 1952.
- ANDERSON, WALTER, *Kaiser und Abt*, FFC Nr. 42, Helsinki, 1923.
- ANDERSON, WALTER, *Volkserzählungen in Tageszeitungen und Wochenblättern*, en *Humaniora*, pp. 58-68.
- ANDERSON, WALTER, *Volkserzählungen in Tageszeitungen, en Rheinisches Jahrbuch für Volkskunde*, 10. Jahrgang, pp. 163-175.
- ANTHROPOS. *Internationale Zeitschrift für Völker— und Sprachkunde*, Wien, 1906—.
- ARAMBURU, FOLKLORE DE LOS NIÑOS: Julio Aramburu, *Folklore de los niños*. Juegos, rondas, canciones, cuentos, leyendas. Buenos Aires, 1940.
- ARAMBURU, PEDRO URDEMALES: Julio Aramburu, *Las hazañas de Pedro Urdemales*. Cuentos para niños. Buenos Aires, 1949.
- ARGUEDAS: *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*. Selección y notas de José María Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos. Lima, 1947.
- BAISSAC: C. Baissac, *Le folk-lore de l'île Maurice*. Paris, 1888.
- BARANDIARÁN, J. M. de, *Samartiñen kanta. Canto de San Martín*. En *Eusko Yakintza* II, 1949, pp. 355-356 [un relato vasco].
- BASSET, 1001 contes: René Basset, *Mille et un contes, récits et légendes arabes*, 3 vols., Paris, 1924.
- BLADÉ, AGENAIS: Jean-François Bladé, *Contes populaires recueillis en Agenais*, Paris, 1874.
- BODKER, LAURITS, *The Brave Tailor in Danish Tradition*, en Thompson *Festschrift*, pp. 1-23.
- CALILA É DIMA, BAE 51, Madrid, 1860.
- CAMMANN: *Westpreussische Märchen* herausgegeben von Alfred Cammann, Berlin, 1961.
- CANAL FEIJÓO: Bernardo Canal Feijóo, *Los casos de "Juan"*. El ciclo popular de la picardía criolla. Buenos Aires, 1940.
- CANAL FEIJÓO, BERNARDO, *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago*, Buenos Aires, 1937.
- CANO: Rafael Cano, *Del tiempo de ñaupá* (Folklore norteño), Buenos Aires, 1930.
- CANO, ALLPAMISQUI: Rafael Cano, *Allpamisqui* (Folklore del noroeste), Buenos Aires, 1938.
- CARVALHO NETO, PAULO DE, *Folklore del Paraguay*, Quito, 1961.
- CARVALHO NETO, PAULO DE, *Psicoanálisis del folklore chileno*. Separata de la *Revista de Psicología Normal y Patológica*, año VII, nr. 1-3, 1961, pp. 66-129. [Contiene dos cuentos obscenos recogidos por Y. P. S.].
- CARVALHO NETO, PAULO DE, *Folklore y Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1956.
- CARVALHO NETO, PAULO DE, *Folklore y Educación*, Buenos Aires, 1961.
- CARRIZO, Antecedentes hispanomedievales: Juan Alfonso Carrizo, *Antecedentes hispanomedievales de la poe-*

- sia tradicional argentina*, Buenos Aires, 1945.
- CARRIZO, CATAMARCA: Juan Alfonso Carrizo, *Antiguos cantos populares argentinos* (Cancionero de Catamarca), Buenos Aires, 1926.
- CARRIZO, TUCUMÁN: Juan Alfonso Carrizo, *Cancionero popular de Tucumán*, Buenos Aires, 1937. Dos vols.
- CARRIZO, LA RIOJA: Juan Alfonso Carrizo, *Cancionero de La Rioja*, Buenos Aires, 1942. Tres vols.
- COLUCCIO, FÉLIX, *Diccionario Folklórico Argentino*, 2ª Ed., Buenos Aires, 1950.
- * COLUCCIO, FÉLIX, *Folklore de las Américas*, Buenos Aires, 1948.
- CROSS: *Motiv-Index of Early Irish Literature* by Tom Peete Cross, Bloomington, 1952.
- Cuentos de la Región Mixteca, recogidos por la profesora Evangelina Arana O., México, s. d. [Tres cuentos de animales].
- CHERTUDI, JUAN SOLDAO: *Juan Soldao. Cuentos folklóricos de la Argentina*. Buenos Aires, 1962.
- CHILDERS: J. Wesley Childers, *Motiv-Index of the Cuentos of Juan Timoneda*, Bloomington, 1948.
- D'ARONCO: Gianfranco D'Aronco, *Indice delle fiabe toscane*, Firenze, 1953.
- DÁVALOS: Juan Carlos Dávalos, *Los casos del zorro*, Buenos Aires, 1925.
- DRAGHI LUCERO, JUAN, *Cancionero popular cuyano*, Mendoza, 1938.
- EBERHARD, WOLFRAM, *Volksmärchen aus Südost-China*, FFC Nr. 128, Helsinki, 1941.
- EL ATENEO, *Revista Mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes*, Santiago (Chile), 1930.
- EL ESPAÑOL EN CHILE. Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz. Traducción, notas y apéndice de Amado Alonso y Raimundo Lida, Buenos Aires, 1940.
- ESPINOSA, AURELIO M., *More Folk-Tales*, en JAF xxvii, pp. 119-147 [Cuentos de Nuevo México, USA].
- FERRAND: GABRIEL FERRAND, *Contes populaires malgaches*, Paris, 1893.
- GIESE, WILHELM, *Las doce palabras retorneadas*, en *Eusko Yakintza* II, 1949, pp. 353-355. [Tres versiones eslovenas].
- GIESE, WILHELM, *Observaciones a las "Narraciones Folklóricas"*, de F. Arocena Arregui. Tirada aparte de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, xx, 1929, pp. 1-4.
- GODOY, JUAN, *La cifra solitaria*. Novela. Santiago de Chile, 1945. [Un cuento de fórmula].
- GONZÁLEZ CASANOVA: Pablo González Casanova, *Cuentos indígenas*, México, 1946. [Textos en nahuatl y español].
- GONZÁLEZ PALENCIA: Angel González Palencia, *Cuentos populares marroquíes*, en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* II, pp. 331-371 y 515-542.
- GRAF, ADOLF, *Die Grundlagen des Reineke Fuchs*, FFC Nr. 38, Helsinki, 1920.
- GREVERUS, INA-MARIA, *Die Geschenke des kleinen Volkes*, en *Fabula* I, pp. 263-279.
- GUIRAO: Ramón Guirao, *Cuentos y leyendas negros de Cuba*, La Habana, s. d.
- HAAVIO, MARTTI, *Kettenmärchenstudien* I, FFC Nr. 88, Helsinki, 1929.
- HUMANORIA: *Humaniora*, Essays in Literature, Folklore, Bibliography, Honoring Archer Taylor on his seventieth birthday. Locust Valley, New York, 1960.
- Internationaler Kongress der Volkserzählungsforscher in Kiel und Kopenhagen (19.8-29.8, 1959). Vorträge und Referate. Berlin, 1961.
- JECH: Jaromir Jech, *Tschechische Volksmärchen*, Berlin, 1961.

- JIJENA SÁNCHEZ, RAFAEL, *La luna y el sol*, Buenos Aires, 1940.
- JIMÉNEZ BORJA, ARTURO, *Cuentos y leyendas del Perú*, Lima, s. d.
- KHANA: Khana. *Revista Municipal de Arte y Letras*, La Paz.
- KOCH-GRÜNBERG: Theodor Koch-Grünberg, *Indianermärchen aus Südamerika*, Jena, 1921.
- KOESSLER-ILG, BERTHA, *Tradiciones araucanas I*, La Plata, 1962.
- LAMBERTZ: Maximilian Lambertz, *Die geflügelte Schwester und die Dunkeln der Erde*. Albanische Volksmärchen. Eisenach, 1952.
- LARREA PALACÍN: Arcadio Larrea Palacín, *Cuentos Populares de Andalucía*, Cuentos Gaditanos I. Madrid, 1959.
- LAVAL, Pedro Urdemales: Ramón A. Laval, *Cuentos de Pedro Urdemales*, en *Revista de Folklore Chileno* VI (1925), pp. 147-203.
- LAVAL, Folklore de Carahue I: Ramón A. Laval, *Contribución al Folklore de Carahue* (Chile), Madrid, 1916.
- LAVAL, Oraciones: Ramón A. Laval, *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno, comparados con los que se dicen en España*, en *Revista de Folklore Chileno* I (1910), pp. 75-132.
- LAVAL, RAMÓN A., *Del latín en el folklore chileno*, 2ª ed., en *Revista de Folklore Chileno* VI (1927), pp. 207-246.
- LEACH, MACÉDWARD, *Celtic Tales from Cape Breton*, en *Thompson Festschrift*, pp. 40-54.
- LEHMANN-NITSCHKE, MÄRCHEN: Robert Lehmann-Nitsche, *Märchen der argentinischen Indianer*. Aus der Zeitschrift des Vereins für Volkskunde in Berlin, Heft 2, 1906, pp. 156-164. [Contiene seis cuentos araucanos].
- LIBRO DE BUEN AMOR: Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, ed. Clásicos Castellanos, Madrid, 1937.
- LITTMANN: *Arabische Märchen*. Aus mündlicher Überlieferung gesammelt und übertragen von Enno Littmann, Leipzig, 1957.
- LO NIGRO: Sebastiano Lo Nigro, *Racconti popolari siciliani*. Classificazione e bibliografia. Firenze, 1958.
- LOORITS, OSKAR, *Estnische Volkserzählungen*, Berlin, 1959.
- LOPE DE RUEDA, *Obras*, ed. de la Real Academia Española, 2 vols, Madrid, 1908.
- MASSIGNON, GENEVIÈVE, *Le conte populaire en Corse*, en *Internationaler Kongress der Volkserzählungsforscher*, pp. 172-178.
- MEIER-KARLINGER: *Spanische Märchen* herausgegeben und übertragen von Harri Meier und Felix Karlinger, Düsseldorf-Köln, 1961.
- MILLER, WALTER S., y VILLA ROJAS, ALFONSO, *Cuentos mixes*, México, 1956.
- MONNIER, MARC, *Les contes populaires en Italie*, Paris, 1880.
- MÜLLER-LISOWSKI: *Irische Volksmärchen* herausgegeben von Käte Müller-Lisowski, Jena, 1923.
- NOY: DOV NOY, *The First Thousand Folktales in the Israel Folklore Archives*, en *Internationaler Kongress der Volkserzählungsforscher*, pp. 235-246.
- OLIVARES FIGUEROA: R. Olivares Figueroa, *Folklore Venezolano* II. Prosas. Caracas, 1954.
- ONZA, TIGRE Y LEÓN. *Revista para la infancia venezolana*. Caracas.
- ORAIN, *Contes*: Adolphe Orain, *Contes de l'Ille-et-Vilaine*, Paris, 1901.
- PANCRITUS, MARIE, *Die magische Flucht, ein Nachhall uralter Jenseitsvorstellungen*, en *Anthropos* VIII, pp. 854-879-943.
- PAREDES CANDIA: Altonio Paredes Candia, *Literatura folklórica* (recogida de la tradición oral boliviana), La Paz, 1953.

- PEETERS, DR. K. C., *Volkskundige Aantekeningen*, Antwerpen, 1962.
- PEREDA VALDÉS, ILDEFONSO, *Cancionero popular uruguayo*, Montevideo, 1947.
- PEUCKERT: Will-Erich Peuckert, *Deutsches Volkstum in Märchen und Sage*, Schwank und Rätsel, Berlin, 1938.
- PINEDO: *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici di Pinedo et amicorum*, en Federico Carlos Sainz de Robles, *Cuentos viejos de la vieja España*, Madrid, 1949, pp. 290-312.
- PINON: Roger Pinon, *Les relations entre le conte folklorique et la littérature dialectale et régionaliste de Wallonie*, en *Internationaler Kongress der Volkserzählungsforscher*, pp. 271-334.
- PLATH, ORESTE, *Baraja de Chile*, Santiago de Chile, 1946. [Reimprime tres cuentos].
- RECINOS: Adrián Recinos, *Cuentos populares de Guatemala*, en JAF XXI (1918), pp. 472-487.
- REVISTA DE FOLKLORE, Bogotá, 1946-1952.
- ROJAS, MANUEL, *Travesía*. Novelas breves. Santiago de Chile, 1934. [Un cuento de fuente popular].
- ROJAS: Ricardo Rojas, *El País de la Selva*, en *Obras completas* XVI, Buenos Aires, 1925.
- ROTUNDA: D. P. Rotunda, *Motiv-Index of the Italian Novella in Prose*, Bloomington, 1942.
- SEBEOK-NYERGES: T. A. Sebeok-NyerGES, *Studies in Cheremis Folklore*, Bloomington, 1952.
- SÉBILLOT, *Haute-Bretagne*; Paul Sébillot, *Littérature orale de la Haute-Bretagne*, Paris, 1881.
- SÉBILLOT, *Traditions*: Paul Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, 2 vols., Paris, 1882.
- SEIGNOLLE, *Le diable*: Claude Seignolle, *Le diable dans la tradition orale*, Paris, 1959.
- SEKI-ADAMS: *Folktales of Japan*. Edited by Keigo Seki. Translated by Robert J. Adams. Chicago, 1963.
- SENDEBAR: *Versiones castellanas del "Sendebär"*, ed. y prólogo de Angel González Palencia, Madrid-Granada, 1946.
- SIMONSUURI, LAURI, *Typen- und Motivverzeichnis der finnischen Mytensagen*, FFC Nr. 182, Helsinki, 1961.
- SWAHN, JAN-ÖJVIND, *The Tale of Cupid and Psyche*, Lund, 1955.
- TAUSCHER: *Volksmärchen aus dem Jeyporeland*. Gesammelt und herausgegeben von Rudolf Tauscher mit Anmerkungen versehen von Warren E. Roberts-Walter Anderson. Berlin, 1959.
- THEILE-BRUHNS: *Märchen aus dem südlichen Amerika* nacherzählt von Gerda Theile-Bruhns, Basel-Stuttgart, 1957.
- THOMPSON FESTSCHRIFT: *Studies in Folklore in Honor of Distinguished Service Professor Stith Thompson*, Bloomington, 1957.
- TIMONEDA, JUAN, *Sobremesa y alivio de caminantes*, BAE III, Madrid, 1850.
- TIRSO DE MOLINA, *Los cigarrales de Toledo (1621)*.
- TRADICIÓN. Revista Peruana de Cultura. Cuzco, Perú.
- VALERA, JUAN, *Cuentos y chascarrillos andaluces*, en *Obras completas* I, Madrid, 1958, pp. 1209-1239.
- VARGAS, LINA, *Contribución al estudio de la literatura popular de Chiloé*, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1927, pp. 123-221.
- VELÁZQUEZ M., ROGELIO, *Cuentos de la raza negra*, en *Revista Colombiana de Folclor*, Segunda Epoca, Nr. 3, Bogotá, 1959, pp. 1-63.
- VICUÑA CIFUENTES, JULIO, *Prosas de otros días* [Santiago de Chile], 1939.
- VICUÑA CIFUENTES, *Mitos*: Julio Vicuña Cifuentes, *Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena*, Santiago de Chile, 1915.
- VRIES, JAN DE, *Die Märchen von Klugen Rätsellösern*, FFC, Nr. 73, Helsinki, 1928.

COMENTARIOS

160. *La viejita del pejerrey*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 303 I a + 1000 + 1007 + 1011 + 303 V c; Aarne 1000, 1007; Anderson, en Tauscher, p. 186 b; Boggs 1000, 1011; Bolte-Polívka II, p. 293; Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 224-225; Chertudi, p. 189; Delarue, en Félice, p. 255; Eberhard-Boratav, Tipo 357; Espinosa III, pp. 130-140; Hackmann 1000, 1007; Hansen 1000, 1007, 1011; Honti 1000; Loorits 1007; Massignon, *Le conte populaire en Corse*, 1000; Qvigstad 1000, 1007; Schullerus 1000; Sinninghe 1000, 1007; Sveinsson 1000, 1007; Thompson-Roberts 1000, 1007, 1011; Thompson B311, D133.1, D133.3, E80, E84, E761, E761.3, F613.3, K172, K1416, K1440, L10, L161, T511.5.1, T589.71.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 90 'Der junge Riese'. Henssen, *Ungarische Überlieferungen*, nr. 8 'Die Zornwette' (1000). Zauner I, pp. 394-396; 'Böse werden' (1000 + 1004 + 1029).— Irlandesa: Müller-Lisowski, nr. 24 'Seághans Geschichte' (1000 + 1053).— Rusa: Löwis of Menar, nr. 37 'Ivanko, der Bärensohn' (1007 + 1009 + 1174 + 1082 + 1130).— Índica: Tauscher, nr. 55 'Zwei Schäferknaben' (1007 + 1012).— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 388-391 (18 versiones del tipo 1000), p. 361 (5 versiones del tipo 1007).— Griega: Hahn I, nr. 34 'Bakala' (1635B + 592 + 1000 + 1007 + 1012 + 1029).— Francesas: Carnoy, *Littérature orale de la Picardie*, p. 323 'Jean le Malin et son seigneur' (1000 + 1007 + 1004 + 1011). Cosquin II, nr. 36 'Jean et Pierre' (1000 + 1004 + 1029). Félice, nr. 6 'Cendrillon' (1000 + 1007 + 1004 + 1029). Massignon, nr. 11 'Le trimadeur ou le premier lassé' (1000 + 1004). Maugard, nr. 23 'Le coucou ou la lanière dans la peau du dos' (1000 + 1003 + 1048 + 1011 + 1007 + 1085 + 1062 + 1049 + 1036 + 1088 + 1004 + 1029). Perbosc, nr. 19 'Le malin domestique du bois de l'Aron' (1000 + 1007 + 1001 + 1011 + 1062 + 1060 + 1045 + 1004). Seignolle II, 56 'Testo do charmo' (1000 + 1003 + 1007 + 1060 + 1062 + 1250 + 1052 + 1004 + 1029); nr. 59 'Jean le Bête' = Seignolle, *Le diable*, nr. 56; nr. 60 (1000 + 1004).— Corsa: Ortoli, pp. 204-219, nr. 26 'Comment André coupa le nez du curé' (1000 + 1004 + 1011 + 1563 + 1029).— Vasca: Vinson, pp. 46-56 'Le fou et le Tartaro' (1000 + 1011 + 1007 + 1062 + 1063B + 1088 + 1004 + 1563 + 1029).— Catalanas: Alcover XVI, pp. 5-46 'Gardau-vos de pedra rodona, de ca qui no lladra i d'home roig' (1000 + 1011 + 1007 + 1060 + 1085 + 1062 + 1088 + 1004 + 1029). Amades, *Rondallística*, nr. 2 'En Pere Xic' (1000 + 1007 + 1004 + 1062 + 1060 + 1049 + 1088 + 1029); nr. 402 'La mare del sol i el pare dels sacs' (1000).— Gallegas: Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas IV, pp. 139-149 'Cuento gallego' (1000 + 1004 + 1062 + 1088). Prieto, nr. 58 'Non é cuco que é cuca' (1000 + 1011 + 1039).— Portuguesa: Consiglieri Pedroso, nr. 24 'O rapaz e o gigante' (1000 + 1050 + 1250 + 1085).— Brasileña: Cámara Cascudo, *Contos*, pp.

218-224 'Seis aventuras de Pedro Malazarte' (1000 + 1011 + 1007 + 1004 + 1563 + 1029 + 1528 + 1539 + 1007).— Españolas: Cabal, pp. 174-181 'Los dos hermanos' (1000 + 1003 + 1004 + 1007 + 1049 + 1115 + 1075). Espinosa, nr. 163 'Pedro el de Malas' (910A + 1000 + 1010 + 1019 + 1020 + 1004 + 1088 + 1062 + 1061 + 1137 + 1029); nr. 164 'Pedro Malasartes' (1020 + 1007 + 1535V); nr. 165 'Juan Listo y Juan Tonto' (1000 + 1002 + 1007 + 1011 + 1004 + 1029); nr. 166 'La tira de pellejo' (1000 + 1020 + 1019 + 1007 + 1029); nr. 167 'Pedro el Listo y Juan el Tonto' (1000 + 1019 + 1062 + 1011 + 1005 + 1007 + 1120). Espinosa, *Castilla*, nr. 27 'Este no es cuco, que es cuca' (1000 + 1003 + 1007 + 1011 + 1049 + 1062 + 1075 + 1029). Llano Roza de Ampudia, nr. 44 'Un amo extravagante' (1000 + 1007 + 1137 + 1004).— Españolas de Nuevo Méjico (U.S.A.): Espinosa, *More Folk-Tales*, JAF XXVII, pp. 120-129, nr. 13 'Pedro di Urdemales' (1537 + 1000 + 1004 + 1008 + 1653 + 1528 + 330). Meier, nr. 69 'Peter Schlaufuchs' (1000 + 1002 + 1007 + 1011) = José Manuel Espinosa, *Spanish Folktales from New Mexico*, p. 121. Rael, nr. 273 'Pedro de Ordimalas' (1537 + 1539 + 1000 + 1011 + 1120); nr. 275 'Pedro de Ordimalas' (1000 + 1011 + 1007 + 1120).— Argentinas: Aramburu, Pedro Urdemales, pp. 52-70 'Urdemales y el ogro' (1000 + 1011 + 1003 + 1004 + 1007); pp. 71-77 'Urdemales y el demonio' (1000 + 1062 + 1093); pp. 78-88 'Urdemales y el monstruo' (1000 + 1007 + 1011 + 1007).— Chertudi, nr. 64 'Casos de Pedro Ordinario' (1000 + 1003 + 1007 + 1004 + 1528); nr. 67 'Pedro Ordimán' (1007).— Boliviana: Costas Arguedas, pp. 149-153 'Cuento del cura y sus tres sobrinos' (1000 + 1011 + 1007).— Dominicanas: Andrade, nr. 23 'Pedro y el diablo' (1000 + 1011); nr. 29 'Juan Bobo empleado en la casa del diablo' (1000 + 1003); nr. 30 'Pedro Animái y Juan Sonso' (1000 + 1003); nr. 31 'Juan Bobo y Pedro Animale' (1000 + 1003).— Guatemalteca: Recinos, JAF XXXI, pp. 475-476 'Pedro Urdemales y su hijo Juan Panela' (1007).— Portorriqueñas: Mason-Espinosa, JAF XXXIV, pp. 172-173, nr. 32 'Juan corta matas de plátano y las patas de lso novillos; Juan entierra los rabos de los cerdos' (1011 + 1000 + 1007 + 1004); pp. 186-187, nr. 46 'Juan manda la cerda a misa, Juan mata los pollos, la tira de pellejo' (1681B + 1000 + 1049). Ramírez de Arellano, nr. 90 'La jurga' (1000 + 1003 + 1029); nr. 121 'Juan Bobo' (1000 + 1003 + 1007 + 1013).— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, p. 70 (1000). Anales de la Universidad de Chile (1927), pp. 179-184 'Los tres hermanos' (1000 + 1007 + 1539).

161. *La perra negra*

Clasificación: Aarne-Thompson 303 II + 554 I + 1000 + 1003 + 1011. Thompson B391, B422, B505, D133.1, D141, D142, D157, E761, E761.3, K172, K1416, L10, L161, N772. Para los tipos 1000 y 1011 véase la bibliografía del cuento 160. Para el tipo 1003: Aarne; Boggs; Espinosa III, pp. 130-140; Hackmann, Hansen, Sveinsson, Thompson-Roberts.

Versiones del tipo 1003: Francesa: Maugard, nr. 23, anotación del cuento 160. Brasileña: Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 218-224, anotación del cuento 160.— Española: Espinosa, *Castilla*, nr. 27, cf. anotación del cuento 160.— Argentinas: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 52-70, cf. anotación del cuento 160. Chertudi, nr. 64, cf. anotación del cuento 160; nr. 65 'Derecho, derecho...'

Clasificación: Aarne-Thompson 1000 + 1007. Thompson D102, G303.3.3.1, K172, K1440, L161.

Thompson anota en la segunda revisión de *The Types of the Folktale* que el tipo 1000 aparece combinado corrientemente con uno o más tipos, especialmente 1000-1029 y también con 1062, 1115, 1386, 1653, 1725. Nuestros cuentos 160-161 presentan combinaciones más amplias. El nr. 160 se desarrolla enmarcado por episodios del cuento de los dos hermanos, tipo 303; el nr. 161 comienza con episodios de este mismo con otro del cuento de los animales agradecidos, tipo 554. El nr. 162 desarrolla, en su primera parte, el cuento del contrato de no enojarse, pero continúa y termina con episodios que no encuadran en el registro de Aarne-Thompson.

163. *Pedro Animales.* 164. *Pedro Urdemal*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1004 + 1563; Aarne 1004, 1563; Anderson, en Tauscher p. 185; Boggs 1004, 1563; Bolte-Polívka III, p. 392, nota 1; Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 224-225; Chertudi, pp. 188-189; Eberhard-Boratav, Tipo 352; Espinosa III, pp. 130-140; Hackmann 1004, 1563; Hansen 1004, 1563; Laport 1563; Lo Nigro 1004; Massignon, *Le conte populaire en Corse*, 1004; Pinon, 1563; Qvigstad 1004; Schullerus 1563; Sinninghe 1004, 1563; Sveinsson 1004 (variante), 1563 (variante); Thompson-Roberts 1004; Thompson, *The Folktale*, p. 203; Thompson K404.1, K1354.1 (las tres, madre y dos hijas).

Versiones del tipo 1004: Alemanas: Zaubert I, p. 394, cf. anotación del cuento 160.—Turcas: Eberhard-Boratav, p. 324, p. 385 (2 versiones).—Indica: Tauscher, nr. 52 'Betrogene Betrüger'.—Francesas: Carnoy, *Littérature orale*, p. 316 'Jean le Malin et son seigneur', cf. anotación del cuento 160. Félice, nr. 6, cf. anotación del cuento 160. Massignon, nr. 11, cf. anotación del cuento 160. Maugard, nr. 23, cf. anotación del cuento 160. Perbosc, nr. 19, cf. anotación del cuento 160.—Corsa: Ortoli, pp. 204-219, nr. 26, cf. anotación del cuento 160.—Vasca: Vinson, pp. 46-56, cf. anotación del cuento 160.—Catalanas: Alcover XVI, pp. 5-46, cf. anotación del cuento 160. Amades, *Rondallística*, nr. 2, cf. anotación del cuento 160.—Gallegas: B T P R IV, pp. 139-149, cf. anotación del cuento 160. Prieto, nr. 58, cf. anotación del cuento 160.—Brasileñas: Cámara Cascudo, *Contos*, p. 219 (1004 + 1563), cf. anotación del cuento 160. Gomes, pp. 88-89 'De como Malazarte rouba as jóias de uma família (1004 + 1563)'.—Españolas: Cabal, pp. 174-181, cf. anotación del cuento 160. Espinosa, nr. 163, nr. 165, cf. anotación del cuento 160. Llano Roza de Ampudia, nr. 44, cf. anotación del cuento 160.—Españolas de Nuevo Méjico (U.S.A.): Espinosa, *More Folk-Tales*, pp. 129-134 'Pedro di Ordimales' (1004 + 1528 + 1625 E + 1653 + 1539 + 1535 V a); pp. 120-129, nr. 13, cf. anotación del cuento 160. Rael, nr. 284 'Pedro de Ordimales'.—Argentinas: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 52-70, cf. anotación del cuento 160. Chertudi, nr. 64, cf. anotación del cuento 160.—Boliviana: Costas Arguedas, pp. 156-157 'El león y el zorro' (1004 + 1563).—Boliviana quechua: Khana II (1958) nr. 31-32, p. 136 'El zorro y los cerdos del tigre'.—Guatemaltecas: Recinos, pp. 474-475 'Pedro Ordimales', 477-478.—Mejicana: Teotihuacán, pp. 314-315, nr. 12 'Pedro de Urdimal' (1004 + 1563 + 330*)—Portorriqueñas: Mason-Espinosa, pp. 162-163, nr 16 'Juan entierra los rabos de los cerdos'; p. 172, nr. 32, cf. anotación del cuento 160.—Chilena: Laval, *Pedro Urdemales*, pp. 173-174, nr. 12 'Los chanchos

empantanados' = Oreste Plath, *Baraja de Chile*, pp. 136-137 = Coluccio, *Folklore de las Américas*, pp. 179-180.

Versiones del tipo 1563: Malgache: Longchamps, pp. 112-120 'Les deux farceurs' (veinte piasras).— Boliviana de los indios chane: Erland Nordenskiöld, *Indianerleben* (1912), p. 289 = Koch-Grünberg, pp. 299-300, nr. 110 'Der Fuchs und der Jaguar' (primera parte) = Peuckert, pp. 153-154.— Chilena: Laval, *Pedro Urdemales*, pp. 160-161, nr. 4 'Las tres palas'.

Los cuentos 163-164 reúnen los tipos uniepisódicos siguientes:

1º Los puercos en el pantano, tipo 1004, y

2º "¿Las dos?", pregunta el muchacho enviado a buscar dos artefactos, tipo 1563.

Esta combinación tiene, al parecer, una gran difusión en América del Sur, como lo demuestran la versión brasileña de Gomes, la boliviana de Costa Arguedas y las dos nuestras.

En estos dos cuentos aparece como protagonista el famoso personaje picaresco que en España se llama Pedro de Urdemalas y en América Pedro Urdemales, nombre que en Chile, según nuestra colección, tiene las derivaciones Pedro Urdemale, Pedro Urdimales, Pedro Urdimale, Pedro Urdemal, Pedro Urdimal, y las corrupciones Pedro Ulimán y Pedro Animales, todas frecuentes en los demás países de la América Española.

Espinosa III, p. 128, ya había observado que "en España todavía se conservan bastante bien separados los cuentos picarescos propiamente dichos... y los de Juan Tonto..., pero en la América Española la mezcla de los dos grupos es muy notable". En efecto nuestro Pedro Urdemales rebasa las características del pícaro español y se apropia del papel de otros personajes populares. En grado menor pasa de burlador a ser burlado, como en el cuento de los tres jorobados (frailes en nuestros cuentos 196-198). El excelente narrador Agustín Poblete tenía clara conciencia de que hay dos series de cuentos de Pedro Urdemales, la de aquellos en que mediante tretas sale triunfante en sus bromas y picardías y la otra en que es vencido o engañado. El nombre de Pedro Urdemales como título de un cuento, entonces, no señala siempre una segura referencia a determinados tipos de cuentos o motivos. En nuestra colección y en Laval, *Cuentos de Pedro Urdemales*, aparece en múltiples tipos de cuentos: 1000-1090, 1528-1563, 1650-1655, 1940, y en los cuentos nr. 251 y 275 Pedro entra a la gloria valiéndose de estratagemas.

165. *El tonto Juan*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1013 + 1633 B + 351 II a; Aarne 1653 B; Boggs 1653 B; D' Aronco 1006 a, b, 1013 b, c, d; Eberhard-Boratav, Tipo 324 = 1653 B, Tipo 323 = 1013; Espinosa III, pp. 181-188 (1013), II, pp. 191-198 (1653 B); Hackmann 1013, 1653 B; Hansen 1013, 1653 B; Honti 1653 B; Loorits 1653 B; Thompson-Roberts 1013; Thompson K335.1.1.1, K335.1.2.1, K1413, K1462.

Versiones del tipo 1013: Turcas: Eberhard-Boratav, p. 357 (18 versiones).— Italianas: D'Aronco, pp. 111-112, resume 5 versiones toscanas.— Gallega: Prieto, nr. 52 'O tolo i o listo' (1013 var. + 1653 B).— Portorriqueñas: Mason-Espinosa,

J A F XXXIV, pp. 160-161 (1013 + 1653 B). Ramírez de Arellano, nr. 121 'Juan Bobo' (1000 + 1003 + 1007 + 1013).

Versiones del tipo 1653 B: Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 358-359 (6 versiones).— Griega: Hahn I, nr. 34 'Bakala' (1653 B + 592 + 1000 + 1007 + 1012 + 1029).— Italianas: D'Aronco, pp. 111-112, resume 4 versiones toscanas.— Gallega: Prieto, nr. 52.— Española: Llano Roza de Ampudia, nr. 42 'Los tres hermanos' (1030 + 1653 B + 1535 II, V a, b) = Meier-Karlinger, nr. 13.— Dominicanas: Andrade, nr. 7 'Juan Sonso y Pedro Animale' (1363 + 1653 B); nr. 9 'Pedro Animale y Juan Bobo' (1363 + 1653 B).— Portorriqueñas: Mason-Espinosa, J A F XXXIV, pp. 160-161, nr. 11 'Juan calienta a su abuelita, Juan y los bandidos bajo del árbol' (1013 + 1653 B); p. 204, nr. 54 'Juan y los bandidos bajo del árbol'; pp. 205-207, nr. 55 'Juan va a las bodas, Juan y los bandidos bajo del árbol' (1363 + 1653 B); p. 207, nr. 56 'Juan mata a su hermano, Juan manda la cerda a misa, Juan Mata los pollos, Juan y los bandidos bajo del árbol' (1681 B + 1653 B).— Chilena: Guzmán Maturana, Anales de la Universidad de Chile, Año XCII, nr. 15 (1934), pp. 74-80 'El tonto emplumao' (1681 B + 1653 B).

Nuestra versión 165 combina el cuento del tonto que lava a su madre con agua hirviendo y la mata, tipo 1013, y el episodio de los bandidos que están debajo del árbol y huyen cuando cae encima de ellos la puerta que llevaba el tonto, dejando todo lo que han robado, tipo 1653 B; pero no termina aquí sino que continúa con motivos modificados de la segunda parte del tipo 531: el tonto entra a trabajar de jardinero en el palacio real, a requerimientos de la princesa le lleva flores y por tal razón el rey lo hace decapitar.

La hermosa versión chilena de Guzmán Maturana, que no aparece analizada en el catálogo de Hansen, es una combinación de los tipos 1681 B y 1653 B.

166. *Pedro Urdimale y Lucifer*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1070 var. + 1088 var. + 1062 + 1030; Aarne 1030, 1062; Boggs 1030, 1062; Bolte-Polívka III, pp. 355-364, I, pp. 148-165; Delarue, en Perbosc, pp. 285-286; Espinosa III, pp. 130-140, pp. 222-228; Hackmann 1030, 1062; Hansen 1030, 1062; Honti 1030, 1062; Laport *1030 A; Loorits 1030, 1062; Massignon. *Le conte populaire en Corse*, 1030; de Meyer 1030, 1062; Pinon 1030; Schullerus 1030; Sinninghe 1030; Thompson-Roberts 1030; Thompson K12 var., K18.3, K80, K171; Thompson-Balys K171.

Versiones del tipo 1030: Alemanas: Grimm, nr. 189 'Der Bauer und der Teufel'. Zaunert II, pp. 86-87 'Die geteilte Ernte'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 231-232, nr. 161 'Der Hofnarr Makolbus' (1030 + 1062 + 1091 + 1091 A).— Noruega: Saltveit, pp. 195 'Wie der Bär und der Fuchs einen gemeinsamen Acker haben wollten'.— Estona: Loorits, *Volkserzählungen*, nr. 7 'Wie der Mann mit dem Bären Ackerbau trieb' (1030 + 1091 + 1091 A).— Francesas: Bladé, *Contes populaires de la Gascogne*, III pp. 159-162 'La chèvre et le loup' = Bladé, *Agenais*, pp. 26-28. Carnoy, *Littérature orale*, pp. 62-66 'Saint Crépin et le diable'. Fleury, p. 113. Perbosc, nr. 38 'La bête inconnue' (1030 + 1062 + 1091 + 1091 A).— Sébillot, *Contes de la Haute Bretagne* III, p. 315, nr. 45 'Le diable laboureur et le marin' (cita de Bolte-Polívka III, p. 359). Sébillot, *Traditions* I, p. 326 'Saint Michel et le diable'. Seignolle, *Le diable*, nr. 57 'Le diable' (1030 + 1535 II + 1539 + 1535 V a, b).— Berberisca: Basset, *Contes berbères* I, p. 14, nr. 6 'L'

hérisson et le chacal' (1030 + 1074).— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 260 'De quan compare Llop i comare Guilla van sembrar a mitges'; nr. 277 'Compare Llop, comare Guilla i el galapat (1030 + 275).— Españolas: Llano Roza de Ampudia, nr. 42 'Los tres hermanos', anotación del cuento 165. Juan Manuel, *Conde Lucanor*, nr. 43 'De lo que contescio al Bien et al Mal et al cuerdo con el loco.— Argentinas: Antología Folklórica Argentina I, pp. 80-81 'El zorro y el quirquincho'. Aramburo, *Pedro Urdemales*, pp. 71-77 'Urdemales y el demonio' (1000 + 1030 + 1093). Chertudi, nr. 68 'Pedro le gana al diablo'; nr. 78 'San Crispín y el diablo' (1030 + 1091).— Chilena: Laval, *Cuentos I*, nr. 27 'El diablo y el campesino'.

Versiones del tipo 1062: Alemanas: Grimm, nr. 20 'Das tapfere Schneiderlein'. Hensen, *Überlieferung*, nr. 36 'Die Überlistung der Räuber'. Hensen, *Jülicher Land*, nr. 457 'Johannes Unverzagt (1062 + 1640).— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 231-232, nr. 161 'Der Hofnarr Makolbus'.— Francesas: Bladé, *Contes populaires de la Gascogne III*, pp. 5-11 'Jean le paresseux' (1062 + 1060 + 1080). Maugard, nr. 23, anotación del cuento 160. Perbosc, nr. 19, anotación del cuento 160. Seignolle, *Contes II*, nr. 56 'Testo charmo', anotación del cuento 160. Seignolle, *Le diable*, nr. 54 'Testo charmo' (1060 + 1062 + 1250).— Catalanas: Alcover XVI, pp. 5-46, anotación del cuento 160. Amades, *Rondallística*, nr. 2, anotación del cuento 160.— Gallega: *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas IV*, pp. 139-149, anotación del cuento 160.— Españolas: Espinosa, nr. 163 'Pedro el de Malas', anotación del cuento 160; nr. 194 'Don Juan Chiriguete mata ocho y espanta siete' (1062 + 1060 + 1088 + 1074); nr. 195 'Juanillo el Oso y el pastor' (1062 + 1074).— Españolas de Nuevo Méjico (U.S.A.): Rael, nr. 291 'El Pelón Resgoso' (1085 + 1062 + 1590); nr. 292 'Juan Pelón' (922 + 1062 + 1085); nr. 341 'Pulguerín, que mata siete de un soplido' (1640 + 1062 + 1060 + 1052).— Argentina: Aramburo, *Pedro Urdemales*, pp. 152-162 'Urdemales y las apuestas' (1086 + 1060 + 1062).— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, pp. 70-72. Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 19 'Las apuestas del gigante' (1062 + 1060 + 1085 + 1049 + 1063).

El cuento 166 yuxtapone los tipos siguientes:

- 1º El héroe gana al diablo a peliar en el monte, variante del tipo 1070;
- 2º A correr, simulando que se taja los intestino. El diablo cree y se distrae, variante del tipo 1088;
- 3º A disparar una piedra. El héroe arroja una piedra, que se pierde, tipo 1062;
- 4º Reparto de la cosecha, tipo 1030.

167. Pacto con el diablo. 168. El pájaro desconocido

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1091; Aarne 1091; Boggs 1091; Bolte-Polívka I, pp. 411-412; Delarue, en Perbosc, p. 285; Hackmann 1091; Hansen 1091; Laport 1091; Looiits 1091; Qvigstad 1091; Thompson K216.2.1.

Versiones: Italiana: Andrews, pp. 47-50, nr. 10 'La femme emplumée'.— Francesa: Cabal, p. 241, resume una versión que está en la novela *Le grand paragon de Detroyes* (París, 1869, p. 134).— Gallega: Prieto, nr. 59 'Un bicho desconocido'.— Argentina: Di Lullo, pp. 218-219 'Las mujeres ganan con un punto al diablo'.— Boliviana: Paredes Candia, pp. 88-90 'La apuesta del zapatero'.— Dominicana: Andrade, nr. 208 'Ei jugadoi'.

Clasificación: Aarne-Thompson 1091 + 1091 A; Boggs 1091; Delarue, en Perbosc, p. 285; Laport 1091; Thompson H522, K216.2.1.

Versiones de la combinación 1091 + 1091 A: Alemana de Suiza; Jegerlehner, pp. 231-232, nr. 161 'Der Hofnarr Makolbus' (1030 + 1062 + 1091 + 1091 A).— Estonia: Looorits. *Volkserzählungen*, nr. 7 'Wie der Mann mit dem Bären Ackerbau trieb' (1030 + 1091 + 1091 A). Holandesa: Laport, p. 86, resume una versión.— Francesa: Perbose, nr. 38 'La bête inconnue' (1030 + 1062 + 1091 + 1091 A).— Española: Cabal, pp. 114-118 'Una apuesta con el diablo'.— Argentina: Chertudi, nr. 78 'San Crispín y el diablo' (1030 + 1091 + 1091 + 1091 A).— Araucana de Argentina: Koessler-Ilg, *Cuentan los araucanos*, pp. 19-23 'Cuando los animales no tenían nombre todavía'.

En la primera revisión del índice de Aarne-Thompson el tipo 1091 desarrolla el episodio del animal desconocido, que no es otra cosa que la mujer desnuda y revestido de plumas pegadas con breá y que el marido presenta para que no acierte el ogro o el diablo en la apuesta que han hecho, se formula como variante el motivo de la revelación por parte del diablo del nombre secreto de una planta (tabaco) que tiene que adivinar el hombre. Este motivo pasa a constituir el sub-tipo 1091 A en la segunda revisión de 1961, porque se le ha encontrado muy bien desarrollado en diferentes versiones. El tipo 1092 de ambas ediciones, por otra parte, parece distinguirse de su similar 1091 sólo en que el motivo esencial se refiere a disparar a un pájaro desconocido.

Nuestro cuento 167 corresponde claramente al tipo 1091. El nr. 168 desarrolla bien los motivos esenciales del mismo tipo, pero en él se trata de un pájaro y no de un animal de tiro; sin embargo, lo clasifico como perteneciente a ese tipo, porque no contiene la diferencia esencial del tipo 1092, que es disparar a un pájaro desconocido. El hecho de que el animal sea un animal de tiro o un pájaro es secundario, pues prima la circunstancia de que la mujer se presente en cuatro pies y el diablo la examine por diferentes partes del cuerpo, lo que conduce a veces a un desarrollo obsceno. Por estas razones considero que la versión dominicana de Andrade citada más arriba pertenece al tipo 1091 y no al 1092, como está en el índice de Hansen y se reproduce en Aarne-Thompson.

El cuento 169, en cambio, contiene, además del motivo mencionado, el del nombre secreto del animal que presenta el diablo y revela involuntariamente, acertando el hombre que se ha vendido al diablo y de este modo queda libre. Este motivo está tan íntimamente conectado con el episodio central que parece que correspondiera sólo al tipo 1091, pero, por contenerlo, lo clasifico como una suma de 1091 + 1091 A.

170. *El gigante con un ojo*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1137; Aarne 1137; Boggs 1137, Bolte-Polívka III, pp. 375-378; Eberhard-Boratav, Tipo 146; Espinosa III, p. 134; D'Aronco 1139; Hackmann 1137; Honti 1137; Krohn, pp. 39-41; Lo Nigro, pp. 233-234; Looorits 1137; de Meyer 1137; Peuckert, pp. 159-160; Qvigstad 1137; Schullerus 1137; Thompson-Roberts 1137; *Folktale*, pp. 249-250; Thompson G100, K1011.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 191a 'Der Räuber und seine Söhne' (sólo los motivos A¹ y B¹). Henssen, *Überlieferung*, nr. 38 'De Äioogen'.— Noruega: Saltveit, pp. 177-188 'Rotfuchs', anotación del cuento 160.— Letona: Boehm-Specht, nr. 21 'Abenteuer eines Königssohnes'.— Caucásica: Dirr, nr. 66 'Urysmäg und der einäugige Riese'.— Albanesa: Lambertz, pp. 9-21 'Dedalija und der Katallani' (1137 + 328).— Árabe: *Las Mil Noches y una Noche* III, 'Historia de Simbad el Marino', segundo y tercer viaje.— Vasca: Vinson, pp. 43-45 'Basa-Jaun aveuglé'.— Francesa: Bladé I, pp. 32-42 'Le bécut'.— Italianas: D'Aronco, p. 113, resume una versión toscana, pero le asigna el tipo 1139. Pitрэ II, pp. 1-3, nr. 51 'Lu munacheddu'; pp. 356-362, nr. 103. Lo Nigro, pp. 233-234, cita estas dos últimas versiones y dos más.— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 110 'El gegant de l'ull al front'; nr. 1462 'La cova de la quera'; nr. 1565 'La terra d' allá on s' acaba el món'; nr. 1906 'Castell del Fai'.— Portuguesa: Consiglieri Pedroso, nr. 30 'Lenda do alicorno'.— Españolas: Cabal, pp. 156-160 'El anillo de por aquí'. Llano Roza de Ampudia, nr. 44 'Un amo extravagante', anotación del cuento 160.

Nuestra versión de Polifemo contiene una segunda parte muy similar a un episodio de Simbad el Marino, que me hace pensar en una influencia directa de Las Mil y una Noches. Aunque nuestro narrador era analfabeto, pudo haber escuchado la lectura del viaje segundo y tercero y retenido en su memoria los dos episodios trastocados. El héroe se encuentra en un valle inaccesible, donde había montones de oro, y, para subir el elevado risco llevando todo el oro posible, se vale de la misma treta de que se da cuenta en el segundo viaje: "Entonces me acordé de cierta historia oída antaño en boca de los mercaderes, viajeros y explotadores de la montaña de diamantes, de la que se contaba que, como los buscadores de diamantes no podían bajar a este valle inaccesible, recurrían a un medio curioso para procurarse esas piedras preciosas. Mataban unos carneros, los partían en cuartos y los arrojaban al lado del valle, donde iban a caer sobre las puntas de diamantes, que se incrustaban en ellos profundamente. Entonces se abalanzaban sobre aquella presa los rocs y las águilas gigantescas, sacándola del valle para llevársela a sus nidos en lo alto de las rocas y que sirvieran de sustento a sus crías. Los buscadores de diamantes se precipitaban entonces sobre el ave, haciendo gestos y lanzando grandes gritos para obligarla a soltar su presa y a emprender de nuevo el vuelo. Registraban entonces el cuarto de carne y cogían los diamantes que tenía adheridos".

171. *Pacto con el diablo*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1176; Aarne 1176; Bolte-Polívka III, p. 16, nota 1; D'Aronco 1004; Hackmann 1176; de Meyer 1176; Simonsuuri, p. 91, E541; Sinninghe 1176; Thompson H1023.13.

Versiones: Alemanas: Anderson, *Rheinisches Jahrbuch*, 10. Jahrgang, pp. 164-165 (1175 + 1776). Zaunert II, pp. 228-229 'Die Teufelsbündner' (III: coger el *crepitus ventris* y hacer con él un nudo).

El cuento humorístico del pacto con el diablo y de la liberación de él mediante la tarea que se da al diablo de coger un aliento lanzado por el pactante, mujer en nuestra versión, no está registrado en la Península Ibérica ni en los países iberoamericanos. En las versiones que conozco, se trata claramente de un *crepitus*

ventris en la que cita Bolte-Polívka, en las de Anderson y de Zaunert mencionadas más arriba y en las figuran en los índices de cuentos finlandeses, holandeses y flamencos de Aarne, Sinninghe y de Meyer, respectivamente.

172. *Pacto con el diablo*

Clasificación: Aarne-Thompson 1183 + 1180 + 1245; Aarne 1180, 1245; Boggs 1180; Bolte-Polívka III, p. 16, nota 1, p. 477, nota 1; Hackmann 1245; Hansen **1191; Honti 1245; Loorits 1180, 1245; de Meyer 1245; Qvigstad 1245; Simonsuuri, p. 91, 1180; Sinninghe 1245; Sveinsson 1245; Thompson-Roberts 1180; Thompson H1023.2, H1023.6, J2123.

Versiones del tipo 1180: Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 215 'El sabater Baldiri'.— Española: Llano Roza de Ampudia, nr. 25 'Catalina y el diablo' (1180 + 332).— Argentinas: Carrizo, Revista del Instituto Nacional de la Tradición I, pp. 229-231, nr. 16 'La vieja y los diablos' (1180 + 1183); pp. 231-232, nr. 16a (1180 + 1183).

Versiones del tipo 1183: Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 86-88, nr. 113 'Der betrogene Teufel'.— Argentinas: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 89-96 'Urdemales y el diablo'. Carrizo, cf. anotación anterior del tipo 1180.

Versión del tipo 1245: Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 398 'En Joanet de les tres bosses de diners'.

Nuestro cuento 172 reúne los siguientes tipos:

- 1º Lavar cueros hasta dejarlos blancos, tipo 1183;
- 2º Llevar agua en un cedazo, tipo 1180;
- 3º Llevar luz en un saco (calabazo ajicero), tipo 1245.

173. *Pacto con el diablo*

Clasificación: 1187**.

Versiones chilenas: Acevedo Hernández, *Leyendas Chilenas*, pp. 228-235 'El roto que engañó al diablo' = Theile-Bruhns, pp. 159-165 'Wie Bartolo Lara den Teufel anführte' (traducción libre); pp. 236-247.

Este cuento esquemático y las dos versiones de Acevedo Hernández tratan del engaño que sufrió el diablo al aceptar un pacto sin fecha que firmó el hombre vendido a él y en el que se estipula que "venga mañana". Estas versiones se aproximan al tipo 1187 que trae la nueva revisión del índice de Aarne-Thompson, basándose en el que propone Lo Nigro y en el que el diablo es burlado mediante la treta del trabajo inacabado. Como en las versiones chilenas la estratagema consiste en un pacto sin fecha, por consiguiente de plazo interminable, propongo para ellas un nuevo subtipo 1187**.

174. *Pedro Urdimale, el zorrillo y el huevo de yegua*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1319; Bolte-Polívka I, pp. 317-319; Delarue, en Perbosc, p. 392; Hansen 1319; Honti 1319; Laport *1319 A; Lo Nigro 1319; de Meyer 1319*; Pinon 1319; Sinninghe 1319; Thompson-Roberts 1319; Wesselski, *Hodscha Nasreddin* I, p. 249; Thompson J1772.1.

Versiones: Alemana: Hensen, *Ungardeutsche Märchen*, nr. 91 'Das Hajoscher Eselei'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, p. 140, nr. 159 'Das sonderbare Eselei'.— Caucásica: Dirr, nr. 83 'Das Eselsei'.— Turca: Wesselski, *Hodscha Nasreddin*, I, p. 86, nr. 163.— Cabilia: Rivière, pp. 173-174 'L'enfant et la pasquète'.— Francesas: Bladé III, pp. 130-136 'Les gents de Sainte-Dode'. Sébillot, *Contes de la Haute Bretagne* III, pp. 225, nr. 48 'La citrouille'.— Italianas: Lo Nigro, p. 239, resume dos versiones sicilianas.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 363 'Els ous de somera'.— Negra (U.S.A.): Dorson, p. 252, nr. 87 'Irishman and Punkin'.— Argentina: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 174-177 'Urdemales y el zapallo del monte' (versión estilizada).— Chilena: Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 8 'El huevo de yegua'.

175. [La mujer del zapatero]

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1360 C; Boggs 1360 C; Bolte-Polivra II, pp. 373-380; Eberhard-Boratav, tipo 273; Espinosa II, p. 356; Hansen 1360 C; Lo Nigro 1360 C; Pinon 1360 C; Thompson-Roberts 1360 C; Thompson, *Folktale*, p. 204, Thompson K1557.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 95 'Der alte Hildebrand'. Bolte-Polívka II, pp. 373-376, resumen diez versiones populares. Henssen, *Jülicher Land*, nr. 472 'Hildebrand'.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 323.— Francesas: Pineau, pp. 212-217 'Le curé battu et pas content'; pp. 219-222 'Le coucou'.— Italiana: Pitre III, p. 280, nr. 170 'Li dui cumpari'.— Portuguesa: Cardoso-Pinto II, pp. 198-202, nr. 26 'O homem que fez de morto'.— Españolas: Llano Roza de Ampudia, nr. 108 'La mujer del zapatero'; nr. 109 'Juan y María'; nr. 110 'Los chirlosmirlos'. Francisco de Castro, 'El entremés de los chirlosmirlos' (elaboración literaria de 1742).— Argentinas: Chertudi, nr. 79 'La mujer traicionera'. Draghi Lucero, pp. 191-194 'La flor de viva viva' (versión estilizada).

Nuestro cuento 175 es una versión modificada del de Hildebrando el Viejo, que es conocido en la tradición oral de Europa, Turquía, India, Estados Unidos de Norteamérica y Argentina. El muchacho mensajero transmite a la mujer el recado del cura cantándole al son del trompo que baila y en presencia del zapatero. La mujer responde del mismo modo afirmativamente. El zapatero canta a su vez para amenazar a su mujer si va a la cita. Este nuevo desarrollo del padrón primitivo del tipo de cuento 1360 C procede de España, según la versión de Llano Roza de Ampudia, nr. 108, que es muy semejante a la nuestra.

176. La mujer porfiada

Clasificación: Aarne-Thompson 1365 A; Aarne, *Finnische Märchenvarianten* 1365 A; Boggs 1365 A; Hackmann 1365 A; Hansen 1365 A; Laport 1365 A; Pinon 1365 A; Thompson-Roberts 1365 A; Thompson, *Folktale*, pp. 209-210; Thompson T255.2; Childers T255.2; Rotunda T255.2.

Versiones: Alemanas: Anderson, *Humanoria*, p. 61 'Aus krumer Rippe'.— Turca: Wesselski, *Hodscha Nasreddin* I, pp. 158-159, nr. 276.— Rusa: Apell, pp. 339-342 'A mulher teimosa'.— Brasileña: Gomes, p. 24 'Espírito de contradição'.— Española: Timoneda, *Sobremesa y alivio de caminates*, Primera Parte, Cuento Primero.— Española de U.S.A.: Rael, nr. 78 'La mujer cabezuda'.— Venezolana:

Olivares Figueroa, p. 37 'La casada contrariante'.— Chilenas: Linares 14 (1936), p. 18 'Porfiada hasta después de muerta'. Román, Revista Chilena de Historia y Geografía LXII, pp. 233-234, nr. 10 'La mujer que se montó en el macho'.

El cuento de la mujer obstinada, tipo 1365, es muy conocido en Chile en las formas de los subtipos 1365 A y 1365 C, pero de este último no se ha publicado ninguna versión. Del subtipo 1365 A contamos ya con tres versiones. La de Rebeca Román y la mía tienen un motivo en común que las distingue: contrariamente a lo que el marido recomienda, la mujer toca el tambor que lleva sobre el macho o potrón, el animal se asusta y la arroja al agua. Este rasgo es hispánico, ya que aparece en la antigua versión de Timoneda.

La versión recogida en la ciudad de Linares el 23 de enero de 1914 y publicada en la revista del mismo nombre, como se indica más arriba, tiene el desarrollo siguiente: 1365 A: La mujer hace siempre lo contrario de lo que le pide el marido: 1º mata todas las gallinas, 2º monta en un burro y no en el caballo del marido, 3º atraviesa el río por el lado contraindicado y se ahoga. El marido encuentra el cadáver más arriba del lugar en que se ahogó la mujer y queda convencido de que fue porfiada hasta después de muerta.

177. *El anciano que iba a la escuela a los cincuenta años*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1381 E; Boggs 1696 *A; Espinosa III, pp. 191-198; Hansen 1696 *A.

Versiones: Alemana: Zaunert II, pp. 146-153 'Hans in der Schule'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 427 'El jai que anava a estudi'.— Espinosa, nr. 183 'Juan Tonto y su mujer' (1381 E + 1381 B).— Española de U.S.A.: Rael, nr. 331 'El desmemoriado' (1381 B + 1381 E).— Argentinas: Carrizo, Revista del Instituto Nacional de la Tradición I, pp. 239-240, nr. 19 'Cuando llovió buñuelos' (1381 E + 1381 B).— Chertudi, nr. 87 'El cuento de los buñuelos' (1381 E + 1381 B).— Di Lullo, pp. 205-208 'A un viejo tonto lo habían echao a la escuela' (1381 E + 1381 B).— Chilenas: Dufourcq, Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección de Filología III, pp. 287-288 'El viejo y la vieja' (1381 E + 1381 B).— Montenegro, pp. 51-54 'La vez que llovieron picarones' (1381 B + 1381 E). Villablanca, Anal. de Fac. de Fil. y Ed., III, pp. 220-221 'La vieja alicurca' (1381 E + 1381 B + 1381D).

Nuestro cuento nr. 177 es una versión independiente del subtipo 1381 E tal como la versión alemana de Zaunert y la catalana de Amades que cito.

178. *El brillante*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1406; Eberhard-Boratav, Tipo 271; Honti 1406, 1413; Littmann, pp. 431-432; Lo Nigro 1406; Sveinsson 1406; Thompson J2301, J2311.0.1, J2312, J2316, K1545; Rotunda J2311.0.1, J2312, J2316, K1545.

Versiones: Islandesas: Sveinsson, pp. 51-153, resume cuatro versiones.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 322, analizan una versión.— Árabe siria: Littmann, pp. 370-376 'Die Geschichte von dem Gewande, um das gestritten wurde'.— Árabe egipcia: Artin Pacha, pp. 25-61 'Les trois femmes et le kadi'.— Italianas: Lo Nigro, pp. 248-249, analiza dos versiones sicilianas de Pitre III, pp. 255-259, nr. 166 'Li tri cumpari';

III, pp. 265-266 'Li tri burli'.— Española: Tirso de Molina, *Los cigarrales de Toledo*, V 'Los tres maridos burlados' (elaboración literaria).

El cuento nr. 178 corresponde, con pequeñas variaciones, al tipo 1406 de Aarne-Thompson y tiene su desarrollo siguiente: 1406. Tres hermanas disputan por un brillante que ha hallado la menor. El juez les dice que pertenecerá a la que mejor se burle del marido haciéndole el menor daño (J2301, K1545). Una hace creer a su marido que está muerto (J2311.0.1). La segunda, fingiéndose embarazada, envía a su marido a buscar matrona. En su ausencia la mujer pinta la casa, que el marido no reconoce a su regreso (J2316). La tercera hace creer a su marido que viste el supuesto traje que le ha tejido; sale desnudo al mercado y queda en ridículo (J2312). El juez dictamina que el brillante pertenece a esta última.

No conozco otra versión popular de este tipo en lengua española. La versión literaria de Tirso de Molina contiene las dos primeras burlas del cuento chileno; la tercera consiste en hacer creer al marido que es un monje (Thompson y Rotunda J2314).

179. *El negro colchón de pluma*

Clasificación: Aarne-Thompson 1419 K*; Thompson K1550.1, K1555.1; Rotunda K1555.1.

Este cuento corresponde en parte al tipo 1419 K* de Aarne-Thompson. Trata de la mujer que esconde al amante en un ropero, en un baúl y en el gallinero. La diferencia entre el contenido del tipo de Aarne-Thompson y el del nuestro está en que el amante es sorprendido y castigado.

180. [El tonto]

Clasificación: Aarne-Thompson 1419 K* + 1358 B; Basset, *1001 Contes* II, p. 45; Thompson K1555, K1555.1; Thompson-Balys K1555; Rotunda K1555, K1555.1.

Versión del tipo 1358 B: Árabe: Basset, *1001 Contes*, pp. 44-45 'Le galant dans le coffre'.

Desarrollo: 1419 K*: El amante se esconde en un ropero, después en un cajón. + 1358 B. El cajón es enviado a las hijas que están en otra ciudad. El amante también se divierte con ellas; es sorprendido por su comandante de regimiento y le cuenta todo lo sucedido. El amante es castigado.

181. *El hombre que sacó su mujer de su propio cuerpo*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1426; Eberhard, *Volksmärchen aus Südost-China*, FFC CXXVIII, p. 297; Eberhard-Boratav, Tipo 275; Thompson-Roberts 1426; Thompson D975.2, E102, F1034.2 (reloj), J882.2, J1141.2 (6 asientos), K1561.1, T382; Childers J882.2*; Rotunda J882*; Thompson-Balys 882.2.

Versiones: Índicas: Thompson-Roberts, p. 143, citan tres versiones.— China: Eberhard, *Volksmärchen aus Südost-China*, p. 297, nr. 189 'Die Frauen'.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 325, analizan una versión.

1. Cuando comencé a examinar este cuento, estaba completamente desorientado en cuanto a su filiación, porque no encontraba ningún paralelo ni ninguna referencia en el índice de Aarne-Thompson, edición de 1928. En enero de 1961 presenté al profesor Thompson un resumen de mi versión y él, con el dominio que posee en el campo de las narraciones internacionales, me señaló de inmediato la relación de este cuento con el tipo 275 del catálogo de Eberhard-Borataw. Poco después apareció la segunda revisión del índice de Aarne-Thompson y en ella se consultaba el nuevo tipo 1426, que, por lo demás, ya estaba en el índice de Thompson-Roberts. El contenido de este tipo, que lleva el nombre de *La mujer mantenida dentro de un cofre*, es como sigue: "Un hombre, disgustado por la infidelidad de su mujer, se va a la ventura y observa cómo un fakir (demonio, etc.) saca a su mujer de un arca donde la mantiene con la intención de conservarla casta. El hombre ve que la mujer lleva consigo a un hombre dentro del arca, o ha engañado a su marido de otro modo". Por otra parte, en el catálogo de Eberhard-Borataw se da la serie siguiente de motivos del tipo 275:

1. Mehmet observa desde un árbol el adulterio de su mujer con el mozo de cuadra.

2. Mientras tanto llega un jinete hasta debajo del árbol, saca de su valija un arca, sale de ésta una joven y se divierte con ella.

3. Cuando el jinete se ha dormido, saca la niña de la valija un arca, sale de ésta un joven y se divierte con él.

4. Cuando el jinete despierta, Mehmet lo invita a su casa, le hace exhibir el arca a la joven, finalmente ordena que se presente el adúltero que está escondido en su casa.

5. El jinete y él matan a las mujeres y a los hombres.

Nuestra versión contiene los motivos esenciales fijados por Thompson para el tipo 1426 y, con ciertas variaciones y trueques, los cinco motivos del cuento turco. Pero, además, se caracteriza su tema central por estar enmarcado entre elementos que, aunque extraños a él, le sirven de motivación, si no bien expresa, por lo menos insinuada. Se abre el cuento con el motivo del origen mágico de la mujer que toma por esposa al héroe, de quien se supone que es celoso y sólo casa con ella porque procede de su propio cuerpo como Eva de Adán, y se cierra el marco con la explicación de que el marido no puede matar a su esposa adúltera porque es de su propio cuerpo. El desarrollo del tema central es el siguiente:

Un caballero lleva consigo a su esposa dentro de un reloj. Debajo del árbol se recrean. Desde arriba de un árbol los observa un mago. Se duerme el caballero sin guardar a la esposa en el reloj. El mago baja del árbol y le hace el amor a la señora. Ésta le corresponde y luego lo guarda en su propio reloj. El marido despierta y guarda a su vez a su mujer.

El marido llega a casa de un rey mágico que también es engañado por su esposa. El rey ordena a la reina que prepare la mesa. La reina pone tres platos, pero le ordena que ponga seis, al caballero que saque a su mujer del reloj, luego a ésta a su amante del otro reloj y a su mujer que presente al amante que lleva

dentro de una nuez. Después de la comida matan a los amantes y a la reina; el caballero no puede matar a su esposa, porque es de su propio cuerpo.

Se trata de un cuento realmente excepcional. Thompson cita sólo versiones de la India (3), Turquestán, China, Turquía (1), Rusia (1) y árabes; para judíos y japoneses registra el motivo T882: Intento de mantener casta a la mujer llevándola dentro de un arca. A pesar de todas las precauciones, ella se junta con un hombre. Eberhard, *Volksmärchen*, p. 297, había ya dicho que este cuento humorístico se conoce en China como historia indico-budista desde el siglo III. De aquí deducimos que el cuanto pasó de la India al Asia Menor y mediante los árabes llegó a España, donde todavía no ha sido recogido.

182. *El tonto que estafó al rey*

Clasificación: Aarne-Thompson 1525 A; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1525 A; de Meyer 1525 A; Pinon 1525 A; Thompson F676, H1151, H1151.2, H1151.3, K301.1, K341.5.1, K362.2; Thompson-Balys F676, H1151, K301.1. Cf. la anotación de los cuentos 157-159, tomo II, pp. 347-348.

Versiones: Checa: Jech, nr. 48 'Wie Honza das Stehlen lernte'.— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 374 'El lladre fi'; nr. 409 'L'alcalde Borrego'.

183. *El rey Amargo*

Este cuento podría denominarse 'El ladrón y el loro' como el tipo 1526 B* de Aarne-Thompson, pero no corresponde a su desarrollo. Tal vez pueda constituir el tipo 1526 C*.

184. *El compadre rico con el compadre pobre*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1534; Boggs 1535 *A; Eberhard-Boratav, Tipo 296; Hansen 1535 *A, 1535 *B; Lo Nigro *947; Sinninghe 891 *A; Wesselski, II, p. 234; Thompson J1173; Thompson-Balys J1173; Childers J1173; Rotunda J1173.

Versiones: Holandesa: Sinninghe, p. 25, resume dos versiones.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 339.— Griega: Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, nr. 515.— Árabe marroquí: González Palencia, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* II, pp. 351-356 'Historia de un viejo cadí'.— Italiana: Lo Nigro, p. 220, analiza una versión siciliana.— Portuguesa: Coelho, *Contos nacionais*, nr. 3 'A sentença justa'.— Españolas: Boggs, p. 131, resume una versión. Timoneda, *Patrañuelo*, nr. 6.— Argentinas: Carrizo-Perkins, *Revista del Instituto Nacional de la Tradición* I, pp. 71-73, nr. 8 'El juez justo'.— Dominicana: Andrade, nr. 278 'El pobre y su compái rico'.

Nuestro cuento nr. 184 corresponde al nuevo tipo de Aarne-Thompson, que trata del fallo acertado que dictamina el juez en una serie de demandas injustas. Desarrolla los siguientes motivos:

1º El compadre rico dona un campo a sus ahijados pobres. Cuando ve la cosecha de cebollas que ha obtenido el compadre pobre, exige la mitad y, como no la obtiene, lo demanda.

2º Cuando va a la demanda, el pobre se aloja en casa de un millonario, se niega a dar cebollas a la mujer embarazada y ésta aborta. Demanda del millonario.

3º Al ayudar a sacar un caballo de un pantano, le arranca la cola. Demanda del dueño del caballo.

4º Desesperado, el pobre se arroja desde un risco alto, cae sobre las espaldas de un viejo y éste muere. Demanda del hijo del muerto.

El juez da la razón al pobre en las cuatro demandas: 1º que el compadre rico pague el doble de lo que vale la tierra que dio al pobre; 2º que la mujer sea entregada al demandado y éste la devuelva embarazada; 3º que el demandado se lleve el caballo y lo devuelva cuando le haya crecido la cola, y 4º que el hijo del muerto coloque al demandado en el mismo lugar en que estaba su padre y se arroje sobre él. Se cumple exactamente el primer fallo. En las otras demandas hay arreglos favorables al demandado.

185. *La perdiz de oro*

Clasificación: Aarne-Thompson 1528; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1731; Hansen 1528; Laport *1528 A; de Meyer 1529**; Pinon 1528; Sinninghe 1528; Thompson K1252.

Versiones: Checa: Jech, nr. 51 'Wer dümmer ist' (1385 + 1384 + 1540 + 1528).— Flamenca: de Meyer, p. 69, resume una versión.— Valona: Laport, p. 111, resume una versión.— Brasileña: Cámara Cascudo. *Contos*, pp. 221-22. Gomes, pp. 92-94 'De como Malazarte vendeu um passarinho'.— Españolas de U.S.A.: Espinosa, *More Folk-Tales*, JAF XXVII, p. 126, IX; *Ibidem*, p. 129-130, II. Rael, nr. 279 'Pedro de Ordimalas' (1528 + 1535); nr. 286 'Pedro de Ordimalas'.— Argentinas: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 9-15 'Urdemales y la paloma de oro'. Cano, *Allpamiburi*, pp. 103-104 'Cazador de perdices'. Chertudi, nr. 64 'Casos de Pedro Ordinario', cf. la anotación del cuento 160.— Dominicanas: Andrade, nr. 17 'Pedro Animales y Juan Artimaña' (1528 + 1530 + 1535 V a); nr. 18 'Juan Bobo'.— Guatemalteca: Recinos, JAF XXXI, pp. 476-478 'Historia de Pedro Ordimalas' (1539 + 1004 + 1528 + 330 IV).— Mejicana tepecana: Mason, JAF XXVII, pp. 168-171, nr. 10 'Pedro de Ordimalas' (1539 + 1528 + 1536 V + 330 IV).— Portorriqueña: Mason-Espinosa, JAF XXXIV, pp. 165-166, nr. 23 'El pájaro virtuoso'.— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, pp. 17-19. Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 13 'La perdiz de oro'. Montenegro, pp. 89-93 'Cosas de Pedro Urdemales' (1528 + 1540 B).

El cuento del pájaro de oro que el pícaro dice tener debajo de sus haldas está muy difundido en Chile en su forma independiente, pero también se le encuentra en combinación con otros tipos de cuentos, como lo demuestran la versión de Montenegro y la nuestra siguiente nr. 186.

186. *Pedro Urdemales*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1528 + 1539 + 1535 IV-V; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1535, 1539; Anderson y Roberts, en Tauscher, p. 172;

Boggs, 1535; Bolte-Polívka II, pp. 1-18; D'Aronco, pp. 117-118; Delarue, en Boratav, pp. 218-219; Delarue, en Massignon, pp. 267-268; Delarue, en Perbosc, pp. 284-285; Eberhard-Boratav, Tipo 351 (= 1535); Espinosa III, pp. 151-162, pp. 212-222; Hackmann 1535, 1539; Hansen 1535, 1539, 1539 **A—**D; Honti 1539; Loorits 1535; 1539; Lo Nigro 1535, 1539; de Meyer 1535, 1539, 1591 (= 1539); Peeters *Volkkundige Aanteekeningen*, p. 124 (sobre "Versus de Unibove"); Pinon 1535; Qvigstad 1535, 1539; Schullerus 1539; Sinninghe 1535, 1539; Sveinsson 1535; Thompson-Roberts 1535-1539; Wesselski, *Hodscha Nasreddin*, II, 199-201 (para el tipo 1539); Thompson, *Folktale*, pp. 165-166, 198; Thompson K112.1, K113.8, K119, K842, K1252; Thompson-Balys K113, K842; Rotunda K112.1. Para el tipo 1535 cf. la anotación del cuento nr. 185.

Versiones de los tipos 1535 y 1539; Alemanas: Grimm, nr. 61 'Das Bürle' (1539). Henssen, *Überlieferung*, nr. 32 'Serviz' (1535 + 1539). Henssen, *Jülicher Land*, nr. 451 'Ich will net Börjemeeeste senn' (1535); nr. 458 'Hut, der alles bezahlt' (1539).—Alemana de Suiza: Jegerlehner II, pp. 132-134, nr. 149 'Ich mag se nit, ich will se nit' (1535); pp. 134-136, nr. 150 'Das Arme und die elf Reichen' (1653A + 1535).—Checa: Jech, nr. 50 'Der Häusler Tajfl' (1535).—Serbia: Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, pp. 199-200 (1539).—India: Tauscher, nr. 9 'Die sieben Brüder' (1535 + 1653).—Turcas: Boratav, nr. 20 'Le Kosé ou les méchants tours d'imberbe' (1535 + 1539). Eberhard-Boratav, p. 383 (1535, 35 versiones).—Griegas: Hahn, nr. 42 'Der Priester und die Bartlosen' (1539 + 1535). Legrand, pp. 177-180 'Trianniscia et ses deux frères' (1535).—Berberisca: Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, pp. 51-59, nr. 392 (1539).—Cabilia: Rivière, pp. 60-66 'L'orphelin' (1535).—Francesas: Bladé III, pp. 104-119, 'Petiton' (1535). Cosquin I, pp. 223-225, nr. 20 'Richedeau' (1535); pp. 108-111; nr. 10 'René et son seigneur' (1539); pp. 50-52, nr. 4 'Tapalapautau' (1539 + 1535); II, pp. 124-125, nr. 49 'Blancpied' (1539); pp. 282-288, nr. 71 'Le roi et ses fils' (1539). Félice, p. 280 'Cornencu' (1535). Fleury, pp. 180-185 'Le pauvre et le riche' (1535 + 1539). Luzel III, pp. 414-425 'Le meunier et son seigneur' (1535); pp. 426-438 'Le petit Moine et le grand Moine' (1535). Massignon, nr. 29 'Cornancu' (1535). Maugard, nr. 24 'Le loup blanc' (1539 + 1535). Perbosc, nr. 37 'Biron' (1539). Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 135-137 'Poil fin' (1535 + 1539); pp. 138-141 'Le meunier et son seigneur' (1535 + 1539). Sébillot, *Haute-Bretagne*, pp. 112-134 'Le fin voleur' (1535 + 1539). Sébillot, *Auvergne*, pp. 69-78, nr. 7 'Touéno-Buéno' (1535).—Italiana: D' Aronco, pp. 117-118 (1535, tres versiones, 1539, ocho versiones). Lo Nigro, p. 254 (1535); pp. 258-259 (1539, nueve versiones). Pitré III, pp. 185-194, nr. 157 'Lu zu Crapianu' (1539, comprendida en Lo Nigro).—Sarda: Mango, nr. 18 'I due compari' (1539 + 1535).—Vasca: Vinson, pp. 103-106 (1535).—Catalanas: Amades, *Rondallistica*, nr. 356 'El soldat' (1535, libro de virtud); nr. 364 'En Joan Pelat i en Joan Pelut' (1535 + 1539); nr. 410 'Els dos germans espavilats' (1535); nr. 407 'El sabateret de Vallmoll' (1535).—Portuguesa: Pires, pp. 103-107 'Os dois compadres' (1539 + 1535).—Gallega: BTPE IV, pp. 55-64 'Crispín e Bastián' (1539 + 1535).—Brasileñas: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 222-223 (1539), cf. la anotación del cuento nr. 160. Gomes, pp. 91-92 'De como Malazarte cozinha sem fogo' (1539).—Españolas: Cortés Vázquez, nr. 27 'El compadre rico y el pobre' (1539 + 1535). Curiel Merchán, pp. 298-303 'El Tío Listezas' (1539 + 1535). Espinosa, nr. 172 'Los dos compadres' (1539 + 1535); nr. 173 'Los dos compadres' (1539 + 1535); nr. 174 'Juanito Malastrampas' (1539 + 1535); nr. 193 'Juan Bobo' (1535). Espinosa, *Castilla*, nr. 26 'Nicolásín y Nicolásón' (1535). Llano

Roza de Ampudia, nr. 42 'Los tres hermanos' (1030 + 1653 B + 1535) = Meier-Karlinger, nr. 13; nr. 67 'El alduvinón' (1535).— Españolas de U.S.A.: Espinosa, *More Folk-Tales*, JAF XXVII, pp. 133-134 (1539 + 1535 V a, b). Rael, nr. 279 'Pedro de Urdimalas' (1537 + 1539 + 1528 + 1535); nr. 293 'Juan de la Burra' (1539); nr. 304 'Juan y Juanón' (1535 + 1537); nr. 305 'El codicioso y el tramposo' (1535); nr. 307 'Los guaraches' (1535); nr. 355 'Juan Lépero' (1535 + 1737 + 1535); nr. 360 'Los cuatro léperos' (1551 + 1539).— Argentinas: Aramburu, *Pedro Urdemales*, 121-128 'Urdemales y los milagros' (1539); pp. 129-137 'Urdemales y los bandidos' (1535 V a, b); pp. 138-144 'Urdemales y los ricachos' (1530 + 1535 V b); pp. 185-192 'Urdemales y el sombrero de tres picos' (1539); pp. 45-51 'Urdemales y el arriero' (1539); pp. 168-173 'Urdemales y el árbol de la plata' (1539); pp. 178-184 'Urdemales y el viaje al cielo' (1539). Chertudi, nr. 70 'El burro que caga plata' (1539); nr. 73 'Un tonto con dos hermanos' (1535 + 1537 + 1119); nr. 84 'Los tres hermanos' (1119 + 1537 + 1535). Chertudi, Juan Soldao, nr. 24 'El Perú y el Abá' (1539 + 1535), nr. 37 'Juan Tabaco' (1539 + 1535 + 1119). Di Lullo, pp. 235-237 'Las andanzas de Pedro Ordimán' (1535).— Colombiana: Amazonia Colombiana Americanista III, nr. 9-10, p. 37 'Cuento del rico y el pobre' (1535).— Dominicanas: Andrade, nr. 14 'Juan Sonso y Pedro Animal' (1535 III-IV); nr. 15 'Juan y Chiquitín' (1535 + 1537); nr. 16 'Toribito y Toribión' (1535 III-IV); nr. 17 'Pedro Animales y Juan Artimaña' (1528 + 1530 + 1535 V a); nr. 20 'Juan Sonso y su compadre Pedro' (1535 IV b); nr. 21 'Pedro Animal y el compadre' (1535 b); nr. 24 'Juan Bobo' (1535 V a, b); nr. 32 'Juan y el diablo' (328 I-II + 1122 + 1535 V a + 328 III a); nr. 121 'Lo do helmano' (1535 IV a + 613 I d, II-III); nr. 135 'Nicolasiyo y Nicolason' (1535 III a); nr. 143 'La chiva y el palo mágico' (1539); nr. 212 'El jigado dei chivo' (1535 IV); nr. 216 'El rico y el pobre' (1535 IV).— Guatemalteca: Recinos, JAF XXXI, pp. 476-478 'Historia de Pedro Ordinales' (1539 + 1004 + 1528 + 330 IV).— Mejicana tepecana: Mason, JAF XXVII, pp. 168-171, nr. 10 'Pedro de Ordinales' (1539 + 1528 + 1535 V + 330 IV).— Portorriqueñas: Mason-Espinosa, JAF XXXIV, p. 170 nr. 30 'Juan vende un pavo, Juan no quiere casarse con la hija del rey, Juan tira piedras en vez de quesos' (1535 V a); p. 171, nr. 30a (1681 B + 1535 V a, b); pp. 171-172, nr. 31 'Juan vende el cuero de la vaca, Juan no quiere casarse con la hija del rey' (1535 IV a, V a, b); p. 174, nr. 35 'El pájaro adivino' (1535a); pp. 176-179, nr. 37 'El conejo que llama a su amo, la olla que calienta el agua sin fuego, el pito que resucita' (1539 + 1535 IV b); pp. 179-180, nr. 38 'Juan siembra clavos, Pedro tira a su hermano dentro de un pozo' (1539 + 1535 V b); pp. 184-185, nr. 44 'Juan sujetando el mundo, Juan no quiere casarse con la hija del rey, Juan ahoga a su hermano, Juan mata a su hermano, Juan manda la cerda a misa, Juan mata los pollos' (1530 + 1535 V a, b). Ramírez de Arellano, nr. 92 'El hombre avaricioso' (1535 II a).— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, pp. 23-24 (1535 IV a: el pícaro dice que vendió una rata y los hermanos lo imitan con fatales consecuencias); pp. 29-31 (1535 V a); pp. 29-31 (1535 V a); pp. 33-35 (1535 V b); pp. 14-116 'De la famosa aventura de la carne que se asaba golpeándola con una correita de virtud' (1539). Laval, *Urdemales*, nr. I 'El árbol de la plata' (1539); nr. 5 'Huasquita de virtud' (1539); nr. 6 'La ollita de virtud' (1539); nr. 7 'La flauta que resucitaba muertos' (1535); nr. 9 'El sombrero de los tres cachitos' (1539); nr. 10 'El burro que cagaba plata' (1539); nr. 18 'El saco' (1535 V a, b).

Nuestro cuento nr. 186 es una combinación de episodios de los tipos 1528, 1539 y 1535 con el desarrollo siguiente:

1528 Un pícaro tapa sus propios excrementos y asegura a un rico viandante que ha cogido una perdiz de oro. El rico toma el lugar del pícaro, quien va en el caballo del rico en busca de ayuda para coger la perdiz. El pícaro no vuelve y el rico destapa el pájaro con desagradable consecuencia (K1252). + 1539 El pícaro vende una olla que cuece sin fuego (K112.1), un árbol que da monedas (K119). + 1535 IV b El pícaro vende un pito que resucita a su mujer supuestamente muerta, un incauto compra el pito y mata a su mujer con fatales consecuencias (K113.8); V a El pícaro es metido en un saco para arrojarlo al río; dice que está ahí porque no quiere casarse con la hija del rey y un viejo toma su puesto (K842); V b asegura que ha sacado ovejas del río y a pedido de sus enemigos los arroja a la corriente.

187. *Pedro Urdimale*. 188. *Pedro Urdimale*

Clasificación: Thompson K120.

Versión chilena: Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 11 'El entierro'.

Estas dos versiones y la de Laval tratan de la entrega de un falso tesoro (K120) para engañar al rey y obtener de él recompensa. Propongo que se cataloguen con el número 1528 A.

Nuestras dos versiones pertenecen a un mismo narrador, a quien se las grabé en magnetófono el 17 de enero y el 23 de diciembre de 1962, con el propósito de confirmar el experimento que ya había hecho en otra oportunidad (cf. tomo II, p. 337) acerca de la variabilidad narrativa en un mismo informante. Ahora el narrador no agregó motivos de otros cuentos para hacer más extensa la versión, manteniéndola en su desarrollo esencial, pero modificó, en cambio, el lenguaje cropolálico que empleó cuando estuvo narrando entre personas de su confianza y lo hizo más apto para un auditorio de quince personas para él desconocidas, entre las cuales se contaban varios niños.

189. *Pedro Urdemales*

Clasificación: Aarne-Thompson 1535 (Variante); Thompson C324.

El cuento nr. 189 está constituido por motivos modificados de los episodios del tipo 1535 y empieza con uno que tiene semejanza con el test de la curiosidad que es esencial al tipo 1416, pero como en el nuestro no hay indicio de test, sino simple curiosidad que aprovecha el embaucador, no hago referencia a este último tipo. El desarrollo es el siguiente:

1º 1535 III a (variante) El pícaro deja en custodia una caja que contiene un ratón; la mujer abre la caja y el ratón huye (C324); el pícaro exige dinero por el ratón de supuesta virtud. IV a (variante). El pícaro cuenta a unos arrieros que ha ganado dinero vendiendo ratas; los arrieros le imitan y son castigados. V b El pícaro roba ovejas y dice a los arrieros que las ha encontrado en el fondo del río; los arrieros se arrojan a la corriente y se ahogan.

Este cuento es notable, porque documenta un ejemplo de egomorfismo, como lo denomina Pinon en su instructivo ensayo sobre *Le conte merveilleux comme sujet d'études*, p. 17, es decir, una estructura narrativa en la cual el informante toma el puesto del héroe.

190. [Piedras por oro]

En este breve cuento se mezcla la avaricia del rey con el embaucamiento del pícaro, quien consigue casar con la princesa, haciendo creer al rey que le ha mandado guardar unos sacos llenos de oro. Este fraude podría considerarse como variante del elemento E¹ que establecen Bolte-Polívka II, p. 10, como uno de los motivos de los tipos de cuentos 1535 y 1539.

191. *Pedro Urdimale.* 192. *Peíro Ulimán*

Clasificación: Aarne-Thompson 1539 + 1535.

Ambos cuentos son una combinación de los tipos 1539 y 1535.

Versión 191: 1539 Un sombrero que paga supuestamente todo lo que se pide (K111.2) + 1535 IV b El pícaro vende una varilla que resucita aparentemente a una muerta. V a Al pícaro lo meten en un saco para arrojarlo al río. Cambia su puesto con un herrero (K842). V b A pedido de sus enemigos, los arroja al río para que saquen puercos.

Versión 192: 1539 El pícaro vende una burrita que caga plata (K111.1). + 1535 V a El pícaro es amarrado a la burra para arrojarlo al mar. Cambia su puesto con un ovejero (K842). V b A pedido de sus enemigos, el pícaro los arroja al mar para que saquen carneros.

193. *Pedro Urdimales*

Clasificación: Aarne-Thompson 1539; Hansen 1539 **A.

Un solo motivo constituye el cuento nr. 193, el del arbolito que da dinero, muy frecuente en la América Española.

194. *Pedro Animales*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1004 + 1535 + 1539 + 1535 + 1202 + 1650 + 1651; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1202, 1650, 1651; Anderson, en Tauscher, p. 173; Bolte-Polívka II, pp. 69-76; Delarue, en Félice, pp. 270-272; Eberhard-Boratav, Tipos 45, 256 IV, 295 IV; Hackmann 1202, 1650, 1651; Hansen 1202, 1650 A, 1651; Honti 1650, 1651; Laport 1650 A; Lo Nigro *1651; Loooris 1202, 1204, 1650, 1651; de Meyer 1650; Sinninghe 1651; Sveinsson 1651; Thompson-Roberts 1650, 1651; Thompson, *Folktale*, pp. 145-146; Thompson F708.1, J2196, K111.1, K113, K404.1, K411.1, K411.2, K842; Rotunda K411.1.

Versiones de los tipos 1202, 1650 y 1651: Alemanas: Grimm, nr. 70 'Die Glückskinder' (1650 + 1202 + 1650 + 1651).— Islandesa: Sveinsson, p. 169, resume una

versión del tipo 1651.— Celta de Escocia: Leach, en Thompson *Festschrift*, p. 51, nr. 9 (1651).— Inglesa: Brueyre, pp. 303-307, nr. 74 'Dick Whittington et son chat' (1651).— Lituana: Boehm-Specht., pp. 299-300, nr. 43 'Die drei Groschen' (1651).— Serbocroata: Leskien, nr. 25 'Wahres Verdienst bleib nicht verborgen' (1651).— Indica: Tauscher, nr. 11 'Verachte das Geringe nicht' (842 C* + 1651).— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 56 (1651, cuatro versiones); p. 310 (1651, una versión); p. 338 (1651, una versión).— Valona: Laport, p. 124 'Compere Cwanecu' (1650 + 1535).— Francesas: Carnoy, *Picardie*, pp. 283-292 'Le chat, le coq et la faucille' (1650 + 1651).— Félice, nr. 15 'Le meunier' (1650 + 1651). Luzel II, p. 195 'Les trois frères, ou le chat, le coq et l'échelle' (1650 + 1651). Perbosc, nr. 41 'Le sac, la faucille et le coq' (1650 + 1651). Sébillot, *Traditions* II, p. 139 (1650). Sébillot, *Folklore de France* III, p. 153 (1651).— Italianas: Lo Nigro, p. 269-270, analiza tres versiones sicilianas, de las cuales dos son de Pitri.— Catalanas: Alcover VII, pp. 162-178 'Es quatre germans' (1650 + 1202 + 1651).— Amades, *Rondallística*, nr. 373 'La terra dels babaus' (1651); nr. 557 III 'Els tontos de Bercaran' (1202 + 1203); nr. 1259 'Como fou trobada la falc' (1202).— Gallega: Prieto, nr. 18 'Os tres herdeiros' (1650).— Española: Cortés Vázquez, nr. 15 'La hoz, el gallo y el gato' (1650 + 1651).— Dominicanas: Andrade, nr. 66 'Lo tre jijo' (1650: el héroe hace zapatos en una ciudad donde la gente no los tiene); nr. 88 'El paí de lo ratone' (1651).

Este cuento multiepisódico contiene los tipos y motivos siguientes:

1º Los puercos en el pantano. (Tipo 1004).

2º El pícaro vende una guitarra que resucita una muerta aparente; el rey se la compra y mata a su esposa con fatales consecuencias. (Tipo 1535 IV b).

3º El pícaro vende al rey un asno que bota dinero. (Tipo 1539).

4º El pícaro es arrojado al río dentro de un saco; con el golpe se rompe el saco y el pícaro se salva. Engaña al rey diciéndole que las ovejas que lleva las sacó del río. A pedido del rey, lo arroja al río junto con sus mozos. No se sabe más de ellos. (Tipo 1535 V a, b).

5º El pícaro sale en busca de aventuras para hacerse rico y lleva consigo un gallo, una hoz y un gato. Llega a una ciudad donde van a buscar el día en carreta y no conocen los gallos. Vende al rey el gallo, que con su canto trae el día. (Tipo 1650).

6º El pícaro vende la hoz al rey, que cosecha el trigo a balazos. (Tipo 1202).

7º El pícaro vende el gato al mismo rey, en cuya ciudad matan las ratas a tablas. (Tipo 1651).

Este cuento se singulariza por la serie de episodios que termina con los motivos de los tipos 1650, 1202 y 1651, los cuales pueden encontrarse independientes o en combinación, como lo demuestran las versiones más arriba citadas. La combinación de los tres últimos tipos con otros cuentos o motivos se explica por la tendencia al relato largo que mostró el narrador, atribuyendo las aventuras a un solo

héroe, que se conduce desde el comienzo hasta el final como un embaucador. Así se explica cómo los tres hermanos se reducen a un personaje.

El cuento de los tres niños con suerte (1650) y el del gato de Whittington (1651) se recogió en España en 1951, por Cortés Vázquez. En América Española se conocía la variante del tipo 1650 y la versión del tipo 1651, ambas dominicanas independientes.

195. *El rico avariento y el pobre fatal*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1536 A; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1536; Boggs 1536 A; Espinosa III, pp. 166-180; Hackmann 1537**; Hansen 1536 A; De Meyer 1536; Qvigstad 1536; Sveinsson 1536; Thompson K2321; Thompson-Balys 2321.

Versiones: Alemana: Zaubert I, pp. 207-211 'Die Geschichte von der Metzelsuppe'.— Islandesa: Sveinsson, p. 161, trae el resumen de tres versiones.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 368 'El germà pobre i el germà ric'.— Española: Espinosa, nr. 176 'Los dos hermanos'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 308 'Los dos compadres'; nr. 309 'Los dos vecinos'; nr. 310 'Siñá Jabiela'; nr. 311 'Los tres hermanos'.— Argentina: Carrizo, *Revista del Instituto Nacional de la Tradición I*, pp. 244-247, nr. 22 'Los compadres'.— Mejicana tepecana: Mason, pp. 195-198, nr. 20 'Los dos compadres'.

196. *El compadre pobre y el compadre rico*

Clasificación: Aarne-Thompson 1535 IV a + 1536 A; Thompson K2321; Thompson-Balys 2321. Para el tipo 1535 cf. la anotación del cuento nr. 194.

Este cuento combina motivos modificados del tipo 1535 con el tipo 1536 A en la forma siguiente:

1º El pobre vende una caja con un ratón dentro. El rico va a vender ratones, como en el cuento 189, y es encarcelado. (1535 IV a var.).

2º El pobre quiere engañar nuevamente al rico, haciéndole creer que pagan bien por las mujeres muertas, pero el rico no le imita.

3º Motivos del cuento de la mujer en el cajón. (1536 A).

197. *Pedro Urdimale.* 198. *Los tres frailes*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1536 B; Bédier, *Fabliaux*, p. 236; Boggs 1536 B; Bolte-Polívka III, pp. 485-486; Eberhard-Boratav, Tipo 264; Espinosa II, pp. 153-159; Hackmann 1537*; Hansen 1536 B; Honti 1536 B; Laport 1536 B; Lo Nigro 1536 B; Looits 1601*; De Meyer 1537*; Pinon 1536 B; Sinninghe 1536 B; Sveinsson 1536 B; Thompson-Roberts 1536 B; Thompson, *Folktales*, p. 208; Thompson K2322; Thompson-Balys K2322; Rotunda K2322.

Versiones: Islandesa: Sveinsson, p. 162, resume una versión.— Árabe: Littmann, pp. 363-370 'Die Geschichte von dem einfältigen Fischer'.— Latina: *Historia de los siete sabios de Roma* (versión castellana del *Libro de septem sapientibus*), en Sendebarr, pp. 204-211.— Francesas: Pineau, pp. 209-212 'Les trois moines'. Rumania XI, pp. 119-121; XIII, pp. 428-429.— Italiana: Pitre III, pp. 244-247, nr. 164 'Li tri ghimmuruti', analizada por Lo Nigro. Boccaccio IV, 10; VIII, 8.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 431 'Els tres frares'.— Españolas: Cabal, pp. 187-190 'El cadáver prodigioso'. Espinosa, nr. 31 'Los tres frailes'; nr. 32 'Los tres frailes'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 488 'Los tres padres'.— Argentina: Chertudi, nr. 69 'La niña y los tres curas'.— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, pp. 210-219 (elaboración literaria). Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 15 'Los tres frailes'.

199. *Peiro Ulimán*

Clasificación: Aarne-Thompson 1535 IV a (variante) + 1536 B; Thompson C324, K2322. Para el tipo 1536 B, cf. la anotación de los cuentos 196-197.

Esta versión del tipo 1536 B tiene como introducción el motivo de la jaula de oro con el ratón, que la mujer abre por curiosidad; el ratón huye (C324), como en nuestro cuento nr. 189. El pícaro exige paga por el ratón y la joven, en cambio, le ofrece casar con él a condición de que entierre un fraile muerto. Con este enlace continúa el cuento de los tres frailes enterrados.

200. *Pedro Urdimal*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1540 I + 1319 + 1655 + 1536 B; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1540; Boggs 1655; Bolte-Polívka II, pp. 440-451 (sobre el tipo 1540), II, pp. 201-202 (sobre el tipo 1655); D'Aronco 1655; Delarue, en Boratav, pp. 208-209; Eberhard-Boratav, Tipo 339 (= 1540), Tipo 19 (= 1655); Hackmann 1540; Hansen 1540, 1655; Honti 1540; Krohn, pp. 155-159 (1540); Laport 1655 A; Lo Nigro 1655; Looorits 1540; Massignon, *Le conte populaire en Corse*, 1540; De Meyer, en Mérvaille, p. 197 (1540); Pinon 1540, 1655; Schullerus 1540; Sinninghe 1540, 1655; Sveinsson 1540; Thompson-Roberts 1540, 1655; Thompson, *Folktale*, pp. 168-169, p. 374 (1540), pp. 169-170 (1655); Wesselski, *Hodscha Nasreddin*, I, pp. 275-276; Thompson J1772.1, J2326, K251.1, K2322; Thompson-Balys J1772.1, K251.1, K2322; Rotunda K2322. Para el tipo 1655, cf. la anotación de los cuentos 211-212.

Versiones del tipo 1540: Alemana: Grimm, nr. 104 'Die klugen Leute' (C).— Alemanas de Suiza: Jegerlehner, pp. 137-138, nr. 152 'Wer ist die dümmste' (1541 + 1540); pp. 138-139, nr. 155 'Der Mann ist dümmmer als die Frau' (1540 + 1528).— Checa: Jech, nr. 51 'Wer dümmmer ist' (1385 + 1384 + 1540 + 1528).— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 371, analizan seis versiones.— Maltesa: Wesselski, *Hodscha Nasreddin*, I, pp. 173-175, nr. 305.— Francesas: Cosquin I, pp. 237-238, nr. 22 'Jeanne et Brimboraiau' (1540 + 1653). Mérvaille, nr. 5 'La neuve remariée et le soldat'. Orain, pp. 179-190 'Jacques Robert à la porte du paradis'. Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 112-116 'Celui qui vient du paradis'; pp. 117-119 'Le soldat de Paris'.— Vasca: Vinson, pp. 112-114 'Le vrai et le faux'.— Portuguesa: Coelho, nr. 41 'A machadinha'.— Argentina: Aramburu, *Pedro Urdemales*, pp. 163-167 'El cartero celestial' (versión estilizada).— Chilenas: Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 17 'El car-

tero del otro mundo'. *Linares*, nr. 33 (1941), p. 406 'Me voy porque sois muy tonta'.

El cuento pluriepisódico nr. 200 contiene versiones de los tipos del zapallo como huevo de yegua, el cambio ventajoso, los tres jorobados y un episodio del estudiante del paraíso con el desarrollo siguiente:

1º 1540 I. Una viuda envía para su marido, con el pícaro que dice que va para el cielo, pavos, ropa y una bolsa con cosas (J2326).

2º 1319. El pícaro vende un zapallo como huevo de yegua, que da un potrillo (J1772.1).

3º 1655 I (a). El pícaro deja en custodia un grano de maíz, que es lo único que posee; se lo come una polla y como damnificación recibe la polla (K251.1). (b) Del mismo modo, una vaca mata la polla de una coz. II. Una niña hace matar la vaca para comer la lengua y el héroe se lleva a la niña en un saco, que deja en casa de una vieja. III. La vieja descubre a la niña y la cambia por una perra (K1223.1).

4º 1536 B. Tres jóvenes beatas matan a tres curas que las pretenden y pagan al pícaro para que entierre un cadáver, pero éste vuelve aparentemente y tiene que enterrarlo de nuevo; al tercer cadáver lo quema (K2322). Al amanecer aparece un cura montado en un asno, el pícaro trata de matarlo, creyendo que es el mismo que ha enterrado y quemado, pero el cura se salva.

De las versiones chilenas del tipo 1540 se conocía la versión de Laval, que se menciona más arriba y que analiza Hansen. Pero hay otra versión que recogió don Julio Chacón del Campo en la ciudad de Linares, en 1935, y publicó en 1941 en la revista *Linares*, 33 nr. p. 406, que él mismo dirigía. Esta versión difiere de la de Laval y de la nuestra, en que el engaño que sufre la viuda que envía dinero y cosas a su marido, aparece enmarcado en el episodio del marido que se va de casa, porque su mujer es muy tonta, y regresa cuando encuentra otra que es más tonta, como en el cuento checo de 'Quién es más tonta', versión de Jech, nr. 51. Dox el resumen siguiente:

Un marido se va de casa, porque su mujer es muy tonta. Sólo regresará cuando encuentre otra que sea más tonta. En el camino se le acerca una mujer y le pregunta:

—¿Para dónde va, amigo?

—Para la gloria —le dijo, por contestarle algo.

—¿Por qué no me hace el favor de llevarle a mi marido, que se murió el año pasado, estos cien pesos y este traje nuevo que yo le hice y que pensaba mandarle con el primero que fuera a la gloria?

—Bueno, señora, yo se los llevaré.

Y tomando los cien pesos y el traje nuevo regresó a su casa, pensando para sí: "Esta mujer es más lesa que la mía". Al llegar a casa le dijo a su mujer:

—He vuelto porque ya encontré una mujer más lesa que tú, tan lesa, que me dio cien pesos y este traje para que se lo entregara a su marido que está en la gloria.

201. *Pedro Urdemales*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1541; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1541; Boggs 1541; Bolte-Polívka I, p. 521 (C²), p. 526; Eberhard-Boratav, Tipos 332 III, 333 III; Hackmann 1541; Laport 1541, *1541; Lo Nigro 1541, *1541; De Meyer 1541; Pinon 1541; Qvigstad 1541; Sinninghe 1541; Sveinsson 1541; Thompson-Roberts 1541; Thompson, *Folktale*, p. 200; Thompson J1744, K362.1, K1363, K1399; Sebeok-Nyerges J1744.

Versiones: Alemanas: Bolte-Polívka I, p. 521, citan doce versiones independientes o combinadas.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 137-138, nr. 152 'Wer ist die dümmste' (1541 + 1540).— Islandesas: Sveinsson, p. 163, resume dos versiones.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 366-367, analizan dos versiones.— Valonas: Laport, pp. 115-116, resume dos versiones.— Francesas: Bladé III, pp. 393-395 'Jean et Jeanne'. Cosquin I, p. 238. Luzel III, pp. 414-415 'Jean et Jeanne'. Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 145-147, nr. 37 'Jean et Jeanne'. Pineau, pp. 259-263 'Point-fine' (1541 + 1653 A).— Italianas: Lo Nigro, pp. 260-261, analiza cuatro versiones sicilianas, de ellas dos de Pitрэ.— Española: Cabal, pp. 164-166 'Catalina'.

Este cuento de Pedro Urdemales, que podría llamarse también No Mayo, es una versión del tipo 1541, For the Long Winter, pero termina con dos episodios de seducción obscenos, como las versiones de Islandia, que resume Sveinsson.

202. *Pedro Urdimale*

Clasificación: Aarne-Thompson 1545 Variante; Thompson J1544.1 (Absurda ignorancia del sexo), K602, K1363 (Seducción de persona ignorante del trato sexual).

En este cuento el pícaro seduce a la niña, haciéndole creer que el trato sexual es coser, como lo es el uso de la lima en el cuento dominicano de Andrade, nr. 296.

203. *Cominillo*

Clasificación: Aarne-Thompson 1545 Variante + (1562 A); Thompson K602, X1506.

En este cuento se une a la seducción de la niña, el robo del puerco pelado, al que el dueño da nombre singular (Dios), como en el tipo 1562 A.

204. *Pedro Urdimale*

Clasificación: Aarne-Thompson 1545 B; Hansen **1564; De Meyer 1542*, 1544*; Thompson K1327.

205. *Pedro Urdemales*

Clasificación: Thompson K1363, X700.

206. *Pedro Urdemales*

Clasificación: Aarne-Thompson 1541 A*; Lo Nigro *1545; Thompson K1321.1.1; Rotunda K1321.1.1.

Versiones italianas: Lo Nigro, p. 262, analiza dos versiones sicilianas, de las cuales una de Pitрэ.

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1562 A; Boggs 1940 *A; D'Aronco 1736; Espinosa II, pp. 260-264; Hansen 1940 *A; Lo Nigro 1699; Thompson J1269.12.

Versiones: Italianas: D'Aronco, pp. 189-190, analiza dos versiones toscanas. Lo Nigro, p. 277, analiza tres versiones sicilianas, de las cuales dos de Pitriè.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 1323 'De quan va ensenyar a l'escolanet la manera de parlar de Vallfogona'.— Portuguesa: Pires, pp. 11-13 'O padre ridiculo'.— Brasileña: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 297-298 'O menino sabido e o padre'.— Españolas: Cabal, pp. 229-230 'Galimatías'. Cortés, nr. 1 'Cuento del cura y el criado'; nr. 2 'Cuento del cura y del criado'. Espinosa, nr. 57 'El Agnus Dei'; nr. 58 'La dóisima próisima'; nr. 59 'La chipiritaina'. Folklore Andaluz, pp. 134-135 'El cura y el ordenado'; p. 135 (resumen). Larrea Palacín, nr. 27 'El cura y el hortelano'. Llano Roza de Ampudia, nr. 152 'La habitáculam'; nr. 81 'El rezo de un pobre' (robo de Ángelus = morcilla, sin incendio de la casa). Revista de Dialectología y Tradiciones Populares III, p. 88 'El cura del puebru'.— Española de U.S.A.: Rael, nr. 288 'Pedro de Urdemales'.— Argentina: Chertudi, nr. 91 'El cura y el muchacho'.— Dominicana: Andrade, nr. 283 'El hombre que no conocía el nombre de nada' (robo del santo = tocino, sin incendio de la casa).— Chilenas: Acevedo Hernández, *Pedro Urdemales*, pp. 123-129 'En que se cuenta la aventura de un soldadillo, un cura y una linda penitente' (versión reelaborada). Laval, *Del latín en el folklore chileno*, 2ª edición, en *Revista de Folklore Chileno* VI, pp. 222-223.

Las tres versiones chilenas, la de Acevedo Hernández, la de Laval y la nuestra, corresponden exactamente al desarrollo del tipo 1562 A de la nueva revisión del índice de Aarne-Thompson.

208. *No Mayo*

Clasificación: Aarne-Thompson (1541) + (1562 A).

Este cuento es una amalgama de motivos de los tipos 1541 y 1562 A, pero le faltan rasgos esenciales de ambos: 1º Que el pícaro se haga pasar por Mayo (1541) y 2º que provoque el incendio de la casa (1562 A).

209. *Los pipiolillos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1626; Boggs 1626, *1942; Bolte-Polívka IV, p. 139; Cámara Cascudo, *Contos*, p. 278; *Handwörterbuch des deutschen Märchens* I, p. 95; Hansen 1626; Lo Nigro 1626; Pinon 1626; Sinninghe 1626; Sveinsson 1626; Thompson-Roberts 1626; Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, pp. 243-244, nr. 540; Thompson K444, K444.1; Thompson-Balys K444; Rotunda K444.

Versiones: Alemana: Zauert I, pp. 201-202 'Die drei Träume'.— Latinas: *Gesta Romarorum* (ed. Hesse), pp. 101-103 'Die drei Gesellen'. *Disciplina Clericalis* (ed. de González Palencia, según la de Hilka y Söderhjelm), nr. 19 'Exemplum de duobus burgensibus et rustico' = *Libro de los enxemplos* (ed. de González Palencia), nr. 19 'Ejemplo de los dos burgueses y el rústico'.— Árabe: Basset, *1001 Contes* I, pp. 516-517 'Le meilleur rêve'.— Italianas: Lo Nigro, p. 265, analiza dos

versiones sicilianas, entre ellas la de Pitre III, pp. 296-299, nr. 173 'Lu monacu e lu frattu'.— Brasileñas: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 277-278 'O caboclo, o padre e o estudante'. Câmara Cascudo, *Estórias*, p. 30 'O preço do sonho'.— Española: Folklore Andaluz, pp. 133-134 'Juaniyo er tonto'.— Españolas de U.S.A.: Mac Curdy, *Southern Folklore Quarterly*, Vol. XII, p. 237 'Los tres bandidos'. Rael, nr. 87 'Los dos sabios y el cocinero'.— Argentina: Chertudi, nr. 85 'El cura y el paisano' = Chertudi, Juan Soldao, nr. 38.— Dominicanas: Hansen, p. 143, analiza diez versiones.

La segunda parte de este cuento corresponde al tipo 1626 'Drean Bread'; el comienzo desarrolla el episodio del huevo que se come el más vivo, porque sabe más latín, tal como en la versión española y en la versión dominicana que analiza 'Los dos sabios y el cocinero'.— Argentina: Chertudi, nr. 85 'El cura y el paisano' = Chertudi, Juan Soldao, nr. 38.— Dominicanas: Hansen, p. 143, analiza diez versiones. ligados.

210. Juan Arote

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1640; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1640; Boggs 1640; Bolte-Polívka I, pp. 148-165; Bødker *The Brave Tailor in Danish Tradition*, en Thompson *Festschrift*, pp. 1-23; Eberhard-Boratav 162, 199 IV, 351 IV, 353, 365; Espinosa III, pp. 222-228; Hackmann 1640; Hansen 1640; Honti 1640; Lo Nigro 1640; Loorits 1640; de Meyer 1640; Schullerus 1640; Sinninghe 1640; Sveinsson 1640; Thompson-Roberts 1640; Thompson, *Folktales*, p. 144; Thompson H38.2.1 (deudas), J1115.4 (zapatero), K771 (serpiente destrozada por el árbol), K1951.1, K1951.3; Thompson-Balys K1951.1.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 20 'Das tapfere Schneiderlein'. Henssen, *Überlieferung*, nr. 33 'Jan Unverzagt'. Henssen, *Jülicher Land*, nr. 457 'Johannes Unverzagt'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 122-124, nr. 144 'Hundert auf einen Streich'.— Islandesas: Sveinsson, pp. 166-167, analiza ocho versiones.— Danesas: Bødker estudia 53 versiones.— Rusa: Löwis of Menar, nr. 27 'Fona Berenniko' = Afanasiev, *Cuentos populares rusos*, pp. 101-106.— Caucásica: Dirr, nr. 4 'Der tapfere Näsni'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 179-180, 235, 385, 398-399, analizan 44 versiones y variantes.— Griegas: Hahn I, nr. 18 'Der Bartlose und der Drakos'; I, nr. 23 'Herr Lazarus und die Draken'.— Retorromana: Decurtins, nr. 46 'Il Schnider, che haveva mazzau siat e blassau siat' = Bundi, pp. 52-54 'Vom Schneiderlein, das sieben getötet und sieben verwundet hat'.— Francesas: Cosquin, I, pp. 95-96, nr. 8 'Le tailleur et le géant'. Orain, p. 50 'Cinq cents d' un coup de poing'.— Italianas: Andrews, nr. 44 'Le Cascol'. Monnier, pp. 213-215 'Le savetier'. Lo Nigro, p. 266, analiza una versión siciliana.— Catalana: Alcover I, pp. 45-57 'En Martí Tacó'.— Portuguesa: Braga, *Contos tradicionais do povo português* I, p. 172, nr. 179 'Dom Caio' = Pires de Lima, pp. 158-159.— Brasileña: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 201-203 'Mata-sete'. Romero, pp. 56-60, nr. 18 'João Gurumete'.— Españolas: Curriel Merchán, pp. 112-115 'El zapatero astuto'. Espinosa, nr. 194 'Juan Chiruguete mata uno y espanta siete'. Sánchez Pérez, nr. 80 'Juan Bolodrón, mata siete el valentón'.— Españolas de USA: Rael, nr. 337 'Juan Camisón'; nr. 338 'Juan Birumbete'; nr. 341 'Pulguerín, que mata a siete de un soplido'.— Argentinas: Chertudi, nr. 86 'Juan Chirimote, que mata siete de un golpe'. Chertudi, *Juan Soldao*, nr. 33, 'Juan Magallo mata cien'.— Dominicanas: Andrade, nr. 175 'Don Pedro mata siete y de revé tre'; nr. 176 'Juan Matasiete'; nr. 177 'Juan Turulete'.— Portorriqueñas: Ramírez

de Arellano, nr. 127 'El zapatero valiente'; nr. 128 'Don Juan Bolondrón'.— Chilena: Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas I, pp. 121-125 'Don Juan Bolondrón'.

Esta interesante versión del tipo 1640 'The Brave Tailor', comienza con una introducción que nada tiene que ver con este tipo de cuento y que consta de los motivos siguientes:

1º El zapatero recibe dinero anticipado de cinco personas que le mandan a hacer calzado; los trabajos no los termina porque no tiene materiales.

2º Cuando los clientes van a buscar el calzado, la hermana del zapatero declara que éste ha muerto y que no tiene dinero ni para una vela. Le dejan limosna para el velatorio.

3º El quinto cliente se condeule y lo arroja en una tumba sobre otros muertos.

4º Doce bandidos llegan a refugiarse en la misma tumba. Disputan por una pequeña cantidad de dinero. El capitán decide que el que apuñale más al muerto más fresco se queda con el dinero.

5º El muerto aparente se levanta, llama de miedo a todos los difuntos y él mismo contesta por ellos; los bandidos huyen dejando el botín.

6º Los bandidos envían a un observador; a su regreso éste declara que centenares de personas están disputando por el dinero.

Los motivos 2-6, que no he encontrado en versiones hispánicas, tienen paralelos en versiones y variantes turcas de Eberhard-Boratav, especialmente del nr. 353; los motivos 4 y 6 son exactamente iguales al motivo 6 de los cuentos turcos y los motivos 2, 3 y 5 guardan mayor o menor similitud.

La versión propiamente tal de 'The Brave Tailor' que sigue a esa introducción carece de la sección II del tipo 1640 de Aarne-Thompson y desarrolla los motivos de las demás en forma trastrocada, insinuada o modificada:

I El zapatero mata de un palmazo siete moscas y aturde catorce. Coloca fuera de su cuarto un letrero que dice: "Mata siete y aturde catorce de un golpe. Juan Arote". (K1951.1).

IV El rey envía soldados a buscarlo y el zapatero los intimida con baladronadas. (K1951.3).

III El rey va a buscarlo y lo nombra general para que, al frente de su ejército, vaya a matar una serpiente.

V En el campo de batalla intimida el zapatero al enemigo con baladronadas. (K1951.3).

IIIb Aparece la serpiente y, al esquivarla el zapatero, se golpea contra un árbol destrozándolo, un trozo le cae encima y la mata. (K771 var.).

IVa El zapatero casa con la princesa. En sueños revela su condición de deudor (H38.2.1), pero la princesa no le entiende.

211. *Pedro Urdimale.*

212. *Pedro Urdimale*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1655; Boggs 1655; Bolte-Polívka II, pp. 201-202; D' Aronco 1655; Delarue, en Boratav, pp. 208-209; Eberhard-Boratav, Tipo 19; Hansen 1655; Laport 1655 A; Lo Nigro 1655; Sinninghe 1655; Thompson-Roberts 1655; Thompson K251.1, K1223.1; Thompson-Balys K *251.1, K1223.1; Rotunda K1223.1.

Versiones: Alemanas: Bolte-Polívka II, p. 201, citan tres versiones.— Turcas: Boratav, nr. 3 'Le corbeau qui fut piqué d' une épine à la patte'. Eberhard-Boratav, p. 37, analizan 15 versiones.— Maltesa: Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, pp. 94-96, nr. 421.— Cabilla: Rivière, pp. 79-81 'Le chacal'; pp. 95-97 'L'enfant'.— Valona: Laport, p. 125 'Pataipatinai'.— Francesas: Cosquin II, pp. 202-205, 'L' homme au pois'. Fleury, pp. 186-189 'Merlicoquet'. Luzel III, pp. 400-406 'Pierre-le-Niais'. Massignon, nr. 27 'Le bonhomme Barat'. Maugard, nr. 25 'Le conte de la lentille'. Orain, pp. 225-233 'Mirliflochet'. Perbosc, nr. 42 'La jolie fille et la chienne boitesse'. Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 91-94 'L' épi de blé'.— Italianas: D' Aronco, pp. 119-120, analiza cuatro versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 273-274, analiza cuatro versiones sicilianas, entre las cuales la de Pitriè III, pp. 96-101, nr. 135 'Lu nasu di lu sagristanu'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 384 'El gra de mill'.— Brasileña: Romero, pp. 12-14, nr. 5 'Uma das de Pedro Malas-Artes'.— Española: Llano Roza de Ampudia, nr. 47 'Por no andar en justicia'.— Chilena: Laval, *Pedro Urdemales*, nr. 20 'La gallina'.

Nuestras tres versiones del tipo 1655 'The Profitable Exchange', las dos independientes 211-212 y la contenida en el cuento pluriepisódico nr. 200, coinciden con el esquema de Bolte-Polívka II, p. 201, con la diferencia de que en este esquema hay cuatro cambios antes de que el pícaro exija a la niña como damnificación y en las versiones 211-212 hay tres y en la 200 hay dos. Las versiones 211-212, que son muy semejantes entre sí acaso porque fueron narradas en un mismo lugar, desarrollan los motivos siguientes del tipo 1655 de Aarne-Thompson:

I(a) El pícaro tiene un grano de cereal, que se lo come una gallina, y obtiene la gallina como damnificación. (K251.1). (b) Del mismo un cerdo se come la gallina, y (c) una vaca mata al cerdo.

II (a) Matan la vaca para que la niña coma. El pícaro exige y obtiene que le den a la niña.

III (b) El pícaro se lleva a la niña dentro de un saco. La niña es substituida por un perro. (K1223.1).

213. *Nosotros mismos.*

214. *Nosotros fuimos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1697; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1697; Boggs 1697; Bolte-Polívka II, pp. 561-566; Dorson 1697; Espinosa II, pp. 254-

257; Hackmann 1697; Hansen 1697; Laport 1697; de Meyer 1697; Pinon 1697; Schuller 1697; Sinninghe 1697; Thompson-Roberts 1697; Thompson C495.2.2; Thompson-Balys C495.2.2.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 120 'Die drei Handwerksburschen'.— Caucásica: Dirr, nr. 81 'Wir - Schulden - Drei Kreutzer'.— Húngara: Klimó, p. 277 'Le diable et les trois garçons slaves'.— Valona: Laport, p. 129, 'Les trois Flamants'.— Francesas: Carnoy, *Littérature orale*, pp. 264-272 'Les trois hommes à la barbe rousse'. Sébillot, *Haute-Bretagne*, pp. 110-111 'C'est nous autres, messieurs'. Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 165-167, nr. 42 'Le sot seigneur et ses fils sots'. Seignolle II, nr. 82 'Les trois sots'.— Catalanas: Alcover IV, pp. 162-164 'Tres germans beneits'.— Portuguesa: A Tradição I (1899), p. 190 'Tres gallegos querendo falar á politica' (cita de Bolte-Polívká II, p. 565).— Españolas: Curiel Merchán, pp. 136-137 'Por lo regular...'. Espinosa, nr. 52 'Los tres gallegos'. Llano Roza de Ampudia, nr. 66 'Los tres rapaces gallegos'.— Española de USA: Rael, nr. 69 'Los tres gachupines'.— Argentina: Chertudi, nr. 76 'Tres cosas'.— Dominicana: Andrade, nr. 289 'Lo tre haitiano'.— Chilena: Laval, *Cuentos I*, nr. 29 'Los tres hermanos que salieron a aprender a hablar'.

215. [Palabras mal entendidas]

Clasificación y estudio: Aarne-Thompson 1698 G; Aarne, *Schwänke über schwerhörige Menschen*, pp. 40-41.

Este cuento humorístico no trata propiamente de sordos, sino de dos personas que a cierta distancia entienden mal un núcleo lingüístico final que suena igual que una palabra, llevando así a un equívoco cómico, como en el subtipo 1698 G de Aarne-Thompson. El profesor Thompson estableció este subtipo en su segunda revisión del índice basándose en una versión danesa manuscrita, que tiene como paralelo una narración literaria de la colección "Fasciculus Facietiarum novissimarum" de 1670 resumida por Aarne en su obra "Schwänke über schwerhörige Menschen", p. 40. En nuestra versión chilena el leñador pide a su mujer "la hacha ancha" y ésta entiende "la chancha" (cerda); el leñador contesta de lejos a su compadre que castiga a su mujer por causa de "la hacha ancha" y el compadre dice que está bien que le pegue por "lacha" (enamorada).

No conozco otra versión del subtipo 1698 G. La versión chilena que analiza Hansen con el número 1698 **GB contiene el equívoco de palabras mal entendidas en situación diferente a la que produce un diálogo a la distancia, por lo que supongo que Thompson no la utiliza en su índice.

216. Chasco

Clasificación: Aarne-Thompson 1781 + 1355; Thompson K1218.9.1, Q450.

Se da cita al cura y se le hace una jugarreta obscena y cruel.

217. El cura que se adueñaba de las señoras casadas

Clasificación: Aarne-Thompson 1730 B* + 1781 + 1440; Thompson J1615, K335.1.6.1, Q450, Q469.10.1.

218. *El arzobispo*

No conozco otras versiones de este cuento humorístico, que no está representado, salvo error, en el índice de Aarne-Thompson.

219. *Los chovos*

Este cuento no encaja en el padrón del tipo 1940 'The Extraordinary Names', porque los personajes usan los nombres obscenos y sucios no por picardía, sino por costumbre y pereza mental, como lo indica la voz "chovo" que deriva de raíz araucana que significa "perezoso", y en nuestro cuento se le entiende como "mal hablado".

220. *El cajoncito con medallas*

Clasificación: 1842 D* + Aarne-Thompson 1940?

Este cuento consta de dos partes. La primera se refiere a la avaricia de un cura, que se apodera de un cajón con medallas de oro, haciendo creer al campesino que lo ha encontrado que son medallas. Esta parte podría constituir un nuevo tipo 1842*. La segunda podría corresponder al tipo 1940. Las hijas del campesino engañado se burlan del cura haciéndose llamar por nombres cropoláticos, lo embriagan y recuperan el tesoro.

221. *Los embusteros chilenos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1920 E + 1920 A (cf. 1960 D) + 1930 + 1920 A (cf. 1960 F); Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 1920 A, 1930, 1960 F; Boggs 1930, 1960 D; Bolte-Polívka II, pp. 509-516, III, pp. 161-193, pp. 244-258; Eberhard-Boratav, Tipos 358 y 363; Hackmann 1920 A, 1960 D, 1960 F; Hansen 1889 **F, 1889 **N, 1930 **A; Honti 1920 A; Laport 1920 A, 1960 F; Lo Nigro 1960 D, F; de Meyer 1960 D; Pinon 1960 D; Qvigstad 1930; Schullerus 1920 A; Thompson-Roberts 1920 A, 1960 D; Thompson, *Folktale*, p. 215; Thompson K455.7, X907.1, X908 (río ardiendo), X909, X1031.1.1, X1423.1 (murallas de queso).

Versiones del tipo 1920 A: Lituana: Boehm-Specht, nr. 39 'Lügenezählung'.— Valona: Laport, p. 135 'Le chou et la marmite'.— Francesa: Carnoy, *Contes Français*, pp. 221-223, nr. 35 'Les mensonges'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 76 'En Joan Gep' (513 A + 1920 A).— Españolas: Pinedo (siglo XVI), en *Cuentos viejos de la vieja España*, pp. 301-302. Valera, *Cuentos y chascarrillos andaluces*, p. 1226 'La col y la caldera'.

Versiones del tipo 1930: Alemanas: Grimm, nr. 158 'Das Märchen vom Schlauffenland'; nr. 159 'Das Dithmarsische Lügenmärchen'.— Estona: Loorits, *Estnische Volkserzählungen*, nr. 2 'Der tapfere Mann' (1960 G + 1930 + 1875).— Griega literaria: Heródoto III, 17, 18.— Italiana literaria: Boccaccio, *Decamerón* VIII, nr. 3.— Españolas: Durán, *Romancero General*, nr. 1347, 1733 'La isla de la Chacona' (1930 + 1960 D). Juan Ruiz, *Libro de Buen Amor*, coplas 112 y 331. Lope de Rueda, *El deleitoso*, Paso Quinto, pp. 194-203.— Chilena: El Ateneo I, pp. 16-17 'La leyenda de la ciudad deleitosa que constituye el paraíso de los rotos'.

La versión nr. 221 es una amalgama de motivos de los tipos 1920 A, 1920 E y 1930, en cuyo desarrollo se mezclan y confunden. Dos pícaros se alían para ganar dinero o comida diciendo mentiras. El segundo, que pasa por un extraño, corrobora las mentiras del primero (K445.7, X907.1). Uno dice que ha visto un río ardiendo y el otro, pescados asados que cargan en carreta (X908). Uno dice que ha visto una muralla de adobes de queso y adobes de barro y una era en que trillaban leche cuajada para hacer quesos; el otro, que ha sacado una pata de potrillo de un trozo de queso (X909). Uno dice que ha visto un niño de pecho con nueve brazos; el otro, una camisita con nueve mangas (X909). Los dos compañeros apuestan a ver cuál dice la mentira más grande. Uno ha visto en el centro del Africa un repollo tan grande que cubre todas las escuadras del mundo y una de sus hojas la escuadra chilena (X1423.1); el segundo, una caldera descomunal, cuyas planchas son tan grandes que los caldereros sienten los golpes de remaches sólo a las veinticuatro horas después que se han dado (X1031.1.1).

222. *Los mentirosos*

Clasificación: Aarne-Thompson 1930 + 1920 E + 1920 D*; Hansen 1920 **D; Thompson F54.2, X909. Cf. 1960 G. Para los tipos 1930 y 1920 E, cf. la anotación del cuento nr. 221.

Versión chilena del subtipo 1920 D*: Laval, *Cuentos I*, nr. 37 'Las tres mentiras'.

223. *Las doce palabras redobladas*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 2010; Boggs *2045; Bolte-Polívká III, p. 15, nota 1; Delarue, en Perbosc, pp. 280-284; Espinosa II, pp. 111-143; *Handwörterbuch des deutschen Märchens* II, pp. 171-174 (de Archer Taylor); Hansen *2045; Vicuña Cifuentes, *Mitos*, pp. 133-156; Thompson Z22.

Versiones: Alemana: Vicuña Cifuentes, *Mitos*, p. 150 (= *Über Volks- und Kinderdichtung...* von Dr. Sachse, en *Jahresbericht über die höhere Knabenschule Potsdamerstrasse*, nr. 3, Berlin, 1869, p. 48).— Eslovenas: Giese, *Eusko Yakintza* II (1949), p. 354, reproduce en español tres cantos.— Polaca: Giese, ibídem, p. 354, reproduce en español las respuestas de una versión del canto.— Vascas: J. M. de Barandíán, en *Eusko Yakintza* II, pp. 355-356 'Samartiñen Kanta' (Canto de San Martín). Giese, *Revue Internationale des Études Basques* XXVI (1935), pp. 627-632. Vinson, pp. 11-14 'Les douze mystères = Sébillot, *Provinces*, pp. 146-148, nr. 23.— Francesas: Orain I, pp. 30-31. Perbosc, nr. 36 'Les treizes vérités; p. 280.— Italiana: Andrews, nr. 45 'Les douze paroles de la vérité'.— Catalana: Vicuña Cifuentes, *Mitos*, p. 145 'Las doce palabras' (= Milá y Fontanals, *Romancerillo catalán*, p. 60).— Gallega: Prieto, nr. 30 'As doce palabras retornadas'.— Portuguesas: Cardoso-Pinto II, pp. 159-164, nr. 10 'As doze verdades ditas e retornadas'. Lopes Dias, *Etnografía da Baixa* III, pp. 187-196 'As treze palavras ditas e retornadas'. *Romania* III, pp. 270-274.— Españolas: BTPE II, pp. 180-182 'Las doce palabras tornadas'. Durán, *Romancero General* II, nr. 1323. Espinosa, nr. 14 'Las doce palabras torneadas'. Larrea Palacín, nr. 17 'Las doce palabras torneadas'. Llano Roza de Ampudia, *Del folklore asturiano*, pp. 103-105. Sánchez Pérez, nr. 30 'Las doce palabras'.— Española de USA: Espinosa, en Vicuña Cifuentes, *Mitos*, pp. 108-109 'Las doce palabras redobladas o las doce verdades del mundo'.— Argentinas: Carrizo,

Antecedentes hispano-medioevales, pp. 820-821 'Las doce palabras tornadas' (conjuro contra los espantos). Carrizo, *Catamarca*, nr. 1457 (rima infantil). Carrizo, *La Rioja II*, nr. 666 'Amigo, dígame la una'; nr. 666A 'Una que es uno'; nr. 667 'Digo la una que es una' (oración). Carrizo, *Tucumán I*, nrs. 278-278A. Carrizo-Perkins, pp. 99-100 'Las doce palabras redobladas' (cuento). Jijena Sánchez, nr. 46 'Las doce palabras redobladas'. Jijena Sánchez, *La luna y el sol*, pp. 89-95.—Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 139 'Las doce palabras torneadas'.—Chilenas: Juan Godoy, *La cifra solitaria*, pp. 75-83 (elaboración literaria como conjuro contra el diablo). Laval, *Folklore de Carahue I*, pp. 33-38 'Las doce palabras redobladas' (conjuro). Laval, *Cuentos II*, nr. 43 'Las doce palabras redobladas'. Laval, *Oraciones*, pp. 169-173 'Las doce palabras redobladas' (tres versiones). Vicuña Cifuentes, *Mitos*, pp. 133-136 'Las doce palabras redobladas' (conjuro). Vicuña Cifuentes, *Prosas de otros días*, p. 202 (conjuro). Manríquez, *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección de Filología III (1943)*, pp. 104-108 'Las doce palabras redobladas' (conjuro). Muñoz, *Anal. de la Fac. Fil. y Ed. III*, pp. 178-172 (cuento); pp. 176-177 'Romance de las doce palabras redobladas'.—Araucana: Koessler-Ilg, *Tradiciones araucanas I*, pp. 54-56 (conjuro contra la muerte).

Tres versiones chilenas, incluyendo la nuestra, hay ya publicadas del cuento de 'Ehod mi yodea' — 'Les douze paroles de la vérité' — 'Las doce palabras retornaadas', que en la nueva revisión de Aarne-Thompson lleva el número 2010. La segunda versión de la Sra. Muñoz es notable por la forma de romance que toma. Las otras ocho son conjuros u oraciones.

224. *La hormiguita y el Ratón Pérez*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 2023; Boggs *2023; Eberhard-Boratav, Tipo 21; Espinosa III, pp. 445-450; *Handwörterbuch des deutschen Märchens II*, p. 178 (de Archer Taylor). Hansen *2023; Thompson Z32.3.

Versiones: Turcas: Eberhad-Boratav, pp. 38-39, analizan quince versiones (caracol y rata).—Griega: Legrand, pp. 183-185 'Le fourmi et le mulot'.—Francesas: Carnoy, *Littérature orale*, p. 217 'Kiou-Cou et Kiou-Coclet'.—Españolas: Curiel Merchán, p. 183 'La hormiguita'; pp. 194-195 'La Mariquita'. Espinosa, nr. 27 'La hormiguita'; nr. 272 'La hormiguita'.—Española de las Canarias: Cuscoy, pp. 168-169, nr. 5 'La cucarachita y el ratoncito'.—Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 99a 'La cucarachita Martina' = Coluccio, *Folklore de las Américas*, pp. 390-391.

Nuestro cuento nr. 224 pertenece al tipo 2023 de la nueva revisión del índice de Aarne-Thompson, sin el episodio del duelo, característica que podría dar razón para constituir un subtipo 2023 A. Espinosa III, pp. 447-449, ya había observado esta característica en quince versiones en lengua española, dos portuguesas, una italiana y una francesa. Podemos agregar que las versiones turcas de Eberhard-Boratav tampoco contienen el episodio del duelo y se separan del tipo 2023 en los motivos 3, 4 y 5: 3 La rata va a unas bodas; mientras tanto el caracol lava la ropa en un hoyo; 4 El caracol cae dentro del hoyo y solicita auxilio a jinetes que pasan; 5 Llega la rata, el caracol se enoja de que llegue tan tarde, la rata se molesta por ello y lo mata.

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 2031; Boggs 2031; Bolte-Polívka I, p. 148 nota 2; Delarue, en Longchamps, p. 218; Delarue, en Perbosc, pp. 275-276; Eberhard-Boratav, Tipo 28; Haavio, *Kettenmärchenstudien* I, p. 20, p. 79; *Handwörterbuch des deutschen Märchens* II, pp. 182-185 (de Taylor); Hansen 2031; Thompson-Roberts 2031; Thompson Z42; Thompson-Balys Z42.

Versiones: Malgache: Longchamps, nr. 5 'Ibotity, ou De plus en plus fort'.— Hebreá: Bolte-Polívka IV, p. 335, nr. 28.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 44, analiza una versión.— Francesa: Perbosc, nr. 32 'Le pèlerinage de la pauvre fourmiguette'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 253 'La cabreta'.— Portuguesas: Coelho, *Contos nacionais*, nr. 4 'A formiga e a neve' (en verso). Coelho, *Contos populares*, nr. 2 'A formiga e a neve'. Pires de Lima, pp. 66-71 'O conto da raposa'.— Brasileña: Romero, pp. 103-104, nr. 34 'A formiga'.— Españolas: BTPE II, pp. 294-295 'La cabrita'. Curiel Merchán, pp. 115-117 'El gallo y el carámbano'. Llano Roza de Ampudia, nr. 186 'El paxarín'.— Españolas de U.S.A.: Espinosa, *More Folk-Tales*, JAF XXVII, pp. 138-139, nr. 18 'L' hormiguita'; pp. 222-224 'L' hormiguita'. Hispania XXIII, pp. 140-143, nr. 12 'La hormiguita'. Rael, nr. 391 'La hormiguita', nr. 392 'La hormiguita'. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares X, pp. 39-41, nr. 85 'La hormiguita'.— Argentina: *Antología Folklórica Argentina* I, pp. 221-226 'Nieve que cortas patita' = *Antología Folklórica Argentina* II, pp. 195-200. Carrizo, *Tucumán* I, nr. 91. Draghi Lucero, *Cancionero popular cuyano*, pp. 331-332 (en verso).— Guatemalteca: Recinos, pp. 482-483 'El mosquito'.— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 18 'La hormiguita'; nr. 19 'La hormiguita'; nr. 20 'La hormiguita'; nr. 21 'la hormiguita'.— Chilenas: Laval, *Cuentos* I, pp. 26-29, nr. 4 'La tenquita'. Lenz, en *Phonetische Studien*. Zeitschrift für Wissenschaftliche und Praktische Phonetik... herausgegeben von Wilhelm Victor, Marburg, Band VI (1893), p. 295 'La averiguación de la tenca' = Lenz, *Araukanische Märchen*, pp. 44-46 'Die Geschichte von dem Vogel' = Lenz, *Estudios araucanos* VI, p. 200, nota, 'La averiguación de la tenca' = *El Español en Chile*, pp. 200-205.— Araucanas de Chile: Augusta, pp. 128-130 'La suma causa'. Lenz, *Estudios araucanos* VI, pp. 200-202, nr. 7 'Cuento de un pajarito llamado Caminante'.— Araucana de Argentina: Lehmann-Nitsche, *Märchen*, pp. 160-161, nr. 4 'Die Geschichte vom Hund und der Ratte'.

Las cuatro versiones chilenas, la de Lenz publicada por primera vez en 1893, la de Laval, y las dos nuestras, corresponden en forma completa al tipo 2031 'Stronger and Strongest'. La versión araucana recogida por Lenz en abril de 1895 y publicada por primera vez en alemán el año 1896 y al siguiente en español, es de evidente origen peninsular. Lenz ya había hecho esta observación, agregando que "en el cuento araucano las repeticiones se habrán suprimido por ser demasiado complicadas para el gusto indígena" (*Estudios Araucanos* VI, p. 200, nota).

227. *La zorra*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 4; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 4; Boggs 4; Bolte-Polívka II, pp. 117-119; Hackmann 4; Hansen 4; Honti 4; Lo Nigro 4; Qvigstad 4; Thompson-Roberts 4; Thompson, *Folktale* p. 220; Thompson II f + 4).

Versiones: Estona: Loorits, *Etnische Volkserzählungen*, nr. 15 'Der Wolf und der Fuchs auf der Hochzeit' (100 + 3 + 4).— Griega: Hahn II, nr. 86 'Von der Füchsin, dem Wolfe und dem Priester'.— Italianas: Lo Nigro, p. 4, analiza cuatro versiones sicilianas, de las cuales tres son de Pitrè.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 261 'Compare Llop i comare Guilla en temps de sega' (34 B + 4 + 5).— Portuguesa: Coelho, *Contos populares*, nr. 8 'Raposinha gaitera'.— Brasileña: Roméro, pp. 144-145 'O cágado e o teiú. = Carvalho Neto, *Folklore y psicoanálisi*, pp. 273-274 'La tortuga terrestre y el lagarto'.— Española: Boggs, p. 28, cita una versión.— Española de U.S.A.: Rael, nr. 380 'La zorra y el coyote'; nr. 381 'La zorrilla astuta y el coyote flojo'.— Dominicana: Andrade, nr. 245 'La zorra y el conejo' (**74 C + 155 + 4).— Mejicana tepecana: Mason, nr. 2 (34 + 49 + 1530 + 4).— Chilenas: Laval, *Cuentos I*, nr. 19 'El compadrito León, potito quemado' (950 I b + 175 + **74 B + 5 + 32 + 122 + 4); nr. 20 'El Miñaco' (44 + 73 + **167 B + 4). Román, en *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXII, pp. 209-212 'Coachelito duende' (175 + 1737 + 73 + **74 C + 74 C* + 700 II f. + 4).

228. La zorrilla y el león

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 5 + 34 + 73; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 5; Boggs 5, 34, 64 = 34; Bolte-Polívka II, p. 117 nota 2 (sobre el tipo 5); Eberhard-Boratav, Tipo 6, motivo 5 y 6 (= 5); Espinosa III, pp. 432-433, pp. 264-272; Hackmann 5; Hansen 5, 34, 73, **74 C; de Meyer 32* = 34; Qvigstad 5; Thompson-Roberts 5; Thompson J1791.3, K543, K621.

Versiones del tipo 5: Turcas: Eberhard-Boratav, p. 31, analizan tres versiones.— Griega: Hahn II, nr. 89 'Vom Wolf, der Füchsin und vom Honigtopfe' (15 + 5).— De la Isla Mauricio: Baissac, p. 288.— Francesa: Perbosc, nr. 24 'Le loup et le renard' (41 + 5).— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 261 'Compare Llop i comare Guilla en temps de sega' (34 B + 4 + 5).— Española: Espinosa, nr. 267 'El pastor y la zorra'.— Argentinas: *Antología Folklórica Argentina I*, pp. 75-79 'El tigre y el zorro' (redacción basada en diez versiones). Chertudi, nr. - 'El zorro y el tigre'; nr. 2 'El zorro y el tigre'. Chertudi, Juan Soldao, nr. 5 'El tigre y el mono'. Di Lullo, pp. 257-259 'El zorro y el tigre' (49 + 5). Rojas, p. 166.— Boliviana: Paredes Candia, p. 31 'La raíz del árbol'.— Costarricense: Lira, pp. 152-159 'Tío Conejo y Tío Coyote'.— Dominicana: Andrade, nr. 244 'Compái caimán y comái garsa'.— Chilena: Laval, *Cuentos I*, nr. 19, cf. anotación del cuento nr. 227.

Versiones del tipo 34: Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 276 'Compare Llop, comare Guilla i l' ovella'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 195-196 'La zorra y el gato listo'. Espinosa, nr. 206 'El lobo cree que la luna es queso' (34 + 32); nr. 207 'El lobo cree que la luna es queso' (34 + 32). Llano Roza de Ampudia, nr. 165 'El lobo Juan y la raposa María'. *Disciplina Clericalis*, pp. 60-62, XXIII 'Exemplum de aratore et lupo iudioque vulpis'. *Libro de los exemplos*, CCCVII. Isopet, en *Disciplina Clericales*, pp. 226-229, Ejemplo XXIII, 'La IX del lobo, del rústico, del raposo é del queso'. *Libro de Buen Amor*, nr. 226-227 'Enxiemplo del alano que llevaba la pieza de carne en la boca'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 371 'Manito conejito y el coyotito'; nr. 374 'El conejito' (175 + 34); nr. 375 'La zorra y el coyote'; nr. 376 'El coyote y la zorra' (34 + 1530 + 100); nr. 379

'El coyotito'; nr. 380 'La zorra y el coyote'; nr. 381 'La zorrita astuta y el coyote flojo' (3 + 4 + 49 + 34).— Boliviana: Paredes Candia, pp. 36-37 'El queso que ofrece suttu (conejo) a pumma' = Khana, nr. 33-34 (1959), p. 301-302.— Mejicana: Reid, nr. 7 'Un bien con un mal se paga' (155 + 49 + 74 C* + **74 U + 34 + 175 + 78 A).— Mejicana tepecana: Mason, nr. 2 'La zorra y el coyote'.— Portorriqueña.— Ramírez de Arellano, nr. 103 'Compae conejillo' (**74 C + 78 A + 122 + **74 B + 1 **B + 34 + 122 + 72).— Venezolana: *Onza, Tigre y León* 21, p. 15 'El queso de Tío Conejo'.

Versiones del tipo 73: Argentinas: *Antología Folklórica Argentina* I, pp. 75-79 'El tigre y el zorro' = *Antología Folklórica Argentina* II, pp. 71-77. Canal Feijóo, pp. 85-88 (versión literaria dramatizada). Chertudi, nr. 2 'El zorro y el tigre'; nr. 17 'El zorro y la perdiz'; nr. 21 'El zorro vigilante'. Dávalos, pp. 139-140.— Colombiana: *Revista Colombiana de Folklore* II, pp. 124-126 'La zorra y el conejo' = Coluccio, *Folklore de las Américas*, pp. 116-118.— Colombiana de los indios chamí: *Revista Colombiana de Folklore* II, p. 150.— Colombiana de negros: *Revista Colombiana de Folclor* III, p. 35 'Las moras'.— Venezolana: *Tricolor* 79, pp. 22-25 'Tío conejo y la piedra del zamuro' (30 + 73).— Chilenas: Laval, *Cuentos* I, nr. 20, cf. la anotación del cuento nr. 227. Román, en *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXII, pp. 209-212, cf. la anotación del cuento nr. 227.

229. *El sapo, la zorra, el león y el venado*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 275 + 122 + 34 + 175 + 5 + 78 A; Boggs 122, 275; Bolte-Polivka III, pp. 339-355 (sobre el tipo 275); Delarue, en Perbosc, pp. 269-270 (sobre el tipo 122); Eberhard-Boratav, Tipo 4 (= 275); Espinosa III, pp. 331-349 (sobre el tipo 275); Hackmann 122; Hansen 74 **A, **74 C, 122 **D-122 **M, 275; Laport 275 C; Lo Nigro 122; Looits 122, 275; Qvigstad 275; Thompson-Roberts 275; Thompson J1791.3, K11.2, K550, K713.1.1, K741; Thompson-Balys K550, K741; Rotunda K11.2. Para los tipos 5 y 34, cf. la anotación de los cuentos nr. 227-228; para el tipo 175, cf. la de los cuentos nr. 241-242.

Versiones del tipo 78 A: Brasileña de los indios tupí: Romero, p. 192 'A raposa e a onça' = Lenz, *Estudios araucanos*, Apéndice, p. 316 'La zorra y el jaguar'.— Argentinas: Coluccio, *Diccionario Folklórico Argentino*, p. 403 (resumen) = Coluccio, *Folklore de las Américas*, p. 46 (resumen). Canal Feijóo, pp. 91-93 'El terrible ciclón (versión literaria dramatizada)'. Rojas, pp. 158-161.— Mejicana: Reid, *JAF XLVIII*, pp. 121-124.— Peruana: Arguedas, pp. 263-264 'La curachupita shitarera'.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 103 'Compae conejillo'.

Versiones del tipo 275: Alemanas: Grimm, nr. 187 'Der Hase und der Igel'.— Japonesas: Seki-Adams, nr. 9 'The Whale and the Sea Slug'; nr. 10 'The Cat and the Crab'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 29, analizan dos versiones.— Berberisca: Basset I, nr. 6 'L'hérissou et le chacal' (1030 + 275).— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 306 'Una altra de la guilla y el gripau'.— Portuguesa: Lopes Dias, pp. 79-81 'A raposa e o sapo'.— Gallega: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* IV, pp. 134-135 'A zorra i o sapo'.— Españolas: Cortés, nr. 55 y nr. 56 'La zorra y el sapo'. Espinosa, nr. 230 'El sapo y la zorra'; nr. 231 'El escuerzo y la zorra'. Espinosa, *Castilla*, nr. 70 'El sapo y la zorra'. Larrea Palacín, nr. 35 'La

zorra y la rana'. Lano Roza de Ampudia, nr. 175 'La raposa y el sapo'.— Mejicana: *Teotihuacán* II, pp. 300-301, nr. 1 'El coyote y la rana'.— Mejicana nahuatl: González Casanova, pp. 163-166, nr. 8 'El león y el grillo' (275 + 222).— Venezolana: Sojo, pp. 178-179 'El venado y el morrocoy'.— India chiriguana de Bolivia: Koch-Grünberg, pp. 302-303, nr. 113 'Wettlauf zwischen Zecke und Strauss'.— Araucanas de Chile: Lenz, *Estudios araucanos* VI, pp. 185-187, nr. 3 'Cuento del zorro con el tábano' (275 + 222) = Lenz, *Araukanische Märchen*, p. 44, nr. 10 'Das Märchen vom Fuchs und der Bremse' = Koch-Grünberg, nr. 117; pp. 187-189, nr. 3a 'Cuento del zorro con el tábano'. Saunière, pp. 104-107, nr. 11 'El zorro y el cangrejo'.

230. *Cachiporrta soy*

Clasificación: Aarne-Thompson 36; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 36; Graf, *Die Grundlagen des Reineke Fuchs*, p. 54; Thompson K1384.

Este cuento desarrolla el tema de la jactancia donjuanesca del zorro y la violación de la osa (o loba) por el zorro, cuando éste arranca de la primera y la perseguidora queda atajada en el hoyo por donde entra el zorro. En nuestro cuento la violada es una leona.

231. *Cachiporrta soy*

Clasificación: Aarne-Thompson 36 Var.

Las versiones nr. 230 y 231 las recogí durante una reunión en casa de don Virginio Alarcón Quiroz el 21 de abril de 1962 en la ciudad de Parral. Doña Amelia Quiroz, abuela de la familia, era la informante principal, que había heredado de su madre y de una de sus abuelas un buen número de cuentos. Quiso ella dar oportunidad a su nieto Lorenzo Villegas, de nueve años de edad, para que mostrara su habilidad de narrador y lo incitó a contar el cuento breve de Cachiporrta soy, que, según ella, lo relataba muy bien. El niño, que lo había aprendido de ella misma, lo relató a su manera e instantes después hacía lo mismo ella, accediendo a mis ruegos. El experimento resultó interesante. Mientras la abuela desarrolló el cuento como lo indica el padrón tradicional, el niño dio una variante en que desaparecía el motivo principal de la violación, que substituyó por varazos que el zorro dio a la leona atrapada.

232. *El zorro y el perro*

Clasificación: Aarne-Thompson 77* Var.

En la versión livona que resume Loorits, p. 11, y recoge Thompson en la nueva revisión del índice, "el lobo confiesa antes de morir sus pecados a Dios: ha comido mil ovejas, quinientos puercos, cien vacas y cincuenta caballos". En nuestro cuento nr. 232 el perro confiesa al zorro, que hace de confesor, que ha comido un ternero, un cordero y un zorro. El zorro se asusta y huye. El perro se come la gallina, la polluela y la pava que el zorro-confesor había degollado anteriormente, cuando las víctimas fueron a confesarse.

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 105; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 105; Boggs 105; Bolte-Polívka II, p. 119; Hackmann 105; Hansen 105; Krohn, p. 37; Qvigstad 105; Thompson-Roberts 105; Thompson J1662; Thompson-Balys, J1662.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 75 'Der Fuchs und die Katze'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 320 'La guilla, el gat i el gos'.— Española: Libro de los gatos, nr. 40 'Exemplo de la vulpeja con el gato'.— Brasileña: Magalhães, p. 194 'O gato e a raposa' = Cámara Cascudo, *Contos*, p. 249.— Argentinas: Aramburu, *Folklore de los niños*, p. 132. Chertudi, nr. 22 'El zorro y el gato' (100 + 105). Di Lullo, pp. 252-253 'El zorro y el gato'.— Dominicana: Andrade, nr. 159 'Compái gato y compái perro' (175 + 105); nr. 172 'El gato y el apuro' (105 + 105 A).

234. *El tío león*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 1737 + 122 Z + 227 + 47 B + 122 A; Boggs 122 A; Bolte-Polívka II, pp. 206-210 (sobre los tipos 122 A y 227), III, p. 77 (sobre el tipo 47 B); Eberhard-Boratav, Anlage C 4 (= 41 B); Espinosa III, pp. 245-252, 296-301; Hansen **74 K (= 47 B), 1737; Thompson-Roberts 227; Thompson K550, K551, K1121.

Versiones del tipo 1737 (un león reemplaza a un pájaro para comerse una vaca): Argentina: Aramburu, *Folklore de los niños*, p. 177 'El mono de brea' (175 + 1737 + 1310 + 67 A).— Chilenas: Laval, *Cuentos I*, nr. 19, cf. anotación del cuento 227. *Revista Chilena de Historia y Geografía LXII*, pp. 209-212, cf. anotación del cuento 227.

Versiones del tipo 227: Alemana: Grimm, nr. 86 'Der Fuchs und die Gänse'.— Española: *Calila é Dimna*, p. 23.— Argentina: Chertudi, nr. 24 'Un león, una yegua y dos carneros' (122 A + 47 B + 227).

Versiones del tipo 122 A: Estona: Looirts, *Etnische Volkserzählungen*, nr. 12 'Oioi-oioi! —eine Hammelgeschichte'.— Francesa: Maugard, nr. 27 'Le loup'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 272 'Compare llop, comare guilla i la mula'.— Gallega: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares IV*, pp. 219-220, nr. 4 'Cuento de confesión do lobo Ruidenor'.— Españolas: Espinosa, nr. 199 'Buen día de vianda para el lobo'; nr. 200 'El lobo madrugador'; nr. 201 'El lobo, la chona y la zorra'; nr. 204 'El lobito de Sierra Morena' nr. 213 'Gorda, Flaca y Sotra'; nr. 217 'El mingó y la maruxa'; nr. 221 'El gato Laureano'. Espinosa, *Castilla*, nr. 64 'El lobo madrugador'.

Versiones del tipo 47 B: Turca: Eberhard-Boratav, p. 414.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 330 'El lleó i el cavall'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 139-141 'El lobo hambriento'; pp. 283-284 'El pobre lobo'. Llano Roza de Ampudia, nr. 159 'Las aventuras de un lobo'. Espinosa, nr. 199 (122 A + 47 B + 122 A); nr. 200 (122 A + 47 B); nr. 201 (122 A + 47 B + 122 Z + 122 A + 100); nr. 204 (122 A + 47 B + 122 C). Espinosa, *Castilla*, nr. 64 (47 B + 122 A + 227 + 122 A).— Española de U.S.A.: Rael, nr. 396 'El león y el burro'.— Argentinas: Chertudi, nr. 5 'El zorro, el tigre y la yegua'; nr. 24 'El león, una yegua y dos carneros'. Dávalos, pp. 21-23 'Halla el zorro una yegua con cría'.

Este cuento no se ajusta a ningún tipo de Aarne-Thompson.

236. *El burro.* 237. *El buen gallo.* 238. *El pato, el gato y el cordero*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 130; Aarne, *Die Tiere auf der Wanderschaft*; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 130; Boggs 130; Bolte-Polívka I, pp. 237-259; D'Aronco 130; Delarue, en Perbosc, pp. 363-369; Eberhard-Boratav, Tipo II; Espinosa III, pp. 381-397; Hansen 130; Honti 130; Krohn, pp. 31-37; Laport *130 D, *130 E; Lo Nigro 130; Looirts 130; De Meyer 130; Pinon 130; Qvigstad 130; Sinninghe 130; Thompson-Roberts 130; Thompson, *Folktale*, p. 223.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 27 'Die Bremer Stadtmusikanten'. Bolte-Polívka I, pp. 237-246, citan versiones populares y literarias. Henssen, *Jülicher Land*, nr. 437 b 'Dä Kreeg vam Fuss on vam Wollef' (41 + 103 + 104 + 130).— Noruega: Saltveit, pp. 204-209 'Vom Schafbock und dem Schwein, die in den Wald ziehen und für sich wohnen wollten'.— Inglesa: Brueyre, pp. 356-358 'Histoire de Blanc Mouton'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 34, analizan cinco versiones.— Retorromana: Decurtins, nr. 51 'Ils camerats'.— Valonas: Laport, p. 31 'Le loup et le renard chassés de leur cabane'; p. 31 'Marie Grognon'.— Francesas: Bladé III, pp. 167-173 'Le château des trois loups'. Carnoy, p. 17 'Les bêtes du meunier et les loups'. Cosquin II, p. 102, nr. 45 'Le chat et ses compagnons'. Millien, nr. 17 'Les animaux qui vont aux eaux à Saint-Berlicoquin'. Perbosc, nr. 21 'Le mariage de la chatte'. Pineau, pp. 205-207 'La vieille bonne femme et le chat'. Sébillot, *Haute-Bretagne* I, p. 329, nr. 57 'Le chat'; II, p. 325, nr. 63 'Les trois petits poules'. Sébillot, *Auvergne*, p. 239 'Les loups'. Sébillot, *Folklore de France* III, p. 254. Seignolle II, pp. 21-24, nr. 48 'Les sept têtes'; pp. 25-26, nr. 49 'Le coq et les trois loups'.— Italianas: D'Aronco, p. 46, analiza una versión toscana de Pitrè. Lo Nigro, p. 9, analiza dos versiones sicilianas, una de Pitrè IV, pp. 193-195; nr. 279 'Lu lupu e lu cardiduzzu'.— Catalanas: Alcover I, pp. 58-62 'Es ca d'En Bua i es moix d'En Peguli'. Amades, *Rondallística*, nr. 301 'El gall, el gat, l'esquirol, el moltó i la guilla a casa dels llops'; nr. 351 'L'ase, el gos, el gat i el gall'; nr. 354 'El conill, el gall, el gat, el gos i el moltó'.— Portuguesas: Bolte-Polívka I, p. 249, citan tres versiones.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 214-217 'La beata, el gato y el gallo'. Espinosa, nr. 255 'Los animales inútiles, el lagarto y el lobo'; nr. 256 'Los músicos de Móstoles'; nr. 266 'El gato, el perro y los lobos'. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* I, pp. 726-727 'El burro y sus compañeros'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 361 'El gatito y el borreguito'; nr. 362 'El patito'; nr. 363 'El gato, el gallo y el borrego'; nr. 264 'El borreguito y la gatita'; nr. 365 'El gallo, el cochino, el gato y el borreguito'; nr. 366 'El gatito y el perrito'.— Argentinas: Chertudi, nr. 25 'El burro, el gallo, el gato y el perro'. Dávalos, pp. 89-99.— Mejicana: Reid, pp. 119-121, nr. 6 'El borreguito y el gato'.— Araucana de Argentina: Lehmann-Nitsche, *Märchen*, p. 164, nr. 6 'Die Geschichte vom Esel, dem Schwein, der Katze und dem alten Hahn'.

Los cuentos nr. 236, 237 y 238 son versiones y variantes del tipo 130 de Aarne-Thompson. Son comunes a ellos los episodios de la salida de los animales de casa de sus amos ante el peligro de ser sacrificados por razones diferentes, la fuga de los bandidos o leones cuando son atacados por los animales visitantes o asustados por sus ruidos característicos. En los cuentos 236 y 238 los animales se alojan en una

casa que habitan bandidos; en el cuento 237 los animales alojan debajo de un árbol. En lo demás, estos cuentos aparecen con rasgos distintivos, que comprueban la variabilidad de la forma europea de este cuento tan difundido. Contando con los estudios de Aarne, Espinosa y Bolte-Polívka, resta sólo advertir que nuestras versiones no proceden de 'Los músicos ambulantes de Bremen' de los hermanos Grimm, aunque este cuento alemán sea conocido de los niños chilenos a través de traducciones publicadas en textos escolares.

Nuestras tres versiones tienen el desarrollo siguiente:

Versión 236: Un burro, un cordero, un puerco, un gallo, un gato y un perro abandonan sus respectivas casas, porque los amos maltratan al burro por viejo; van a matar al puerco y al cordero para una fiesta de santo y al gallo para una comida de convidados, y al gato y al perro por razones no expresadas. Llegan a un palacio de montaña que habitan bandidos y hacen huir al cocinero atacándolo con sus poderes característicos. Los bandidos abandonan el palacio. (Thompson K1161).

Versión 237: Un gallo, un gato, un burro, un carnero, un buey y un pato abandonan sus respectivas casas y salen a la ventura (Thompson B296), porque los van a matar, al gallo para una comida de convidados, al gato, al burro y buey porque ya no sirven para sus trabajos característicos; al carnero por viejo, y al pato se supone que para comérselo. Alojan debajo de un árbol. Leones envían a uno de ellos mismos a buscar una vela al alojamiento de los viajeros. Los animales lo atacan con sus gritos y poderes característicos y el emisario vuelve adonde sus compañeros. (Thompson K1161). La víctima relata que un pescador lo pescó de los ojos con anzuelos, un amansador montó en él y lo castigó a espolazos, un encerrador lo castigó con una horqueta, un hombre le dio bofetadas, otro le dio cabezazos. Los leones van a jugar al naípe debajo del mismo árbol. El carnero, que estaba arriba del árbol, orina sobre los leones y luego cae sobre ellos. Los leones huyen dejando todo el dinero. Los animales se reparten el dinero. (Thompson K335.1.1.2). Los animales regresan a casa de sus amos y les llevan el dinero para que los mantengan.

Versión 238: Un pato, un gato y un cordero, que son tres niños encantados, huyen de casa ante el temor de que su ama los mate por haber quebrado loza y salen a la ventura (Thompson B296). Llegan a casa de leones. Subieron por una escala al sobrado. El cordero orina y luego cae sobre los leones y el pato grazna y arrastra las patas sobre las tablas; los leones huyen (Thompson K1161). Los animales se quedan viviendo en la casa de los leones.

239. *El arriero*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 155 + 47 C; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 155; Anderson y Roberts, en Tauscher, p. 170 (sobre el tipo 155); Boggs 47, 47 *C, 155, *290 (= 155); Bolte-Polívka II, p. 420; Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 177-179 (tipo 155); Eberhard-Boratav, Tipo 48 (= 155); Espinosa III, pp. 272-276 (sobre el tipo 47 C), pp. 420-443 (sobre el tipo 155); Hackmann. 155; Hansen 47 *C, 155; Honti 155; Lo Nigro 155; Loooris 155; De Meyer 155; Qvigstad 155; Schullerus 155, 133* (= 155); Thompson-Roberts 155; Thompson, *Folktale*, p. 226

(sobre el tipo 155); Thompson J1172.3, W154.2.1; Thompson-Balys J1172.3, W154.2.1.

Versiones del tipo 47 C: Española: Espinosa, nr. 208 'Vicente, deja la sogá y vente'.— Española de U.S.A.: Rael, nr. 308 'El burro y las coyundas'.— Boliviana aimará: Paredes Candia, pp. 42-43 'El burro, la mujer y el zorro'.— Chilenas: Laval, *Cuentos I*, nr. 36 'Por qué el jote tiene la cabeza y el cogote sin plumas'. Montenegro, pp. 69-72 '¡García, García!'

Versiones del tipo 155: Alemanas: Bolte-Polívka II, p. 420, citan versiones populares y literarias. Zaunert I, pp. 341-342 'Undank ist der Welt Lohn'.— Índica: Tauscher, nr. 1 'Der Fuchs ist schlauer als der Tiger'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 58, analizan ocho versiones.— Griega: Hahn II, nr. 87 'Vom Bauer, der Schlange und der Füchsin'. Legrand, pp. 187-189 'Le chasseur et le serpent'.— Latina: *Disciplina Clericalis*, p. 21, nr. V 'Exemplum de homine et serpente'.— Berberiscas: Basset, pp. 140-142 (dos versiones).— De la Isla Mauricio: Baissac, p. 23.— Francesas: Bladé III, pp. 152-155 'Le loup pendu'. Perbosc, nr. 29 'Le loup pendu'. Romania XXV, pp. 513-516.— Italianas: Andrews, nr. 11. Lo Nigro, pp. 10-11, analiza cuatro versiones sicilianas, entre ellas la de Pitriè IV, pp. 164-168, nr. 273 'L'omu, lu lupu e la vurpi'.— Catalanas: Alcover 2, pp. 228-230 'S'homo i es lleó'. Amades, *Rondallística*, nr. 325 'La guilla, la serp, el gos, la llebre i el gat'.— Gallega: Prieto, nr. 74 'O home i a culebra'.— Portuguesa: Consiglieri Pedroso, nr. 2 'A raposa' = Pires de Lima, pp. 123-127.— Brasileña: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 176-177 'O bem se paga com o mal'.— Españolas: Espinosa, nr. 264 'Un bien con un mal se paga'. Espinosa. *Castilla*, nr. 68 'El hombre y la serpiente'. *Folklore Andaluz*, pp. 319-320 'En pago de buen servicio'. Llano Roza de Ampudia, nr. 50 'La culebra y el pastor'; nr. 171 'El cuélebre y el pastor'. Españolas literarias: *Libro de los enxemplos*, en ed. de *Disciplina Clericalis*, pp. 113-114 'Ejemplo de hombre y la serpiente'. *Libro de Buen Amor*, 1348-1353 'Enxiemplo del ortelano é de la culuebra'. Samaniego II, nr. 7 'El hombre y la culebra'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 386 'La serpiente'; nr. 387 'La víbora y el coyote'.— Argentinas: *Antología Folklórica Argentina I*, pp. 82-83 'El zorro juez' = *Antología Folklórica Argentina II*, pp. 78-79 = Coluccio, *Diccionario Folklórico Argentino*, pp. 45-46 (resumen) = Coluccio, *Folklore de las Américas*, p. 400 (resumen). Canal Feijóo, *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago*, pp. 76-79 'El tigre, el quirquincho y la justicia'. Cano, *Del tiempo de Naupa*, pp. 213-218 'El hombre, el tigre y el zorro'. Chertudi, nr. 6 'El leñador, el tigre y el zorro'.— Cubana de negros: Guirao, pp. 63-66 'El tigre, el mono y la venado'.— Dominicana: Andrade, nr. 245 'La zorra y el conejo'.— Mejicana: Reid, nr. 7 'Un bien con un mal se paga'.— Mejicana mixteca: Theile-Bruhns, pp. 64-72 'Undank ist der Welt Lohn'. Mejicana náhuatl: González Casanova, pp. 111-115 'La culebra y el hombre' = Jijena Sánchez, nr. 37.— Venezolanas: Olivares Figueroa, pp. 48-49 'La culebra y los jueces' = *Onza, Tigre y León*, nr. 97, p. 10. Sojo, pp. 176-178 'El hombre, la culebra y la zorra'. Venezolanas indias: *Onza, Tigre y León*, nr. 36, p. 8 'Tigre es tigre'. *Tricolor*, Nr. 18, pp. 24-26 'El indio y el tigre'. Uruguay: Pereda Valdés, *Cancionero popular uruguayo*, pp. 131-132 'El hombre y la tortuga'.— Chilenas: Laval, *Carahue*, nr. 18 'El culebrón mal pagador'. Montenegro, pp. 113-117 'Un bien con un mal se paga'. Román, en *Revista Chilena de Historia y Geografía LXII*, pp. 227-229 'Un bien con un mal se paga'.

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 157; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 157; Boggs 157; Bolte-Polívka II, pp. 96-100; Delarue, en Boratav, pp. 216-217; Dorson, p. 34; Eberhard-Boratav, Tipo 13; Espinosa III, pp. 411-416; Hackmann 157; Hansen 157; Honti 157; Laport 157; Loorits 157; de Meyer 157; Pinon 157; Qvigstad 157; Schullerus 157; Sinninghe 157; Thompson-Roberts 157; Thompson J17; Thompson-Balys J17.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 72 'Der Wolf und der Mensch'. Bolte-Polívka II, pp. 96-97. Henssen, *Ungarische Volksüberlieferungen*, nr. 3 'Zwei Märchen' (157 + 750); nr. 76 'Wolf und Fuchs'.— Estona: Loorits, *Estnische Volksüberlieferungen*, nr. 11 'Der hungrige Wolf und der Mann' (157 + 121).— Turca: Boratav, nr. 17 'Le chat et le tigre' (157 + 38) = Eberhard-Boratav, p. 35 'Die Katze und der Tiger'.— Valonas: Laport, p. 34 'Le loup, le renard et l'homme', y cita otra versión.— Francesas: Perbosc, nr. 28 'Le lion et le boeuf'. Bolte-Polívka II, p. 98, citan dos versiones.— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 317 'Comare guilla, l'ós i el ferrer' = Amades, *Contes*, nr. 23; nr. 1950 'Castell de Montferrer'.— Portuguesa: Cardoso Pinto II, pp. 215-217, nr. 35 'O lião e o homem' = Pires de Lima, pp. 212-123.— Gallega: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* IV, pp. 144-145 'O lobo valente'.— Brasileña: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 240-241 'O touro e o homen'.— Negras de U.S.A.: Dorson, pp. 35-36 (dos versiones): pp. 158-160 'Why the Buzzard is Bald'.— Españolas: Cortés, en *Revista de Dialect. y Trad. Pop.* V, p. 223, nr. 10 'Conto de bicho-home'. Espinosa, nr. 261 'El león y el hombre'; nr. 262 'El oso y el hombre'. Espinosa, *Castilla*, nr. 67 'El hombre y el león'. Llano Roza de Ampudia, nr. 170 'El hombre y el herrero'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 397 'El león'; nr. 398 'El león'; nr. 399 'El oso que quiere encontrar al hombre'; nr. 400 'El oso y el hombre'.— Argentinas: Chertudi, nr. 26 'El toro y el tigre'. Dávalos, pp. 157-161 'El hombre, el tigre y el zorro'.— Venezolanas: *Onza, Tigre y León*, nr. 51, pp. 8-10, 14-16 'Tío Tigre y el arriero' (variante). Tricolor 38, pp. 22-24 'El caimán y el hombre'.— Venezolana guayanesa: *Onza, Tigre y León*, nr. 51, pp. 8-10 'El Tigre y el hombre'.— Chilenas: Laval, *Cuentos* I, nr. 28 'El león y el hombre'. Montenegro, pp. 63-66 'El animal-hombre' (estilizada). Poblete (Ronquillo), *Cuentos del Domingo*, IV serie, p. 163 'La palabra del hombre' (cit. de Laval, *Cuentos*, p. 291). Manuel Rojas, *Travesía*, pp. 79-95 'El León y el Hombre' (hermosa elaboración literaria).

Nuestra versión nr. 240 termina con dos episodios ajenos al tipo 157 de Aarne-Thompson, de los cuales el primero es obsceno y puede ser un agregado de carácter individual.

241. *El mono de breá.* 242. *El mono*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 175; Boggs 175; Delarue, en Longchamps, p. 220; Dorson, pp. 16-17; Espinosa II, pp. 163-227; Espinosa, *Las versiones hispánicas peninsulares del muñeco de breá* (Estudios dedicados a Menéndez Pidal, Tomo II, Madrid, 1951, pp. 357-380); Hansen 175; Thompson-Roberts 175; Thompson, *Folktales*, p. 225; Thompson K741; Thompson-Balys K741.

Versiones: Malgache: Longchamps, nr. 8 'Itsihitanantso, ou Le garçon changé

en bête et la poupée de glu'.— Negra de U.S.A.: Dorson, p. 17 'Tar Baby'.— Portuguesas: Espinosa II, p. 163, cita dos versiones de Athaide y de Vasconcellos.— Brasileñas: Gomes, pp. 97-99 'O macaco e a velha'. Magalhães, pp. 180-181 'O macaco e la negrinha de cera' = Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 262-263 = Carvalho Neto, *Folklore y Psicoanálisis*, pp. 227-229. Romero, pp. 317-318 'O macaco e o moleque de cera'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 315-316 'Pulguita'. Espinosa, nr. 35 'Sansón'. Llano Roza de Ampudia, nr. 189 'Juan y Medio'. Sánchez Pérez, nr. 37 'El hombre de pez'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 373 'El conejito'; nr. 374 'El conejito'.— Argentina: Chertudi, nr. 27 'El mono y el tigre'.— Boliviana quechua: Paredes Candia, pp. 28-30 'El matrimonio de suttu (conejo) y la llegada oportuna de atoj (zorro)'.— Colombiana: *Amazonia Colombiana Americanista* III, nr. 9-10, p. 35 'Aventuras del conejo'.— Cubana: Guirao, pp. 59-60 'La jicotea y el perro'.— Dominicanas: Andrade, nr. 156 'El muñeco de brea'; nr. 157 'El muñeco de brea'; nr. 158 'El muñeco de brea'; nr. 159 'Compái gato y compái perro'.— Guatemalteca: Recinos, JAF XXXI, pp. 472-473, nr. 1, Primera versión, 'Tío Coyote y Tío Conejo' (175 + 34 B).— Mejicana: Reid, JAF XLVIII, pp. 121-124 'Un bien con un mal se paga' (155 + 49 + 74 C + **74 U + 34 + 175 + 78 A).— Mejicana mixteca: *Cuentos de la Región Mixteca*, nr. 1 'Aventuras de Tío Conejo' (175 + 49 + **74 U).— Mejicana náhuatl: González Casanova, pp. 153-159 'El perezoso y el conejo'.— Paraguaya guaraní: Carvalho Neto, *Folklore del Paraguay*, p. 187 'Ka'i chipéra' (El mono y la chipera).— Portorriqueña: Mason-Espinosa, JAF XXXIV, pp. 164-165, nr. 21 'El muñeco de brea'.— Venezolanas: Onza, *Tigre y León* nr. 10, pp. 11-17, 19 'El yucal de la vieja'; nr. 26, pp. 5-6 'Tío Tigre y Tío Conejo'.— Chilenas: Laval, *Cuentos* I, nr. 19. Montenegro, pp. 151-159 'Travesuras de Quico y Caco'. Román, en *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXII, pp. 209-212 'Cocheleto duende'.

El cuento del tipo 175 'The Tarbaby and the Rabbit' ha sido estudiado por el sabio hispanonorteamericano Aurelio M. Espinosa en varias ocasiones, especialmente en su más notable trabajo científico "El cuento del mono de brea", pp. 163-227, en el cual analiza trescientas dieciocho versiones de todas partes del mundo, entre ellas dos chilenas, la de Laval y la de Román, omitiendo la de Montenegro. A estas tres agregamos las cuatro nuestras 92, 229, 241 y 242. De las siete versiones chilenas sólo la nuestra nr. 241 tiene un desarrollo independiente; las otras seis están combinadas con otros tipos:

Versión 242: 175 Un mono roba sandías y es capturado por medio de un muñeco de brea (K741). + 1737 El dueño del sandial amarra al mono a un poste para meterle una barra caliente. Pasa un león y toma el puesto del mono para casar con la hija del rey y comerse una vaquilla (K842). + 122 Z El mono hace subirse al león para que coma nueces, lo amarra al árbol y huye. + 34 El león se arroja al agua para sacar un pedazo de queso, que es el reflejo de la mitad de la luna, y se ahoga (J1791.3).

Versión 92: 700 + 4 + 175 + 1737 + **74 B.

Versión 229: 275 + 74 C + 122 + 34 + **74 E + 175 + 5 + 78 A.

Versión de Laval: 950 I b + 175 + 1737 + **74 B + 5 + 32 + 122 + 4.

Versión de Montenegro: 1525 A I + 175 (ladrón) + 950 I, II.

Versión de Román: 175 (duendecillo) + 1737 + 73 + **74 B + 74 C + 700 II f + 4.

243. *El campeón Arranca-cerros*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 301 B; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 301 B; Boggs 301 B; D' Aronco [300], [883]; Delarue, *Le conte populaire français*, 301 B; Eberhard-Boratav, Tipo 72 III, Tipo 77 IV, Tipo 146 V, Anl. 3; Hackmann 301 B; Hansen 301 B; Honti 301 B; Lo Nigro 301 B; Loozits 301 B; Massignon, *Le conte populaire en Corse*, 301 B; de Meyer 301 B; Pinon 301 B; Qvigstad 301 B; Thompson-Roberts 301 B; Thompson B322.1, B631, B635, D141, D700, D822, F80, F92, F96, F101.3, F102.1, F601, F610, F621, F624.2.0.1.1, F632, H20, H1385.1, K963, K1816.1, K1932, L161, N773, N825.2, R111.2.1, K262, T68.1, Cf. anotación de los cuentos nr. 2-4, tomo I, p. 365.

Versión japonesa: Seki-Adams, nr. 18 'The Dirt Boy'.

El cuento nr. 243 es una versión imperfecta del tipo 301 B con sus cuatro partes precedidas de la introducción de los tres hermanos extraordinarios. La parte primera relata los amores de uno de los hermanos con una osa y el nacimiento de un niño medio-oso y medio-hombre. Pero éste no es el héroe, sino el hermano menor. Este cuento contiene, además, el motivo del anciano auxiliador (N825.2) y el del héroe disfrazado de jardinero (K1861.1) que normalmente pertenecen a otros tipos de cuentos.

244. *Juvenal y Fátima*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 313 A; D' Aronco 313 d; Lo Nigro 313 A; Pancritus, *Die magische Flucht, ein Nachhall uralter Jenseitsvorstellungen*, en *Anthropos VIII*, pp. 854-879, 929-943; Thompson-Roberts 313 A; Thompson, *Folktale*, pp. 88-90; Thompson D672, D1611, G402.1, G550, H324, H335, H335.0.1, L161; Thompson-Balys D672, D1611, H324, H335, H335.0.1; Cross D672, H335; Rotunda H335, H335.0.1. Cf. anotación de los cuentos nr. 16-19, tomo I, p. 377.

Versión venezolana: *Onza, Tigre y León* 39, pp. 8-9, 14-16 'Jerumbí'. Además los paralelos de los cuentos nr. 16-19, tomo I, pp. 377-378.

Desarrollo de la versión nr. 244: 313 A I (c) El héroe sigue el rastro de un cóndor hasta la casa de un gigante (G402.1). II El héroe se enamora de la hija del gigante y éste consiente en que casen. Previamente le asigna una tarea imposible (H335): (d) reconocer a su novia entre sesenta mujeres vestidas con vestidos iguales (H324). La novia auxilia al héroe (H335.0.1), colocándose un clavel en el pelo. El novio escoge correctamente. III Los novios huyen de casa del gigante (G550). (c) Durante la fuga arrojan al gigante: 1º polvo de afeites que se convierte en niebla, 2º alfileres que se convierten en una montaña de espinos y quiscos, y 3º sal que se convierte en un brazo de mar (D1611). El gigante renuncia a la persecución. Los novios van a casa de los padres del héroe y casan (L161).

245. *El caballito de siete colores*

Clasificación: Aarne-Thompson (550) + (303) + (314); Thompson B184.1, B211.1.3, B401, E761, E761.3, H613, H1471, L161, R222, T31.1, T55.1; Thompson-Balys B184.1, B211.1.3, B401, E761, E761.3, H1471, L161; Cross B184.1, B401, E761;

Rotunda B401, H1471, L161, T31.1. Cf. la anotación del cuento nr. 59, tomo I, p. 407.

Nuestro cuento nr. 245 es semejante al nr. 59 del tomo primero, pero se diferencia en que contiene el motivo de las señales de vida del tipo 303. Su desarrollo es el siguiente:

550 I Un animal se come las manzanas del rey durante la noche (H1471). + 303 II Los dos hermanos mayores sufren sucesivamente la pena de muerte, porque se quedan dormidos y no descubren el animal dañino. El desastre se conoce, porque un árbol se marchita (E761, E761.3). El hermano menor descubre el caballo y éste, para que no lo mate, le habla y le ofrece ayuda (B184.1, B211.1.3). + 314 V (b) El héroe sirve de jardinero en el palacio real. La princesa le declara su amor (T31.1, T55.1). VI (a) Con ayuda del caballo (B401), (b) el héroe, como jinete desconocido, gana dos guerras para el rey (R222); se le reconoce después de la segunda guerra, cuando se le encuentra en la herida el puñal con la naranja de oro que le habían arrojado (H61.3). El héroe casa con la princesa (L161).

246. *Pedro Urdimale.* 247. *Pedro y la monja*

Clasificación: Aarne-Thompson 330*; Thompson A661.0.1.2, K2371.1; Thompson-Balys K2371.1.

Versión francesa: Sébillot, *Haute Bretagne*, pp. 209-212 'Saint Antoine portier du paradis'.

Estos dos cuentos tratan de la astucia del pícaro para entrar a la gloria, oponiéndose a ello San Pedro. El cuento 246 tiene una introducción ajena a él y la treta que utiliza es entrar poco a poco, pero lo consigue sólo hasta la cintura, porque San Pedro cierra la puerta de un fuerte golpe y le corta el cuerpo. El Señor se lo pega y Pedro queda viviendo en la gloria. El cuento 247 desarrolla otra treta del pícaro: San Pedro no deja entrar a la gloria a una monja y a Pedro, porque sólo admite ese día a jinetes. Pedro monta en la monja y así logran entrar a la gloria. Semejante a este último es la versión francesa que citamos.

248. *La ranita*

Clasificación: Aarne-Thompson 402; D' Aronco 402 a-r, t-v; Lo Nigro 402; Thompson-Roberts 402; Thompson B211.7.1, B313, B493.1, D700, H210.1, H1242; Cross D700, H1210.1, H1242. Cf. la anotación de los cuentos 34-41, tomo I, pp. 391-393.

Versiones: Alemanas: Cammann, pp. 82-90 'Hänschen und Kätzchen'.— Estona: Loorits, *Estriche Volkserzählungen*, nr. 88 'Der Herrscher über die Ratten'.— Italianas: D' Aronco, pp. 59-66, analiza veinte versiones toscanas, entre ellas cuatro de Pitрэ. Cf. los paralelos sicilianos de Pitрэ de los cuentos 36-41, tomo I, p. 391.— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 34 'La cara d' Estel' (por maldición de la madre la cara de estrella se transforma en cara de asno); nr. 172 'La Florineta' (313-314 + 402, cara de asno).— Española: Larrea Palacín, nr. 12 'La rana encantada'. Además los paralelos de los cuentos 36-41, tomo I, p. 391.— Mejicana mixe: Miller-Villa Rojas, pp. 176-177 'El rey y sus tres hijos'.

El cuento 248 tiene gran semejanza con la versión nr. 41 que analizamos en el tomo I, p. 392.

249. *Delgadina y el culebrón*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 403 (variante); Hansen 403 **D; Thompson B211.6.1, B491.1, D1454.2, K1911, L161, Q261, Q414, S432, T51; Thompson-Balys 211.6.1, D1454.2, K1911, Q261, Q414, S432, T51; Cross Q261, Q414.

Variantes semejantes: Dominicana: Andrade, nr. 213 'La culebrita' (sin el motivo de la novia sustituida).— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 71 'La culebrita'.— Chilenas: BTPE I, pp. 137-148 'El culebroncito' = Lenz, *Consejas*, pp. 92-93 (resumen). Laval, *Cuentos* I, nr. 3 'Delgadina y el culebrón'. Lenz, *Consejas*, pp. 80-91, 'La niña con la estrella de oro en la frente' (707 I + 403).

Nuestro cuento 249 desarrolla motivos característicos de las partes II, III y IV del tipo 403 de Aarne-Thompson: Gracias al poder que ha dado una serpiente, saltan monedas de oro cuando la heroína se lava las manos (D1454.2); el rey envía a una vieja bruja a buscar a la niña para casar con ella (T51); en el camino al palacio, la bruja le saca los ojos y la arroja al mar (S432); la vieja sustituye a la novia por su propia hija (K1911); el rey casa, pero la sustituta no arroja monedas de oro.

250. *Ramoncita*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 425; Swahn, *Cupid and Psyche*; Thompson B640.1, C32.1, C932, D621.1, D700, S215.1; Thompson-Balys B640.1, C32.1, C932, D700, S215.1; Cross D700; Sebeok-Nyerges C932. Cf. la anotación de los cuentos 43-47, tomo I, p. 395.

El cuento nr. 250 es una versión incompleta del tipo 425 con motivos de las partes I, II y III: 425 I (c) Una niña se ofrece para casar con el sapo (S215.1), que de noche es hombre (D621.1). Casan (D640.1). Se desencanta el sapo, cuando lo ven las hermanas durmiendo (D700), y desaparece. Sigue el cuento humorístico de la heroína que se libra de tres frailes, para el cual no encuentro un tipo en el índice de Aarne-Thompson.

251. *Los guachitos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 450; Boggs 450; Bolte-Polívka I, pp. 76-96; Eberhard-Boratav, Tipo 168; Hansen 450; Honti 450; Lo Nigro 450; Loorits 450; Pinon 450; Ranke II, p. 57; Schullerus 450; Thompson D135, D551.1, F911.4, F913, H13, K1911.2.2.1, N711.1, P253, Q414, Q414.3, S142; Thompson-Balys D135, F911.4, F913, H13, Q414.3, S142; Cross F911.1, F913, N711.1, P253, Q414, S142; Rontunda F911.4, Q414.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 11 'Brüderchen und Schwesterchen'. Hensen, *Ungarische Volksüberlieferungen*, nr. 22 'Die Kinder des Jägers'. Ranke II, pp. 57-59, trae dos versiones y cita catorce.— Estona: Loorits, *Estnische Volksüberlieferungen*, nr. 99 'Wie das erste Reh ward'.— Rusa: Löwis of Menar, nr. 34 'Van-

juschka und Annunschka' (segunda parte).— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 187-188, analizan 32 versiones y variantes.— Griega: Hahn, nr. 1 'Vom Asterinos und der Pulja'.— Francesa: Pineau, pp. 123-126 'L' agneulet'.— Italianas: D' Aronco, pp. 75-76, analiza tres versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 74-76, analiza tres versiones sicilianas, entre ellas la de Pitriè IV, pp. 214-217, nr. 283 'La parrastra'.— Española: Llano Roza de Ampudia, nr. 30 'Celia y Gilberto'.— Portorriqueña: Hansen, p. 57, cita una versión.

Desarrollo de la versión 251: 450 I. Hermana y hermano huérfanos viven con una vieja que se supone que es cruel (P253). III. (a) Ambos huyen de casa juntos. (b) El hermano es transformado en cordero, cuando bebe en un pozo (D551.1, D35). IV. Un príncipe encuentra a su hermana en un cerro (N711.1), se enamora y casa con la joven. (c) Una vieja, despechada de que el príncipe no casara con su hija, arroja a la niña al agua (S142) y (e) ésta es tragada por una ballena (F911.4, K1911.2.2.1). V. La vieja induce al príncipe a matar el cordero. VI (a) El hermano-cordero conversa con su hermana sobre el peligro de muerte que se cierne sobre él y la conversación es escuchada por un criado y por el príncipe (H13). El príncipe mata la ballena de un tiro y rescata a la víctima del vientre del cetáceo (F913). VII. Quemar viva a la vieja y sus cenizas las arrojan al viento (Q414, Q414.3).

252. *Los cuatro enanitos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 503; Boggs 503; Bolte-Polívka III, pp. 324-329; Cámara Cascudo, *Contos*, p. 34; D' Aronco 503; Eberhard-Boratav, Tipo 118; Greverus, *Die Geschenke des kleinen Volkes*, en *Fabula I*, pp. 263-279; Giese, *Observaciones a las "Narraciones Folklóricas" de F. Arocena Arregui*, en *Revista Internacional de Estudios Vascos XX*; Hackmann 503; Hansen 503; Laport 503; Laval, *Cuentos*, p. 289; Lo Nigro 503; de Meyer 503*; Pinon 503; Qvigstad 502*; Ranke II, p. 105; Sinninghe 503; Thompson-Roberts 503; Thompson, *Folktales*, p. 49; Thompson D812.12, F331.3, F340, J2415, N471; Thompson-Balys D812.12, F340, J2415, N471; Cross F340.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 182 'Die Geschenke des kleinen Volkes'. Ranke II, pp. 105-108, trae dos versiones y cita veinte, además de las doce que están en Bolte-Polívka III, p. 326.— Inglesa: Brueyre, p. 206 'Légende de Knockgraston'.— Japonesas: Seki-Adams, nr. 36, 'The Old Men Who Had Wens', nr. 37 'Monkeys' 'Jizo-sama'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 130, analizan tres versiones.— Francesas: Carnoy, *Littérature orale*, pp. 18-37 'Les lutins et les deux bossus'. Luzel II, pp. 251-255 'Les deux bossus et les nains'. Sébillot, *Contes de la Haute-Bretagne II*, nr. 17 'La danse de fées'; II, nr. 59 'Les sorciers de Knéa'; II, nr. 60 'Les chats-sorciers et les bossus'. Sébillot, *Provinces*, nr. 48 'Les deux bossus et les nains'. Sébillot, *Folklore de France I*, p. 22, p. 289, p. 437; II, pp. 100-101; III, pp. 122-123.— Provenzal: *El Peneca*, nr. 310, Santiago, 26 de octubre de 1914 (cita de Laval, *Cuentos*, p. 289).— Italianas: D' Aronco, p. 77, analiza seis versiones toscanas. Lo Nigro, p. 82, analiza la versión siciliana de Pitriè II, pp. 94-97, nr. 64 'Lu scarpuru et li diabulu'.— Vascas: Giese, *Observaciones*, pp. 1-2, resume una versión literaria. Vinson, pp. 14-16, 'Les deux bossus'.— Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 1444 'Altra de les coves d' En Riubanyas'. Alcover V, pp. 135-138 'Sa cova de Na Joana'.— Portuguesa: Braga, *Contos I*, nr. 81 'Os corcundas' (cita de Bolte-Polívka III, p. 328).— Brasileña: Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 31-34 'Os compadres corcundas'.— Española: W. J.

Thoms, *Lays and legends of Spain*, London, 1834, p. 83 'Petito the Hunchback' (cita de Bolte-Polívka III, p. 328). — Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 255 'Los jorobados'; nr. 256 'El jorobado'. — Argentina: Chertudi, nr. 32 'Salir con su domingo siete'. — Costarricense: Lira, pp. 33-39 (ed. de 1920) 'Salió con un domingo siete' = Jijena Sánchez, nr. 3. — Chilenas: Laval: *Cuentos I*, nr. 25 'Salir con un domingo siete'. Laval, *Cuentos*, p. 289, cita cuatro versiones chilenas publicadas en periódicos.

Nuestra versión 252 desarrolla las tres partes del tipo 503 de Aarne-Thompson con pequeñas variaciones, especialmente al final con rasgos obscenos.

253. *Juan Piloto*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 506 B; Bolte-Polívka III, pp. 490-517; de Meyer 506; Ranke II, pp. 108-109; Thompson, *Folktale*, pp. 50-51; Thompson B541.1, E341.1, H11.1, K1931.1, R112.1.2, S142, T66.1, T68.1; Thompson-Balys B541.1, H11.1, R111.1.2, S142, T66.1, T68.1; Cross S142, T68.1.

El cuento 253 es la mejor versión en lengua española del subtipo 506 B con sus cuatro partes y con todos sus motivos esenciales. Se diferencia del padrón señalado por Aarne-Thompson en que la primera parte —pago de las deudas del muerto insepulto y entierro por el héroe— se desarrolla entre los motivos de la segunda y en que el episodio del encuentro con los ladrones y descubrimiento y liberación de la princesa toman gran amplitud.

254. *María Cenicienta*

Clasificación: Aarne-Thompson 510 A; D' Aronco 403 A m, n, 510 A; Massignon, *Le conte populaire en Corse*, 510 A; Lo Nigro 510 A; Thompson-Roberts 510 A; Thompson B411.3, D815.3, D1050.1, D1111.1, D1520.14, H36.1, K2212.1, L55.1, N711.4, S31; Thompson-Balys H36.1, K2212.1, S13; Cross D1050.1, S31; Rotunda S31. Cf. la anotación del cuento 53, tomo I, p. 400.

Versiones: Alemana: Henssen, *Ungarische Volksüberlieferungen*, nr. 29 b 'Aschenpudel'. — Japonesa: Seki-Adams, nr. 38 'Benzara and Kakezara'. — Italianas: D'Aronco, pp. 64-65 m, n y pp. 77-78, analiza cinco versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 83-85, analiza tres versiones sicilianas, de las cuales las dos de Pitre citadas en el tomo I, p. 401. — Españolas de U.S.A.: Hispania XXIII, pp. 130-132 'La estrella de Venus'. — Argentina: Chertudi, nr. 49 'El arroz de la ceniza'. Además los paralelos del cuento nr. 53, tomo I, pp. 400-401.

El cuento 254 es la más completa y pura versión de la forma A del tipo 510 con sus cinco partes y motivos fundamentales. La versión que dimos en el tomo I, nr. 53, termina con motivos del tipo 408 y está contaminada con otros del tipo 403. La publicada en la *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas I* (1883), pp. 114-120, empieza con la primera y segunda partes del tipo 403.

255. *Florinda*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 514; Anderson y Roberts, en Tauscher, p. 174; Eberhard-Boratav, Tipo 97; Laport *514 A; Thompson, *Folktale*, p. 55;

Thompson D11, K1322, K1837, L161; Thompson-Balys K1322, K1837; Cross D11, K1837; Rotunda K1837. Cf. la anotación del cuento 57, tomo I, p. 405.

Versiones: Índica: Tauscher, nr. 12 'Die glückliche Verwandlung'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 111-112, analizan trece versiones.— Valona: Laport, pp. 62-63 'La fille du roi de France'. Además los paralelos del cuento 57, tomo I, p. 405.

Esta buena versión del tipo 514 'The Shift of Sex' es semejante al cuento 57 del tomo I. Se diferencia de éste en que la primera prueba para descubrir el sexo verdadero consiste en cazar torcazas y en que la segunda, bañarse, se expresa claramente. La metamorfosis de mujer en hombre también se produce por intervención divina, en este último cuento por milagro del crucifijo que le había regalado el padre a la heroína cuando era niña.

256. *Juan Pelao*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 545; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 545; Boggs 545, 545 *C; Bolte-Polívka I, pp. 330-334; Delarue, en Boratav, pp. 215-216; Eberhard-Boratav, Tipo 34; Hansen 545; de Meyer 545; Thompson B211.2.9, B437.2, B580, B581, B582.1.1, K1917.3, K1952.1.1, K1954.1; Thompson-Balys B211.2.9, B437.2, B580, B581, B582.1.1, K1917.3, K1952.1.1, K1954.1; Rotunda B437.2, B581.

Versiones: Caucásica avara: Dirr, nr. 12 'Bukutschichan'.— Turcas: Boratav, nr. 16 'Kéloghlan et le renard'. Eberhard-Boratav, pp. 49-50, analizan quince versiones.— Italiana: Basile II, nr. 4 'Gagliuso'.— Españolas: Cabal, pp. 77-78, 'El gato casamentero'. Durán, *Romancero General*, nr. 327.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 240 'El gatito'; nr. 241 'El gato'.— Dominicanas: Andrade, nr. 83 'El gato de Juanito'; nr. 84 'El gatito astuto'; nr. 85 'El ángel de la guarda'; nr. 86 'El cuento del gatito'; nr. 87 'Pedrito y su gato'.— Chilena: Guzmán Maturana, *Anales de la Universidad de Chile*, Año XCII, nr. 14, pp. 37-43 'Don Juan Hollinao'.

Nuestro cuento 256 y el de Guzmán Maturana son hermosas versiones del tipo 545 'The Cat as Helper' de Aarne-Thompson. Las dos versiones chilenas, la española de Cabal, las españolas estadounidenses de Rael y las dominicanas de Andrade no proceden del cuento de Perrault 'Le maître chat ou le chat botté', sino de la tradición ibérica. Las dos versiones chilenas comienzan con el motivo de la rata agradecida porque no se la mata o porque se la deja comer y hacer el daño que quiera, en forma semejante al motivo del zorro de la introducción de las versiones turcas (Eberhard-Boratav, p. 49, motivo 1). También las caracteriza el episodio de pedir prestada al rey una medida para medir dinero, como en la versión caucásica de Dirr, nr. 12, la española de Cabal, pp. 77-78, la española norteamericana de Rael, nr. 241, y las dominicanas de Andrade, nr. 85, nr. 86 y nr. 87. En el final de ambos cuentos el motivo de la ingratitud del amo está reemplazado por el de la crueldad de la esposa, y el motivo del desencantamiento por decapitación del animal por el de la transformación del animal en ángel tan frecuentes en los cuentos hispánicos, como, en relación con el tipo 545, en las versiones de Andrade, nr. 84, nr. 84 y nr. 85. El desarrollo de las dos versiones chilenas es el siguiente:

Versión 256: 545 I. Un hombre pobre y hambriento está a punto de cazar un ratón. Este le habla (B211.1.9), promete darle de comer y se salva. El ratón le

lleva comida y le construye una choza. II. El ratón va al palacio real a pedir prestado un decálitro para medir plata de su amo (K1954.1). (a) El ratón lleva al héroe al palacio. En el camino lo hace caer al agua; pide al rey vestidos para su amo (K1952.1.1), (c) El ratón consigue que el rey case a su hija con su amo (B582.1.2). III. (b) En el camino a la iglesia, el rey cree comprobar la riqueza de su yerno en tres coches que los llevarán. (a) El rey va a visitar el palacio del yerno, en el que el ratón había transformado la choza de su amo. IV. El ratón finge estar muerto. La esposa quiere arrojarlo fuera de casa, pero el héroe no lo permite. El ratón declara que es un ángel del cielo que ha bajado para ayudarlo.

Versión de Guzmán Maturana: 545 I. Un hombre muy pobre tiene un ratón consentido que le roba comida y le destroza zapatos y utensilios de cocina. En recompensa el ratón le promete ayudarlo en todo. II. El ratón convertido en paje va al palacio real a pedir prestado un almud para medir plata de su amo (K1954.1). (a) El héroe va al palacio por exigencia del rey y sólo pena de muerte. (b) En el camino el ratón lo arroja a un estero; pide al rey vestidos para su amo (K1952.1.1). El héroe y la princesa simpatizan y el rey ordena el matrimonio. III. (a) El matrimonio se celebra en el hermoso palacio en que el ratón ha transformado la choza de su amo. IV. Pasadas las fiestas, el ratón finge estar muerto para comprobar la gratitud de su favorecido. La esposa lo hace arrojar a la basura, pero el héroe no lo permite. Tomando la figura de un ángel, el ratón vuela hacia el cielo.

257. *La princesa muda*

Clasificación: Aarne-Thompson 550 III; Thompson H1242.2.1, H1331, H1331.1, H1381.3.1.1; Thompson-Balys H1331.1; Cross 1331.

Este cuento es una versión muy fragmentaria del tipo 550, que sólo desarrolla los motivos de ir en busca de un pájaro, de un caballo y de una princesa, por los cuales el rey tiene interés. El héroe cumple las tareas, pero él mismo huye con el pájaro, el caballo y la princesa. El héroe casa con la princesa.

258. *Aladino*

Clasificación: Aarne-Thompson 561; D' Aronco 561 a-c; Lo Nigro 561; Thompson-Roberts 561; Thompson, *Folktale*, p. 75; Thompson D871.1, D881; D1131.1, D1421.1.5, D2136.2; Thompson-Balys D871.1, D881, D1131.1, D2136.2. Cf. la anotación de los cuentos 66-67, tomo I, p. 411.

Versiones: Italianas: D' Aronco, pp. 81 y 86, analiza cinco versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 114-116, analiza dos versiones sicilianas.—Catalanas: Amades, *Rondallística*, nr. 109 'En Peret de l' anell daurant'; nr. 178 'El fanal de set colors'. Además los paralelos de los cuentos 66-67, tomo I, pp. 411-412.

El cuento 258 desarrolla bien las cuatro partes y los motivos fundamentales del tipo 561.

259. *Los cinco hermanos*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 653; Anderson y Roberts, en Tauscher, p. 177; D' Aronco 402 r,s; Lo Nigro, 653; Massignon, *Le conte pop. en Corse*, 653;

Pinon 653; Thompson F660.1, F662.1 (pájaro), F662.2, H621.2, L161, R10.1, R111.7, R166, T68.1; Thompson-Balys F660.1, F662.2, H621.2, R111.7, T68.1. Cf. la anotación de los cuentos 86-88, tomo II, p. 310.

Versiones: Indicas: Tauscher, nr. 24 'Die drei Brüder und ihre Wunderdinge'; nr. 43 'Die drei getreuen Brüder'.— Italianas: D' Aronco, pp. 61-62, analiza dos versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 132-133, analiza tres versiones sicilianas.— Catalana: Amades, *Rondallistica*, nr. 103 'Els tres pretendents' (contiene sólo el episodio de los oficios aprendidos). Además los paralelos de los cuentos 86-88, tomo II, pp. 310-311.

El cuento 259 es una buena y completa versión del tipo 653 con la variación del final, en que el rey ordena que los cinco hermanos apuesten a lanzar la flecha. Gana el menor y casa con la princesa. El rey tiene además cuatro hijas que da por esposas a los otros hermanos.

260. *El pescadito San Martín*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 675 + 314 VI a, b, d; D' Aronco 571 d, 675; Lo Nigro 675; Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, p. 214; Thompson B375.1, B375.1.1, B401, D1600, H481, L114.1, L161, L121, L161, R222, T513; Thompson-Balys B401, H481, L114.1, L121; Cross B401; Rotunda B401. Cf. para el tipo 675 la anotación del cuento 89, tomo II, p. 314.

Versiones del tipo 675: Italianas: D' Aronco, p. 86, analiza cuatro versiones toscanas. Lo Nigro, p. 136, analiza dos versiones sicilianas, entre las cuales la de Pitriè III, pp. 344-346, nr. 188 'Lu loccu di li passuli e ficu'. Wesselski, *Hodscha Nasreddin* II, nr. 439.— Argentina: Chertudi, nr. 52 'Juan Perezza'. Además los paralelos del cuento 89, tomo II, p. 314.

261. *Los tres infantes*

Clasificación: Aarne-Thompson 707 + 875 II + 707; D' Aronco 707; Littmann, p. 424; Lo Nigro 707; Massignon, *Le conte pop. en Corse*, 707; Pinon 707; Thompson H71 (corona de oro y corona de plata), H1050, H1051, H1053.1 (montados sobre un palo), H1054.3, H1055, H1381.2.2.1, J1111.4, K2110.1, K2115, K2213, L161, Q261.2, Q414.3, R131.2, S142, S301, S451; Thompson-Balys H1381.2.2.1, J1111.4, K2110.1, K2115, K2213, S142, S301, S451; Cross H1381.2.2.1, K2110.1, K2115, K2213, S142; S301; Rotunda K2115, S301. Cf. la anotación de los cuentos 95-96, tomo II, p. 318.

Versiones: Alemana: Cammann, pp. 54-82 'Die Königskinder'.— Estona: Loorits, *Estnische Volkserzählungen*, nr. 134 'Den Mond im Nacken, die Sonne an der Stirne, den Leib voller Himmelssterne'.— Japonesa: Seki-Adams, nr. 49 'The Golden Eggplant'.— Árabe moderna: Littmann, pp. 313-324 'Die Geschichte von der sprechenden Nachtigall'.— Italianas: D' Aronco, pp. 88-96, analiza 18 versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 143-145, analiza siete versiones sicilianas.— Argentina: Chertudi, *Juan Soldao*, nr. 14 'La luna y el sol. Además los paralelos de los cuentos 95-96, tomo II, pp. 318-319.

Esta nueva versión del tipo 707 se diferencia de las que llevan los números 95 y 96 en que está contaminada en la parte I con motivos del tipo 875 II (a).

262. *Blanca de Nieve*

Clasificación: Aarne-Thompson 709; D' Aronco 709, [316 b]; Lo Nigro 709; Massignon, *Le conte pop. en Corse*, 709; Thompson D1311.2, D1364 (anillo), E21 (anillo), F451.5.1.2 (bandidos), F852.4, K512.2.0.3 (corazón y ojos), L55, L161, N711, S31, S322.4.2, Z65.1; Thompson-Balys K512.2.0.3, N711, S31; Cross N711, S31, S322.4.2; Rotunda S31. Cf. la anotación del cuento 98, tomo II, p. 321.

Versiones: árabe moderna: Littmann, pp. 324-331 'Die Geschichte von Fräulein Schneecken'.— Italianas: D' Aronco, pp. 93-97 y 135, analiza quince versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 147-149, analiza seis versiones sicilianas, entre ellas las de Pitirè II, p. 39, nr. 37 y p. 44, nr. 57, variante.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 12 'La Sang-i-Neu'.— Además los paralelos del cuento 98, tomo II, p. 321.

263. *Juanita*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 710; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 710; Boggs 710; Bolte-Polivka I, p. 3; D' Aronco [917 a, b]; Eberhard-Boratav, Tipo 154 V; Espinosa II, pp. 345-348; Hackmann 710; Honti 710; Lo Nigro 710; de Meyer 710; Schullerus 710; Sveinsson 710; Thompson, *Folktale*, pp. 122-123; Thompson C611, G261, K2116.1.1.1, N711.1, V271; Thompson-Balys G261, K2116.1.1.1; Cross G711.1, K2116.1.1.1., N711.1.

Versiones: Grimm, nr. 3 'Das Marienkind'.— Islandesa: Sveinsson, p. 102, resume una versión.— Noruega: Saltveit, pp. 244-250 'Die Jungfrau Maria als Gevatterin'.— Rusa: Löwis of Menar, nr. 51 'Marjaschka'.— Checa: Jech, nr. 30 'Maryska'.— Francesa: Cosquin, nr. 38 'Le bénitier d'or'.— Italianas: D' Aronco, p. 165, analiza dos versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 149-150, analiza una versión siciliana.— Española: Espinosa, nr. 89 'La niña embustera'.

Nuestro cuento 263 es una valiosa y fiel versión del tipo 710 'Our Lady's Child' de Aarne-Thompson, del cual se conocía en lengua española solamente la versión aragonesa de Espinosa, nr. 89. Ambas versiones contienen los motivos fundamentales del tipo: La Virgen María se lleva la niña; la niña niega haber abierto la sala prohibida; la joven es despedida del cielo; casa con el rey (príncipe); la Virgen le quita los hijos y el rey cree que su mujer los mata; cuando van a quemar a la niña, ésta confiesa la verdad a la Virgen, todo se arregla y la Virgen le devuelve sus hijos. Nuestra versión se diferencia de la española en que, además contiene dos rasgos que aparecen en otras versiones: el rey (príncipe) encuentra a la niña sobre un arbusto (espino) —contaminación con el cuento de la niña de los brazos cortados, tipo 706, como lo advierte Thompson, *Folktale*, p. 123— y la acusación de que la niña se come a los recién nacidos, variación muy frecuente, como lo demuestran la versión noruega, la rusa y la italiana que citamos más arriba.

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 756 B + 560 II + 326 II; Aarne, *Finnische Märchenvarianten*, 326; Boggs 326, 326 *A, 326 *B, 756 B; Bolte-Polívka I, pp. 22-37 (sobre el tipo 326), III, pp. 463-471 (sobre el tipo 756 B); D' Aronco 326 a-d, [322] = 756 A; Delarue, *Le conte populaire français*, 326, pp. 293-305; Eberhard-Boratav, Tipo 284 (= 326); Espinosa II, pp. 505-511 (sobre el tipo 326); Hackmann 326; Hansen 326, 326 *A, 326 *B, 756 B; Honti 326; Lo Nigro 326; Looirits 326; Massignon, *Le conte pop. en Corse*, 326; de Meyer 326; Pinon 326; Ranke I, pp. 203-206, 326; Schullerus 326; Sinninghe 326; Sveinsson 326; Thompson-Roberts 326; Thompson, *Folktale*, p. 131 (sobre el tipo 326); Thompson E732.1, F81.2, H1235, H1237.1, H1411.1, M210, M211; Thompson-Balys H1235, M210; Cross E732.1, H1235; Rotunda M210.

Versiones del tipo 326: Alemanas: Grimm, nr. 4 'Von einem, der auszog, das Fürchten zu lernen'. Cammann, pp. 121-135 'Der arme Husar' (326 + 882). Henssen, *Jülicher Land*, nr. 454 'Der unerschrockene Soldat'. Henssen, *Ungar-deutsche Volksüberlieferungen*, nr. 17 'Gruseln lernen'. Ranke I, pp. 203-229, cita 125 versiones, analiza 39 y trae 38 de Schleswig-Holstein.— Alemana de Suiza: Englert-Faye, nr. 30 'Hans Ohne-Furcht'.— Islandesas: Sveinsson, p. 23, analiza tres versiones.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 330-331, analizan seis versiones.— Francesas: Delarue, *Le conte pop. français*, pp. 297-305, trae una lista de 63 versiones.— Italianas: Andrews, nr. 15 'Jean sans peur'; nr. 55 'Le brave savetier'. D' Aronco, p. 56 y p. 138, analiza cinco versiones, de las cuales una es de Pitrè.— Negra de U.S.A.: Dorson, pp. 76-78, nr. 40.— Catalanas: Alcover VII, pp. 137-161 'En Pere poca por'. Amades, *Rondallística*, nr. 95 'En Pere sense por'.— Portuguesa: Coelho, nr. 37 'O homem que busca estremecer'.— Gallega: Prieto, nr. 12 'Conto de buscalo medo'; nr. 13 'Conto de buscalo medo'.— Españolas: Caballero II, pp. 73-80 'Juan soldado' (326 + 330 B). Cortés, nr. 16 'El chico que no conocía el miedo'. Espinosa, nr. 136 'Juan sin Miedo'; nr. 137 'El que no conocía el miedo'; nr. 138 'Periquito sin miedo'. Espinosa, *Castilla*, nr. 9 'Juan el Sin Miedo'. Larrea Palacín, 'Juanillo el Oso' (650 + 326). Llano Roza de Ampulia, nr. 5 'Las tres prendas' (326 + 566); nr. 113 'Juanillo el Oso'. Sánchez Pérez, nr. 78 'Juan Sin Miedo'.— Españolas de U.S.A.: Rael, nr. 176 'Juan sin Miedo'; nr. 177 'Juan sin Miedo'; nr. 276 'Pedro de Ordimalas'; nr. 478 'El miedo grande y el miedo pequeño'.— Dominicana: Andrade, nr. 204 'El hombre sin miedo'.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 126 'Juan Soldado' (326 + 330 B).— Chilena: Montenegro, pp. 75-78 '¿Cai-ré?... ' (326 II + 1538).

Versiones del tipo 756 B: Checa: Jech, nr. 10 'Vom Michal' (650 + 330 A, B + 756 B + 1157 + 785). Además los paralelos del cuento nr. 102, tomo II, p. 325.

El cuento 264 es una versión del tipo 756 B, que se desarrolla enmarcando la parte II del tipo 326 y motivos de la parte II del tipo 650. Su desarrollo es el siguiente:

756 B I (a) un hombre vende su alma al diablo y firma un contrato. Se arrepiente y manda a buscar el documento. + 650 II El enviado es un hombre fuerte que trabaja por catorce y tiene un apetito extraordinario. + 326 II Llega a

una casa abandonada. (e) Mientras está comiendo caen miembros humanos poco a poco desde el sobrado hasta que se forma un hombre. El héroe no se atemoriza y obliga al muerto a hablar. Este le confiesa que antes de morir dejó enterrado un tesoro en una esquina de determinada sala y que para salvar su alma debe obsequiarlo. El héroe obliga al muerto a desenterrar el tesoro. Se salva el muerto. + 756. B El héroe se dirige al infierno en busca del contrato con el diablo. Durante la jornada salva del diablo a dos almas condenadas. Una de ellas le indica el camino del infierno. (a) Obliga al diablo a entregar el contrato de su patrón y libera, partiendo naranjas, a muchas almas, que vuelan al cielo en forma de palomas. El héroe entrega el contrato a su patrón, salvándolo del infierno.

265. *Chuin*

Este cuento de carácter religioso es de probable origen moderno y trata de la cristianización de indios y de herejes. El nombre del enviado de Dios *Chuin* puede ser corrupción de querubín.

266. *El tonto*

Clasificación: Aarne-Thompson 850; D' Aronco 850, [856], 554 d; Eberhard-Boratav, Tipo 232 III, 182 V; Thompson H51.1, H315, H525, K1358; Rotunda H51.1. Cf. la anotación de los cuentos 111-112, tomo II, pp. 328-329.

Versiones: Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 209 y 279, analizan dos variantes.—Italianas: D' Aronco, p. 82, p. 99, p. 152, analiza tres versiones toscanas. Además los paralelos de los cuentos 111-112, tomo II, p. 329.

267. *Chiste de una princesa*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 851 A Variante; Anderson, *Kaiser und Abt*; de Vries, *Die Märchen von klugen Rätsellösern*; Thompson H511, H541.1, H551, H631, H651; Thompson-Balys H551; Rotunda H541.1.

Este cuento cumple con la exigencia esencial del tipo 851 A: la princesa pone acertijos a sus pretendientes. Pero se aparta del padrón de ese tipo en la índole de los acertijos, dos de los cuales encontramos en el tipo 922; 1º ¿Qué es fuerte?, 2º ¿Qué es brillante? Además en las soluciones obscenas que da el soldadillo.

268. *Quien tiene plata hace lo que quiere*

Clasificación: Aarne-Thompson 854; D' Aronco 854; Lo Nigro 854; Massignon, *Le conte pop. en Corse*, 854; Thompson H344; K1341, K1341.1 (pavo de oro); Rotunda K1341.1. Cf. la anotación de los cuentos 118-119, tomo II, p. 332.

Versiones: Italianas: D' Aronco, pp. 99-100, analiza cuatro versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 179-181, analiza seis versiones sicilianas, entre las siguientes de Pitriè: II, pp. 307-315, nr. 95 'L' àcula chi sona'; II, pp. 319-322, nr. 96 'L' àcula d' oru'; IV, pp. 248-251, nr. 289 'Lu liuni'. Además los paralelos de los cuentos 118-119, tomo II, p. 332.

Clasificación: Aarne-Thompson 860; Boggs *860; Thompson H1377.3.

Versiones: Gallega: Prieto, nr. 36 'Os estudiantes i os soldados'— Española: Cabal, pp. 119-123 'Premio de rey'.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 109 'El pastor y la princesa'.— Argentina: Chertudi, Juan Soldao, nr. 35 'El peladito' (860 + 921).— Boliviana: Tradición, Vol. VI, nr. 15 (1954) pp. 65-66 'El hay y no hay'.

En la nueva revisión del índice de Aarne-Thompson apareec el nuevo tipo 860, que ya estaba en el índice de Boggs con el número *860. Parece que el profesor Thompson tomó como base para establecer este tipo el esquema de Boggs y una versión judía de Bin Gorion Born Juras (*Legenden, Märchen und Erzählungen*, 6 Vols., Leipzig, 1918 ff., II, 114). El esquema de Thompson corresponde al contenido de la versión española de Cabal, pp. 119-123: "Una princesa es ofrecida en matrimonio al hombre que lleve un vaso de todas las aguas, un ramo de todas las flores y avellanas de ¡ay... ay... ay! El héroe lleva agua de mar, un panal de abejas y avellanas con espinas de suerte que el rey, cuando mete la mano, grita: ¡ay, ay, ay!" Se trata, en lo esencial, de cumplir un encargo imposible, pero el héroe resuelve el problema en forma ingeniosa. Si nos atenemos a este esquema, no pertenecen a este tipo la versión de Llano Roza de Ampudia, nr. 48, que trae Boggs, ni la argentina (*Revista del Instituto Nacional de la Tradición* I, pp. 242-243) que trae Hansen. Sobre la versión portorriqueña de Mason-Espinosa (JAF XXV, p. 22, nr. 66) no me pronuncio, porque no he podido consultarla. La nuestra hay que considerarla como variante que desarrolla sólo el motivo de llevar ¡ay, ay, ay! (H1277.3) en forma obscena. Se diferencia, además, del padrón de Aarne-Thompson en que el ofrecimiento de matrimonio de la princesa está reemplazado por una apuesta entre el rey y la reina acerca de quién es más inteligente, un militar o un abogado.

270. *Margarita*

Clasificación: Aarne-Thompson 882: D' Aronco 892 b-c; Eberhard-Boratav, Tipo 272; Lo Nigro 882; Thompson B211.1.2, B413, H51.1, K1837; N15, Q414, Q414.3, S145, T11.2, T611.10.1 (cabra); Thompson-Balys B211.1.2, B413, K1837, N15, Q414, T11.2; Cross B413, K1837, N15; Rotunda H51.1, K1837, Q414, S145, Cf. la anotación de los cuentos 127-130, tomo II, p. 337.

Versiones: Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 322-323, analizan cuatro versiones.— Árabe moderna: Littmann, pp. 211-217.— Italianas: D' Aronco, pp. 101-102, analiza cuatro versiones toscanas. Lo Nigro, pp. 195-196, analiza seis versiones sicilianas, entre ellas las dos siguientes de Pitriè: II, pp. 142-150, nr. 73 'Ervabianca'; II, pp. 165-173 'La stivala'. Además los paralelos de los cuentos 127-130, tomo II, p. 337.

Ya he recogido en Chile cinco versiones del tipo 882, las cuatro que analicé en el tomo II, pp. 338-339, y ésta. La nueva versión se diferencia de las anteriores en que comienza con la parte I del tipo 516 y contiene motivos secundarios de otros tipos de cuentos. Su desarrollo es el siguiente:

REGISTRO DE TIPOS DE CUENTOS REPRESENTADOS EN LOS TRES VOLUMENES DE ESTA COLECCION, SEGUN AARNE-THOMPSON: THE TYPES OF THE FOLKTALE, FF COMMUNICATION. NR. 184, SECOND REVISION. HELSINKI, 1961 [= ATH].

El Vol. I comprende los cuentos 1-75; el Vol. II, los cuentos 76-159, y el Vol. III, los cuentos 160-270.

<i>ATH Nr.</i>	<i>Nr.</i>	<i>ATH Nr.</i>	<i>Nr.</i>
4	: 92, 227	327 A	: 26, cf. 14
5	: 228, 229	328	: 27, 28, 29, cf. 67
34	: 228, 229, 242	329	: 30, 31
36	: 230, 231	330 A	: 32, 33
47 B	: 234	330*	: 246, 247
47 C	: 239	400	: 35, cf. 67
73	: 228	402	: 36-41, 248
77* Var.	: 232	403	: 249
78 A	: 229	408	: cf. 93
105	: 233	410	: 42
122	: 229	425 A	: 43, 44, 45, 250
122 A	: 234	425 K	: 47
122 Z	: 234, 242	425 L	: 46
130	: 236, 237, 238	432	: 48
155	: 239	433 B	: 49
157	: 240	450	: 251
175	: 92, 229, 241, 242	471	: 50, 51, 52
227	: 234	503	: 252
275	: 229	506 B	: 253
300	: 1, 11, 12	510 A	: 53, 254, cf. 97
301 A	: 2, 3	510 B	: 54, 55
301 B	: 4, 243	513 A	: 56
302	: 5, 6, 7	514	: 57, 255
303	: 8-12, cf. 160, 161, 245	516	: 81, 82
304	: 13, cf. 14.	516 C	: 139
306	: 15	531	: 58, cf. 165
311	: cf. 45, 70	545	: 256
313	: cf. 106	550	: 60, cf. 59, 245, 257
313 A	: 19, 244	554	: 61, 62, cf. 161
313 C	: 16, 17, 18	560	: 63, 64, 65, cf. 69
314	: 21, 22, 23, cf. 59, 73, 245, 260	561	: 66, 67, 258
314 A	: 76, 77, 78, 79, 80	565	: 68
315	: 1, 24	567 Var. ?	: 233
316	: 6, 7	570	: 69
325	: 25	571	: cf. 70
326	: cf. 264	590	: 70
		592	: 71

<i>ATH Nr.</i>	<i>Nr.</i>	<i>ATH Nr.</i>	<i>Nr.</i>
613	: 72	1007	: 160, 162
621	: 73, 74, 75	1011	: 160, 161, 165
650 A	: 83, cf. 70, 264	1013	: 165
653	: 86, 87, 88, 259	1030	: 166
675	: 89, 260, cf. 70	1062	: 166
676	: 90, 91	1070 Var.	: 166
700	: 92	1088	: 165
705	: 93	1088 Var.	: 166
706	: 94	1091	: 167, 168, 169
707	: 95, 96, 261, cf. 97, 126	1091 A	: 169
709	: 98, 262	1119	: 139
710	: 263	1137	: 170
712?	: 99	1164 A	: 34
715	: 100	1176	: 171
750 B	: 101	1180	: 172
756	: 102	1183	: 172
756 B	: 264, cf. 102	1202	: 194
756 C	: cf. 102	1245	: 172
767	: 109	1319	: 174, 200
773**	: 103	1355	: 216
777	: 101	1358 B	: 180
780	: 104, cf. 14	1360 C	: 175
804 Var.	: 105	1365 A	: 176
850	: 111, 112, 266	1381 E	: 177
851	: 113, 114, cf. 115	1406	: 178
851 A Var.	: 267	1419 K	: 179, 180
853	: 116, 117	1426	: 181
854	: 118, 119, 268	1440	: 217
860 Var.	: 269	1525 A	: 158, 182, cf. 157, 159
870	: 120, cf. 121	1525 H ₁	: 157, 158
870 D*	: 122	1526 B Var.	: 183
873	: 123	1528	: 185, 186
875	: 124, 125, 126, cf. 261	1534	: 184
879	: 124, 125, 126	1535	: 186, 191-194, 196
882	: 127-130, 270	1535 Var.	: 186, 191, 194, 196
890	: 131	1536 A	: 189, 199
900	: 134, 135	1536 B	: 195, 196
910	: cf. 139	1539	: 197-200
910 B	: 137, 138	1540	: 200
921	: cf. 117	1541	: 201, cf. 208
927	: 140-146	1541 A	: 206
933 Var.?	: 156	1545 B	: 204
950	: 157, 158, 159	1545 Var.	: 202, 203
954	: 90, 91	1562 A	: 207, cf. 203, 208
1000	: 160, 161, 162	1563	: 163, 164
1003	: 161	1626	: 209
1004	: 163, 164, 194	1640	: 210
		1641	: 138

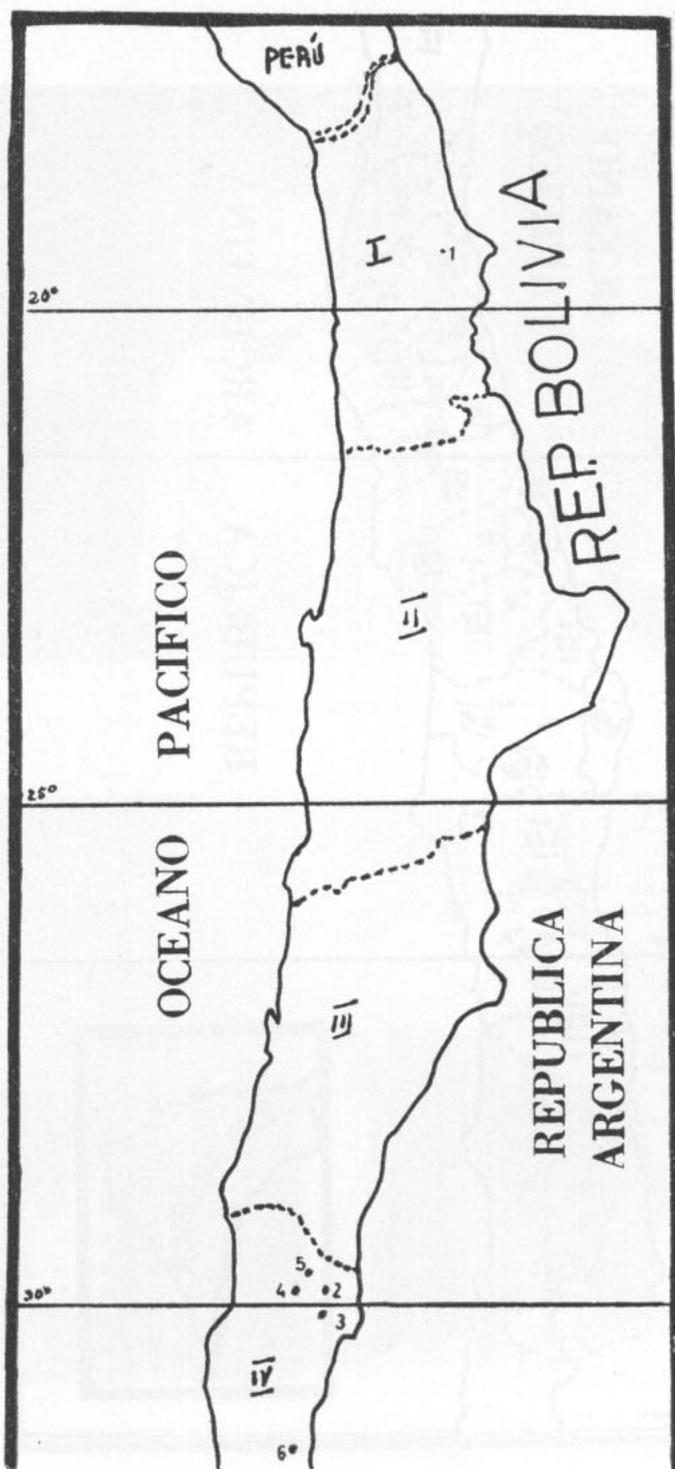
<i>Ath Nr.</i>	<i>Nr.</i>	<i>Ath Nr.</i>	<i>Nr.</i>
1650	: 194	1920 A	: 221
1651	: 194	1920 E	: 221, 222
1653 B	: 165	1920 D	: 222
1655	: 200, 211	1930	: 221, 222
1697	: 213, 214	1940	: 220
1698 G	: 215	2010	: 223
1730 B	: 217	2023	: 224
1737	: 92, 234, 242	2031	: 225, 226
1781	: 216, 217		

Del índice de Hansen, *The Types of the Folktale in Cuba, Puerto Rico, the Dominican Republic, and Spanish South America*, están representados los siguientes tipos:

- **74 B : 92
- **74 C : 228, 229
- **74 E : 229
- **897 A : 132, cf. 14

Del índice de Boggs, *Index of Spanish Folktales*, está representado un tipo que no está incorporado al índice de Aarne-Thompson:

- *1942 : 209



I. TARAPACÁ: (1) Mamiña; II. ANTOFAGASTA. III. ATACAMA. IV. COQUIMBO: (2) Paihuano; (3) Rivadavia; (4) Diaguitas; (5); Monte Patria; (6) Hacienda Illapel; (7) Los Vilos. V. ACONCAGUA: (8) Valle de San Francisco. VI. VALPARAÍSO: (9)



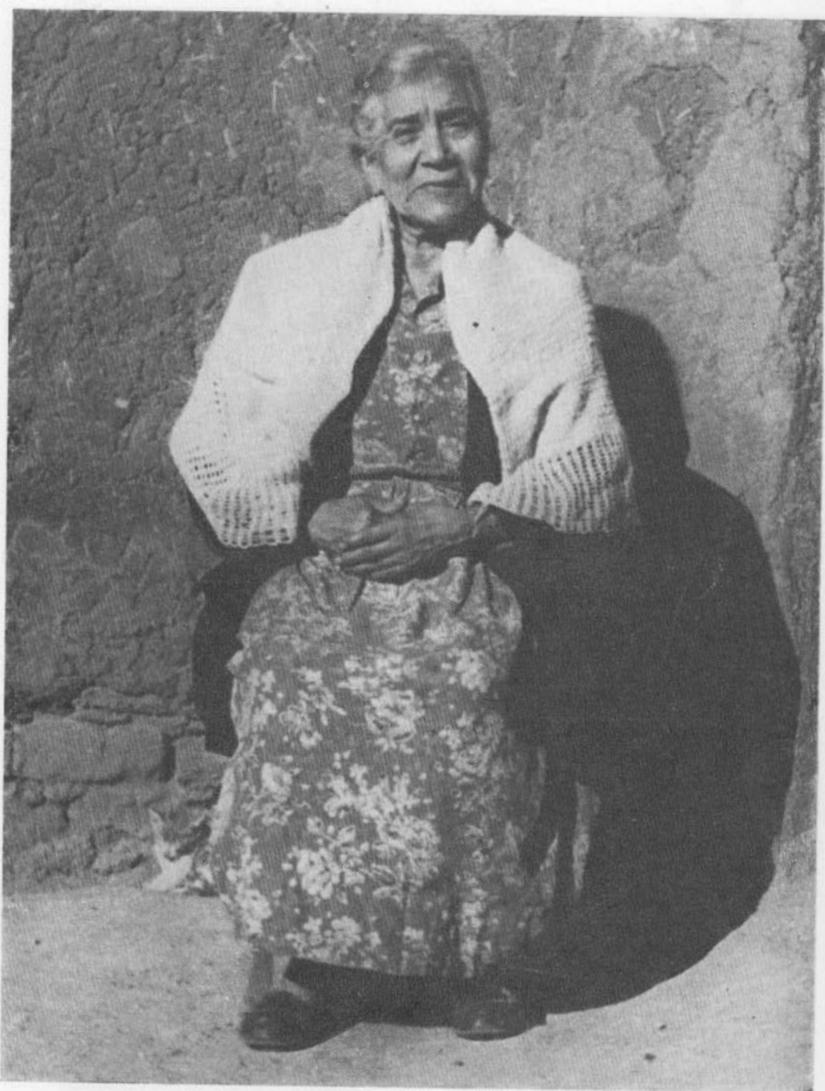
Horcón; (10) Las Ventanas; (11) Olmué. VII. SANTIAGO: (12) Bollenal; (13) Po-
 maire; (14) Santiago. VIII. O'HIGGINS: (15) San Francisco de Mostazal. IX. COL-
 CHAGUA. X. CURICÓ. XI. TALCA. XII. MAULE: (16) Pilén; (17) Trajihue. XIII.
 LINARES: (18) Linares; (19) Partal. XIV. ÑUBLE: (20) Quinchamali. XV. CONCEP-
 CIÓN. XVI. Bío-Bío: (21) Mulchén. XVII. ARAUCO. XVIII. MALLECO. XIX. CAUTÍN.
 XX. VALDIVIA: (22) Los Lagos; (23) La Unión; (24) Vivanco; (25) Ignao. XXI.
 OSORNO. XXII. LLANQUIHUE: (26) Parga. XXIII. Chiloe.



Don Abraham Vélez



Tres generaciones de narradores: doña Amelia Quiroz, su hijo don Virgilio Alarcón y su nieto Lorenzo Villegas



Doña Amelia Quiroz

Indice

Introducción 7

T E X T O S

160. La viejita del pejerrey	9
161. La perra negra	23
162. Poncho Roto	30
163. Pedro Animales	31
164. Pedro Urdemal	32
165. El tonto Juan	32
166. Pedro Urdimale y Lucifer	34
167. Pacto con el diablo	36
168. El pájaro desconocido	37
169. El animal desconocido	39
170. El gigante con un ojo	40
171. Pacto con el diablo	42
172. Pacto con el diablo	43
173. Pacto con el diablo	43
174. Pedro Urdimale, el zorrillo y el huevo de yegua	44
175. La mujer del zapatero	45
176. La mujer porfiada	46
177. El anciano que a los cin- cuenta años iba a la escuela	47
178. El brillante	48
179. El negro colchón de pluma	52
180. El tonto	54
181. El hombre que sacó su mu- jer de su cuerpo	56
182. El tonto que estafó al rey	58
183. El rey Amargo	64
184. El compadre rico con el com- padre pobre	65
185. La perdiz de oro	70
186. Pedro Urdemales	71
187. Pedro Urdimale	75
188. Pedro Urdimale	77
189. Pedro Urdemales	78
190. Piedras por oro	79
191. Pedro Urdimale	80
192. Peiro Ulimán	83
193. Pedro Urdemales	85
194. Pedro Animales	87

195. El rico avariento y el pobre fatal	94
196. El compadre pobre y el com- padre rico	101
197. Pedro Urdimale	104
198. Los tres frailes	107
199. Peiro Ulimán	107
200. Pedro Urdimal	108
201. Pedro Urdemales	112
202. Pedro Urdimale	114
203. Cominillo	116
204. Pedro Urdimale	119
205. Pedro Urdemales	120
206. Pedro Urdemales	121
207. Pedro y el cura	123
208. No Mayo	124
209. Los pipiolillos	125
210. Juan Arote	126
211. Pedro Urdimale	130
212. Pedro Urdimale	132
213. Nosotros mismos	135
214. Nosotros fuimos	136
215. Palabras mal entendidas	137
216. Chasco	138
217. El cura que se adueñaba de las señoras casadas	139
218. El arzobispo	143
219. Los chovos	143
220. El cajoncito con medallas	146
221. Los embusteros chilenos	147
222. Los mentirosos	153
223. Las doce palabras redobladas	154
224. La hormiguita y el Ratón Pérez	158
225. La tenca	159
226. La diuquita	161
227. La zorra	162
228. La zorrilla y el león	163
229. El sapo, la zorra, el león y el venado	165
230. Cachiporrita soy	172
231. Cachiporrita soy	173
232. El zorro y el perro	173

233. El zorro	176
234. El tío león	177
235. El burro rocillo	180
236. El burro	182
237. El buen gallo	183
238. El pato, el gato y el cor- dero	185
239. El arriero	187
240. El león	191
241. El mono de brea	193
242. El mono	195
243. El campeón Arranca-cerros .	199
244. Juvenal y Fatima	203
245. El caballito de siete colores	209
246. Pedro Urdimale	217
247. Pedro y la monja	218
248. La ranita	219
249. Delgadina y el culebrón . .	228
250. Ramoncita	234
251. Los guachitos	237
252. Los cuatro enanitos	240
253. Juan Piloto	244
254. María Cenicienta	256
255. Florinda	265

256. Juan Pelao	270
257. La princesa muda	277
258. Aladino	278
259. Los cinco hermanos	285
260. El pescadito San Martín . .	291
261. Los tres infantes	295
262. Blanca de Nieve	302
263. Juanita	309
264. Catorce	313
265. Chuín	318
266. El tonto	322
267. Chiste de una princesa . .	325
268. Quien tiene plata hace lo que quiere	327
269. Ay y no ay	329
270. Margarita	332
Glosario	341

ANOTACIONES:

Lista complementaria de obras consultadas	345
Comentarios	349
Registros de tipos de cuentos . .	404